

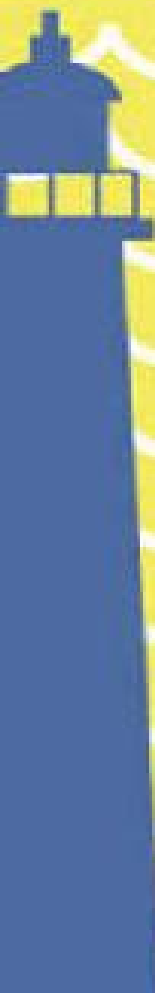
Oli busca el mar

EDURNE CADELO

@lacadele



www.marchapublico.es



Oli busca el mar

Primera edición, año 2018

© de la obra: Edurne Cadelo

edurnecadelo@gmail.com

Instagram: @lacadelo

Facebook: Edurne Lacadelo

Edita: www.mundopalabras.es

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 37 46

ISBN: 978-84-949406-1-3

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Sara;
Vivimos lejos, pero nos sentimos cerca. Que nos quiten todo
menos las risas, prima.

ÍNDICE

- 1- VACACIONES
- 2- VAMOS A PONERNOS AL DÍA
- 3- FIESTA NO, FIESTÓN
- 4- CAPULLO Y ENGREÍDO
- 5- ACTUAR SIN PENSAR
- 6- FUERZA Y CONTROL
- 7- MENOS LIBROS Y MÁS TELEVISIÓN
- 8- DE CENA
- 9- SOLO ES UNA NOCHE
- 10- A LA MAÑANA SIGUIENTE
- 11- LA OLA PERFECTA
- 12- TOMAR CONCIENCIA
- 13- LA PUESTA DE SOL
- 14- DEJAR QUE LAS COSAS FLUYAN
- 15- VOLVER A SENTIR
- 16- ALUMNA Y PROFESOR
- 17- MIS FANTASMAS
- 18- TE ESCUCHO
- 19- ME VOY
- 20- EL ÚLTIMO DÍA
- 21- LA ÚLTIMA NOCHE
- 22- VIAJE DE VUELTA
- 23- EL CIEGO QUE NO QUIERE VER
- 24- PASANDO LOS DÍAS
- 25- FELIZ CUMPLEAÑOS, MADRE
- 26- ME QUEDO O ME VOY
- 27- Y LLEGÓ EL DÍA
- 28- BENDITA COINCIDENCIA
- 29- BOFETADA DE REALIDAD
- 30- MENTIRAS Y MÁS MENTIRAS
- 31- APRENDIENDO A RECORRER EL CAMINO
- 32- TE ECHAREMOS EN FALTA, RUBIA
- 33- COMO UN CRÍO
- 34- NUESTRA PRIMERA VEZ

35- NO QUIERO PARAR
36- YO QUIERO QUE TODOS LOS VIERNES SEAN ASÍ
37- SEXO DULCE
38- CONTROLANDO MI CORAZÓN
39- NUESTROS PASADOS
40- PONER LOS PIES EN EL SUELO, O NO
41- MADRID
42- MÁS LUZ Y MENOS SOMBRAS
43- CERRANDO UNA PUERTA, ABRIENDO UNA VENTANA
44- NO CORRAS TANTO
45- PRIMERO LA CENA Y DESPUÉS EL POSTRE
46- POR FIN SOLOS
47- NUEVO HOGAR, NUEVA VIDA
48- LONDRES
49- CELOS
50- Y LLEGA LA NAVIDAD
51- REGALO DE PAPÁ NOEL
52- NUEVA YORK
53- CAMBIANDO MI SUERTE
54- EXPLOSIÓN
55- CONFESIONES
56- CARA A CARA
57- EL PRINCIPIO DEL FIN
58- NO SE VA A DESPEDIR
59- ADIÓS, OLI, ADIÓS
60- LOS ÁNGELES
61- AL BORDE DEL PRECIPICIO
62- NO ESTOY PARA FIESTAS
63- ASCO
64- CAMBIANDO EL CUENTO
65- CONSTANCIA
66- ARDE ROMA
67- ÚLTIMA PARADA
68- OLI ENCUENTRA EL MAR
EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

1- VACACIONES

La loca de mi amiga Sara me está poniendo de los nervios, va a más de 130 km/h por la A4 rumbo a Sevilla, nuestra primera parada. A este ritmo no tardaremos mucho en llegar. En la capital hispalense recogeremos a nuestra amiga Rocío; bueno, nosotras la llamamos cariñosamente Ro. La siguiente parada y definitiva será El Palmar en Cádiz. Vamos a pasar juntas una semana de vacaciones. Hace millones de años que no sé lo que es eso.

Los padres de Ro tienen un chalet allí, muy cerca de la playa. Ha sido una suerte que ellos estén de viaje por Europa y podamos pasar unos días las tres solas. Vamos a celebrar que ya hemos terminado el Grado en Administración y Dirección de Empresas y que por fin diremos adiós a la Universidad.

Los padres de mi amiga Sara están separados hace muchos años, su padre dejó a su madre cuando Sara tendría unos diez años más o menos y hace poco se casó con otra chica mucho más joven que él, con la que tiene una niña de ocho años, a la cual mi amiga se empeña en llamar hermanastra, término que aborrezco. La cabrona de mi amiga siempre ha llorado a su padre y ha jugado con él la baza de niña abandonada. Su padre, que es débil y tiene remordimientos de conciencia por haberse perdido parte de su vida, siempre cae en la trampa. La mayoría de las veces ha intentado suplir esa falta de dedicación agasajando a sus hijos en todo lo que pedían. De niñas, recuerdo que ella siempre tuvo la mejor bicicleta, los mejores patines, la primera videoconsola del barrio, el ordenador de última generación... Marta, su madre, montaba en cólera cada vez que llamaban a la puerta y aparecía un mensajero con un nuevo trasto. En esta ocasión, por graduarse, le ha regalado un Mini rojo; aunque es de segunda mano, está perfecto y va como un tiro. Por eso, esta loca está más contenta que unas castañuelas y no suelta el pie del acelerador. A pesar de haberla malcriado, según versión de su madre, mi amiga es la persona más generosa que conozco, sobre todo conmigo.

Sara y yo somos las mejores amigas del mundo mundial desde que su hermano mellizo Carlos nos pegara un chicle en el pelo con tres años, en primero de Educación Infantil. Al principio, nuestra unión tenía como único objetivo hacer fuerza para luchar contra el malo de Carlitos; pero después fuimos luchando contra otros objetivos: la niña chivata de clase, la estirada de

Clara (nuestra profesora de mates) que nos mandaba callar continuamente y salir a la pizarra, el malote del patio, que era uno que con solo mirarnos ya nos acojonaba, la empollona... Vamos, lo normal en las aulas. Los cursos avanzaban y nosotras ya nos habíamos convertido en una piña.

Crecimos juntas en Vallecas, un barrio en el sureste de Madrid, apenas a unas calles de distancia, y se puede decir que somos uña y carne desde siempre, como hermanas de distinta madre.

Nuestro barrio, denominado El Puente de Vallecas, siempre ha sido un barrio de gente humilde y trabajadora. Siempre ha tenido cierta tradición contestataria y contracultural, de ahí que se suela escribir con una K, supuestamente transgresora “Vallekas”. Ese carácter luchador del barrio es el que fraguó nuestra unión hasta hoy.

Lo interesante de nuestra amistad es que Sara y yo no nos parecemos en nada, ni física, ni emocionalmente. Ella es menuda, con ojos marrones y pelo corto. De pequeña era muy rubia y ahora, que ya se le ha oscurecido un poco, se lo ha decolorado por completo y lo lleva casi blanco, con un corte muy moderno que la queda genial. Yo en cambio soy morena y llevo la melena larga, nunca me he arriesgado con un corte de pelo y mi tez es más morena también. Tengo los ojos marrones verdosos y soy un poco más alta que ella, de niñas siempre nos conocían como la rubia y la morena. En lo que se refiere al carácter, ella es muy extrovertida, parlanchina y divertida. Es bastante nerviosa y vivaracha, no puede estar quieta mucho tiempo. Por el contrario, yo soy más introvertida, quizás antes no lo era y me he convertido con el paso del tiempo, eso no lo puedo asegurar. Lo que sí sé es que soy una persona calmada, creo que pocas cosas me alteran en esta vida, al menos nunca lo demuestro.

Tienes razón, soy una auténtica maleducada, ni tan siquiera me he presentado. Yo soy Oli, también es como me llaman, porque mi nombre en realidad es Oliva. Sí, he dicho Oliva, como la aceituna. Llevo más de la mitad de mi vida y ya tengo veinticuatro años aclarando a la gente que Oli es el diminutivo de Oliva, no de Olivia, como todo el mundo piensa. Cuando a mi madre se le ocurrió mi nombre, ya intuía que iba a tener que explicarlo, ella misma me presentaba con la coletilla “como la aceituna”, así que no me molesta tener siempre que añadir la aclaración. En cierto modo, siempre que lo aclaro me acuerdo de ella. Siendo sincera, me acuerdo de ella todos los días. A veces cuando me levanto y me pongo a preparar el desayuno, su comida favorita del día. Otras al mediodía y muchas veces por la noche. No

sé, algo deben de tener las noches que siempre consiguen que mi cabeza no pare de girar y girar. Si me grabara mis pensamientos nocturnos, podría escribir mil libros. Hay veces que me acuerdo de sus palabras, otras de su sonrisa, otras de los paseos que dábamos por Madrid, incluso de los libros que me leía. Del mar, de cómo nos gustaba ir al cine los domingos... Su recuerdo atrapa mi memoria y puedo entrar en bucle fácilmente, aunque la mayoría de las veces yo no me dé ni cuenta.

—¡Oli! ¡Vuelve de dónde quiera que estés! —me grita Sara al verme con la mirada perdida.

Sé que la presentación ha sido breve, pero poco a poco irás conociendo más cosas de mí. No he tenido una vida fácil, así que tendrás que tener paciencia.

—¡Estoy aquí, tranquila! Pero si no aflojas, no sé si moriremos antes de recoger a Ro.

—¡Vamos! Hemos venido a disfrutar; ¿quieres relajarte y desconectar un poco?, aunque sea solo esta semana.

—Venga, súbeme la radio, como dice Enriquito —le digo provocándole una carcajada más que sonora. Si una cosa caracteriza a mi amiga Sara es que cuando se ríe es una escandalosa.

— ¡Quique Parroquias, querrás decir! —Y me uno a su risa por su chiste malo.

Mientras subo el aire acondicionado, porque parece que estemos atravesando el desierto, escuchamos “Feels” de Calvin Harris, Pharrel Williams y Katy Perry. Y con el *buenrollismo* que transmite la canción, continuamos nuestro viaje.

—Creo que Diego se ha enfadado —confieso con voz queda.

—¡No me jodas!, o sea, que dedicas la mayor parte de tu vida a estar con él y porque vengas una semana con nosotras se mosquea. No lo entiendo ¡Vaya mamón!

Sara no se corta a la hora de hablar de mi novio. Sí, Diego es mi novio, salgo con él desde que tengo dieciséis años, es mi primer y único amor. Las circunstancias de la vida han precipitado bastante nuestra relación; pero ahora no quiero hablar de ello, ya tendré tiempo para explicarme.

Sara lo conoce desde la infancia, como yo, y aunque al principio se llevaban mejor, de un tiempo a esta parte no le soporta. “Abre los ojos, Oli”, me repite una y otra vez. Según ella, no puedo quedarme con el primer y único tío con el que he estado. “Eso no es viable”. Palabras textuales de mi

amiga.

No sé por qué le he contado nada, si ya sabía cuál iba a ser su reacción. Me concentro en la carretera de nuevo y en la música. Sin darnos cuenta, ya estamos entrando en Sevilla.

—¡Hola, petardas! Sacadme de este infierno. No soporto este calor.

Hemos parado en el portal de casa de Ro y esperamos a que entre al coche. Nosotras ni nos hemos bajado a ayudarla a meter la maleta en el maletero, el termómetro de la calle marca ahora mismo 42° y son las tres de la tarde, como para poner un pie fuera y derretirnos con el asfalto.

—¡Hola, mi niña!; si tú no soportas el calor, que eres sevillana, ¿no pretenderás que lo aguantemos nosotras? —pregunto mientras me da dos besos.

—Pues ya ves, será que ya soy más madrileña que sevillana —nos dice muy digna.

Rocío nació en Sevilla y estudió en su ciudad hasta que acabó secundaria. Para empezar bachiller se mudó con sus padres a Madrid. El padre es un alto cargo de una entidad bancaria y le trasladaron a la capital. Como te imaginarás, no estudió en nuestro instituto del barrio, lo hizo en un colegio privado de monjas. Cuando iba a empezar en la universidad, se empeñó en ir a la pública, su padre no quería de ningún modo, pero al final lo convenció y allí, en primero de carrera, nos conoció.

Aunque pertenecemos a mundos muy distintos, desde el minuto uno conectamos y hemos mantenido nuestra amistad durante toda la carrera. Sus padres son muy religiosos y bastante clásicos, así que Rocío ha recibido una educación muy estricta. Al principio en la universidad estaba muy cortada; pero ahora, con veinticuatro años, parece que empieza a despertar. Nos hace mucha gracia oírla hablar de su virgen y acto seguido mencionarnos que necesita un restregón con un buen maromo. Ya ves, dicotomías de la vida.

Rocío no puede negar que es andaluza, tiene esos rasgos tan característicos del sur. Es morena, con el pelo negro rizado, unos ojazos negros que iluminan su cara y buenas curvas. Está tan mimetizada con su tierra que, aunque ahora nos diga que se siente madrileña, le encanta su ciudad natal. La Semana Santa, su Virgen de la Macarena, su Feria de Abril... Siempre que puede, viene a pasar aquí unos días. Incluso en el tema de los hombres se nota que es del sur. Todos los que le gustan tienen pinta de señoritos.

Normalmente se fija en los que van muy arreglados, con su pantalón de vestir, su camisa azul o blanca y zapatos. En la universidad nos hacía mucha gracia cuando en las fiestas algún chico con vaqueros y camiseta se le acercaba y ella, disimuladamente, se iba apartando. Yo le vacilo diciéndole que al final se enamorará de un científico loco con las camisetas llenas de agujeros.

Tardamos en llegar una hora y pico. Nos cuenta que la playa del Palmar es una de las menos masificadas de la Costa de la Luz, tiene una longitud de unos ocho kilómetros y es de las más tranquilas debido a que no hay urbanizaciones cerca. El chalet de los padres de Ro está ubicado casi a pie de playa, entrando por un camino muy estrecho sin asfaltar y custodiado por pinos. Justo al lado hay otro casi idéntico que pertenece a sus tíos. Nos había hablado muchas veces de este lugar, pero es la primera vez que venimos.

Yo he estado fuera de Madrid los dos últimos años y siempre he tenido que preparar algún examen para septiembre. Nunca he tenido ni un solo minuto para relajarme y disfrutar del verano. A pesar del mosqueo de Diego, creo que me merezco estas vacaciones. Me encanta que esté todo un poco salvaje. No se oye ni un ruido y eso es genial.

Abre la puerta con un mando y Sara mete su coche hasta una especie de pérgola de forja, que hace de garaje. El chalet es blanco, de una sola planta, bastante grande. Está rodeado de una valla también blanca de láminas de madera. Tiene un jardín que no está muy cuidado, cuatro hierbas más bien secas y algunos arbustos desperdigados. Hay un porche en el lateral de la casa, que da a una pequeña piscina. Esta sí está limpia, me imagino que tengan a alguien que se encargue del mantenimiento. Hay hamacas de madera y un columpio colgando de un árbol.

—Joder, qué bien vamos a estar aquí, chicas —dice Sara poniéndose las gafas de sol en la cabeza. Ese gesto tan suyo.

—Eso espero, necesito un poco de relax —digo convencida.

—Ya está aquí “Oli la Marchosa”. ¡Relax, relax...! Lo que necesitamos es un poquito de movimiento para estos cuerpos, que de tanta silla de la biblioteca están entumecidos.

—¡Vale, tranquilas! Habrá tiempo para todo —les digo mientras entramos en casa a dejar las maletas.

—Yo quiero playita, mojitos y tíos. No hay mejor combinación — es lo que sentencia Ro.

Hay tres habitaciones y elijo la que da al jardín, es la más grande y me encanta que tenga salida al porche. Me han dejado quedarme con la que tiene la cama de matrimonio, a pesar de que tengo novio y soy la única que no va a traer a ningún tío a dormir en ella. Me ha parecido bastante raro que Sara no luchara por quedarse con esta; pero, en fin, no voy a ser yo la que abra la boca. Otro síntoma de su generosidad, pienso divertida.

Nos ponemos el biquini y decidimos ir a la playa, no hay ni una nube y sopla un poco el viento. En esta zona siempre sopla y se agradece, porque así las temperaturas, aunque sean altas, se pueden soportar. Cuando salimos por la puerta pequeña, nos apartamos porque llegan un par de coches y el camino es muy estrecho. El primero que nos alcanza es un todo terreno negro, se para justo delante de nosotras y baja la ventanilla.

—¡Hola, primita y compañía! —saluda el conductor.

Es un chico muy moreno, con el pelo bastante largo y unos ojos negros enormes. Se parece un montón a nuestra amiga.

—¡Hola, Jose! —saluda Ro, y se acerca a darle dos besos—. Qué, ¿llegáis ahora?

—Sí, estaremos toda la semana con unos amigos. Podéis pasar a la noche, que vamos a organizar una fiesta.

—¡Perfecto!, a la noche nos vemos. Ahora nos vamos a la playa a darnos un baño.

—Muy bien, a la noche nos vemos entonces.

Sin poder apartarnos, pasa otro todoterreno, este es blanco y sin detenerse entra en la finca también.

—Joder, qué pedazo de moreno, ¿no? —pregunta Sara ojiplática.

—¡Tranquila, Sarita!, es mi primo y tiene más peligro que una piraña en un bidé. No te lo recomiendo —contesta Ro negando con la cabeza.

Continuamos por el sendero hasta la playa. Rocío nos cuenta que es su primo Jose y que tiene un grupo de flamenco junto a su hermano Jacobo. Nos dice que están a punto de sacar un disco y que son famosos porque siempre montan unas juergas legendarias.

—Uf, muy flamenco para mí. Prefiero los que van a los festivales con chanclas y camisetas —dice Sara mientras espera que a Ro le dé un escalofrío.

Se nos escapan las carcajadas a las tres.

—Son unos vividores, de los que se acuestan cuando amanece y duermen

durante el día —nos comenta su prima.

—Bueno a mí eso me da igual, lo único que me interesa es que ha mencionado la palabra mágica: ¡Fiesta! No hay mejor forma de empezar unas vacaciones que con una buena fiesta —dice Sara muy entusiasmada.

Yo, para qué te voy a mentir, no tengo muchas ganas de fiesta. Prefiero estar un rato en la playa, darme un baño, hablar de temas sin mucha importancia, volver a casa, cenar las tres y contar batallitas. Yo no tengo mucho que contar, así que prefiero escuchar. El último año no he estado con ellas en clase y me gusta escucharlas hablar de sus últimas conquistas o de los tíos que tienen en mente para el futuro, de las petardas de nuestras compañeras, que también las hay, como cuando estábamos en el colegio. Hablar de lo que vamos a hacer ahora que somos graduadas y tomar unas cervezas en plan *tranquis*.

Con Sara y Ro desatadas, creo que mi plan tendrá que esperar.

2- VAMOS A PONERNOS AL DÍA

En la playa, lo primero que hacemos es bañarnos, hay bandera amarilla y unas olas un poco grandes, pero nos hemos reído un montón viendo a Sara colocarse la parte de arriba de su minúsculo bikini cada vez que una ola la balanceaba. Total, no sé para qué, porque tiene muy poco pecho. Está soñando con ponerse un buen par de tetas, seguro que acaba pidiéndoselas a su padre también. Yo en cambio, de ahí ando bien surtida. La coña siempre es que está muy mal repartido el mundo, ella casi plana y yo pechugona. Rocío en cambio dice que ella las tiene del tamaño perfecto, justo para caber en una mano. Las pechugas son un tema muy recurrente entre chicas, como ya sabrás.

Me encanta el mar, a pesar de ser de interior y no poder disfrutarlo a diario. En mi infancia, pasé muchos veranos con mi abuela y mi madre en un pueblo costero en el norte de España y guardo un montón de recuerdos buenos de los meses de agosto allí, junto a ellas, sobre todo recuerdos relacionados con el mar. Mi abuela Encarna era asturiana. Sin cumplir la mayoría de edad se fue a Madrid y empezó a trabajar como costurera en unos grandes almacenes. Al poco tiempo conoció a mi abuelo, tuvieron un largo noviazgo y después se casaron. Desde entonces se quedó en la capital, para siempre, pero la gran ciudad no le gustaba nada. Siempre protestaba del ritmo frenético con el que se hacían las cosas. Mi abuelo, en cambio, adoraba su ciudad. Ella estaba deseando que llegara agosto para volver a su tierra y pasar unas semanas en su pueblo natal. Por supuesto, antes de morir, dejó muy claro que quería que la enterraran allí, junto a los suyos, no podía ser en ningún otro sitio. A mi madre también le gustaba mucho su tierra materna y siempre reservaba días de vacaciones en agosto para estar unos días allí con nosotras. Lo que más le gustaba era el último baño que nos dábamos por la tarde, aunque se hubiera puesto el sol, sobre todo cuando había bajado la marea. Decía que era su momento preferido del día, cuando apenas había ya gente en la playa. Recuerdo verla sentada en la orilla con la mirada perdida en el vaivén de las olas.

Siempre me decía: “Oli, el mar es fuerza y calma. Busca el equilibrio entre esas dos corrientes y encontrarás la felicidad”.

Ella quizás siempre estuvo buscando el mar..., pero la vida no le concedió mucho tiempo para encontrarlo.

Mientras estamos tumbadas en la toalla, Sara y Rocío me ponen al día del último curso.

Yo he estado viviendo con Diego en un pequeño pueblo de Extremadura, que está a unas tres horas de Madrid en coche, durante los dos últimos años. El primero que me fui, iba y venía más a Madrid, sobre todo por las clases, pero este último solo las he visto en vacaciones y cuando he ido a hacer los exámenes. Gracias a mis buenas notas y a que hablé con los profesores he podido graduarme con ellas.

Tenemos un grupo de *whatsapp* las tres, se llama “Las tres mellizas”, como los dibujos animados. Ro y yo somos hijas únicas y Sara es melliza de su hermano Carlos, así que nos hizo gracia la comparativa, rubia, morena y castaña; aunque la otra creo que era pelirroja, ¿no?, ahora no sé... Bueno, que me enrolló, voy a continuar. Siempre estamos en contacto. Me han puesto al día de sus clases, de todos los ejercicios, de las chorradas cotidianas; pero aun así he echado mucho de menos estar sentada con ellas en la facultad; aguantar la risa en las clases de Marketing Estratégico del Profesor Pérez, que siempre hacía metáforas con el sexo. Daba igual si hablaba de técnicas de venta o de publicidad en la red, todo acababa en lo mismo, “lo importante es meterla o que te la metan”, decía, con la sonora carcajada de todo el alumnado. He echado de menos el café y el *donuts* de chocolate de la cafetería. También criticar los modelitos de las niñas de primero, que siempre van a clase como si fueran a un desfile de moda en París. No sé, todas esas cosas que se mueven en el ambiente universitario y que me encantaba disfrutar.

Diego, mi novio, es futbolista, no profesional de momento. Aunque creo que esta temporada por fin va a conseguir su sueño y firmará su primer contrato para jugar en Segunda División. Él siempre ha jugado en las categorías inferiores del Rayo, el equipo del barrio, hasta que acabó su etapa de juvenil. De ahí lo cedieron a un equipo cerca de Madrid. Iba a entrenar, pero seguía viviendo en casa. Cuando estaba a punto de volver al Rayo para hacer la pretemporada con el primer equipo, se lesionó gravemente y estuvo casi un año sin jugar. Después tuvo una lenta recuperación y hace dos años fichó por este último equipo para jugar en Segunda División B. Dejó su casa por primera vez y yo le acompañé, dejé todo en Madrid para que él no viviera solo.

Si te preguntas por qué, creo que tendrás que esperar para saber más. Ya te dije que necesito tiempo para hablar de ciertos temas.

Sara se da bien de protección solar en la cara porque es muy blanca y me empieza a describir como pilló a Esther, una petarda que iba con nosotras a clase, mandando mensajes al profe de mates en mitad de una charla.

—Alucinas con las cerdadas que le ponía la mojigata de Esther.

—¡Joder, no quiero saberlo! —digo tapándome los oídos.

Pero ella, que le encanta hablar de sexo, tan diferente a mí, que soy más tímida, me cuenta con pelos y señales todo lo que supuestamente iba a hacer Esther al profesor de matemáticas; que, todo hay que decirlo, tiene pinta de salido.

—Joder, pues yo todavía no he sido capaz ni de pasar la lengua por una polla —nos suelta Rocío así, sin filtro.

—¡Me cago en la puta, Ro! No me lo puedo creer —dice Sara poniéndose las gafas de sol otra vez para observarla a gusto.

—¿En serio? En serio vamos a tener que hablar de eso aquí y ahora. Joder, creo que me voy a poner los cascos y escuchar algo de música —les digo alucinando.

—Vamos a ver, Oli. No creo que tú te asustes de nada. Llevas saliendo con Diego desde los dieciséis, es el único tío al que te has follado y encima vivís juntos desde los quince. No creo que te falte nada por practicar. Es más, de las tres, eres la que más experiencia tienes, te lo aseguro. Aunque no quieras compartirla —sentencia dándome un puñetazo en el brazo.

—¡Jo! —me quejo. Pero a la vez ignoro todo lo que acaba de decir. Saco mis cascos y me enchufo mi lista de Spotify. La dejo a ella haciendo gestos con la mano y la boca, cualquiera que pase y se fije en ella, va a flipar.

Sara cuando quiere es muy cómica. Siempre la animo a que se apunte a una escuela de teatro o de artes escénicas. Cada vez que habla, gesticula mucho; vamos, que es que ella tiene que explicarse con todo el cuerpo. Rocío la mira con los ojos como platos, pero sin pestañear.

Agradezco cuando comienzan a sonar los acordes de “Issues” cantada por Bely Basarte y me pierdo en mis pensamientos, práctica muy habitual en mí.

Sara tiene razón, soy la única de las tres que tiene una relación estable y duradera. Salgo con Diego desde hace ocho años y nunca he estado con ningún otro chico. Tengo experiencia sexual, como dicen ellas, pero la verdad es que nunca me ha gustado hablar de sexo. Ya se sabe que entre

amigas siempre se cuentan las experiencias, sobre todo al principio. Recuerdo perfectamente cuando lo hice por primera vez. Por supuesto, lo compartí con Sara, ella era la única con quien podía hablar del tema.

Por aquella época ella salía con un compañero del instituto y estábamos las dos pendientes de dar ese paso más. Diego y yo apenas habíamos empezado a estar juntos, en cambio ella llevaba casi un año con él. Sara fue la primera, se me adelantó por semanas, como si se tratase de una competición. Estaban recién acabadas las clases y en la fiesta de fin de curso pasó. Como no podía ser de otro modo, ella me contó su primera vez con todos los detalles. Fueron a su casa, porque su madre estaba trabajando de noche y su hermano dormía en casa de un amigo. La fiesta, la casa para ellos solos y su chico. Sergio, se llamaba. Para los dos fue la primera vez y ella dice que no estuvo tan mal. Condones que se deslizan entre los dedos, nervios, un poco de dolor, pequeña mancha roja en las sábanas y cara de moñas por haber compartido un momento único para los dos.

Cuando fui a su casa yo, semanas después, para decirle que ya había perdido la famosa virginidad, solo me limité a decir un: “Ya no soy virgen”. Ya ves, yo siempre tan pragmática. Me acribilló a preguntas, pero tampoco supe encontrar las respuestas.

Para Diego no era la primera vez. Él siempre ha aparentado ser mayor, con un carácter fuerte, mucha personalidad y bastante guapo. En el instituto era un ligón y todas estaban locas por él. A los catorce ya dejó de ser virgen. Todavía no me explico cómo se fijó en mí y dejó de estar hoy con una y mañana con otra. Él, antes que conmigo, ya lo había hecho como mínimo con tres.

Diego es un año más mayor que nosotras y cuando Sara y yo empezamos 4º de la ESO nos tocó con él en clase porque repitió curso. Ese fue el año que empezamos a salir. Yo vivía con él hacía más de un año y siempre me había parecido un chico guapo, pero nada más. A mí en casa me trataba bien y me parecía extraña la fama que tenía en el barrio y en el instituto, de chulo y rompecorazones, me refiero. Conmigo mostraba otra cara. Poco a poco fuimos conectando. Le ayudaba con las mates, que se le daban fatal, y supongo que el roce hizo el cariño. Vernos en pijama, desayunar, comer, ver la tele, cenar juntos y compartir espacio vital nos unió a marchas forzadas. Quizás influyó que yo empecé a dejar de vestir entera de negro, comencé a ponerme camisetas más justas y mi cuerpo se fue moldeando con pequeñas

curvas.

Cuando llegué la primera vez a su casa, después de lo de mi madre, no se hubiera fijado en mí nadie con ojos. Se conoce que con el paso de los meses me fue viendo de otra manera.

Nuestra primera vez ocurrió sin más. Pasé de los besos y los calentones adolescentes, que llevábamos meses conteniendo, sobre todo en casa, porque sus padres no tenían ni idea de que empezábamos a tener una especie de relación, a tenerle encima de mí, en la que era mi habitación desde que me había mudado allí, antes era la de su hermano mayor Raúl. Comenzó susurrándome palabras bonitas al oído y bajándome las bragas para comprobar si estaba preparada para recibirle. Estábamos solos y era verano, hacía muchísimo calor, lo recuerdo porque entre eso, y los nervios, sudamos mucho. Sacó un condón de su pantalón y tuvimos la precaución de poner una toalla roja debajo de mi cuerpo para no manchar las sábanas, estaba claro que me encontraba en manos de un experto. Me llenó de besos y de algo parecido al amor. Fue lento pero seguro. Vamos, que él se corrió enseguida y yo me limité a contemplarle, intentando disfrutar de ese momento irrepetible, pero sin mucho éxito. Para mí fue más bien como dar un paso más y así dejar de una vez por todas de pensar en cómo sería ese “momento”. Un trámite. No os puedo decir si me gustó o si no, porque no tenía nada con qué compararlo en ese instante. Lo que si os voy a confesar es que tampoco pensé que a partir de ese día Diego iba a ser el único.

—Capulla, deja de ignorarnos —me dice Rocío sacándome el auricular de la oreja.

—¿Habéis terminado la clase teórica de las mamadas? —les digo de buen humor, creo que estar tan cerca del mar me ayuda con la ironía.

—Sí. Luego te damos un plátano y nos enseñas cómo se la comes a Diego. Quizás en estos años ya lo hagas hasta bien— me contraataca mi amiga la rubia, volviendo a simular que pasa su lengua por algo. Las dos se descojonan de mi careto de ofendida. Qué ingenuas, si ellas supieran que Diego no es muy fan de que le coma... En fin, creo que será mejor que nos demos otro baño antes de ir a casa y prepararnos para esa “fiesta”, que seguro que con chicos y alcohol de por medio mis amigas la convertirán en fiestón.

3- FIESTA NO, FIESTÓN

Ya estoy duchada y vestida, siempre soy rápida, no me como la cabeza a la hora de ponerme la ropa, a diferencia de mis amigas. En lo que ellas se preparan para la fiesta, yo intento llamar a Diego, por tercera vez, pero no me coge el móvil. Es viernes y sé que entrenaba, pero ya tendría que estar en casa. Lo intento llamando al fijo, un tono, dos tonos, tres... Nadie contesta. Opto por mandarle un *whatsapp* diciéndole que hemos llegado bien y que luego me llame.

Ayer me dijo que esta semana es muy importante para él y que tendría que estar en casa, apoyándole. Los nervios por firmar su primer contrato y quedarse en la disciplina del primer equipo le han hecho estar más susceptible, espero que se le pase.

Estuve a punto de decir a las chicas que no las acompañaba, pero de verdad que necesito disfrutar un poco con ellas. Las he echado mucho de menos este año. Cuando estábamos en Madrid, no es que yo saliera mucho de fiesta con ellas, ya sabes que soy bastante tranquila, pero siempre hacíamos cosas juntas; un cine, una tarde de series y sofá, las clases, la biblioteca, unas cervezas por Malasaña...

Donde hemos estado viviendo Diego y yo, conseguí un trabajo a media jornada como cajera en un pequeño supermercado. Diego se ha dedicado a entrenar y a jugar, viajando cada quince días cuando le tocaba partido fuera de casa, sin más. Yo, en cambio, he estado trabajando, haciendo malabares con el dinero porque no todos los meses le ingresaban su mensualidad de forma puntual, atendiendo la casa y encargándome de preparar las comidas; por cierto, dieta estricta para el deportista. El resto del tiempo libre lo he dedicado a estudiar como una loca para poder graduarme. No he salido, no he bebido, no he visto ni la televisión. Ni tan siquiera he ido al cine.

Por eso creo que me merezco esta semana de vacaciones. Cuando vuelva tendré que empezar a buscar un trabajo y tendré todo el tiempo del mundo para estar con él.

—¿Vas a ir así? —me pregunta Rocío mientras sale al porche hecha un pincel, con un vestido corto por encima de la rodilla, de color negro con escote joya y unas sandalias con taconazo.

—Pues sí, la fiesta es aquí al lado y estamos cerca de la playa. Un *short* vaquero y una camiseta de tirantes me ha parecido buena idea.

—Seguro que después vamos hasta El Dorado, un chiringuito aquí cerca con música en directo, suele estar a tope de gente —me dice intentando convencerme para que cambie de modelo.

—¿Qué se ha puesto mi nena? ¿Un burka por amor? —grita Sara desde el baño mientras ultima su maquillaje.

—Muy graciosa —contesto mosqueada.

Sara piensa que mi reticencia a arreglarme y a maquillarme como hacen ellas es porque a Diego no le gusta. Él siempre me dice que le gusta con vaqueros y camiseta y con mi pelo y mi piel al natural. También es verdad que nunca me fijo en lo que está de moda y yo misma me conformo con lo que tengo. Llevo muchos años con este aspecto y me da mucha pereza pasar por todo el ritual de belleza que sufren mis amigas. Vestidos, tacones, corrector de ojeras, maquillaje, colorete, rímel, planchas en el pelo... No os diré que paso de todo, pero si es verdad que, como tengo la tez morena y una melena agradecida, no me da por acicalarme tanto.

Yo me veo bien con la cara lavada y unos vaqueros. A pesar de lo que crean ellas.

—¡Venga, Sara! ¡No te pases! —intercede Rocío—. Vamos a tomar tú y yo una copa en lo que se acaba de preparar.

—Yo solo quiero una cerveza. Ya sabes que paso de copas.

—Oli. Bébete un copazo, mira todo el alcohol que tiene mi padre aquí. Es verano. Hay que disfrutar.

Ro prepara dos vodkas con naranja para ellas, yo me abro un botellín de cerveza. Nunca he tolerado muy bien el alcohol. Con dieciséis años, Sara y yo nos bebimos una botella de Ginebra con limón en casa de su madre y casi tenemos que ir al hospital. Si no llega a ser porque Carlos, su hermano, nos pilló a tiempo y nos enseñó su manual de primeros auxilios para estos casos, era nuestra primera borrachera, pero no la de él. Desde ese día no he vuelto a probar nada que supere los cuatro o cinco grados de alcohol. Sé que mi cuerpo responde estupendamente a las cervezas; por lo tanto, no arriesgo. Si mis mellizas empiezan con vodka a las nueve de la noche y sin cenar, no quiero imaginar cómo estarán a las tres de la madrugada.

Sara se une a nosotras con su *look* finalizado. Lleva un mono azul corto, con un escote en pico que deja ver un poco su sujetador negro de encaje, de esos que se llevan ahora tipo top y unas cuñas negras. Los ojos con una raya

negra muy marcada y el pelo peinado, pero desenfadado. Con su rubio platino parece mayor. Está muy guapa.

Brindamos las tres, por encontrar curro lo antes posible y así poder viajar mucho. Prometemos que todos los años nos haremos un par de viajes juntas y que, aunque al final encontremos trabajos lejos las unas de las otras, siempre seremos amiguísimas. Ellas también brindan por encontrar esta semana un buen chorbo que les dé una alegría al cuerpo. Yo brindo por ellas.

Cuando vamos por la segunda ronda, oímos bastante griterío en la casa de al lado. La fiesta debe de estar empezando y, por lo que escuchamos, hay bastante gente. Desde el porche de nuestra casa no vemos su jardín. Se oye sonar el cajón y muchas palmas. Los primos de Ro ya deben de estar metidos en harina. Sara vuelve a interesarse por Jose; para no irle el flamenco, la veo muy preguntona.

—¡Venga, chicas!, vamos para allá a ver si nos dan algo de cenar para poder seguir bebiendo —dice Ro muy decidida.

—¡Vale, que si no hoy acabamos pedo! —dice la rubia, y se queda tan a gusto.

—¡Hablad por vosotras, nenas! Ya sabéis lo peligrosas que sois.

Al entrar en la casa de los vecinos, observo que hay un montón de gente. Están todos en el jardín delantero. Sobre una mesa larga de madera hay colocadas fuentes con jamón, queso y más embutidos. Muchas botellas de bebida y refrescos y unas cubiteras gigantes. Al lado una barbacoa de gas con un cocinero alto y moreno, que de momento nos da la espalda. Habrá unas cuatro o cinco chicas, que en cuanto mis amigas y yo entramos por la verja nos hacen un análisis exhaustivo. En ellas se detienen más. En mí, una miradita rápida les ha sido suficiente para comprobar que no soy rival. Ellas también van arregladas, está claro que la única que desentona soy yo.

Jose se acerca a recibirnos y su prima nos presenta. Nos dice que son todos amigos y nos presenta en voz alta al resto del grupo, incluidas las féminas, sin presentaciones individuales, cosa que yo agradezco, nunca he sido muy besucona. Pasamos y nos acercamos a la mesa. Con la hora que es, tenemos hambre. El chico encargado de la barbacoa nos saluda, se presenta como Alejandro y nos pregunta lo que queremos cenar.

Mi amiga Rocío no parpadea. Parece idiota mirándole así. El chico es alto, moreno y guapo. Se conoce que, como lleva un pantalón corto azul marino y una camisa azul y blanca de rayas, ya la tiene loca; espera a que vea que lleva

unos mocasines sin calcetines y no zapatillas.

—Hola, yo soy Oli y me comería una hamburguesa porque me muero de hambre.

Sara, que se ha dado cuenta igual que yo de cómo nuestra amiga está abducida por el espíritu del niño pijo, le da un codazo a la vez que se presenta, esperando que nuestra nena reaccione.

—Hola, yo soy Sara y con una hamburguesa me harías la mujer más feliz de esta fiesta. Después de mi amiga Rocío, claro.

Alejandro, que está encantado de conocerse, y de causar tanta sensación en nuestra amiga, se sonríe.

Cuando Ro va a abrir la boca, sale de la casa otro chico alto, con el pelo bastante largo y repeinado, es muy moreno y lleva la camisa abierta hasta el esternón, dejando entrever su pecho.

—Hola, primita —dice mientras la abraza y le da dos besos.

Creo que debe de ser Jacobo, porque se parece bastante a Jose, ahora que le observo más de cerca. Miro a Sara en un intento de cotillear con la mirada y, como hermanas no de sangre que somos, su mirada ya estaba buscando la mía. Está claro que estamos compenetradas. Las dos nos aguantamos la risa al darnos cuenta.

Efectivamente es Jacobo, el primo mayor de Rocío. Nos da dos besos y nos dice que estamos en nuestra casa. Sara y yo presentamos a Alejandro a nuestra amiga por fin y nos disponemos a devorar las hamburguesas. Rocío se queda hablando con Alejandro de sus primos y por supuesto le dice que ella no quiere hamburguesa, que ya ha cenado. Sara y yo, cuando la oímos, casi vamos a darle dos collejas por idiota. Espero que coma algo de embutido por lo menos, o las copas le van a sentar como una patada en el estómago.

A parte de Jose, Jacobo y Alejandro, hay un par de chicos más, que no me he quedado con sus nombres, y las niñas que siguen marcando territorio. Acabamos las hamburguesas, que por cierto están buenísimas y vamos a por algo de beber. Por suerte yo encuentro otra cerveza bien fría.

—Joder, el Jacobo este igual se puede atar un par de botones más de la camisa ¿no? —me pregunta Sara haciendo círculos con los ojos antes que nos oiga Ro.

—¡Vaya con el señorito! Será su *look* para las actuaciones, porque el kilo de gomina que lleva en el pelo le tiene hasta que pesar —contesto guiñándole un ojo.

Rocío se nos une y ellas se sirven otros dos vodkas. Qué miedito me dan.

—Joder, Alejandro está buenísimo ¿verdad?

—Ah, ¿en serio te gusta? No nos habíamos dado cuenta —digo con mi modo ironía activado de nuevo, estoy que no me reconozco.

—No, no le gusta nada. ¿No ves cómo se le cae la baba después de hablar con él?

Antes de que nos podamos seguir metiendo con nuestra morenaza, Jose nos da unas sillas y nos sentamos junto al resto. Jacobo coge la guitarra y empieza a tocar y a cantar. Todos escuchan atentos. Sara y yo nos miramos cómplices de nuevo, no nos gusta el flamenco, pero hay que reconocer que el chico lo hace muy bien, hace una versión distinta de “Caí”, la canción de Niña Pastori, y todos aplauden cuando termina, incluidas nosotras.

Después Jose se sienta al cajón y su hermano sigue con la guitarra, tocan solo acústico, sin cantar. Esta vez parece una rumba, con bastante ritmillo. Las hienas, y no es que quiera ser una capulla, pero cada vez que mis amigas se levantan de la silla las acechan, como buscando a sus presas, bailan a su alrededor.

La noche continua entre música, esta vez la que sale de un altavoz donde hay conectado un móvil que controla Alejandro, los bailoteos de los asistentes y las risas por los chistes que cuenta otro de los chicos, con mucho arte andaluz.

Nos lo estamos pasando bastante bien. Creo que voy por mi cuarta cerveza, pero estoy estupendamente, no puedo decir lo mismo de mis amigas. Un par de nuestras enemigas “las hienas” han desaparecido; habrán ido al baño, supongo. Mis amigas se acercan un poco más a hablar con los chicos, creo que es la hora del flirteo. Yo aprovecho para mirar el móvil, había olvidado que Diego me llamaría. Tengo una llamada perdida suya, seguro que con la música ni la he oído. Doy a la tecla de rellamada y cuando Diego contesta apenas le escucho la voz, intento alejarme del ruido por un lado de la finca.

—Chicas, voy allí que no oigo bien —informo a mis amigas, que están bailando culo con culo para el deleite de todo el personal.

—¡Vale, Oli! Aquí te esperamos.

Consigo alejarme un poco del bullicio y me apoyo en la barandilla de madera blanca de espaldas a la casa.

—Diego, perdón, es que no te oía.

—¡Ya lo veo! No sé para que me mandas llamarte, si no coges el teléfono.

—Tú tampoco me lo has cogido antes a mí. Y te he llamado a casa y no

estabas —le replico.

—Todavía no he ido por casa —me responde seco.

Me toco el pendiente de la oreja izquierda y suspiro mentalmente, parece que sigue mosqueado.

—¿Dónde estás tú? Oigo mucho ruido también.

—En el bar de Lolo tomando unas cañas con los chicos.

—Sí, ¿y qué pasa?, ¿qué ahora Lolo tiene hilo musical? —le digo dudando.

—No, es el tonto de Pablo, que está enredando con su móvil nuevo.

Me parece raro que haya esa música de fondo en el bar del barrio, pero sigo hablando. Me cuenta todo su entrenamiento, me dice que el miércoles tiene cita en las oficinas del club, que irá con su padre y que espera que le ofrezcan 200 mil euros por temporada. Casi me atraganto con la cifra.

—¡Eso es genial! Por fin vas a conseguir tu sueño —le digo.

—Nuestro sueño, peque. El tuyo y el mío.

Me quedo sin saber muy bien que decir, él siempre ha tenido su sueño muy claro y está a punto de conseguirlo. Yo, en cambio, solo me he dejado llevar por la corriente y nunca me he permitido soñar.

Serán las cervezas y estar cerca del mar, pero creo que mi mente está un poco desconectada. Me giro y apoyo mi culo en la barandilla, al lado tengo una farola y me agarro a ella para ver si me centro, estoy buscando en mi cerebro las palabras correctas para usar.

—¡Oli! ¿Me has escuchado, peque? —insiste Diego.

Al alzar la vista al frente en mi nueva posición observo a alguien sentado en un sillón en el porche lateral de la casa. No me había dado cuenta de que había nadie cerca. A él no le puedo ver casi la cara, porque una de las hienas está dándole besos por todo el cuello y me tapa su rostro, está medio sentada en su regazo. En el brazo del sillón hay otra que le está metiendo la mano por debajo de la camiseta para levantársela. ¡Joder! Mis ojos se quedan fijos en esa imagen y mis palabras se agolpan todavía más en mi garganta. Me quedo tan quieta y embobada que mis manos parecen gelatina y se me cae el móvil al suelo.

—¡Fuera! ¡He dicho que os larguéis de una vez! —oigo como una voz masculina, bastante ronca, grita a las hienas y estas se despegan de su cuerpo y se alejan. Él se levanta y empieza a caminar hacia mí.

Joder, es la primera vez en mi vida que veo un trío, o al menos los preliminares. Mi cara debe reflejar que soy nivel principiante, muy principiante. Me agacho a coger el móvil y veo que la llamada se ha cortado.

Antes que pueda ver mejor al chico que me ha dejado en este estado de *shock*, intento buscar el contacto de Diego para devolverle la llamada, seguro que está preocupado.

—No hace falta que me hagas fotos. Las revistas ya no las pagan muy bien —me dice clavando sus ojos de un color azul cristalino, casi transparentes, en los míos.

—¿Perdona? ¿Y para qué quiero yo una foto tuya? —contesto borde.

Antes de que pueda maldecir a este capullo engreído, Diego contesta otra vez.

—Oli.

—Lo siento, se me cayó el pendiente y al ir a cogerlo se me escurrió el móvil de la mano.

Oli, estás loca. Ahora ¿por qué mientes? El desconocido me mira con media sonrisa y retrocede unos pasos.

—Eso es porque estarías tocándote la oreja. —Joder, me conoce tan bien —. Bueno, peque, mañana hablamos, estos quieren pedir otra. No hagas el idiota con tus amigas. Todos sabemos que están locas; pero tú no, ¿vale?

—No seas bobo, ellas están perfectamente —le digo un poco mosqueada por sus palabras.

—Bueno, si tú lo dices. Mañana por la mañana te llamo. Te quiero.

—Y yo a ti —repito como un dogma de fe.

4- CAPULLO Y ENGREÍDO

ALBERTO

Si no llega a ser porque estamos a dos minutos de la playa, hubiera matado a mi hermano por obligarme a venir aquí una semana.

Cádiz siempre me ha gustado, pero cuando me pierdo yo solo entre sus playas y estoy a mi aire, descubriendo sitios, haciendo surf y pasando desapercibido, no como ahora.

Tener niñera no va conmigo; y si encima es Alejandro el que tiene que estar conmigo día y noche, controlándome, la cosa se pone fea. Somos tan distintos. Él siempre hecho un pincel, perfectamente arreglado, luciendo su mejor sonrisa quema bragas, haciendo amigos y amigas en todas partes. Yo, en cambio, un puto lobo solitario, no me gusta llevar traje, paso mucho de las aglomeraciones de gente y no siempre me apetece sonreír. Bueno, últimamente nunca.

Me encanta mi trabajo, pero a la vez me desquicia todo lo que conlleva ser un actor de éxito en este país de porteras. No pruebo el alcohol desde hace seis meses. El último día que bebí ingresé con un coma etílico en una clínica madrileña y fui portada de todas las revistas del corazón. Mi agente Eduardo y mi hermano, que es quien maneja mis finanzas, decidieron por mi bien y por el de mi carrera que tengo que estar limpio por un tiempo y tratar de lavar mi imagen.

Ahora, que he terminado de rodar mi última serie, voy a comportarme unos meses. Necesito que me salgan más trabajos y seguir actuando, al fin y al cabo, es lo que más me gusta y lo que me permite llevar la vida que quiero, sin depender de nadie. Con mis treinta recién cumplidos y sin poder beber, me han quedado como únicos vicios: el surf, los dos petas de marihuana que me fumo todas las noches y las mujeres. Aunque estas solo para un rato. Estoy harto de niñatas sin cerebro, que solo se me acercan por ser quien soy, sin interés alguno de conocer a la persona que vive debajo del personaje.

Acabando mi primer porro de la noche estoy, cuando dos niñas, que mi hermano me presentó esta mañana, se me acercan muy zalameras. Seguro que encima las ha mandado venir él; para que me dé una alegría habrá pensado,

como no bebo. ¡Menuda suerte la mía!

Hay una fiesta organizada en el jardín, pero yo he preferido quedarme en el porche mirando la puesta de sol, aquí es única. Ahora que ya es de noche cerrada, contemplo la luna en todo su esplendor, hoy está llena y me hipnotiza. Desde aquí oigo la música de fondo, un runrún constante, bastante mortífero, para qué mentir.

Vaya una “niñera” que tengo, si le vieran los de alcohólicos anónimos le quitarían el título de “padrino”. No puedo beber y me trae a Cádiz, en verano y con los reyes de la fiesta. Sí, Jose y Jacobo son buena gente, los conocimos en Madrid en un garito donde estaban tocando una noche y acabamos entrando en el hotel casi a las doce de la mañana. Son divertidos y tienen mucho arte, pero para alguien tan del norte como yo, eso es solo para un rato. El cabrón de mi hermano está encantado con ellos, la fiesta también es lo suyo y se compenetran a la perfección.

Las niñas se me acercan y me susurran un “hola corazón”, bueno con acento andaluz que suena “hola *corasón*”, una se pone encima de mi pierna izquierda y la otra en el brazo del sillón. ¿Qué por qué no las aparto? Pues no sé, será que al haber dado la última calada a mi porro hace unos segundos me siento más relajado. Total, voy a probar hasta dónde quieren llegar. Parece que mi hermano ha pagado a profesionales para que vengan a divertirse con ellos, porque es raro que dos tías de veintipocos, bastante monas, hayan decidido venir juntas a por mí, ¿no?

Cuando empiezo a sentir sus manos encima, oigo una voz femenina que se acerca por el lateral. Será amiga de estas dos y no la he visto antes, deduzco. La observo mientras se apoya en la barandilla, de espaldas al lado de la farola. Desde aquí escucho parte de su conversación. Debe de estar hablando con su novio, o su pareja, porque al principio está más seria, como si estuviera enfadada. Me parece raro que conozca a mis nuevas amiguitas, porque estas van vestidas como para ir a una boda y ella todo lo contrario. Lleva un pantalón vaquero corto y una camiseta de tirantes. Por cierto, tiene un buen culo, por lo menos visto desde esta distancia.

De repente se gira y todo se para. Las niñas no se percatan porque están a los suyos, una me besa el cuello y la otra me intenta levantar la camiseta, pero yo la veo perfectamente. Su mirada está clavada en mí. Creo que me quedo un par de segundos sin respiración. Joder, la miro a contraluz y me parece preciosa. Es jodidamente preciosa y está jodidamente alucinada con lo que ve. Se le cae el móvil al suelo y noto cómo le tiemblan las manos.

¡Ah...!, ya lo entiendo todo. Cuando se agacha a recoger el móvil, me deshago de las niñas.

—¡Fuera! ¡He dicho que os larguéis de una vez! —grito, y ellas se alejan.

La desconocida me mira de nuevo. Me levanto del sillón y me acerco hasta ella. Les he pillado la jugada. Ella ha venido hasta aquí disimuladamente para hacerme unas fotos con estas dos encima. Están las tres compinchadas, me resulta patético.

—No hace falta que me hagas fotos. Las revistas ya no las pagan muy bien —le digo atravesando su mirada y sin poder evitar echar un vistazo rápido a su delantera, con la camiseta que lleva es imposible no fijarse.

—¿Perdona? ¿Y para qué quiero yo una foto tuya? —me contesta muy borde.

Entonces dudo. Me fijo en su mirada de desconcierto. Por un momento, hasta pienso que no sabe quién soy, aunque eso es realmente difícil. Mi última serie en TV5 ha tenido de media más de 5.000.000 de espectadores, con una franja de edad muy amplia. Puede que no tenga televisión y sea una rara de esas, pienso. O puede que sea un ratoncillo de biblioteca, de las que solo leen libros y más libros. Su cara de enfado me bloquea, parece que está pensando que soy un capullo y un engreído.

Joder, Alberto, y si estás metiendo la pata, ¡mamón!

Ella se pone el móvil en la oreja y vuelve a hablar con su interlocutor, no sé por qué le miente, y me hace gracia su excusa.

La concedo el beneficio de la duda y me alejo unos pasos. Tiene una sombra negra en la mirada, a pesar de que sus ojos son de un marrón verdoso intenso, un poco achinados y muy bonitos. Me gustan. Normalmente, cuando tu alma está apagada tus ojos lo reflejan y a ella le sucede algo parecido, lo noto porque a mí también me pasa.

Termina su conversación y comienza a andar para volver a la fiesta con sus amigas, me imagino. Creo que la he juzgado precipitadamente y que le debo una disculpa.

—Perdona por lo de la foto; como estaban conmigo tus amigas, yo pensé...

Y antes que pueda terminar la frase, me corta.

—¡Esas dos no son mis amigas!, las he conocido al llegar. Mis amigas están bailando en el jardín, Rocío es la prima de los dueños de la casa —me dice muy digna. Me hace gracia oír cómo se refiere a “esas dos”.

—Está bien, te pido disculpas. —La forma en que se dirige a mí, tan directa, me gusta. Creo que definitivamente me he columpiado. Esta chica

guapísima e inocente no tiene ni idea de quién soy, y eso me encanta—. Deberíamos empezar de cero. Hola, soy Alberto, encantado de conocerte — digo acercándome a darle dos besos. Ella se queda un poco paralizada por mi contacto, pero me devuelve el saludo, incluidos los dos besos. Huele a una mezcla de arena y sal, como la canción de Supersubmarina que ahora mismo me ha venido a la cabeza, con un toque a vainilla que logro descifrar en unas décimas de segundo.

—Hola, yo soy Oli. Oliva, como la aceituna —me aclara con un tono más amable.

—Bonito nombre, Oliva —afirmo riéndome por su coletilla mientras observo que parece nerviosa con mi presencia.

—Siento haberte interrumpido con “esas”. No sabía que había nadie aquí. —Me saca una sonrisa otra vez escuchar cómo se refiere a las chicas, con ese tono despectivo de nuevo. Está claro que, aunque dice que las acaba de conocer, no le han caído muy bien.

—No, tranquila, no hay nada que interrumpir. Yo estaba solo, mirando la puesta de sol primero y después la luna. Ellas se han presentado sin que yo las invitara.

—Bueno, vuelvo a la fiesta, que me estarán echando en falta mis amigas.

No quiero que me deje solo. Ha sido como una brisa de aire fresco entre tanto calor sofocante. Si además no tiene ni idea de quién soy, mucho mejor. Podré mantener una conversación de persona normal. De tú a tú.

Las risas y la música cada vez se oyen más. La fiesta está llegando a su momento álgido, sé que no tardarán en irse a algún chiringuito de los de la playa para seguir bebiendo y bailando. Oliva no parece haber bebido mucho, parece una chica tranquila.

—¡Oli! —Oímos una vocecita estridente que la llama—. Nos vamos al Dorado. ¡Deja de hablar con tu novio de una vez!

Oli me mira rodando los ojos, esa voz debe ser de una de sus amigas, y por la cara que ha puesto no le ha hecho mucha gracia la frase.

— Tengo que irme. Ya nos vemos —me dice, pero no se mueve un centímetro. Cosa que agradezco porque se acerca mi hermano hasta nosotros. Saluda a Oli, supongo que ya los habrían presentado antes y me dice que se van a seguir la fiesta.

—¿Vienes?

—No, me quedo. Mañana quiero madrugar para ir a coger olas —contesto secamente.

—Está bien, pero por favor no...

—¡Joder! —le corto tajante antes de que termine la frase.

Oli se sobresalta con mi tono de voz y me parece más natural todavía. A pesar de la poca iluminación que hay en esta parte de la finca, ella es luz. Sin maquillaje, sin tacones, sin adornos. Solo ella.

Alejandro se retira y pienso que ella le seguirá; pero, para mi sorpresa, no.

—Dile a Sara y a Rocío que yo me quedo. Que sean buenas.

—Está bien, yo se lo digo —contesta Alejandro dejándonos solos.

Oli me mira sin saber qué decir, ni qué hacer. Parece que ha sido un impulso el que le ha hecho decir que se queda y ahora está como un pececillo fuera del agua. Yo estoy igual de sorprendido.

Oímos como la chica de la voz estridente grita “Oli” otra vez y mi hermano le dice que se queda conmigo. Ella no se debe quedar convencida, porque se acerca hasta su amiga. Yo me doy la vuelta y me siento en la penumbra de la escalera del porche, mientras mi nueva invitada le explica que se pueden ir tranquilas. Seguro que su amiga está igual de alucinada que yo.

Cuando termina la conversación se acerca a mí y se sienta a mi lado en la escalera. Ambos miramos al frente, contemplando la maravillosa luna llena durante unos segundos, en silencio. No tengo ni idea de qué es esto.

Dos extraños, que se han conocido hace unos minutos, sentados, juntos. Admirando la grandeza de la luna. Llamadme gilipollas soñador, porque la escena es un poco de película, pero de repente siento que se respira algo entre los dos y no sé ponerle nombre.

5- ACTUAR SIN PENSAR

Debe de ser la mezcla de las cuatro cervezas que me he tomado, el yodo que respiro por estar tan cerca del mar y los ojos azules de Alberto, que me han hipnotizado, porque acabo de decir a mis amigas que sigan la fiesta sin mí.

Sara me ha preguntado un par de veces que si estaba segura y yo la he guiñado el ojo para que no se preocupara. Ese gesto es nuestra señal de que todo está correcto. Desde pequeñas siempre hemos estado muy unidas, solo necesitamos mirarnos para saber lo que está pensando la otra. Durante la época del instituto, cuando ocurrió lo de mi madre, Sara estaba muy pendiente de mí, a todas horas. Como durante las clases no nos dejaban sentarnos juntas, porque no parábamos de hablar, un día se nos ocurrió inventar una señal entre nosotras para saber que todo está en orden. Ese guiño de ojo nos da la certeza de que no tenemos que preocuparnos, es como nuestra señal secreta. Ella ni tan siquiera ha visto a mi acompañante, pero ha intuido que me quedaba con un chico, mi guiño la ha dejado convencida de que puede irse tranquila. Tranquila pero alucinando, me imagino.

Ya sabes que la fiesta no es lo mío, pero moverme por impulsos tampoco. Después de escuchar a Alberto y a Alejandro medio discutir, he soltado de sopetón que yo me quedaba aquí. Debo de estar pasando por un estado de enajenación temporal. Yo, sola, con un extraño, en una casa que no es la mía y sin dudar un segundo.

Tranquila, lo que se dice tranquila, tampoco estoy, ¿a quién quiero engañar? Mi sentido común estará de vacaciones como yo, porque no tengo ni idea de por qué he dicho que se fueran sin mí.

Me he sentado a su lado en la escalera del porche y estamos los dos en silencio, casi en penumbra, contemplando la luna, que hoy es llena. Hay veces que las palabras sobran y en este instante es así. Solo oímos el ruido de la noche, el viento silbar entre las ramas de los pinos y nuestras respiraciones. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero al cabo de unos minutos empiezo a ponerme más nerviosa.

¿Qué coño haces aquí, Oliva? ¿Qué estará pensando de mí? ¿Qué soy una trastornada? ¿Qué soy una buscona como las hienas?... En fin, creo que

necesito otra cerveza. Esta ya será la última.

—Voy a por una cerveza ¿quieres una? —pregunto a Alberto devolviéndole al mundo real. Él también parecía perdido en sus pensamientos.

—No, gracias —me contesta—. Espera, ya te la traigo yo.

Se levanta y entra en la casa por el gran ventanal de la habitación que da al porche. Parece que él también se ha quedado con la mejor habitación de la casa, como yo. Regresa con una cerveza para mí y un botellín de agua para él.

—Entonces ¿tu amiga Rocío es prima de Jose y Jacobo? —me pregunta acercándose la bebida.

—Sí. Ella es sevillana, pero ahora vive en Madrid. Sara y yo la conocimos en la Universidad. Hemos venido las tres juntas.

Y así, como dos personas que se acaban de conocer, nos ponemos al día un poco con la información básica. Me cuenta que es del norte, de Gijón en concreto y que vive en un pueblo a unos treinta kilómetros de la ciudad, Salinas, en una casa pegada al mar. Yo le cuento que veraneaba en Asturias, en Lastres, porque mi abuela era de allí. Nos reímos por la coincidencia. Me habla del mar como su fuente de energía. Hace surf, a diario cuando está en su casa, y dice que le cuesta muchísimo estar largos periodos de tiempo sin meterse al agua, en Madrid se suele agobiar. Le digo que también me encanta el mar.

Le cuento que el único deporte que practicaba era ir a la piscina a nadar, todos los días que podía, porque el agua siempre me relaja. Aunque sea con cloro. Le digo que los dos últimos años, como he estado fuera de Madrid, ya no he ido y que lo he echado en falta. Nuestra conversación transcurre de forma natural. Yo sigo bebiendo mi cerveza y él me mira mientras hablo, no puedo evitar fijarme en sus ojos, son de un azul tan intenso que me atrapan si le miro fijamente, son bastante hipnóticos.

Oli, cierra la boca porque solo te falta babear. Nunca me había pasado nada parecido. No me he fijado tanto en ningún chico y además así de cerca. Ahora mismo creo que mi cerebro ha dejado de funcionar, pareceré una imbécil.

Alberto es alto y guapo, muy guapo. Creo que tiene una belleza muy masculina. Me sorprende a mí misma porque es la primera vez que miro a un hombre de esta manera, tan explícita. Su pelo es castaño claro, ensortijado. Sus rizos lucen desordenados y lo lleva un poco largo para mi gusto,

transmite fuerza. Sus patillas largas enmarcando su cara le ponen años. Rondará los treinta y tres, creo yo. Tiene barba, pero recortada y arreglada, de pocos días, y es un poco más rubia que su pelo. El sol le ha curtido la cara, está moreno y se le ven pequeñas arrugas en las líneas de expresión, sobre todo alrededor de esos faros azules que tiene por ojos, coronados por unas cejas anchas. Su nariz es ancha y recta, sin imperfecciones. Al entrar en casa antes, para coger las bebidas, ha dado la luz de la habitación y por eso he podido observar mejor su cara, porque al volver no la ha apagado. Con la penumbra anterior hubiera sido imposible verle con tanto detalle.

Su cuerpo, no sé cómo describirlo, porque me ha dejado tan paralizada cuando se ha levantado de mi lado, que he tenido que redirigir mi mirada al frente o iba a parecer que lo estaba desnudando con la misma. ¡Vaya, Oli, ni que fuera la primera vez que te fijas en un chico! Bien, para ser sincera, quizás desde que estoy con Diego, hace ocho años ya, sí sea la primera vez que me fijo en otro, por lo menos de esta manera. Son completamente distintos. Pero no tengo por qué compararles. Alberto tiene una musculatura muy fuerte. No necesito verle desnudo para descubrirlo.

La camiseta, a pesar de no ser justa, se le pega como una *lycra*. Le marca todo su torso. Las venas recorren sus antebrazos y suben hasta los bíceps ¡Y qué bíceps! No sé si solo practicaré surf, pero tiene un cuerpo de atleta.

Oli, piensa, piensa... Habla de algo porque parece que eres una niña tonta que se ha quedado prendada.

— ¿Y a qué te dedicas? —le pregunto.

Joder, vaya clásico. Me ha faltado decir ¿estudias o trabajas? Cualquiera cosa para centrar mi mente en algo que no sea su cuerpo y su cara.

—Al mundo del espectáculo —me contesta con voz queda.

Da la sensación de que mi pregunta le ha pillado por sorpresa. No me aclara para nada su oficio, lo ha dicho de manera tan generalizada que puede que sea guionista, director, cámara, payaso, *stripper*... Será que no quiere hablar del tema.

Yo le cuento que hemos terminado las tres la carrera y que en cuanto llegue a Madrid tengo que buscar trabajo, me da igual de lo que sea.

—Antes hablabas con tu novio, ¿no? —me pregunta sin charla introductoria.

—Sí —le respondo a secas. No me esperaba que la conversación fuera a dar ese giro a temas tan personales.

Miro el reloj por primera vez en la noche y me revuelvo incómoda. Creo

que él lo nota.

—Perdona la pregunta, era solo curiosidad.

Le miro a la cara de nuevo y me sonrío de medio lado. Su boca, su boca es igual de perfecta que el resto de sus rasgos. Sus dientes blancos y perfectamente alineados brillan casi como sus ojos. Y sus labios... Invitan a cosas, a muchas cosas. Otra vez me quedo atrapada en esa mirada. Y su sonrisa se ensancha.

Pillada, Oli. Pillada

—No, está bien. Es solo que no me apetece hablar mucho de ello.

Cambiamos de tema y me cuenta que Alejandro es su hermano, que conocieron a Jose y a Jacobo en Madrid, en una de sus actuaciones y se hicieron amigos, sobre todo de juergas. Su hermano es abogado, es el mayor y siempre está pendiente de él. Me parece que quiere contarme algo más, sabe que he estado presente en su conversación tensa, pero en el último segundo vuelve a mirar al frente. Algo se mueve en su interior porque conozco como es esa sensación de entrar en bucle, a mí me pasa. La luna sigue custodiando nuestro silencio y el tiempo pasa sin querer, a su lado.

—Y tú, ¿tienes novia?

Bravo, Oli, ¿dónde está tu filtro? Joder, parece que te has reencarnado en Sara y ya actúas como ella, hablando rápido y sin pensar.

—Ja, ja, ja. No.

Alberto se ríe y niega con la cabeza. Tampoco creo que haya sido una pregunta tan graciosa.

—Vale, y ahora dime otra cosa. Si yo no llego a interrumpirte, ¿te hubieras enrollado con las dos?

Joder, ¿quién eres tú y que has hecho conmigo? ¡Tierra llamando a Oli! ¿En serio que esa pregunta ha salido de mi boca? Aparta esa mirada de mí. Alberto, eres el mal. Hace menos de una hora que te he conocido y ya no me reconozco.

Alberto abre mucho los ojos, casi junta sus pestañas con sus cejas. Esa pregunta sí que lo ha dejado descolocado. Aunque creo que tiene muchas tablas y enseguida se repone.

—Depende. Si ellas hubieran querido, quizás me habría dejado llevar. — Su respuesta es ambigua, un “ni sí”, “ni no”, “ni todo lo contrario”. La imagen de él manoseado antes por las dos vuelve a mi mente y me provoca un escalofrío que no sabría definir. No entiendo qué me pasa. Es una especie de corriente eléctrica que me atraviesa el cuerpo. Dudo si es morbo o asco.

Lo que tengo claro es que debería irme a dormir. Necesito recuperar mi cordura.

No soy capaz de decir nada más. Y él nota que me ha dejado fuera de juego con su respuesta.

—Si lo que quieres saber es si alguna vez he hecho un trío, te puedo decir que sí —me confirma burlón.

—No, yo no... —balbuceo, y otra vez parezco idiota, mi cerebro no encuentra las palabras exactas para salir de este embrollo.

—Oli, no pasa nada por preguntar. Tranquila —me dice mientras posa su mano en mi rodilla derecha. Su mano grande pegada a mi piel es como si me quemara. No tengo ni idea de por qué mi cuerpo reacciona así con su contacto.

—Es tarde, será mejor que me vaya —digo levantándome como un resorte.

—Oli. No hace falta que te vayas. Puedes tomarte otra cerveza si te apetece.

—Gracias, pero no.

Me dirijo a la verja de salida con paso ligero y no miro para atrás. Ahora pensará que soy una niñata que ha huido asustada. Cuando entro en la finca de Ro, lo veo apoyado en la valla de madera debajo de la farola, donde había empezado toda esta locura de noche.

—Hasta mañana, Oliva. Buenas noches —me dice desde la distancia.

Yo solo soy capaz de reproducir su “Buenas noches” con la voz temblorosa y casi inaudible.

Una vez dentro de casa, cierro la puerta y me apoyo en ella antes de dar un paso más. Joder, ¿qué narices me pasa? El corazón me late como si se me fuera a salir del pecho. Tengo las mejillas ardiendo y las rodillas como flanes.

Consigo ponerme una camiseta vieja que traigo de pijama y me meto en la cama. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. No puede ser. Si los cierro, solo veo la cara de Alberto, sus ojos, sus brazos, su boca... Aunque sean casi las tres de la madrugada, cojo mi móvil y me pongo a revisar las fotos de Diego. Tenemos unas cuantas juntos y las repaso una por una. Cuando he conseguido dar un par de vueltas por todas las de la galería, respiro más tranquila.

Aun así, hay partes de mi cuerpo que no se han relajado. Una de ellas es el vértice entre mis piernas. No me puedo creer que una charla de unas horas con un extraño, al que acabo de conocer, haya provocado tal espiral de

reacciones dentro de mí.

Y entre las sábanas blancas, de la mejor cama de toda la casa, me siento rara. Como hacía años que no me sentía. Algo se ha despertado en mi interior que no sé definir.

6- FUERZA Y CONTROL

ALBERTO

Anoche cuando Oli se fue a casa entre sorprendida y asustada me tumbé encima de mi cama, pero fui incapaz de dormirme. No eran nervios, porque ni tan siquiera me acordé de que tenía mi segundo pitillo de maría sin fumar. Normalmente, el último, siempre me lo fumo antes de meterme en la cama. Yo creo que me relaja y me ayuda a conciliar el puto sueño que tantos quebraderos de cabeza me da, pero anoche, anoche no lo necesité, aunque no me durmiera enseguida, mi cuerpo respiraba calma y sosiego.

Desnudo encima de la colcha, porque dentro de la habitación no había quien respirase, y eso que había estado ventilada durante buena parte de la noche, no dejaba de acordarme de Oliva. Su imagen venía a mi mente en cuanto hacía amago de cerrar los ojos y su olor, su olor se me quedó grabado en la memoria. Me acordaba de sus ojos achinados, chispeantes por las cervezas que se había tomado, de cómo se clavaban en los míos sin darse cuenta. De sus piernas, finas y definidas, no de *barbie* esquelética. De su cara con alguna peca graciosa, tan natural. De sus labios, delgados cuando esbozaban una sonrisa. De su piel morena.

También de como le cambió el gesto cuando la pregunté por la llamada de su novio. O como se le colorearon las mejillas cuando en un arranque de curiosidad me preguntó por si yo tenía novia, o si iba a hacer un trío con las dos niñas.

¡Ay, Oli!, no he querido preguntarte la edad que tienes, porque nos acabábamos de conocer y te habría parecido de mal gusto, pero tu inocencia emana por los poros de tu piel. Una de dos, o ese novio que tienes es un inocente como tú, o por el contrario no tiene ni idea de complacerte. En tus preguntas y en tus reacciones pude ver tus inquietudes ¡Oli! ¡Oli!... No sabes cómo me gustaría descubrirte la vida, contigo.

Me habría encantado haber seguido hablando con ella, hasta el amanecer. Saber todo lo que le ha pasado en la vida y por qué sus ojos no iluminan todo a su paso, a pesar de ser luz. Espero que ella no haya visto mi oscuridad interior. Ojalá no se haya percatado de todos mis fantasmas. Casi mato a mi

hermano cuando estuvo a punto de estropearme la noche con su advertencia sobre la bebida. No es que quiera ocultar mis problemas, simplemente es que parece que disfruta poniéndome en evidencia delante de los demás. Luego se lamenta cuando todas las páginas de las revistas hablan de mí.

Estoy cogiendo un plátano de la cocina mientras todos en la casa duermen. Según los ruidos que he oído, han llegado hace aproximadamente media hora y ahora son las siete de la mañana. Ya se sabe, aunque estemos perdidos en un rincón salvaje de la costa, ellos apuran la fiesta hasta el amanecer. Salgo sin hacer ruido y me voy a la playa.

La marea está perfecta para meterse a disfrutar de las olas y como es verano es mucho mejor venir a primera hora, antes de que se llene de gente. Dentro del agua veo a un par de surfistas más, otros locos madrugadores como yo, pienso. Las olas tienen un buen tamaño, ni muy grandes ni muy pequeñas.

Me subo la cremallera del neopreno por la espalda y me lanzo con mi tabla a remar, el sol está saliendo y creo que va a hacer un día espectacular.

Cuando entro al agua, solo estamos el mar y yo. La fuerza y el control. Es como si dos corrientes contrapuestas tuvieran que ponerse de acuerdo para llegar a un fin. Y el único medio es mi tabla. Mi mente se mantiene conectada con mi cuerpo en cuanto mis pies se mojan en la orilla. Creo que hacer surf es como bailar. En este caso, mi cuerpo baila con las olas. Tengo que seguir el compás si no quiero que me pisen. Cuanto mayor es la ola, mayor es la dificultad y más concentrado tengo que estar en controlar mis movimientos. Cuando me meto al agua quiero ser el rey del baile, siempre.

Después de un par de horas, creo que tengo que pensar en salir, el cansancio del día anterior no me deja estar en plenas facultades y, si la cosa no se tuerce, podré volver a la tarde otro rato. El sol ya está más alto y casi me ciega cuando salgo a la orilla. Ya aparecen los primeros bañistas, por lo que no tardará en cargarse el ambiente. Cuando estoy soltándome la cremallera del traje y sacándome las mangas, veo a Oli a unos pasos de mí, sentada en la arena con un pantalón corto y la parte de arriba del biquini. Está escribiendo en una libreta. Ella no me ha visto, pero yo a ella sí. Está muy guapa, perdida en sus cosas. Subo por la arena hasta llegar a su lado.

—¡Buenos días, Oliva! ¿Has dormido bien?

Ella levanta la vista de su libreta rosa y se sobresalta con mi presencia, acto seguido la cierra plegando las tapas bruscamente.

—Hola..., no sabía que estabas aquí —me dice cortada levantando su

mirada.

Ahora ella está sentada con la cabeza levantada a la altura de mi... En fin, tengo que hacer un esfuerzo monumental para no pensar en sexo matutino y que no se me ponga dura en este instante. Creo que me estoy recreando un poco más de tiempo del aconsejado en sus pechos, que quedan bastante al descubierto debido al tamaño de los triángulos de su biquini. Oliva se levanta y se pone a mi lado.

—¿Qué, escribías tu diario? —le pregunto vacilándole un poco.

—¡No te importa, idiota! —me contesta ofendida, pero atisbo una leve mueca de sonrisa en sus labios. Me gusta cómo ha sonado ese idiota de su boca.

—Has madrugado mucho, ¿no? —pregunto volviéndola a mirar a los ojos.

—Sí, ya habrás visto a qué hora ha vuelto la gente, ¿no? Hasta que se despierten, me aburro, así que he salido a dar un paseo por la playa y después me he sentado a contemplar el mar.

—Sí, y a escribir, ya veo, ya —le vuelvo a insistir señalando con la mirada el cuaderno que tiene en las manos. Ella pasa a ignorar mi comentario directamente y me pregunta si he desayunado. Le digo que solo comí un plátano y me dice que han traído muchas cosas ricas y que me invita a desayunar en su casa. Joder, Oli; si me lo pides así, cómo voy a decir que no. Además, las amigas están dormidas, por lo tanto estoy a salvo. Cojo mi tabla, me bajo el traje hasta la cintura y vamos por el camino sin asfaltar hasta las casas.

Entramos en la cocina y empieza a sacar fruta, yogur, cereales y un montón de cosas de la nevera, no voy a negar que me muero de hambre, pero estoy con el traje húmedo y sin nada debajo, creo que lo mejor es que vaya a cambiarme.

—Creo que voy a ducharme y a quitarme el traje, no tardo.

—Vale, ¿tomas café u otra cosa?

—Café está bien.

Se la ve tan resuelta en la cocina que hasta parece que le gusta todo este despliegue para un desayuno. Yo siempre desayuno fuera, así que lo hago rápido. Café y algo para acompañar. Cuando llego a la verja, maldigo.

—¡Joder, seré idiota! Me he dejado las putas llaves dentro y ahora no voy a despertar a todo el mundo porque estarán sobadísimos.

Vuelvo con la misma guisa y Oli me mira descojonándose.

—No tienes llaves, ¿verdad?

— ¿Cómo lo sabes?

—Pues porque tu “Joder” ha retumbado en toda la provincia. Si vas ahora, seguro que ya están despiertos.

—Vaya, señorita, qué buen humor tienes por la mañana, ¿no?

—Será el mar que me calma —me contesta complacida.

Me dice que me duche y me ponga una toalla, por lo menos estaré seco.

—No tengo ningún modelito que te entre por las piernas —se burla otra vez.

—Bueno, pues también puedo ducharme y salir en pelotas, así es como duermo.

Entonces Oli cambia el gesto. Vaya, parece que a ratos intenta hacerse la valiente, como anoche con sus preguntas, y después rehúye de sus propias acciones. Oliva, Oliva..., hace menos de un día que te conozco y creo que ya me vuelves loco.

Salgo de la ducha con una toalla anudada a la cintura, ella sigue con su pantalón corto y su bikini. Tiene un estómago plano que se acentúa más con el volumen de su pecho. ¡Venga, Alberto, que ya no estás en el instituto para que solo te fijes en eso!

Nos sentamos en unos taburetes que hay en la barra de la cocina y tengo la precaución de sujetarme bien la toalla para que no se abra. Antes de empezar a devorar todo lo que ha preparado, un pensamiento sexual atraviesa mi mente. Estaría bien sentarla en la barra, mandar mi toalla a tomar por el culo y empezar a lamerla de arriba abajo, acabando enterrado entre sus piernas. Joder, no creo que me apetezca desayunar nada más que no sea ella.

—¡Quieres comer! —ordena ante mi pasividad.

—Voy, es que no sé por dónde empezar.

Venga, Alberto, que si lo dices mucho igual hasta te lo crees.

Café, molletes con aceite, tomate y jamón. Sandía. Ella toma yogur con *muesli* de chocolate y más fruta. Nada que envidiar al desayuno de los hoteles, hay de todo.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta con la cuchara en la mano a punto de metérsela en la boca.

Alberto, céntrate. Ella pregunta, tú respondes. No te pierdas en ver cómo chupa la cuchara. Joder, esto es preocupante.

—¿Adivínalo?

—No sé, a veces pareces más joven, como hoy recién salido del agua, y

otras, más mayor, como anoche con tus amiguitas.

—¡Ja, ja, ja! Veo que mis amiguitas, como tú las llamas, que ya sabes que no lo son, no te han caído especialmente bien.

—Me parecen unas hienas, así las bauticé ayer. Pero bueno, está bien, arriesgaré. Treinta y cuatro.

—Joder, Oli. ¿En serio? Creo que me tendré que cuidar más. Treinta. Tengo treinta.

—Bueno, tampoco me he equivocado por tantos.

—Ya, pues haber dicho veintiséis y así era por debajo —digo mientras bebo mi último trago de café—. ¿Y tú?

—¿Yo?, adivínalo también.

—Uf, qué mal rollo. Las chicas cuando hacéis esa pregunta siempre lleva bomba lapa adosada. Si me equivoco tengo las de perder; pero si acierto, esta tarde vas conmigo a hacer surf.

—¿Perdona? Estás loco, yo nunca he hecho surf.

—Bueno, siempre hay una primera vez. Venga, ¿aceptas el reto?

Me mira, duda unos segundos, se tapa los ojos como haciendo examen de conciencia y alarga su mano para estrecharla con la mía, como si de un pacto de caballeros se tratase. Al sentir su palma sobre la mía, se me pone la piel de gallina.

¿Qué cojones estás haciendo conmigo, Oliva?

—Apuesta aceptada. —La miro a punto de descojonarme. Tiene la cara tan pálida que pienso que se va a desmayar, y eso que todavía no he dicho la cifra.

Me lo pienso unos segundos, ha acabado la carrera ahora, que son cuatro o cinco años, pero siempre se tarda un poco más. Anoche me dijo que el último año ha ido y venido de Madrid, así que quizás haya perdido algún curso...

—Veinticuatro —digo firme.

—¡Joder, qué suerte!

Por su expresión, sé que he acertado.

Cuando voy a ir a darle la mano de nuevo, para contarle el plan que tengo en mente, alguien entra en la cocina. Levanto la vista y aparece mi hermano, en calzoncillos, de tela, por supuesto, él siempre tan señorito y con cara de recién... Pues eso, no hace falta que lo explique.

—Aquí huele a café, ¿no? ¡Coño, hermanito, qué sorpresa!

—Oli abre los ojos y le mira flipada, no sé si porque viene medio desnudo o porque estaba durmiendo en esta casa. Detrás de su alto cuerpo aparece una

chica morena, con el pelo negro, que intuyo es la prima de Jacobo y Jose, porque se parece mucho a ellos. Viene con una camiseta de tirantes y en bragas.

—¡Joder!, debo de estar soñando. ¿Qué coño hace Alberto Vega medio desnudo en mi cocina? —exclama la amiga de Oli recorriéndome con la mirada de arriba abajo. Puedo ver la cara de idiota que se le ha quedado a mi hermano.

—¿Quién? ¿Qué pasa, que os conocéis? —pregunta Oli sin enterarse de nada.

Ya está, Alberto, te ha durado la paz casi un día. Ahora a ver cómo te explicas.

—¡Claro, nena! No me digas que eres la única del planeta que no sabe quién es él.

Oli me mira sin saber muy bien qué decir ni que hacer. Y antes de que yo pueda decir nada, aparece su otra amiga en escena. Ahora ya estamos todos.

—¡Qué gritos son esos, perras! ¡Así no se puede dormir! ¡Hostias!, esto que es ¿una cámara oculta de algún *reality*? ¿Qué cojones hace un actor famoso con el pecho desnudo en la cocina? Será una puta broma, ¿no? ¡Vaya cuerpazo! ¿Puedo tocar?

Joder, espero que se haya quedado a gusto, porque menuda verborrea tiene la rubia. Oli niega con la cabeza, sobrepasada por tanta información.

—¿Actor?... ¿Famoso?... ¡Joder!... Soy una imbécil. Espero que te hayas reído a gusto de mí —me dice mientras sale corriendo hasta su habitación.

Alberto, tú en tu línea. Siempre cagándola. Te has comportado como un gilipollas, no le has dicho la verdad y ahora pensará que has estado vacilándole desde anoche. Dudo entre ir a su habitación y explicarle todo, o marcharme a casa. Sus amigas, que me siguen mirando embobadas, me dicen que lo mejor es que la deje sola. Mi hermano solo contempla la escena, disfrutando.

—Ahora no te va a escuchar —me dice la rubia.

Sin decir adiós, me alejo de ellas. Tengo que pensar algo rápido, necesito explicarle por qué no le dije quién era.

Lo siento, Oli, ahora ya no voy a ser capaz de sacarte de mi cabeza.

7- MENOS LIBROS Y MÁS TELEVISIÓN

No me puedo creer que haya sido tan estúpida de no darme cuenta. Ahora lo entiendo todo. Las hienas intentando enrollarse con él. Mi aparición en escena. La estupidez de la foto. Él sin estar en la fiesta con el resto. Su respuesta ambigua sobre su profesión. Joder, Oli, en definitiva eres idiota. Me ha sentado fatal ser la última en enterarme. Quizás no tenía derecho a ponerme así, pero odio que la gente se ría de mí.

—Oli, venga no seas boba —me dice Sara entrando en mi habitación y tirándose conmigo encima de la cama. Ro la sigue y me aplastan entre las dos.

—Joder, Oli. No sabías quién era, pero te has dado un gustazo, ¿no? —me dice Ro quitándome la almohada de la cabeza con la que me estoy tapando.

—Si te lo has follado, me da igual que no te guste hablar de sexo, porque lo quiero saber todo. ¡Perra! —espeta Sara zarandeándome para que la mire a los ojos.

—¡Joder, sois idiotas! No me lo he tirado, solo le he invitado a desayunar —les digo alucinando porque tan siquiera se les haya pasado por la cabeza que me haya acostado con él.

—¿Y qué hacía aquí en pelotas? —me interroga Sara.

Bueno, la resaca de ayer se les debe haber pasado a la velocidad de la luz, porque no paran de martillearme a preguntas. Decido levantarme y acompañarlas a desayunar, ahora que estamos solas las tres de nuevo. Así nos ponemos al día de la noche anterior. Yo quiero que empiecen ellas, pero no me salvo ni de coña. Sara se pone pesadísima insistiendo en que lo más importante es lo mío. “Cuenta”. “Cuenta”.

Me vendrá bien soltar la rabia que llevo dentro por haber sido tan inocente; por lo tanto, me arranco.

Les cuento todo, desde que me fui a hablar con Diego apartada de la fiesta hasta que casi a las tres de la madrugada volví sola a mi cama. Abren mucho los ojos cuando describo como las hienas estaban intentando calzárselo, allí, en el porche de la casa.

—Joder, y si no llegas a aparecer se lo habría montado con las dos. ¡Vaya

fenómeno! —dice Sara levantando el antebrazo derecho con el puño cerrado como si fuera un semental. Joder, mi amiga lo flipa mucho.

—No sé. Yo también se lo pregunté anoche y me dijo que quizás.

—Tía. ¿En serio nunca le has visto en la tele? —me pregunta Rocío tocándose la frente con incredulidad.

—¡Pues no! Diego solo ve los deportes y yo ya sabéis que prefiero irme a la cama a leer. La televisión, si no está él en casa, ni la enciendo. Solo me he dedicado a estudiar todo el año, no como vosotras.

Mis amigas se descojonan de mí y yo me ofendo un poco. Parece que ellas, como están en casa con sus mamás, pues tienen tiempo para estudiar, salir y ver la tele. Yo, como he tenido que ocuparme de todo; casa, trabajo, estudios..., vivo en el mundo de la ignorancia televisiva.

— ¡Venga, Oli! Eso te pasa por leer tanto. ¡Menos libros y más televisión! —grita Ro medio asomándose por la ventana.

—¡Joder, estás loca! No quiero que te oiga —digo negando con la cabeza.

Les he contado nuestro encuentro en la playa de hoy y por qué estaba medio desnudo en la cocina. Mejor no reproduzco los comentarios al respecto de lo que les ha parecido su cuerpo.

Según Sara, soy el doble de gilipollas por no haberme enrollado con él. Y según Ro, por muy sexi que sea se consideraría infidelidad. Vaya, menos mal que me lo recuerda, casi ni me acordaba que tengo un novio que me espera en Madrid (modo ironía activado).

—¡Qué le den a Diego! Es hora de que pruebes cosas nuevas — suelta Sara mientras se tumba en la hamaca.

—¡Joder, Sara! Tendrá que romper con él antes, ¿no? No va a ser tan mala —opina Ro, ella siempre tan clásica, hasta para las cornamentas.

—¡Claro! Y se va después a vivir debajo de un puente, ¿no? ¡Idiota! — contraataca la rubia. Yo salgo a mi hamaca y hago como que no las oigo. Mis amigas ven un tío bueno y dejan de filtrar. No se me ha pasado por la cabeza en ningún momento enrollarme con él, ¿o sí?... Puede que un poco sí. ¡Joder, Oliva! Por supuesto, antes de saber quién era, igual un beso le habría dado, por probar otros labios... O más bien sus labios. Ahora ya es imposible. ¡Oliva, céntrate!

Las chicas me cuentan que ha salido en muchas series de la televisión, empezó en una que ha estado emitiéndose muchísimos años en la sobremesa. Su último éxito ha sido una serie muy famosa de TV5: “El Profesor”, que ha terminado esta temporada. Él era el protagonista y se enrollaba con una

alumna. Vaya, aunque no la he visto, sé que habrá encajado perfectamente en el papel. No sé por qué no quiero saber más. Les pido por favor que dejen el tema ya. No quiero saber nada de su vida. Prefiero quedarme con la persona, no con el personaje, suponiendo que algo de lo que me contara ayer fuera cierto. Les digo que anoche me quedé con él porque sentí curiosidad, nada más.

—Cambio de turno. Ro, ¿qué coño has hecho con Alejandro? —pregunto mirándola directamente a los ojos. Con tanto lío casi se me olvida que el hermanito salió medio desnudo de su habitación.

—¡Jo, chicas! Pues eso es lo peor. Que el alcohol es tan malo que no hemos hecho nada —nos confiesa haciendo un mohín.

Sara y yo nos descojonamos.

—¿Y qué me estás contando, que os metisteis en faena y nada? ¿La torre de Pisa seguía inclinada?

—¡Joder!

Y nuestras carcajadas retumban.

—¡Idiotas! Es guapísimo y estuvo toda la noche muy zalamero. Me contó que es abogado, que tiene treinta y dos años y vive en Madrid. Es muy educado, a los dos nos gusta mucho Sevilla. Al parecer conoció a mis primos en un local mientras tocaban.

Yo asiento porque conozco un poco de la historia.

—Sí, a tus primos los sobones, ¿no? —interviene Sara—. No sé con cuál quedarme, porque menuda nochedita me dieron. ¡Vaya pulpos! ¡Coño! No sabía dónde ponerme porque cada dos por tres los tenía encima comiéndome la oreja para que me enrollara con ellos. No con los dos a la vez, como le va a Alberto, claro. —Y me da un puñetazo la muy capulla—. Menos mal que yo solo me dediqué a disfrutar de la noche y pasé de los tíos. Aunque había un camarero, con ojos verdes y con unos bíceps...

—¡Sí, sí! Ya veo que pasaste de los tíos—digo mientras entro dentro a por un poco de agua. Aunque solo bebí cerveza anoche, ahora de tanto hablar se me está quedando la boca seca.

La mañana pasa rápido. Al final hemos desayunado tan tarde que comemos a las mil. Las chicas se echan una siesta en el jardín de las de orinal y pijama, pero en este caso con biquini y la babilla colgando. Yo aprovecho para meterme en mi habitación un rato y escribir. Siempre que puedo, cojo mi libreta y apunto cosas. Frases. Canciones. Ideas. Sentimientos. A veces míos

y otras veces de gente de mi entorno, de algo que oigo a mí alrededor, de las chicas... Me encanta ordenar mis ideas en un papel, es mi pequeño secreto. Ni tan siquiera Diego sabe que escribo. Alberto, el actor, todavía no me puedo creer que no lo supiera, me pilló hoy de casualidad; pero con él no creo que vuelva a coincidir más, así que mi secreto seguirá a salvo.

En casa tengo un pequeño baúl que lleva mis iniciales grabadas con un candado, me lo hizo mi abuelo cuando era pequeña. Allí guardo toda mi corta vida. Fotos. Documentos. Mis notas desde el colegio. Un par de joyas de mi abuela y algún tesoro que me dejó mi madre. Sé que nadie se atrevería nunca a abrirlo, por eso también guardo ahí mi pequeña colección de escritos. Quizás algún día tenga material suficiente para escribir un libro.

Me apetecería irme a dar un baño a la playa, aunque fuera sola, pero no quiero encontrarme con él. Y con la suerte que tengo, seguro que nos cruzamos. ¡Venga, Oli!, tampoco vas a esconderte aquí toda la semana. Ya está, son mis vacaciones. Tengo que disfrutarlas. Suena tan bonito y positivo en mis pensamientos que me animo a mí misma. Las chicas siguen durmiendo. Me decido y salgo por el sendero con paso firme y mirada al frente, parece que en casa de los vecinos no hay movimiento.

Llego a la playa, dejo mi toalla y mis chanclas y me meto en el agua. Es una sensación increíble, como si al nadar entre las olas liberara la tensión de todo el día. Nadar en el mar no tiene nada que ver a hacerlo en la piscina. Entro y salgo sumergiéndome, soltando cada músculo de mi cuerpo. El salitre se impregna en mi piel y me encanta la sensación. Hay gente que le molesta y nada más salir del agua se va a duchar con agua dulce, yo en cambio disfruto oliendo a mar.

Estoy un buen rato, no me canso. Me zambullo un par de veces e incluso, como no hay mucho oleaje, hago la plancha, la sensación es liberadora. Antes de salir a la orilla, echo un vistazo desde el agua. ¿Qué buscas, Oli? Por qué no me queda muy claro si lo que quiero es no encontrarme con Alberto o todo lo contrario. El agua ha debido de ablandar mi cerebro, además de mis músculos.

¿Y si se merece que escuche su versión? Y si realmente supuso que yo le conocía. O si odia precisamente que la gente le conozca. Uf, en buena hora me fui a hablar con Diego hasta allí. Mi reacción le habrá dejado sorprendido, pensará que soy una cría. Actué así porque no me gusta que me tomen por tonta.

Cuando vuelvo a casa, veo a las chicas metidas en la piscina, ya están con

las pilas cargadas, por lo que noto. Han puesto música, creo que suena “En el alma un remolino”, de Estrictina, que le encanta a mi Ro y en la mano sostienen unos mojitos. ¿Mojitos? ¿Se han hecho ellas mismas los mojitos? ¡Qué raro!

Cuando giro por el jardín, veo a Alejandro con los primos de Ro sentados en el porche.

—¡Hola! —saludo a todos en general y levanto la vista hacia mis amigas, que lo pillan a la primera.

—Hola, nena. Mira qué tres camareros más monos tenemos —me dice Sara recalcando el número tres.

—Ya veo, ya. —Antes de que pueda sentarme con ellos, escucho que suena mi móvil, lo había dejado cargando. Entro en mi habitación y lo cojo.

Es Diego, me cuenta que ha jugado un partido amistoso esta tarde y que ha metido un gol. Que no lo ha celebrado porque yo no estaba allí para verlo y que era la única novia de todos los del equipo que no estaba. Su tono de voz se vuelve más serio. Yo le digo que me alegro un montón, haciendo un poco de oídos sordos a su discurso y que el viernes que viene ya estoy de vuelta. No sé por qué cuando se pone así yo le digo lo que quiere oír. Será mi carácter complaciente. Soy más de no entrar en discusiones absurdas. Le cuento que acabo de llegar de la playa, que hace un día buenísimo y que me lo estoy pasando muy bien, que la casa es genial... Él se despide con prisa. Tiene cena de equipo y se van a ir todos a un restaurante del centro, me dice que mañana hablamos, se le nota muy emocionado con la idea.

Me da la sensación que cuando hablo de mis cosas a veces desconecta. No sé, igual son paranoias mías. Oigo su “te quiero, peque” de rigor y yo respondo con mi “y yo a ti”. Cuelgo y me quedo con la sensación de vacío, y no por la distancia en kilómetros que nos separa, más bien por la distancia interior.

8- DE CENA

Las chicas se están preparando para la salida nocturna y esta vez no puedo escaquearme. Sábado, noche y la única semana que vamos a estar aquí juntas. A mí me da igual quedarme en casa perdida en el mundo de Oli, pero las chicas no lo van a consentir. Antes de llegar a ese punto de discusión, les he dicho que saldremos y lo pasaremos genial.

Esa es la intención a priori, porque la idea de ir esta noche a Conil, el pueblo más cercano a cenar y a tomar unas copas, ha salido de nuestros adorables vecinos, los reyes del mambo. Y no sé yo si la diversión no se me atragantará con la presencia de cierto chico. Espero que él sí que sea capaz de quedarse en el mundo de Alberto y no salga de fiesta.

Hasta me he dejado convencer para ponerme un vestido. Ro me ha estado comiendo la oreja toda la tarde. Me ha sacado mil modelos diferentes de su maleta y Sara se ha sentado en la cama dispuesta a ver el espectáculo. Me he probado un montón y ellas, como dos adolescentes idiotas, han disfrutado viéndome resoplar con los vestiditos de las narices. Al final, no sé cómo ni por qué, pero he accedido a llevar uno esta noche. Es lo más normal que he encontrado en el repertorio. Es muy veraniego, con cuello barco y volante, estampado de colores. No es muy de fiesta y por eso me ha gustado. Los demás eran muy cortos, muy escotados, muy de todo. Como no pienso llevar tacón, este va perfecto con mis sandalias planas.

Las chicas se han vestido y maquillado como auténticas profesionales y no estoy hablando de prostitutas, no. Digo profesionales, porque lucen perfectas. Bien maquilladas, peinadas como si hubieran salido de la peluquería y llevando sendos vestidos negros que a más de uno harán perder el sentido. Si me subo yo a esos tacones, no podría dar ni dos pasos. Ellas, en cambio, caminan con paso decidido. No hay nada mejor para no parecer un pato que usar tacones a menudo; y ellas los usan, yo no.

Abro tres cervezas frías y nos las bebemos en el jardín, esperando a que nos avisen los vecinos cuando estén listos.

—Chicas. Vamos a brindar para que esta noche sea inolvidable —dice Sara levantando la cerveza.

—¡Salud! —coincidimos las tres chocando nuestros botellines.

Las chicas me dicen que disfrute, que Alberto parecía preocupado cuando se fue esta mañana y que quería entrar a mi habitación a arreglar las cosas, pero que le aconsejaron que era mejor dejarme sola.

—Si viene a cenar, querrá explicarse, Oli. Deberías darle una oportunidad —me dice Ro poniendo cara de niña buena.

Yo no le contesto y solo me dejo llevar por la letra de “Crazy In Love” de Beyonce, que le encanta poner a Sara antes de salir de marcha. La voz de Jacobo nos pone en alerta. Debo parecer gilipollas porque, en cuanto nos llama para decirnos que ya están preparados, doy un brinco en mi silla. Oli, necesitas tranquilizarte, o al menos aparentarlo. No sé qué me ha pasado a mí con el Albertito de los cojones que estoy como un flan sin verle todavía.

Apuramos las cervezas, cogemos los bolsos y nos acercamos a su casa. Sara no va a llevar su coche porque si bebe no podrá traerlo de vuelta, así que iremos con los chicos. Cuando entramos por la verja blanca, todos empiezan a silbar como si fuéramos, ¿ganado? ¡Joder, qué vergüenza! Mis amigas se dan un par de vueltas pavoneándose de la mano de Alejandro y yo me quedo cohibida pegada al coche. En un vistazo rápido he comprobado que no hay ni rastro de las hienas. Están los primos de Ro, Alejandro y uno de los amigos de ayer. Por cierto, sigo sin saber cómo se llama y no está Alberto. Suspiro un poco, aliviada; sin saber muy bien por qué, todo hay que decirlo.

—Vamos, tendremos que ir en dos coches —dice Alejandro abriendo el todo terreno blanco.

Mi amiga Rocío no pierde ni un segundo y se va a subir al coche con él; pero antes de que empecemos a acomodarnos, sale por la puerta Alberto con la mano sobre el hombro de una niña. Y esta vez digo niña porque no creo ni que tenga la mayoría de edad. ¡Joder, qué mala suerte la mía! Levanta la cabeza y me ve a punto de entrar al coche. No trata de disimular ni un poco. Acerca más a su acompañante a su cuerpo y me medio sonrío. Mierda, Oli, te ha pillado mirándole con cara de pasmada.

Eres idiota, definitivamente idiota.

Se acerca al coche en el que estamos a punto de subir Sara y yo, Rocío ya está sentada en el asiento del copiloto. Así, sin preguntar. Como viene acompañado, yo miro a Sara y la conexión que ambas tenemos funciona a la perfección, menos mal.

—Nosotras vamos en el otro coche, nos vemos allí —dice mi amiga tirando de mí. Yo no me doy cuenta, pero creo que estoy medio paralizada por unos ojos azules, ¿en serio?

El viaje a Conil es divertido, los primos de Ro van delante y el amigo, que se llama Dani, va sentado con nosotras detrás, contándonos un millón de historias de los hermanos. Los acompaña en las actuaciones porque es técnico de sonido y nos dice que cuando terminan hay que quitarles a las niñas de encima.

—Tienen mucho éxito con las féminas —nos comenta burlón.

Sara y yo nos reímos de los caretos que ponen ellos, como quitándose importancia. Son guapos, aunque no nuestro tipo, además son muy creídos.

Mi amiga me agarra de la mano como infundiéndome valor cuando llegamos al restaurante. Nos bajamos y me aparta un poco del grupo antes de entrar a cenar.

—Nena, no sé qué te pasa cuando él está cerca, pero te mereces ser feliz, ¿me oyes?

—No sé de lo que me hablas —le digo ignorando su comentario.

—Sí lo sabes, porque somos hermanas y la cara que pones cuando lo ves me dice un millón de cosas. Sabes lo que pienso sobre Diego, así que disfruta.

Y antes de que pueda contestar diciéndole que es muy pesada, todo el día sacando el mismo temita, Ro nos grita para que entremos, que ya está la mesa preparada.

El restaurante está en la misma playa y parece que conocen al dueño porque es sábado, verano y está hasta arriba de gente, pero nos colocan en un comedor más privado con vistas al mar. No quiero mirar dónde se sienta Alberto, me tiene que dar absolutamente igual. Camino con paso decidido al lado de mis amigas y cojo una silla; cuando levanto la cabeza, me doy de bruces con esos ojos azules que me hacen palidecer. Al lado de Alberto se ha sentado la niña que lo acompaña y al lado de esta, Alejandro. Siguen de lo más cariñosos. Nos la presentan como Lidia y ella nos saluda con una sonrisa, es mona, no voy a mentir. Creo que una especie de pinchazo me atraviesa el estómago, no sé si de asco o de vergüenza, y esa sensación ya es la segunda vez que la siento. ¿Qué pasa contigo, Oliva? Yo estoy flanqueada por mis dos amigas. Intento no mirarle, pero es muy difícil. Pedimos pescado, algo de marisco y vino blanco de la tierra. El sitio parece bastante caro y me doy cuenta de que tampoco es que haya traído mucho dinero, creo que me empiezo a acalorar. Sara me nota nerviosa y me posa su mano en la rodilla.

—¿Te quieres tranquilizar?, es solo una cena.

—Lo sé, ¿y el dinero? —consigo murmurar muy bajito confiando en que

nadie me oiga.

—No hay problema con eso, ¿entendido?

—Entendido —contesto; y aunque no suelo beber vino, le doy un trago a la copa de blanco, porque creo que me ayudará a serenarme. La nueva amiguita tiene mucha confianza con Alberto, le cuenta cosas y se ríen, le acaricia el brazo de vez en cuando, veo mucha complicidad entre ambos. También la tiene con Alejandro; a pesar de ser tan joven, los debe de conocer hace tiempo porque están muy cómodos con ella.

Las conversaciones de la cena son muy variadas, pero siempre hablando de cosas en general; las playas de aquí, las fiestas, sitios de moda en Madrid, que por supuesto no frecuento. Actuaciones de los primos de Ro. Alberto está bastante callado y yo, pues también. Sara, Rocío y los primos son los que llevan la voz cantante. Aunque estoy más nerviosa de lo habitual, ya dije que pocas cosas me alteran, estoy disfrutando de la cena.

—Y ahora vamos al Patio del León a tomarnos unas buenas copas —dice Jacobo en voz alta para que nos demos por enterados.

—Vale, pero antes hazme una foto con mis hermanos, ¿te importa? —dice Lidia entregándome su móvil. Mi cara de gilipollas debe de ser para enmarcar. Su hermana. Joder, es su hermana.

Alberto pone su mejor sonrisa ¡Mierda, y qué sonrisa! Alejandro se estira como un maniquí colocándose la camisa y ella, en medio de los dos, sonrío.

Le devuelvo el móvil y nos traen la cuenta; cuando vamos a sacar las carteras de los bolsos, Alejandro la coge y deposita su tarjeta de crédito para pagar todo.

—Hoy invita Alberto —dice cuando todos le miramos.

—Muy gracioso —contesta él levantándose—. Me voy a fumar, afuera os espero.

Sale del comedor colocándose el vaquero pitillo que lleva; al haber estado sentado, se le había bajado un poco de la cintura y por una décima de segundo he visto esos músculos en forma de v que es difícil pasar por alto. Joder, Oli, Diego también tiene buen cuerpo, no es nada nuevo para ti ver a un hombre. Aun así, no he podido evitar fijarme. Él se saca una pitillera plateada del bolsillo delantero y sale del comedor tan cabizbajo que da hasta algo de pena. El resto del grupo está acabando sus postres y algo dentro de mí, y te juro que no sé qué es, me hace levantarme.

—Os espero en la calle también —les digo cogiendo mi bolso.

Salgo del restaurante sin saber muy bien por qué y le busco cerca del

parking, pero ni rastro. Una fuerza interior me impulsa a encontrarlo. Joder, Oli, no sé qué pasa contigo. Miro un poco alrededor y veo su silueta en la playa, en la zona donde no llega la luz de los focos del restaurante. Avanzo por la arena y me coloco a su lado.

—Hola —digo con una vocecilla apenas audible.

Aun así, se asusta un poco. Está claro que no se esperaba mi presencia.

—Hola, Oliva —dice meditabundo.

Mi nombre en sus labios suena diferente, y con un gesto con la mano me ofrece su cigarro. Yo lo rechazo negando con la cabeza. No es un cigarro de tabaco, es de marihuana. El olor tan característico de la planta se me ha metido por la nariz. No lo olía desde que íbamos al instituto, allí muchos chicos empezaron a fumarla a escondidas en el baño. Incluso Diego también tuvo una época que lo fumaba con sus amigos en el barrio, antes de tomarse en serio su vocación, claro.

Nos quedamos los dos callados, contemplando el mar. En silencio, como hicimos la noche anterior en el porche.

—Oli, yo quiero explicarte por qué no te dije quién era.

—Está bien, te escucho.

Pero, antes que pueda empezar a contarme nada, nos llaman los chicos para decirnos que nos vamos. Alberto respira profundo, como suspirando, y salimos de la playa.

Cuando nos acercamos hasta la puerta del restaurante, un grupo de unas diez chicas se abalanza sobre él, literalmente. Él se queda cortado e intenta poner una medio sonrisa que no le llega a los ojos; pero las chicas se ponen muy pesadas dando saltos de alegría, haciéndose fotos, tocándole, gritando, mientras todos atónitos contemplamos la escena. Sobre todo yo. La cara de agobio de Alberto crece por momentos y su hermano y Jacobo, que parece que ya le han visto en alguna situación semejante, se meten en medio para ir apartando a las chicas de él, como si fueran sus guardaespaldas.

Joder, Oli, estás loca. Alberto es sinónimo de problemas, y de los gordos. Aun así, hay algo en él que me cautiva.

—¡Venga, vamos a tomar esa copa! —dice Alejandro cuando ha conseguido deshacerse de la última fan enloquecida.

Alberto tuerce el gesto y me agarra de la mano, cogiéndome por sorpresa. El resto del grupo nos mira, dudosos. Yo solo me he quedado paralizada. Su contacto físico siempre me bloquea.

—Dame las llaves del coche —le dice a su hermano con voz seria.

—No me jodas, ¿te pones así por unas niñas?

—Dame las llaves del puto coche, no voy a quedarme aquí.

—Alberto... —trata de calmarle Lidia, sin resultado.

Todos permanecemos en silencio viendo como los dos hermanos se tensan. Alberto no me suelta la mano y, no voy a mentir, me gusta sentir su palma pegada a la mía. Mierda, Oli, dónde está tu sentido común.

—¡Joder! Sabes que no puedes conducir —grita Alejandro.

—Oli, ¿tienes carné? —me pregunta sin mirarme a los ojos, porque sus pupilas están clavadas en las de su hermano.

—Sí —contesto tímida.

—Es mi coche, así que ella me lleva. Tú luego te coges un taxi. Ya invito yo.

Y el tono con el que pronuncia las últimas palabras de la frase suena a ironía.

—Oli no ha dicho que se quiera ir contigo —dice Alejandro mientras me mira.

Joder. Y ahí estoy yo, siendo el centro de atención de todas las miradas. Sara me mira con ojillos, la cabrona está deseando que me vaya con él y resuelva “eso” que dice que me nota cuando está cerca. Ro arruga el entrecejo, no lo ve muy claro, como me pasa a mí. El resto se han dispersado un poco, dejando espacio a los dos hermanos. Incluso Lidia ha decidido no entrometerse entre ellos y charla con Dani. ¿Y qué coño hago yo? Pues lo que viene siendo actuar sin pensar, que desde que estoy aquí lo hago a menudo.

—¡Venga! Yo conduzco.

—¡Pues ya está, todo arreglado! —interviene mi amiga la rubia para destensar el momento.

Alejandro me da la llave del coche con gesto despectivo y se aleja. Alberto me mira a los ojos por fin y suspira con cierto alivio. Me suelta la mano en ese momento y siento un escalofrío que me recorre el cuerpo. Me gustaba sentir su calor. Mis amigas me dan un par de besos y me dicen que les mande un mensaje cuando lleguemos. Sara me guiña el ojo.

Al entrar en el coche siento que me tiemblan un poco las piernas. ¡Vamos, Oli!, solo es una noche.

9- SOLO ES UNA NOCHE

ALBERTO

Hacía mucho tiempo que no pasaba miedo yendo de copiloto en un coche. Quizás la última vez fue cuando el primero de mis colegas sacó el carné, su padre le dejó el coche y una noche de fiesta, sin pensar un solo segundo, decidimos que era buen momento para dar una vuelta, idioteces de la edad. Joder, ya ha llovido desde entonces.

Oli dijo muy convencida que tenía carné y es cierto, porque la he obligado a sacarlo y enseñármelo. Lo que se le olvidó comentar cuando dijo con voz segura que ella me traía de vuelta, es que desde que aprobó el examen no había vuelto a conducir. Nunca. Ni un solo día.

En cuanto vi la mirada de pánico que tenía, agarrada al volante antes de arrancar, supe que no tenía ni idea de cómo salir de allí.

—Esto no es un coche, es una nave espacial. ¡Joder! —gritó presa del miedo ante tanto botón.

—Tranquila. Es un motor y cuatro ruedas, como cualquier vehículo.

—¡Joder! No creo. Podías tener un coche más sencillito, ¿no?

—Está bien. Vamos poco a poco.

Menos mal que delante no había ningún coche y no tuvo que hacer maniobras para sacarlo del aparcamiento. Ya en la salida del pueblo casi sufrimos una cadena de esguinces cervicales, porque cada vez que tenía que frenar clavaba el pie en el freno tan fuerte que la inercia casi nos estampa contra el cristal.

Intenté darle un par de instrucciones, pero me pidió por favor que fuera en silencio, que tenía que concentrarse. Oli debe de ser tan cuadrículada para sus cosas que la estaba imaginando recordando toda la teoría que le explicó el profesor en su día y repitiéndolo paso por paso en su cabeza.

La vida no es siempre tan mecánica, Oliva, a veces es más importante sentir.

Lo mejor es que hay menos de diez km de distancia hasta la casa, porque si el viaje hubiera sido más largo, tendría que haber cambiado la caja de cambios de mi Jeep. Mi coche chirriaba cada vez que Oli metía una marcha,

como si estuviera pidiendo auxilio, pobrecito; pero aun así me he contenido y no he abierto la boca. Con mi mirada al frente y agarrado a la puerta he venido todo el camino, no he rezado porque no creo en Dios, que si no.

Al final ha parado unos metros antes de la entrada del camino estrecho y he sido yo el encargado de meterlo en casa.

Ahora, al bajarse, las piernas le tiemblan como flanes y veo un par de gotas de sudor deslizarse por su frente. Cuando cierro la puerta de la entrada a la finca con el mando, maldigo de nuevo.

—¡Joder!, las putas llaves otra vez.

—Te diría que podemos volver a buscarlas, pero ahora mismo no quiero ver tu coche ni en fotografía. —Me río al ver su cara de susto de nuevo, está preciosa con el ceño fruncido.

—Pues tendrás que hacerme hueco en tu casa. —Ella me pone media sonrisa y se va a abrir la puerta pequeña. Yo la sigo.

—Podemos hablar un rato fuera, hace buena noche, ¿no? —dice.

—Por mi perfecto.

—¿Quieres beber algo? Yo voy a sacarme una cerveza, creo que necesito un trago.

—Solo agua.

Cuando regresa con las bebidas está descalza y nos sentamos en un sofá de mimbre blanco que hay en el porche. Oli se sienta de lado, agarrándose las rodillas con los brazos, como hecha un ovillo. De repente me parece que está algo cohibida. Da un trago largo a su cerveza y empiezo a hablar, creo que ha llegado la hora de explicarme.

—Siento no haberte dicho que soy actor. —Ella me hace un gesto con su mano como restándole importancia.

Le cuento todo desde el principio. Le digo que cuando la conocí anoche lo primero que pensé es que se había confabulado con las otras dos para sacarme unas fotos y mandarlas a las revistas.

—¿De verdad creíste que eran amigas mías?

—Me parecía raro porque no tenías nada que ver con ellas.

A ella la hace gracia mi comentario. Le explico que cuando vi cómo me miró dudé de que me conociera. Por eso le pedí disculpas y a partir de ese momento me sentí tan cómodo con ella, precisamente porque no tenía ni idea de quién era yo, que no quise decírselo.

—Lo siento, de verdad. Puedes preguntarme lo que quieras.

—Entonces ¿no me lo has ocultado para reírte de mí?

—Por supuesto que no. Ahora dime, ¿nunca me has visto en la televisión ni en las revistas?

—Pues no. Aunque debo de ser la única de este país.

—Y desde esta mañana que lo sabes ¿no has buscado información sobre mí? Porque me parece que, si lo hubieras hecho, igual no estabas aquí conmigo.

—Lo único que me han dicho las chicas es algo de una serie muy famosa. “El Profesor”, o algo así, y después les he pedido que no me hablaran más de ti, que prefería quedarme con la persona, no con el personaje.

Joder, Oli, debes de ser un puto sueño. Me siento tan bien al oír sus palabras, que creo que estoy dando palmas por dentro.

—¿En serio les has dicho eso? —le pregunto agarrando sus tobillos y estirando sus piernas para que descansan encima de las mías. Oli se agarra las manos que antes sujetaban sus rodillas y se cruza los brazos en el pecho, como en posición de defensa. El contacto físico la pone tensa. Lo sé desde el primer momento que le di dos besos ayer.

—Sí, se lo dije. Esperando que todo lo que me contaste ayer sea verdad, supongo.

—Claro que lo es. Solo te oculté información, no te mentí.

—¿Por qué no puedes conducir, si ese pedazo de coche infernal es tuyo?

A la vez que le sujeto los pies con mis manos, voy trazando suaves círculos con mi pulgar en su planta. Observo como contiene la respiración por momentos, pero no se aparta. Yo estoy tan cómodo aquí hablando con ella que me olvido de que hace veinticuatro horas que la conozco y que somos dos extraños todavía. Me apetece mucho besarla y abrazarla, se la ve tan vulnerable escuchando mis palabras que me dan ganas de mirarla. Sus ojos siguen sin brillar, pero me encanta mirarla. No quiero estropear la noche.

Le cuento mi coma etílico; cómo tuve suerte y solo choqué contra una farola, cómo me retiraron el carné y toda la mierda que publicaron en las revistas. La explico por qué mi hermano me vigila y que quiero estar un tiempo sin beber.

—No soy un alcohólico —repito varias veces—. Solo que a veces no sé cuándo parar. — Ella solo me mira a los ojos, escuchando con calma cada una de mis palabras.

—Y eso de que te reconozcan por la calle y se abalancen sobre ti, ¿es siempre así? —pregunta con una voz muy suave, como si le diese vergüenza.

—Más o menos. Hay veces que son más respetuosas, depende de la edad,

supongo.

El sonido de su móvil nos saca de la burbuja de intimidad que se ha instalado en este sofá. Oli se levanta y entra en su habitación por el ventanal, yo me quedo como vacío sin su contacto.

—¿Sí?... ¿Diego?... ¿Me oyes?... ¿Diego? —Es lo único que alcanzo a oír desde aquí, parece que no la oye. Al cabo de unos segundos vuelve con el móvil en la mano y mirada pensativa.

—¿Qué, era tu novio? —pregunto mientras se sienta otra vez hecha un ovillo.

—Sí. Creo que debo de ser su última llamada y se ha debido de marcar el móvil solo. Solo oigo ruido. —El maldito móvil vuelve a sonar, pero esta vez Oli lo coge sin levantarse del sofá, a mi lado—. ¿Sí?... ¡Joder!... ¿Diego?... ¿Diego?

No hace falta ponerse el móvil en la oreja para escuchar el zumbido de la música de fondo y lo que parecen como risas. Oli se despega el móvil y mira la pantalla resoplando. Se escucha sonido ambiente, como si estuviera en una discoteca o en un bar. Casi se entiende la letra machacona que suena en ese momento y de repente, cuando Oli va a colgar, se oyen una voz masculina.

“Más suave... Tranquila... Así... Un poco más abajo...”.

Oli se queda blanca, la miro y puedo ver el pinchazo que ha sentido en el estómago, quizás hasta haya sido de asco. Le quito el móvil de la mano y cuelgo, como un acto reflejo.

—¿Qué haces? —me pregunta molesta.

—Desconectar. Estás a muchos kilómetros de él, no creo que debas seguir escuchando, cuando no sabes qué pasa realmente.

Joder Alberto, qué diplomático te has vuelto. Realmente no sé si el que hablaba era su novio que estaba zumbándose a otra o no, pero no voy a consentir que Oli se amargue la noche pensando que le están poniendo los cuernos. El imbécil del novio, porque sin conocerlo, ya me cae como una patada en los cojones, no le va a fastidiar las vacaciones.

El puto móvil vuelve a sonar, pero esta vez es ella la que lo apaga definitivamente. Entra en casa y lo deja en su habitación.

—Estoy cansada, creo que me voy a la cama —dice apoyada en el marco de la ventana.

—Está bien, si quieres duermo aquí afuera. No me importa.

—¡Estás loco! Esta cama es lo suficientemente grande para los dos —dice ya sin mirarme—. Además es solo una noche.

Está claro que su cabeza está a cientos de kilómetros de aquí. Paso a la habitación. Ella vuelve del baño con una camiseta vieja, bastante grande, que le tapa el culo. Y aquí estoy yo, sin saber muy bien qué hacer. Ay, Oliva, tengo treinta años y ahora mismo estoy como si tuviera catorce y fueras la primera mujer que veo medio desnuda.

—Yo duermo en este lado —me indica—. Ese para ti.

—Vale, pero yo no me tapo porque me aso de calor.

Venga, Alberto, vaya excusa barata. No te metes dentro de las sábanas con ella porque no estás seguro de cómo reaccionará tu cuerpo teniéndola al lado. Y solo es una noche, según sus propias palabras.

—Está bien. Entonces yo me meto dentro de las sábanas porque si no me tapo no duermo, por mucho calor que haga.

Me descalzo, ella tira para atrás la colcha y se mete dentro. Yo voy al baño y cuando vuelvo me quito la camiseta. He visto cómo me ha mirado y mi sonrisa se ensancha, espero que no se haya dado cuenta, apago la luz.

—Puedes quitarte el pantalón y dormir en calzoncillos —me dice en voz baja, como si estuviera a punto de dormirse, pero más bien creo que está avergonzada de sus palabras.

—Sería una buena opción si llevara calzoncillos —respondo.

—Vale... —balbucea—. Entonces no he dicho nada.

Me tumbo de lado, mirándola, aunque la habitación ya está en penumbra. Hace muchísimo tiempo que no duermo con una mujer, nunca me ha gustado que las chicas con las que me acuesto se queden a dormir conmigo, aunque no soy tan hijo de puta como para echarlas. Bueno, dependiendo de qué chicas, pero en general suelo ser yo el que salgo de mi propia cama y me voy a dormir al salón. Hoy me gusta la sensación de oír cómo respira y tenerla tan cerca.

—Oli, no pienses en nada, solo descansa. Gané la apuesta, así que mañana te llevaré a hacer surf, te va a encantar —digo convencido.

—Estás loco, pero acepto. Una apuesta es una apuesta.

—Buenas noches, Oli.

—Buenas noches, Al.

—¿Al? —pregunto sorprendido por el diminutivo. La única que me llama así y no me molesta es Lidia, mi hermana pequeña.

—Al me gusta, es más cortito —me dice somnolienta. No le replico.

Ay, Oliva. Me puedes llamar como quieras, porque cualquier letra pronunciada por tu boca suena a música. Joder, Alberto, no sé cómo vas a

poder conciliar el sueño teniéndola tan cerca y sin poder tocarla.

Cuando su respiración empieza a sonar más profunda, meto mi mano debajo de su almohada, donde ella tiene la suya. La rozo levemente y no se aparta. Poco a poco voy entrelazando mis dedos con los suyos y en el más absoluto silencio, con nuestras manos unidas, creo que se duerme. A mí me cuesta un poco más, como siempre; pero, aún sin dormirme enseguida, empiezo a sentir la calma.

10- A LA MAÑANA SIGUIENTE

Sé que no pensar las cosas o ignorarlas no hacen que desaparezcan, pero la mala sensación que me dejó en el cuerpo escuchar la voz de Diego, a cientos de kilómetros de distancia, susurrando a ¿otra?, ¿otras?... Hizo que mi botón de desconexión se activara. Y eso es peligroso porque, cuando lo hago, me pierdo en mi mundo y no es fácil hacerme salir de allí.

Me tumbé en la cama, junto a Alberto. Pude oír cómo respiraba y, aunque la luz estaba apagada, notaba que me estaba mirando y me gustó. Me gustó la sensación de tenerle cerca. Si no hubiera escuchado a Diego, quizás me habría sentido mal por dormir junto a él, como si estuviera cometiendo una infidelidad por permitir que se tumbara a mi lado; pero después de lo que pasó, simplemente no lo medité, ni un segundo. Me pareció hasta una situación normal que él durmiera a mi lado, como si nos conociéramos desde hace tiempo y tuviéramos cierta confianza para permitirnoslo. Cuando entrelazó sus dedos con los míos debajo de la almohada, me estremecí un poco. La calidez de su gesto me sorprendió. Su piel con mi piel, su contacto, todo él me provoca un millón de sensaciones, sensaciones que no sé muy bien cómo explicar, pero me dejé llevar y el sueño me venció.

Sé que tengo que hablar con Diego. Seguro que tiene una explicación para lo que oí. Que no era él. Que lo saqué de contexto, que debí de escuchar mal. Puede intentar convencerme con sus palabras y yo intentaré creerle. Necesito creerle. Algo dentro de mí empieza a plantearse muchas cosas, pero no creo que sea capaz de sacarlas de mi interior. Siempre controlo todo cuando se trata de él, hasta lo que siento.

La luz entra por la ventana y consigo abrir los ojos. Alberto no está en la cama y creo que es muy temprano. Miro mi reloj y casi son las nueve. Cojo la almohada y la huelo. Huele a él. Es un olor muy agradable, como a cítricos y algo más, es un aroma fresco que se queda impregnado en todo lo que toca, como si se hubiera rociado con lima y rosa a la vez, es una mezcla diferente a cualquier otra. Me gusta. Me gusta tanto que vuelvo a repetir el gesto un par de veces. Cuando estoy aspirando otra vez su olor, como una colegiala con las hormonas alteradas, oigo la puerta de la habitación abrirse y suelto la almohada como si quemara. Me cago en todo.

Joder, Oli, casi te pilla.

—Buenos días —dice entrando con una bandeja y lo que parece el desayuno.

—Buenos días —contesto mirando como la deja encima de mí cuando me acomodo en la cama.

Sigue sin llevar camisa. Son abdominales, Oli, no se desayunan. Intento no clavar mi mirada en ellos; sin mucho éxito, creo.

—Espero que te guste todo lo que te he puesto.

—¿Y tú? ¿No desayunas? —pregunto mientras me meto un trozo de tostada en la boca.

—He comido algo mientras te lo preparaba. Tranquila.

Se sienta en una silla enfrente de la cama y empieza a calzarse. Todo lo que me ha preparado está buenísimo, y aunque hubiera sido incomible, me habría encantado igual. El solo hecho de que alguien me traiga el desayuno a la cama ya es memorable. Él ha sido el primero en hacerlo en toda mi vida; después de mi madre, claro. Me sonrío por dentro.

—¿Te vas? —pregunto al ver como se acaba de vestir.

—Sí, voy a cambiarme. En media hora te veo en la puerta. Recuerda que vamos a hacer surf.

—Sí, no se me ha olvidado. Creo que solo lo haces para reírte un rato de mí.

Alberto se acerca hasta mi lado de la cama, se agacha y me susurra cerca del oído.

—Créeme, Oliva, me encantaría hacerte un millón de cosas, y reírme de ti no es una de ellas precisamente. —Y en un gesto tierno me besa en la mejilla. Yo casi me atraganto con el último trago de café. No soy capaz de decir ni una palabra más—. Te veo en media hora.

Y sale por la ventana.

Y así me quedo, con un pinchazo entre las piernas que empieza a preocuparme demasiado y cara de tonta. Has dormido con él y ahora te ruborizas, no tiene ningún sentido; no sé qué me gusta más, si él o el juego.

Salgo a dejar la bandeja en la cocina y de repente empiezo a oír gemidos. Muchos y muy fuertes. Junto con unos golpes secos. ¡Joder! Alguien está dando o recibiendo, pienso. ¡Dios, qué poca discreción! Me vuelvo a mi cuarto a ponerme el biquini, tratando de no escuchar el porno matutino. Cuando estoy medio en bolas, entra Sara.

—¡Joder!, recuérdame que nunca viva con ella. ¡Vaya escandalosa! —

espeta cerrando la puerta.

—¡Mierda, qué susto! No sabes llamar antes de entrar.

—¡Ay, hija! ¡Qué remilgos! Si te he visto en bolas muchas veces.

—No me digas que está con Alejandro.

—Pues claro ¿lo dudabas? Pero, vamos, que se puede echar un polvo un poco más discretamente, creo yo. ¿Y tú? ¿También gritaste anoche así?

—No, idiota.

A toda velocidad le cuento cómo ha sido mi noche. Desde que conduje ese pepino de coche hasta el desayuno de esta mañana. Le parece rarísimo que le haya dejado dormir conmigo, aunque se alegra de que por fin empiece a querer sentir cosas nuevas. Me dice que tiene pinta de tener un lado oscuro, aparte de su momento etílico, claro, pero que a la vez entiende que me atraiga tanto.

—Está jodidamente bueno, Oli —me dice una y otra vez—. Tiene que ser difícil resistirse a él.

Como si yo fuera una de las muchas chicas que caen en sus redes, parece que por momentos me compadece. Le digo que no ha intentado nada y que deje de hacerse pajas mentales. Alguien como yo no va a gustarle. Afirmo. Puede enrollarse con cualquier chica con solo chasquear los dedos. Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—Joder, Oli. Alberto está como loco por enrollarse contigo, parece mentira que no te des cuenta.

—No digas tonterías, solo nos conocemos hace dos días. Sabe que tengo novio.

Y me di cuenta de mi error, porque al pronunciar la palabra “novio” hago una mueca que a mi amiga, la gran observadora, no le pasa desapercibida.

—¿Qué ha pasado con Diego?

—¡Nada! Qué quieres que pase, él está en Madrid y yo aquí.

—Oliva Sanz, no me mientas.

Cuando Sara usa mi nombre y mi apellido es que la cosa se pone seria. La expresión de mi amiga no cambia hasta que empiezo a hablar y le cuento lo de las llamadas. Blasfema mientras se lo relato, incluso le insulta un par de veces. Joder, parece que se ofende ella más que yo.

—Tendré que hablar con él, tendrá una explicación —digo serena.

—¡Claro, nena! Claro que la tendrá. Él siempre la tiene —dice con sorna—. Lo que tiene es mucha cara, menudo cabrón. No quiero que te enfades, pero te estoy diciendo hace tiempo que Diego no te merece. Abre los ojos,

Oli, creo que se folla a otras.

Y tan tranquila se queda, oye. Sin paños calientes. Joder, es imposible, o al menos yo quiero creer que lo es. Los dos últimos años hemos estado viviendo juntos, en un pueblo perdido, con muy pocos habitantes. Solo entrenaba y jugaba, no creo que haya tenido oportunidad de conocer a nadie. Vale, lo de ayer era distinto. Estaba en Madrid, de fiesta. Ahí el abanico de posibilidades se abre mucho, pero ha podido ser algo esporádico. De una noche. Nosotros tenemos sexo, no tendría por qué buscar nada más.

Joder, Oli, no me puedo creer que no estés hecha una mierda tan solo barajando la posibilidad.

A veces la mente quiere procesar lo que no filtra el corazón; pero no quiero mentir, pensar en ello no me duele lo suficiente, creo.

—La verdad es que no me gustaría, después de tantos años juntos, enterarme de que me ha sido infiel. Si me dan a elegir, prefiero hablar las cosas y terminar nuestra relación; si él no quiere estar conmigo, prefiero que me lo diga —le confieso a mi amiga.

—Lo tuyo es muy fuerte, Oliva. Hasta en momentos así estás pensando en lo qué querrá hacer él. Si él no quiere estar conmigo... Si él se quiere tirar a otra... —dice mi amiga con voz de repipi—. ¿Y tú, nena? ¿Cuándo vas a empezar a pensar en lo qué quieres hacer tú?

—Yo no quiero hacer nada, Sara. Sabes mejor que nadie que tengo muy poco margen.

—Sabes que eso está a punto de acabarse, necesitas tu propio sitio y yo sé que tarde o temprano lo vas a conseguir. —Mi amiga deja de echarme la bronca y me abraza. Si hay alguien a la que dejo toquetearme todo lo que quiera y más es a ella; bueno, y a Diego, aunque a veces él me toca menos que Sara. Igual debo pensar sobre eso con más detenimiento. Rocío en cambio es diferente, tiene un carácter un poco más introvertido, como yo, no somos tan expresivas. Pero Sara, Sara es muy extrovertida y cariñosa con todo el mundo. Cuando termina de abrazarme tan fuerte como puede, volvemos a oír más grititos.

—¡Joder con la Ro! Seguro que luego nos cuenta si por fin comió una polla. Vaya trajín matutino que está teniendo. Yo paso de quedarme aquí —sentencia Sara.

—Pues ponte el biquini y ven conmigo. Alberto me va a enseñar a hacer surf.

—¿Surf? Ah..., que ahora se llama así. ¡Qué inocente eres, amiga! Lo que

Alberto te quiere enseñar es lo que desemboca al final de la v esa tan perfecta que tiene.

—¡Joder! Ya veo que te fijaste muy bien ayer cuando se levantó en la cena, ¿no? ¡Cacho zorra!

—¡Uy, que Oli está celosa! Eres consciente que ese chico es el sueño húmedo de media España, ¿no?

—¡Y a mí qué coño me importa! —digo con desdén. Pero mi mente lo piensa un segundo, o dos.

No soy consciente de que, aunque yo no tenía ni idea de quién era Alberto Vega, todo el país sueña con él.

Oliva, sabes que ese chico trae adosados un montón de problemas y aun así te gusta dejar un poco la puerta abierta. No sé qué pasa contigo.

—Sí, ya veo, ya. No te importa nada en absoluto. Por eso tiembles cuando está cerca —sentencia mi amiga.

—Venga ponte el bikini y vamos a surfear —le digo chocando contra su culo y tratando de cambiar de tema.

Se va a su habitación y vuelve cambiada en unos minutos.

—Me llevas solo porque te acojona estar a solas con él, ¿verdad? —me pregunta mientras salimos de casa dejando solos a los de los alaridos.

—Te llevo porque, si te quedas escuchando cómo follan esos dos, te vas a poner enferma.

—Joder, estuvieron toda la noche como lapas. Estaba claro que tenían que resarcirse del fracaso amoroso del día anterior. Lo que no pensé es que nuestra Rocío lo fuera a dar todo nada más conocerle.

—Pues ya ves. Nuestra nena estará dejándose llevar.

—Ojalá tú seas capaz de hacer lo mismo —me replica.

Cuando salimos por la puerta y Alberto nos ve, arquea un poco las cejas.

Mi amiga, como siempre, no se puede reprimir.

—Menos mal que solo sois amigos, porque si las miradas matasen yo ya estaba muerta.

—Tonterías —respondo.

En el fondo yo también me he dado cuenta de cómo le ha cambiado el gesto al ver a Sara conmigo, pero no lo voy a reconocer delante de ella.

Alberto, cada segundo que pasa me intriga más.

11- LA OLA PERFECTA

ALBERTO

He de reconocer que cuando he visto aparecer a Sara, la amiga habladora de Oli, con ella, me he decepcionado un poco. Pensé que iba a poder disfrutar de Oli a solas, los dos en el agua, cuerpo a cuerpo contra el mar.

Seguro que Oli se siente insegura estando conmigo a solas, y no la culpo, porque cada minuto que pasa la deseo más. Intento reprimirme y dejarle su espacio, pero me muero de ganas de rozarla, tocarla, olerla, besarla, saborearla. Joder, Alberto, contrólate. Ella tiene novio y no tiene pinta de ser de esas chicas que actúan por impulsos. Noto como me mira y creo que le gusta, pero no creo que sea capaz de ir a más.

Lo tienes jodido, Alberto. Muy jodido.

Estamos en una de las escuelas de surf del Palmar. Markel, que es el propietario junto con su hermana Tina, ha dejado un par de trajes de neopreno a las chicas y ya se están cambiando en el vestuario. Hemos alquilado un par de tablas acordes a su altura y, como sé que a él también le encanta meterse temprano a surfear, le he convencido para que me eche una mano con ellas. Bueno, más bien con Sara. Le he dicho que le pago dos horas de clase para ella y yo así me dedico solo a enseñar a Oli. Por supuesto, no lo he dicho delante de ellas, no soy idiota. Markel, que siempre está dispuesto a pasar un rato agradable con una chica, me ha dicho descojonándose que le encanta hacerme la cobertura. Es un buen tipo, fue surfista profesional y ahora, tras sufrir una lesión que no le permite competir en el primer nivel, tiene esta escuela junto a su hermana. Le conocí hace un par de años en Salinas en un campeonato de surf y me habían comentado que se había instalado en el sur. Cuando les he dicho a mis colegas que venía hasta el Palmar, me dieron su dirección exacta y no he dudado en venir a hacerle una visita.

Cuando las chicas salen del vestuario enfundadas en sus trajes, solo tengo ojos para Oliva. Joder, está muy guapa. El traje marca cada una de sus curvas y realza su figura. Lo único que le aplasta un poco el pecho, porque sin poder evitarlo mis ojos han ido a parar ahí, precisamente ahí. Trae cara de tímida.

—Creo que estoy loca por acompañaros —comenta Sara sin quitar la mirada de los abdominales de Markel, que se está poniendo su traje, todavía sin subir del todo.

Mi colega es atractivo, el típico que hace suspirar a las nenas, prototipo de surfista donde les haya. Pelo largo, rubio, ojos claros. Fuerte. Vamos, que puede ser modelo de bañadores. Sara se va a llevar una grata sorpresa cuando descubra que va a ser su profesor.

—Yo no voy a ser capaz ni de subirme a la tabla —vaticina Oli haciéndome una especie de mohín.

No me pongas esa carita de niña buena, Oliva porque me partes el alma.

—Venga, no seáis quejicas —protesto.

—¿Y si me ahogo? Caerá la culpa sobre vuestra conciencia —dice Sara gesticulando.

—Descuida, que no voy a dejar que te ahogues —interviene Markel.

Y ahí está, Sara dando saltitos mentales por la noticia. Creo que ha sido una idea excelente. Intenta contener su entusiasmo, pero no puede. Oli y yo nos hemos dado cuenta y reprimimos las carcajadas.

Cogemos las tablas y bajamos hasta la playa. Markel nos manda calentar y les explica unas nociones básicas en la orilla antes de meterse. Les dice cómo tienen que colocar el cuerpo en la tabla, cómo tienen que remar y los pasos para ponerse de pie. En la orilla es muy fácil, lo complicado es guardar el equilibrio y conseguir ponerte de pie dentro del agua.

Escogemos la zona por la que vamos a entrar y veo a Oli muy decidida. Sara pasa a mi lado y me dice:

—Un punto para ti por deshacerte de mí con tanta clase.

—¿Yo? No sé de lo que me hablas —digo aguantándome la risa.

—Me encanta mi profesor —espeta entrando al agua como si de una profesional se tratase.

Me coloco al lado de Oli una vez dentro y la ayudo a colocar bien el cuerpo. Al poner mis manos en su cintura, para decirle que no se ponga tan arriba en la tabla o no podrá equilibrarse, se pone rígida.

—¡Oli, tranquila! Si estás así de tensa te vas a caer —digo con voz pausada intentando que se relaje.

—Está bien, pero mira qué olas. Estoy nerviosa.

—Venga, rema a mí lado y cuando venga la ola pásala por debajo. Así, como yo —le indico.

Se nota que nada a menudo, entra al agua remando, sin mucho esfuerzo.

Mañana le dolerá todo, probablemente. Me pongo detrás y espero a que vengan las olas más flojas. Coloco a Oli de cara a la orilla y le doy impulso cuando la ola nos alcanza. Sale hacia la orilla una y otra vez, remando. En alguna intenta hacer el amago de ponerse de pie y casi lo consigue. Se cae, sale la tabla para el lado contrario y ella vuelve a intentarlo.

—¡Vamos, Oli! —grita su amiga, que está a unos metros con Markel sujetándola por la cintura.

—¡Dale tú, rubita!, que no te he visto ni un amago de ponerte de pie — replica Oli.

Markel y yo nos miramos cómplices. Son un poco competitivas estas dos, y eso me gusta más.

—No te quedes parado por mí. Coge tú un par de olas que quiero verte — dice Oli animándome.

La siguiente serie, de tamaño un poco más grande, es para mí. Oli me mira como anotando mentalmente todos mis movimientos. El ordenador de su cabeza debe de estar procesando toda la información. Me recuerda a como venía anoche conduciendo. Siempre tan mecánica. En la siguiente ola lo vuelve a intentar y nada. Otra vez al agua. Rema de nuevo y se coloca a mi lado. Joder, está increíble con la cara mojada y el pelo revuelto. Me muero de ganas de tenerla pegada a mí.

—¡Venga! casi lo consigues. Te lanzo en esta —le digo volviendo a centrarme. Clases de surf. Clases de surf.

—¡Perfecto! —me dice risueña. Esa risa. Esa risa me devuelve a la vida. Tan natural, tan sincera.

Llega la ola y la lanzo. Rema. Y entonces se pone de pie en la tabla. Guarda el equilibrio con su cuerpo y cabalga encima de la ola hasta la orilla. Cuando posa los pies en la arena, sin caerse, me mira y me grita:

—¡Alberto! ¡Lo he conseguido! ¡Aprende, rubia!

Y sin pensarlo vuelve remando hasta donde estoy. Su cara de felicidad me llena. Se acerca a mí y me abraza. Es la primera vez que la tengo tan cerca. Los dos subidos en nuestras tablas, abrazados. Puedo olerla. Su olor me pone la piel de gallina. ¿Qué me estás haciendo, Oli? Hace muchísimos años que no sentía nada parecido.

Sara levanta un pulgar, como signo de aprobación para su amiga. Markel se lo está pasando en grande y siguen intentándolo. La rubia no tiene tanto tesón y no es capaz de ponerse de pie ni una sola vez. Oli, por el contrario, lo consigue un par de veces más y se siente orgullosísima. Yo también.

Sara acaba desistiendo cuando ya no puede con los brazos y sale del agua con Markel.

—Os espero en la escuela —nos grita.

—¡Eres una rajada! —contesta su amiga haciéndole burla.

Cuando nos quedamos solos disfrutamos un poco más del agua. Después de ver como los labios se le empiezan a poner morados, salimos hasta la orilla. La ayudo a bajarse la cremallera del traje y le oigo soltar un suspiro, no sé si de alivio por la opresión del traje en su pecho o porque la he rozado la espalda sin querer. Me la imagino suspirando entre mis brazos y tengo que contener mi erección. Venga, Alberto, no es normal que a tus años se te revolucionen las hormonas de esta manera. Cada vez lo llevas peor.

—Me ha gustado mucho. Gracias por enseñarme —me dice apartándose un poco de mí.

—De nada. Ya te dije que si te gusta el mar te iba a encantar. Lo que no sabía es que el primer día ya ibas a conseguir ponerte de pie.

—¿Volvemos mañana?

—Ja, ja, ja. Mañana podemos ir a la playa de la Yerbabuena, creo que están preparando un campeonato y allí verás a surfistas profesionales, ¿te apetece?

—Sí, pero las chicas... —me dice acordándose de sus amigas.

—Pues que se vengan con nosotros. Aunque a Sara no la he visto muy motivada —le digo riéndome.

—Sí, si motivada está, pero solo con Markel —me responde poniendo los ojos en blanco. Yo me rio.

—Creo que Markel motivaría a cualquiera —le digo.

Entramos en la escuela a dejar las tablas. Sara charla animosamente con Tina sobre su experiencia a la hora de surfear y Markel no puede aguantarse la risa. La oigo decir algo como que hacer deporte nunca ha sido lo de ella, que ella es más de levantar copas en barra fija, y todos se ríen.

Oli se quita el traje y yo también. Hoy sí que me he traído bañador.

—Me toca cocinar a mí —dice Sara cuando ve a su amiga ya vestida.

—Vale, pero puedo ir a casa y acompañarte mientras cocinas.

—No hace falta. Bájate a la playa con Alberto un rato. Luego subís a comer. Puedes comer con nosotras, profesor. Mis espaguetis a la carbonara son inigualables. —Creo que pestañeo un par de veces, rápido. ¿En serio me ha llamado profesor? Joder con Sarita, no se corta ni un pelo. Me gusta su desparpajo, aunque a veces le pondría una mordaza.

Sin derecho a réplica, Sara se marcha, dejando su perlita.

—Perdona a Sara, a veces es un poco intensa —dice Oli disculpándose por su amiga.

—No hay problema. Se ve que lo dice sin maldad —respondo quitando importancia al mote—. ¿Cuánto tiempo hace que sois amigas? —pregunto con curiosidad.

Se nota que son más que amigas, casi como hermanas, pero de esas hermanas con las que te llevas muy bien, como uña y carne. No como Alejandro y yo, que somos como el agua y el aceite.

—Desde infantil. Teníamos tres años.

—¡Vaya!, ahora entiendo muchas cosas —le digo mientras pisamos de nuevo la arena. En la playa ya hay bastante gente y creo, aunque llevo gafas de sol, que mi cara refleja que no me siento muy cómodo entre el gentío.

—Si no quieres estar aquí, podemos subir a casa, a mí me da igual —me dice Oli percatándose de mi incomodidad.

—No, tranquila, creo que podremos estar un rato tumbados al sol. —No estoy muy seguro de mis palabras, pero me apetece estar un poco con ella a solas, aunque sea rodeado de gente.

Nos tumbamos de espaldas. Juntos en su toalla, porque yo no tengo la mía, y permanecemos unos minutos en silencio. Son tan agradables los silencios con ella que me hacen sentir relajado, sin tensión. Ella está algo cansada, después de las dos horas en el agua es normal que su cuerpo esté así, por eso nos limitamos a descansar.

Dicen que los surfistas siempre buscamos la ola perfecta y que para que esa ola se dé hay que tener en cuenta muchos factores: el viento, la marea, la forma de la ola, tu tabla de surf, la habilidad de tus piernas, la luz del sol y el contexto donde rompa esa ola.

Tumbado junto a ella, en este instante, me empiezo a preguntar si no será Oli mi ola perfecta.

12- TOMAR CONCIENCIA

Después del rato de surf, he estado con Alberto disfrutando de un poco de relax tumbados en la playa. Los silencios entre los dos son tan cómodos que empiezan a asustarme un poco. Es como si nuestras almas se comprendieran, a pesar de no conocerse. Podía oír su respiración y la mía, casi acompasadas. No creo en el destino, ni en cosas que vayan más allá de lo terrenal; pero cuando estoy con Alberto, no sé, siento que algo intangible nos envuelve, algo que no podemos ver y que no sé bien explicar.

Hemos estado hablando de muchas cosas; de playas, de viajes, de libros, los dos comentamos que estar tumbados en la playa con una lectura entre las manos es mucho mejor que solo torrarse al sol. Me ha dicho que cuando tiene que estudiar guiones no suele leer libros, para que su cerebro esté solo concentrado en los textos. Le he vacilado con la manida frase de que los hombres no saben hacer dos cosas a la vez. Resulta que a los dos nos encanta la novela negra, los buenos *thrillers* nos enganchan y ya tengo un par de recomendaciones de su parte en la cabeza que no he leído todavía. Es muy fácil conectar con él.

Nos hemos despedido en la puerta al llegar a casa, como dos amigos. Me ha dado un beso en la mejilla, solo uno y he sentido una especie de escalofrío recorrer mi cuerpo. Oliva, lo tuyo empieza a preocupar. Cada vez que me roza o me toca, mi cuerpo se estremece, es imposible evitarlo. Creo que él empieza a notar el efecto que produce en mí, aunque no me diga nada.

Me ha pedido que le disculpe con mi amiga Sara, porque ha quedado para ir a comer con sus hermanos, otro día aceptará la invitación. Ahora tendremos que comernos los súper espaguetis de la rubia las tres solas.

Entro en la cocina y no voy a mentir, huele de maravilla. Hacer ejercicio me ha abierto el apetito.

—¿Ya está la comida? —pregunto impaciente.

—Casi, ¿y dónde está el profesor?

—¿En serio piensas llamarle así? No creo que le haga mucha gracia.

—Pues a ver, es una realidad. Él ha sido tu profesor de surf hoy, ¿no? El nombre le queda perfecto.

Le digo que se ha disculpado por no aceptar la invitación, pero que había

quedado para comer con sus hermanos. Comentamos que, como se mosqueen los dos hermanos como anoche, vemos a la pobre Lidia aguantando los golpes en medio de la batalla. Decimos que es muy pequeña para ser su hermana, que seguro que es de otra madre.

—Como me pasa a mí con mi hermanastra —espeto mi amiga.

La riño por enésima vez por su vocabulario y dejamos de elucubrar sobre la vida de Alberto Vega, el profesor o el actor, o lo que sea; bueno, que me enrollo.

En lo que mi amiga ultima la comida, yo pongo la mesa en el jardín. Cuando está todo listo y vamos a sentarnos, aparece Ro, recién duchada y con una sonrisa de oreja a oreja. Y para no variar, Sara no puede morderse la lengua.

—Mira qué cara de bien follada trae nuestra morenaza —dice con sorna como saludo, en vez del coloquial “buenos días”.

—¡Qué burra eres, nenita! —dice Ro tapándose los ojos con la palma de la mano—. Qué buena pinta tiene eso, me muero de hambre.

—Y yo. ¡A comer! —digo con un tono elevado.

Mientras comemos, le decimos a Ro que es una escandalosa, que sus gritos nos han hecho abandonar la casa muy temprano. Creo que no ha sido buena idea mencionarlo porque Sara, ahora, la machaca a preguntas sexuales.

—Dime que por fin has probado una polla. Le habrás hecho un buen trabajito, ¿no?

—¡Joder! Estamos comiendo. Podéis dejar el tema, aunque sea hasta la hora del café —digo indignada.

—Venga, Oli. Qué más te da saberlo ahora o saberlo luego —me recrimina Sara.

—Pues la verdad es que... ¡Sí!..., ¡sí!..., se la he comido —dice ilusionada Rocío. Como si fuera una cosa importantísima. Ver para creer.

Sara aplaude escandalosamente y yo las miro con los ojos como platos. ¿De verdad es un tema tan importante como para airearlo así? Flipa.

—Vamos a brindar por su primera felación —grita Sara chocando nuestros vasos.

—Joder, qué fina eres, amiga —dice Ro medio asustada.

—Pues claro que lo soy, aunque si preferís que diga mamada, puedo cambiar el brindis.

Ro y yo negamos con la cabeza; aun así, la inercia me hace brindar con

ellas. Joder, ya me están metiendo en su círculo de locura. Esta Sarita es incorregible.

Voy a obviar los detalles de tamaño, grosor, un poco de arcada cuando se la metió hasta el fondo y la supuesta cara de Alejandro cuando la tenía arrodillada ante él. Venga, que si me descuido lo cuento todo. Me alegra que al final no haya venido Alberto a comer porque, aunque proteste de las conversaciones de estas dos, en el fondo las disfruto mucho, pero no lo admitiré nunca.

Si él hubiera estado con nosotras, no creo que la polla de su hermano hubiese sido el tema de conversación. O sí, vete tú a saber.

Sara le cuenta a Ro como “El Profesor” la mandó a aprender a hacer surf con Markel, para poder estar a solas conmigo. Intento replicar, pero me manda callar con un gesto.

—Nena, no me discutas. La jugada le ha salido redonda.

—Estáis locas. No sé cómo no os da miedo hacer surf con esas olas —dice Ro.

—Pues a mí me ha encantado, pienso repetir —digo convencida.

—Yo no creo que repita; pero, bueno, igual me convence Markel a la tarde cuando me lleve a ver la puesta de sol.

—¿Cómo? —preguntamos Ro y yo a la vez.

Al parecer Markel ha quedado en recoger a Sara esta tarde y llevarla a ver la mejor puesta de sol de todo Cádiz. Nuestra amiga, por supuestísimo, ha dicho que irá encantada. Aunque creemos que lo que quiere ver ella más bien son las estrellas.

—No seáis envidiosas. No creo que haya un tío más macizo que Markel en toda la costa.

—Bueno, tampoco exageres —le digo mientras miro a Rocío.

—No sé, no tengo el gusto de conocerlo, pero Alejandro sí que es guapísimo y mi prototipo de hombre ideal. Me encantaría seguir viéndole en Madrid.

—Vaya. Ya veo que estás más que coladita después de ese trabajito matutino que le has hecho —comenta Sara.

—No seas idiota. Es más que eso. Es educado, viste muy bien, está como un queso, abogado... En fin, un chico muy completo —dice Ro bastante entusiasmada.

—Ro, desde el cariño te lo digo, baja ahora de la nube o la caída será mortal. No hay nadie completo; y cuanto antes te des cuenta, mejor —

sentencio.

—¡Bueno, bueno! Tampoco me quitéis la ilusión —dice con inocencia.

—Como diría la Vecina Rubia, la bloguera, “te estás haciendo ilusiones y te están quedando preciosas” —dice Sara cortándole el rollo.

—Tú no vas a decirnos que Alberto es un chico de anuncio, porque lo es, eso ya lo sabemos todas —me dice la morena intentando que entre al trapo.

La conversación es absurda, como si se tratara de una competición. ¿Quién se ha ligado al chico más guapo? Joder, Oliva, en serio has dicho ¿ligado? No creo que yo haya ligado con nadie, pero mis amigas me están metiendo en el ajo, como una más.

No voy a morder el anzuelo y decirles lo que realmente pienso de Alberto, eso me lo guardo para mí. Ellas que se queden con su exterior, que ya es de infarto. Yo prefiero rebuscar un poco más cada día en su interior, porque creo que me atraparé igualmente.

Recogemos y nos tumbamos en las hamacas. Ellas como cotorras siguen hablando de chicos y yo intento descansar un poco de la conversación general. Me pierdo en mis pensamientos y me acuerdo de que tengo una conversación pendiente con Diego. Tengo que empezar a afrontar la realidad. Esa llamada de anoche no va a desaparecer, por mucho que haga como que no ha pasado nada.

—Voy a llamar a Diego, no voy a estar todo el día dándole vueltas a lo mismo—anuncio mientras me levanto y me dirijo a mi habitación.

Sara empieza a contar a Ro todo sobre la llamada de Diego en lo que yo desaparezco.

—¡Hola, peque! —contesta Diego al segundo tono—. Estaba a punto de llamarte ahora yo.

—¡Qué casualidad! No, si tú ya me llamaste anoche —digo con sorna.

—¿Anoche? Pues a qué hora, porque no me di cuenta —dice como dudando.

—Diego, por favor, no mientas. Anoche entre la una y las dos de la madrugada me llamaste, tres veces para ser exactos y no contestabas. Puedes mirar el registro de las llamadas en tu móvil. Está claro que no lo hiciste a propósito, porque ya me di cuenta de que estabas muy ocupado, con alguna acompañante, supongo.

—No seas boba, Oli. Fuimos a cenar y después a tomar unas copas, porque hoy es domingo y descansamos. Te llamaría porque eras mi última llamada. Hasta Pablo se acercó al centro para estar conmigo. —Me mete a Pablo en la

conversación, como si él fuese el catalizador, y ni mucho menos. Pablo es el típico amigo que mentiría a su madre para salvar el culo de su colega. Vamos, como Sara conmigo.

—Mira, Diego, estamos lejos y no quiero discutir a distancia, pero creo que cuando vuelva tenemos que hablar —y dejo caer esa gran frase que vaticina un final—. Ayer te oí dar órdenes un poco “especiales” a la que supongo sería alguna chica. No quiero ser la novia tonta y cornuda.

—¡Estás loca, Oli! Claro que había chicas. Las novias de mis compañeros. Si tú hubieras estado aquí, y hubieras ido conmigo a la puta cena, no estarías ahora diciendo gilipolleces.

Ya está. Diego es el número uno en dar la vuelta a la tortilla. Esto va de que ayer lo he pillado haciendo yo qué coño sé con alguna y ahora toda la culpa es mía, por no estar con él allí. Me empiezo a cabrear mucho, aunque como siempre no lo demuestro.

—Vale, Diego. Es que ha sido todo muy raro.

—Peque —y lo dice suavizando su tono de voz, ahora entra en la fase de rogatoria—. No pienses tonterías. Yo solo tengo ojos para ti. Voy a firmar ese contrato y vamos a ser muy felices. No vas a tener que preocuparte de nada.

—Diego, yo... —me interrumpe antes de que pueda decirle que creo que tenemos una conversación pendiente.

—Te quiero, peque. Más que a nadie en el mundo ¿Por qué no coges un bus y te vuelves mañana? Me apetece mucho estar contigo, te necesito.

Es increíble. No me lo puedo creer.

—Diego, no vuelvo hasta el viernes. Ya lo sabes —le digo con voz queda. Me parece que estoy empezando a desistir. Con él nunca soy capaz de imponer mi criterio.

—¡Vale, vale! Entonces no me digas chorradas y te montes películas en la cabeza —y su voz vuelve a ser ronca.

—Está bien, ya hablamos entonces.

—Peque. Pórtate bien. Te quiero

—Y yo a ti.

Cuelgo. Cuelgo y me quedo con un nudo en la garganta por guardarme tantos sentimientos. Frustración. Decepción. Incertidumbre. No puedes seguir así, Oli. Su “pórtate bien” ha sonado a consejo para niña pequeña y tú hace tiempo que dejaste de serlo.

Al final voy a acabar enfermado por dentro. Si todo lo malo me lo guardo

para mí, no sé cómo voy a salir adelante. Despierta, Oliva, y empieza a vivir tu vida. Solo la tuya. Ahora sabes que más bien vives la tuya a través de la de los demás. Parece tan fácil reconocerlo en mi cabeza, que me asusta.

Hago de tripas corazón, me recompongo y decido salir de nuevo a la piscina con mis amigas. Necesito desahogarme y contarles un poco la conversación tan patética que acabo de tener con mi novio. Sé que ambas van a tener opiniones contrapuestas al respecto y que probablemente no me guste lo que van a decirme; pero si me quedo sola en la habitación sé que no voy a poder reprimir mis lágrimas, y hace ya mucho tiempo que no me permito llorar.

13- LA PUESTA DE SOL

ALBERTO

Acabo de estar con Markel mientras esperaba a que saliera Sara. Al final el cabrón la ha convencido para llevarla a ver la mejor puesta de sol de todo Cádiz, según sus palabras textuales. Mira qué bien le ha venido hacerme la cobertura con ella esta mañana. Ya sabía yo que la rubia iba a ser de su agrado. Y qué voy a decir de Sarita, ha salido de casa más contenta que unas castañuelas para encontrarse con el *surfer*. Seguro que estos dos acaban viendo más el interior de la furgoneta que el exterior.

Mi hermano, Rocío y sus primos se han ido a llevar a mi hermana Lidia a Málaga. Ha quedado allí con sus amigas para pasar unos días y los chicos aprovecharán para cenar por la zona. Ha estado poco tiempo con nosotros, pero por lo menos hemos comido hoy los tres juntos y sin discutir. Creo que eso ya ha sido un logro importante. Mi hermano, cuando está ella delante, parece que me deja un poco más tranquilo y no me agobia con sus consejos. Lidia es buena niña, a pesar de ser hija del imbécil del marido de mi madre. Cuando ella nació, yo tenía doce años. Siempre la he tratado como a una princesa, porque me gustaba tratarla así. Ahora, que tiene dieciocho, hace conmigo lo que quiere.

Sara, antes de subirse a la furgoneta de Markel, me ha comentado que Oliva estaba sola en casa y que no la dejara así mucho tiempo. Me ha parecido que me estaba intentado decir que no está bien, no sé. Es raro que las chicas no la hayan llevado con ellas.

Acabo de preparar una cesta con unos bocadillos, un par de cervezas y agua. Voy a ir a buscarla para convencerla de que baje conmigo a la playa a ver la puesta de sol. Nosotros no iremos en furgoneta, ni la veremos desde el mejor sitio de todo Cádiz, como otros; pero, sabiendo como sufre conduciendo, seguro que agradece que bajemos andando a la playa y la veamos desde aquí.

—Oli —la llamo mientras accedo por el jardín.

—Estoy aquí —dice entre sollozos.

Joder, no puede estar llorando. No quiero verla así.

—Ey, ¿qué ha pasado? —digo acercándome a ella, que está sentada en las escaleras agarrándose las rodillas.

—Nada. No es nada.

No sé muy bien qué hacer. Ahora mismo la abrazaría y la sostendría pegada a mi pecho. Tiene los ojos rojos, debe de haber estado llorando un buen rato. Me decido, poso la cesta con el picnic y me siento a su lado. Paso mi mano por su espalda y la apoyo sobre su hombro. Intento respetar su espacio, aunque me cueste un triunfo contenerme.

Después de un par de minutos en silencio; sí, esos silencios nuestros que ya empiezan a ser tan familiares, parece que reacciona.

—¿Qué es esa cesta?

—Nuestra cena. ¡Venga!, que nosotros también tenemos derecho a ver la puesta de sol.

—¿En serio has hecho la cena? —me pregunta sorprendida.

—Bueno, no te emociones. Son unos bocadillos y unas bebidas. Venga, vamos antes de que se haga de noche.

Sin decir nada más, se levanta. Cerramos las casas, esta vez sí tengo la llave y bajamos a la playa. Es domingo y hay bastante gente todavía, pero la mayoría ya se están marchando. Busco un sitio menos concurrido y en la arena seca extiendo la toalla. Ahora soy yo el que la ha traído, ella no. Oli se sienta a mi lado y le ofrezco una cerveza. Tiene la cara todavía algo roja de llorar, pero está preciosa. No puedo evitar mirarla.

El sol empieza a caer y empiezo a hablar de las mareas, es un tema común, no se me ha ocurrido otro. Con ello espero que desconecte la mente y olvide lo que la ha llevado a estar así. Puedo imaginar que tiene que ver con su novio y esa llamada rara que recibió anoche. No quiero preguntar para no hurgar en la herida. El sol cae encima del agua y todo se envuelve con una luz tenue. Casi estamos solos. Y la imagen es increíble. Sin duda, las mejores puestas de sol se dan aquí.

—Toma, especialidad del chef —digo tendiéndole un sándwich de salmón y queso.

—Hum... Salmón ahumado ¡Me encanta! —dice mientras da un mordisco bastante grande.

Creo que tiene apetito. Comemos contemplando el mar y cuando está a punto de desaparecer el sol y nos invade la calma suena un maldito

móvil. En esta ocasión es el mío. Miro la pantalla y leo “Madre”, automáticamente corto la llamada, sin descolgar. Oliva me observa, pero no dice nada. Dejo el móvil posado en la toalla delante de nuestros ojos y en menos de un minuto vuelve a sonar. Es mi madre otra vez.

—Deberías cogerlo —dice mirándome a los ojos.

—Paso. Ya hablaré con ella en otro momento.

—Tú sabrás —dice con desdén.

—¿Qué pasa? ¿Qué tú siempre se lo coges a tú mami cuando te llama? —pregunto con sorna para vacilarle un poco, como si fuese una niña pequeña.

Oliva me observa con la mirada fija en mis ojos, sin hacer una mueca.

—Es bastante difícil que se lo coja, porque mi madre está muerta —dice levantándose de la toalla y yendo hacia la orilla.

¡Joder..., Alberto! Te has querido hacer el gracioso y la has cagado. Eres un puto gilipollas.

—¡Oli, por favor! —digo acercándome a ella—. ¡Lo siento! Soy un puto bocazas. ¡Perdóname!

—¡No, tranquilo, está bien! Tú no lo sabías. Perdona, pero hoy no tengo un buen día —se disculpa abrazándose a ella misma.

Oliva, quiero tocarte. Necesito tocarte y no sé cómo remar en tu dirección para que no huyas de mí. Suspiro mientras lo pienso.

—Ven —le digo cogiéndola de la mano—. Siéntate conmigo y cuéntamelo.

Me siento en la toalla y esta vez la coloco delante de mi cuerpo, de manera que su espalda pega en mi pecho. Corre un poco de aire y así la protejo. Ella no se aparta y se apoya en mí. Es el momento de escucharla.

Me cuenta que su madre murió hace nueve años, cuando ella tenía quince. Un día, cuando llegó a casa del instituto, la llamaron del hospital donde su madre trabajaba, era enfermera, para decirle que había sucedido algo y que era muy urgente que fuera para allá. Me relata cómo llamó a Sara para que la acompañara, porque presintió que algo no iba bien. Las dos cogieron un taxi desde el barrio hasta el hospital y cuando llegó le dio tiempo a verla unos minutos. Estaba llena de tubos y casi inconsciente. A las pocas horas murió. Los médicos le dijeron que de una aneurisma cerebral congénita, no pudieron hacer nada por ella.

Estaba a punto de cumplir treinta y seis años.

Las palabras salen pausadas de su garganta, pero puedo notar como traga con dificultad. Joder, empiezo a hacerme una idea de muchas cosas. También vienen a mi mente momentos muy duros de mi vida y se me encoge el estómago, tenemos más cosas en común de las que imagina. La abrazo desde atrás y la aprieto más contra mí. Ella se deja.

—¿Y tú padre?

—A mi padre no tengo el gusto de conocerle. —Mierda Alberto, vaya novecita. Cierra la puta boca ya, porque cada vez que la abres lo estropeas más. Me quedo callado y ante mi incómodo silencio ella continúa hablando.

Me cuenta que su madre conoció a su padre el verano del 92, un americano que estaba en Madrid estudiando español. Se enamoró locamente de él y cuando él regresó a Los Ángeles, en septiembre, su madre se dio cuenta de que estaba embarazada. Le mandó varias cartas a la dirección que David Colton, como dijo que se llamaba, le dejó, pero nunca obtuvo respuesta. Su madre decidió no interrumpir el embarazo y con veinte años y en medio de sus estudios de enfermería la tuvo a ella. Vivieron siempre con sus abuelos en Vallecas, su madre era hija única y, como ellos ya murieron, no tiene más familia.

Me dice con la voz cortada y con vergüenza que nunca se permite llorar así. Pero que hoy no sabe lo que le ha pasado. Confiesa que hubo un tiempo en el que lloró mucho; pero que si siempre estuviera lamiéndose las heridas no podría vivir. Piensa que hay gente que tiene una vida mucho peor que la suya. La siento tan pequeñita ahora entre mis brazos.

—Siento no ser buena compañía hoy. No suelo tener días tan malos, pero parece que hoy no he podido remediarlo —dice respirando profundo.

—Tranquila. A todos nos pasa alguna vez. Pero esta mañana en el agua estabas feliz. Así que el día se ha estropeado después, ¿no?

—Eso parece —dice limpiándose las últimas lágrimas.

Sé que el desencadenante habrá sido su novio, ahora sé que se aferra a él porque está muy sola. Después de todo lo que me ha contado, no quiero que encima me tenga que hablar de él. Así que actúo rápido. Quiero devolverle la sonrisa.

—Pues tenemos la solución delante de nosotros. ¡Vamos! —digo

levantándome y tirando de ella para ponerla de pie. Empieza a caer la noche y hay poca luz, pero noto como sus ojos me miran expectantes.

—¿Qué haces?

—¡Al agua! Vamos a meternos en el agua —digo riéndome mientras me quito la camiseta.

—Estás loco. Ni de coña. Además, no he traído biquini.

—Ni yo, Oli. Ni yo.

—Noo... Por favor ¿Y si nos ven?

Suelto mis chanclas y las tiro junto a mi camiseta en la toalla. Me empiezo a desabrochar el botón del pantalón. Sí, lo sé, recuerdo que no llevo calzoncillos, pero ahora no me puedo echar atrás. Me fijo como Oli ha abierto mucho los ojos. Está esperando a que me desnude. Vamos, Alberto, tienes que ser rápido en ir al agua. Si te quedas en bolas delante de ella, tu cuerpo va a reaccionar y no quieres que piense que buscas otra cosa. Sí. Ya sé que estoy deseando entrar en ella, pero ahora solo quiero verla feliz. En un movimiento rápido, me deshago del pantalón y me giro ante la atenta mirada de Oli. He podido ver una pequeña sonrisilla en sus labios, me encanta.

—¡Te espero dentro! —grito enseñándole mi culo mientras corro a la orilla.

—Joder. ¿En serio? —me grita.

—¡Vamos, aceituna!, el baño te devolverá la sonrisa —le digo cuando ya me llega el agua a las rodillas.

Vamos, Oli, ven conmigo. Prometo hacerte feliz, aunque sea un ratito.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, la veo que se quita toda la ropa y viene corriendo en ropa interior. Nada de encaje. Lleva un sujetador de algodón con dibujos y unas bragas a conjunto, realmente parece un biquini. Sin pensárselo dos veces, entra en el agua y a la primera se sumerge. Mojándose el pelo y todo. Joder. Está loca. Yo todavía no he pasado de la cintura.

—¿Quién es el rajado ahora? —me provoca.

—Aceituna, estás loca. ¿Cómo te has tirado así? Está muy fría.

—¡Qué va! Es la primera vez que me baño de noche y está buenísima. Deja de llamarme aceituna, profesor.

—¿Cómo me has llamado, aceituna?

—Profesor —grita ella deteniéndose en cada sílaba. Me dan ganas de ir a por ella y abrazarla, lanzarla al agua y después coger su cara entre

mis manos y comerle esa boca, pero me contengo. Se la ve tan distinta entrando y saliendo del agua, incluso nadando. La cara la ha cambiado por completo y no se le quita la sonrisa de los labios. Me estoy quedando frío, pero yo también me zambullo y me contagio de su renovada energía. No quiero acercarme mucho a ella, dejo una distancia entre ambos, unos metros de libertad.

Estoy desnudo y ella vulnerable. Mala combinación.

Oliva, aunque tú no lo sepas, has sido mi mejor puesta de sol.

14- DEJAR QUE LAS COSAS FLUYAN

Dejo que el agua caliente de la ducha caiga por todo mi cuerpo y me caliente la piel, porque la sangre la he traído hirviendo de mi baño nocturno en el mar Atlántico con Alberto, y eso que la temperatura del agua no creo que superara los diecisiete grados.

Creo que hoy definitivamente me he vuelto loca.

Cuando las chicas a regañadientes me han dejado sola, me he permitido llorar. No me gusta lamerme las heridas y soltar todo lo que llevo dentro, pero después de hablar con Diego, he sentido la necesidad de liberarme. A veces, repaso mi vida y me doy cuenta de que solo me conformo con lo que tengo, sin luchar por lo que quiero tener. Cuando estaba a punto de calmarme y recuperar la compostura, ha aparecido Alberto con su proposición para ver la puesta de sol. No lo he dudado ni un segundo y me he ido con él. Era el momento de volver al presente, de dejar el pasado guardado, en un cajón. Hasta ahí puedes pensar que no hay nada loco, yo en ese momento también creí que la tarde iba a ser normal.

Una vez en sentados en la arena, con el sol poniéndose, la cena saliendo de la cesta, la luna asomando, la playa prácticamente vacía, los silencios entre los dos que son tan fáciles de llevar. Ahí, en ese preciso momento, es cuando definitivamente me he vuelto loca y me he dejado llevar mental y físicamente.

Ese cúmulo de circunstancias ha hecho que me abra un poco a él. O un mucho, según se mire. Sí, Oliva, la tímida y la introvertida, ha contado parte de la historia de su vida a Alberto, el famoso actor. Y él ha sido tan tierno conmigo, que ha conseguido que mi sangre circulara a toda velocidad por mi cuerpo. Primero, disculpándose por su metedura de pata con la improbable llamada de mi madre y después abrazándome mientras escuchaba lo que yo le contaba. Me he sentido plena y feliz, a pesar del dolor que me causa recordar el pasado, es como si estuviera liberando parte de la carga que a veces arrastro.

Para quitar tensión a todo lo que le había contado, no se le ha ocurrido otra cosa que desnudarse delante de mí y correr hacia el agua para bañarnos. Al

principio, creí que no iba a ser capaz de quedarse en bolas ante mi atónita mirada, pero Alberto no ha tardado ni un minuto en deshacerse de su ropa. Cuando lo he visto sin camiseta, un hormigueo ha empezado a recorrer mi vientre y he tenido que apartar mi mirada de su perfecto torso. Sus marcados abdominales derretirían a cualquiera, y yo no voy a ser menos. En cuanto he intuido, por el sonido del botón, que también se iba a quitar el pantalón, he pensado que lo mejor era enterrarme en la arena, muerta de la vergüenza. No quería verle desnudo, porque una parte de mí quería alargar mis manos y tocar cada centímetro de su cuerpo, y no puede ser. Definitivamente no puede ser.

La locura se adueñó de mí cuando me he quitado la ropa y he bajado al agua detrás de él. Eso sí, yo con mi sujetador de dibujitos y mis bragas de algodón. Menos mal que no he sido capaz de quitármelo todo. Parece que mi timidez se ha volatilizado. Aunque tengo la sensación de que cuando estoy con él sería capaz de desnudar mi alma y mi cuerpo, del tirón.

Ha sido una sensación increíble bañarme en el mar de noche. La oscuridad me ha hecho sentir miedo al principio. Después de sumergirme un par de veces, ese miedo se ha transformado en pura adrenalina. Alberto me observaba desde la distancia, hecho que he agradecido, porque si me hubiera tocado allí dentro, desnudo, no sé cómo habría reaccionado mi cuerpo ante su contacto. No soy idiota y noto como cada vez estoy más cómoda sintiendo sus manos sobre mí; pero como siempre me decía mi abuela: “trata a la gente como quieres que te traten”. Si a mí no me gustaría que Diego se enrollara con otra estando conmigo, yo tampoco puedo hacerle eso a él. Quizás él ya lo haya hecho, probablemente, pero yo no voy a poner a su altura y no pienso pagarle con la misma moneda.

Alberto ha salido primero del agua y he visto su culo correr hasta envolverse con la toalla. No voy a entrar en detalles, pero aun en medio de la oscuridad he visto que tiene un cuerpazo. Estaba congelado y me ha estado picando llamándome “aceituna”. No me ha molestado ni un poco; es más, dicho con su tono de voz grave me ha gustado. Mucho, no voy a mentir. Yo le he llamado “profesor” y he visto un atisbo de sonrisa en sus labios, por lo que intuí que lo acepta de buen grado.

Cuando yo he salido del agua, me ha querido dejar la toalla, pero me he negado dándole la vuelta y recogiendo mi ropa. Alberto me ha dicho varias veces que estoy loca, que me he bañado como si fueran las tres de la tarde y el sol estuviera a pleno rendimiento. Me ha sentado tan bien estar en el agua.

Entre risas y tiritonas hemos llegado hasta casa, yo calada con la camiseta puesta y él casi. En la verja pequeña nos hemos despedido hasta mañana con un beso. Solo un beso en la mejilla, en esta ocasión se lo he dado yo a él. Creo que se ha sorprendido gratamente. Ha sido un acto reflejo, como agradecimiento por haber conseguido que vuelva a la realidad.

Cierro el grifo y salgo de la ducha, me seco con la toalla y me paso un poco el secador por el pelo. Aunque es verano, no puedo dormir con él tan mojado. Voy a mi habitación y me pongo la camiseta blanca con la que duermo y unas bragas grises de algodón, de esas básicas. Me río para mí misma, porque está claro que soy todo lo contrario al glamur. Me gusta ir siempre cómoda. Y eso incluye en la cama.

Al intentar cerrar los ojos y procesar un poco todo lo que ha dado de sí mi día, me ruborizo. Joder, Oliva, puedes negarlo todo lo que quieras; pero Alberto Vega, el profesor, el actor, el misterioso..., te gusta. Te hace sentir. Y eso sí que es nuevo para ti. No puedo decir que mi día no haya sido intenso. Primero las clases de surf, la sensación tan placentera de subirme a la tabla y conseguir mantener el equilibrio. El ratito de después tumbados en la playa Alberto y yo. La comida con las chicas y sus conversaciones sexuales. La maldita conversación con Diego. Caer en el pozo de los recuerdos. La luz de los ojos azules de Alberto rescatándome del dolor. Abrir mi vida y contársela. Su cuerpo desnudo. Mi primer baño nocturno...

Aún con todo eso, creo que necesito más.

Miro el reloj y apenas es la una. Sara no ha vuelto y Rocío tampoco. El corazón me late con fuerza y no creo que pueda conciliar el sueño. Alberto también está solo. Oliva, si de verdad no quieres dejarte llevar por lo que parece que empiezas a sentir, deberías cerrar los ojos y dormir. Mañana será otro día. Esa es la voz de mi conciencia. ¿Y si por una vez dejo que las cosas fluyan, y solo escucho lo que me apetece en este momento? Esa es mi voz interior, no sé si de mi otra conciencia o de quién.

Supongo que Alberto estará metido en la cama y con el ventanal que da al porche abierto. Efectivamente veo que está todo a oscuras, salvo una pequeña luz que sale de su habitación. No quiero matarlo de un susto. Estoy con la misma pinta que antes. Joder, Oli, te podías haber vestido. Demasiado tarde, siempre piensas demasiado tarde. Muevo un poco la cortina e intuyo su silueta. Está sentado encima de la cama sosteniendo una guitarra. Parece tan concentrado que no ha notado mi presencia.

—Alberto —susurro tan bajito que casi no me oigo yo. Él levanta la cabeza con sorpresa y me ve apoyada en el marco de la ventana. Le miro directamente a los ojos. Su azul es más intenso que nunca.

—Hola, aceituna, ¿no puedes dormir? —me pregunta.

—La verdad es que no. Aunque tampoco sé muy bien qué hago aquí —digo como disculpa. Me parece que le he interrumpido.

—Ven, métete en la cama —me dice dando unos golpes al colchón con la palma de su mano.

Yo obedezco. Sin más. Abro las sábanas y me meto dentro. La almohada huele a él. Oliva, no te pongas ahora a suspirar como una quinceañera imbécil.

—No sabía que tocabas la guitarra —le digo ya colocada a su lado.

—Porque solo lo hago en secreto. Como tú escribir.

¡Vaya con Alberto! Ha dado en el clavo, y lo mejor de todo es que me ha dejado sin palabras.

—Tócame algo —le digo bajito.

—Oli. Me encantaría tocarte a ti entera, pero creo que eso ya lo sabes.

Uy..., Oliva, no puedes traspasar esa línea.

—Alberto, yo... —me interrumpe.

—Lo sé, tienes novio. Y no vas a serle infiel.

Vaya, Oliva. Alberto te conoce mejor que mucha gente, y eso que apenas han pasado 48 horas desde vuestro primer encuentro.

—Creo que ha sido un error venir. Debería irme —digo destapándome e intentando salir de la cama.

—Oli, quédate. Si has venido hasta aquí es porque te apetece estar conmigo. Con eso tengo suficiente, de momento. —Y me vuelve a tapar con la sábana.

Sin que pueda replicar su argumento, empieza a tocar unos acordes muy suaves con la guitarra, me gusta como suena la melodía, creo que ya la he escuchado antes. Segundos después comienza a cantar y ahí es cuando me quedo completamente embobada. Reconozco la canción al instante. Su voz cantando “Se dejaba llevar por ti” de Antonio Vega me paraliza el corazón. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. Es una canción preciosa que le encantaba escuchar a mi madre. Alberto está concentrado tocando y yo solo puedo mirarlo.

Cuando termina, posa la guitarra a los pies de la cama y se empieza a desnudar. Miro su torso otra vez. Con una fina capa de vello que le cubre los

pectorales, me gusta que tenga ese aspecto tan varonil, no de niño. Qué difícil es contener las ganas de pasar mis manos por encima. Di algo, Oli, no te quedes así.

—Profesor ¿vas a dormir desnudo? —digo sin apartar la mirada de sus movimientos. Creo que los nervios me han hecho llamarle así para quitar tensión al ambiente; tensión sexual, quiero decir.

Alberto sonrío con su mirada serena y yo junto mucho mis muslos. Mierda, Oliva, te estás metiendo en un jardín del que no vas a saber salir.

—Claro. Ya te he dicho que duermo así, y es mi cama. Tú duermes con esa camiseta y tus braguitas grises y yo desnudo. No hay ningún problema.

Me giro hacia el otro lado cuando se va a quitar el pantalón. Y oigo sus carcajadas. Creo que lo único que me falta de verle hoy es el pene, y no estoy preparada para eso. Quizás expectante sí, pero no preparada.

— Si sigues riéndote de mí, me voy —digo con voz muy digna, pero muy poco convencida.

Alberto se mete entre las sábanas y deja apenas unos centímetros de distancia entre su cuerpo y el mío. Pasa su mano por mi cintura y pega sus dedos a la zona alta de mis costillas. Intento contener un suspiro irrefrenable. Menos mal que llevo camiseta.

—No me río de ti. Me río contigo, Oliva —y mi nombre saliendo de su boca me corta un poquito la respiración—. Puedes dormir tranquila, he dicho que respeto que quieras ser fiel, pero él no va a impedir que yo te sienta a ti y que tú me sientas a mí. ¿Entendido?

—Entendido —contesto soltando todo el aire de mis pulmones, casi me ahogo.

—Ahora, duérmete —me ordena, y me da un beso en la nuca, por encima de mi melena.

Eso sí que es dejar que las cosas fluyan, Oliva. Dejar que fluyan...

15- VOLVER A SENTIR

ALBERTO

Probablemente haya pasado la noche más extraña de mi vida. Y mira que he tenido noches raras. Las he tenido de todos los sabores. Las he tenido muy locas, las he tenido de pedo, de resaca, incluso atiborrado de antidepresivos, pero la de anoche, la de anoche ha sido igual de rara que de especial, mitad y mitad.

Recordar como entró Oli con su camiseta dada de sí y sus bragas grises por la ventana, como un conejillo asustado, sin saber muy bien qué estaba haciendo en mi habitación, me llena el alma de nuevo. Me pidió que le tocara una canción y no pude negarme, a pesar de que siempre me gusta tocar solo para mí, es mi pequeño vicio. Cuando la tuve entre las sábanas, tan cerca y a la vez tan lejos, no pude dejar de pensar que una fuerza sobrenatural me está poniendo a prueba o algo parecido.

¿Seré capaz de soportarlo? Lo más extraño de todo es que creo que, por ella, sí.

No suelo usar ropa interior nunca, solo cuando estoy trabajando. En cambio, ahora estoy dando vueltas a mi maleta a ver si encuentro un puto *bóxer* por algún bolsillo. Después de ponerla del revés, ha aparecido uno en el bolsillo exterior. Probablemente esté ahí desde mi último rodaje fuera de Madrid. Lo importante, está limpio, así que me sirve perfectamente. Me lo pongo intentando no hacer mucho ruido y me vuelvo a acostar al lado de Oli, que duerme plácidamente en mi cama. Está bien que haya dormido desnudo a escasos centímetros de ella, dura prueba de fuego, lo sé. Pero mi erección matutina es mejor que me la guarde para mí. Por eso me he puesto el *bóxer*. No quiero que se despierte y me encuentre con el mástil levantado. Y voy a dejar de pensar en ella y en mi miembro en la misma frase, porque voy a empezar a hervir. He dicho que iba a respetar su decisión y, aunque me cueste un mundo, soy un hombre de palabra. No me reconozco.

Después de que anoche me contara parte de su vida mientras estábamos en la playa y más tarde nos bañáramos desnudos en la mar, bueno, ella en ropa interior y yo como vine al mundo, mis sentimientos hacia ella se han

multiplicado por mil. La sentí tan pequeña cuando me hablaba de su pasado, era como si fuese una niña de nuevo. Me dio pena saber que está sola. Después, mientras se zambullía una y otra vez en el agua, también pude sentir sus ganas de liberarse y vivir. Mis propios fantasmas hicieron acto de presencia, pero en esta ocasión dejé de pensar en mí y solo me concentré en ella.

Anoche, cuando me vio desnudarme, me di cuenta de que estaba debatiéndose entre lo que cree que es correcto y lo que desea. No soy un creído ególatra, pero noto cómo me mira, noto cómo respira cuando estoy cerca, sin querer lo siento. Noto la chispa en sus ojos cuando me quito la camiseta y cómo su mirada vergonzosa me recorre tímidamente. Siento cómo reacciona su cuerpo cuando la toco. Al principio rígido y después nervioso. Oigo sus suspiros cuando le hablo de lo que me gustaría hacerle. En cambio, reconozco que su cabeza le frena y le dicta otra cosa.

Me gusta. Me gusta que sea consecuente con su forma de ser. Yo sé lo que sientes cuando te engañan y me gusta que no sea de ese tipo de chicas. Eso demuestra que es una buena persona, que tiene principios. Hoy en día es muy difícil encontrar a alguien así. Pero en contraposición también me jode. Egoístamente me jode que sea fiel a ese novio, que tiene pinta de no ser un santo precisamente. Y me jode más porque en el otro lado estoy yo. Mientras tanto, no puedo hacer mucho más que estar a su lado y esperarla.

Alberto, parece mentira que con treinta tacos estés así por una chica a la que acabas de conocer. Siempre he repetido que no iba a volver a caer en las redes de nadie, menos después de lo que me pasó con María y ahora, ahora me parece que me he olvidado de todo y estoy dispuesto a asumir riesgos, como un salto al vacío sin red.

Oliva, tengo tantas ganas de que seas tú la que te des cuenta de que tienes que escuchar tu interior y sentir. Sin barreras. Sin presión. Quiero que tú vengas a mí, porque creo que seré capaz de esperarte, eternamente. Eres tan dulce y especial, que solo quiero protegerte y guiarte. La vida a tu lado es diferente, podría decirse que, en definitiva, es vida. Nunca creí que volvería a sentir, y menos de esta forma tan calmada y explosiva a la vez.

Enredo mis dedos en su pelo y le acaricio la melena. No puedo evitar tocarla. Ella emite algo parecido a un murmullo y se remueve en la almohada. Mi mano huele a su champú y me encanta.

—No me voy a dar la vuelta, profesor —murmura bajito.

—Vaya, parece que aceituna se despierta de buen humor. ¿En serio me vas

a llamar profesor?, como hace tu amiguita.

—Sí. Sara tiene razón. Eres mi profesor, aunque solo sea de surf —me dice sin mirarme a la cara.

—Puedes darte la vuelta, ya no estoy desnudo.

—¿Seguro? No me engañes.

—Oli, te he dicho que no miento.

Se gira tímidamente y sonrío al ver mi mirada sobre ella. Antes de que pueda decir nada, aparto la sábana y le enseño mi cuerpo con los calzoncillos puestos.

— ¡Has visto! Mira qué tapadito estoy.

—Vaya, pero si sabes que existe la ropa interior, la que se lleva encima de la piel antes de ponerse la ropa, ¿Y por qué te los has puesto ahora? —me pregunta medio riéndose.

—¿De verdad quieres que te lo explique? —le pregunto arqueando una ceja y metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja que le caía por la cara.

—No hace falta. Puedo imaginármelo.

—Mejor —contesto guiñándole un ojo—. ¿Quieres que te traiga el desayuno? —pregunto mientras observo cómo se despereza.

—No, gracias. Prefiero ir y desayunar con las chicas, seguro que me tienen que contar un montón de cosas.

—Vale —contesto con un poco de tristeza.

Tenerla en mi cama, para mí solo, me gusta, y mucho. Habría preparado cualquier cosa con tal de alargar este momento.

Oli me mira directamente a los ojos. Está preciosa, con la marca de la sábana todavía en su cara y su tez morena. Sus ojos me hacen de espejo y puedo ver mi sonrisa de idiota reflejada en su mirada.

—¿Qué piensa esa cabecita? —le digo al ver su expresión.

—No... Nada.

—Venga, aceituna, si solo vamos a ser amigos, de momento. Cuéntame qué estás pensando.

—Está bien. Si tenías unos calzoncillos, ¿por qué no te los pusiste anoche?

—A ver, Oli, somos adultos; por lo tanto, vamos a dejar las cosas claras. Ya te dije que duermo desnudo y que nunca uso ropa interior, solo cuando trabajo. Anoche, tú viniste a mi cama y yo me acosté como suelo hacerlo, en pelotas. La noche anterior, en la tuya, me comporté como un caballero y no me quité el pantalón. Tú duermes sin sujetador con esa camiseta y cuando se te marcan los pezones yo trago con dificultad, pero lo acepto. —Oli se mira

automáticamente los pechos cruzando sus brazos sobre ellos.

—¡Idiota! —me suelta con un bufido.

Yo me carcajeo. Joder, Oliva, no puedes ir de niña buena y luego preguntarme esas cosas. Duermo desnudo porque sí y me he vestido porque mi erección te hubiera rozado el culo. Me vuelves loco. Literal. Solo lo pienso, no se lo digo.

—Oli. Seamos claros. Me gustas y sé que lo sabes. Y yo no sé si te gusto a ti, pero llevamos durmiendo juntos dos días y debe de haber algo en mí que te atrae, aunque no quieras reconocerlo.

—Alberto, por favor, no sigas por ahí.

—¿Me equivoco?

—No. Sí... Bueno, no sé. Ya sabes que tengo novio. Hace ocho años. Ocho años —dice echando la sábana hacia atrás para levantarse. Parece que se lo repite ella mentalmente para grabárselo a fuego.

—¡Ven aquí, por favor! No huyas. Solo estamos hablando. —Tiro de su muñeca y la vuelvo a colocar frente a mí, mirándola a los ojos—. Oli, está bien. Lo sé, voy a respetar esa parte, pero déjame estar contigo esta semana, como amigos. En serio, solo vamos a disfrutar de habernos conocido. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Perfecto. Entonces cambiamos de playa y vamos hasta la de la Yerbabuena. Podemos llevar las tablas y te metes allí otra vez. ¿Te apetece? —digo desviando un poco el tema principal, sé que la agobia todo lo relacionado con su relación y no quiero que me aparte de ella.

—Vale. Pero preguntaré a las chicas si quieren venir.

—Está bien —contesto.

Ahora sí se levanta. Se estira cuando se pone de pie y la camiseta se la sube hasta la cintura, dejándome con la perspectiva de su sublime culo a la altura de mis ojos.

—Aceituna, me encanta esa camiseta. Por delante y por detrás —digo con media sonrisa en los labios.

Oli se gira, mirando su espalda, como si tuviera algo pegado en la parte de atrás y no se hubiera dado cuenta. Es tan inocente. Cuando se percata de que no tiene nada, y que yo estaba hablando de su culo, estira el dobladillo de su camiseta para cubrirse.

—¡Hasta luego, profe! —Y se va descalza, como vino ayer, saliendo por la ventana. Esta vez no se ruboriza.

Ay, Oli, cada segundo que pasa te siento un poco más cerca. Espero que durante lo que queda de semana me dé tiempo a disfrutar contigo de cada minuto. Me da igual en la playa, en la piscina o en la cama; porque aunque acabe con priapismo, prefiero compartir contigo almohada que no compartir nada.

Me levanto y voy a desayunar, en la cocina está mi hermano. Jacobo y Jose siguen durmiendo. Me cuenta que dejó a mi hermana Lidia con sus amigas en Málaga y que al final se tomaron unas copas por allí y no volvieron muy tarde.

—¿Te estás tirando a la Oli esa? —me pregunta sin más introducción. Alejandro siempre tan sutil. No sé qué problema tendrá ahora con mi estado sentimental. Como al final todo lo arregla diciendo que lo hace por mi bien.

—No. Somos amigos y me gusta. No quiero que hables de ella como si fuera una cualquiera.

—Alberto. Solo te digo que tengas cuidado, no la conoces de nada y no te conviene contar tu vida a nadie. Ya sabes que luego las revistas se ensañan contigo.

—¡No me jodas! Sé diferenciar entre las tías que se acercan solo por un motivo y las que no. Y te puedo asegurar que Oliva es distinta. Preocúpate tú de no ir rompiendo las bragas de niñas inocentes.

—Si te refieres a la prima de estos, es mayorcita para saber lo que le voy a dar y lo que no. Yo no engaño a nadie. Ella solita me invitó a su cama. — Como no le he vuelto a ver con ella, he intuido que, después de su primera noche juntos, se ha cansado del juguetito. Mi hermano es el número uno en jugar con las tías. Las lleva a su terreno y luego las deja a su antojo. Creo que Rocío ha sido la última víctima en caer en su red.

—Pues no la confundas —le digo apuntándole con el dedo.

Desayuno tan rápido como puedo, porque no me apetece seguir escuchando gilipolleces. Le digo que me voy a la playa con ellas y que no sé cuándo volveré. Él me dice que se queda a organizar unas cosas de trabajo y que me vaya tranquilo. Cuando estoy poniéndome el bañador, no puedo dejar de pensar en que parece mentira que seamos hijos de los mismos padres. Quizás es que él ha mamado durante muchos años el carácter de mierda del marido de mi madre. Por suerte, yo me fui a vivir a Gijón con mi abuela Rosa.

16- ALUMNA Y PROFESOR

Cuando salgo de la habitación de Alberto, casi sin posar los pies en el suelo, llevo instaurada en la cara una sonrisa de oreja a oreja. Es un estado tan novedoso para mí, que no sé cuál es el tratamiento. Son nervios. Cosquillas. Ilusión. Expectación. Indecisión. Ganas. Al fin y al cabo, ganas de algo, aunque no sepa de qué. No puedo negar que me encanta estar con él. Anoche, cuando me fui en su busca, solo quería su compañía y, después de haber dormido juntos, entre sus sábanas, que por cierto huelen mucho a él, sí, en exceso diría yo, me muero de ganas de volver esta noche a hurtadillas y sentir como respira en mi nuca de nuevo. Por primera vez estoy siendo sensata con mis sentimientos, aunque no con mis actos.

Alberto ha dormido a mi lado, desnudo, y yo no he sido capaz de girarme ni de moverme en toda la noche, como si me hubieran pegado a esa parte del colchón hasta el amanecer. Eso solo puede significar una cosa, y es que empiezo a no estar segura de mi capacidad para controlarme. Cada minuto que paso con él me cuesta más controlar mi cuerpo: mis dedos que quieren avanzar hasta tocarle, mis ojos quieren ver de cerca cada pedacito de su piel y, por supuesto, mis labios que ansían pegarse a los suyos y probar el sabor de su boca. Si la infidelidad se puede llevar a cabo mentalmente, admito el delito, porque creo que yo ya lo he cometido.

Ni cuando empecé a enrollarme con Diego hace ocho años sentí tanto cúmulo de sensaciones juntas. No voy a decir que no me gustara entonces. ¡Claro que Diego me gustaba! Diego era guapo, bastante guapo y lo sigue siendo, tiene muy buen cuerpo y me atraía físicamente. Pero como vivíamos en la misma casa, tuvimos al alcance de nuestra mano estar juntos y con ello creo que se perdió un poco la magia de esos primeros encuentros. De esas ganas locas de que pasaran cosas, porque realmente pasaban, sin más. Los únicos nervios que sentíamos en el estómago eran cuando nos podían pillar sus padres; pero casi ni eso, porque teníamos tan controladas sus rutinas, que nunca estuvimos cerca de ser descubiertos. Casi un año después de empezar a estar juntos, formalizamos nuestra relación ante todos y a partir de ese momento todo fluyó, sin apenas darnos cuenta.

Por eso ahora mismo no sé cómo actuar, no tengo ni idea de cómo

gestionar todo lo que siento cuando Alberto me mira, porque sé que me mira. Me mira las piernas, me mira los pechos, el culo... Me mira a los ojos, siempre me mira a los ojos y creo además que ve a través de ellos. No sé cómo lo consigue, pero aunque no me ha llegado a ver el cuerpo desnudo del todo, sé que ha visto desnuda mi alma.

Las chicas están desayunando cuando yo intento pasar por el jardín e ir directa a mi habitación, entrando a escondidas por la ventana. Sin hacer ruido. Pero Sara me ve por la ventana de la cocina. Me pillan con todo el equipo. Las dos se ponen como dos lobas conmigo.

—Zorrón, ¿de dónde vienes medio en bragas y descalza? —me interroga Sara en cuanto me siento en el taburete para desayunar.

—De dormir con Alberto —contesto con sinceridad. Mis amigas no son tontas y tampoco es plan no decirlas la verdad.

—No me puedo creer que te hayas enrollado con él. ¿En serio, Oli? ¿Estás segura de hacerle eso a Diego?

Esa es Rocío, siempre tan sensata.

—Joder. He dicho dormir, nada más. —Sara recrimina a Rocío que meta al idiota de Diego en esta conversación, yo le recrimino a ella que le llame idiota, y después se despacha a gusto conmigo.

—A ver si nos aclaramos. Nos estás diciendo que has pasado la noche entre las sábanas de Alberto Vega, con esa braga horrible de algodón y esa camiseta que deja entrever tus pezones y ¿solo habéis dormido? —pregunta mi amiga Sarita.

Vaya, lo de la camiseta y los pezones empieza a preocuparme. Quizás tengo que empezar a usar aquel pijama de señora mayor que me regaló Carmen, la madre de Diego, en mi último cumpleaños. ¿Qué coño les pasa a mis pezones? Algo raro tendrán para que todos hablen de ellos.

—Sí, eso he dicho. Vosotras no habíais llegado y no me apetecía estar sola. Fui a su casa y dormí con él.

—¡Claro, bonita! y a ti te parecerá lo más normal del mundo, pero él tendrá un dolor de huevos que le impedirá levantarse de la cama en todo el día. ¡Joder, Oli! Vas a matarle —comenta mi amiga sacudiendo la cabeza a modo de negación.

—Pues yo me podía haber quedado contigo, porque mi noche fue una auténtica mierda —añade Ro.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto curiosa, intentando desviar la atención

hacia ella.

—Mal de amores o, mejor dicho, amores malos —argumenta Sara.

Rocío nos cuenta cómo aconteció su noche. Cenaron en un restaurante muy chulo en un pueblo cerca de Málaga, después de dejar a Lidia en casa de sus amigas. Hasta ahí todo parecía normal; pero cuando fueron a tomar un par de copas a un sitio cerca de la playa, Alejandro la ignoró durante el resto de la noche. Estuvo pendiente de todas las chicas que se movían a su alrededor, les hablaba, las toqueteaba y las embelesaba, daban igual rubias o morenas. A ella no se le acercó ni para preguntarle la hora. Menos mal que estaban sus primos, aunque solo fuera para darle conversación, porque se estaba aburriendo de lo lindo.

Cuando regresaron, en el coche más de lo mismo, silencio total y, como despedida, Alejandro se limitó a decir “buenas noches” y desapareció entrando en la casa. Nuestra amiga se quedó con cara de idiota y se fue a dormir sola.

—¡No sé qué coño quieren los tíos! —nos dice cabreada—. Pensé que lo que habíamos hecho esta mañana le había gustado, no creo que tenga ninguna queja, y por la noche “si te he visto no me acuerdo”. Creo que no voy a volver a hacerlo con nadie tan rápido en mi vida.

Sara y yo la tranquilizamos. No creemos que sea cuestión de follar en la primera cita o en la segunda, creemos que va en la personalidad de cada uno, y Alejandro ha resultado ser un auténtico capullo, al menos para nuestro gusto.

Después de desayunar, les comento el plan de ir a conocer otra playa y les parece buena idea. Rocío por supuesto no quiere oír hablar del hermano de Alberto en lo que queda de vacaciones, y Sara promete contarnos su noche con Markel con todos los detalles.

Cuando salimos de casa, Alberto nos está esperando con las llaves de su coche en la mano, y yo sin poder evitarlo empiezo a sudar.

—Vamos en el mío, que las tablas no caben en tu Mini —le dice a Sara.

—Alberto. Yo no quiero volver a conducir ese cacharro, lo siento.

—Tranquila, no hay problema, yo conduzco —dice Sara quitando las llaves a Alberto antes de que él pueda replicar.

—Creo que este viaje va a ser muy divertido. ¿Y tú hermano no viene? —pregunta una envalentonada Rocío.

—No. Es lunes y creo que tiene que mandar unos *emails* y hacer más cosas

de curro.

—Está bien, pues nos vamos —añado con temor por la conducción de mi amiga.

El viaje es corto y raro. Hemos parado antes de salir en la escuela y Tina nos ha dejado dos tablas. Markel estaba dando una de sus clases a un grupo de niños y no le hemos visto. No he podido evitar reírme de la cara de mi amiga al ver que él no estaba, seguro que le habría encantado darle un besito de buenos días. Estoy deseando estar a solas con ella y que me ponga al día de su puesta de sol.

La loca de Sara ha venido como una niña con zapatos nuevos conduciendo el Jeep de Alberto. En más de una ocasión le hemos advertido que aflojara un poco. La cara de estupor de Alberto ha sido memorable también. No creo que pensara que alguien tan menudita como la rubia tuviera ese desparpajo.

En la playa hay bastantes surfistas metidos en el agua, así que dejamos a mis amigas colocadas en sus toallas y Alberto y yo vamos con las tablas hacia la orilla. Buscamos un sitio menos concurrido, para no molestar mucho a los profesionales. Entro remando al lado de él y me doy cuenta de que hoy las olas tienen más tamaño. Me gusta tanto la sensación de estar dentro del agua que no me asusta la marea.

Alberto me da un par de indicaciones y me dice que hoy intente coger la ola remando yo, sin que él me lance. En lo que yo espero a verme con la fuerza suficiente como para intentarlo, él cabalga sobre las olas una y otra vez. Cuando regresa a mi lado, me anima.

—¡Venga, aceituna! Si no te ves con fuerzas, yo te lanzo.

—¡No, venga! Voy a intentarlo.

Y así es como empiezo a darme cuenta de cómo trabajan todos los músculos de mi cuerpo practicando este deporte. Remo. Intento ponerme de pie en la tabla y a veces lo consigo. Otras no hay manera, me siento una inútil. Regreso remando a mi posición inicial. Me fijo en Alberto, en cómo coloca el cuerpo, los brazos, y cómo se pone de pie con un movimiento rápido. Después observo cómo gira y surfea. Serán los años de práctica, porque a mí ahora mismo eso me parece complicadísimo.

Me concentro en la siguiente ola, que parece buena, mientras él rema entrando de nuevo. Remo y consigo ponerme de pie unos segundos. Cuando voy a girar mi cuerpo, la ola me envuelve y me voltea, saliendo la tabla en

dirección contraria. Pasan unos cuantos segundos hasta que consigo controlar mi cuerpo e intento salir para respirar. Cuando por fin lo voy a conseguir, ya tengo a Alberto cogiéndome de la cintura y subiéndome hacia arriba.

—Joder, ¿estás bien? —me pregunta preocupado pasando su mano por mi mejilla.

Acabo de sentir fuego en mi piel. Vamos, Oli, solo ha sido una caricia.

—Sí, tranquilo —digo respirando un par de veces seguidas.

—Creo que la ola tiene mucho tamaño para ti. Deberíamos dejarlo para cuando no sea tan grande —añade con voz firme.

—Venga, un par de intentos más y yo me salgo con las chicas a tomar un poco el sol.

No me mira muy convencido; pero cuando algo se me mete en la cabeza, no dejo que nadie me lo niegue. Remo otra vez y me coloco. Al final consigo ponerme de pie una última vez y hasta hago medio giro cuando estoy en la cresta. Alberto me mira abriendo mucho los ojos.

—Si te quedas un mes aquí, sales siendo semi profesional —me vacila cuando llego a su lado.

—¡No te pases! Salgo con las chicas. Te espero fuera. —Y le doy un beso en la mejilla. Sabe a salitre y me encanta.

¿Sabrán así de bien sus labios? ¿Y el resto de su piel? ¿Y cómo será sentir sus dedos recorriéndome entera? ¡Para, Oliva! ¡Para!

Las chicas están tostándose al sol, pero sin dejar de vigilar a todo el género masculino que tenemos alrededor, creo que el ambiente de esta playa les gusta.

—Vamos a ir a dar un paseo, que por la orilla el sol coge más y queremos ir bien bronceaditas a Madrid —dice Rocío convencida de su teoría—. ¿Vienes?

—No. Me quedo, que ya sale Alberto.

—¡Claro, Ro! Vamos a dejar solos a estos dos para que las pelotas a Alberto ya le revienten del todo. ¡Venga, Oli!, deja de pensar en los demás y piensa en ti por una vez en la vida —dice Sara levantándose de la toalla. Siempre regalando consejos.

Alberto se tumba a mi lado en la toalla y saca su móvil de su bolsa. Pone un auricular en mi oído y comienza a sonar una canción. No sé quién canta, pero la melodía me gusta.

—¿Qué suena? —pregunto.

—“Some Kind of Love” de The Killers. Creo que te gustará.

Y envuelta en esa melodía siento que Alberto tiene un montón de cosas que enseñarme. Cosas que yo no sé. Ni tan siquiera sé qué puedo llegar a sentir o a anhelar, porque nunca he tenido tantas inquietudes como tengo a su lado. También me doy cuenta de que quiero aprender todo de él. Quiero ser su alumna y que él sea mi profesor.

Siento un cosquilleo en el estómago, pero estoy decidida. Ha llegado el momento, no puedo esperar más. Me giro lentamente y me encuentro con sus dos ojos azules mirando mi expresión. Me acerco unos centímetros más a él y desvío mi mirada a sus labios. Él me sonríe. Voy a probarlos, necesito probarlos. Cuando estoy a unos milímetros de su boca, entra una llamada a su móvil, con un sonido atronador, más la correspondiente vibración. El momento se rompe y retrocedo como si me hubieran pillado con las manos en la masa. Entierro mi cara en la toalla muerta de la vergüenza y con el movimiento brusco se me sale hasta el casco de la oreja.

Oli, eso ha sido una señal.

17- MIS FANTASMAS

ALBERTO

—¿Cuántas veces voy a tener que colgarte para qué dejes de llamarme, madre? —contesto con un tono de voz tan alto que la gente que tengo relativamente cerca me mira. Incluida Oliva, que levanta la cara de la toalla donde la tenía enterrada.

Joder, ha roto la magia del momento. Creo que iba a besarme, no es que lo crea, es que lo sé.

—Hijo, es que no puedes ignorarme siempre.

—Y tú no puedes insistir tantas veces ¿Qué quieres?

—Nada. Ya me ha contado tu hermana que habéis estado juntos y que estás bien.

—Pues vaya novedad. ¿Para qué más me llamas?

—¡Alberto, por favor! Sé que tu hermano está contigo y que estás enfadado por tenerle vigilándote, pero no puedes volver a beber así y perder el control, hijo. ¿Lo sabes, no?

—Sí, claro que lo sé. Conducir borracho te puede matar. Tú mejor que nadie lo sabes, ¿no?

—Alberto, ya basta ¡Por favor! Solo quería preguntarte si vendrás a mi fiesta de cumpleaños dentro de dos semanas. Estoy organizando las invitaciones para la cena y me gustaría mucho que vinieras. Si quieres, trae a alguna amiga.

—No lo sé, ya te lo diré.

—¡Vale!, no tardes en contestarme. Cuídate. Un beso, cariño.

—Adiós.

No miro a Oliva mientras hablo con mi madre; pero sé que, aunque ella solo ha escuchado parte de la conversación, es decir, lo que yo he hablado, me está mirando entre alucinada e indignada.

—¿En serio hablas así a tu madre? —me pregunta nada más tumbarme a su lado. Mierda. Mierda y mierda. Como siempre, mi madre interrumpiendo el mejor momento. Cuándo será capaz de dejarme hacer mi vida. Sé que estabas a punto de besarme, Oliva. No me hagas pasar

ahora por un interrogatorio. Acerca tus labios a los míos y olvidémonos de todo. Quiero sentir tu sabor.

—No tiene importancia —contesto clavando mis ojos en su boca y esperando a que reaccione y volvamos donde lo habíamos dejado.

—Yo creo que sí la tiene.

Pues nada, parece que el momento especial se esfumó.

—Oli, todo tiene una explicación, vamos a dejarlo ¿Por qué no seguimos escuchando la música y cambiamos de tema? —le digo displicente.

—O también me lo puedes contar, ¿no?

Vaya con Oli, está claro que no se da por vencida.

No soporto que me mire con el ceño fruncido, como si fuera el peor hijo del mundo por hablar así a mi madre. Comprendo que ella daría todo lo que tiene por poder tener una conversación con la suya, o millones, pero todo tiene un motivo y no estoy seguro de querer exponerlo ahora. Pensar en todo lo que pasó y en el rencor que guardo desde entonces me convierte en una persona débil y entonces es cuando pierdo el control. No quiero perder el control. Ahora solo necesito que Oliva pegue sus labios a los míos y sentir como la corriente eléctrica me recorre todas las arterias. Necesito creer y sentir que mi cabeza puede aferrarse a lo bonito, a lo bueno de la vida. Confianza en que mis fantasmas no volverán. Joder, tantas horas de psicólogo infantil para nada. Soy yo el que ha conseguido recuperar el norte, yo solo, por mí mismo. Sé que solo necesito centrarme en el presente. Y ese presente ahora somos Oliva y yo.

—Oli, de verdad que me encantará contarte todo, pero ahora no —le digo mientras le coloco el auricular en el oído de nuevo.

Ella se limita a guardar silencio, esta vez no es tan cómodo como los habituales entre nosotros. No quiero que se enfade conmigo por no abrirme a ella, así que dejo que los acordes de la canción nos envuelvan con su sonido, esperando que el ambiente se relaje.

Las amigas no tardan en llegar del paseo y agradezco que Sara no tenga filtro, al menos en este momento. Comienza con una batería de preguntas que ni la mejor reportera tendría en la manga.

—Entonces ¿es verdad que saliste con Paula? Porque os pillaron un montón de veces juntos después del rodaje. Yo vi unas fotos que parecía

que le estabas comiendo todo el morro...

—Sara ¡No seas cotilla! —dice Oli medio enfadada.

—¡No, tranquila! —intervengo—. Y aunque en cualquier otro momento me habría sentado fatal que me preguntara por eso, ahora mismo estoy encantado.

—No. Lo que pasa es que somos amigos y nos llevamos bastante bien. Los *paparazzi* siempre buscan carnaza y nuestras fotos juntos aumentan el morbo.

—Y la otra pelirroja con la que saliste de un hotel de Barcelona, era la cantante de un grupo, ¿no? —insinúa Rocío—. Parecía que ibais en serio.

—¡Basta, joder! —grita Oli cortándolas.

—¡Bueno, chica! No te pongas así. Solo estamos preguntando. Ya sabemos que tú no tenías ni idea de quién era, pero nosotras sí. Y ahora que lo tenemos delante, nos gusta saber qué es real y qué es mentira de lo que cuentan —dice Sara tratando de calmar a la amiga.

—Mirad, chicas. No os podéis creer todo lo que salga en la prensa rosa. Si fuera así, no tendría horas suficientes en el día para estar con tanta tía.

—Pero si tuviste una novia hace tiempo, ¿no? —Rocío encoge los hombros ante la mirada recriminatoria que le ha echado Oli.

—Sí, pero eso terminó hace unos años.

—Yo creo que una vez leí algo. Ella también era actriz, ¿me equivoco?, después no se supo más de ella —insiste Rocío.

—Sí, lo era —digo zanjando un poco el tema.

Sabía que se refería a María, pero no me apetecía nada hablar de ello. María fue mi primera novia seria, empezamos a estudiar juntos interpretación y enseguida congeniamos, por aquella época los dos éramos unos locos que nos encantaba vivir sin preocuparnos de nada. Solo las clases, las fiestas, fumar, beber y sexo, un montón de sexo. María y yo éramos como animales salvajes. En cualquier parte nos valía. Y nos encantaba olvidar nuestros problemas follando. Antes de terminar los estudios, comenzaron a salirnos nuestros primeros papeles en series o en alguna obra de teatro y decidimos que lo mejor era vivir juntos. Todo marchaba perfectamente entre nosotros, hasta que yo empecé a salir en la serie de la sobremesa del canal 1.

Ella también hizo el *casting* y no consiguió el papel, así que probó

suerte en otros proyectos. Yo me iba por la mañana y volvía tardísimo, las grabaciones eran eternas, día tras día. Aun así, al volver a casa siempre estábamos bien, al menos eso creía yo. Ella para mí lo era todo. Con mi familia apenas existía contacto y ella era mi única referencia en Madrid. Como todavía no era muy famoso, podía disfrutar de estar con ella a mis anchas. Sin agobios.

Después de un par de años a ese mismo ritmo, ella solo había conseguido actuaciones menores, algo de publicidad y poco más. Yo en cambio ya empezaba a ser reconocido por la calle y la fama empezaba a acrecentarse. Sin verlo venir, una noche al volver del rodaje, María se había ido. Había sacado todas sus cosas y no me había dejado ni una triste nota. Vamos, que me hizo lo que se conoce vulgarmente como “hacer el fantasma”, que no es otra cosa que desaparecer sin dejar rastro. Me volví loco, literal. Entré en una espiral autodestructiva y casi acabo con mi vida. Eduardo, mi representante, consiguió entrar en mi casa a tiempo, antes de que fuera demasiado tarde para mí. Por suerte, he dejado eso en el pasado y no me apetece desenterrarlo ahora. Me da igual lo que me pregunten las chicas. No tengo mucho que esconder. Las revistas cuentan tanto de mí que es bastante difícil mantener secretos. Excepto de lo María, que nunca se filtró a la prensa. Hay que saber diferenciar entre las noticias objetivas y toda la mierda que se inventan o que tergiversan.

La tarde está cayendo y decidimos ir recogiendo. Antes de salir nos tomamos una cerveza en un chiringuito cerca de la playa. Yo por supuesto solo bebo agua. No se me ha pasado por alto lo callada que está Oli. Espero que no haber sido capaz de contarle toda mi vida no me haga perderla.

Rocío me pregunta por qué quise ser actor y esa historia sí que me gusta compartirla con ellas.

Les cuento que la mayor artífice fue mi abuela Rosa. Ella en cuanto vio que lo estudios no eran lo mío, y que me encantaba meterme en peleas durante la adolescencia, decidió que lo mejor era apuntarme a clases de teatro. Primero en Gijón y después, cuando cumplí dieciocho, fue ella misma, en un viaje que hicimos a Madrid para ver a mi madre y a mis hermanos, porque yo no vivía con ellos, la encargada de matricularme en la Escuela de Interpretación. Los fines de semana,

cuando vivía con ella, siempre hacíamos maratones de películas, sobre todo clásicas. A ella le encantan los grandes actores de Hollywood.

—Mira, igual que Oli, que siempre quiere ver las mismas pelis en blanco y negro que ha visto mil veces —añade Sara burlándose de su amiga.

—A mí también me gustan —digo intentando captar su mirada, sin mucho éxito. Les cuento que cuando íbamos a Madrid también siempre me hacía acompañarla al teatro o a ver musicales a la Gran Vía, era su gran pasión. Yo me fui empapando de ese mundillo y no me disgustaba la idea de meterme en la piel de los personajes y con ello vivir otras vidas. Fue una forma de canalizar mi energía y de vivir en la piel de otros, aunque solo fuera actuando.

Rocío me dice que a ella también siempre la gustó actuar, en las funciones del colegio y en todo lo que tenía que ver con el espectáculo, pero que a su padre le habría dado un ataque si no hubiese estudiado.

—La mayoría de las veces eres más feliz si haces lo que quieres y no lo que debes —digo con voz firme, y miro a Oliva, que esta vez sí está mirándome.

—Eso le digo yo siempre a la capulla de mi amiga; ¿verdad, Oli? A ver si a ti te escucha y empieza a hacer lo que siente y no lo que debe.

Oliva no contesta, se levanta de la mesa y deja caer que lo mejor será volver a casa.

Necesito estar a solas con ella y recuperar nuestra conexión. Necesito sentirla de nuevo.

Durante el viaje de vuelta, vamos escuchando como Sara nos cuenta las virtudes de Markel. Oli la ha mandado callar un par de veces, antes de que suelte una burrada de las suyas. En el fondo creo que le da vergüenza que hable de su encuentro sexual con mi amigo en mi presencia, y nada más lejos de la realidad. Es lo más cómico del mundo verla expresarse con tanto desparpajo.

Las chicas me dicen que van a cenar solas y después saldrán a tomar una copa.

—Nada de hombres hoy —afirma Sara—. Ha sido un placer, profesor, pero prefiero mi coche, que va más acorde a mi tamaño —añade al devolverme la llave al llegar. Doy un beso en la mejilla a Oliva,

que no me devuelve, y contemplo como se aleja por el jardín.

Al entrar en casa, Alejandro me pone al día con los temas de trabajo.

—Ha llamado Eduardo. El miércoles por la tarde tienes que estar en Madrid para grabar un anuncio. Es de una firma importante. No puedes faltar.

Joder. No me gusta que me den órdenes, pero después de como quedó de dañada mi imagen, es bueno participar de nuevo en un proyecto. Aunque sea publicitario, así que tendré que ir.

—Está bien. El miércoles por la mañana nos vamos.

—Le ha costado mucho que te aceptaran para la campaña. Solo espero que no la vuelvas a cagar —espetta mi hermano.

—Llevo seis putos meses sin beber y ya te he dicho que fue una maldita noche la que perdí el control. Quieres dejar de tratarme como un enfermo.

— ¡Tranquilízate! Yo solo lo digo por tu bien.

Ya está ahí, la frase más utilizada por mi hermanito del alma.

Antes de seguir discutiendo, me voy directo a la ducha. Bajo el chorro de agua caliente solo puedo pensar en cómo conseguir que Oliva me escuche. Tengo poco más de veinticuatro horas para disfrutar de ella.

18- TE ESCUCHO

El relato de la velada con Markel que nos ha contado Sara durante la cena ha sido de todo menos ambiguo. Ahora Rocío y yo sabemos cómo calza el amiguito de Alberto, y no precisamente de pie. Sabemos cómo le gusta colocarse para empujar, el cuerpo de infarto que tiene y hasta los tacos que suelta cuando se corre. Lo normal para una conversación de chicas, ¿no? Excepto porque yo no le he pedido esa clase de detalles y tampoco necesitaba que fuera tan explícita. Rocío sí. Ella, que tiene menos experiencia, parece que quiere empaparse bien de la teoría por si un día le toca examinarse de la parte práctica. Ya metidas en harina, Rocío se ha puesto a hablarnos de su propia experiencia con Alejandro y yo a punto he estado de irme a mi habitación. No hace falta ser tan explícitas con el temita, creo yo.

Menos mal que también nos ha contado que la llevó a un faro, con unas vistas sobre el Atlántico preciosas y que después de hacerlo estuvieron tumbados en el techo de la furgoneta viendo las estrellas. Un momento único, según sus propias palabras. La parte más moñas a Rocío también le ha encantado. Yo me he limitado a escuchar, a ratos. Sara nos explica que ella lo ha visto como un buen ligue de verano.

—Con Markel he pasado un buen rato porque es un magnífico *empotrador*, pero no me va a perseguir para que sea la chica de su vida. Es un alma libre, como yo.

Cosa que Sara agradece enormemente, porque, a diferencia de Ro, no entra en sus planes atarse a nadie ahora mismo.

En los ratos de desconexión de sus palabras, solo he sido capaz de pensar en por qué Alberto hablaba tan mal a su madre. Además, sin saber muy bien por qué, he empezado a pensar en todas esas mujeres que han mencionado las chicas antes: actrices, la cantante pelirroja, la novia, actriz también. ¡Joder, Oli, no seas inocente! Alberto tiene más conquistas a sus espaldas que los colonos españoles en su época. Es lógico que haya estado con muchas tías, lo que no es normal es que a mí me preocupe. Él y yo no somos nada. Creo que ni tan siquiera amigos, visto que no ha sido capaz de contarme nada de su vida.

Estamos tomando un mojito en un chiringuito cerca de la playa. Sí, hoy me

he animado y he pasado de continuar con las cervezas, durante la cena ya me he tomado un par y luego tengo la barriga que me explota. Rocío ha dicho que hoy invita ella y no para de brindar por el mal de amores, al final veo que acabamos borrachas.

Diego hoy no me ha llamado, solo me ha enviado un par de *whatsapp* diciéndome que está muy cansado de la doble sesión de entrenamiento y que mañana ya me llamará. He estado a punto de llamarle yo, pero al final he pensado que será mejor dejarlo estar. No quiero acabar discutiendo de nuevo. Será mejor que hoy me deje llevar y no piense en nada.

Mientras estamos bailando las tres como unas adolescentes locas. Sí, yo incluida. Llega Markel con su hermana y otro chico. Sara se va directa hasta él a abrazarle. Los dos se miran cómplices y se descojonan. Cualquiera, después de haberlo hecho con él ayer sin casi conocerse, estaría más cohibida, pero mi Sara es distinta. A ella nada la cohíbe. Y no es que la esté criticando, más bien es admiración.

Sin darme cuenta, Markel nos pide otro mojito. Tampoco tiene tanto alcohol, ¿no?

Jose manda un *whatsapp* a Ro para decirle que van a actuar en el Dorado dentro de media hora, porque el grupo de flamenco que estaba programado ha cancelado la actuación. Nuestra amiga se pone como loca y nos insiste para que tomemos la copa rápido porque quiere ir a verlos.

Sara y yo chocamos los vasos y damos un trago largo, creo que esto se nos está yendo de las manos. El amigo de Markel intenta acercarse a Ro, pero ella le rehúye.

—Va con chanclas y camiseta, imposible que pase el filtro —digo por lo bajo.

—Te he oído, nena —me suelta Ro—. Venga, vamos que mis primos están a punto de empezar.

Por el camino, el amigo de Markel, que creo se llama Fede, me va dando la charla a mí, habrá notado como nuestra amiga le ha ignorado completamente y ha decidido pescar en otro mar. Me habla de cosas en general, como que también da clases de surf, de los chiringuitos más molones y no sé qué más, porque tampoco le presto mucha atención, el alcohol se me está empezando a subir a la cabeza.

Al llegar al Dorado, el concierto está a punto de empezar y nada más entrar

veo a Alberto y a Alejandro sentados en unos sillones delante de una mesa, cerca de los músicos. Rocío no lo duda ni un minuto y se va a sentar con ellos. Joder con Ro, para no querer saber nada de Alejandro, no ha dudado ni un poquito en sentarse con él, casi se planta en su regazo. Sara, que ya va bastante contentilla, lleva a Markel agarrado del brazo y se acercan a la barra, espero que no pidan más alcohol. Hay muchísima gente, pero me doy cuenta de que Alberto me ha visto. No quiero beber, más así que sigo a mi amiga hasta la barra para decirle que me pida agua; pero entre el gentío la he perdido de vista. Quizás ha ido al baño, pienso. Fede me pone su mano en el final de mi espalda y se acerca conmigo a pedir.

—Parece que nos han dejado solos —me dice guiñándome un ojo. Gesto que viniendo de él no me gusta nada. Joder, vaya confianzas, no sé por quién me toma.

Empieza a sonar la música, primero solo la guitarra y después la voz de Jacobo, cojo mi botellín de agua y de repente todo sucede muy rápido. Fede me agarra de la cintura pegando su cuerpo al mío y sin que pueda zafarme de él pega sus labios a los míos e intenta meterme la lengua hasta la campanilla.

—¡Joder!; Eres imbécil! —digo apartándolo de un manotazo.

—¡Venga, nena! No te pongas así —me dice intentando volver a agarrarme.

Le medio empujo con las dos manos y salgo a toda velocidad entre la gente que está de pie escuchando a los primos de Ro cantar. No sé cómo lo consigo, pero en unos segundos estoy cruzando la carretera y entrando en la playa por la pasarela.

—¡Oli!... Oli!... ¡Para, por favor!

Oigo como me llaman, creo que es Alberto. Estoy tan indignada conmigo misma por haber tenido que soportar los labios de ese baboso encima de los míos que no quiero mirar atrás.

Solo necesito quitarme esta sensación tan desagradable. Corro y corro hacia la orilla. Me voy despojando de mi falda y mi camiseta. Tiro mis sandalias en la arena y solo pienso en meterme en el agua a ver si desaparece esta sensación de suciedad. La mar me liberará.

—¡Oli, no! No te puedes meter así en el agua —me grita Alberto, ahora ya he reconocido su voz.

Cuando mis pies empiezan a tocar el agua, siento como unas fuertes manos me sujetan por la cintura y me cargan como un saco.

—¡Bájame! ¡Joder, bájame!

—Oliva, no puedes meterte en el agua de golpe, y menos después de haber bebido.

—Y tú qué coño sabes lo que he hecho. Déjame en paz.

—Lo sé porque he visto como te brillaban los ojos cuando has entrado al Dorado. Estás loca. No te puedes meter así en el agua. Puede darte cualquier cosa. No voy a soltarte.

Estoy en ropa interior, cargada como un saco de patatas sobre su hombro. Mientras él me agarra por debajo del culo. La imagen debe de ser lamentable. Joder. Menudo día de mierda. Piensa, Oliva. Piensa qué es lo que te ha llevado a estar así. Joder, un cúmulo de cosas, creo.

—Vale, pero bájame.

—Prométeme que no vas a entrar al agua.

—Te lo prometo —digo con voz firme.

Alberto me baja al suelo y me dice que me vista. Suena a orden, como si fuera una niña pequeña. Odio que me traten así.

—Me vestiré si me da la gana, igual quiero ir así, ¿entendido?

—Vale, aceituna. Haz lo que quieras. Como si quieres ir desnuda, a mí me encantará verte. —Y consigue que le dé un manotazo—. Será mejor que demos un paseo por la orilla —me dice con voz queda, como dando por sentado que esta noche no voy a hacerle caso en nada.

Empezamos a caminar y me da la mano. Un calor me recorre desde la punta de los dedos que ha tocado hasta mi cerebro, que entre el alcohol y su contacto parece que va a estallar. Me pongo la ropa por el camino, solo lo suelto para vestirme. Cuando termino, entrelazo de nuevo nuestros dedos y entonces empieza a hablar.

Me cuenta que no tiene buena relación con su madre desde que su padre se murió.

—Fue en un accidente de moto cuando yo tenía diez años. Y la culpa de que mi padre se matara fue mía.

Yo me detengo y le miro a los ojos. Su azul es intenso, a pesar de la oscuridad de la noche. Puedo ver como su mirada está apagada y perdida cuando me lo cuenta. Quiero hablar, pero con un gesto me lo impide. Creo que necesita seguir explicándose.

—Mi madre nos tuvo muy jóvenes, con dieciocho y veinte años, trabajaba de peluquera y mi padre era mecánico. Tenía un taller debajo de casa. Hacía tiempo que su relación no funcionaba y discutían cada vez más. Mi madre quería otro tipo de vida y mi padre solo se preocupaba del trabajo.

Yo sigo escuchando su relato con toda mi atención, yo mejor que nadie sé lo complicado que es abrir el cajón de los recuerdos. Me cuenta que su madre ya le había insinuado que quería separarse, pero él no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Una noche, cuando mi padre volvió a casa de trabajar y vio que mi madre no estaba, se puso como loco. Preguntó por ella de manera desesperada y empezó a beber. Mucho y muy rápido, vaciando casi una botella entera de ron en su estómago. Cogió la moto y salió a buscarla. A unos trescientos metros de casa se saltó un semáforo y un coche le arrolló. Murió en el acto.

Me detengo de nuevo y cojo sus dos manos. Le miro directa a los ojos. Aprieto con fuerza sus dedos y oigo como aumenta el ritmo de su respiración.

—Fue un accidente, Alberto. Tú no tienes la culpa.

—Sí la tengo, Oli. Fui yo quien le dijo dónde podía encontrar a mi madre. Y desde ese mismo día, no he dejado de arrepentirme.

Le abrazo todo lo fuerte que puedo. No quiero que me siga contando más cosas, puedo percibir su dolor. Mantengo mi cuerpo pegado al suyo. Me encanta sentir su calor. No puedo creer que arrastre esa pena desde su niñez. Han pasado veinte años. Nos quedamos así, abrazados. Con el mar a nuestras espaldas y con nuestros pechos cogiendo el compás. Pasan bastantes minutos hasta que decidimos regresar a casa.

Alberto va en silencio, cabizbajo. Yo me limito a acompañarle cogida de su mano. No se me ocurre ninguna palabra de aliento para sacarle de ese pozo en el que se ha caído. Es bastante lógico que no quisiera hablar de ello. Aun así, me siento gratificada de que haya decidido contármelo, al menos en parte. Algo más debe de suceder con su madre para que la tenga ese rencor a ella también, pero no voy a preguntárselo. Por hoy ha sido suficiente.

Cuando llegamos a casa, me dice que no quiere dormir solo. Y yo, para ser sincera, tampoco.

19- ME VOY

ALBERTO

Oli me dice que prefiere dormir en su cama y, después de lo profundo que me he puesto sacando a la luz parte de mis fantasmas, me da igual dónde lo hagamos. Yo lo único que quiero es dormir con ella. Lo de menos es la cama. Con estar pegado a su cuerpo me conformo, como si es en el suelo y al día siguiente no puedo mover ni un solo músculo.

Yo, que siempre disfruto de tener mi propio espacio, mi intimidad y que, además, durante los últimos años he empezado a acostumbrarme a mi soledad, hoy estoy como loco por dormir con ella.

Oliva, en cuatro días estás derribando todos mis muros, aunque tú no lo sepas. Creo que me estoy asomando peligrosamente al precipicio y no voy a ser capaz de evitar la caída.

—Prefieres tu cama para que no duerma desnudo, ¿no? —digo con sorna para que el ambiente se relaje un poco.

—No seas idiota. Me da igual, pero aquí están mis cosas. Estoy más cómoda.

—Ya, es verdad. Aquí tienes tu camiseta sexi y tus braguitas lenceras.

—Profesor. No te pases porque todavía estoy a tiempo de darte una patada y que llegues a tu cama a la velocidad de la luz —se queja con una sonrisilla en los labios que me encanta.

—Vale, aceituna. Ahora ¿me vas a decir por qué te has puesto como una loca antes?

—Joder. No me hagas recordarlo ¿En serio tú no has visto nada? —me pregunta con duda.

—No. Yo solo te he visto al entrar con las chicas y después salir corriendo como un rayo. Me he asustado un poco al ver tu estampida.

Entonces me cuenta como el amigo de Markel, un tal Fede, le estampó un beso en la boca y le intentó meter la lengua hasta la campanilla, según sus propias palabras. Me cago en todo. Yo que me muero por probar esos labios y el primer gilipollas que llega se lanza,

sin pesárselo dos veces, y casi le come la boca.

—¡Menudo mamón! —me dice ofendida.

—¡Joder! Hay tíos que no saben diferenciar una conversación de una insinuación —digo mosqueado. Puedo ver cómo le hace gracia mi reacción—. Y yo aquí sigo, esperando nuestro momento —digo muy bajito mientras ella se va al baño.

Cuando vuelve de lavarse los dientes, trae puesta su ya famosa camiseta blanca, me doy cuenta de que hoy no se ha quitado el sujetador y me rio por dentro. Tendrá miedo de que vuelva a fijarme en sus pezones. Joder, no hace falta que se los vea otra vez, porque no dejo de imaginármelos, lo que daría por tenerlos ahora mismo en mi boca y ponérselos duros como piedras. ¡Basta, Alberto! No vas a cagarla ahora. Además de su camiseta, lleva otras bragas, no son grises como las de ayer, en esta ocasión son blancas con lunares pequeños negros. Cualquiera suspiraría por lencería fina, pero a mí las que lleva puestas ahora mismo me parecen acojonantes.

— ¡Guau, aceituna! Me da igual lo que te pongas, sigues estando perfecta —digo cuando la veo acercarse a la cama. Oli guarda silencio y pone los ojos en blanco. Está para comérsela con esa cara de inocente. Me mira y puedo sentir como respira profundamente.

Lo sé, Oli, para mí también está resultado difícil no estar dentro de ti ya, pero es tú decisión y la respetaré. Por eso bromeo un poco, ¡entiéndelo! El silencio en estos casos no ayuda, pero por supuesto me callo todo esto.

Me quito la camiseta y me quedo solo con el pantalón. Hoy lo llevo corto, así que no me molestará tanto a la hora de dormir. Ella se mete en su lado de la cama y yo me coloco detrás. Encajamos tan bien. Imagínate sin ropa. ¡Stop, Alberto! ¡Stop!

—Puedes desnudarte si quieres —me dice—. No sería la primera vez.

—Muy graciosa. No, Oli. No quiero que estés toda la noche sin girarte porque te sientas incómoda porque estoy desnudo. Me gusta mirarte a la cara —digo sonriendo—. Tú puedes quitarte el sujetador, seguro que estás más cómoda. Tus pezones ya forman parte de mis sueños.

Oigo como inspira y expira un par de veces con cierta dificultad. Se pasa la mano por la espalda y se suelta el sujetador, sacándoselo por una

manga con esa habilidad que tan solo poseen las mujeres. Es igual que las bragas, y cuando lo posa en la mesita empiezo a imaginarme un millón de cosas, y ninguna buena.

—Está bien —musita.

Ella se gira y me pierdo en su mirada de nuevo. Me dice tantas cosas. Sus ojos hablan de las copas de más que ha tomado, la confesión que he hecho después, nuestro acercamiento... La noto menos tensa, más desinhibida. Por primera vez desde que la conozco, me parece que se permite sentir el momento. Ella y yo. Sin pensar en nada más.

No quiero romper la magia del momento, pero tengo que contárselo.

—Oli. Mañana será mi último día aquí. El miércoles a primera hora me voy, porque tengo que estar en Madrid por la tarde —digo con la voz queda. Noto como su pecho se hincha, como cogiendo todo el aire que puede en sus pulmones. Aguanta el aire unos segundos:

—¿Ya? ¡Qué pronto! —dice con tristeza—. Pensé que estarías hasta el viernes, como nosotras.

—Es un trabajo importante, no puedo decir que no. Por eso te pido que mañana pases todo el día conmigo. Tú y yo solos. ¡Por favor!

—Está bien. ¿Y qué haremos? —dice con inquietud.

—Lo siento por ti, tendrás que conducir mi coche —confieso, y aguanto la risa cuando ella pone cara de pánico.

—¡Joder, otra vez!

—Sí, me arriesgaré —digo ya sin parar de reírme.

—Eres un capullo. Te estás riendo de mí otra vez.

—No, aceituna. Me estoy riendo contigo. —Y con mi dedo índice y pulgar le dibujo una sonrisa en la comisura de su boca.

—Está bien. Intentaré hacerlo mejor que la otra vez —comenta haciéndome un mohín.

—¡Tranquila! Ya verás como poco a poco le coges el tranquillo.

Oli pone las manos sobre mi pecho y por primera vez toca mi torso, noto como le tiemblan. No soy capaz de definir la sensación que siento en este momento. Su mirada está clavada en mis ojos y casi puedo descifrar todo lo que intenta decirme. Han sido apenas cuatro días juntos, pero yo también te voy a echar de menos.

—Oli, déjame sentirte —digo con una voz más grave de lo normal. Creo que con su contacto la saliva me pasa con dificultad por la garganta. La he asustado.

—Al, sabes que no voy a hacer nada contigo. Tengo que volver a Madrid y aclarar muchas cosas con Diego, aunque va a ser muy difícil solucionarlo —me dice quitando las manos de mi cuerpo.

—¡Eh! Sigue tocándome, por favor. No hay nada malo en esto. Está bien. Ahora solo necesito entender por qué es tan difícil la solución.

Entonces Oliva vuelve a colocar sus manos en mi pecho, algo dubitativa, y me cuenta el resto de su historia:

—Cuando mi madre murió repentinamente, yo era menor de edad. Al no tener padre, ni familiares vivos cercanos, mi custodia iba a pasar al Estado. Menos mal que mi madre, cuando nació y en vista de que algún día, solo íbamos a tenernos la una a la otra, puso como tutora legal en caso de que ella faltara a su mejor amiga: Rita. —Yo acuno su cara entre mis manos y sigo escuchando con atención. Oli, con la voz un poco más quebrada sigue hablando, está claro que le duele hablar de ello—. Rita es corresponsal de prensa internacional y vive con la maleta siempre hecha. La muerte de mi madre la pilló en Moscú. Vino, arregló todos los papeles y me dejó a cargo de su hermana Carmen, que es la madre de Diego. Rita no podía llevarme con ella y Carmen y su marido, Salva, podían darme un hogar. Vendieron el piso de mi abuela y con lo que le quedó después de pagar la hipoteca es con lo que he vivido durante estos años y con lo que he pagado mis estudios, aparte de mi pensión por orfandad.

—Me imagino que fueran momentos muy duros, Oli. Lo siento mucho —le digo sin dejar de mirarla a esos ojos cada vez más tristes.

Ella asiente con la cabeza dándome las gracias y me cuenta que al cumplir la mayoría de edad podría haberse ido a vivir sola, pero invirtió sus recursos en sus estudios y no se mudó. Entró a vivir en casa de Diego con quince años, hecha una auténtica mierda. Sola y sin familia. Lo único que conservaba desde su niñez era a Sara. A los dieciséis ya empezó una relación con él, no sabe decirme muy bien por qué, quizás por el roce diario y la atracción física tan presente en la adolescencia, se complementaban bien. Lo que sí me cuenta es que no ha estado con nadie más, nunca. Carmen y su marido la han tratado como una hija, por eso también se siente en deuda con ellos.

No quiero agobiarla con mis consejos. En el fondo entiendo que sienta que no hay una solución fácil, pero me doy cuenta de que Oli necesita empezar a vivir su propia vida. No la que la han organizado los

demás. Es adulta y tendrá que tomar sus propias decisiones, aunque duelan. Necesita emprender su propio vuelo y ser feliz.

—¿Lo entiendes ahora? —me pregunta con la voz todavía más apagada.

—Entiendo muchas cosas, Oli. Pero hay otras que tienes que ser tú la que las comprenda. Tú relación con Diego no puede basarse en el cariño, ni en el agradecimiento que tengas hacia su familia. Amar es un verbo completamente distinto a lo que me describes. —Y entonces poso mis manos sobre las tuyas, que aun descansan en mi pecho y las acaricio. Ella se limita a cerrar los ojos y a sentir.

—Alberto, ya no vamos a dormir más juntos —me dice abriendo los ojos de nuevo.

—Yo creo, Oli, que te equivocas. Estas noches que hemos dormido juntos solo han sido las primeras de muchas.

—Estás loco. ¿Cómo puedes decir eso con tanta convicción?

—Porque cuando dos almas negras como la tuya y la mía se encuentran, la luz inunda todo marcándoles el camino. Y tú y yo, Oli, encontraremos nuestro camino.

Puedo ver como una pequeña lágrima le resbala por la mejilla, se la limpio con mi pulgar y me lo llevo a la boca. Sabe salada, como me imagino que sabe ella cuando mi mente vuela. El momento se pone tan intenso entre los dos que noto como nuestros corazones bombean más rápido que nunca. Debemos parar esto. Si nos dejamos llevar, no vamos a ser capaces de detenernos hasta el final.

—Será mejor que nos durmamos. Mañana nos espera un día intenso —dice Oli dándose la vuelta de nuevo y privándome de su contacto.

—Está bien, aceituna. Vamos a descansar —le contesto sin mucho convencimiento.

Poso mi mano en su cintura y ella posa la suya sobre la mía. Piel sobre piel.

Pequeños gestos, ilusiones gigantes.

Creo que me va a costar dormirme más que nunca. En menos de 24 horas me iré de aquí y no estoy seguro de que ella sea capaz de volver a verme en Madrid. Tengo un día entero para convencerla de que los dos nos merecemos una oportunidad. Necesito que ella comprenda que no hay nada malo en intentarlo.

Oliva, me haces sentir vivo. Y hacía mucho tiempo que no me sentía

así.

20- EL ÚLTIMO DÍA

Estoy en la cocina preparando el desayuno. Alberto está dormido y espero que no se despierte hasta que se lo lleve. Quiero sorprenderle yo a él hoy.

Anoche estuve a punto de no pensar nada más que en mí y abandonarme entre sus brazos. Toqué su pecho y era como si millones de cables repartieran electricidad a todas mis terminaciones nerviosas. Me gusta, me gusta demasiado, me gusta más de lo que quiero admitir y además es una atracción diferente, porque por primera vez pienso en que el sexo con él me puede transportar a lugares donde nunca he estado, y eso me asusta y me intriga a la vez.

Mi mente vuela y me imagino tumbada con él durante horas y horas sin decirnos nada, solo disfrutando de nuestros silencios, y ahí es cuando me doy cuenta de que estoy completamente perdida, perdida por él y para él.

La casa está tan en silencio que dudo si mis amigas han pasado la noche aquí. Abro un poco la ventana de la cocina porque con la empanada mental que llevo, pensando en Alberto, he quemado un poco las tostadas y el humo no me deja respirar. Ahora tengo que poner a tostar otro par. Mientras espero que se hagan, veo como entra Sara por la verja con la misma ropa que ayer y descalza. ¡Pillada!

¡Joder!, vaya semanita que estamos pasando, este jardín tiene más trasiego matutino que cualquiera de la zona. Pienso y me descojono yo sola a la vez.

—Buenos días, nenita —me dice Sara mientras coge el zumo que acabo de preparar y se lo bebe de un trago.

—Tú si eso ya preguntas después, zorrón —espeto mosqueada, porque ahora tendré que hacer otro.

—Si ahí tienes tu vaso. Este era para mí, ¿no?

— Pues no.

— ¡Coño! ¿Qué es, para el profesor? Por favor, dime que hoy ya lo habéis hecho. Dime que has liberado su dolor de huevos.

—¡Eres idiota! ¿Qué parte de que no voy a enrollarme con él no entiendes? No todo es sexo en esta vida ¿sabes?

—¡Ah! Que Diego si se puede follar a otras, pero tú no. Ahora ya lo entiendo.

—¡Vete a la mierda! —digo mientras coloco todo en la bandeja para dejarla sola.

—Oli, sabes que no te lo digo para joderte. Solo lo hago para que abras los ojos.

—¡Ya! Pues prefiero que no me lo digas cada diez minutos.

—¡Vale! Intentaré contenerme.

—¿De dónde vienes? —pregunto para cambiar de tema.

—De dormir con Markel y de follar, claro, porque en mi vida las dos cosas van asociadas. Lo siento por el profe, porque no es tu caso.

—Ja, ja, ja —ironizo—. ¿Y Rocío?

—Uf, la dejé en el Dorado comiéndole el morro al hermanito del profe. Menos mal que era un capullo. Nuestra melliza está coladita por ese chulo, me temo que luego vendrán los llantos.

— ¡Joder! —bufo.

Sara se come un plátano y yo espero un minuto más a que salgan las tostadas, creo que necesito volver a mi burbuja “alumna-profesor”.

—Oli. Dime la verdad. El profe te gusta, y mucho; si no, no dejarías que durmiera contigo. Espero que cuando vuelvas a casa hables con Diego de una vez y empieces a ser sensata con lo que sientes. Alberto puede follar a cualquiera chasqueando los dedos; si aguanta sin tocarte, debes de gustarle mucho.

Joder, Sara debe de traer alteradas las hormonas de pasar la noche con el *empotrador*, porque está de un profundo a primera hora de la mañana de la hostia.

—Sara, nos conocemos hace cuatro días. Es verdad que me gusta y que siento que me gustaría conocerle mucho más. Y sí, me atrae, pero sabes que no lo tengo tan fácil.

—Está bien. Solo te pido que lo pienses y te des una oportunidad. A ti, a sentir y a vivir —me dice mientras me da un abrazo—. Y ahora me voy a dormir, que estoy agotada.

La despido y le digo que me voy a ir a pasar el día con Alberto y que volveré por la noche. Solo nos guiñamos un ojo a modo de despedida, con eso está todo dicho.

Alberto abre un solo ojo cuando me oye entrar. Cuando ve la bandeja con todo lo que traigo, abre los dos y se sienta en la cama, apoyando su espalda desnuda en el cabecero. Mis ojos van a parar a sus abdominales, que con la

postura han quedado como si fueran una auténtica tableta de chocolate. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no caerme con la bandeja.

—Buenos días, aceituna.

—Buenos días, profe.

Poso la bandeja encima de él y me coloco a su lado. Me dice que, si siempre le voy a llevar el desayuno a la cama con mi súper camiseta, me secuestrará y nunca más me dejará salir. Me río con su gilipollez y él me come con la mirada. Sí, a mí, a la tostada y todo lo que he traído. Me cuenta la ruta que vamos a hacer hoy y me empiezo a poner nerviosa, porque había olvidado que voy a volver a conducir. Le quito la bandeja y cuando me voy a ir a buscar la ropa para vestirme me agarra de la cintura y me sienta a horcajadas encima de él, pillándome por sorpresa.

Su cara tan cerca, su sonrisa, sus manos sujetando mis caderas... Creo que empiezo a temblar.

—Alberto...

—Shhh... Oliva... Quiero estar contigo las próximas horas, quiero que estés tranquila y feliz. Quiero que disfrutes de mi compañía y yo de la tuya —me dice mientras sus ojos azules se detienen en mi boca.

Doy gracias que él esté dentro de las sábanas y yo fuera. Aun así, no sé por qué me estoy imaginando su erección. Mierda, Oli, ahora no puedes desviarte. Unas horas más y se acabó, no lo vas a estropear.

—Está bien —contesto intentando convencerme a mí misma y saliendo despavorida de su lado.

Al final parece que su coche y yo hemos hecho las paces. Alberto hasta ha aplaudido cuando he aparcado al llegar a la playa de Bolonia. Esta playa tiene unas dunas preciosas y hemos estado perdidos en ellas, como si estuviéramos en una isla solo para nosotros. Nos hemos cruzado con gente, no mucha, pero únicamente cuando nos hemos ido a bañar y por cierto nos hemos bañado un montón de veces. Hacía calor y ya sabes mi relación con el mar.

Ha sido distinto. Era como si estuviéramos en el agua solo él y yo. Me ha cogido en brazos, me ha lanzado a las olas y hemos juguetado como dos adolescentes que empiezan a poder tocarse por primera vez. Me ha intentado hacer aguadillas y yo a él. Riéndonos. Nuestro contacto ha sido constante. Ha

surgido de forma natural y he sentido el calor de sus manos cada vez que me tocaba. En vez de ponerme en tensión, he intentado relajarme y creo que lo he logrado.

Después, tumbados al sol, nos hemos reído otra vez. Hemos hablado y también hemos estado en silencio. Me ha contado cosas de su trabajo y del anuncio de mañana. Se nota que le gusta actuar; si no, no tendría sentido la cara b de su profesión, me ha confesado. Yo le he hablado de mis estudios y de cómo me gustaría encontrar trabajo al llegar a Madrid, porque mi objetivo es poder vivir sola, a corto plazo. Creo que le ha gustado mucho la idea. Hemos hablado de ligues, bueno por supuesto de los suyos, y me ha dicho que no puede creerse que solo lo haya hecho con Diego. Como sabes, hablar de sexo con la gente no es lo mío; pero con Alberto es diferente, me gusta un poco más, como si algo en mi interior se alterara. Disfruto cuando me cuenta que le está costando horrores no tocarme como es debido. Me ha soltado la tira del biquini cuando estaba tumbada boca abajo, con la excusa de que el sol me dejaría marca y me ha susurrado al oído que está deseando verme desnuda, porque tiene mi imagen rondando en su cabeza desde el primer día que me vio. Y yo, sin moverme un ápice de la toalla, le he pedido que por favor no siguiera hablando. Sus insinuaciones hacen que tenga que juntar mucho mis muslos y no pueda mirarle en un buen rato, aunque por supuesto eso no se lo he dicho. He sentido un cosquilleo continuo desde primera hora de la mañana y tengo que confesar que es un suplicio.

Oliva, hay cosas inevitables y creo que Alberto es una de ellas.

Tumbados en la toalla hemos estado a punto de besarnos en un par de ocasiones, pero al final yo he desviado la mirada de sus labios y me he contenido. Alberto ha respirado profundo un par de veces y ha murmurado algo muy bajo. Casi no se le entendía, pero creo que estaba maldiciendo. Al final los dos nos hemos reído de la situación.

—Oli, no me voy a ir a Madrid sin probar tus labios, ¿sabes? Necesito que me beses, aunque solo sea el beso de despedida —me dijo sereno.

Yo me limité a sonreír como una idiota porque me muero de ganas de darle ese beso.

Ahora, de regreso en el coche después de nuestro intenso día, subo la música y me doy cuenta de cómo Alberto me mira y se ríe, y yo me siento especial.

—¿Qué? —pregunto curiosa

—Vaya, parece que mi coche y tú sois inseparables —me sonrío burlón.

—Bueno, en un par de días más podría ser tu chófer —le digo resuelta.

—Contratada —me dice de sopetón, y se carcajea de nuevo.

El sonido de su risa se mezcla con la canción que suena en la radio “Me voy” de Ibayi con la Mala Rodríguez, parece que lo han elegido expresamente para nuestro momento. Porque no se me ha olvidado que Alberto se va, y sin tardar mucho, además. La canción se corta porque entra una llamada por el *bluetooth* y yo, sin darme cuenta, toco la tecla de descolgar en el volante. Alberto me mira de reojo, no sé si para matarme ahora o esperar a después, es su madre.

La conversación es de lo más tensa, otra vez, y lo peor de todo es que la escucho al completo. Alberto la intenta cortar rápido, pero no le advierte de que va con el manos libres y que hay más oyentes. Ella insiste que le confirme si irá a la cena y si irá solo. Alberto, sin pensárselo dos veces, dice:

—Sí, iré. A ver si así dejas de llamarme e iré acompañado. Apunta su nombre, Oliva.

Su madre parece que se pone contenta y se despide rápido, como si por fin lo hubiera conseguido. Cuelga.

—¿Perdona? ¿Por qué has dicho que iré contigo a esa fiesta? ¡Estás loco!

—No aceituna, tú has descolgado la llamada y en contra-prestación me acompañarás a ese evento que seguro será aburridísimo. Así que, apunta bien la fecha. Tienes dos semanas para mentalizarte.

—¡Ni de coña, profe! —digo haciéndome la indignada.

Aunque contengo un poco la emoción, porque quizás me guste un pelín la idea de ir con él y así volver a verle en Madrid.

Llegamos casi de noche y siento como si el tiempo se tuviera que parar en este momento. ¿Cómo te despidas de alguien del que no te quieres despedir? Cuando nos bajamos del coche, oímos música en el jardín de casa de Rocío y mis amigas vienen a buscarme con unas cervezas en la mano. Alberto se queda mirándolas arrugando el entrecejo. Yo también hubiera preferido seguir un rato más a solas.

Nos arrastran a los dos al porche, donde están Alejandro, Jacobo y Jose. Han preparado unas ensaladas y algo de picar. Al parecer los primos de Ro también se van mañana, así que es una especie de cena de despedida.

Alberto y yo nos sentamos con ellos intentando disfrutar del ambiente, pero nuestras mentes están lejos de aquí, aunque más cerca la una de la otra

de lo que nadie pueda imaginar.

21- LA ÚLTIMA NOCHE

ALBERTO

Todos se ríen de los chistes de Jose y yo intento esbozar una sonrisa para disimular que no me hace ni puta gracia no poder disfrutar de las últimas horas con Oli a solas. Y encima, ella ha entrado a su habitación porque ha sonado su móvil, probablemente sea el mamón de su novio. Joder, con lo bien que había estado el día hasta llegar aquí.

Hemos disfrutado como dos adolescentes que empiezan a salir y comienzan a conocerse. Hablando, riendo por todo, haciéndonos bromas, relajados. Hemos estado a punto de darnos ese beso tan esperado, pero al final ella se ha arrepentido en el último momento y no hemos unido nuestras lenguas. Casi, nos hemos quedado en casi y yo he blasfemado por no ser capaz de invadir su boca como el cretino de ayer. Pero tengo que ser consecuente, no quiero ser un gilipollas más, así que me he guardado las ganas, el deseo y el principio de erección y me he contenido. Pero ella sabe que necesitamos darnos ese beso, aunque sea el de despedida.

Su boca, su boca me llama igual o más que cada centímetro de su piel. No quiero quedarme con las ganas, quiero morirme al sentirla, quiero invadir con mi lengua todo su cuerpo.

Alberto, recuerda que lo imposible solo tarda más en llegar. Y con ese pensamiento me conformo.

Oli está tardando mucho en salir, me estoy poniendo nervioso. Joder, Alberto, lo tuyo empieza a ser preocupante. Apenas la oigo, porque la música está altísima. Son casi las doce y mañana a las ocho nos marcharemos, se acaba el tiempo y necesito decirle lo que siento. Necesito que me escuche una vez, solo una vez.

Los minutos pasan y nada, creo que al final no va a salir. Visto que ella no hace acto de presencia y que el ambiente de la fiesta se está cargando, me levanto y entro por la ventana. Sigue hablando por el móvil, en un tono algo más alto de lo normal. La observo en la distancia, está tocándose la oreja y moviéndose por la habitación, nerviosa.

—Sí, siempre estás con lo mismo. Claro que me alegro por ti, no digas lo contrario —dice seca.

Después se gira y me ve, arquea mucho las cejas, sorprendida por mi presencia, pero sigue con el móvil en la oreja. Ahora la oigo decir:

— Sí, Diego, ya verás como todo sale bien.

Lo dice con una voz mucho más suave, no sé si para convencerle a él o a ella misma. No entiendo por qué es tan condescendiente. Ha pasado de recriminarle algo a hablarle como una sumisa. Se me está revolviendo el estómago. No quiero imaginármela con él haciendo otras cosas.

Se gira para seguir hablando sin que yo le vea la cara y entiendo que se acabó. No va a mirarme y no voy a tener mi oportunidad, así que digo un “adiós, aceituna”, casi inaudible para no entorpecer su conversación y me doy media vuelta.

Me despido del resto. Doy dos besos a las chicas. Sara me mira con expresión de interrogación y mi mirada le debe dar la respuesta.

—Puto Diego —maldice.

Yo no le contesto, solo me encojo de hombros. Puedo entender lo difícil que le puede resultar dejar una relación tan larga, pero no entiendo su actitud hacia él.

Me despido de los anfitriones. Les digo que es tarde y estoy cansado, que muchas gracias por todo y que ya nos veremos. Mi hermano dice que se queda un rato más y yo me marcho por el jardín hasta casa, me quiero dar una ducha antes de dormir. Confío en que cuando Oli salga y no me vea venga a despedirse.

Lo siento, no me puedo quedar ni un minuto más ahí esperando.

El agua caliente me quita el salitre de todo el día, pero no la tensión de los músculos. ¿Qué pasará con nosotros? ¿Podré volver a verla? Creo que me he hecho muchas pajas mentales y nunca va a haber un “nosotros”. Oli tiene una relación basada en el cariño y en el agradecimiento que va a ser muy difícil romper. Y yo solo seré un gilipollas que conoció una semana de verano. No puedo competir contra su única relación. Es imposible. Y lo peor de todo es que cada vez me gusta más.

Me seco y me voy a mi habitación. Recojo la poca ropa que he traído y la meto en la maleta. Me enciendo un pitillo de los míos. Hace dos noches que no fumo, pero hoy necesito uno para intentar dormir. Joder, Oliva, espero que

tarde o temprano aparezcas. Desde el porche oigo las risas y la música. Por lo menos hay gente que disfruta, pienso mientras paso al cuarto, dejo la toalla sobre la silla y me meto desnudo en la cama. Será difícil conciliar el sueño, pero lo intentaré. Como todas las noches he dejado abierto el ventanal, hoy más que nunca tengo la esperanza de que ella entre por ahí de nuevo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sé que me he dormido. Un ruido muy sutil hace acto de presencia en mi habitación. Como me he quitado el reloj, no tengo ni idea de qué hora es, pero sigue siendo de noche. Ya no se oye el ruido de la fiesta. No me giro hacia la ventana, pero sé que es Oliva, huelo su champú desde la cama, ese olor a vainilla solo puede ser el de ella. Oigo como cierra la ventana al entrar y ruido como de algo cayendo al suelo. Sigo sin moverme, pero ya he abierto los ojos del todo.

La sábana se abre y se tumba a mi lado. De momento no me toca, como si estuviera dándole una vuelta más. Sus dudas me hacen hervir la sangre. Venga, Oliva, no tengas miedo, estoy aquí para ti. Posa su mano en mi antebrazo y noto como se desliza entre las sábanas hasta pegar su pecho a mi espalda. Y cuando digo su pecho, me refiero a su par de tetas. ¡Me cago en todo!, un escalofrío recorre mi espalda cuando siento sus pezones duros, me imagino que por el frío, pegados a mi cuerpo.

Joder, será una puta broma.

—Oli, ¿dime que no estás desnuda? —protesto soltando una especie de bufido. Le he debido parecer un cavernícola.

—Sí, lo estoy. Pero por favor no te des la vuelta. Solo quiero estar así, abrazados. No te gires o me iré. —Y entonces me abraza acercándose más.

Siento su abdomen y su pecho completamente pegados a mi espalda. Sus rodillas colocadas detrás de mis muslos como barrera para no pegar su sexo a mi culo. Gesto que agradezco, eso ya no sé si sería capaz de soportarlo. ¿Dónde está la cámara oculta?

—¡Joder, aceituna! No me puedes hacer esto. Sabes que me muero de ganas de ver todo tu cuerpo, de olerte, de lamerte, de comerte... No puedes presentarte en mi cama, desnudarte, pegarte a mí y privarme de todo lo demás. Es algo macabro.

—No puedo darte más, Alberto. Lo siento —me dice con voz triste—. Pero intentaré arreglar las cosas para volver a vernos.

—¡Joder, Oli! Me lo estás poniendo muy difícil. Vístete si quieres. No tienes que desnudarte si no estás cómoda.

—El problema es que sí quiero, sí quiero estar desnuda contigo, pero no puedo darte más que esto. Ahora que ya te vas, no voy a estropearlo. Quiero sentir tu piel pegada a mi piel, te prometo que no quiero hacértelo pasar mal. No soy una calientapollas. Solo me apetecía sentirte, así.

—No digas idioteces. Ya sé que no lo eres. Está bien, Oli. No te garantizo que mi cuerpo no reaccione por su cuenta y riesgo; pero, como te dije, te respetaré. Solo te pido que en dos semanas nos veamos en Madrid, y a ver si podemos por fin disfrutar el uno del otro.

—Alberto, yo... Sabes que sí quiero intentarlo. Ahora, que pueda hacerlo es otra cosa.

—Shhh. No quiero saber más. Solo déjame soñar esta noche con que ese día está más cerca.

Nos quedamos en silencio, un buen rato más, ella con las manos sobre mi estómago y yo con mis manos encima de las de ella. Sentirla pegada a mí es una bendita locura.

Mi polla no puede más y se pone dura como el acero. Me concentro en pensar en cualquier cosa menos en Oliva desnuda a mi lado. Es una tarea muy difícil; pero cuando empiezo a oír su respiración más tranquila se me va pasando el calentón. De esta me hacen un monumento o me extirpan las pelotas, no hay más opción.

¡Coño!, esto no es para contarlo. Alberto Vega durmiendo con una chica desnuda en su cama sin tocarle más que las manos. ¿De verdad qué no hay una cámara oculta?

¡Vaya mierda! Todavía no me he ido y ya solo puedo pensar en que pasen estas dos semanas rápido y volver a verla. Con un poco de suerte ya se habrá deshecho de su novio y podremos dejar que nuestros cuerpos se digan todo lo que hoy se callan.

—Oli, ¿estás despierta? —le pregunto después de haber pasado en estado de duermevela las horas que hayan transcurrido desde que se metió conmigo en la cama.

—Creo que ahora sí —me dice con sorna.

—Joder, aceituna. No sé cómo has sido capaz de dormirte sin moverte ni un milímetro en toda la noche —digo moviéndome un poco para coger el móvil de la mesita y ver qué hora es.

—Estaba muy a gusto en esta posición —me contesta con modorra.

—Son las siete y media de la mañana. A las ocho tengo que irme —digo con voz queda—. Voy a darme la vuelta, no pienso seguir hablando sin

mirarte a la cara. Es ridículo.

—Alberto, por favor...

—Oli, ya está. Me voy, no va a pasar nada entre nosotros ya, tranquila. Déjame despedirme, por favor. —Y sin dejarle tiempo a que le diera más vueltas a la cabeza, me giro lentamente.

—Buenos días —me dice cerrando los ojos.

Yo solo puedo carcajearme. Joder, Oliva, somos dos adultos desnudos, tampoco estamos follando como animales ni nada por el estilo. No puedes pensar que estás engañando a tu novio por verme en bolas.

—Abre los ojos, aceituna.

—Deja de reírte de mí —me ordena.

—Vale. Pero mírame.

Y tímidamente abre sus ojos para mirar directamente a los míos.

—Estás preciosa, Oli —digo mientras agarro su cara entre mis manos.

—Seguro que no —me dice poniendo morritos.

—¡Escúchame! Me voy a Madrid y después a Salinas unos días. Recuerda que dentro de dos viernes es la fiesta de mi madre. ¿Has traído tú móvil? —le pregunto intentando no desviar mi mirada a su par de tetas que casi rozan mi pecho.

—Sí.

—Pues dámelo y te guardo mi número.

Oli se estira llevando casi toda la sábana con ella para que no le vea nada. Pero, claro, tira tanto de ella que me deja a mí al descubierto. Cuando se gira, nos los intercambiamos y me doy cuenta de cómo sus ojos han ido a parar a la zona exacta debajo de mi cintura. Se cubre los ojos con su antebrazo como un acto reflejo.

Yo aguanto la risa para que no se mosquee otra vez.

—Joder, Oli. Voy a contar los minutos hasta volver a verte —le digo con gruñido al final. Espero que comprenda que estoy a punto de estallar.

—Ya está —me dice devolviéndome el móvil con su número grabado y haciendo caso omiso a mis palabras de antes.

Yo hago lo mismo con el de ella y le vuelvo a sujetar la cara con mis manos. Ya está, el tiempo se acaba. La miro como si fuera la fruta más jugosa del mundo y ella me mira a mí como el fruto prohibido. Suspiramos un par de veces con profundidad. Como acompasados. Le digo que voy a pensar en ella cada minuto del día hasta que la vuelva a ver. Ella me sonrío y dice que me va a echar de menos. Eso creo que ya es un triunfo viniendo de ella. Me ha

hecho feliz.

Para no estropear la química del momento, le paso la yema de mis pulgares por sus labios, dibujando su silueta, pidiéndole permiso para lo que viene a continuación. Ella cierra los ojos y entiendo que acepta. La oigo respirar con dificultad. Deslizo mis manos hasta agarrar su nuca en un movimiento lento y aproximo mi boca a la suya. Oli sigue con los ojos cerrados y yo no puedo dejar de mirarla. Estoy nervioso, quién me lo iba a decir a mí. Es un beso, Alberto, un maldito beso con el que llevo soñando días, solo espero que no sea el último.

Comienzo despacio, una sola caricia de mis labios sobre los suyos, son suaves y mullidos, como imaginé, y saben como saben las cosas que enganchan, las que no quieres dejar de probar. Solo este primer contacto ya me pone a mil; pero me contengo, no quiero abalanzarme sobre ella. Oli emite una especie de ronroneo y me facilita el acceso entreabriendo su boca. Sin apenas ejercer presión, guio mi lengua dentro de ella, hasta que por fin se encuentra con la suya. Cada poro de mi piel ha sentido la chispa de nuestro contacto, erizándose, anhelando más. Su lengua tímida se mueve pegada a la mía, haciendo círculos, bailando. Es como si se tratara del primer beso de dos críos a temprana edad, que incluye un poco de miedo y muchas ganas. Estamos probando sensaciones nuevas para los dos, a pesar de que ya dejamos atrás la adolescencia. Hay besos y besos, y el nuestro está siendo la apertura de la puerta solamente, soy incapaz de pensar que no habrá más.

Nuestras bocas encajan a la perfección y saboreo su saliva, sabe a ella, a una mezcla de arena y sal, sabe a Oli. Con un toque de fresa, probablemente de su pasta de dientes, sabe a algo nuevo, a algo desconocido... Todo envuelto en su olor a vainilla. Sabe a esas cosas que siempre te dejan con ganas de más, a deseo y a añoranza. Sabe a ilusión. El beso cada vez se hace más intenso, más profundo, más largo. Hasta he cerrado mis ojos para dejarme llevar solo por las sensaciones. Cuando estamos casi quedándonos sin respiración, y antes que nos encendamos tanto que no seamos capaces de parar, Oli le pone fin. Me besa con la boca ya cerrada y dándome un pequeño mordisco en mi labio inferior como despedida. Gesto que solo hace que mi polla se muera por estar dentro de ella. Pego mí frente a la suya y maldigo.

—Joder, Oliva. Ha sido increíble. Prométeme que te veré en Madrid.

—Te lo prometo.

Y sin tiempo para más, me levanto y me voy a la ducha. Estoy a punto de girarme y volver para enredarme con ella entre las sábanas; si lo hago, no

habrá vuelta atrás y me comportaré como un cazador ante su presa. Creo que ella está pensando lo mismo que yo.

Quiero estar dentro de ella, quiero sentirla entera, sin barreras, quiero su todo, no solo una parte. Aunque sé que eso de momento tendrá que esperar.

Cuando salgo de la ducha, Oli ya no está y lo agradezco, porque odio las despedidas.

22- VIAJE DE VUELTA

Los dos días que he estado con las chicas sin Alberto han sido francamente magníficos. El buen sabor de boca, y nunca mejor dicho, que me quedó de Alberto en su despedida me dejó eufórica. Eufórica por las mariposas en el estómago que sentí, eufórica por los millones de sentimientos que me provocó y eufórica por que pasen pronto los días y pueda volver a verle.

Su beso, no sé cómo calificarlo, fue único, peligroso, osado y apasionado. A punto estuve de sentarme a horcajadas encima de él y dejar que nuestros cuerpos se dijeran todo lo que no se habían dicho. Esa Oliva es completamente desconocida para mí y el único culpable de que la haya encontrado es Alberto. Y sí, estoy igual de sorprendida que tú.

Ni la llamada de Diego el miércoles, contándome como había firmado su primer contrato profesional (y créeme cuando te digo que me alegro) e insistiendo, a continuación, con que ya no tenía por qué preocuparme de nada más (haciéndome sentir como una mujer florero), consiguieron que se me bajara la euforia. Pensándolo bien, me vino fenomenal a la hora de hablar con él, porque debió de pensar que mi estado de ánimo era por su culpa y no por la de nadie más, así que habrá dormido tranquilo.

No quiero echar por tierra los años que hemos estado juntos, nos hemos querido y hemos estado bien, pero esta semana me ha servido para tener claro lo que no quiero seguir haciendo. Y vivir a la sombra de Diego es una de las cosas que necesito cambiar. Tengo que hablar con él, aunque me resulte muy complicado.

He salido con las chicas, las dos noches; hemos hecho cata de mojitos por todos los chiringuitos de la zona, nos hemos reído, hemos bailado mucho. Hemos descubierto una canción que ponían en bucle en todos los sitios y hemos decidido que será nuestra nueva canción del verano, “Atrévete-Te-Te” de Calle 13, ahora cantamos el estribillo a todas horas como locas. Hemos espantado moscones como cuando teníamos diecisiete y nos queríamos hacer las mayores y a otros les hemos dado bolilla; yo la justa, que ya me conoces, creo. Lo mejor de todo han sido las conversaciones de resaca en la playa, la complicidad, los paseos y los baños. Disfrutar de sus risas y de su compañía

no tiene precio. Hemos hablado de chicos: Alberto, Markel, Alejandro... De sexo, excepto yo, y de todos nuestros planes de futuro.

El último día dejamos que Sara y Markel tuvieran su ratito de intimidad. Ella insistía en que solo ha sido un ligue de verano, nada formal como para hacer una despedida moñas, pero Rocío y yo le dijimos que no le iba a pasar nada si tenía con él un dulce final, con algo de almíbar, ya me entiendes.

Nosotras aprovechamos para bañarnos desnudas en la playa. Yo me había quedado con ganas desde que me interceptó Alberto el otro día, y Rocío lo tenía entre sus cosas pendientes para hacer este verano. Lo hicimos rápido, por si alguien nos veía, pero nos reímos un montón, sobre todo comentando cómo se les saldrían los ojos a los pecillos viendo nuestras vergüenzas.

En cuanto llegué por la noche después del baño le mandé un *whatsapp* a Alberto contándoselo. No puedo reproducir todo lo que me dijo deseando haber estado conmigo en ese momento. Solo diré que sus palabras fueron a parar al centro de mí andar y estuve un buen rato intentando recuperar la cordura. Como diga en serio todas las cosas que quiere hacerme, creo que no voy a ser capaz de no temblar cuando llegue ese día. Si es que llega, claro. La verdad es que nos hemos estado mandando mensajes desde que nos despedimos. Sobre todo por la noche. Él me cuenta su día y yo el mío. Grabó su número en mi móvil como El Profe. Y cada vez que oigo el sonido de aviso de entrada de mensaje, se me ilumina un poco la cara esperando que sea de él. Yo no estuve mucho más fina, porque le metí mi número como Aceituna. El sinónimo de mi nombre pronunciado por sus labios suena a todo menos a burla.

Estamos entrando en Madrid. Adiós días de cachondeo y playa. La vida pura y dura me espera en menos de una hora. Sé que voy a echar en falta un montón de cosas; pero la principal, el mar. Ahora no tengo ni idea de cuándo podré volver a bañarme entre las olas y siento una sensación de vacío enorme. Sí, a él también lo echo de menos, pero no quiero pensar demasiado en ello.

—A la noche os llamo, chicas. Quizás mañana podíais venir a comer a mi casa y pasamos la tarde juntas —nos dice Ro cuando la dejamos en su lujoso barrio.

—Ya te diré algo, porque es el cumple de mi madre y no sé si iremos por

ahí a comer —dice Sara.

Nos despedimos y ponemos rumbo a casa.

—¿Vas a hablar con Diego? —me dice al quedarnos las dos solas.

—Sí, Sara. Lo intentaré. Pero no sé qué voy a decirle.

—¡Y qué te parece la verdad!, que crees que se está follando a otras y que lo mejor será que lo dejéis.

—Otra vez. Y si lo niega todo. No tengo pruebas.

—¡Joder! ¡Eres más inocente! ¿Qué necesitas, pillarlo en mitad de la faena para cerciorarte? ¡Venga, Oli!, que te esté engañando ahora mismo es lo de menos. Tú ya no le quieres.

—Claro que le quiero. Tampoco te pases.

—Le quieres como a un hermano o como a un amigo. El roce hace el cariño, pero nada más. Apuesto a que en la cama ni te motiva.

—¡Basta, Sara! No me atosigues.

—Está bien, no te doy más la brasa; pero por favor piensa en qué es lo que quieres y no tengas miedo. Siempre puedes ir a mi casa, ¿entendido?

Asentí con la cabeza sin pronunciar una sola palabra. Llegamos a casa. Bajé la maleta, di dos besos a mi amiga e inspiré un par de veces antes de meter la llave en la cerradura de la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

—¡Hola! —contestó una voz familiar que hacía tiempo que no oía.

—¡Rita! —la mejor amiga de mi madre estaba en casa y a mí se me pasó el mal trago al instante.

No había nadie más que ella. Diego había salido con Carmen a mirar algo y Salva, su padre, estaba pintando la oficina antes de volver a abrirla después de las vacaciones. Rita acababa de llegar de Roma y solo se podía quedar unos días. Nos pusimos al día enseguida. Rita no tenía nada que ver con su hermana, era extrovertida y alocada. Carmen era seria y formal. Sin duda todos decían que Rita era la oveja negra de la familia. Está como siempre, delgada, guapa, contenta. Casi nunca la he visto triste, se nota que lleva la vida que eligió y eso me encanta de ella. Es feliz.

Le cuento como conseguí terminar mi carrera y mi convivencia con Diego este último año, los dos solos. También le cuento la semana que he estado de vacaciones con las chicas y lo bien que me lo he pasado. Hablamos de la oportunidad que tiene Diego con el fútbol y un poco de todo lo demás.

—Oli. No se te ve muy entusiasmada con lo de Diego —me dice con media sonrisa en los labios. Rita me conoce desde que nací y aunque nos

veamos poco es difícil ocultarle cómo me siento.

—Bueno. Estoy muy contenta por él, es su sueño. Solo que yo necesito tener el mío propio y parece que Diego no lo logra entender.

—Conozco a mi sobrino. Está criado a la vieja usanza, gracias a la antigua de mi hermana, por supuesto. No tienes por qué consentir que no te deje cumplir tus sueños, Oli. Yo te apoyaré en todo lo que necesites, ¿vale?

—Vale —contesto sin mucho convencimiento. No nos da tiempo a seguir con la charla porque Diego y Carmen llegan a casa.

Diego viene a abrazarme. Y yo me esperaba un recibimiento más efusivo; pero como su madre está delante, creo que se contiene. O definitivamente hay algo que me estoy perdiendo, que también puede ser. Carmen me da dos besos y lo primero que me dice es que el miércoles tendría que haber estado ya en Madrid. No me pasa desapercibido como Rita la mira alzando las cejas, sin perder tiempo le ayuda con las bolsas de la compra llevándosela a la cocina a preparar la cena.

—¡Hola, peque! —me dice Diego cuando estamos solos en el salón. Me da un pico en los labios. ¿Un pico? Lleva sin verme una semana y me da un pico, alucinante.

Mejor así, pienso dándome golpes mentales. Su “más abajo... ahí...”, ha venido a mi mente de repente.

—¡Hola! —le respondo un poco seca—. Diego, acompáñame a la habitación y deshago la maleta mientras hablamos —le digo con la intención de que estemos solos y poder mantener una conversación más íntima.

—¿Ahora? Estamos a punto de cenar. Vete a hacerlo tú, que te da tiempo —me dice mientras se va a su habitación a descalzarse.

Cojo la maleta, voy a mi cuarto, que ahora está ocupado por las cosas de Rita, me imagino que ha dormido aquí estos días y meto mi ropa en el armario, con una sensación de tristeza que se empieza a apoderar de mi cuerpo. Antes de volver a la cocina, paso por la habitación de Diego, me molesta mucho que no quiera dar la cara. Cuando entro, está mirando su móvil.

—Diego. Tenemos que hablar —digo decidida.

—¡Peque, no seas tonta! Si es por la llamada del otro día, ya te dije que escuchaste mal. Había chicas, pero no pasó nada, yo solo te quiero a ti —me dice cogiéndome por la cintura y pegándome un poco a su cuerpo. Yo, ilusa de mí, pienso que ahora es cuando viene un beso de los invasivos, donde me dice que me ha echado mucho de menos y que quiere hacerme el amor; pero,

para mi sorpresa, me besa en la frente. ¡Joder! ¡En la frente!

—La cena está lista —nos gritan desde la cocina.

Parece que Carmen tiene cámaras de vigilancia por toda la casa. En cuanto estoy más de cinco minutos a solas con Diego, lo debe de detectar.

Sí, por si no lo había comentado, desde que volvimos de Extremadura no hemos vuelto a dormir juntos. Solo un fin de semana que sus padres se fueron a Barcelona a ver a su hermano Raúl. Carmen cree que por respeto a ellos no debemos compartir dormitorio, aunque llevemos juntos ocho años, ocho. Los dos vamos a la cocina dejando la conversación a medias.

La charla de la cena gira en torno a Diego, sus entrenamientos, su contrato, sus comidas, sus partidos, su, su, su.... Rita de vez en cuando me pregunta cosas sobre lo que quiero hacer a partir de ahora y por dónde voy a empezar a buscar trabajo; pero, antes incluso de que pueda abrir la boca, Diego vuelve a ser el centro de atención.

Cansada, decido irme a la cama la primera.

—Peque, mañana tengo una sorpresa para ti. A las diez estate preparada —me dice Diego cuando sale hacia el salón.

—¿A las diez? —pregunto con sorpresa.

—Sí, ya verás, te va a encantar —sentencia Carmen. Por lo que intuyo que ella está al corriente de lo que es, como todo lo que tiene que ver con Diego.

—Está bien —digo sin mucha efusividad.

Al meterme en la cama, hago un repaso mental a las horas que he estado aquí desde mi llegada. Joder, Oli, menos mal que querías aclarar las cosas. Y lo único que has hecho ha sido asentir. Uf, bufo en mi interior. A ver si mañana consigo que por lo menos Diego me escuche, porque menudo fracaso.

Antes de apagar la luz de la mesita e intentar dormirme, la pantalla de mi móvil se ilumina. Es “El Profe”.

¿Ya estás en casa, aceituna?

Si, profe y tú ¿en Salinas?

Correcto. Espero no estar interrumpiendo el reencuentro con tu novio.

Qué gracioso. Entonces has mandado el mensaje solo para molestar, ¿no?

No, aceituna. Realmente lo he mandado porque no quiero imaginarte con él y así salgo de dudas.

Tranquilo. Durmiendo en habitaciones separadas y con sus padres

rondando es difícil que me toque.

El emoticono de los ojos muy abiertos es lo que me contesta a continuación. Creo que además se debe de estar partiendo el culo. Si, qué le voy a hacer. Ahora mismo debo de ser como un mal chiste para él.

No te rías de mí.

Aceituna. Me río contigo. Y ahora creo que voy a dormir mucho mejor. Piensa en mí, Oli, y por favor arréglalo. Yo sí que me muero por tocarte.

Pensaré en ti, profe. Y yo también me muero por...

Y así, con los puntos suspensivos, dejo abierta una puerta antes de cerrar otra.

23- EL CIEGO QUE NO QUIERE VER

Vamos en el coche de Diego camino a no sé muy bien donde. Estamos saliendo del barrio, pero tampoco nos hemos alejado mucho, no conozco la zona.

A las diez en punto estaba preparada en la cocina esperándole. Me ha dado un beso de “buenos días”, esta vez con lengua incluida, pero sin mucho deleite porque enseguida apareció su madre para prepararle el desayuno, como si fuese manco o algo así. Lo peor de todo es que, si ella no se lo hubiera hecho, lo más probable es que se lo hubiera puesto yo. En fin, no voy a pensarlo.

—Ya llegamos —me dice parando en una zona nueva, recién urbanizada a la salida de nuestro barrio. No hay casi vida todavía, ni tiendas, ni bares, ni gente. Son todos bloques de pisos nuevos, algunos sin terminar, de ladrillo gris con ventanas de color granate. Creo que empiezo a intuir la sorpresa y me pongo nerviosa.

—Diego... —digo con la voz temblorosa. Venga, Oliva, tienes que ser fuerte, no te vengas abajo ahora.

—¡Venga, peque!, vamos.

Salimos del coche y nos dirigimos a un portal, me lleva cogida de la mano. Una chica con un traje negro y camisa blanca nos espera con una carpeta en la mano, como si fuera una azafata. Leo el nombre en una placa cuadrada que lleva en la solapa, ya lo empiezo a encajar, es de una inmobiliaria. Nos saluda y nos abre la puerta. Yo ya casi no escucho lo que hablan mientras subimos al tercer piso en el ascensor. Me gustaría salir corriendo, pero no puedo. Diego sigue cogiéndome de la mano.

Soledad, que así se llama la empleada, nos enseña todo el piso; salón, tres habitaciones, dos baños, cocina con mucha luz, todo a estrenar... Diego me mira esperando mi respuesta, porque me he quedado muda en cuanto he entrado por el portal.

—¿Te gusta, peque? —me dice delante de ella, y siento que tengo dos pares de ojos clavados en mi cara esperando una respuesta. Venga, Oli, di

algo, aunque sea para mal.

—No sé, es muy grande para mi gusto y está lejos... —digo dudando. No sé realmente qué palabras emplear para que nadie se ofenda.

—A mí me gusta, tiene buen tamaño y mucha luz. Además, estamos cerca del barrio.

—A su madre ayer le encantó —interviene Soledad, con la mejor intención del mundo. Inocente.

O sea, que ella ya lo ha visto y a mí, en vez de contarme las cosas primero, me trae a modo de ¡sorpresa!, pero teniendo la aprobación de su madre y no la mía. En vista de que no me apetece decir nada más, soy la primera que me vuelvo al coche. Diego se despide de la chica y puedo ver su cara de enfado ante mi actitud cuando se sienta al volante. Joder, encima ahora también será culpa mía.

—Ya veo que no te ha gustado la sorpresa, no sé por qué te pones así —dice enfadado elevando un poco el tono.

—Bueno, es que realmente no sé para qué me has traído. Tú madre ya lo ha visto y le gusta. ¿Qué quieres, comprarlo? —pregunto conociendo la respuesta.

—Joder, peque. Era una sorpresa para ti. Sí, ya lo he reservado. Va a ser nuestra nueva casa. Tuya y mía. Desde aquí llego en diez minutos a entrenar y estamos al lado del barrio. En un mes ya podremos vivir aquí tú y yo, solos.

—Diego, te he dicho que tenemos que hablar. Te lo dije la semana pasada y te lo repito ahora. No puedes tomar decisiones que me incumben sin hablar conmigo. ¿Me has preguntado qué quiero hacer yo? ¿Dónde quiero vivir? —digo todo lo alto y claro que puedo.

—Peque. Es que no hay nada que preguntar. Voy a ganar muchísimo dinero. Lo vinimos a ver el mismo día que firmé el contrato. Tengo que invertir y comprar un piso es una buena idea, me dijo mi padre que es lo mejor por rollos fiscales y eso. No querrás vivir siempre en casa con mis padres, ¿no?

—No, Diego, pero sabes que quiero encontrar un trabajo primero y probablemente ir a vivir sola. —Y ahí estaba Oli hablando claro por una vez—. Quiero ser independiente, tengo veinticuatro años y necesito empezar a cuidar de mí misma.

—No digas tonterías, Oli. Quiero vivir contigo, como hemos hecho los dos últimos años. Voy a ganar dinero suficiente para que no tengas que buscar trabajo. Peque no tienes que preocuparte de nada más. Solo de nosotros. —Y

agarra mi mano con la suya.

Siento un escalofrío, pero no de placer sino de rabia. No hay nadie más ciego que el que no quiere ver; y Diego, encima de no querer ver las cosas, no escucha.

—Me parece muy bien si quieres comprar el piso para invertir, pero yo no voy a quedarme en casa sin trabajar y viviendo de tu dinero —sentencio. Y sin darme cuenta, suelto nuestras manos. Tengo que ser firme si quiero que me escuche.

—¡Mi dinero va a ser tu dinero! No entiendo cuál es el problema —me grita.

Y en ese punto me callo, es inútil gritarnos metidos en el coche. Diego no va a bajarse del burro y yo no estaba dispuesta a ceder, ahora no.

—Me puedes llevar a casa de Rocío, he quedado con ella para comer —digo cambiando de tema a ver si las aguas vuelven a su cauce.

—Te dejo en el metro, que he quedado con Pablo— me responde igual de enfadado.

Rocío había preparado la mesa en su gigantesca terraza. Bueno ella no, el servicio. Sus padres no están y podemos hablar de todo en confianza. Llego de muy mala leche y no puedo evitar contarle todo lo ocurrido. Como siempre, ella intenta catalizar mi enfado.

—Diego igual solo quería darte una sorpresa con la casa y por eso no te contó nada —me dice con su vocecilla de no romper nunca un plato.

—Joder, Ro, pero hay temas importantes que tiene que hablar conmigo, creo yo.

—A ver, y es lógico que sus padres ya lo hubieran visto, yo también habría llevado a los míos antes de hacer una compra tan importante.

—Ya, pero qué menos que preguntarme qué quiero hacer, ¿no? No darlo todo por sentado. No hay comunicación entre nosotros, él actúa y yo ejecuto. Pues no. Me fui a vivir con él dejando mis clases en la universidad porque su madre me lo pidió, “él no sería capaz de vivir solo”, me dijo, ¿y ahora?... Ahora creo que están pensando que tengo que hacer lo mismo.

—Yo solo te digo que lo pienses, Oli. Si ahora terminas tu relación, ¿no crees que te vas a arrepentir? Habrás estado con él ocho años para nada.

Las palabras de Rocío se me quedan grabadas en la conciencia. Ocho años, ocho años de mi vida que están a punto de irse por la borda, sin más.

Comemos y nos quedamos un rato al sol mientras tomamos el café.

Estamos haciendo tiempo, a ver si Sara llega. Me cuenta que al final le ha dado su número de teléfono a Alejandro y que está esperando por si la llama para ir a cenar algún día.

—Ro, no es por nada, pero Alejandro tiene pinta de ser un mujeriego. Espero que no te enamores como una loca de él —le digo.

—A ver, solo me gusta un poco. No te pases. Está buenísimo, no creo que haya nada malo en quedar con él alguna vez.

Me encanta que se engañe a ella misma. No le gusta un poco, la tiene completamente embobada.

Por la tarde cojo el metro, al final Sara no ha podido acercarse y regreso a casa sola. Rita me ha dicho que hoy dormiría en casa de un amigo con el que ha quedado para cenar y que mañana domingo nos iríamos las dos solas a pasar el día juntas, como solía hacer con mi madre.

Entro en casa y no hay nadie. Una nota en la cocina dice que la cena está en el horno porque los padres de Diego han salido a cenar con unos amigos. Parece que todos tienen plan para el sábado, menos yo.

Cuando estoy en mi habitación quitándome la ropa para ponerme el pijama, oigo la puerta de casa. Es Diego, que ya ha vuelto. Entra en mi cuarto y cierra la puerta. Yo estoy de espaldas en braga y sujetador, no me giro.

—Peque, no quiero que te enfades —me dice abrazándome por la espalda. Sus brazos fuertes me aprisionan. Hunde su barbilla en mi hombro y me dice al oído—. Todo lo hago por ti, pequeña.

Y su “pequeña” me suena mal, me produce algo en el estómago, pero no son mariposas precisamente. Me da la vuelta y empieza a besarme. Yo le correspondo como he hecho tantos años. Las palabras de Rocío dan vueltas en mi mente, ¿voy a tirar ocho años de relación? ¿Será verdad que Diego no me engaña? Definitivamente no sé lo que quiero, pero una caricia de Alberto me provocó mil millones de sensaciones más que los besos de Diego, no hay que ser muy lista para ver que algo no funciona. Diego me tumba sobre la cama y sin quitarme el sujetador me baja las bragas, con precisión. Se quita la camiseta y el pantalón quedándose desnudo ante mi mirada. Su cuerpo está definido como siempre, pero no me fijo en cada centímetro de su piel como me gustaría hacer con el profe. Joder, Oliva, no creo que sea el momento idóneo para acordarte de él, me recrimino mentalmente.

Diego me abre las piernas y sin dedicar ni un segundo a tocar mi sexo me restriega su erección, buscando mi entrada. No me mira, solo mantiene los ojos cerrados mientras me sigue besando. En un movimiento único, me mete

la polla y yo arqueo mi cuerpo para recibirle. Le cuesta trabajo porque no estoy muy preparada. Lo nota, pero no hace nada para facilitar la tarea. Yo intento dejarme llevar y no pensar.

Quiero comprobar si sigue existiendo una conexión entre los dos, aunque sea ínfima. Necesito saber si al menos en la cama podemos amarnos. Le atrapo con mis piernas e intento darme la vuelta y quedar yo arriba. Él abre los ojos y se resiste la primera vez, a la segunda acepta el cambio de posición con sorpresa. Desde aquí arriba he conseguido que entre un poco mejor en mí, apoyo mis manos en sus hombros para ayudarme. Me empiezo a mover arriba y abajo, dentro, fuera, a buen ritmo.

Diego me agarra los pechos por encima de la tela, entonces me dejo llevar un poco más por la excitación y decido poner un par de dedos sobre mi clítoris, sin dejar de subir y bajar sobre su polla. Cuando estoy empezando a acariciarme y mi excitación aumenta, me corta.

—¡Eh, peque! Para darte placer ya estoy yo —me dice dándome la vuelta de nuevo y sujetando mis manos por encima de mi cabeza.

Ya no me puedo tocar. No ha sido capaz de dejarme llevar el control ni un minuto, nuevo récord. Mi cabeza en ese instante pulsa el botón de desconexión y solo soy un cuerpo que recibe estocadas, pero no de placer. Diego entra y sale de mí rápido, sin apenas rozarme. Sus caderas se mueven con repeticiones cortas y profundas. Me vuelve a besar sin soltar mis manos y en dos sacudidas más se corre dentro de mí. Gime y me susurra un “te quiero tanto”. Yo he cerrado los ojos y no quiero que preguntes qué me he imaginado. Siento vergüenza de mí misma y lo peor de todo es que él ni se da cuenta.

Me besa en la frente al terminar. ¡Joder, en la frente! Me cago en todo mentalmente. Se acuesta a mi lado, desnudo, y yo me siento ridícula. Con el sujetador puesto, sin bragas y con media calentura que no he podido aliviar, me levanto y, antes de que él diga una sola palabra, le digo yo.

—Me voy a la ducha.

Ojalá el agua caliente consiga borrar la sensación de malestar que tiene mi cuerpo ahora. Oliva, no te engañes, el agua limpia por fuera, por dentro la única cura posible la sabes tú.

24- PASANDO LOS DÍAS

La mañana del domingo, después de mi “medio polvo” o de mi intento de disfrutar del sexo fallido, como prefieras llamarlo, estuve contestando todos los *whatsapp* de Alberto. Después de salir de la ducha, lo único que hice fue hacerme un ovillo e intentar dormir y olvidarme de la actitud de Diego, que sigue sin ver que entre los dos no queda casi nada.

El profe empezó mandándome caritas tristes porque le había ignorado durante la noche y, como no es tonto y yo cuando me cabreo no sé disimular, ni siquiera escribiendo, acabó sacándome toda la información de mi sábado, incluida la parte sexual, sin detalles por supuesto. Aunque sí le dejé claro que no había funcionado. No sé qué me pasa, pero con él es con quien más hablo de sexo. Si se entera Sara, me matará. Al final me llamó y hablamos. Me pidió que no le ocultara nada y que si lo hacía con Diego tuviera la suficiente confianza para decírselo, es raro hablar de mi relación con él; aun así, me gusta que exista esa confianza. Noté como su voz se tornaba más ronca y divertida a medida que me escuchaba decirle que fue un auténtico desastre.

¡Joder!, Alberto debe ser de otro planeta. Es maduro, calmado, paciente... No sé qué ha visto en mí, si yo soy más bien una chica sin chicha ni limoná, como diría mi abuela.

Con él me siento yo..., al menos me dice las cosas claras y no me trata como si fuera su hermana pequeña, cosa que agradezco. Me ha dicho que tengo que ser firme y que tengo que hablar con Diego. Yo misma estoy dándome cuenta de que la relación con él no funciona como debería, la pelota está en mi tejado. Entiende que son muchos años y que me va a costar dejarlo, pero me insiste en que no puedo seguir dejándome llevar por la corriente.

El resto del domingo lo pasé con Rita, fuimos a comer al centro, las dos solas. Luego al cine y después paseamos por el parque del Retiro. Me recordó tanto a los domingos que pasaba con mi madre, que al final acabamos las dos comiendo pipas, sentadas en un banco y llorando acordándonos de ella.

El martes se volvió a Roma. No sin antes decirme que no tengo porque hacer todo lo que diga Carmen, ella mejor que nadie sabe cómo puede llegar a ser su hermana de mandona y controladora. Está muy contenta porque cree

que su siguiente destino será Los Ángeles, y nunca ha estado allí. A las dos nos vino a la mente mi padre. Bueno, ella y yo nos referimos a él como “el que puso la semillita”, porque realmente la palabra padre para alguien que ni tan siquiera me conoce le viene un poco grande. Si no mintió a mi madre, sabemos que era de allí, de Los Ángeles y Rita bromeó diciendo que si al final conseguía ese traslado intentaría dar con él, aunque solo fuera para tenerlo cara a cara.

Yo cuando era pequeña fantaseaba con que un día aparecería por casa o por el colegio a buscarme; pero enseguida comprendí que ni tan siquiera sabía de mi existencia, por lo que era algo improbable e imposible.

Cuando mi madre murió, volví a pensar en él, en que me habría gustado que alguien más de mi familia me apoyara en el peor día de toda mi vida; pero también ese día comprendí que no hace falta compartir ADN para tener familia, Sara y Rita no se separaron de mí.

El resto de la semana ha pasado más o menos como siempre. Diego está metido de lleno con su rutina de entrenamientos, comidas y descansos, porque este sábado comienza la liga y cree que debutará en su estadio, ante su afición. Los padres están igual de nerviosos que él, incluso han mandado venir el viernes a su hermano Raúl desde Barcelona, para que esté presente en su gran día.

Carmen, el mismo lunes, comiendo, me dijo que no sabía por qué no me había gustado el piso que va a comprar Diego. Solo me hablaba maravillas de la zona y de la construcción. ¡Coño!, si tanto le gusta, por qué no se va ella a vivir allí. No se lo dije, solo lo pensé.

Diego, mientras ella me daba la charla, permanecía callado, cosa que me repatea sobremanera, no entiendo por qué no es capaz de decirle que será decisión nuestra y no de ella. Por supuesto, no hemos vuelto a hacer el amor. Bueno, o a follar, para hablar más claro, y lo peor de todo es que a él le debe parecer de lo más normal no tocarme en toda la semana, y yo no hago otra cosa que pensar qué he hecho mal.

He estado mandando mi currículum a un montón de empresas, sobre todo del sector audiovisual, a varios medios de comunicación, editoriales... Aunque lo mío son los números, siempre me ha gustado todo lo relacionado con las letras. Espero que por favor no tarden en llamarme para empezar a hacer entrevistas. Necesito independizarme ya.

Hoy ha sido la primera vez que me he tenido que morder la lengua para no

montar un numerito en la mesa, y mira que yo tengo aguante, pero es que cuando estábamos con el postre sacaron el tema del trabajo y entonces casi exploto. Mientras les contaba que ya estaba buscando empleo y hablando de lo que me gustaría hacer, los tres, en vez de escucharme, ya me tenían preparada otra sorpresita. Sí, de esas que ellos manejan y que yo soy la última en conocer.

Después de que Diego insistiera un par de veces más con que es una tontería que quiera trabajar cuando el dinero no va a ser un problema, me suelta la bomba que han pensado para mí. Me dicen que por las tardes puedo trabajar en la correduría de seguros de Salva, su padre.

Con mucha cautela les he dado las gracias por pensar en mí y he declinado su oferta. Maldiciendo por dentro. Solo me faltaba trabajar para su padre, entonces mi círculo no sería cerrado, no, sería infranqueable. Trabajo, casa, ¿familia? Me he levantado nada más terminar y me he marchado a toda velocidad a casa de Sara.

—Pruébate este —me dice mi amiga tirando encima de su cama un vestido rojo pasión, como ella misma lo ha definido.

—Joder, Sara, te he dicho algo discreto, quiero seguir pareciendo yo. Con eso puedo pasar por una mujer de anuncio de navidad.

—¡Qué payasa eres, amiga mía! Este es súper adecuado para un cumpleaños en el Hotel Ritz.

Sí, tratando de desconectar de todo lo que me rodea estoy en casa de mi amiga para que me deje un vestido para la fiesta de cumpleaños de la madre de Alberto. Creo que estoy loca, porque no sé qué voy a pintar yo allí. Para colmo, ayer me dijo que va a ser en uno de los hoteles más lujosos de todo Madrid. Estoy tan nerviosa que creo que debería ponerle una excusa y no ir.

Lllaman al timbre y es Rocío. Ha decidido traer unos cuantos modelos suyos y así tengo más variedad donde elegir.

—Hola, nenas —nos saluda efusiva y saca de una bolsa de papel cinco o seis modelitos más. Yo no sé de dónde sacan toda esa ropa.

Me pruebo un montón; pero con casi todos me veo rara, como si no fuera yo. Realmente es lo que pasa cuando siempre vas con vaqueros y camisetas; que cuando te ponen algo un poco más elegante no te ves. Entre tanto trapito encuentro un mono de pantalón azul azafata, como me han aclarado mis amigas, yo había dicho azulón. Me lo pruebo y me veo mucho mejor que con los mini vestidos anteriores. Sara me saca unas sandalias negras con un buen

tacón y me pruebo todo el conjunto. No estoy acostumbrada a verme tan vestida, pero con este modelo no me veo mal. Hasta me gusta.

—¡Guau!, Oli. Estás guapísima —dice Ro dándome unos giros sobre mí misma para verme en 360 grados.

—¡Me gusta, nena! Este es el definitivo —sentencia Sara mientras empieza a guardar todos los modelos en el armario de nuevo.

Mientras me vuelvo a poner mi ropa, las pongo al día de la última sorpresa del trabajo que quieren buscarme en casa de Diego. Estamos casi en septiembre y todas queremos empezar a organizar nuestro futuro.

—¡Joder, Oli! Tienes que dejar esa casa ya. Ahora solo falta que también te digan si puedes trabajar y en dónde. Yo alucino —espeta Sara.

—Pues a mí me ha dicho mi padre que el quince de este mes empiezo el máster del banco, tengo que aprovechar al máximo estos días porque después voy a estar muy ocupada —nos dice Ro. Su padre ya le había insistido en que lo mejor era que cursara ese máster. Aunque cuesta una pasta, después tendrá casi asegurado un puesto de trabajo en la entidad. Ella, con tal de no llevar la contraria a su progenitor, ha aceptado sin darle más vueltas.

—Bueno, por lo menos sabes que después tendrás trabajo —digo yo con la voz un poco triste.

—¡Venga, Oli! Tus notas son buenísimas, seguro que no tardan en llamarte para alguna entrevista. Ya verás —dice Ro dándome ánimos.

—Pues yo quería contároslo con unas cervezas de por medio, pero ya que estamos sincerándonos —interviene Sara—. Me han contestado del Máster de Comercio Exterior. La semana que viene me voy a vivir a Londres todo el año.

Rocío la abraza muy fuerte y chilla de alegría. Sabíamos que Sara quería irse a vivir fuera y que ese máster era su gran oportunidad. Yo, aunque me alegro por ella un montón, me quedo algo estupefacta con la noticia, egoístamente me habría gustado seguir teniéndola aquí.

—¡Qué! ¿Tú no me vas a dar la enhorabuena? —me dice golpeándome en el brazo.

—Claro que sí. Ven aquí —le digo dándole un abrazo largo y empalagoso, como los que suele dar ella.

—¡Ey!..., no te pongas así. Siempre puedes ir a verme y en las vacaciones vendré. Yo también os voy a echar de menos.

Quando regreso a casa por la noche estoy más triste todavía, toda la

presión de la familia de Diego, y encima la noticia de la marcha de Sara, me ha entrado un poco de bajón. También estoy nerviosa porque mañana volveré a ver a Alberto y encima esa cena en el Ritz con muchísima gente que no conozco. Vamos, un cúmulo de cosas. Por otro lado, tengo ganas de salir y cambiar de aires. Olvidarme de mi vida en el barrio y desconectar un poco. Solo quiero pensar en mí.

—Toma, peque —me dice Diego acercándose una entrada para el partido del sábado—. Esta es para ti.

La cojo y la pongo encima de la cómoda. Me da un beso de buenas noches y me dice que se va a dormir. Me abraza con fuerza.

—Recuerda que mañana duermo en casa de Rocío —aprovecho para contarle esa mentira antes de que salga de mi habitación, no me apetece decírselo delante de sus padres, así evito ser su tema de conversación.

—Vale, pero ven a comer a casa el sábado y así vas con mis padres y con Raúl al estadio —me dice con un tono más firme de lo normal.

—Está bien.

Me da otro pico más y desaparece. No ha cerrado la puerta cuando empiezan a entrar un montón de *whatsapp*. No me hace falta mirar el móvil para saber que son de Alberto, mi profe.

Aceituna ¿interrumpo?

Ja, ja, ja. Ya está bien la coña, ¿no?

Vale, no sabes cuánto me alegra comprobar que tu novio sigue siendo igual de capullo.

Alberto.

Oliva.

Cambiamos de tema ¿Ya estás en Madrid?

Si ya estoy en la habitación 305 del Hotel Ritz, gentilezas de la anfitriona. No sé qué haces ahí, hoy ya podías estar durmiendo conmigo.

¿Ya? ¿Y quién te ha dicho qué mañana dormiré contigo? Creo que estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

Aceituna, no te hagas ahora la dura porque tú misma me dijiste el domingo que ibas a dormir conmigo. ¡Ah, claro! igual es que te pillé con las defensas bajas después de que tú novio te dejara a medias. ¿Recuerdas? Y ya sé que solo vamos a dormir, eso también me lo dejaste claro.

Pongo los ojos en blanco. Joder, Alberto es pura dinamita. Con solo leer su “dormir conmigo”, ya estoy sintiendo un pinchazo entre mis muslos.

Está bien. ¿A qué hora te veo allí?

Ven cuando quieras, la fiesta empieza a las nueve, pero ven antes que tengo una sorpresa para ti.

¿Sorpresa?... Joder, me das miedo, esta semana las sorpresas que me dan se convierten en pesadillas.

Oli, confía en mí. Mañana te espero. Piensa en mí.

Pensaré en ti, profe. Hasta mañana.

Y así, metida ya entre mis sábanas, pienso en él; en la sorpresa, en la fiesta, en su cuerpo desnudo a mi lado y en todo lo que me hace sentir sin haberme tocado todavía. Alberto, definitivamente, claro que pienso en ti.

25- FELIZ CUMPLEAÑOS, MADRE

ALBERTO

Acabo de salir de la ducha y estoy vistiéndome. Creo que, aunque todos vayan muy elegantes por tratarse de una fiesta en uno de los hoteles más lujosos de Madrid, yo me voy a decantar por una camisa azul y un chino claro, no quiero parecer recién salido de una campaña publicitaria. Además, sé que mi hermano ya vendrá hecho un figurín, prefiero que él sea el centro de atención y no yo. Antes de que me dé tiempo a atarme los botones de la camisa, llaman a la puerta.

—¿Sí? —pregunto mientras me acerco a abrir.

—Servicio de habitaciones —dicen desde el otro lado, pero yo no he pedido nada. Abro dudando y me encuentro a Sara, la amiga de Oli. En una mano lleva una mochila y con la otra agarra a su amiga, que se encoge de hombros y me mira entre asustada y nerviosa.

— ¡Hola, chicas! —digo haciéndolas pasar.

—¡Me cago en la hostia! ¡Menuda cama! —dice Sara soltando todo y tirándose encima del colchón en plancha. No puedo hacer otra cosa que descojonarme. Oli se tapa la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—¡Joder, Sara! Eres una puta loca —le recrimina.

—¡Calla, nena! Siempre he querido dormir en un sitio así. Me hacéis un huequito y os espero hasta que vengáis a la noche.

—¡Sara! —grita Oli enfadada. Yo todavía no he parado de reírme, estoy encantado de ver cómo estruja las almohadas.

—¿Qué? Yo no tengo problema y sé que al profe los tríos le molan. ¿Verdad?

Menuda cabrona la rubia. Ahora me tira su perlita y yo no puedo quedarme callado.

—Ya no me gustan. ¡Lo siento! —Y agarro a Oli de la cintura acercándola más a mí y dándole un beso en la mejilla, cerca de la comisura de sus labios —. Estás preciosa —le susurro como si su amiga no estuviera con nosotros.

Sara se levanta e inspecciona toda la habitación, jurando cada vez que descubre algo nuevo. Y cuando entra en el baño, vuelve a blasfemar.

—¡Joder, joder, joder... ¡Esto no es una bañera, es una piscina!

—¡Sara! El coche lo tienes en el carga y descarga del hotel y solo son diez minutos, te lo va a llevar la grúa —le amenaza Oli para que deje de husmear.

—Está bien, amiga ¡lo pilló! La alumna quiere estar a solas con el profesor. —Y se acerca hasta Oli para despedirse. Le guiña el ojo y le da un beso. Después viene a besarme a mí—. Trátala como una auténtica reina. ¿Entendido? Si no, te las verás conmigo —me amenaza mientras se gira hacia la puerta.

Cuando cerramos la puerta, Oli suspira.

—¡Lo siento! A veces no sabe controlarse.

—Tranquila, es muy divertido verla feliz —digo estrechándola entre mis brazos otra vez. Oli se aparta al cabo de unos segundos a recoger su mochila —. En esa mochila traerás tu súper camiseta, ¿no? —digo con sorna.

—¡Muy gracioso! Alberto, estoy muy nerviosa por lo de la fiesta; por favor, no me dejes sola cuando bajemos. No sé qué pinto yo aquí.

—Aceituna, no te dejaré sola ni un minuto. Y estate tranquila, tampoco tenemos que quedarnos ahí toda la noche. Sé tú misma, natural. Habrá un montón de gilipollas que ha invitado mi madre, pero no muerden, ¿vale?

— Vale... —musita.

—¿No quieres saber la sorpresa?

—¡Claro! Con los nervios ya se me había olvidado.

—¿Cuál es tu nivel de inglés? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—Bastante alto. Mi madre siempre se empeñó que conociera mi lengua paterna. Ahora me hace gracia. Es como si ella esperara que algún día mi padre fuera a aparecer por la puerta y se sentiría orgulloso si su hija le hablara en inglés. Es absurdo, lo sé, porque no sabe ni que existo —me dice con los ojos brillosos.

Me acerco a ella, le cojo la cara entre mis manos y la beso. La beso suave y lento, como había hecho la primera vez que la besé. Ella me recibe acercándose mucho a mí. Y me enciendo, me enciendo de tal manera que en segundos mi erección se le clava en el vientre, así, con un solo beso.

Venga, Alberto, estás jodidamente excitado con solo comerle la boca. Nuestras lenguas bailan de nuevo, juntas, revueltas, devorándonos el alma entre respiración y respiración. Oli reacciona primero y pone sus manos en mi pecho para separarme a modo de barrera. Yo protesto.

Joder, cada segundo que pasa es más difícil soltar su amarre.

Le explico que mi representante Eduardo le hará el lunes una entrevista.

Cada vez consiguen más trabajos en Europa y en Estados Unidos para los actores y actrices españoles y él necesita contratar a alguien que, aparte de números, sepa inglés a la perfección. Él es bueno negociando, pero el idioma no lo controla; por eso necesita a alguien que pueda manejar todos esos temas. Oli me mira incrédula, pero a la vez observo como se le pone una sonrisa en su preciosa cara.

—¿En serio? Pero yo no entiendo nada de ese mundillo —me dice asustada.

—Bueno, pero podrás aprender. Él ya sabe que acabas de terminar la carrera. Estate tranquila. Mañana tengo una cena con él y con más compañeros de la misma agencia, intentaré hablar maravillas de ti. ¿Te ha gustado la sorpresa?

— ¡Me ha encantado!, pero creo que deberíamos bajar o vamos a llegar tarde —me advierte cuando intuye que voy a volver a comerle la boca.

Me apetece una mierda ir a la fiesta, pero será mejor que bajemos y pronto volvamos a subir.

Oliva está preciosa con ese mono azul, es raro verla así de arreglada, pero me encanta, puedo notar que, aunque está nerviosa, le brillan los ojos por la expectación. Es la primera vez que está en un sitio así, y encima rodeada de un montón de gente que no conoce. Aun así, la chispa de sus ojos le delata, creo que le gusta la novedad.

Entramos al salón cogidos de la mano y me mira como un cachorrillo asustado. Hay bastante gente. Como siempre, mi madre tiene que organizar todo a lo grande. Oliva observa la majestuosidad del salón con los ojos como platos, mira las grandes lámparas de lágrimas de cristal que cuelgan del techo y las fuentes de chocolate que habrá encargado mi madre, no puede ocultar su fascinación. Están sirviendo un *lunch* y suena música de fondo, todo el mundo está de pie, por lo que al menos el evento es un poco más informal.

Puedo distinguir a amigos de mi madre y de su marido, políticos y bastantes empresarios de los importantes.

—Alberto, ¿ese de ahí no es...? —me pregunta Oli paralizada.

—Sí, Oli. Es el ministro de justicia. El marido de mi madre es juez. No te preocupes, ya te he dicho que no muerden. —Y dibujo una sonrisa para tranquilizarla. Alejandro enseguida nos divisa y se acerca con dos copas de vino blanco.

—Hola, Oli. Me alegra volver a verte —dice mientras le da dos besos y le

ofrece una de las copas.

—¿A mí no me besas? —pregunto socarrón. Sin que pueda decirme nada más, le quito la otra copa de vino que traía en su mano y doy un trago. Hace más de seis meses que no bebo, pero estar en el mismo lugar que el cabrón del marido de mi madre me crea ansiedad. Solo será una copa, tampoco habrá problemas.

—¡Alberto, no me jodas! ¿En serio vas a beber hoy? —pregunta Alejandro mirándome como si fuera un puto crío. Oli me ha mirado levantando levemente las cejas.

—Solo será una copa. Vete a lamer el culo a alguno de tus clientes —mascullo. Alejandro cabecea y nos deja solos.

Choco mi copa contra la de Oli y brindo con ella. Su sonrisa vuelve a su cara y me derrite por dentro. Comemos *sushi* y otras cosas minúsculas que sirven los camareros. El alcohol baja por mi garganta como si me quemara, será la falta de costumbre.

—¿Estás bien? —me pregunta tímida.

—Sí. No te preocupes, solo beberé un poco, me ayudará a liberar un poco de tensión.

Busco a mi madre entre todos los invitados, pero de momento no la veo. A Lidia sí, en cuanto se da cuenta de mi presencia viene a buscarme como una loca.

—¡Hola, Oli! Me alegra volver a verte —dice mientras le da dos besos—. *Bro*, ven conmigo, porfa, porfa..., queremos hacernos una foto contigo y subirla a Instagram, lo vamos a petar. —Y sin que pudiera negarme, ya está tirando de mí y llevándome donde están sus amigas. Oli se queda sola unos minutos.

Cuando me libero de las adolescentes y de sus hormonas, vuelvo donde he dejado a Oli; para mi sorpresa, ya no está sola, mi madre la acompaña.

—Hola, hijo. Me alegra mucho que hayas venido —dice mientras me da un beso en la mejilla—. Ya me he presentado a tu nueva amiga, Oliva. Le he dicho que es un milagro que hayas venido acompañado, debe de ser muy especial para ti.

—¡Felicidades, madre! —digo devolviéndole el saludo y cogiendo de la mano a Oli otra vez. No quiero que se ponga más nerviosa.

Oliva me mira y agradece mi gesto. La música se para y aparece en escena él. Felipe Costas, el cabrón del juez y marido de mi madre. Coge un

micrófono y suelta un discurso para felicitar a su adorable esposa. Hacía tiempo que no lo veía y, aunque pensé que sería capaz de controlarme, en cuanto escucho su voz todo mi cuerpo se tensa. Todos aplauden a la cumpleañera y le cantan el cumpleaños feliz. Ella se acerca hasta donde está su marido y le agradece sus palabras. Ahora suena su canción favorita y abren el baile, “My Girl” de Otis Redding.

Oli y yo posamos las copas y bailamos desde nuestro rincón. Oliva se apoya contra mi pecho y creo que sería capaz de cargarla sobre mi hombro ahora mismo y subirla a la habitación. Joder, no la dejaría salir de allí hasta el lunes.

—Tu corazón late muy deprisa. ¿Todo va bien, profe? —pregunta inocente mientras movemos nuestros pies al ritmo de la canción.

—Sí, aceituna, es que tenerte tan pegada a mí me produce taquicardias. ¿Quieres que te diga lo que estoy pensando para remediarlo?

—No hace falta, me lo puedo imaginar —dice tímida. Después me mira a los ojos y sonrío.

Me dedica esa sonrisa que ilumina su mirada y todo lo que tiene alrededor. Ver cómo está centrada solo en mí y en disfrutar es lo mejor de toda la jodida noche. Con eso ya casi soy capaz de olvidarme de todo lo demás. La canción cambia a una más movidita y nosotros seguimos hablando y disfrutando de nuestra noche. Mi hermano despliega todas sus artes amatorias y desde la distancia comprobamos como todas las féminas están babeando por él. Oli me cuenta que así es como tiene a su amiga Rocío, totalmente encoñada. Yo solo puedo apiadarme de ella.

Las luces se encienden un poco más y las puertas del salón se abren para dar paso a una nube de fotógrafos. No me lo puedo creer.

—¡Joder! ¡Putita encerrona! —maldigo entre dientes.

—¿Qué pasa? —pregunta Oli sorprendida al ver cómo me ha cambiado la cara.

—Pasa que mi familia habrá vendido la exclusiva del cumpleaños a varias revistas y así obtienen más publicidad para la futura carrera política del juez y para la cadena de centros de estética de mi madre. Es patético.

Sin que pueda moverme un centímetro, ya tengo a un par de *paparazzi* mirándome como un perro de caza a su presa. Yo me limito a girarme y a darles la espalda. Tengo que salir de aquí.

—¡Alberto, por fin te veo! —dice el puto juez con voz suave acercándose a

darme la mano. Como si no supiera que estaba aquí hace rato. Dudo en estrecharle la mano; pero Oli está a mi lado y tiene cara de no entender nada, así que se la doy de mala gana—. Encantado, señorita, soy Felipe, el marido de Candela —le saluda a ella también.

Oli le da la mano y ya estamos rodeados por toda la familia. Lidia me da un beso en la mejilla, es lo único que se salva de este sarao.

Los fotógrafos esperan delante de las fuentes de chocolate, que me imagino que sea el lugar elegido para el posado.

—Vamos, cariño. Vamos a hacernos una foto toda la familia junta —dice mi madre mirando a Oli, porque sabe que si me mira a mí la fulminaré con la mirada.

Me cago en todo. No pienso consentir que la meta en medio de esta mierda, a ella no.

Lidia y Alejandro ya están colocados esperando y Felipe me mira con aire triunfador.

—¡Venga, Alberto! Es el cumpleaños de tu madre, no creo que suponga tanto esfuerzo hacerte una foto con nosotros. —Y parece que el payaso está disfrutando haciéndome quedar como un gilipollas.

—¡No! —digo rotundo.

—¡Alberto, hijo! Es mi cumpleaños, ¡por favor!

—¡He dicho que no! No voy a sacarme ni una puta foto con él —y las palabras han salido de mi boca lo suficientemente claras para que todos los que están cerca las escuchen.

Oli me mira frunciendo el entrecejo, está quieta a mi lado. Mi tono de voz la ha asustado. Joder, cómo no supuse que toda esta mierda de fiesta tendría una doble intención. Para ellos es maravilloso salir en las revistas, como una súper familia unida y feliz, y nada más lejos de la realidad.

—Alberto, ya no eres un crío consentido de doce años. Hazlo por tu madre, que hoy es ella la protagonista. ¡Madura de una vez! —dice Felipe cerca de mi oreja para que nadie pueda escucharle. Joder. Noto cómo se me está hinchando la vena del cuello por momentos. Oliva a mi lado me observa atónita. Le partiría la cara aquí mismo, pero está todo el mundo pendiente de nosotros. Miro a Oli y me da la mano. Probablemente en mis ojos esté viendo toda la ira contenida.

Mi hermano se acerca para convencerme y el resto de los invitados ya están empezando a darse cuenta de la discusión. Para no montar el espectáculo más, y sin soltar a Oliva de la mano, me acerco a la mejilla de mi

madre, la beso y la felicito de nuevo:

—Feliz cumpleaños, madre. —Sin mirar a nadie más, abandono el salón con Oli de mi mano y sintiendo el disparo y el *flash* de algún fotógrafo a nuestras espaldas. Seguro que Alejandro ya se encargará de que esas fotos no vean la luz. O sí, quién sabe.

Subimos en el ascensor en silencio, me da rabia que Oli haya tenido que presenciar toda esta escena. Joder. La sangre me hierve y el corazón me late cada vez más fuerte, creo que no voy a ser capaz de controlarme. Entramos en la habitación y me voy al baño directamente, no puedo mirarla a la cara.

Pego un par de golpes a la puerta al cerrarla y suelto toda mi frustración. Oliva está fuera, pero no quiero que me vea así. No quiero que tenga miedo de mis fantasmas.

—Alberto. Dime si estás bien, ¡por favor! —me pregunta asustada al escuchar el golpe. Yo salgo del baño.

—¡Lo lamento, Oli! Necesito estar solo un rato y tratar de respirar —le digo cogiendo mi pitillera y saliendo de la habitación. Su cara de no saber qué coño pasa conmigo me ha partido en dos. Pero necesito tomar el aire.

La azotea es el lugar elegido para calmarme y tratar de respirar.

26- ME QUEDO O ME VOY

Estoy dando vueltas por la habitación del hotel sin saber qué coño hacer. Hace más de una hora que Alberto ha salido por la puerta y no tengo ni la menor idea de dónde puede estar.

¿Qué haces aquí, Oliva? No dejo de pensar que debería haberme ido, pero... Son más de las doce y no me apetece coger un taxi, volver a casa y tener que explicar con más mentiras que al final no he dormido en casa de Rocío. No, no es una buena opción. También puedo llamar a Sara, seguro que viene rauda y veloz a buscarme, pero tampoco me apetece tener que darle explicaciones a ella. No sabría muy bien qué decirle. Que ha sido una de las fiestas más raras de cumpleaños a las que he asistido. Qué había un montón de gente famosa que solo había visto alguna vez por la televisión, o que al final hemos salido de la fiesta como si hubiéramos cometido un delito.

No sé qué problema existe entre Alberto y el marido de su madre, pero el azul de los ojos de Alberto en cuanto le tuvo delante se convirtió en azulón, casi negro. No había visto tanta ira encerrada en un iris nunca. Casi puedo afirmar que sus ojos echaban fuego. Hasta la voz del juez le tensa. Algo gordo ha tenido que suceder en el pasado para que no sea capaz de estar relajado ante su presencia.

Su madre, su madre puede definirse como una mujer guapísima, bastante alta, con un buen cuerpo para su edad y con unos ojos casi felinos, se parecen bastante a los de Alberto, quizás sean un poco más transparentes. Se nota que tampoco derrocha cariño con él. Su relación es más bien fría. Me sorprendió que me dijera que tengo que ser muy especial para que me haya traído a la fiesta. Parece ser que Alberto Vega está o ha estado con muchas chicas, pero nadie pasa el filtro para llegar hasta su familia. Claro que, viendo que él con su familia no se lleva muy bien, es comprensible.

Sigo con la ropa puesta, solo me he quitado los tacones, pisando descalza la tarima de madera lustrosa de esta elegante habitación, voy caminando sin rumbo fijo. No sé si desnudarme y meterme en la cama a esperar que regrese, si quedarme vestida sentada en el sillón, no sé qué narices hacer y me siento estúpida y perdida. Perdida en una habitación de hotel en la que jamás imaginé estar y esperando a una persona de la que sé básicamente nada.

Oli, ¿estás segura de que quieres dar una oportunidad a todo esto? ¿A lo desconocido?... ¿A lo complicado?

Mi vida era sencilla y relativamente tranquila hasta que el huracán Alberto se cruzó en mi camino. Joder, no sé qué pasa conmigo. Vuelvo a pensar en los ocho años que he compartido con Diego y creo que Rocío no tiene razón. No es como si los tirara por la borda. Los años pasan y siempre sacamos cosas buenas y malas, creo que nunca el tiempo es perdido. Aunque no consigas el fin con el que un día fantaseaste, siempre te quedarán los momentos que viviste. Los recuerdos que guardas en esa parte positiva de tu memoria.

Tampoco me estoy haciendo ilusiones con Alberto, aunque pueda parecerlo, yo soy consciente de nuestras diferencias. Él es actor, famoso, guapo, oscuro, maduro, decidido... Yo en cambio soy más bien poca cosa; pequeña, normalita, anónima, sin grandes sueños, indecisa. Aun sin creer en los cuentos de hadas, Alberto tiene algo que me atrae de tal manera que no me quiero quedar con las ganas de descubrir si esa atracción puede llegar a funcionar entre los dos. Es como si una vocecita me susurrara que tengo que intentarlo.

Decido lavarme los dientes, quitarme el poco maquillaje que dejé que Sara me pusiera y desnudarme. Al final en mi mochila he traído un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes negros de seda que Sara me ha dejado. Se empeñó en que me lo pusiera para dormir y no matar a Alberto con mi cuerpo desnudo (si no iba a ser capaz de hacerlo con él hoy tampoco, me dijo). Es muy considerada mi amiga con el profe. Le hago caso y me lo pongo. Me meteré dentro de las sábanas a esperar que Alberto no tarde en calmarse y vuelva a mi lado.

Cuando apago la lámpara, la puerta de la habitación se abre. Estoy de espaldas y noto como Alberto va a tientas por la habitación para no dar la luz, supondrá que estoy dormida.

—Puedes encender la luz, estoy despierta —digo incorporándome en la cama con una voz muy bajita.

—¡Lo siento, Oli! ¡Lo siento tanto! —su voz suena apagada y ese tono ronco que tanto me gusta de él ha desaparecido.

Yo misma enciendo la luz y lo que veo me encoge un poco el corazón. Alberto tiene los ojos rojos, muy rojos. Puede que haya estado llorando, pero también sé que viene de fumar, porque el olor a marihuana invade la

habitación cuando su cuerpo se acerca al mío. Anda cabizbajo y con las manos caídas a ambos lados de sus piernas. Me fijo en que trae los nudillos bastante machacados, probablemente haya sido del golpe que dio antes de irse. Me levanto y le miro la mano.

Él está desabrochándose la camisa. Cuando le toco, baja más la cabeza y esconde sus ojos azules entre sus dedos, no me mira a la cara.

—Hay que poner hielo en esa mano —digo sin titubear.

—Aceituna, ¿estás enfadada? —me pregunta sentándose en el borde de la cama. Sigue sin mirarme de frente.

—No. No estoy enfadada, solo un poco sorprendida por todo.

Abro la pequeña nevera y compruebo que no hay hielo. Decidida, cojo el teléfono y llamo al servicio de habitaciones para pedirlo, me siento como una actriz de una película, porque la verdad es que en mi vida había hecho nada parecido. Mientras espero que llegue el hielo, Alberto se levanta, deja la camisa en el sillón y se va al baño. Oigo el agua correr.

Abro la puerta y recojo la cubitera. Con el mismo trapo que viene atado alrededor, cojo hielo y lo envuelvo. Entro en el baño a buscarle. Alberto está sentado en el borde de la bañera, con los codos posados en sus rodillas y la cabeza entre las manos.

Sin decirle nada, me pongo de cuclillas para quedar a su altura, le cojo la mano y le pongo el hielo. Se queja un poco, pero aguanta todo lo que puede. Con su otra mano libre, pasa los dedos por mi melena, como enredándomela. Sentir su contacto de nuevo me relaja. Ha vuelto, está aquí conmigo. Necesito que me cuente qué es lo que le pone en ese estado, necesito saber qué sucedió para poder comprender su comportamiento.

Al cabo de unos minutos, el hielo empieza a derretirse y se lo retiro, por fin levanta la cabeza y me mira.

—¡Oliva, perdóname! —me dice clavando sus ojos azules en los míos. Mi corazón late más fuerte otra vez y mi respiración se acelera.

—No tengo nada que perdonarte. Me gustaría que me contaras por qué te has puesto así.

Alberto se levanta y cuando no siento su contacto temo que vuelva a irse dejándome sola de nuevo. No quiere hablar del tema, pero estoy convencida de que le vendrá bien sacárselo de dentro.

—Tienes que hablar conmigo, Alberto. Quiero escucharte.

Se agacha y cierra el mecanismo de la piscina, como la llamó Sara esta tarde, y enciende el grifo.

—Necesito darme un baño, aceituna. Huelo a alcohol y a maría, no me voy a meter así en la cama contigo.

—Está bien —digo dándome por vencida. Le dejo solo en el baño y me voy a la cama.

Me molesta que no sea capaz de hablar conmigo, se le ve tan meditabundo que seguro que tiene la necesidad de tener a alguien en su vida que realmente le escuche sin juzgarle. Una idea se cruza por mi cabeza. Joder, Oliva, de esta le acabas matando.

Salgo de la cama de nuevo y me voy al baño. Cuando entro, Alberto ya está dentro de la bañera, solo tiene la cabeza apoyada en el borde y está rodeado de espuma. El baño huele a vainilla, como mi champú. Tiene los ojos cerrados y parece relajado. No me ha visto, pero la puerta al cerrarse chirría y entonces abre los ojos. Sin decir nada, observa como me saco la camiseta por la cabeza mostrándole mis pechos, así, sin más ceremonia.

—Aceituna ¿qué haces? —me dice con su voz ronca de nuevo. Esa que me excita y que hace que quiera más. Noto como traga con dificultad.

Oliva, céntrate, hoy no es el día, aunque sea ya casi imposible soportarlo.

—Voy a bañarme contigo. A mí también me vendrá bien. —Y acto seguido deslizo el pantalón por mis caderas y lo dejo caer en el suelo. Me estoy muriendo de la vergüenza, aquí desnuda, delante de él. Alberto pasea su mirada por mi cuerpo de arriba abajo, haciéndome un repaso rápido y cierra los ojos otra vez negando con la cabeza.

—Joder, si paso esta prueba, tendré el cielo ganado, ¿verdad? —pregunta con un atisbo de sonrisa.

Yo en un movimiento veloz ya estoy dentro del agua, colocada en el otro extremo de la bañera, ventajas de que tenga este extraordinario tamaño. Mantengo mis piernas encogidas y me abrazo las rodillas. Alberto, al ser tan alto, tiene sus piernas estiradas y sus pies rozan mis caderas, tengo que concentrarme mucho para que no se note que su contacto enciende todas mis terminaciones nerviosas. El agua caliente ayuda a relajar un poco la atmósfera, pero solo un poco.

—No vas a dejarme solo hasta que no te lo cuente, ¿no? —dice el profe mirándome como nadie jamás me ha mirado, con devoción.

—Correcto, profe —contesto con sorna.

—Ven aquí —me dice alargando su mano para coger la mía.

—Alberto, yo...

—Oli, pégate a mí, ¡por favor! No podría hablar contigo sintiéndote tan

lejos.

Más nerviosa que en toda mi vida, me deslizo por la bañera y llego hasta él. Me da la vuelta y nuestros cuerpos encajan a la perfección. Apoyo mi espalda en su pecho, dejando reposada mi cabeza a la altura de su hombro, en esta posición mis nalgas quedan por debajo de su... Pene... Polla... Miembro. No sé cómo referirme a su sexo en estos momentos; bueno ya me has entendido, ¿no? Que es el final de mi espalada el que lo nota, no mi culo, hablando claro. Sus largas y musculosas piernas abrazan el resto de mi cuerpo. Y sus brazos se colocan estratégicamente rodeando mi cintura. Tengo que ahogar un gemido cuando está a punto de rozarme el pecho. Él también gruñe, sé que se está conteniendo para no estar dentro de mí de una jodida vez; pero no puedo, todavía no.

—Alberto, sé que esto dista muy poco de una infidelidad. Pensarás que soy una gilipollas reprimida y que me estoy engañando a mí misma; pero si tenemos sexo hoy, mañana no podré ser capaz de entrar en la que ha sido mi casa todos estos años y mirar a los ojos a la que ha sido mi familia, ¿lo entiendes? No es solo por Diego, es por todos. Necesito salir de allí antes, ¿podrás esperar?

—Shhh... No digas más, claro que esperaré, esperaré todos los putos días de mí vida, si es necesario. Oliva, me gustas y me gustas tanto que mi cuerpo y mi cabeza ya te pertenecen.

Me giro y le doy un beso, suave y tímido, notando como su barba me produce un cosquilleo en la cara. Estando los dos desnudos dentro del agua, cualquier movimiento más brusco puede encender la chispa y se desatará el fuego. Es breve pero intenso.

—Ahora te escucho —le digo para que comience a hablar.

Alberto me empieza a hablar bajito, casi como un susurro.

—Cuando te conté que mi padre se mató por mi culpa, solo fue una versión resumida. Mi madre ya se veía con el juez en Gijón estando casada con mi padre. Los martes y jueves dejábamos a mi hermano entrenando y, como yo pasaba del fútbol, me iba con ella a hacer tiempo para luego recogerlo. —Yo escucho con atención y puedo sentir cómo le cuesta dejar todo salir, pero continúa—: Al principio, dábamos paseos o íbamos a merendar por ahí, pero entonces una tarde todo cambió. Me dijo que tenía trabajo y que solo sería un momento. Fuimos a un hotel del centro, subimos a la última planta, a la *suite* y allí nos abrió el juez. Me dejaron en el salón viendo los dibujos animados y ellos entraron en la habitación y cerraron la puerta. Yo tenía nueve años y era

muy inocente, Oli. No tenía ni idea de lo que pasaba allí. Las visitas se hicieron más frecuentes y encima siempre me tenían preparadas un montón de golosinas y refrescos para hacer mi hora en aquel salón más agradable. Todavía cuando lo pienso... —Me quedo callada sin saber muy bien qué decir. Solo entrelazo mis dedos con los suyos que siguen pegados a mi estómago. Pobre Alberto—. Casi durante un año estuvieron así, primero era una vez al mes o dos, después la frecuencia aumentó. Ella y mi padre ya empezaban a hablar de separarse, pero mi padre no aceptaba que ella quisiera dejarle. El día que se mató, fui yo quien le dijo que mi madre probablemente estaba en ese hotel. Le di hasta el número de habitación, Oli. ¡Joder!, ¿cómo pude ser tan idiota? —entonces se suelta de mí y se pasa las manos por el pelo.

—Alberto, eras un niño. No te podías imaginar que aquello iba a terminar así —digo cogiendo sus manos y devolviéndolas al sitio donde las tenía—. El resto no es culpa tuya, fue un accidente.

Alberto cierra los ojos y se deja guiar solo por mi contacto, a ratos parece relajado y otros frustrado. Lo entiendo más de lo que se pueda imaginar. Sé la sensación de vacío que sientes cuando pierdes a quien te dio la vida.

—Cuando mi padre murió, mi madre no tardó ni seis meses en mudarse a Madrid con Felipe y nos trajo con ella. Mi hermano estaba encantado; casa enorme en un buen barrio, habitación para él solo, juguetes, equipamientos de fútbol, caprichos...; pero yo empecé a entender que a ese señor yo ya le conocía y qué no era trabajo precisamente lo que iba a hacer allí mi madre con él. Si a eso le sumas que la muerte de mi padre era como una losa para mí, que nadie sabía que yo le había dado la localización de mi madre, ni que dejé que se fuera así de bebido a buscarla. Entonces empecé a soltar toda mi ira contra el mundo en general.

El agua empezaba a quedarse fría, así que le pido a Alberto que nos vayamos a la cama. Primero me levanto yo y me pongo el albornoz gris plata que hay detrás de la puerta. Rápido, intentando cubrir mi cuerpo.

—Eres preciosa, Oli, no sé qué haces aquí con un capullo como yo —me dice respirando profundamente.

—Aprender, profe, aprender —le digo coqueta.

Oliva, no pienses en sexo ahora. Ahora no.

Alberto también sale y nos tumbamos fuera de la cama, con los albornoces puestos, creo que si seguimos piel con piel no vamos a ser capaces de tener

las manos quietas. Y, así cara a cara, me sigue contando.

Me narra que no soportaba tenerle cerca, ni que tocara a su madre delante de él. Odiaba su casa, su vida y empezaba a odiarla a ella, porque para él tenía la misma culpa de la muerte de su padre. Un día le contó que él había dicho a su padre dónde poder encontrarla, necesitaba soltar esa losa y sincerarse, ella ni tan siquiera le calmó. Como si su muerte le fuera ajena. Lo único que hizo fue llevarle a la mejor psicóloga infantil de la ciudad.

En el nuevo colegio enseguida empezó a tener problemas con todo el mundo y un día el juez decidió que lo mejor era meterlo en un internado y zanjar el problema. Acabada de nacer Lidia y dijo que no quería que su hija se criara con un descerebrado violento en su casa. Su hermano, ajeno a toda la historia por aquel entonces, disfrutaba de su nueva vida tan feliz.

En el internado las cosas no fueron mucho mejor; encima de soportar a lo mejor de cada casa que estaba allí dentro, tuvo que aguantar los abusos de autoridad de los curas que le molían a palos a la más mínima. El Juez era uno de los mayores benefactores del internado, contribuyendo con ello a que le mantuvieran a raya. Llegó a escuchar como el juez animaba a un cura para que no se cortara, que cuanta más mano dura empleara con él, más entraría en razón. Las fiestas y las vacaciones, cuando volvía a casa, lo único que hacía era encerrarse en su habitación y estar con Lidia; cuando no estaba su padre delante, claro.

Alberto me habla más relajado, como si al estar contándome todos sus fantasmas liberara su alma.

Los minutos pasan y yo solo soy capaz de mirar esos ojos azules y escuchar. Estoy cansada y él empieza a notarlo.

—Aceituna, vamos a dormir. Se te están cayendo las pestañas.

—No, sigue, por favor, quiero seguir escuchándote —suplico.

—No hay prisa, Oli, mañana te contaré más. —Y entonces me besa, suave y calmado, como en la bañera.

Tiene razón, mis párpados me pesan y mi alma un poco también, conocer toda la historia de Alberto me ha dejado molida. Sin poder evitarlo, me duermo apoyada en su pecho, no creo que exista mejor almohada.

Y sí, definitivamente, he hecho bien quedándome.

27- Y LLEGÓ EL DÍA

Alberto se ha empeñado en traerme de vuelta a casa, ahora que ya ha recuperado su carné y puede conducir su coche. Le he insistido en que no hacía falta, pero ha dicho que su mejor alumna se merece ir en un coche cómodo y confortable, no estrujada en el transporte público. Suena en la radio “Be The One”, de Dua Lipa, y pierdo mi mirada en el tráfico de Madrid y en el ritmo de la canción. Si le miro, corro el riesgo de derretirme o de sufrir pinchazos fuertes entre mis muslos, esos que te hacen juntar mucho las rodillas para contenerlos y que solo siento cuando estoy con él.

No está guapo, no, está como un galán de Hollywood. ¿Qué ironía, verdad? Por algo es actor. Su pose, su perfil con media sonrisa, su boca, su aspecto desenfadado debajo de sus gafas de sol (unas Persol con los cristales verdes, muy retro, no conocía la marca, pero lo he leído en la patilla, ahora mismo parezco una fan loca de esas que tiene), no le podían encajar mejor. Su barba de tres días perfectamente recortada. Sus antebrazos fuertes, con sus venas marcadas agarrando el volante ¡Uf, Oli!, su imagen todavía es más sensual, si eso es posible. Porque por primera vez en mi vida siento la sexualidad en el ambiente. Mi imaginación vuela y ahora mismo estoy sujeta por esos brazos en posición horizontal.

Esta mañana nos hemos despertado tarde. Los dos seguíamos con los albornoces puestos encima de la cama y nos hemos reído porque teníamos pinta de escena de película, de esas clásicas que nos hemos prometido volver a ver juntos. Me ha dado un montón de besos de buenos días; con lengua, sin ella, suaves, profundos, deleitándose, con sus dedos revolviendo mi melena. He tenido que pedirle calma o no iba a ser capaz de parar. Alberto se ha levantado de la cama intentado controlarse y ha pedido que nos subieran el desayuno a la habitación. Cuando ha dado una propina al camarero, he caído en la cuenta de que anoche, cuando subieron el hielo, yo ni tan siquiera hice el amago. Habrán pensado que soy una mal educada. Cuando se lo he contado a Alberto, se ha descojonado de mí, por sonrojarme ahora por eso. Me ha dicho que con la pasta que ha dejado su madre, con la fiesta y la habitación, tienen más que suficiente para dar un sueldo digno a los camareros, así que no tengo por qué preocuparme.

Ha seguido contándome parte de su adolescencia. Por suerte, en unas vacaciones que se fue a Gijón, llegó tan delgado y tan triste que su abuela Rosa se dio cuenta de que algo no funcionaba, a diferencia de su madre, que pensaba que eran típicos problemas de adolescente. Consiguió sincerarse con ella, le contó cómo se sentía en el internado y el empeño del juez de mantenerle a raya. Le pidió encarecidamente que convenciera a su madre para que le dejase ir a vivir allí de nuevo, pero que no le contara por todo lo que había pasado. Su abuela solo quería verle sano y feliz, por lo que accedió a su petición y se lo llevo a vivir con ella.

Su madre no es merecedora de ese título. Alberto habla de ella como si no lo fuera, no sé si me explico. Dice siempre madre, no mamá, y se nota que cuando se refiere a ella le sigue guardando rencor. No sé si por consentir que Felipe moviera los hilos para alejarlos o porque sabe que ella, a pesar de haberse dado cuenta de que algo no iba bien, hizo la vista gorda. Sé que no está cómodo hablando de ella y no he querido insistir más. La ha definido como una mujer egoísta y anulada por su marido. Aunque también he podido notar la lucha interna que siente Alberto, creo que él a veces quiere que su relación vaya a mejor, intentando olvidar el sufrimiento de hace años; pero definitivamente, con escenas como la de ayer, no creo que esa sea la manera de conseguirlo.

En cambio, en cuanto menciona a su abuela le cambia el gesto. El cariño y el amor que le faltó de su progenitora lo ha suplido con creces con el cariño y el amor que le ha dado su abuela.

Me dio tanta pena oírle hablar así de esos años, que hasta que yo con quince me hubiera quedado definitivamente sola me pareció poca cosa al lado de lo suyo. Se tuvo que sentir muy mal en ese internado. Por lo menos, yo tuve la suerte de vivir en una casa con una familia, nada de casas de acogida o centros de esos para menores. Los padres de Diego y él vinieron a mi mente. ¿Estás convencida de cerrar esa puerta, Oli? ¿Lo has pensado bien? Siempre serán como mi segunda familia, pero creo que lo tengo muy claro.

Alberto notó como a ratos desconectaba de la conversación y, como ya empieza a conocerme, sabía que estaba dándole vueltas a algo en mi cabecita. “Deja que todo siga su cauce, aceituna”. “Vamos a disfrutar de habernos encontrado”. Y así una tras otra, sus frases se clavaban dentro de mí, como intentando restaurar el agujero que empezaba a abrirse en mi pecho.

El desayuno ha sido increíble, sin palabras. Había de todo lo que puedas

imaginar y lo que no también. Teníamos hambre, al fin y al cabo la cena había sido a base de mariconadas, como dijo él. Después de acabar con todo, fui a darme una ducha. Alberto me recordó que lo del baño de anoche fue lo más surrealista que había hecho, básicamente porque se muere de ganas de tocarme, no solo mirar, recalcó. Gruñó un par de veces cuando le dije que en esta ocasión me iba a duchar sola, sin él contemplándome. Me encanta ver como su voz se vuelve ronca y maldice entre dientes, a pesar de la tensión sexual.

Hemos salido del hotel cogidos de la mano, como una pareja cualquiera, no sé en qué estaba pensando, porque me he dejado llevar. He sentido un hormigueo continuo desde mis dedos hasta el centro de mi vientre.

¿Qué significa todo esto? Pues no lo sé, pero me muero de ganas de adivinarlo.

Mando parar a Alberto al lado de casa de Sara. No quiero que nadie me vea saliendo de su coche, no vaya a ser que tenga que dar explicaciones.

—Bueno, profe. Ha sido un placer —digo mientras me desabrocho el cinturón.

—El placer ha sido mío. Bueno, quien dice placer dice ausencia de ello. — Y me guiña un ojo acompañado de su sonrisa más descarada. Su mano está posada encima de mi rodilla y yo siento un pequeño escalofrío.

—Nos vemos mañana para que me des detalles de la entrevista y todo lo demás, ¿no?

—Sí. Esta noche ya concreto con Eduardo y mañana te digo, Oli. Ya te he dicho que te esperaré, pero intenta arreglarlo pronto. Me pierden las ganas de ti —dice haciendo un mohín y dándome un suave beso en los labios. Me quedo bloqueada, por sus palabras y por el beso. Joder, Oli, estás ya en el barrio, tendrías que tener cuidado y no estropearlo antes de ponerle fin.

—Lo intentaré —digo entre balbuceos saliendo del coche.

Una vez en la calle, miro en todas las direcciones posibles y no veo a nadie conocido, subo a casa de Sara a trompicones, ni que me estuvieran persiguiendo, y llamo rápido a la puerta.

— ¡Hola, nena! Venga, cuéntame todo.

Y claro que se lo cuento. Le narro minuto a minuto mi estancia con Alberto en el Ritz; la sorpresa de la entrevista, la fiesta, la discusión, la huida, el regreso, el baño. Bueno, aquí tengo que parar un rato porque los

improperios que salen de su boca no me dejan continuar. “Que si al pobre ya no le puedo poner más pruebas”, “que al final va a resultar ser gay”, “que ahora mismo estarán extirpándosela”, y así un largo etcétera... De las confesiones de Alberto no le cuento mucho, solo que no se lleva muy bien con su familia, sin entrar en muchos detalles de su intimidad y el rico desayuno del que he disfrutado.

—Joder, eres una perra con suerte —se burla—. ¿Y ahora qué?

—Pues ahora tengo que comer en casa con la familia de Diego, cambiarme y asistir al primer partido de liga del que ha sido mi único novio. Sonreír, mostrarme feliz porque haya cumplido su sueño, y de verdad que sí que estoy feliz por él. Probablemente, ir a cenar con todos para celebrarlo y conseguir estar un rato a solas con él para decirle que el lunes tengo una entrevista de trabajo y que voy a buscar un sitio dondeirme a vivir sola, porque creo que nuestra relación está muerta.

—Vaya, ya veo que la teoría la tienes controlada, solo te falta ponerlo en práctica de una vez —dice Sara, resuelta.

Cuando tienes las cosas tan claras en tu cabeza y estás decidida que hoy será el día, siempre hay algo que se tuerce. Pues bien, en mi caso tengo el presentimiento de que será así.

El guion que presenté a Sara en su casa esta mañana se está desarrollando casi como lo previsto. Hemos comido los cuatro en casa. Sin Diego. Él estaba concentrado desde esta mañana con el equipo. Raúl es el único de la familia que no está nervioso. Dice que su hermano solo se ha preparado en la vida para que llegara este momento y que no hay por qué preocuparse. Carmen y Salva están atacados. Sus miedos se centran en; y si juega mal, y si no le ponen, y si se lesiona otra vez. Y si, y si... Vamos, unos auténticos agonías.

Hemos llegado al estadio con bastante tiempo de antelación y después de tomar un café estamos esperando ya sentados a que empiece el partido. Diego juega de titular, así que la familia está algo más relajada. Yo solo contemplo a la multitud cantar y no me dejo envolver por el ambiente. A mí alrededor veo chicas muy monas, como recién salidas de esas webs de moda, imagino que algunas sean las mujeres o novias del resto de jugadores, porque estamos

cerca del palco y las entradas siempre las suelen regalar en la misma zona para los familiares. Yo comparada con ellas soy como la prima que acaba de llegar del pueblo y no le ha dado tiempo a arreglarse. No hay ni rastro en mí de tacones, maquillaje o extensiones. Estoy contenta, porque sé que para Diego es un día especial, algo de lo que le he oído hablar un millón de veces, su sueño hecho realidad. Cuando dejó sus estudios y no fue capaz de aprender un oficio, jugó todas sus cartas a esta lotería del fútbol y hoy por fin resulta ganador. El partido es aburrido, ningún equipo ataca claramente y los minutos pasan. Raúl habla con sus padres del juego del hermano y del equipo en general, y yo hace un par de minutos que he apretado mi botón de desconexión. Ahora precisamente no puedo dejar de pensar en el cuerpo de Alberto metido en esa piscina/bañera. Sí, es así. La realidad está delante de mi cara para abofetearme. Oliva, vuelve.

La segunda parte no empieza mucho mejor, pero al menos me entretengo un rato leyendo los *whatsapp* del chat de las tres mellizas.

Ro: *Nenitas, acabo de recibir “la llamada”.*

Sara: Anda, como la peli y ¿quién es ese Dios?

Ro: *Alejandro. Me va a llevar a cenar esta noche a un sitio nuevo donde es difícilísimo encontrar mesa.*

Sara: Joder. Dices te va a llevar, como si fueras impedida y no pudieras ir por ti misma.

Ro: *¡Vale, capulla! Es una forma de hablar. Me hace ilusión que me haya llamado. Es una cita.*

Sara: Es lo que es, no vayas ahora a hacerte ilusiones y vomitar toda clase de frases empalagosas.

Y entonces intervengo yo:

Yo: **¡Paz entre las nenas! Está bien Ro, disfruta, pero sin ilusionarte como una colegiala ¿vale?**

Traté de poner orden, pero sin aguar la fiesta a nadie.

Ro: *¡Que si! No soy tonta, sé cuidarme.*

Sara: ¿Qué tal el partido?

Yo: **Aburrido.**

Sara: Mucho mejor los largos que hiciste ayer en la piscina, ¿no?

Ro: *Pero ¿ayer no tenías la fiesta en el Ritz?, ¿es que fuiste a nadar antes?*

Yo: **¡Joder! Para qué te habré contado nada.**

Sara: Si nadó, pero en el baño, entre el agua y las babas que soltó al ver a

Alberto en pelotas.

Ro: *¡Vaya! y yo ¿por qué soy la última en enterarme?*

Antes de que pueda contestar, la afición se pone más agitada, levanto la vista del móvil y veo como Diego va con el balón en los pies, se acerca hasta el área, regatea al portero y marca el primer gol. Se vuelve loco de alegría y con él todo el estadio. Como dedicatoria, elige acercarse hasta nuestra posición y mover el dedo índice señalándonos a todos; en definitiva, a toda su familia. Su madre empieza a llorar de la emoción y su padre abraza a su hermano. Después me abrazan a mí. Estoy contenta, por él y por todos. Me gusta verlos felices.

El partido termina con ese resultado y estamos fuera esperando que Diego salga. Probablemente tendrá que atender a la prensa, ya que se trata de su debut, encima con gol incluido. Yo les cuento la crónica a las chicas y quedo en que nos veremos el domingo.

Al cabo de mucho rato, por fin Diego sale. Lo primero que hace es abrazar a sus padres, que le comen a besos, sobre todo su madre, como si fuera un niño pequeño, y después choca la mano con su hermano y se dan un abrazo. No puede disimular que está pletórico.

—Peque. Estoy tan feliz —me dice dándome un beso en los labios.

—Me alegro mucho por ti —contesto convencida.

—Siento no poder ir a cenar con vosotros. Hay cena de equipo para celebrar la victoria. Así que voy a casa a cambiarme y me marchó, que no me da tiempo —nos anuncia—. Tenéis mesa en el asador argentino del barrio. Id vosotros, invito yo.

Y sin más, se marcha. ¿Qué te había dicho yo? Pues eso, esta parte es la que precisamente no estaba en el guion.

Pensé un par de excusas para no tener que ir a cenar los cuatro; pero Raúl me miró con cara de "venga, no me dejes solo con mis padres que es sábado", y la verdad es que no encontré ningún motivo para rechazar esa cena. Cuando se lo escribí a Sara, casi viene a buscarme con una mentira tipo "es una urgencia urgentísima", "ha ocurrido una catástrofe" o algo parecido, pero le dije que era mejor dejarlo estar.

Oliva y su "déjalo estar".

28- BENDITA COINCIDENCIA

ALBERTO

Volver a conducir mi coche callejeando por Madrid después de tanto tiempo sin poder hacerlo es una sensación cojonuda, pero nada comparable con haber pasado con Oli las últimas horas. Joder, eso sí que ha sido la puta bomba.

Oli, mis ganas de ti no se quitan, se acumulan.

Como siempre, he estado a punto de joderlo todo, parece que esa es mi cruz. Cuando creo que voy a estar bien, soy incapaz de no fastidiarla. La maldita fiesta de mi madre, a la que más bien me invitaron como valla publicitaria, tener que enfrentarme a todo mi pasado, al juez, a los fotógrafos... Agradezco que ella estuviera a mi lado en ese momento, porque con su presencia consiguió que reprimiera mi ira e incluso sentí como apoyaba mi comportamiento. No me juzgó y no se separó de mí. Probablemente alucinó con todo lo que estaba sucediendo; pero solo permaneció a mi lado, y eso era justo lo que necesitaba. Sí, lo sé, después salí huyendo de la habitación y no la podría haber culpado si en ese instante ella hubiera vuelto a su casa y me hubiera mandado a la mierda, pero no quise asustarla más y no podía dejar que viera toda la mala hostia que sentía por dentro.

Subí a la azotea del hotel y me asomé al cielo de Madrid. Me fumé más de mi dosis habitual de marihuana y pensé en lo puta que es la vida a veces. Intento acercarme a mi madre, intento borrar de mi mente los años en los que me sentí tan solo; pero al final me doy cuenta de que ella no cambiará nunca. Si no fue capaz de dar la cara por mí delante de su marido cuando me mandó a aquel internado, no va a dejar de estar a la sombra de él ahora, después de tanto tiempo es mucho más difícil. Cuando empecé a calmarme, lo vi claro. Estaba lamiéndome las heridas del pasado como un gilipollas, otra vez, teniendo a Oliva, solo para mí, en la habitación unas plantas más abajo. Su vida tampoco ha sido fácil, en cambio ella siempre tiene la virtud de mirar hacia adelante. Entré con miedo, por si ella ya se había ido. Suspiré aliviado cuando la vi moverse en la cama. Estaba increíblemente sexi con ese pijama

negro, pero yo me sentía tan avergonzado que me costó bastantes minutos poder mirarle a la cara.

Cuando estaba en la bañera y ella entró y comenzó a desnudarse, fue como si una ráfaga de aire caliente, muy caliente, envolviera la atmósfera y me impidiera respirar. Eché un vistazo rápido a su perfecto cuerpo y me ahogué las ganas de salir del agua, llevarla a la cama y perderme entre cada centímetro de su piel. El resto de la noche hubo de todo. Confesiones, complicidad, indirectas; al fin y al cabo, intimidad. Pura intimidad. Porque cuando estoy con Oli soy yo, sin máscaras, al menos intento no ocultar nada de lo que siento.

Eduardo me abre la puerta de su ático en pleno Paseo de la Castellana.

—¡Vaya!, por fin me honras con tu presencia —dice displicente mientras me da paso.

—Se han acabado las vacaciones, tendré que empezar a trabajar, ¿no? Si no, ¿cómo vas a pagar todo esto? —Y hago un gesto señalando su salón de sesenta metros cuadrados.

Eduardo me ofrece un vaso de agua, él fue el primero que me obligó a dejar de beber alcohol durante un tiempo, lo rechazo.

—Puedo tomar una cerveza. Ayer bebí dos copas de vino —digo como si me estuviera confesando en una reunión de alcohólicos anónimos.

—¡Joder, Alberto! No puedes volver a liarla; ¿sabes, no? Después me resulta muy difícil encontrarte un papel.

—Tranquilo. Conozco mis límites. Quiero estar bien.

—¡Eso espero! Por tu bien. Ahora dime quién es esa damisela en apuros que me estás intentado colar en la oficina.

Yo me río, porque Eduardo me conoce muy bien. No voy a decir que es como si fuera un padre para mí, pero sí una especie de padrino. Es mi primer y único representante, nos une una relación laboral y de amistad desde hace más de diez años. Lo sabe todo de mí. Lo bueno, lo malo, lo sentimental, lo laboral. Él fue el único que se dio cuenta de que, después de que María se fuese de mi vida, sin decirme adiós, comencé a dejarme caer. Si él no hubiera llegado a tiempo ese día a mi casa, quizás hoy no estaría entre los vivos.

Le cuento todo sobre Oli. Bueno, al menos lo principal; recién licenciada, inteligente, guapa, nivel de inglés muy alto. Me dice que él ya no tiene edad para enseñar a nadie el oficio; pero es mentira, porque no tiene ni cincuenta,

odia confesar su verdadera edad. Sé que le encanta su trabajo. Seguro que cuando conozca a Oli va a resultarle muy reconfortante abrirla a este mundo del espectáculo, aunque ahora se quiera hacer el duro.

—Hazlo por mí. De verdad que sé que es la persona idónea para el puesto —digo convencido.

— Sí. Lo que tú quieres decir es que es idónea para meterse en tu cama. ¡Cabrón!

Los dos nos descojonamos por su ironía, pero enseguida le aclaro que precisamente ahí, de momento, solo ha entrado para dormir. Eduardo empieza a cagarse en todo y a partirse el culo delante de mi cara. En su concepto sobre mí, eso es prácticamente imposible. Si yo le contara las veces que “mi alumna” me ha puesto a prueba, se le caería un mito.

A las diez estamos sentados en una mesa de uno de los restaurantes más modernos de Madrid. Eduardo ha invitado a cuatro actores más de sus representados y a un par de actrices que quería captar, todos jóvenes. Por supuesto también está Marga, su eterna secretaria/amiga con derecho a roce. Vamos, que se puede decir que es como una cena de empresa. Con Miguel y Héctor ya he coincidido en la última serie, nos llevamos bastante bien después de compartir tantos días de rodaje y al resto los conozco de vista o de encontrarnos en Atalaya Talentos, como se llama la agencia.

La cena es entretenida, solo bebo una copa de vino para brindar por muchos éxitos más y después tomo agua. Mientras charlamos sobre el futuro del sector, las manías de algunos directores y sobre cómo le encanta a Eduardo meternos el miedo en el cuerpo diciendo que el gremio está muy mal. Estoy a punto de mandar un *whatsapp* a Oli para decirle que esté tranquila, que probablemente el puesto sea suyo. Pero como yo también conozco a Eduardo, no quiero adelantarme a su veredicto, por si al final él se echa atrás. Cuando quiere puede ser muy caprichoso y, aunque confío plenamente en las capacidades de Oli, él tendrá la última palabra.

El que sí me manda un *whatsapp* a mí es Alejandro, me dice que está terminado de cenar con Rocío y que después se pasarán por Gabana, una de las discotecas más famosas y exclusivas de Madrid. A mí no me va para nada ese ambiente de pijos y *barbies*, pero sé que Eduardo es un asiduo, y más si está con sus representados. Siempre dice que es todo *postureo*, necesario para que nos llamen los mejores productores. “Hay que aparentar que te mueves bien en cualquier ambiente”, nos recalca siempre que puede. Yo no estoy

muy seguro de su teoría, pero no le voy a llevar la contraria, así que le contesto a mi hermano que probablemente luego los veré allí.

Los gorilas que están en la puerta nos dejan pasar sin problemas. El sonido ensordecedor del reguetón me recuerda por qué no me gusta para nada el bullicio de las discotecas. Yo soy más de ir a esos bares que son auténticos antros, en los que no tienes ni la menor idea de por qué huele a tabaco si hace ya unos cuantos años que prohibieron fumar dentro de los locales. Me gusta la música de los 80 y los 90, el *rock* y poder escuchar a las personas que están conmigo bebiendo una copa. Aquí tienes que desgañitarte para que te entiendan y aun así te pierdes la mitad de la conversación porque es imposible oír nada.

Me fijo en que hay bastante gente. Eduardo nos hace pasar al final de la barra mientras habla con un encargado para que nos preparen un reservado. Mi hermano está en la esquina apoyado charlando con Rocío. Me acerco y les saludamos. Eduardo habla con Alejandro de algo de trabajo y pasan todos al reservado.

— Yo voy primero al baño —dice Rocío antes de ir a sentarse.

Yo miro dónde se han sentado y le digo que la acompaño, así aprovecho y voy yo también.

Como es habitual, para entrar en el baño de chicas hay cola. Dejo a Rocío esperando y entro en el de los chicos. Agradezco que esté un poco insonorizado, porque por lo menos no hay tanto ruido dentro.

Nada más entrar y pasar la zona de los lavabos, me encuentro con una pareja. Ella está sentada en el inodoro haciéndole un buen trabajo a él. Menos mal que el tío apenas se ha bajado el pantalón y no le veo el culo, habría sido una imagen un poco desagradable. Eso sí, a ella la veo muy animada ¿Qué pasa, que los baños son tan estrechos que no han podido cerrar la puerta? O quizás son de los que les gusta que los vean. ¡Joder! Y lo cojonudo es que están tan entregados en la mamada que les da igual que yo haya entrado, ni se inmutan.

En ese momento me suena la señal del móvil, he recibido un *whatsapp*. Paso al baño más alejado de ellos y miro la pantalla. Es Oli.

Hola, Profe. ¿Qué tal tu noche?

Hola, aceituna, pues la noche está yendo bien, quizás ahora está siendo un poco rara.

¿Rara? ¿Por qué?

Joder, pues porque pensé que la gente ya no tenía sexo en las discotecas, casi todo el mundo tiene una casa o un coche, ¿no? Pero escucha...

Y entonces, aunque está a tres baños de distancia, los gemidos del tío que está recibiendo el trabajito llegan hasta mí y no se me ocurre otra cosa que poner la grabadora y mandar una nota de audio a Oli.

“Sí, así. Cuidado con los dientes..., más abajo, perfecto. Joder, qué bien me la comes, nena..., sí...”.

Oli me contesta mandándome un montón de emoticonos de cara de sorpresa y alucinación con un “joooooooooder” interminable.

¿Y tú, qué tal?

Me atrevo a preguntar deseando que me adelantase algo de su día con Diego.

Yo estoy en el barrio, tomando unas cervezas con Sara y Raúl, el hermano de Diego. Bueno, ahora en el baño también porque ya no me aguantaba, pero aquí no hay escenas tórridas ni nada de eso. Mañana ya hablamos, profe.

Y yo me quedo con un millón de preguntas dentro y me despido.

Está bien aceituna. Yo estoy aquí con Rocío y mi hermano, me imagino que ya te habrá dicho que han ido a cenar. Mañana te veo entonces. Piensa en mí.

Guardo mi móvil, meo rápido y salgo del baño. Rocío todavía está en la cola, que es como interminable.

— ¿Todavía sigues aquí?

—Sí, al final me lo hago encima. —En ese mismo momento, la chica que acababa de hacer una buena limpieza de sable en el baño de los tíos sale y el resto de sus compañeras de género la miran con mala cara, intuyen que se ha colado en el baño de los tíos a hacer pis y saltarse la cola. ¡Qué inocentes!

—¡Joder, vaya morro! ¿Hay muchos tíos dentro? —pregunta Rocío, creo que planteándose entrar para no tener que esperar toda la noche.

—Solo uno, que me imagino que esté esperando a que se le baje la erección, porque la chica que acaba de salir le estaba haciendo una buena mamada.

—Joder ¿en serio? Yo flipo —dice sacudiendo la cabeza.

Me apiado de la pobre Ro, que ya está cruzando una pierna con otra y dando saltitos para no mearse encima.

—Pasa al de los tíos, que yo te acompaño —digo. Más que nada para que

no se sienta intimidada si alguno le dice algún improperio.

— Joder, no me lo hubiera planteado jamás, pero será mejor eso que hacérmelo encima.

Paso con ella, mientras unas cuantas chicas más le gritan de todo menos bonita. En los lavabos, lavándose las manos, está “el satisfecho”, una sonrisa de oreja a oreja me confirma que el trabajo ha sido placentero y limpio. Rocío, que camina delante de mí con paso ligero, de repente se frena en seco y se queda paralizada.

—Ho...la, Diego —balbucea.

—Hola, Rocío..., ¿qué coño haces tú en el baño de los tíos? —pregunta él, y entonces me mira a mí y me sonrío—. ¡Chico con suerte! —añade.

Rocío tiene los ojos abiertos como platos y me parece que quiere decir algo, pero no le salen las palabras. Yo dudo. Se tratará de un ex novio o algo parecido y su presencia la ha dejado bloqueada.

—¡Ro, venga, que te lo haces encima! —la apremio para que avance.

En una décima de segundo, entra al baño y cierra la puerta.

El tal Diego desaparece y entran un par de tíos más. Entonces, no sé cómo ni por qué encajo todas las piezas en mi cabeza, como si se tratara de un enigma que acabo de resolver.

Diego, Diego... Rocío como si hubiera visto al mismísimo diablo. ¡Hostias! No puede ser. Oli diciéndome que estaba con su hermano y Sara. ¿Y él?

No me jodas que va a darse la bendita casualidad de que Diego, el novio de Oli, fuera el de la mamada. Me cago en la puta.

Rocío sale del baño y solo tengo que fijarme en su cara para confirmarlo.

—¿Ese Diego no sería...?

Y ella me interrumpe antes de poder terminar la pregunta:

—Tenemos que contárselo a Oli —sentencia.

29- BOFETADA DE REALIDAD

Al final ayer nos liamos en el bar de Lolo y, cerveza va, cerveza viene, volvimos a casa casi a las tres de la madrugada. Raúl, Sara y yo nos pusimos a hablar de nuestra infancia en el barrio; de los gallos del colegio y cómo han acabado, de las peleas a pedradas en el único descampado que nos quedaba cerca o de cómo mientras uno compraba chuches y entretenía al tendero, otro mangaba regalices. Entre risas y alcohol se nos pasaron las horas volando.

Raúl es muy distinto a su hermano, ahora entiendo por qué está encantado viviendo en Barcelona lejos de todo esto. Él tiene una mentalidad mucho más abierta y cosmopolita. Si se hubiera quedado aquí, no habría sido ni la mitad de feliz.

Es muy parecido a su tía Rita, ahora que lo pienso. Raúl es guapo; no se parece mucho a Diego, pero es muy mono también, alto y con un aire de bohemio que encandila. En algún momento de la noche me fijé en cómo mi amiga le ponía ojitos. Casi estuve a punto de carraspear y levantarme para dejarlos solos, pero yo también me lo estaba pasando bien y no me apetecía levantar mi culo de esa silla y volver a casa. Tendré que preguntar a Sara si le gusta Raulito. Que yo sepa, nunca me ha hablado de él. Quizás sea su amor secreto desde la niñez, aunque es muy raro que nunca me lo haya mencionado. También puede ser que todo lo que nos contó él de su vida en Barcelona le atraiga, como si le gustara mucho el envoltorio, no sé si me explico.

Durante un rato estuve mandándome mensajes con Alberto, me contó que su noche iba bien, que estaba con Rocío y su hermano en una discoteca y hasta me mandó un audio de una mamada que estaba presenciando en directo en un baño. Joder, a él no se lo dije, pero escucharlo me produjo el mismo escalofrío que cuando Diego por error marcó mi número y tuve que escuchar su “encuentro sexual”, o lo que fuera, ya que él sigue negándolo todo. Sé que él me lo mandó en plan coña, pero no sé por qué se me puso mal cuerpo.

Cuando llegamos a casa, Diego todavía no había vuelto, parece ser que su noche se alargó; debut, gol y triunfo, combinación perfecta para tomarse unas cuantas copas rodeado de compañeros y “amiguitas”, la vida soñada de la mayoría de los futbolistas. Así que me metí en la cama y desconecté.

Desconecté de él, no del profe. Alberto ocupa cada vez más espacio en mi cabeza. Puede sonar mal, pero al intentar dormirme, cerré los ojos y la imagen de los dos, metidos en aquella bañera volvió a mi mente. Una corriente eléctrica me atravesó el cuerpo solo con su recuerdo. Mi piel se erizó y me dejé llevar. Probablemente, las cervezas que me había tomado me ayudaron, empecé a sentirme tan desinhibida y tan relajada, que me gustó.

Su pecho, sus brazos alrededor de mi cintura, su corazón latiendo a compás del mío; primero fuerte, luego cardiaco. El susurro de sus palabras, sus miedos. Sus dedos largos con miedo a rozarme sin permiso. Sus gruñidos y su voz ronca al verme desnuda. Su olor a lima y azúcar, cítrico y dulce. Su pene rozando mi espalda. Grande, bastante grande, aunque solo lo haya visto unas décimas de segundo.

Sin darme cuenta, mi mano derecha se fue deslizando por mi abdomen, con una leve caricia hasta el interior de mis braguitas. Una vez allí, me toqué. Me toqué suave y lento. Fui capaz de sentir mil millones de sensaciones solo con sus recuerdos, ¿qué vas a hacer cuando por fin te toque, Oliva? ¿Derretirte?

Definitivamente, Alberto Vega me está cambiando. Creo que no me masturbaba desde los primeros años de la adolescencia, cuando empiezas a descubrir tu propio cuerpo, antes de estar con Diego, por supuesto. Ni tan siquiera cuando Diego me deja a medias se me pasa por la cabeza la idea de terminar yo misma. Pero anoche, anoche fue distinto. Necesita liberar el placer acumulado en mi sexo, y así lo hice. Dejándome llevar. Después me dormí hipnotizada por la imagen de los ojos más azules que he visto en mi vida. Como si fueran mi bálsamo.

Ahora, que debe ser como tardísimo, me estoy despertando. Sara me dijo que a la una viene a buscarme y nos vamos al centro con Ro de vermús, es su último domingo en Madrid y quiere aprovecharlo pasando un buen rato las tres juntas. No me quiero poner triste y pensar que mi amiga, mi único apoyo en los últimos veintiún años, me va a dejar una temporada.

Fuera pensamientos egoístas, Oli. Las dos tenéis que echar a volar.

Voy al baño, me ducho y por primera vez en mucho tiempo me quedo delante del armario pensando qué voy a ponerme. Hoy volveré a ver a Alberto y me apetece ponerme algo más alegre de lo que es básicamente mi indumentaria habitual. Aunque sea septiembre, sigue haciendo muy buena temperatura, así que me decido por un pantalón corto azul con una blusa, en

vez de mi típica camiseta y me calzo unas bailarinas azules que creo que me van perfectas con el resto, dejando mis *converse* para otro día. Joder, Oliva, no te reconozco, primero tu placer nocturno contigo misma, ahora preocupada por tu vestuario. A pesar de todo, sigo siendo yo, me repito para mí. Es importante que no se me olvide.

En la cocina no hay rastro de nadie. Como casi es la hora de irme, solo me como un plátano, me vendrá bien para mantener a raya la resaca. Antes de coger mi fular y mi bolso para bajar al portal, se despiertan Diego y Raúl pillándome a punto de salir.

—Buenos días, cervecera —me dice Raúl con sorna.

—Buenos días, mangante de regalices. —Y los dos nos descojonamos.

Diego nos mira con extrañeza y recorre la distancia que nos separa, me agarra de la cintura y me da un beso en la boca metiéndome toda la lengua como si no existiera un mañana. ¿Cómo? ¡Ver para creer!

—Buenos días, peque. ¿Dónde vas tan arreglada?

—¿Arreglada? —pregunto extrañada, a veces parece que con que me vista y me calce para él ya es arreglarse, como si fuera una salvaje o algo parecido —. He quedado para comer con las chicas en el centro.

—Vale, pero ven pronto por la tarde que me apetece estar un rato contigo a solas.

¿Sí? ¿Me he perdido algo? Me está pareciendo todo muy raro, él tan cariñoso desde primera hora, besándome así, delante de su hermano y ahora diciéndome que le apetece estar conmigo. En fin, mucho mejor que sea así, porque esta tarde quiero hablar con él definitivamente, a ver si es verdad que podemos estar solos y consigo hacerle entender que tenemos que poner fin a esta relación.

—No tardaré en volver.

Me despido de Raúl, por si luego ya no le veo, y me bajo a la calle.

Sara ya está en su Mini esperándome. Nos saludamos y acto seguido le pregunto si le mola Raúl. No paro de darle vueltas desde ayer y me pica la curiosidad. Con un gesto con su dedo, me indica que si estoy loca y sigue concentrada en el tráfico. Ni tan siquiera me pone verde. ¡Qué raro! Va haciendo zigzag por todas las calles de Madrid hasta que metemos el coche en un *parking* cercano a donde hemos quedado. Durante el trayecto ha puesto la música a tope y casi no me ha hablado, a ratos parecía como ida. Me imagino que sea que está nerviosa por su marcha a Londres.

—Hola, chicas —nos saluda Ro, que ya nos espera sentada en una terraza en Chueca.

Pedimos unos vermús, que para eso es domingo, y entonces suena mi móvil. Es Alberto. Me levanto y me alejo un poco de la mesa para poder hablar mejor.

—Hola, profe.

—¡Hola, Oli! ¿Estás con las chicas?

—Sí, estamos en una terraza en Chueca. Si te apetece, puedes venir.

—Me encantaría, pero llamaba para decirte que no voy a poder quedar hoy contigo.

Sus palabras me desilusionan un poco, tengo muchas ganas de verle. Mi cara debe de reflejar tristeza, aunque nadie me ve.

—Me han llamado de Gijón, mi abuela se cayó esta mañana y la están operando de urgencia, ya estoy yendo de camino.

—¡Vaya, cuánto lo siento!

—Creo que solo es la cadera, pero no quiero que esté sola.

—Está bien, tranquilo.

—Oli, tienes que hablar con las chicas, ellas te lo explicarán todo, ¿vale? Si después de apetece llamarme, hazlo. Si ves que no lo cojo, igual es que ya estoy en el hospital, pero en cuando pueda te devuelvo la llamada.

Que hable con las chicas, que me lo explicarán todo, no entiendo nada. Hoy están todos muy raros.

—¡Joder, estáis todos como raros!, o igual soy yo. Vale, hablaré con ellas, aunque no sé de qué.

—Aceituna, luego lo entenderás. De verdad que me encantaría estar ahora ahí contigo. ¡Lo siento!

—Está bien. Luego hablamos —contesto y cuelgo. Una sensación de malestar empieza a recorrer mi cuerpo. ¿Qué coño pasa?

Casi sin sentarme en la mesa de nuevo, no me puedo aguantar más y exploto.

—Era Alberto, se ha tenido que ir a Gijón y no va a venir. Me ha dicho que hable con vosotras. ¿Se puede saber qué coño pasa?

—A ver, Oli, tranquilízate. Habíamos quedado con Alberto aquí para contártelo los tres; pero si él no viene, ya te lo decimos nosotras —dice Sara seria.

—Quieres dejarte de tanta ceremonia. ¡Al grano! — espeto.

Entonces, para mi sorpresa, es Ro la que empieza a hablar.

—Oli, ayer vi a Diego en Gabana por la noche.

—¿Y? ¿Qué más? —insisto temiéndome lo peor. Sara está a mi lado, callada, y eso sí que es una mala señal.

Rocío me cuenta paso a paso lo que ella vio. La cola del baño, como salió Alberto contándole lo de la mamada, después como salió la chica y que dio la puta casualidad, ella dice maldita, que es muy fina, que cuando ella entró al baño allí estaba Diego lavándose las manos y no había ningún tío más dentro.

—Blanco y en botella —me dice triste.

—¡Joder! Si es que es un hijo de puta —dice Sara apretando los dientes—. No voy a decirte esa frase tan manida de “te lo dije”; pero, coño, es que me lo pones a huevo, Oli.

Yo solo intento procesar sus palabras, de repente estoy como en un planeta a millones de kilómetros de la tierra, me he tele-transportado en una décima de segundo y observo desde la lejanía como mis amigas hablan de Diego y de la que se la chupaba, que si él es un cabrón y no sé cuántas cosas más. No sé qué reacción tener; levantarme y marcharme sola a deambular por las calles de Madrid, presentarme ya en casa y mandarlo a la mierda, recoger todas mis cosas y... Respiro un par de veces tratando de recuperar el sentido común.

—He escuchado el audio —les digo sin ninguna expresión.

—¿Qué audio? —preguntan al unísono.

—Joder, el de la puta mamada. Alberto me lo mandó ayer desde Gabana en plan coña y da la puta casualidad de que era Diego. ¡Soy idiota! ¡Qué asco!

— ¡Mierda! —dice Ro dándose golpes con el móvil en la cabeza. Probablemente lo acabe de recordar, porque seguro que ayer Alberto se lo contó.

—¡Vamos, Oli! No digas tonterías. Diego es un cabrón. El imbécil es él por engañarte con cualquier zorra en un baño de una discoteca. ¡No me jodas! Si hasta para eso le falta clase.

Más que pena, lo que empiezo a sentir en este momento es un torbellino de sentimientos que se desbordan por todo mi cuerpo; rabia, ira, frustración, desgana, desilusión... Ahora ya no hay vuelta atrás. Tengo que enfrentarme a él. Tengo que decirle que si nuestra relación no significa nada para él, por lo menos que me lo hubiera dicho. No entiendo nada, sale a tener sexo con otras y conmigo no quiere. Encima una mamada, que nunca han sido sus favoritas. Claro, que puede que sea mi boca solo la que no se quiere follar. ¡Joder! Delante de mí tengo la oportunidad de empezar sola de nuevo. Sin él, sin la

que ha sido mi familia hasta ahora, sin estar en su casa, sin todo lo que he vivido desde que se murió mi madre.

—Tendrás que enfrentarte a él, y esta vez espero que no seas tan tonta de pasar esto por alto —recalca Sara.

—Creo que tu relación sí que está acabada —dice Ro haciéndome un mohín.

—¡Vaya! ¡Menuda novedad! Lo que me parece increíble es que tú todavía sueñes con los peces de colores y no te hubieras dado cuenta. Yo lo sabía hace tiempo —insiste Sara otra vez.

—Bueno, ya sabemos que tú no crees en el amor, ni en las relaciones duraderas, pero yo sí, y pensé que después de estar juntos ocho años acabarían juntos para siempre. Seré una imbécil romántica —dice Rocío medio ofendida.

Mientras mis amigas se enzarzan en un diálogo sobre la vida y el amor, las relaciones y las expectativas, todo hablando delante de mí como si yo no estuviera presente, yo por fin soy consciente de que acabo de recibir una bofetada de realidad.

30- MENTIRAS Y MÁS MENTIRAS

Mientras subo en el ascensor a la que ha sido mi casa en los últimos años, repaso mentalmente todo lo que quiero decirle. Son tantas cosas que espero no dejarme nada. Con las chicas después de comer he hecho una especie de ensayo general; pero ya se sabe, luego las cosas, en caliente, no salen igual de bien que como las tenías planeadas. La fuente es fiable, primero le vio Alberto en plena faena y después Rocío se encontró con él. Creo que no es la primera vez y ahora estoy mucho más convencida de que cuando estaba de vacaciones y me llamó por error estaba igual de ocupado que ayer. Sara tiene razón y debe de llevar bastante tiempo engañándome, pero ya se sabe que la interesada es la última en enterarse.

Sara me ha dicho que puedo quedarme en su casa el tiempo que sea necesario. Es más, ella se va el jueves a Londres y tendré su habitación para mí sola. Marta, su madre, me considera parte de la familia, así que comprenderá fácilmente mi situación. Como medida provisional está bien; pero yo quiero ponerme las pilas y empezar a salir adelante yo sola, sin la ayuda ni el respaldo de nadie. Oliva necesita salir del cascarón y volar. Sé que será difícil independizarme, pero no pierdo la esperanza de que lo pueda conseguir.

He hablado con Alberto también, ya está en Gijón y me ha dicho que su abuela ya estaba en una habitación. Me ha pedido disculpas mil veces por no haber estado hoy conmigo para contarme lo que pasó y sobre todo por haber sido tan imbécil de haberme mandado ese audio con Diego gimiendo. Dice que si llega a saber que era él, jamás se le hubiera ocurrido, a pesar de insistirme en que no quita para que le considere un auténtico gilipollas. Alberto cree que después de tantos años de relación nos merecíamos un final mejor. Me encanta que siempre sea tan comprensivo, sé que conmigo hace buen acopio de su paciencia y es una de las cualidades que más admiro en él. Ya le he explicado que él no tiene la culpa de nada y he intentado restarle importancia al hecho de que Diego no va a poder negarme que fuera él, si al final le pongo la grabación (no estoy convencida de querer escucharlo con él), y todo gracias a que al profe le pareciera gracioso pasarme el audio. Se nota que Alberto está preocupado por mí, sabe que ahora voy a dejar esta

casa y que voy a sentirme más sola. Para cambiar de tema le he preguntado por mi entrevista de mañana y me ha dado un par de consejos para que me gane a Eduardo y el puesto sea mío. Después de darme la dirección y de decirme que le llame las veces que haga falta, nos hemos despedido. Él con su “piensa en mí, aceituna” y yo con “tengo muchas ganas de verte”. Se ha debido de quedar tan alucinado con mis palabras que, para destensar el ambiente, me ha mandado un montón de emoticonos con los ojos abiertos como platos. Es verdad que ahora mismo me encantaría estar encajada en su pecho, oliendo su colonia y escuchando como late su corazón; pero antes de poder disfrutar de ese momento, tengo que poner punto y final a mi única historia de amor, o de desamor, para ser más exactos. Tengo que afrontar la realidad.

Al meter la llave en la cerradura, es como si el pomo tuviera pegamento. Mis dedos se quedan anclados en el frío metal y mi mente da vueltas como un torbellino. Adelante, Oli, esta vez no puedes mirar para otro lado y dejarlo pasar. Ahora puedes poner a Diego contra las cuerdas.

Diego está en el salón y al oír la puerta cerrarse me llama.

—Peque, ven a tumbarte un ratito conmigo. Están echando una peli de esas viejas que te molan. —Entro en el salón y a duras penas puedo contener las lágrimas al verle. No soy yo de montar numeritos, no me van ni los gritos ni los insultos, aunque se haya comportado como un cerdo conmigo. Respiro y me armo de valor. Oliva, no te derrumbes antes de hablar o no serás capaz de despacharte a gusto. La vida para Diego sigue siendo igual. En vaqueros, descalzo, con su camiseta favorita puesta, tirado en el sofá, ajeno a todo lo que yo sé de él y ajeno a que esta vez será nuestra despedida.

—Diego, mañana tengo una entrevista de trabajo —le digo intentando que las palabras no se me queden atravesadas en mi garganta—. Voy a hacer la maleta y esta noche ya dormiré en casa de Sara. —Antes de que pueda seguir hablando, se levanta como un resorte al ver mi cara.

—¡Ey, pequeña! ¡No digas tonterías! ¿Por qué narices vas a irte de casa? —Y coge mi cara entre sus manos. Puedo ver como sus ojos contemplan con extrañeza mi expresión, está intentando mantener la mente fría. Sus manos no me dan calor, más bien todo lo contrario. Intenta acercar sus labios a los míos, pero me aparto.

—¡Diego, suéltame! —digo con tono despectivo. Nunca imaginé que esa expresión saliera de mi boca.

—Oli, ¿qué ocurre? ¿Qué te está pasando?

—No sé, dímelo tú ¿Qué tal lo pasaste anoche en Gabana?

—Bien. Ya te ha venido tu amiguita con el cuento, ¿no? ¡Venga, peque! Otra vez con las mismas idioteces. Estaba de fiesta, había niñas, nada más. Solo tomé unas copas para celebrar mi debut. Yo solo estoy contigo, no necesito buscar nada más por ahí. Eres mi pequeña.

—Ja, ja, ja —emito una sonrisa falsa—. Joder, por lo menos deja de decirme mentiras de una vez. Creo que después de ocho años me merezco algo más que tus putas mentiras —y ahí sí que alzo la voz.

No va a confesar la verdad nunca.

Entonces es cuando se pone a la defensiva, sabía que esa iba a ser su baza, negarlo todo e intentar convencerme otra vez de que son tonterías mías.

—¿Qué cojones te ha contado Rocío? Porque, hasta donde yo sé, ella era la que estaba entrando en el baño de los tíos con un maromo, vete tú a saber qué iba a hacer allí con él. Yo solo estaba lavándome las manos. Y después salí al reservado a seguir bebiendo. ¿Qué hay de malo en eso? —y su voz empieza a hacerse notar.

—Está bien, Diego. Se acabó, creo que nuestra relación de pareja hace tiempo que no funciona, aunque tú te niegues a verlo y yo no quiero seguir aguantando más. Mucho menos cuando tú te enrollas con otras y yo soy la imbécil que se entera la última. Probablemente hace mucho tiempo que lo haces.

Me giro para irme y me agarra de la muñeca, fuerte.

— ¡Joder! Me estás empezando a sacar de quicio. Seguro que te ha calentado la cabeza tu amiguita Sara también. Deja de pensar gilipolleces. Yo no te he engañado nunca, nunca, pequeña. —Y me abraza estrechándome entre sus brazos—. Yo te quiero, eres mi vida. Los dos nos queremos...

Me suelto de su agarre y me voy a la habitación, él me sigue y cierra la puerta con un portazo, da igual porque seguimos estando solos. Saco mi maleta del altillo y empiezo a meter todo lo que puedo dentro. Él me contempla con los brazos cruzados a la altura de su pecho, sin decir nada. Cuando estoy a punto de cerrarla, se acerca, la coge con sus fuertes manos y vacía todo el contenido encima de la cama otra vez.

—¡Diego, joder! —le grito—. ¡He dicho que me voy! Te he dado la oportunidad para que hables y seas sincero, y tú solo gritas y lo niegas todo, no has sido capaz de reconocer que entre nosotros ya no hay amor —y decirlo me hace liberar tensión; hay veces que las palabras no quieren salir, pero que cuando salen es como si dejaras de soportar una gran carga.

Ya no se trata de que él se esté enrollando con otras, o que yo me vaya dando besos con Alberto. Se trata de la distancia, entre él y yo no hay amor, cariño sí, construido a base de muchos años de convivencia. Nuestro amor, si es que alguna vez lo sentimos, ha ido diluyéndose.

—No te vas a ir a ningún sitio —me grita cerca de la cara—. Esta es tu casa y yo soy tu novio. Nada ha cambiado. Yo no he hecho nada malo. Y deja de hacerte pajas mentales porque yo te quiero y tú me quieres a mí. Y eso sí es amor. Llevo saliendo contigo ocho años. ¡Joder, cómo no te voy a querer!

Vuelvo a meter todo en la maleta como puedo y la cierro. No quiero replicar sus argumentos porque está claro que él no va a entrar en razón. Es como si a un niño caprichoso le quitas su juguete preferido, y se enfada, y se ofusca, y le puedes explicar que es mejor que ya no juegue con él, pero el niño esa parte nunca la entiende.

Cuando intenta acercarse a mí, lo aparto de nuevo. No sé de dónde saco la fuerza. Necesito salir de aquí ya, o la cosa se pondrá mucho más difícil.

—Llamaré a tus padres para despedirme y recoger el resto de mis cosas —digo arrastrando la maleta hasta la puerta. Diego se pone delante y me impide marcharme. Y entonces se desata la guerra mundial. Gritos, forcejeo, más gritos. Súplicas. Bufidos. Más gritos. De verdad que no quería, no estaba dispuesta a mostrarle mis cartas, necesitaba que tuviese la suficiente capacidad de raciocinio para darse cuenta de que era mejor aceptar la realidad.

No podemos seguir siendo pareja si no nos amamos, si no remamos en la misma dirección, si nuestros caminos no tienen el mismo destino, si ni tan siquiera conectamos dentro de las sábanas. Pero él sigue en sus trece, no cede y juro por lo que más quieras que no quiero alimentar a la bestia, pero en un momento de lucidez, o de falta de ella, saco mi móvil y pongo el maldito audio. Diego escucha su propia voz, lejana, pero sé que reconoce una a una sus palabras. Su tez se vuelve blanca. Después me mira a mí y duda, está claro que en su mente está dilucidando si continúa negando todo o se inventa su mejor versión.

—¿Y ahora qué? Piensas decirme que no te la estaban chupando en ese puto baño —le increpo—. Y lo peor de todo es que no ha sido tu primera vez. ¡Joder!

—¿Quién coño te ha mandado eso? Ese no soy yo. ¡¿Es una puta broma?! —chilla como un loco con los ojos saliéndosele de las órbitas.

No me da tiempo a decirle que eso no es relevante en este momento, da

igual quién me lo haya dicho, sus palabras están ahí, porque en ese mismo instante sus padres llegan a casa y están dando golpes en la puerta de la habitación, alentados por los gritos, supongo.

Lo que viene después es igual de desagradable. Su madre intentando calmar a su hijo, que no para de dar golpes a las paredes, maldiciendo al hijo de puta que quiere separarnos contándome otra sarta de mentiras. Su madre mirándome con expresión de no entender nada, pero apostillando su “deberías quedarte, tenéis que arreglarlo”, “no puedes irte y dejarle así”, y su padre viendo que aquello había llegado demasiado lejos para los dos.

Es Salva quien, callado, me ayuda a sacar la maleta de la habitación mientras su mujer agarra a su hijo. No me dice ni una palabra, pero me pasa la mano por la espalda y me da un beso en la mejilla. Antes de salir por la puerta, añade un “tranquila” moviendo solo los labios y vuelve dentro para apaciguar las aguas.

En ese instante Diego me suplica que no le deje.

—Oli, vuelve... Oli, no me dejes así...

Con lágrimas en los ojos bajo todas las escaleras, casi a tientas, y así es como llego a casa de Sara. Desconecto mi móvil y me meto en su cama, abrazándome las rodillas hecha un ovillo. La canción de Sidecars “Todo es Mentira” suena en bucle en mi cabeza. *Mentiras y más mentiras, mientras me hacías el amor mentías... Ya no te conozco y no sé si quiero... Ya no voy a guardarte el sitio, lo llenaré de polvo y vicio...*

Las lágrimas, que no quieren cesar, me dejan en un estado de semi inconsciencia, lo mejor para caer rendida después de esta despedida.

31- APRENDIENDO A RECORRER EL CAMINO

Hace más o menos una hora que mis hermanas “las mellizas” intentan dejarme lo más presentable posible para enfrentarme a la primera entrevista de trabajo de toda mi vida. Bueno, en realidad tuve una para lo del supermercado el año pasado; pero fue mucho más sencilla e informal, nada que ver con esta.

Sara y Rocío me han estado maquillando; un poco de corrector anti ojeras, una sutil raya negra encima de las pestañas para agrandar la mirada y un poco de maquillaje para tapar las rojeces, se puede decir que la noche ha sido bastante dura. Sabes cuando empiezas a llorar e intentas calmarte, pero a los pocos segundos no puedes controlarte y otra vez te caen las lágrimas a borbotones; pues esa he sido yo desde que llegué a casa de Sara anoche. Más o menos he estado así hasta que me he despertado esta mañana. Creo que he llorado hasta de dormida. Parecía una fuente averiada que no puede contener la salida del agua. Sara se metió conmigo en la cama y no me dijo ni una palabra, tan solo me abrazó y dejó que me desahogara hasta que caí rendida.

—Ponte mejor este vestido negro, te favorece más, y mi americana de cuadritos —dice Ro, que escoge la ropa que voy a llevar.

—El vestido te queda perfecto. Quédatelo, porque yo a Londres no lo voy a llevar —propone Sara.

Agradezco tanto a las chicas que estén hoy aquí conmigo, dedicándome sus cuidados y su tiempo. Rocío llamó a Sara ayer un montón de veces a ver cómo me encontraba, porque yo desconecté el móvil al salir de casa de Diego y todavía no he sido capaz de volverlo a encender. Necesito pensar en mí de una vez por todas y concentrarme en mi entrevista. Sé que Alberto le ha hablado a Eduardo de mí, pero también conozco mis limitaciones y de momento mi experiencia en ese sector es nula y en el mercado laboral más bien escasa también.

No puedo ir con vaqueros y camiseta, así que dejo que las chicas me pongan un poco arreglada, pero sin perder mi personalidad.

—Rocío, prométeme que si consigues el trabajo iréis de compras. No puede ir a la entrevista hoy así de mona y después cuando empiece a trabajar volver

a su estilo vaquero y camiseta —dice Sara muy convencida, como si el puesto fuera a ser mío.

—¡Tranqui, Sarita! Vete a Londres sin preocuparte de nada, que yo me encargo. La nueva Oli está a punto de despegar —dice Ro chocando su culo contra el de la rubia.

Sé que están tratando de animarme y que solo debería pensar en mí ahora mismo, pero no sé si tendré la fuerza necesaria para salir a la calle y comerme el mundo, como me ha recalado Sara y su madre durante el desayuno. Hasta Carlos, su hermano, que siempre le gusta meterse con nosotras a pesar del paso de los años, me ha dado un abrazo deseándome suerte antes de irse a trabajar. Sé que puedo considerarlos mi familia.

No es que esté muerta de pena por la ruptura, Diego y yo hace tiempo que no encajábamos y yo sí que lo había empezado a notar. A diferencia de él, que es incapaz de reconocerlo, lo único que pasa es que me ha dejado el cuerpo con una sensación agridulce. La despedida fue bastante desagradable, pero también era necesaria, así que algo en mi interior despierta con ganas de mirar hacia delante.

Suena el teléfono de Rocío y me lo entrega.

—Es Alberto —me dice.

—Hola —digo sin mucha energía.

—Aceituna, estaba preocupado. Te he llamado mil veces al móvil, ya no sabía qué más hacer, así que he pedido el número de Ro a mi hermano. Espero que no te moleste.

—Tranquilo. Estoy bien. Es solo que ayer salí de casa de Diego y lo apagué, no me apetecía hablar con nadie. Se ha acabado y no voy a decirte que haya sido una despedida muy agradable.

Siento como Alberto respira profundo al otro lado del teléfono, probablemente la noticia le ha gustado; si no me ha mentado al respecto, es lo que él quería, que por fin arreglara las cosas para que nosotros tengamos nuestra oportunidad; pero viendo que yo no estoy dando saltos de alegría, se estará conteniendo. Sé que nos merecemos intentarlo, pero hoy quiero centrarme solo en mí.

—Está bien. De eso ya hablaremos. No tengo prisa. Solo quiero desearte suerte para la entrevista; pero si no te encuentras bien, puedo decirle a Eduardo que te la cambié para otro día.

—No, no. Necesito salir de casa y empezar a afrontar mi vida. La entrevista es la mejor manera de empezar a recorrer mi camino.

—Oli, te va a ir genial, sé que a Eduardo le vas a encantar. Prométeme que cuando salgas me llamarás.

— Te lo prometo.

Y antes de despedirnos le pregunto por su abuela y le digo que de momento me quedaré unos días en casa de Sara. Me relaja un poco hablar con él de otros temas. Sara y Ro me meten prisa para que cuelgue, o llegaré tarde.

Las oficinas de Atalaya Talentos están en el centro, cerca del barrio de la Latina, en el primer piso de un edificio antiguo. De esos que tienen portales con una escalera tan ancha como la de una mansión. Ro y Sara me van a esperar en una cafetería cercana hasta que acabe, no me quieren dejar mucho rato sola; aunque les he dicho que no se preocupen, que estoy bien, dentro de las circunstancias.

Me sudan las manos y estoy nerviosa, pero también he venido todo el camino pensando en positivo. No tengo experiencia, pero sí muchas ganas de aprender. Necesito este trabajo y voy a conseguirlo.

La secretaria, que se llama Marga, me recibe con media sonrisilla cuando le he dicho mi nombre. Me ha mandado esperar un momento porque Eduardo está reunido. Me ha mirado de arriba abajo y me he sentido un poco incómoda, parecía que estaba haciéndome una radiografía. Cuando me he sentado en la silla, no sabía dónde mirar.

Los techos son altísimos y el contraste de la antigüedad del edificio con el moderno interior y las líneas minimalistas del mobiliario de la agencia hace que el sitio me guste. Todo es blanco y gris. Me fijo que las paredes están llenas de fotos de actores y actrices, perfectamente dispuestas, todas en blanco y negro. Justo enfrente de donde estoy sentada hay una de Alberto, como si fuera una premonición. Me quedo mirando la foto como una tonta. Está tan... impresionantemente atractivo.

—Todos queremos mucho a Alberto, así que estate tranquila; si te ha recomendado él, por algo será.

Creo que Marga se ha dado cuenta de que estaba absorta contemplando su imagen. Yo pongo media sonrisa y, antes de que pueda decir nada más, Eduardo sale de su despacho. Despide a su acompañante, una chica rubia con unas piernas kilométricas, que también tiene foto colgada, por lo que deduzco que es actriz, aunque yo no la conozco y me manda pasar a su despacho.

Eduardo es un tipo especial, lo he notado nada más darle la mano. Como si

su ego girara alrededor de su cuerpo, flotando sobre la atmósfera. Va trajeado, pero no con un traje de empleado cutre de banco, no. Lleva un traje de corte italiano, azul a cuadros, que le queda encajado perfectamente a su cuerpo, el pantalón es de esos tobilleros, como los que se llevan ahora. No lleva corbata y sus zapatos brillan más que mis pendientes. Tiene el pelo corto y bastante canoso; aun así, tiene un aire juvenil. Vamos que, aunque haya pasado hace algún tiempo ya de los cuarenta, tiene un aspecto muy moderno. Se nota que quiere transmitir que está a la última. Y probablemente todo lo que lleva puesto cueste más que todo mi presupuesto en ropa de los últimos años. Me recibe serio, pero amable.

—Hola, Oliva. Puedes sentarte aquí. Ya sabrás que Alberto me ha hablado muy bien de ti; pero, como también te habrá dicho, soy muy exigente con el trabajo, así que te contaré un poco lo que estoy buscando. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Las chicas están en una mesa al fondo de la cafetería y cuando llego no me dejan ni sentarme. Me empiezan a preguntar por todo. Tengo la boca seca porque he debido de hablar más que en toda mi vida. Necesito beber primero.

—Agua, por favor —le pido al camarero con urgencia.

—¿Qué tal? ¿Buenas sensaciones? —me pregunta Sara agarrándome de la mano.

—La verdad es que sí. He salido muy contenta.

—¡Guay! Verás como lo consigues —dice Ro dando palmaditas.

Les cuento los detalles del puesto. Revisar las ofertas que vengan del extranjero. Mirar las condiciones económicas que ofrecen, los porcentajes de representación y demás intermediarios. Relato cómo he sacado a relucir todos mis conocimientos en materia fiscal, para eso saqué matrícula de honor con el profesor Hernández, apuntillé. La contabilidad se la lleva una asesoría externa, pero me he ofrecido a echarle un vistazo también si quiere.

Las chicas me miran embobadas, como si la Oli que estuviera hablando con ellas hubiera salido de un sitio oscuro donde había estado escondida. Me bebo el botellín de agua y después pido otro. La misma verborrea que he tenido con Eduardo me está saliendo ahora con ellas. Continúo diciendo que incluso igual tendré que viajar, acompañando a los actores o actrices para

reunirme con las productoras o con los directores. Mi punto fuerte es mi nivel de inglés, mi madre se sentiría muy orgullosa. También tendré que hacer exclusivamente de traductora en alguna ocasión. Claro que esto será si el puesto es mío y después de un tiempo prudencial de adaptación, primero tendré que aprender los entresijos del sector. Le he repetido un montón de veces que soy muy rápida aprendiendo. Eduardo ha dicho que antes del fin de semana tomará una decisión, así que ahora solo queda esperar. Creo que si me cogen tendré que empezar a ver más la televisión, por lo menos para familiarizarme con los clientes de la agencia. Ese comentario les hace gracia. Rocío me dice que siempre puede darme ella un curso acelerado si después le presento a los actores más guapos. Y Sara apuntilla que lo primero que tengo que hacer es conocer profundamente a Alberto Vega. Mi amiga siempre pensando lo mismo.

Cuando volvemos a casa, enciendo el móvil para llamar a Alberto y lo que me encuentro son más de treinta llamadas perdidas. Algunas son de Alberto, pero la mayoría son de Diego y de su madre. También hay un montón de *whatsapp* que no sé si me apetece leer.

Sara me deja sola y se va de compras con su madre, necesita un par de cosillas para su viaje. Todavía no me creo que vaya a irse. Lo único que hago es llamar a Alberto, pero no me coge el móvil. Le mando un *whatsapp* para que luego me llame. Estará cuidando de su abuela, supongo.

He salido muy contenta de la entrevista. Cuando puedas llámame y te cuento.

Le doy a enviar y me tiro en la cama suspirando. Tengo muchas ganas de verle y estar con él, aunque también pensar en ese encuentro me pone un poco nerviosa, la intimidad que hay entre nosotros es palpable, pero siempre había una barrera para no dejarnos llegar al final y esa barrera ahora ha desaparecido, no sé si sabré estar a la altura de sus expectativas.

Con el móvil en la mano, dudo unos segundos, al final le echo valor y me decido. Abro el *whatsapp* de Diego. Tengo más de veinte mensajes suyos.

Peque, tienes que volver a casa.

Peque, no me puedo creer que pienses que te he engañado.

Peque, no puedes dejarme así, yo te quiero.

Oliva, voy a ir a buscarte. No puedes creerte esas mentiras.

Peque, necesito que vuelvas o me moriré...

Todos son prácticamente iguales. En ninguno de ellos reconoce haberme sido infiel; es más, sigue negándolo y solo me pide una y otra vez que vuelva a su lado. No sé qué me duele más, si su incapacidad para pedirme perdón por haberme engañado o su empeño en que vuelva junto a él, a sabiendas de que lo nuestro no tiene futuro.

Su madre no se queda atrás.

Oliva, tienes que hablar con Diego y solucionarlo. Si no, ven a casa y hablamos tú y yo. No ha podido ser tan grave.

Oliva, Diego está muy mal, no parece él. Quiere verte y arreglarlo.

Oliva, no puedes esconderte siempre. Vuelve a casa, Diego te necesita...

Todos en la misma línea. Cojo el teléfono y lo tiro contra la cama.

Joder. Nadie pregunta cómo me siento yo. Es increíblemente egoísta por su parte. He estado conviviendo con ellos muchísimos años y me duele que nadie se haya parado a pensar que hay un motivo muy importante para que haya tomado esta decisión. En realidad, solo me confirman que necesito empezar a cuidar de mí misma, sola.

Oliva necesitas empezar a recorrer tu propio camino.

32- TE ECHAREMOS EN FALTA, RUBIA

Ya es miércoles, desde la entrevista se me han pasado los días muy rápido. Sara y yo nos estamos arreglando en su casa para salir y quemar Madrid. Bueno, esas no han sido exactamente mis palabras, ya me conoces, no soy yo de quemar nada, pero Rocío y ella las han reproducido a grito pelado durante toda la semana. “Vamos a quemar Madrid”. “Vamos a quemar Madrid”. Creo que lo han hecho para animarme.

El lunes, después de la entrevista y de leer los mensajes de Diego y de su madre, conseguí hablar con Alberto. Le conté todo lo que había hablado con Eduardo en la agencia y me dijo que confiaba plenamente en mí y en mis capacidades. Está seguro de que le he encantado y que no tardará en llamarme. Estuvimos hablando un montón de rato, cosas de su trabajo, de Madrid, de su casa en Salinas y agradecí mucho que no me preguntara por Diego. Aunque seguro que quiere saber cómo terminamos, no me ha agobiado para que se lo cuente. Al final su abuela se irá a casa enseguida y va a ponerle una enfermera las veinticuatro horas para que no esté sola. Me propuso ir a pasar el fin de semana allí con él, dice que puedo ir el jueves y el domingo volveríamos juntos, él también tiene una nueva propuesta de trabajo y tiene que estar aquí a primera hora de la mañana del lunes. Dice que le encantaría enseñarme dónde vive y así podría desconectar un poco. El lunes todavía estaba muy reciente mi discusión y mi despedida de Diego, así que le dije que me lo pensaría, porque no estaba muy convencida de ser una buena compañía, ni para él ni para nadie.

Rita me llamó el mismo lunes por la noche también, quería escuchar mi versión. Su hermana la había llamado llorando del disgusto a primera hora para contarle que me había ido de casa. Rita ya comprobó cuando estuvo aquí que las cosas entre nosotros no funcionaban muy bien, creo que no se ha extrañado mucho con la ruptura. Cuando la he contado que Diego ha estado enrollándose con otras, me ha dicho que no tengo por qué consentir eso. Le he pedido por favor que sea ella quien le diga a Carmen que necesito estar un tiempo desconectada de ellos, hasta que sea capaz de poder volver a su casa a por el resto de mis cosas y a despedirme. Rita me dijo que no me preocupe

por nada, ella se lo dirá. Añadió que lo único que tengo que hacer ahora mismo es pensar en mí y ser feliz. Sus palabras me levantaron un poco el ánimo. Durante la noche seguí recibiendo mensajes de Diego, pero esta vez no los leí.

Ayer Sara ya se empezó a poner nerviosa con su viaje, preparativos de última hora, maleta..., y yo me puse muy melancólica. Me va a hacer mucha falta para afrontar todos los cambios que se avecinan en mi vida. Ella empezó a intentar convencerme para que me vaya unos días con Alberto. Dice que me merezco pasar ese fin de semana con él. Los dos solos, escapando de Madrid y de todos los recuerdos que tengo aquí. Y cuando quiere, se pone muy pesada.

Me ha ido metiendo la idea en la cabeza poco a poco, martilleándome constantemente. Si se lo propone, no hay quien le lleve la contraria.

Ayer no recibí ni una llamada ni un mensaje de Diego, supongo que Rita les habrá dicho que necesito un tiempo, espero que lo hayan entendido. Alberto en cambio me mandó por la noche unos cuantos *whatsapp*, preguntándome si había decidido hacerle esa visita. No le dije ni que sí ni que no, lo dejé en el aire y como siempre volvió a sorprenderme gratamente con su paciencia.

Y hoy, con la euforia por ser nuestro último día juntas, Sara no ha parado de decirme desde que se ha levantado esta mañana que ella me ve en Gijón, como si fuera capaz de teletransportarme o pudiera levantarme allí directamente. Según su opinión, que por supuesto me ha dado sin yo pedírsela, Alberto se merece que por fin le cure el mal que tiene entre las piernas.

Mi amiga no tiene arreglo y me apiado de los londinenses, que se preparen porque el huracán Sara está a punto de aterrizar.

Sus palabras me han puesto mucho más nerviosa todavía al recordarme la parte sexual. Sí, esa que tenemos ahí, como pululando en el ambiente. Pensar en que puedo estar con Alberto casi cuatro días, solos, sin excusas ni excepciones, conociéndonos y compartiendo más intimidad que la que hemos compartido hasta ahora, me ha producido un poco de ansiedad. Uf, es como si cientos de mariposas estuvieran ahora mismo patinando en mis tripas. Encima Eduardo todavía no me ha llamado, por lo tanto mis nervios se han multiplicado por mil.

Hemos quedado con Ro en el Vips de Gran Vía, de vez en cuando nos

gusta ir allí y recordar nuestros años de adolescentes, donde comer hamburguesas y sándwiches era uno de nuestros grandes placeres. Carlos se ha ofrecido a llevarnos en coche, para que podamos beber sin tener que conducir a la vuelta.

Cuando estamos a punto de salir, suena el timbre de casa y oímos voces desde la habitación.

—¡Sé que está aquí, necesito verla! —grita Diego a Carlos. He reconocido su voz, a pesar de la distancia que nos separa. Me pongo nerviosa y Sara me coge de la mano.

—¿Quieres hablar con él? —me pregunta mi amiga.

—¡No!, esta noche es nuestra y no pienso dejar que nos la estropee. Hoy no —me reafirmo.

Sara me dice que no me mueva y sale a su encuentro.

—Diego, Oli no quiere hablar contigo. Tienes que irte.

—Joder, necesito verla, Sara. No me jodas, sé que está aquí. Sé que siempre la pones en mi contra —protesta.

—¿Estás sordo? —le increpa Carlos—. Ha dicho que no quiere verte, así que sal de mi casa, ya.

—¡Oli, Oli! Pequeña, tenemos que arreglar las cosas. Quiero verte. ¡Joder! —me grita desde la entrada.

—Cuando quiera hablar contigo ya te llamará, Diego. Haz el favor de dejarla en paz, ahora no es el momento —le dice Sara intentando calmarle.

Agradezco que no le haya atacado más; conociendo a los dos, la cosa se puede poner mucho más violenta.

—¡Venga! Creo que ya te ha quedado claro —dice Carlos de forma seca.

—Me voy, Oli, pero no puedes huir siempre. ¡Eres mi pequeña! —grita otra vez.

Parece que Diego cede, porque oigo como cierran la puerta. Salgo con los nervios a flor de piel. No me apetece hablar con él. Ahora no, está todo muy reciente. Espero que sea capaz de confesar su error y de pedirme perdón, aunque solo sea para poder cruzarnos por el barrio y no tirarnos los trastos a la cabeza. Después de tantos años, deberíamos ser capaces de terminar de la mejor manera posible, sin rencores ni reproches. La falta de comunicación y el querer agarrarnos a algo que ya no existía nos ha llevado a este final y no lo estoy exculpando, ni mucho menos. Antes de llegar a tener sexo con otras por ahí, tendría que haber sido sincero conmigo. Después de que lo he pillado, su orgullo se está aferrando a algo imposible.

Mientras tanto, necesito dejar de pensar en él. Solo quiero salir y disfrutar con mis amigas.

—¿Se ha ido?

—Sí, tranquila. No volveremos a abrir sin mirar —me dice Carlos dándome un abrazo.

Le debo de dar mucha pena, porque me abraza más ahora que en toda su vida.

Rocío nos recibe en Gran Vía con un abrazo de oso. Cuando nos sentamos en el Vips y pedimos nuestros sándwiches, la ponemos al día de la visita de Diego a última hora. No se puede creer que después que le pusiera el audio no fuera un verdadero hombre y lo reconociera, ella siempre imaginando caballeros caballerosos como en las películas. Aprovechamos para preguntarle por su cita con Alejandro y nos dice que estuvo bastante bien; pero que, después de pillar a Diego, enseguida se marchó para casa. Estaban en el reservado pegado al de los futbolistas y le daba grima verle allí. Coño, Diego, encima de joderme a mí, la fastidió la cita a mi amiga.

—Entonces ¿no os acostasteis? —pregunto incrédula.

—No, él se quedó en la discoteca. Yo me fui con Alberto, que me acompañó a casa, todo un caballero tu profe.

—¿Y te ha vuelto a llamar? —quiso saber Sara.

—Sí me ha llamado para quedar hoy, pero le dije que ya había quedado con vosotras.

—Muy bien, amiga, tienes que hacerte un poco la dura —dice Sara apretando el puño como señal de fuerza.

Las tres nos reímos.

—Toma, esto es un regalito de Sara y mío —me dice Ro entregándome un sobre

Cuando lo cojo, leo que pone en letras mayúsculas “CLASES PARTICULARES”. Abro el sobre y dentro compruebo que hay un billete de tren para ir a Gijón. Saldré mañana al mediodía.

—¡Joder, estáis locas! No sé si será buena idea. Así que por eso me veías mañana allí, ¿no, capulla? —le digo a Sara haciendo burla.

—Es lo mejor que puedes hacer. Disfruta del profe, sin límites —dice Sara guiñándome un ojo.

Rocío coge su móvil, lo coloca en el centro de la mesa y pulsa la tecla de llamada poniendo el altavoz. Al tercer tono contestan.

—Hola, Rocío, ¿ocurre algo? —Y al oír su voz sonrío. Es el profe.

—¡Hola, profe! —responden mis amigas con mucho entusiasmo.

— ¡Uy! Oigo muchas voces, ¿qué, estáis de fiesta?

—¡Siiip! Estamos las tres mellizas y tenemos una noticia que darte.

—¡Qué miedo me dais!... ¡Hola, Oli! —dice cambiando el tono de voz para saludarme. Y suena tan especial que creo que me ruborizo.

—¡Hola! —musito.

—Profe, mañana a las seis de la tarde tienes que recoger un paquete en la estación de Gijón. Es mercancía muy frágil, así que deberás tratarla con mucho cuidado, ¿entendido? —dice Ro intentando parecer serio.

—¿En serio? —dice Alberto con esa voz ronca que significa millones de cosas para mí. Tengo que juntar mis muslos para no morirme de anticipación.

—Sí, profe, y recuerda que tiene todas las clases particulares pagadas. Eso significa que le tienes que enseñar todo, todo, sin dejarte nada —se burla mi amiga Sara haciendo que mis mejillas se pongan del color del ketchup.

—¡Sara, por favor! —suplico para que no se pase. Al final Alberto va a flipar con sus salidas de tono.

—Está bien, creo que lo he entendido, todo —dice él riéndose. Espero que eso signifique que le ha gustado nuestra llamada—. Recojo la mercancía y le doy una buena *máster class*, ¿es correcto?

—¡Correctíiiiiisimo! —dicen las dos al unísono, y encima lo acompañan con unas palmas. Alberto se descojona y yo me quedo tapándome los ojos con las manos. Menos mal que no me está viendo.

—Perfecto. Disfrutad de la noche, chicas, y sed buenas —y después añade—. Aceituna, mañana te veo.

—Ohhhh..., aceituna —dicen las payasas de mis amigas a la vez otra vez.

—Adiós, profe —gritamos las tres. Si, total, ya peor no me voy a sentir.

Cenamos rápido y nos vamos a Malasaña. Tomamos cervezas en un par de sitios a los que íbamos bastante cuando empezamos en la universidad. Charlamos con Sara, le preguntamos por sus clases y por dónde va a quedarse en Londres. Al final va a una especie de residencia cerca de donde imparten el máster. Después de tres rondas, acabamos en el bar de siempre, el que solo pone música en español y que nos encanta para darlo todo. Escuchando a Antonio Vega, Mecano y los Rodríguez continúa nuestra noche. Cuando ellos triunfaban, nosotras ni tan siquiera habíamos nacido, pero sus canciones forman parte de la banda sonora de nuestras vidas, yo por lo menos se lo debo a mi madre. Cantando todas las canciones a voz en grito y bailando como locas, disfrutamos de nuestra noche. Hacía mucho tiempo que no me

sentía tan bien. Diego no había venido a mi mente en toda la noche, desde que salí del barrio me propuse solo disfrutar con estas dos locas y creo que lo he conseguido. También caen un par de rondas de *Jagermeister* para mezclar con las cervezas, mañana la cabeza me va a explotar. La estampa es increíble. Las tres abrazadas, cantando y con el sentimiento de exaltación de la amistad por las nubes. Sara no para de darnos besos, hasta en la boca, y así hace las delicias del resto de parroquianos del bar, está desatada.

Casi nos tienen que echar porque van a bajar la persiana, las ganas de fiesta nos han hecho olvidarnos del reloj. Las tres vamos abrazadas hasta la parada de taxis. Bueno, más bien apoyándonos las unas en las otras para no perder el equilibrio y allí, antes de despedirnos de Ro, nos entra la ‘bajona’. Más besos, más abrazos, más “os voy a echar de menos”..., hasta dejamos caer unas cuantas lagrimillas.

Da igual los kilómetros que nos separen, porque nuestro vínculo es tan fuerte que siempre estaremos juntas. Primero fui yo la que me fui a Extremadura, y ahora es el turno de Sara. Es ley de vida, pero mientras tengamos wifi nuestras conversaciones seguirán vivas, aunque sea por *whatsapp*.

33- COMO UN CRÍO

ALBERTO

Cuando anoche me llamó Rocío para decirme que hoy tendría que recoger a Oli en la estación, me puse igual de nervioso que un crío la víspera de la llegada de los Reyes Magos. De repente empecé a darme cuenta de que Oli consigue sacarme de ese letargo en el que he estado viviendo los últimos meses. Se las escuchaba tan felices a las tres, me imaginé la cara de vergüenza de Oli cuando sus amigas me pedían que le enseñara todo. Seguro que estaba roja como un tomate con sus manos cubriendo su rostro.

¡Ay, Oliva! me encanta que todavía te ruborices, no sé como un cuerpo tan menudo alberga tanta inocencia. Y por supuesto, estoy deseando enseñarte todo y descubrir contigo hasta dónde podemos llegar. ¡Para Alberto! No peques ahora de impaciencia.

Desde el mismo lunes he estado insistiéndole para que viniera a pasar el fin de semana conmigo. Al principio se mostró bastante reticente, creo que la despedida de Diego, el tener que haber salido de la que ha sido su casa y encima la entrevista de trabajo, la habían estresado más de lo que imaginó. Por eso tampoco quise agobiarla; pero, no voy a mentir, desde que vi al capullo de su novio, bueno, ahora ex, en aquel baño, comportándose como un puto quinceañero con las hormonas alteradas, enrollándose con otra tía, no he dejado de pensar que Oli se merece a alguien que la respete y la quiera. Yo sé que no soy una maravilla de tío, tengo millones de fallos, fantasmas y un lado un poco oscuro; aun así, jamás se me ocurriría hacerle daño de esa manera.

María ni tan siquiera se despidió de mí, y no tengo ni idea de si me fue infiel o no durante el tiempo que estuvimos juntos, así que no puedo saber cómo se siente uno en ese caso, pero sí sé lo difícil que es dejar de estar con la persona con la que compartías todo de un día para otro.

Yo solo quiero tenerla entre mis brazos y estrecharla tan fuerte hasta que seamos uno. Sí, lo sé, también quiero tenerla entre mis sábanas, desnuda, quiero descubrir cada rincón de su cuerpo y quiero enseñarle que el amor es algo muy distinto a lo que ha estado acostumbrada. El amor es una sinergia de dos, es dar y recibir, es sentir ambos, no solo uno. Oliva es mi nueva meta

y quiero alcanzarla.

Como si los astros del internet se hubieran alineado para regodearse, mi Spotify en modo aleatorio reproduce la canción de The Pointer Sisters “I’m So Excited”. Vaya, qué gran elección, pienso mientras me bajo del coche y entro en la estación.

Las estaciones de tren, al igual que las de bus o los aeropuertos, son escenarios muy de película, ¿no os parece? Entre el trasiego de la gente que viene y va, siempre hay despedidas o reencuentros. Si permaneces un rato parado observando, puedes inventarte un millón de historias que cualquier buen director podría llevar a la gran pantalla. Padres, hijos, nietos, abuelos, novios, amantes, maridos... Y así podría estar toda la tarde. Aceituna y yo no tenemos ninguna etiqueta, de momento, pero mi intención es que después de estos cuatro días juntos siempre quiera más de mí, me da igual cómo lo llamemos.

Entre todo ese ir y venir de gente, me encuentro con su mirada a lo lejos, su tren acaba de llegar. Estoy apoyado en una columna, con mis vaqueros y mi sudadera. No tengo la capucha puesta, pero casi, trato de pasar desapercibido para todos menos para ella. No me apetece que nadie me reconozca y perder mi trocito de intimidad al recibirla. A medida que se acerca, sus labios se curvan hacia arriba. Esa sonrisa que me dedica es alentadora. Tranquilo, Alberto, no vayas a asustarla abalanzándote encima de ella. Si has sido paciente hasta ahora, no lo estropees.

—Hola, profe —me dice con su voz pausada.

—Hola, aceituna. Bienvenida al norte —le respondo cogiendo su pequeña maleta y dándole un beso en la mejilla. Huele tan bien.

Entramos en el coche y parece que suspira aliviada. Creo que ella también está nerviosa.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, aunque ayer se nos fue un poco la mano con el alcohol y a ratos he estado un poco grogui.

—¿Y Sara?

—Sara ha tenido que viajar mucho peor que yo. Ya sabes que es más de darlo todo.

Me cuenta que Sara quiso dejar el listón muy alto en su despedida y que Rocío y ella no pudieron hacer otra cosa que seguirle el ritmo. Me informa que su amiga ya ha llegado a Londres y que está muy contenta por ella. Las

palabras se la atragantan un poco y noto que, aunque está feliz por su marcha, estos primeros días sin Sara van a ser duros. Poso mi mano en su rodilla y ella simplemente continúa observando el paisaje a través de la ventanilla.

—¿Y tu abuela? —me pregunta para cambiar de tema, me imagino

—Bien, acabo de estar con ella. El domingo antes de ir a Madrid tengo que volver a su casa. Está como loca por conocerte. Es muy fuerte, enseguida se recuperará —digo convencido. Espero que no le parezca mal que le haya hablado de ella.

El resto del trayecto me doy cuenta de que los dos estamos como flanes. Joder, parezco un crío que lo va a hacer por primera vez con una chica. Hasta me sudan las manos al conducir. Cuando teníamos la barrera de su novio entre nosotros, creo que nos comportábamos con más naturalidad.

Le voy contando cosas del pueblo donde vivo, la poca población que queda ya en esta época del año, lo bien que se está cuando acaba el verano y se van todos los turistas, cosas sin mucha importancia. Oli me sonrío y me escucha observando todo a su alrededor. Al cabo de media hora llegamos a Salinas, me paro a esperar que se abra la puerta exterior de mi casa para meter el coche en el garaje.

Ahora sí que estoy cardiaco, Oli se ha quedado paralizada.

—¿Esta es tu casa? —me pregunta cuando la puerta ya está abierta por completo.

—Sí, espero que te guste.

—¡Vaya, profe!, es increíble —dice con su vocecilla nerviosa.

Mi casa no es muy grande, pero está en primera línea de playa. Con la nueva ley de costas habría estado prohibido construir aquí, tan cerca del mar. La compré hace poco a uno de los mejores arquitectos de España, Axel Rivas. Él estaba a punto de vendérsela a un médico de la zona que se la iba a regalar a su mujer, pero ella le dejó por otro más joven y en el último momento renunció a la compra, por suerte para mí. Es de estilo moderno y no tiene nada que ver con las que están a su alrededor, que son todas más bien casas de los años 60, los típicos chalés para grandes familias. Muchas están cerradas y sus propietarios solo vienen un mes o dos en verano. Me encanta vivir aquí, por la tranquilidad que se respira.

Saco la maleta del coche y Oli repara en las tablas y los trajes de surf que hay en el garaje, pero no me dice nada. Observo como mira todo lo que ve a su paso. Creo que entre alucinada y expectante.

Entramos en casa, estamos en la planta baja y se queda parada otra vez. No sé si le gusta lo que ve o no.

—¡Esto es una pasada! —dice al entrar en el salón. La chimenea es lo que más llama su atención, después se fija en un lateral, donde está la cocina con una pequeña barra con un par de taburetes.

El espacio es entero diáfano y es una de las cosas que más me gusta de mi casa. Nada de paredes divisorias. Así tiene mucha más luz y casi ves el mar desde cualquier punto. Oli por fin se empieza a mover por toda la estancia y se asoma al ventanal que da a un pequeño jardín y a la playa.

—¡Guau! Ahora entiendo por qué te agobia estar en Madrid. Esta vista es preciosa.

Me río y cojo su maleta. Espero que dé por hecho que vamos a dormir juntos, porque en la planta de arriba solo hay una cama, la mía, y un baño. Ya he dicho que no me gustan ni los tabiques ni las puertas. Oli me sigue al último piso y se queda quieta comprobando que no hay más que mi cama baja pegada a la pared, un sofá pequeño al lado de una estantería y un par de armarios.

No sé qué hacer, parecemos dos animales asustados. ¿Dónde están los profes y aceitunas? ¿Dónde está la intimidad que respiramos cuando estamos juntos? Creo que tengo que empezar a tomar el control, o esto se nos va de las manos.

—Oli, ven aquí —le digo con voz suave y acerco mi mano para coger la suya y que venga a mi lado—. ¡Mírame! Estamos muy nerviosos y no sé por qué. Nada ha cambiado, seguimos siendo el profe y aceituna.

—Alberto. Yo... Es todo nuevo para mí. Ya sabes que yo...

—Shhh... —le interrumpo. Sé que se refiere a que ella solo ha estado con un chico en toda su vida, pero yo ahora no estoy hablando de sexo. Continúo:

—Solo dime qué quieres hacer. Estoy aquí para complacerte. ¡Dímelo, Oli, por favor! Si quieres descansar del viaje, descansamos. Si quieres comer, bajamos y picamos algo. Dar un paseo... Lo que tú quieras. Pero solo te pido que te relajes y vuelvas a ser tú. No pienso hacer nada que tú no quieras. Solo haremos lo que te apetezca. Dime, aceituna, ¿qué quieres hacer?

—¿Podemos meternos en el agua un rato? Creo que me vendrá bien.

—Perfecto, aceituna —le digo destensando todos mis músculos. Temía que su respuesta hubiera sido de rechazo, a mí, a tener que dormir juntos en la misma cama, yo qué sé. Joder, Alberto, es increíble que con treinta años estés en vilo por una chica.

Le subo el traje de neopreno y se cambia mientras yo la espero en el garaje de nuevo. No hay muchas olas y está a punto de empezar a anochecer. La cara de Oli se transforma en el mismo momento que sus pies pisan la orilla. Entramos al agua y remando nos colocamos un poco más apartados, a una distancia considerable de un par de surfistas que están dentro.

Le doy otra clase, esta vez sí que me esfuerzo porque el mar Cantábrico es bravo y, aunque hoy no ruge, no quiero que le pierda el respeto. La veo reír, enfadarse, subirse en la tabla e intentar una y otra vez poner en práctica todo lo que la ha dicho. Se le da bastante bien y enseguida mantiene el equilibrio y puede coger un par de olas, pero hay muy poco tamaño. Se la ve tan feliz que contagia. Yo estoy más observándola que otra cosa. Sus movimientos, sus gestos, su risa, su pelo mojado; en resumen, su todo. A mí me encanta despertarme al alba y meterme en el agua antes de desayunar, cuando apenas ha amanecido; pero si ella me lo pide, como ha hecho antes, no dudaría ni un segundo en acompañarla, sin importar el día o la hora. El agua es mi elemento y tenerla a ella dentro es la combinación perfecta. Mi ola perfecta.

—Has estado muy bien —le digo cuando ya volvemos por la arena hacia casa.

—Son tus clases, profe —me contesta risueña.

Por fin reconozco esa expresión. Sus ojos brillantes, sus labios curvados. Oli está de vuelta y Alberto también.

—Te dije que te iba a dar una *máster class*, y no solo de surf, aceituna. — Y sin esperar más, la agarro de la cintura obligándola a soltar la tabla. La aprieto contra mi cuerpo y mi boca se choca contra la suya. Con ganas, con fervor y con impaciencia. Qué sensación más buena juntar nuestras lenguas con sabor a salitre. Oli cierra los ojos y abre la boca, mucho. Intentando absorber cada gota de agua y saliva.

Mis manos se posan en el final de su espalda y aprieto mi cadera contra su vientre. Sin dejar de besarla. Hasta con el traje de neopreno creo que podrá notar mi erección. Nuestras lenguas se entrelazan en un sinuoso movimiento. Sin parar. Bajo mis manos hasta su trasero y vuelvo a apretarla junto a mí. Sin duda estamos empezando a dar un bonito espectáculo. Mojados, en mitad de la arena, devorándonos.

Oli posa sus manos en mi nuca y me atrae hacia ella con más tesón, enredando sus dedos en mi pelo, ella también está entregada, no hay duda. Siento como todo mi cuerpo empieza a calentarse a pesar de la humedad. Las

ganas acumuladas comienzan a mandar sobre nuestros cuerpos. Separo nuestros labios para coger aire y gruño.

—Para, aceituna, para o voy a correrme dentro del traje sin ni siquiera tocarte.

Oli respira cogiendo mucho aire en sus pulmones, debe de pensar que todo se ha puesto muy intenso, demasiado rápido, y sin esperar más suelta:

—Me muero de hambre, ¿podemos comer algo?

34- NUESTRA PRIMERA VEZ

Estoy dándome de cabezazos contra los azulejos de la ducha, pero literalmente. No pensé que a mi edad pudiera comportarme como una auténtica cría.

Esta vez te has lucido, nena.

Joder, Oliva, ¿en serio? “Me muero de hambre”. ¿De verdad que esa frase surrealista ha salido de tu boca? Precisamente cuando estabas comiéndole la suya. Si se entera Sara de lo que he hecho, empezará a recoger firmas para hacer un monumento a Alberto, y esta vez muy merecido.

Hemos subido de la playa intentando relajar nuestras respiraciones, entre risas y miradas que lo decían todo. Hemos dejado los trajes y las tablas en el garaje y he subido a la planta de arriba, con una toalla anudada en el pecho a darme una ducha. Alberto se ha quedado en el baño de abajo, gruñendo y hasta maldiciendo, mucho. Pensará que soy una auténtica niñaata. Estoy igual de nerviosa que esta tarde, cuando lo he visto en la estación, quizás ahora un poco menos, porque después de nuestro baño en el Mar Cantábrico por fin hemos vuelto a ser nosotros, estamos más relajados y sin la tensión inicial de nuestro reencuentro. No sé por qué estoy así, ya hemos dormido juntos otras veces e incluso desnudos; pero lo de esta noche es diferente, diferente y especial, al menos para mí.

Su casa es increíble, lógico que Madrid le agobie mucho. Mientras me seco el pelo con una toalla, estoy asomada a la enorme ventana que da a la terraza de su habitación. Bueno, no es que sea una habitación propiamente dicha, es que toda la planta superior es su espacio. Cuando he subido antes, me he quedado un poco paralizada. No sé, pensé encontrarme un par de habitaciones, por lo menos. La planta es entera diáfana, como la de abajo, sin tabiques, excepto el que separa el baño. Tiene una cama baja, tipo japonesa, de esas que están pegadas al suelo y sin cabecero. Está cubierta con un edredón azul grisáceo y varios cojines blancos, todo con un aspecto bastante masculino. Muy acorde con la personalidad de Alberto. En otro rincón hay un sofá blanco y azul, colocado al lado de una estantería llena de libros y papeles, algunos bastante desordenados. Podría pasarme un millón de horas ahí tirada leyendo. Una lámpara blanca de pie enorme y un par de guitarras

apoyadas en la pared completan el decorado, me gusta. En otra pared hay dos armarios blancos antiguos, muy bonitos, parecen restaurados. La terraza tiene una decoración muy moderna, igual que la casa, un par de tumbonas y una mesa baja entre ambas y alguna maceta. Las vistas a la playa y al Cantábrico son espectaculares. El olor a salitre llega hasta mi nariz.

No tengo ni idea de qué ponerme para bajar a cenar, y lo mejor de todo es que la expectación y los nervios me han cerrado el estómago. Ahora no creo que sea capaz de probar bocado. Venga, Oli, que si después de lo que has dicho no comes algo, sí que vas a quedar como una auténtica gilipollas.

Para no perder mi personalidad, me pongo un sujetador azul claro y blanco de rayas y unas bragas a juego, todo de algodón, nada de lencería fina. Por supuesto, encima mi camiseta blanca, un poco dada de sí. Me apuesto lo que quieras a que al profe le encanta. Sara me ha dejado el pijama negro de seda que me puse cuando dormimos juntos en el Ritz, pero no voy a estar igual de cómoda que con mi camiseta favorita.

Descalza, bajo las escaleras hasta la cocina. ¿He contado ya que es muy pequeña y tiene una barra con dos taburetes grises? Se nota que me gusta, ¿no?

—¡Qué bien huele! —digo al acercarme a Alberto, que está sacando algo del horno.

—Vaya, aceituna ¡Me pone muchísimo tu camiseta! —dice mientras suelta la bandeja que tenía en la mano y me da un beso en los labios—. Tú también hueles muy bien.

Ves como he acertado. Le ha encantado. ¡Toma nota!

Él lleva puesto un pantalón de algodón gris y una camiseta blanca sin mangas. No voy a mirarle los brazos, porque me muero de ganas de estar entre ellos. Recién duchado, con sus rizos aún mojados está guapísimo, su barbita recortada y esos ojos azules que ahora brillan más. Y esa camiseta pegada a sus abdominales es como una segunda piel. Mis manos quieren colarse debajo y repasar uno a uno sus bultos.

Oliva, la cena, recuerda a lo que has venido a la cocina.

—No me digas qué he tardado tanto que te ha dado tiempo a hacer canelones.

—Ja, ja. Muy graciosa. No, los ha hecho Mónica esta mañana. ¿Qué quieres beber? —me pregunta a continuación.

—Si tienes cer...; bueno, agua mejor —rectifico en el último segundo y arrugo un poco el entrecejo. Sorprendida por todo. Venga Oli, tranquilízate.

—Dos cosas, aceituna —dice Alberto cogiéndome de la mano—. La primera, Mónica es la chica que viene a limpiar a casa y que, como hoy le dije que tenía una invitada especial, se ofreció a preparar la cena. Y la segunda, puedes beber cerveza delante de mí, porque es lo que ibas a pedir primero y como por arte de magia has cambiado a agua en el último momento. No soy un alcohólico, Oli. Es más, me gustaría compartir una cerveza contigo, si no te parece mal.

—Claro ¡Lo siento! —musito un poco avergonzada—. Ya las saco yo del frigorífico —digo resuelta para destensar el momento, mientras Alberto pone en la barra unos manteles y los platos.

Oliva no seas idiota, el otro día bebió un poco de vino y no pasó nada, no querrás controlarle como hace su hermano. Relájate.

Nos sentamos en los taburetes juntos, por el mismo lado de la barra, y Alberto sirve la cena. Me da igual quién los haya hecho porque huelen increíblemente bien y tienen que estar muy ricos. Compartimos una cerveza mientras me cuenta cómo encontró esta casa y cuánto le gustó desde el primer día que la vio. Hablando con él, mi estómago ha deshecho el nudo y hasta me ha entrado el apetito de nuevo. Cuando terminamos, me levanto para recoger los platos. Alberto tira de mi camiseta por detrás y me abraza.

—Deja eso, ya lo recogeremos —me dice mientras huele mi pelo. Un escalofrío me recorre el cuerpo por tenerle tan cerca. Creo que empiezo a temblar.

—No me cuesta nada, solo son dos platos. —Y me suelto de su agarre para dejar todo en el fregadero. Oigo como susurra algo entre dientes.

—¿Quieres algo de postre? —me pregunta con media sonrisilla en los labios.

Ya sabemos que la respuesta me la ha dejado en bandeja, pero yo solo atino a reírme mientras regreso a su lado.

—No, gracias —digo con mis labios pegados a los suyos.

Sabe tan bien. No se esperaba mi reacción, así que le he cogido por sorpresa. Su mirada se ilumina por mi contacto. Oli llevando la iniciativa. Ver para creer.

Pasa sus manos por mi espalda y me acerca más a él. Nuestros besos se vuelven más invasivos, mi lengua recorre toda su boca y nuestras salivas se mezclan, con devoción. Los besos empiezan a ir acompañados por nuestras manos, tocándonos, de momento por fuera de la camiseta. Alberto pega su mano a mis costillas justo debajo de mi pecho y yo en su abdomen, cerca de

su cintura. Noto cómo lo contrae y coge aire en sus pulmones, suspira. Con la combinación manos y lenguas nos encendemos como una cerilla.

—Oli, ¡para! Para o te juro que te follo aquí mismo contra la barra —me dice cogiendo más aire y separando nuestras bocas—. Por ser nuestra primera vez, déjame hacerlo bien.

Sus palabras han calentado mis oídos y ese calor se ha desplazado a todas las partes de mi cuerpo. ¿De verdad que me desea tanto? Alberto puede tener a cualquier chica, ¿por qué tiene tantas ganas de tenerme a mí?

Sin que yo pueda seguir haciéndome mil preguntas, que para que negarlo no es que sea el momento ideal para comerme la cabeza, se levanta y me da la mano para que le acompañe. Apaga las luces y subimos juntos al piso de arriba.

Me sudan las manos y creo que el corazón se me va a salir del pecho. Alberto debe de estar casi como yo, puedo oír cómo bombea su corazón fuerte y rápido.

Enciende una luz muy tenue que sale del suelo y nos quedamos de pie, cerca de la cama, las persianas no están bajadas del todo y entra algo de luz de las farolas del paseo también.

Le puedo mandar que apague la luz, porque probablemente me muera de la vergüenza cuando estemos desnudos, pero una voz dentro de mí se niega, no quiero perderme nada del espectáculo. Quiero ver y tocar cada cachito de su escultural cuerpo. No tengo ni idea de qué hacer, solo he estado con un chico en toda mi vida, es todo nuevo para mí. Me vibra todo el cuerpo. Alberto lo nota porque se pega a mí y me abraza.

—Oli, guíame. Enséñame tu cuerpo y dime lo que te gusta y lo que no. Sabes que me muero de ganas de estar dentro de ti, pero no quiero perderme ni un centímetro de tu piel por el camino. No hay prisa. Esta noche no. Enséñame a amarte —dice pegado a mi oído, y su aliento tan cerca de mi oreja me hace estremecer—. Dime qué es lo que quieres.

—Todo, lo quiero todo.

Y automáticamente acude a mi mente la canción de Pereza “Todo” cantada por Bely Basarte... *No tengo miedos, no tengo dudas, lo tengo muy claro ya...*

Le beso, le beso suave y lento. Y sin darme cuenta mi cuerpo empieza a dejarse llevar. Cómo es posible que sea capaz de desinhibirme de tal manera con él. El deseo y las ganas se palpan. No sé por dónde empezar.

Le quito la camiseta y él se deshace de la mía. Seguimos de pie,

observándonos, oliéndonos, acariciándonos. Sin prisas. Se quita el pantalón y me doy cuenta de que, como siempre, no lleva *bóxer* debajo. Apoyo mis manos en su pecho y voy descendiendo con mi mirada. Alberto cierra los ojos por la excitación y posa sus manos encima de las mías. Cuando empiezo a deslizarlas por su abdomen y llego a su ombligo, gime y yo suelto todo el aire de mis pulmones. Noto el principio de su vello púbico, pero me detengo.

Alberto está completamente desnudo delante de mí y es impresionante. Su pecho con el vello justo, su abdomen, sus brazos fuertes con todas las venas marcadas, sus piernas torneadas. Clava sus ojos azules en mi boca y sonrío. Yo no puedo dejar de recorrerlo entero. Su potente erección llama mi atención. Recordaba su pene de nuestro encuentro en la bañera; pero ahora, ahora su polla dura apuntando hacia arriba me tiene hipnotizada. Quiero tenerla dentro de mí en tantos sitios que yo misma me sorprendo con mis propios pensamientos. Casi la agarro con mi mano derecha cuando Alberto con una lentitud asombrosa me da la vuelta y me deja de espaldas a él. Me quita el sujetador lentamente, dejando que los tirantes caigan por mis brazos, rozándome con las yemas de sus dedos y provocándome un escalofrío, hasta que llega al suelo. Cuando ya solo me quedan las braguitas puestas, me besa la nuca, mi piel se eriza y me gira de nuevo, para estar cara a cara otra vez.

—Oli, no te puedes imaginar la de veces que he soñado con tus pezones. Son jodidamente increíbles —me dice alternando su mirada entre mi pecho y mis ojos.

Yo solo sonrío, estoy en un estado tal de excitación que hasta sus palabras roncadas van a mojarme. ¿Es posible tener un orgasmo sin tocarse? Porque yo debo de estar muy cerca.

Con sus manos agarra mis pechos con suavidad y con los pulgares dibuja círculos sobre mis pezones. Noto como su polla se acerca a mi vientre, puedo sentirla por encima de mi sexo. Alberto se agacha un poco y se mete el pezón derecho en la boca. Gime. Gruño. Jadeamos. Su lengua en mi piel me abre el mundo de las sensaciones, ese que estaba un poco dormido para mí hasta ahora.

Y ahí estoy yo, sintiendo placer como hace muchísimo que no sentía, no sé si las rodillas empezarán a fallarme. Antes de dedicar sus atenciones al pezón izquierdo, sopla suavemente en el derecho y la sensación es indescriptible, un pinchazo en mi sexo me obliga a juntar mucho mis muslos y a intentar no desvanecerme.

—Alberto —digo muerta de deseo.

—¿Voy bien, aceituna?

—Vas mejor que bien.

Después de comerme a gusto los pechos, con su lengua húmeda bordeándolos, posa sus manos en mis caderas y empieza a bajarme lentamente las braguitas. Alberto se desliza por mis piernas a la vez que mis bragas y se coloca de rodillas delante de mí. Él completamente desnudo, arrodillado, con su cabeza a la altura de mi pubis, creo que la imagen ya me va a catapultar al orgasmo.

Hunde su boca en mi sexo y si el cielo se puede tocar yo creo que acabo de hacerlo. Absorbe mi olor, cerrando los ojos llenándose de mí y deposita un suave beso en el mismísimo centro. Es todo tan sensual y tan erótico, que no puedo soportarlo. Mis manos agarran su pelo y le obligo a levantarse. Necesito tocarle ya, antes de caer mareada.

De pie, tan cerca de mi otra vez, por fin consigo agarrar su erección.

—Sí, Oli, mira lo que me provocas —gime contra mi boca.

Mi mano menuda agarrando su polla parece aún más pequeña. La deslizo de arriba abajo, tocando con mis yemas su hendidura. Alberto se retuerce entre mis dedos. Creo que yo también lo estoy haciendo bien.

—¡Hostia, Oli!, no sigas haciendo eso o me correré.

Nos separamos unos segundos, para contemplar nuestros cuerpos desnudos, sin límites. Nuestras respiraciones entrecortadas y nuestras miradas dicen tantas cosas y acumulan tantas ganas. Aprovecho para dar un paso hacia delante y sacarme las braguitas por los tobillos.

—Eres preciosa, Oli. Creo que hoy podría correrme con tan solo mirarte.

—Entonces creo que ya somos dos, profe —digo completamente perdida en sus ojos azules.

Me estrecha entre sus brazos, tan fuerte que nuestros cuerpos parecen uno. Su lengua invade mi boca con deseo otra vez. El ritmo lento empieza a abandonarnos por uno más rápido. Sus dedos empiezan a tocar mi sexo, primero solo el vello con una caricia suave. A continuación los pliegues, paseando su dedo corazón por toda mi piel y abriéndome los labios, repartiendo mi humedad. Por último, el interior. Me mete un dedo con delicadeza y juega con él dentro de mí. Me retuerzo ante sus atenciones. Gimo entre dientes. Después, con sumo cuidado, me introduce otro para acompañar al anterior.

Joder, ahora sí que no voy a poder aguantar el equilibrio. Mis piernas empiezan a doblarse. Estoy excitada, húmeda y más que preparada para

tenerle dentro de mí. Se muerde el labio al comprobarlo y eso todavía me excita más. Su polla dura se desliza entre mis dedos, que han cogido un buen ritmo, movimientos suaves de la base a la punta, parece que le gusta. Siento sus abultadas venas pasearse por la palma de mi mano. Ya noto las primeras gotas de su líquido desbordarse, y con ello nuestros cuerpos empiezan a arder. Solo podemos seguir el camino que nos marca el deseo.

—Oli, no puedo esperar más. Voy a coger un condón o me correré en tu mano.

Me rio ante sus palabras, está muy excitado y nervioso. Yo estoy empapada también. Y si no saca sus dedos de mi interior, va a sucederme lo mismo.

—No hace falta que te pongas un preservativo, tomo la píldora —digo entre jadeos.

—Joder, Oli. ¿Estás segura? —gruñe ante mi propuesta.

—Sí, quiero sentirte dentro de mí, ya. —Y entonces me coge en brazos, como si fuera una pluma y me tumba sobre la cama, con la espalda pegando en el colchón. Él se coloca de rodillas delante de mi cuerpo y separa lentamente mis piernas sin dejar de mirarme a los ojos.

No sé si estaré siendo una irresponsable al dar por supuesto que Alberto está sano, pero no quiero que haya ninguna barrera entre nosotros. Ya no.

Alberto se tumba encima de mí y guía su erección hasta mi entrada. Juega con ella por mis pliegues, marcándome el comienzo de lo que vendrá a continuación. Sujetando su peso con sus antebrazos, me tiene completamente a su merced. No para de besarme, los labios, el cuello, los hombros...

Entra muy suave, como si no quisiera romperme, pero yo estoy tan mojada que apenas hay fricción cuando me mete la punta. Tenso mis músculos para que me sienta. Mi vagina se contrae para darle la bienvenida. Su potente erección se acomoda en mi interior y ahora sí que lo llena todo.

—¡Joder, Oli! Es perfecto. Tú, tu cuerpo, tu sabor. Jodidamente perfecto —blasfema en su segunda embestida.

—Lo sé, profe. Lo sé. —Y hundo mi nariz en su cuello, huele tan a él que mis terminaciones nerviosas se electrocutan.

“Placer por todos los poros de mi piel”, se puede llamar la película.

Sus embestidas, profundas y lentas, me están llevando al clímax a una velocidad inaudita. Siento toda su polla en mi interior y llega tan hasta el fondo que mi clítoris recibe la atención necesaria para morir de placer. No necesito tocarme para estimularlo más. Siento la excitación llevada al

infinito. Alberto entra y sale de mí con movimientos tortuosos, rítmicos y sumamente sensuales, mi cuerpo se arquea para recibirlos. Se está deleitando en cada embestida.

—Tócate si quieres, Oli. Tócate si lo necesitas. Yo solo quiero verte disfrutar.

Y me alegra mucho oír sus palabras, saber que se trata de los dos, de mi placer y del suyo, algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Así está perfecto, no pares— digo entre gemidos y jadeos, cada vez más caliente. Una embestida más fuerte y más rápida me avisa de que está a punto de correrse. Y yo con él.

—Oli, estoy a punto. ¡Córrete conmigo! Córrete conmigo y mírame. Quiero ver tus ojos cuando te llene.

—¡Sí...! Yo también quiero ver cómo te corres. Quiero todo de ti.

Entra y sale de mí, ya con estocadas mucho más rápidas. Mi cuerpo está preparándose para recibir la última sacudida, anticipándose al orgasmo que está a punto de llegar. Ahora mismo le siento con mi lengua, con mis labios, con mi sexo. Una arremetida más. Voy a correrme. Otra más. Me preparo. Otra más. Dentro. Fuera. Dentro, dentro...

—Oli, si quieres me corro fuera —me dice Alberto entre gemidos antes de dejarse ir en el último segundo.

—No. Dentro, lo quiero dentro —mis palabras (irreconocibles hasta para mí) con apenas un hilo de voz son el punto de inflexión para ambos. Los gemidos y los gruñidos, cuando nuestros respectivos orgasmos hacen acto de presencia, inundan el sonido de la habitación. Los nombres de Alberto y Oliva se mezclan con algunos tacos y algunas palabras sucias; pero, aun así, suena todo tan íntimo y tan sexual. Nos retorremos soportando la descarga que ha provocado en nuestros cuerpos. De los pies a la cabeza, con especial duración en mi vientre. Ya me había corrido con anterioridad, pero es difícil recordar que alguna vez fuera así.

Sin salir de mi interior, nos tumbamos de lado sin dejar de mirarnos. Nuestros ojos chispean. Alberto agarra mi cara entre sus manos y, antes que me diga nada, le beso yo primero. Y le beso como se besa a quien acabas de descubrir, a lo nuevo, a las ilusiones.

—¡Quiero repetir!

Y la sonrisa de Alberto al escuchar mis palabras ilumina la habitación.

35- NO QUIERO PARAR

ALBERTO

Estoy intentando salir de la cama sin despertar a Oli, pero la maraña de brazos, piernas y cabeza, pegadas a mi cuerpo me están complicado un poco la tarea. Está preciosa con toda su melena revuelta encima de mi pecho, desnuda y con esa piel tan suave y perfecta. El olor a vainilla inunda mis fosas nasales y, si no salgo ahora de la cama, mi erección matutina hará acto de presencia, y no por falta de sexo durante la noche, precisamente, sino porque mi cuerpo al lado del suyo entra en combustión. Podría estar con ella dentro de la cama las 72 horas que faltan hasta que volvamos a Madrid, sin comer, ni beber, como si se tratara de una dieta de ayuno, simplemente la comería a ella. No quiero parar de sentirme así, me siento tan jodidamente bien que asusta.

—A partir de ahora, Oliva, es probable que todo lo que quiera tenga que ver contigo —susurro cerca de su oído, pero ella está tan profundamente dormida que no se entera.

Es muy pronto, todavía no ha amanecido y quiero ir a meterme un rato al agua, como todas las mañanas. Espero que cuando se despierte Oli ya me haya dado tiempo a regresar a casa. Me imagino que después de la noche de sexo y caricias que hemos tenido esté cansada y no madrugue tanto como yo. Lo mío es habitual, muchas noches de insomnio, pensando en todo y en nada, y comiéndome la cabeza más de lo necesario, aunque hoy ha sido distinto. A pesar de que ya estoy despierto, he dormido como un bebé, después del segundo asalto hemos caído los dos en un profundo sueño y confieso que hacía mucho tiempo que no sentía tanta paz interior.

No sé si puedo expresar con palabras cómo me he sentido estando dentro de ella. Sin barreras, sin límites, intimidad en estado puro. La sensación no puede compararse con nada, ni con nadie. Desde que María se fue no lo había hecho sin condón con ninguna chica. Y creedme cuando os digo que muchas han estado dispuestas, pero siempre he sido yo el que se ha negado. Cuando Oli me dijo que tomaba la píldora y que no hacía falta que me pusiera la gomita, fue como si el cielo se abriera ante mis ojos. Dudé, más por ella que

por mí, no puedo dejar de pensar que solo lo había hecho con un tío en toda su vida, hasta anoche que lo hizo conmigo, claro está. Quiero aclarar que cuando estuve en la clínica con el accidente me hicieron pruebas de todo tipo y estoy sano; si no llego a estar tan seguro, nunca la hubiera dejado que lo hiciese sin condón.

Al principio estuvimos tan nerviosos; desnudos, contemplándonos, buscándonos, explorándonos. Muertos de excitación y de anticipación. Luché contra mí mismo para no abalanzarme sobre ella en la cocina ya, y después en mi habitación me contuve a duras penas. Estaba preciosa. Su cuerpo menudo pero curvilíneo, sus pechos grandes, sus pezones sonrosados apuntando hacia arriba, su trasero firme, su melena suelta cayendo por su espalda. Su mirada desprendía un brillo especial y, cuando sus manos pequeñas y temblorosas agarraron mi polla, casi me corro entre sus dedos. Ha sido increíble, la puta hostia, hablando claro y mal.

Creo que a ella le ha gustado también, la he notado muy desinhibida. Nada más terminar con nuestro primer orgasmo, me dijo con una sonrisa en los labios “quiero repetir”, y lo que vino a continuación superó con creces cualquier expectativa.

Oliva me empezó a besar, suave y lento, intentando que volviera a coger el hilo sexual que habíamos dejado hacía escasos minutos. Me encantó que tuviera ganas de más. Se puso a horcajadas sobre mí y, al darme cuenta de que quería tomar el control, enloquecí. No pensé que con su timidez fuera capaz de pedirme más, y encima de servirse ella misma en nuestro primer encuentro sexual y eso, me encantó. Demostró que ansiaba disfrutar más y que estaba tan implicada en nuestro placer como yo en el de los dos.

Sus labios fueron dejando besos húmedos por todo mi cuello, lentamente, descendiendo por mi barbilla, clavículas y recreándose en mí pecho. Su saliva en mi piel provocaba que mis terminaciones nerviosas comenzaran a despertar de nuevo. Sus manos, a pesar de ser pequeñas, encienden todo a su paso. Cuando jugueteó con su lengua bajando por mi abdomen hasta llegar a mi ombligo, mi polla ya estaba más que preparada para el segundo acto. Oliva sonrió descarada cuando la vio. Sus ojos centelleaban a verdes. Y los míos debían desprender rayos abrasadores.

Apoyé mi cabeza sobre mis brazos y me dediqué a observar a mi aceituna; sensual, voraz, hambrienta de deseo y hambrienta de mí. Definitivamente, esta nueva Oli había estado escondida en algún lugar y yo me sentía el tío más afortunado del mundo por haber conseguido sacarla de su escondite.

Cuando cogió mi polla y se la metió en la boca, solo pude jadear, mucho y muy fuerte. Aquí nadie puede oírnos y, si no fuera ese el caso, me habría importado una mierda que nos hubieran escuchado. Oliva y yo completándonos. Dije su nombre en repetidas ocasiones y blasfemé. La lengua de Oli se paseaba desde la base hasta la punta de mi erección para a continuación pasar a metérsela hasta la garganta. Una y otra vez, la sacaba y la metía lo máximo que podía y, aunque quise enredar mis dedos en su melena y empujarla muerto por la excitación, me contuve y dejé que fuera ella la que llevara el control. Estaba tan entregada que solo fui capaz de observar y disfrutar. Su imagen comiéndome era erotismo puro. Espero poder corresponderle pronto.

Antes de correrme en sus labios, le levanté la cara para que parase. Por supuesto que quiero follarle la boca, hasta el final y correrme llenándola de mi semen y que se lo trague si quiere, pero no tengo prisa y ayer quería volver a estar dentro de ella, una vez más.

Oli protestó por no dejarle acabar el trabajo, pero se puso encima de mí otra vez y se metió mi miembro en su sexo con un movimiento deliberadamente lento. Fue increíble. Sus paredes apretaban mi polla llevándome al séptimo cielo.

No pude soportarlo más y necesité tocarla. Verla amándome de esa manera me transportó a un planeta donde solo estábamos ella y yo. Mis manos agarraron sus pechos mientras ella hacía conmigo lo que quería. Dentro, fuera. Arriba y abajo. Sus caderas cogieron el ritmo perfecto, moviéndose en círculos y recreándose en el movimiento. Cada vez que subía y se dejaba caer sobre mi polla, yo sentía que mi cuerpo explotaría de un momento a otro.

Abandoné sus pechos para empezar a tocarle el clítoris, todavía no conocemos nuestros cuerpos a la perfección y yo quería que ella se corriese con mi polla dentro, mis torpes dedos buscaron su botón y su mano se posó encima de la mía para guiarme. Joder, nuestras manos unidas en busca de su placer me encendieron aún más. Cosa que casi era imposible de soportar.

Oliva estaba salvajemente sexi botando encima de mí y además acariciándose, me hizo volar. La dejé el control completamente, a ella, a sus caderas, a sus manos... Su sexo perfecto, acogiendo mi polla una y otra vez. El ritmo se volvió frenético y sus dedos juguetones en su clítoris más. Cuando echó la cabeza hacia atrás curvando su cuerpo, me incorporé y me metí un pezón en la boca. Succioné con fuerza porque quería que disfrutase con todos los sentidos. Se los comí con fervor, primero uno y después el otro,

ella jadeaba muerta de excitación. Los chupé, los lamí y los succioné. Mi nombre saliendo sutilmente de su boca me desbordaba.

Nos volvimos locos, literalmente. Su pecho en mi boca, su mano en su sexo, mi polla dentro de ella y sus uñas clavándose en mi hombro. Así recibimos la descarga eléctrica que nos provocó el orgasmo, fue largo, fuerte y mágico, con pequeñas sacudidas finales que no hacían nada más que recordarnos que existe una fuerte conexión entre los dos. La llené otra vez y ella lo recibió con gusto. Fue increíble, empezó por la punta de mis pies y creo que después de recorrerme entero me abandonó por los rizos de mi pelo. Oliva gritó mi nombre y yo solo pude decir un joder interminable. Caímos sobre el colchón rendidos, intentando recuperar nuestras respiraciones, que se habían vuelto incontrolables por el camino.

Alberto, deja de recordar el espectáculo de anoche o al final vas a cumplir eso de no moverte de la cama en tres días.

Aprovecho que se ha girado abrazando a la almohada para salir de la cama y bajarme a la playa; si no, se me va a hacer muy tarde.

Las olas tienen muy buen tamaño y creo que me vendrá bien soltar mis músculos, estoy bien físicamente, por lo que espero aguantar el ritmo del mar y el de mi actividad sexual del fin de semana. Cuando estoy en mi casa, me meto en el agua todos los días. En épocas de mucho trabajo, cuando estoy grabando fuera, no puedo y lo echo muchísimo en falta.

Remo y entro. Hoy la mar sí que ruge más que ayer. El agua todavía no está muy fría en septiembre, pero en la cara y en las manos ya se nota el inminente cambio de estación. Dentro del agua nunca pienso en nada. Solo estamos la mar y mi cuerpo, pero hoy estoy más torpe de lo normal. Oliva, su cuerpo, su risa, sus manos, sus ojos... Revolotean por mi cabeza y casi no me dejan concentrarme. Las olas son bastante grandes y quiero disfrutar del baño, aunque una intrusa preciosa se haya colado en mi mente. Unos metros a la derecha veo a cuatro o cinco asiduos a esta playa. Entre los que creo reconocer a Tony, mi único amigo.

La mar es como nuestro gimnasio, venimos aquí a primera hora de la mañana, surfeamos y después volvemos a nuestros quehaceres diarios, solo que es infinitamente mejor estar al aire libre y disfrutando de la naturaleza. Esta sensación no se puede comparar a nada, y mucho menos a estar corriendo en una cinta dentro de cuatro paredes. Cuando estoy en Madrid,

hay días que no me queda más remedio que ir a uno, pero no es lo mismo.

Mi trabajo requiere que mi cuerpo esté definido, aunque la naturaleza ha sido bastante benévola conmigo y, a pesar de no hacer ejercicio a diario, no me puedo quejar del resultado.

Ya ha amanecido y los primeros paseantes hacen acto de presencia por la playa. Algunos paseando a sus perros y otros corriendo, son de esos corredores nuevos, que con la crisis de los cuarenta les ha dado por el *running*. He estado un buen rato y creo que por hoy es suficiente, me salgo a ver si llego antes de que Oli se despierte.

—¡Vaya! se te han pegado las sábanas hoy, ¿no? —me dice Tony cuando salimos del agua a la par.

Tony es uno de los madrugadores, como yo. Nos encanta venir antes de que salga el sol. El surf y los madrugones nos unieron cuando me vine a vivir aquí, y desde entonces somos amigos.

—Sí, las sábanas y quien está dentro de ellas.

—Joder, Albertito, ¿y quién es la afortunada a la que has dejado quedarse a dormir? —se mofa mi amigo.

Él sabe que no duermo con nadie y, como he estado con mi abuela, tampoco he tenido mucho tiempo de contarle que Oli iba a venir de visita. Él acaba de ser papá y ha estado muy ocupado cuidando a su mujer Noe y a su bebé Leo.

Mientras salimos de la playa, le voy poniendo al día. Cuando volví de Cádiz sí que le conté que había conocido a una chica guapísima que me tenía loco, pero que tenía un novio gilipollas y estaba esperando a que le dejase. Después no había tenido ocasión de contarle cómo han ido avanzando los acontecimientos.

—Pues acércate esta tarde a casa y así ves a Noe y a Leo, le va a hacer ilusión que nos presentes a una chica. —Noe siempre intenta presentarme a sus amigas, incluso tuvo una época en la que me quería emparejar con su hermana, una morena guapa, pero algo engreída, que no me convencía. Mis amigos piensan que no puedo ser toda la vida un lobo solitario.

Yo siempre me he defendido con excusas, porque nunca he sentido la necesidad, desde que se fue María, de compartir mi vida con nadie, más allá de encuentros sexuales esporádicos. Quizás por miedo a salir herido o por no saber si iba a ser capaz de entregarme al 100% en una relación de pareja.

Qué distinto lo veo todo ahora cerca de Oliva. No me reconozco.

—Está bien, se lo diré a Oli.

Y cuando estamos poniendo nuestros pies descalzos en el pavimento del paseo, alzo la vista a mi casa y me encuentro a Oliva, asomada en la terraza. Lleva puesta solo su súper camiseta. Joder, está jodidamente sexi recién levantada también.

La sonrisa que nos dedicamos no pasa desapercibida para mi amigo.

—Vaya, parece que esa sonrisa de idiota también la compartís.

—¡Capullo! —le espeto, y nos despedimos chocando nuestras manos.

Creo que es hora de desayunar a Oli y después, si eso, ya comemos algo.

36- YO QUIERO QUE TODOS LOS VIERNES SEAN ASÍ

Me acabo de despertar y al girarme en la cama me he dado cuenta que mi profe, sí, porque ya considero que después de la *máster class* de anoche es mío, particular, no está a mi lado. La casa está en silencio total y creo que me hago una idea de dónde puede estar.

Estoy desnuda, completamente desnuda y las sábanas huelen a una mezcla de sexo, vainilla, lima con algo dulce y más sexo. Aspiro su almohada como una auténtica colegiala y los recuerdos de la noche sobrevuelan mi cabeza.

¡Ay, Alberto! no sé quién es esta Oliva ni de dónde ha salido, pero creo que estaba escondida a la sombra de alguien esperando a encontrarte. ¿Realmente soy yo?

Mi comportamiento te puede hacer creer que me he olvidado rápidamente de Diego. No voy a mentir, no me he olvidado de él, sé que vamos a vernos, porque todavía tenemos una conversación pendiente. Necesito reunir el valor suficiente y volver a su casa, para despedirme de su familia y recoger todas mis cosas. Además, me gustaría que pudiéramos terminar civilizadamente, ojalá algún día podamos cruzarnos por la calle y hablar, como dos amigos más que compartieron un momento de sus vidas; pero definitivamente, como pareja, te puedo decir que sí, es pasado. No voy a cambiar de opinión por mucho que él quiera insistirme en que debemos estar juntos, ese “nosotros”, al que él se aferra, ya no existe para mí.

Alberto en una sola noche ha conseguido que mi cuerpo vibre como un torbellino de emociones. Él me ha hecho sentir especial y sé que todavía no ha practicado conmigo ni la mitad de las cosas que tiene en mente. Me doy cuenta de que está calmado y no tiene prisa. Me he sentido tan poderosa estando con él. Con Diego, en cambio, hacía mucho tiempo que no encajaba. No existía casi conexión entre nosotros y, aunque esté feo comparar, con él no he sentido ni la mitad de las sensaciones que ayer me provocó el profe. Solo hay que ver cómo me he entregado a Alberto, en cuerpo y alma, nuestra primera vez. Ese detalle no ha hecho otra cosa que confirmar que yo por Diego hacía tiempo que no sentía nada más allá del cariño que nos tenemos por haber estado juntos tantos años.

El sexo con Alberto ha sido de otra dimensión; bonito, sutil, divertido, excitante, placentero, infinitamente placentero. Alberto me ha llevado al infinito y más allá. Por eso, en cuanto el primer orgasmo me atravesó todo el cuerpo, quise repetir. Porque estaba ansiosa de volver a sentir a Alberto en mi interior, colmándolo todo.

Mi amiga Sara habría apuntillado, con una de sus perlititas, que lo que estaba era “mal follada” o algo similar. Me acuerdo de ella en este instante porque seguro que está ansiosa por saber cómo he pasado mi primera noche con el profe.

Me pongo mi camiseta y mis braguitas, que están a los pies de la cama. El sujetador no lo veo por ningún sitio, así que me olvido y voy directa al baño. Me miro en el espejo cuando me lavo los dientes y observo como una idiota la sonrisa que se ha instaurado en mi cara, estoy feliz.

Voy a disfrutar de este viernes y del resto del fin de semana, pienso para mí.

Esta casa es magnífica. Al final me encanta que entre tanta luz y que no haya tabiques, creo que es perfecta para Alberto. Es masculina y transmite libertad, como él.

Anoche se comportó como un auténtico caballero, me dejó llevar el control y en todo momento estuvo pendiente de lo que sentía y de lo que quería hacer. La palabra egoísta está claro que no lo define. Es el hombre más comprensivo y paciente que conozco, ya sé que mi experiencia es más bien escasa, porque no he tenido a muchos hombres en mi vida con los que compararle, pero me tomo esa libertad para describirlo. Por lo menos, conmigo se ha comportado así.

Mientras pongo el sonido de mi móvil, que estaba silenciado desde ayer, salgo a la terraza a contemplar las vistas de la playa y del mar. Hace algo de fresco, pero me encanta que me dé el aire en la cara, así me desperezo. La marea está baja y hay bastantes olas. Respiro el yodo que me trae la brisa marina y lleno de aire mis pulmones, es un lujo despertarse aquí.

Veo a lo lejos como dos puntos negros van subiendo por la arena. A medida que avanzan hacia el paseo, reconozco a Alberto, que va charlando animadamente con otro surfista. Sabía que estaba en el agua, no podía estar en ningún otro lugar.

Una sonrisa pícaro se instala en mi cara. Me saca de mi ensoñación el sonido que me alerta de los millones de mensajes de *whatsapp* que estoy recibiendo. Miro la pantalla con miedo, por si fueran de Diego, pero respiro

con alivio al comprobar que son del chat de las tres mellizas. Mis hermanas querrán saber qué tal he pasado la noche.

Alberto se da cuenta de que estoy asomada en la barandilla y me sonrío desde abajo. Sus ojos azules se achinan con el gesto y me encanta. Vaya par de idiotas que debemos de parecer.

En lo que él entra en casa, abro los mensajes. Joder, están locas, van a acabar con la memoria de mi teléfono.

Sara: Oliva Sanz, ¿piensas tenernos en vilo todo el día? ¿Qué tal anoche?
¡Pero si solo son las 9 de la mañana! Ya sabía yo que estaban ansiosas, no creí que tanto.

Ro: *¡Vaya madrugadora la cotilla de Sarita! ¡Qué pasa, que en Londres no se duerme! Aceituna, cuéntanos todo ¡ya!*

Sara: Venga, Oli, dime que la polla de Alberto es enorme y que por fin pudo descargarla.

Ro: *Habrás usado condón, ¿no? No es por fastidiarte la fiesta, pero Alberto Vega es un “Casanova”, mira todas las muchachas que dicen que se han acostado con él.*

Sara: Joder, Oli, si es la primera vez que catas a otro que no es el cabrón de Diego, ¿folla bien? Dime al menos que folla como un buen empotrador.

Joder... No me apetece seguir leyendo. Mis amigas no tienen límites.

—Oli, me ducho abajo en dos minutos para no calar todo. Baja y desayunamos —me grita Alberto, que ya ha entrado en casa.

—Vale, ahora bajo.

Cojo mi cargador de la maleta y decido dejar de leer a estas petardas, luego ya les contestaré para que se queden tranquilas. Sin detalles, por supuesto. Cuando estoy en los dos últimos peldaños de la escalera, Alberto sale del baño, su cuerpo envuelto en un albornoz azul marino y sus rizos aún mojados me paralizan.

Quiero que sea mi desayuno. La mirada con la que le recorro no le deja indiferente.

—Buenos días, aceituna, ¿qué haces? —me pregunta burlón.

—Mirar —contesto haciéndome la interesante.

—Mirar es una cosa. Que me mires tú es otro verbo diferente. —Y entonces me coge en volandas y me lleva hasta la cocina. Posa mi trasero encima de la barra. Está la superficie fría y protesto.

Sin decir nada más, mete sus manos por debajo de mi camiseta y toca mis pechos. Creo que se había dado cuenta de que no llevaba sujetador. Su fuerte gruñido, mientras me come la boca y masajea mis peras, nos hace reírnos a los dos.

—Voy a desayunarte entera.

—Yo estaba pensando lo mismo —digo pestañeando.

Alucinando conmigo misma estoy.

Alberto gruñe más fuerte y se sienta en el taburete, me mira con una sonrisa pícaro y me tapo los ojos muerta de la vergüenza, creo que he adivinado sus intenciones. Posa sus manos en mis rodillas y las sube lentamente por la cara interna de mis muslos, separándolos. Todo mi cuerpo se pone en tensión, he conseguido soltar mi móvil y apoyar mis manos en la encimera, a ver si así consigo mantener el equilibrio. Desde esta posición, contemplo sus movimientos. Cuando sus dedos están llegando a mi ingle, comienza a pasear su lengua por mis muslos, donde hace un momento habían estado sus manos. Echo la cabeza hacia atrás y me preparo para lo que quiera hacerme. No voy a negar que me encanta verle desde aquí arriba, tan entregado. Cuando llega al centro y empieza a apartar el elástico de mis bragas, me mareo. Su dedo índice avanza con suavidad por mis pliegues, y de repente oímos un tintineo de llaves en la entrada.

—¡Alberto, para! Alguien está abriendo la puerta.

—¡Joder! —blasfema.

Y yo me bajo de la barra a la velocidad de la luz y me coloco detrás de la misma, como si fuera una niña a la que la acaban de pillar sus padres con su novio en actitud poco decorosa.

—¡Hola! Perdón, pensé que estaríais dormidos —dice una voz femenina acercándose a la cocina con un pan en la mano y algo más.

Alberto se descojona al verla y yo abro mucho los ojos, no veo dónde está la gracia. Una mujer morena, con un moño desenfadado en lo alto de la cabeza y buenas curvas, entra como diría mi abuela: “Como Pedro por su casa”.

—¡Joder, Mónica! Podías haber llamado —le recrimina Alberto, pero de buen humor.

O sea, que esta es la chica que limpia la casa, pues por cómo le está mirando creo que le gustaría limpiar mucho más que esta humilde morada, quizás a su dueño.

Coño, Oli, ¿te reconoces? Yo no.

—Lo siento, solo vengo a dejarte el pan y el periódico. Habría llamado a la puerta, pero como es temprano pensé que estaríais en la cama —y dice toda esa parrafada sin mirarme. Como si no estuviera delante.

Alberto le dice con un gesto que no pasa nada y nos presenta. Yo la doy la mano desde el otro extremo de la barra, porque estoy en bragas y mojada, no quiero que me vea así.

—Encantada —me dice por fin mirándome a los ojos.

—Igualmente —digo sin mucho entusiasmo. Y ella deja el pan y el periódico en la esquina de la encimera.

—Moni, no hace falta que vengas hasta el lunes —dice Alberto. Ha debido de notar que no me ha gustado mucho su intromisión.

—¡Vale! —contesta sin más. Y antes de darse la vuelta, añade—. Por cierto, sales en la revista *Corazones* esta semana, mira.

Y le muestra a Alberto la portada de la revista que llevaba en la mano. Alberto resopla y busca el titular. La foto grande corresponde al cumpleaños de la madre, el posado delante de las fuentes de chocolate aparece en una esquina de la portada y Alberto pasa las páginas para ver el contenido interior. Me lee en voz alta los titulares, hablan de la gran fiesta de cumpleaños de la esposa del juez y al final del reportaje hay una foto pequeña nuestra, cuando abandonamos el salón ya de espaldas.

El periodista de turno dice “Su hijo, el famoso actor Alberto Vega, abandonó la fiesta de la mano de su desconocida acompañante, antes del final”. Alberto se pasa las manos por el pelo un par de veces y me mira con gesto preocupado. Sé que no quiere meterme en todo este rollo; pero, bueno, tampoco nadie sabe mi identidad y no se me ve la cara, no es tan grave.

Devuelve la revista a Mónica y nos despedimos. Él la acompaña a la puerta y regresa a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, tranquilo. No es tan grave, apenas se nos ve.

Antes de que pueda decirle que me ha parecido que su empleada se recrea bastante en su cuerpo cuando le habla, suena mi móvil. Me sobresalto y lo cojo. Es un número que no conozco.

—¿Diga? —contesto dubitativa.

—Buenos días, Oliva. Soy Eduardo.

—¡Buenos días!, Eduardo...

Alberto observa atento mi reacción y, cuando ve que una sonrisa invade mi cara, me agarra por la cintura y me da vueltas. Quiero matarle porque me

tengo que aguantar la risa mientras escucho a Eduardo decirme que el mismo lunes a primera hora esté en la agencia para firmar el contrato. El trabajo es mío y no puedo sentirme más feliz. ¡Viva mi viernes!

Cuando cuelgo, Alberto me agarra la cara entre sus manos y junta su nariz con la mía. La mirada oscura de hace unos minutos cuando ha visto las fotos ha desaparecido y me encanta verle otra vez conmigo, de vuelta.

—Lo sabía, aceituna. Sabía que lo conseguirías.

—Gracias a ti, sin duda.

—Eso lo dices porque no conoces a Eduardo. Yo puedo haberle dicho que te hiciera la entrevista, pero si te ha elegido es porque sabe que puedes serle de ayuda. Nunca dudes de tu capacidad Oliva. —Y entonces me besa.

Me besa metiéndome su lengua hasta el final de mi boca. Dejando escapar todas las ganas. Sabe tan rico su beso que quiero más. Empiezo a agarrar su nuca para que no se despegue de mis labios, tirando de él hacia mí. Alberto está empezando a quitarme la camiseta, sin dejar de comerme la boca, cuando su móvil empieza a sonar. No me lo puedo creer.

—Tenemos que apagar los putos móviles ¡ya! —maldice separándose de mí y marchándose al salón a cogerlo.

Y a mí se me escapa un suspiro de decepción cuando se aleja.

ALBERTO

Apago el móvil después de haber estado más de veinte minutos hablando con mi hermano Alejandro. Quien dice hablando, dice gritando, discutiendo, cagándome en todo... Me ha llamado por lo de las puñeteras fotos de la revista. Se pensaba que yo todavía no las había visto, y era para prevenirme. Tarde, ha llegado tarde. Su versión es que ha conseguido, después de mucho esfuerzo (es el número uno a la hora de colgarse medallas) que no publiquen ninguna foto de Oliva conmigo donde se nos vea la cara. Me ha advertido que tienen algunas de nosotros juntos, sobre todo de perfil y que, si no quiero que a ella la persigan por toda la ciudad los *paparazzi*, procure que no nos vean juntos, de momento. Qué bien, ya me siento mucho mejor. Ahora que estoy empezando a disfrutar con ella la meto en una urna y no la dejo salir, ¿no? La pelea ha subido de tono cuando ha insinuado que la prensa sospecha que entre el juez y yo existe algún tipo de problema, así que me ha pedido encarecidamente que no hable mal de él en público y que piense, por el bien de todos, que sería una buena idea conceder una entrevista a algún medio serio escrito, en casa de mi madre, donde salgamos todos juntos como una familia feliz.

Al juez le queda un año en los juzgados, después quiere dar el salto a la política bajo las siglas de uno de los principales partidos de este país, así que no puede verse envuelto en ningún escándalo si quiere ser respetado, por lo que mi hermanito vela por su futura carrera política. Ya le he dejado claro que no pienso participar en esa comedia, así que se puede ir olvidando de mí. Mi hermano es un lameculos al que siempre le ha gustado estar rodeado de toda esa gentuza, pero yo no soy así. Ni lo necesito, ni quiero.

He recibido una llamada mientras hablaba con él, era Eduardo. Me imagino que sería para decirme que ha dado a Oli el trabajo, no tiene ni la menor idea que ya me he enterado, en directo. Ya le llamaré.

—Aceituna, tienes un minuto para soltar el móvil. No quiero más interrupciones —digo mientras subo a la planta de arriba para volver a estar con ella.

Oliva, harta de esperar en la cocina, ha cogido una bandeja con algo de fruta y unas galletas y la he visto subir a la habitación, mientras yo seguía enfrascado en la conversación con mi hermano. Ahora está con el móvil en la mano, medio tumbada en el sofá y comiendo una manzana. Está tan sexi que yo solo pienso en que su manzana es mi polla y me da mordisquitos. Joder, Alberto, relájate.

—He subido un poco de comida, espero que no te importe —me dice mientras da otro mordisco mirando la pantalla. Y sus labios, y su boca... Se me ha abierto el apetito, pero de ella.

—Estás en tu casa, no tienes que pedirme permiso, Oli —digo mientras me siento a su lado y cojo un zumo de naranja que también ha preparado—. El móvil, por favor —me quejo.

—¡Ya está! Mando un mensaje a las chicas y lo apago. Es para que se queden tranquilas.

—¿Tranquilas? ¿Qué pasa, que piensan que soy una especie de depravado o algo así? —ironizo.

—No, pero ya sabes, quieren enterarse de todo y, como no saben nada de mí desde ayer, me han bombardeado a preguntas.

Oliva bufa y veo que niega con la cabeza. No sé qué le estarán preguntando sus amigas, pero está claro que no le está haciendo mucha gracia.

—Dime qué quieren saber y ya contesto yo.

—¡Ni de coña! Alucinarías.

—¡Venga...! —insisto poniendo morritos y dejando la bandeja en el suelo. No tengo hambre de nada que no sea ella.

—Está bien. Pero no te descojones.

—¡Suéltalo! No puede ser tan malo —digo expectante.

—Sara me ha preguntado si follas bien —y en cuando lo dice, se pone un cojín cubriéndose la cara. Yo me limito a descojonarme. ¡Vaya con la rubia!

—Pues a esa pregunta tendrás que contestar tú, aceituna. No voy a pecar de engreído y a decir que lo he debido de hacer muy bien cuando a los dos minutos querías repetir.

—Alberto... Te he dicho que no valía reírse. —Y me tira el cojín contra el cuerpo. Deja los restos de la manzana en la bandeja.

—Venga, ahora la de Rocío, que quiero zanjar el tema y empezar con el desayuno, sin interrupciones. —Y la miro recorriéndola entera. Cojo sus piernas y me las pongo encima, su mero contacto ya está despertando todos

mis instintos más cavernícolas. Creo que se me va a abrir el albornoz por debajo de la cintura.

—Pues Rocío me ha dicho que no lo haga contigo sin condón, que has estado con millones de chicas —y lo dice como dejando la frase en el aire. Irradia inocencia.

—Oli, de eso quería hablar contigo. Para empezar, lo he hecho con algunas tías, no con millones, ya te dije que hay mucho bulo con ese tema. Que ayer quisieras hacerlo conmigo sin condón, para mí fue la puta hostia. ¡Perdón por el taco! —me disculpo y ella esboza una sonrisa—. Y hasta ahora no lo había hecho sin condón, nunca, con nadie. Desde que estuve con ella —y no quise decir su nombre.

Oliva se me queda mirando, me imagino que dé por hecho que tuve una relación larga hace tiempo, creo que algo le conté en Cádiz, no estoy seguro.

—Tranquilo. Está bien.

—En la clínica, cuando tuve el accidente, me hicieron análisis de todo y estoy sano, solo quería decírtelo.

—Alberto, no tienes por qué darme explicaciones.

—¡Claro que sí! Quiero que cuando estemos juntos sepas que puedes confiar en mí. Siempre.

—No sé para qué te he contado lo de mis amigas. Ya te dije que ibas a flipar con sus ocurrencias —dice Oli, un poco avergonzada, intentando aligerar el ambiente.

—Son un poco cotillas, pero me gusta saber que se preocupan por ti —digo dándole un beso y alargando mi mano para que me dé su móvil—. Quiero que sepas que yo también lo hago.

Me levanto y los dejo posados en la estantería. Aprovecho para coger mi Ipod y se lo doy a ella.

—Elige —digo guiñándole un ojo.

La veo enredar con el aparato unos segundos y los primeros acordes de una canción que he escuchado alguna vez empiezan a sonar por toda la habitación. Cuando Adam Levine empieza a cantar, reconozco enseguida el tema, es “Sex and Candy”, de Maroon 5, y Oli me sonrío pícaro.

—¿Te gusta la elección? —me pregunta.

—Me gustas tú.

Y esta vez me siento en el suelo, pegado a ella, que sigue tumbada. Mis manos empiezan a pasearse, primero por sus tobillos, para poco a poco, rozando su piel, ir ascendiendo por sus piernas, siento como toda su piel se

eriza por mi contacto. Empiezo a tener calor, mi sangre corre a toda velocidad por mis venas y me quito el albornoz, comprobando como Oli ha clavado sus ojos en mi cuerpo. Estamos a plena luz del día y mi desnudez no la intimida como en ocasiones anteriores. Sus ojos brillan de excitación.

—¡Siéntate! —le ordeno. Quiero tenerla abierta para mí, como en la cocina antes, solo que ahora no habrá interrupciones.

Oli obedece. Solo oigo su respiración, que empieza a agitarse.

—Alberto... —gime bajito.

—Voy a desayunarte, aceituna.

Y entonces meto mis manos por dentro de su camiseta y cojo sus pechos, grandes y firmes. Me pongo de rodillas y llego a su boca. Doy pequeños besos en la comisura de sus labios e invado con mi lengua el interior cuando ella la entreabre. Su sabor me provoca pequeñas descargas que se esparcen por todo mi cuerpo. Le quito la camiseta y se queda solo con las braguitas. Ella apoya su espalda en el respaldo del sofá y recibe mis caricias, gustosa. Beso sus pechos, que me llenan la boca y me deleito en ellos, primero uno y luego otro, juego con sus pezones, intentando no volverme loco, los beso suave al principio y después los mordisqueo un poco más fuerte. Me estoy poniendo a mil. Oli solo gime ante mis atenciones y se deja dar placer. Me encanta tenerla así, solo para mí. Desciendo poco a poco por su estómago, paseando mi lengua húmeda, hasta llegar a su ombligo y juego con mi dedo cerca del elástico de sus bragas. Oli coge mucho aire y su respiración cada vez es más fuerte. Me siento otra vez en el suelo y empiezo a besarle la cara interior de los muslos. Dejo un reguero de besos húmedos, mientras asciendo a su centro y lamo su piel con mi lengua. Oliva ha pasado a agarrarse a los cojines del sofá que tiene a ambos lados de sus caderas, arqueando su espalda para darme mejor acceso. Cuando llego a su ingle con mi dedo índice, aparto la tela de sus braguitas y le doy un beso suave. Ella gime y me llama.

—Alberto, por favor.

—Voy a probarte, Oli, y quiero que te corras en mi boca. Tu orgasmo será mi desayuno hoy.

Oli solo jadea y asiente con la cabeza. Ha cerrado los ojos.

Donde antes deposité un beso, ahora paso mi lengua, pliegue por pliegue. Abriéndola para mí. Su sabor es dulce. Sabe a sexo y a dulce, casi como la canción, y me encanta. Absorbo su humedad.

La ayudo a levantarse para que su trasero se desprege del sofá y poder deslizar las bragas por sus piernas. Cuando la tengo completamente desnuda

y abierta para mí, meto mi cabeza en el centro de su andar. Tanteando busco con mi dedo su clítoris; por cómo se retuerce, creo que lo he encontrado y entonces cambio mi dedo por mi lengua. Chupo, suave y lento. A continuación aumento el ritmo y hago círculos con mi lengua masajeando su botón, lo succiono cuando se hincha. Oli se mueve e intenta cerrar los muslos, retorciéndose de placer. Enreda sus dedos en mi pelo y acompaña mis movimientos.

—¡Sí, Oli...! Márcame tú el ritmo —digo entregado a comerme toda su esencia.

—¡Así, así...! —gime mientras yo me empapo de ella.

Sigo recorriendo con mi lengua todo su sexo, unas veces más suave y otras más profundo. Noto que tira un poco de mi pelo cuando está a punto de correrse. Alzo mi mirada y entre mis pestañas veo su imagen, completamente desinhibida, apoyada contra el sofá recibiendo todas las sensaciones que le provoco.

—Alberto, voy a correrme —me anuncia entre jadeos como susurros.

—Es lo que quiero, Oli. Mi boca está esperando para recibirte.

Antes de absorber todo su placer, meto un dedo en su sexo. Está muy mojada, pero lo recibe con ansia. Un par de chupadas más a su clítoris, ahora que lo tengo controlado y empieza a arder. Oli jadea muy fuerte, diciendo mi nombre. Chupo, succiono y lamo todo lo rápido que puedo, no quiero dejar escapar ni una gota de ella y mi dedo sigue abriéndose camino en su interior, ahora son dos.

Cuando el orgasmo atraviesa todo su cuerpo, saco mis dedos de su interior, lentamente, y voy aminorando mis caricias. Estoy tan excitado que no puedo esperar más. Me levanto, la beso en la boca como si me fuera la vida en ello, ella no se aparta y me encanta que pruebe su propio sabor. Me pongo en el sofá acomodándola debajo de mi cuerpo y me desato.

—Oli, voy a follarte. No puedo esperar más —digo como un animal. Al final la voy a acabar asustando.

—¡Fóllame! ¡Fóllame mucho, profe! —dice, y me muerde el labio inferior con fuerza.

—¡Joder! —gruño, sus palabras me calientan mucho más, de una sola embestida llego hasta el fondo. Fuerte, profundo. Hoy no estoy siendo tan caballero como ayer. Oliva gime tan fuerte que me asusto.

—¿Te he hecho daño, aceituna? —pregunto asustado.

—No. Al contrario. ¡Más, quiero más! —me dice devorándome la boca. Es

increíble nuestra conexión. Intento controlarme, pero estar dentro de ella sin barreras es la bomba. Entro y salgo a mi antojo y ella no deja de mirarme. Está guapísima con las mejillas sonrosadas por la calentura y por la sesión de sexo. Lleva sus manos a mi trasero y me clava los dedos, señal de que le está gustando y que no quiere que pare. Jadeamos juntos. Mis caderas golpean contra su pelvis, sin compasión. Ella debajo de mi cuerpo apenas tiene espacio para moverse, solo recibe. Una estocada más, seca, profunda. Otra más. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera del todo y otra embestida dura más. No voy a poder aguantar mucho tiempo a este ritmo.

—Oli. Me corro. Tócate y córrete conmigo.

—Sigue moviéndote así y me corro contigo —dice segura.

Intento alargar el placer para que ella me alcance, pero estoy tan a punto que en un par de estocadas más me voy. Bombeo dos, tres, cuatro veces y Oli gime mi nombre con su boca pegada a mi clavícula. El orgasmo me invade para atravesar todo mi cuerpo y la descarga eléctrica que siento es indescriptible. Ya no recordaba que era capaz de correrme así. Oli ha contraído mucho su sexo cuando se ha corrido y mi polla ha quedado atrapada entre sus paredes, como si no quisiera dejarme escapar. Con lentitud, me dejo caer encima de ella y nos besamos, mucho, suave y lento, para compensar lo bruto que me he puesto antes.

—¡Joder, Oli! Me he puesto como un animal —digo contra su boca disculpándome.

—Me encanta que me folles, me da igual si me lo haces suave o me lo haces salvaje.

—¡Hostia, Oliva! Por qué he tardado tanto en encontrarte.

Y sin decir nada más nos quedamos pegados y sudorosos tumbados en el sofá, mientras recuperamos la calma.

Ay, Oliva, empiezo a sentir tantas cosas por ti que me asusto.

38- CONTROLANDO MI CORAZÓN

Estoy tumbada, boca abajo, desnuda sobre la cama de Alberto y solo soy capaz de emitir un ligero ronroneo, como los gatos cuando les acarician sus dueños. Alberto está tumbado a mi lado, igual de desnudo que yo y en este instante no para de hacerme espirales con su dedo índice a lo largo de mi espina dorsal, descendiendo por toda mi espalda hasta llegar a mi trasero. Después de nuestra sesión interminable de sexo de ayer, no tengo fuerzas casi ni para moverme. Estoy dolorida, pero inmensamente feliz.

—Oli, puedo pasarme así la vida entera, pero hoy vamos a salir de esta cama porque tengo una sorpresa para ti —me dice pegando su boca a mi oído.

—Profe, no me gustan mucho las sorpresas —protesto.

—Confía en mí, creo que esta sí te va a gustar.

—Solo un ratito más. ¡Por favor! Te prometo que enseguida nos levantamos —digo perezosamente.

Alberto prosigue con sus caricias, esta vez recreándose en el final de mi espalda. Y yo, yo revivo en mi cabeza todo lo que sentí ayer.

Después de que me devorara en el sofá, corriéndome en su boca y que me penetrara con tanta fuerza que pensé que me partiría en dos, nos quedamos tumbados, hablando de todo y de nada; de como estamos empezando a descubrir nuestros cuerpos y de lo bien que encajamos, de lo que nos gusta más a la hora de tocarnos, si aguantaríamos a ese ritmo todo el fin de semana y de cómo hemos estado anhelando los dos este momento, él con mucha más paciencia que yo... Desnudos, riéndonos, hablándonos de frente, sin miedo, compartiendo caricias y miradas. Creo que conseguimos desnudar nuestras almas, por lo menos un poquito.

Le conté cómo había sido enfrentarme a Diego. No se puede creer que no haya sido valiente para confesarme que sí me engañó, y yo le expliqué que al final, aunque pueda parecer una idiota, lo de menos es el engaño en sí, lo que me duele es que no sea capaz de ver que entre nosotros ya no hay nada. Le dije que sé que voy a tener que enfrentarme a él otra vez, porque de momento no cede, le conté su última visita a casa de Sara y lo desagradable que fue. Alberto, en vez de criticar a Diego o ensañarse, me dijo que existen personas

que no te quieren perder, pero que tampoco saben cuidarte. Acertó de lleno con su frase. Y su actitud me gustó, mucho.

Lo fácil para él hubiera sido decirme que Diego era un cabrón manipulador y que se merecía que le odiase, pero no fue el caso. Simplemente dijo que lo que no puedo consentir es que me vuelva a atrapar en su red con mentiras.

Me atreví a preguntarle por sus relaciones anteriores, se han escuchado tantas cosas de él que tenía miedo de que no me gustara su respuesta. Me contó que su última relación y la única importante fue con María, una compañera de profesión, y que había terminado hace seis años. Vivían juntos y él creía que se querían y que la cosa funcionaba; pero un día, al regresar a casa después de un rodaje, ella se había ido. Sin notas, sin llamadas, desapareció sin dejar rastro y sin dar más explicaciones. Por cómo me lo contaba, noté que ha sufrido mucho. Me confesó que fue una época muy dura para él, sin más detalles. No quise indagar más, me picaba la curiosidad por saber si se habían vuelto a ver o si en el fondo seguía enamorado de ella, pero me centré en el presente y decidí que era mejor dejar a un lado el pasado.

Al mediodía bajé a la cocina y con lo que había en la nevera preparé una ensalada con todo lo que pillé; por supuesto, la subí arriba y comimos sentados en el suelo al lado del sofá, yo con su albornoz puesto y él con su pantalón gris, sin camiseta. De postre, nos comimos otra vez y sin darnos cuenta ya estábamos enredados entre las sábanas de la cama de nuevo. Volví a tomar el control. Me subí a horcajadas sobre él y me penetró dejando que fuera yo la que marcara el ritmo. Lo hice lento, disfrutando de cada penetración. Dejándome caer sobre su pene con una lentitud asombrosa. Alberto, debajo de mi cuerpo admirándome. Él todavía no lo sabe, pero verle así es la mecha necesaria para que explote. Nunca me he sentido tan viva como cuando le tengo debajo.

Me siento bien con mi cuerpo y con mi placer. No me importa pasar mi mano por mi sexo, tocarme, excitarme y ayudarme para correrme; es más, Alberto disfruta viendo como me toco. Y siempre me pide que no me reprima. No estoy acostumbrada a esa actitud y me gusta, me gusta más de lo que en un principio imaginé.

Exploré cada centímetro de su piel y te diré que en este curso intensivo he aprendido un montón de cosas sobre él. Que tiene cosquillas si paso mis dedos por su pecho. Que odia depilarse, pero alguna vez por exigencias del guion lo ha hecho. Que tampoco le gusta que las chicas tengan el sexo rasurado, por eso se alegró gratamente cuando vio el mío, con el vello justo y

que siente debilidad por mis pezones, porque según él son grandes y rosados e invitan a morderlos. Y sé que tiene tres lunares al final de su espalda que forman una especie de triángulo y que me encanta recorrer con mi lengua. Él conoce también mis debilidades; sabe que mis cosquillas se centran en mis caderas, que me encanta que tenga un poco de barba, porque cuando se hunde en mis muslos me pongo a cien y que su pelo mojado me provoca taquicardias. Que he hecho muy pocas mamadas en esta vida, porque, ironías del destino, a Diego no le gustaban, pero que ayer cuando me metí su miembro en la boca disfruté como si fuera mi primera vez. Se ríe como un adolescente nervioso cuando le confesé esto último.

Cuando el sexo nos dejó rendidos, sucumbimos al sueño. Una siesta abrazada a él y exhausta fue la mejor sobremesa. Con nuestros corazones bombeando casi al unísono, me sentí un poquito más cerca de él.

Cuando nos despertamos, ya estaba a punto de anochecer, Alberto mandó un mensaje a su amigo Tony y le dijo que no íbamos a poder ir a visitarlos.

Me ha contado que sus amigos, que acaban de ser papás, quieren conocerme. Según él, es una novedad que tenga a una chica pasando todo el fin de semana en su casa, con sus días y sus noches; pero ayer estábamos tan a gusto disfrutando de nosotros, que no nos apetecía estar con nadie más. Lo más seguro es que, si hoy somos capaces de abandonar esta cama, quedemos con ellos un rato.

Después de la siesta, salimos de la cama para sentarnos en el sofá de nuevo, parece que solo sabíamos recorrer ese camino, sofá-cama, cama-sofá, con algún paso fugaz por el baño, por supuesto.

En esta ocasión, en vez de poner música cogió su guitarra. Porque yo le insistí, quería que me tocara algo, como cuando estuvimos en El Palmar y me tocó la canción de Antonio Vega que tanto escuchaba mi madre. Alberto me volvió a decir que le gusta tocar para él, sin compañía, aunque si se lo pedía con esa carita podía hacer una excepción. También me dijo que luego podía agradecerle el concierto privado dando un poco de cariño a su miembro. Él siempre sacándome una sonrisa. Le encanta que todavía me ponga como un tomate cuando me suelta sus frescas, aunque también se ha dado cuenta de que cada vez me ruborizo menos. No me puedo creer que a su lado deje atrás mis vergüenzas y mis miedos. Me gusta cada vez más jugar a su juego.

Me senté cruzando las piernas sobre el sofá y me convertí en su única espectadora. La imagen de Alberto, con su pecho desnudo acariciando su

guitarra, me provocó un pinchazo en el vientre, apenas pude contener la sensación de placer que había sentido con tan solo mirarlo. Los primeros acordes empezaban a sonar, mientras él me miraba a los ojos fijamente, su azul oscilaba entre intenso y brillante, imposible no caer rendida ante su mirada. Cuando su voz ronca, esa que pone para mí, empezó a cantar, tuve que contenerme para no llorar de la emoción. Era todo tan erótico, íntimo y sensual, un coctel de emociones. Oliva, tienes que controlar tu corazón, me reprimí. No puedes sentir tanto en tan poco tiempo.

Yo necesito rozar tu piel, andar contigo, seguir tus pies, no estar solito, puede estar bien. Tu corazón puro algodón, mi alma sucia, lija del dos, si no estás cerca, desolación...

No conocía la canción, pero creo que a partir de ahora será una de mis favoritas. Es “Amor en Vena”, de Rulo y la Contrabanda, y cantada por Alberto en acústico para mí fue simplemente alucinante.

Cuando terminó posó su guitarra y me comió la boca, con pasión y con ternura a la vez, repitiéndome el estribillo pegado a mis labios, como si las palabras de Rulo fueran las adecuadas para nuestro momento.

—Soy mucho menos de lo que sueñas, pero a mi lado tendrás verbenas, ningún palacio, alguna estrella y tu ración de amor en vena.

Amor, amor en vena..., qué bonitas palabras saliendo de sus labios; pero no vamos a engañarnos, somos dos desconocidos que acabamos de encontrarnos, no creo que sea posible que el amor ya se haya colado entre nosotros, aunque lo que siento cuando estoy con él me provoque una sensación única, sé que va más allá de una simple atracción sexual.

Cogí sus labios entre los míos, intentado acallar sus palabras, no quiero que me regale los oídos, no quiero promesas, ni etiquetas, solo quiero sentir, sentirme viva otra vez y disfrutar de él, sin pensar en nada más. Él y yo, en este instante.

La cena nos la saltamos, el sexo había colmado nuestro apetito y el cansancio pudo más que el hambre. Volvimos a la cama y hablamos de libros, de los autores que más le gustan y de los que me gustan a mí. Intentó convencerme para que le deje leer lo que escribo, pero esa parcela es muy íntima para compartirla. Me comentó su próximo proyecto, una serie que se rodará en Madrid y que espera poder conseguir el papel protagonista el lunes. El rodaje durará más de seis meses, así que tendrá que vivir allí un tiempo. Le confesé que estaba nerviosa, por enfrentarme a mi primer empleo serio y por

lo importante que va a ser para mí poder empezar mi nueva vida. El tema de lo que haremos al llegar a Madrid después del finde salió en la conversación, pero decidimos posponerlo, ya pensaríamos en ello en otro momento.

Antes de dormirnos nos enredamos de nuevo entre besos y caricias; esta vez no hubo penetración, tan solo nos tocamos, como dos adolescentes que tienen prohibido dar el siguiente paso. Y me gustó, me gustó igual que si me hubiera follado, porque una caricia de Alberto logra que eleve los pies del suelo y toque el cielo. Y me encanta que podamos comportarnos así, sin reglas, sin límites ni restricciones. Me dormí con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando como sus latidos iban descendiendo el ritmo. ¡Y pensar que no estaba muy convencida de venir a pasar el fin de semana con él! Menos mal que estaban mis amigas para comprarme ese billete y “medio obligarme” a coger ese tren. Encima, hasta tendré que agradecerérselo.

Alberto acaba de decidir pasar de mi espalda y centrarse en mis nalgas, como si necesitaran más atención, y en este instante pasea su dedo separándomelas, mientras sus labios besan el lóbulo de mi oreja. Joder, me hace estremecer. Puedo adivinar qué pretende. Es un sexo que he practicado un par de veces con Diego, hace un montón de años, más bien cuando empezábamos a descubrirnos, pero nunca lo repetimos después, creo recordar que no me gustó especialmente, si la memoria no me falla.

—Oli, vamos a la ducha o no respondo de lo que pueda hacerte —dice entre susurros roncacos.

—Profe, me encantaría probar.

—Joder, Oliva. No puedes decirme eso ahora. He dicho que vamos a salir de esta cama o nos pondremos enfermos sin respirar aire puro —se queja con media sonrisa.

—Vale... — contesto haciendo un mohín.

—¿En serio nunca lo has hecho? —me pregunta sentándose de rodillas entre mis piernas admirando mi trasero.

—Si alguna vez, hace mucho tiempo...

Entonces se inclina y me da un mordisco en la nalga derecha, succionando mi piel al final con un chupetón. Creo que me va a dejar marca. Y yo me muero por la expectación. Ya estoy mojada.

—Yo te lo haré bien y te gustará, me encantará follarte ese culo, pero ahora no. ¡A la ducha! —Y me coge de la mano tirando de mí para que me levante.

Protesto y le hago otro mohín, pero nada surte efecto, porque me carga sobre su hombro y me mete en la ducha. Cuando enciende el grifo y el agua

cae por mi cuerpo, grito. Está fría y todo mi cuerpo se tensa. Intento sujetarle para que se meta conmigo, pero sale huyendo de mi agarre.

—¿Crees que, si me meto contigo, no sé cómo acabaremos? ¡Te espero abajo, preciosa!

—Alberto...

—Aceituna... — dice descojonándose, y sale del baño para ir al de la planta de abajo.

Oliva, tu gozo en un pozo. Ahora ya se te baja el calentón en la ducha, sola.

39- NUESTROS PASADOS

ALBERTO

Voy conduciendo de regreso a casa, Oliva se ha quedado dormida con la cabeza pegada a la ventanilla, he bajado el volumen de “Amazing Day” de Coldplay, que suena ahora mismo en mi coche para no despertarla. Está preciosa así de relajada. Me encanta observar su cara cuando duerme.

Sin duda, nuestro sábado ha sido uno de los días más intensos que he vivido en los últimos años, para ella y para mí. Lo que a priori pensé que iba a ser una sorpresa sin importancia, para Oli ha sido un auténtico maremoto de sentimientos, todo por mi culpa.

Cuando supe que iba a venir a pasar el fin de semana conmigo, pensé en lo que podíamos hacer este día y decidí que llevarla al pueblo donde veraneaba con su familia le gustaría, pero nunca creí que ella fuera a vivirlo de una manera tan intensa.

Me costó muchísimo sacarla de la cama esta mañana, se hacía la remolona y encima quería sexo, daba igual la manera. Joder, es jodidamente sexi ver como siempre está dispuesta a juntar nuestros cuerpos, me encanta ver cómo quiere más o su curiosidad por probar cosas nuevas. Confía en mí y en mi iniciativa y eso me convierte en su auténtico profesor. Al final, la realidad supera la ficción. Mi aceituna está descubriendo de mi mano que el cuerpo necesita alimentarse de buenas y satisfactorias experiencias, igual que el alma. Y el sexo, cuando dos personas se desean y se empiezan a conocer, tiene que ser así: libre, pausado, sin prisas, sin límites morales y muy carnal.

Una vez metidos en el coche, emprendí camino sin decirle dónde íbamos. Al principio creyó que íbamos a Gijón a comer por allí y de paso hacer la visita que teníamos pendiente a mi abuela. Iba nerviosa y no paraba de preguntarme qué íbamos a hacer, pero yo no quise adelantar nada.

En el coche fuimos hablando animadamente; primero de nuestros gustos en general, de su comida favorita; le encanta el arroz, de cualquier manera. Yo prefiero la pasta, sobre todo si la como picante. De la música que más nos gusta, ella es incondicional de Maroon 5, indudablemente que Adam Levine sea su cantante es un plus para la banda, me confesó entre risas. Y yo me

identifico más con Coldplay, aunque U2 siempre fueron mis favoritos, desde la adolescencia. En cuanto a música española se refiere, sí coincidimos; su madre era una gran fan de la música de los 80 y ella siempre ha escuchado a los grandes músicos nacionales en su casa: Antonio Vega, Loquillo, Los piratas, Radio Futura, Duncan Dhu...

Parecía una especie de entrevista para conocernos mejor. También dijimos las pelis clásicas que queremos volver a ver y en casi todas coincidimos.

Cuando dejamos atrás Gijón y continuamos por la autovía, me di cuenta de que Oli había adivinado nuestro destino y entonces la conversación se hizo más pausada.

Empezó a ausentarse sin querer, yo hablaba y ella solo escuchaba, con la mirada perdida en el paisaje, con la mano apoyada en su cabeza recostada sobre el cristal y desconectada de mi compañía. Estuve a punto de confesarle dónde íbamos y de preguntar si quería que diera la vuelta; pero, antes de arrancarme a decírselo, posé mi mano en su rodilla a ver si reaccionaba y ella me la estrechó con la suya. Entendí su gesto a modo de aprobación. Y continué con el viaje.

Al coger el desvío al pueblo de Lastres, Oli respiró profundo tres o cuatro veces seguidas, preparándose para lo que estaba por sentir.

—¿Estás bien? —pregunté un poco asustado.

—Sí. Quiero ir primero al cementerio —dijo agarrando mi mano fuerte, que en ese momento estaba sobre la palanca de cambios.

Me guio hasta el cementerio, que como en la mayoría de los pueblos está detrás de la iglesia. Nos bajamos y la acompañé hasta la tumba de su abuela Encarna. Nos costó un poco dar con ella, porque desde que se murió su madre no había vuelto, hace casi diez años. Me extrañó que durante el tiempo que ha estado con Diego nunca hayan hecho un viaje hasta aquí, pero no comenté nada. Pasó su mano por la lápida y me aparté para dejarla un momento a solas. Al cabo de unos minutos empezó a llorar, desconsoladamente y entonces me enfade conmigo mismo por haberla llevado. No sé por qué creí que era una buena idea remover todos los sentimientos de su pasado. Me acerqué a ella y le abracé por detrás. Ella seguía contemplando la lápida de su abuela, inmóvil. Guardé silencio a su lado y poco a poco Oli se fue calmando. Conseguí que se diera la vuelta y estreché su cuerpo contra el mío.

—Siento haberte traído. ¡Soy un imbécil! —me reocriminé.

—No, profe. Aunque no te lo creas, estoy contenta por haber vuelto y no

podía haberlo hecho sin ti. Gracias. De verdad, muchas gracias.

Y entonces me besó. Fue un beso suave, juntando las puntas de nuestras narices y rozándolas al final del beso. Como los esquimales, me explicó. Fue muy tierno y mi corazón se encogió. No quiero verla triste, por nada ni por nadie.

Antes de irse, se besó los dedos de la mano y los pasó por el frío mármol donde rezaba el nombre de su abuela. Se limpió las lágrimas recomponiéndose y salimos de allí.

—Ahora me gustaría ir hasta la casa donde nos quedábamos, ¿te importa?
—me dijo al subirse al coche de nuevo.

—Por supuesto que no.

Sus deseos fueron órdenes. Bajamos en dirección al puerto y callejeando me indicó que parase a la derecha. Andando llegamos hasta la casa donde pasaba sus veranos, que por supuesto estaba cerrada. Se encontraba en un lugar privilegiado del pueblo y delante tenía las vistas despejadas al mar. Era de piedra con unos miradores de madera blancos, una construcción típica de esta zona. Oliva me contó que era de una prima de su abuela, que se fue a vivir a México y que solo venía una vez cada dos o tres años, por eso su abuela y ella siempre la tenían disponible.

Recordó que una amiga de la dueña era quien les dejaba las llaves y que vivía unas casas más arriba. Intentamos localizarla preguntando a los vecinos, porque le hubiera encantado poder entrar dentro, pero fue imposible. La señora había fallecido también y no sabían quién podría tener las llaves.

De allí nos fuimos a comer a un restaurante en el puerto. Yo ya había reservado mesa y tuvimos la suerte de que en la carta había arroz en varias especialidades, el elegido fue con bogavante y yo lo comí con ella. Oliva, a pesar de todos los sentimientos que la había removido su visita al pueblo, volvía a sonreír y estaba disfrutando mucho de la comida. Oír como canturreaba cada vez que se metía un poco de arroz a la boca me hacía gracia. No pude contener las carcajadas.

—No te rías de mí, está buenísimo y ya te he dicho que me encanta el arroz
—me recriminó al ver mi expresión.

—Entonces, ¿te ha gustado la sorpresa? —pregunté dubitativo.

—Me ha encantado, y lo que más me gusta es estar aquí compartiendo mis recuerdos contigo —me contestó con media sonrisa. Y yo no pude hacer otra cosa que contener un suspiro de emoción. Me encanta estar aquí con ella, me encanta que nos estemos lamiendo las heridas juntos. No hay nada malo en

llorar al recordar, siempre que sean momentos felices. Lloras, recuerdas y limpias el alma.

El paseo que hemos dado después de comer por la playa ha sido lo que más me ha gustado, pero también el momento más doloroso para Oliva. Su madre tenía una relación muy fuerte con el mar y pisar de nuevo ese lugar la ha traído de vuelta a su mente.

Oliva me dio la mano y me pidió que no la soltara.

—No me sueltes, aunque te parezca una loca descontrolada ¿vale?

—Tranquila, aceituna. No me iré a ninguna parte.

Entonces miró al horizonte, con los pies metidos en la orilla respiró un par de veces, soltando todo el aire de sus pulmones con brusquedad y cerró los ojos. Me confesó que en ese instante estaba viendo a su madre; la veía bañarse entre las olas, la veía jugar con ella en la arena, corretear por la orilla persiguiéndola, salpicarse mientras paseaban juntas de la mano, la escuchaba canturreando canciones de Antonio Vega y riendo, siempre feliz. Oli me apretaba la mano, cada vez más fuerte, cada vez un poco más, y entonces las lágrimas empezaron a desbordarse por sus ojos. Primero despacio, cayendo por su mejilla lentamente. Después, sin poder contener el llanto, que cada vez era más fuerte, la caían a borbotones. Fue un momento muy duro, estaba bloqueado y no sabía qué hacer; podía abrazarla, besarla o simplemente quedarme quieto cogiendo su mano y dejando que soltara todo lo que llevaba dentro. Al final hice lo último.

Cuando empezó a recuperar el sosiego, me dijo que su madre siempre fue una mujer fuerte, la crio a ella sola e hizo de padre y madre. Estaban muy unidas, siempre se habían tenido la una a la otra. Me aseguró que siempre la vio feliz, con una sonrisa y un mimo preparado para dedicar a su niña.

“El mar es fuerza y calma, Oliva, busca el equilibrio entre esas dos corrientes y encontrarás la felicidad”, repitió como si su madre estuviera en ese momento junto a nosotros pronunciando su frase.

Antes de abandonar la playa, cogió un poco de arena y se la metió en el bolsillo del pantalón. Querrá llevar un trocito con ella de vuelta a Madrid.

Volvimos al coche, abrazados y más unidos que nunca.

—Siempre tendrás mi mano para agarrarte, Oli —le dije.

—Y yo creo que siempre querré agarrártela —confesó tímidamente.

Creo que respiré con dificultad, el aire estaba cargado de intensidad.

Antes de volver a Salinas, le pregunté si le apetecería parar y conocer a mi

abuela, así ya mañana podríamos ir a Madrid cuando quisiéramos. Oliva me dijo que sí.

Mi abuela Rosa nos recibió con los brazos abiertos. Lleva muy mal estar en casa de reposo, ella que es tan coqueta y tan activa. La enfermera nos contó que está de mala uva por no poder salir hasta que se recupere del todo, así que agradeció que hubiéramos ido a verla. Llevé sus pastas favoritas de la pastelería más famosa de Gijón y tomamos con ella un café.

Con Oli no se ha cortado ni un pelo. Le ha contado maravillas de mí; primero narró cómo me pegaba con todo el mundo en el instituto, los golpes que daba y los que recibía, que era un auténtico defensor de las causas perdidas y encima siempre era yo el que salía perdiendo. Que no soportaba las injusticias y que protestaba por todo, menos mal que no habló nada de mi etapa anterior a vivir con ella.

Después le contó cómo me inculcó su pasión por la interpretación, nuestras visitas al teatro y a los musicales. Y lo mucho que le gusta verme actuar.

Oli, creo que escuchando las mil y una batallitas de mi adolescencia, fue recuperando la calma por dentro. Se reía y asentía, escuchando con atención. Mi abuela también le ha advertido de que soy un raro de cojones; sí, esas fueron sus palabras textuales. Que me preocupó mucho más por las cosas de lo estrictamente necesario y que a veces tengo un carácter de mierda. Las carcajadas de Oli retumbaron en toda la casa y mi abuela se descojonó con ella. Con una descripción semejante, no sé cómo Oli no se levantó y salió corriendo por la puerta huyendo de mí.

Para ella solo tuvo halagos; que era muy guapa, que tenía mirada de buena persona y que se podía sentir muy especial, porque yo nunca le presento a ninguna chica.

Menos mal que antes de irnos también dijo que tengo un corazón que no me cabe en el pecho, solo que necesita una guardiana que tenga la llave para abrirlo. Y entonces guiñó un ojo a Oliva, a modo de despedida y de aprobación.

Qué jodida mi abuela, dejando su pullita.

Oli hasta se ruborizó un poco con su comentario, pero sonrió.

Acabamos de llegar a Salinas, meto mi coche en el garaje de casa y aceituna sigue grogui.

—Oli, ya hemos llegado— susurro para no asustarla. Se estira un poco y abre los ojos sorprendida por su propio sueño.

—¿Cuándo me he dormido? —pregunta girando el cuello.

—Pues todo el camino desde Gijón. Si quieres les digo a los chicos que no vamos a verlos.

—No, no. Vamos, que al final me van a coger manía antes de conocerme por retenerte siempre —dice mientras me da un beso ligero en los labios.

Tony nos abre la puerta de su casa con media sonrisa. El cabrón solo se fija en Oli.

—Noe está en el salón dando el pecho a Leo. Pasad.

Hago las presentaciones en el pasillo.

—Esta es Oliva y este es mi amigo Tony.

Se dan dos besos y pasamos al salón. Al entrar me encuentro primero a Silvia, la hermana de Noe, ya es mala suerte la mía. Nos saludamos fríamente. No sé si os conté que, cuando nos quisieron emparejar, tuve con ella sexo un poco loco una noche y después no la volví a llamar, quizás ese dato lo desconocíais. Me acerco directamente a Noe y, como está con Leo colgado de la teta, la beso en la cabeza.

—Esta es Oli —digo—. Ella es Silvia, ella es Noe y esa cosa tan bonita es Leo.

—¡Hola, encantada! Perdona que no me levante —dice Noe señalando a su hijo.

Silvia solo hace un gesto con la cabeza, noto cierta tirantez al vernos.

—Encantada —contesta Oli—. Igual hemos venido en mal momento —se excusa.

—¡No, qué va! —dice mi amigo—. Leo mama en cualquier sitio, no tiene problema.

—¡Anda, como el padre antes de que él naciera! —digo yo descojonándome de mi propio chiste. Sé que ahora está a palo seco hasta que pase la cuarentena.

—Pues entonces como tú, Albertito, que cuando te tomas tres copas, te lo comes todo y después desapareces —suelta Silvia para asombro de todos.

Joder. ¿A qué coño ha venido eso? Oli me mira arqueando sus cejas y yo como un idiota me he quedado sin saber qué contestar. Joder, que alguien diga algo, por favor.

—Silvia, acompáñame a la cocina para que me ayudes a traer unas cervezas —sale al quite mi amigo.

Ella con una sonrisilla de triunfadora sale del salón y Noe se levanta y me da a Leo para que lo coja en brazos, después camina hasta la cocina, creo que

va a decirle un par de cosas a su hermana.

Oli y yo nos quedamos callados, admirando los minúsculos rasgos del bebé mientras lo acuno en mis brazos. Noto que se ha quedado bloqueada, como yo. Quiero decir algo, pero creo que será mejor no abrir la boca ahora. Está claro que Silvia hablaba de nosotros y ella se ha dado cuenta.

Leo es muy guapo y mejor concentrarme solo en él.

Tomamos la cerveza por cortesía, Silvia no vuelve a abrir la boca, cosa que agradezco, pero yo me doy cuenta de que Oliva está desconectada de la conversación general, así que nos vamos a casa, con la excusa de que llevamos todo el día fuera y estamos algo cansados. Parece que el día solo podía cerrarse así, con un verdadero cóctel de emociones. Presente. Pasado. Bueno y malo.

40- PONER LOS PIES EN EL SUELO, O NO

—Oli, estás muy callada, ¿estás bien? —me pregunta Alberto cuando entramos por la puerta de su casa.

—Sí, solo es que estoy cansada.

—Aceituna. Habla conmigo, dime a qué le estás dando vueltas —me insiste.

Y antes de que pueda decir que me ha sentado como una patada en los ovarios que la idiota esa aireara su encuentro sexual con él delante de todo el mundo, Alberto me estrecha entre sus brazos y me pega a su cuerpo. No me resisto, aunque estoy un poco mosqueada. Tampoco tiene mucho sentido que me ponga así, nosotros no somos novios ni nada por el estilo, pero no he podido evitarlo. Él ha estado con un montón de tías, eso ya lo sé, lo que me ha jodido es que esta, precisamente, se pavoneara delante de mí, creo que no procedía. Sus labios cogen los míos con ímpetu, ávidos de probar mi sabor. La lengua caliente de Alberto bailando con la mía hace que mi enfado empiece a esfumarse. Noto su principio de erección en mi vientre y entonces quiero dejarme llevar, ya no quiero pensar en nada más, pero las palabras brotan de mi boca sin poder evitarlo.

—¿Has dejado plantadas a todas las tías con las que te has enrollado?

—¿Cómo? —dice Alberto sorprendido por mi pregunta.

—No sé, tu amiguita estaba un poco rencorosa, ¿no?

Vaya, Oliva, con lo fácil que habría sido callarte. Tengo que aceptar que puede que este sea el auténtico Alberto, el que ha ido de cama en cama en los últimos años, sin importarle nada ni nadie, el que despierta las miradas de todas las tías a su paso y con el que media España sueña. Solo una cría como yo se ha podido hacer ilusiones en tan poco tiempo. El Alberto que yo conozco, desde hace un mes más o menos, no tiene nada que ver con el anterior y no estoy segura de saber cuál es el verdadero. Alberto tiene un pasado y yo, si no quiero salir herida, necesito posar mis pies en el suelo, ser sensata y recordar que no puedo pensar más allá de este fin de semana; de lo contrario, el golpe será tremendo.

—¡Ey, aceituna! —me dice agarrando mi cara entre sus manos y

atravesándome con sus ojos azul intenso. Estamos en mitad del salón, porque no hemos sido capaces de despegarnos—. ¡Mírame! Me encanta que te haya molestado su comentario, eso quiere decir que te importo un poquito. —Y hace el gesto con sus dos dedos—. Estuve con ella una sola vez y no fue nada más que sexo. Vamos a dejar nuestro pasado atrás. ¿Te parece bien? Ya te he dicho que hace muchos años que en mi vida no ha habido nadie importante.

—Vale, pero que sepas que me ha parecido una gilipollas.

—Ja, ja, ja. Oli, me encanta verte así. A mí también me lo ha parecido y su comentario ha estado totalmente fuera de lugar. Por favor, no vamos a perder ni un minuto más en hablar de ella, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero no te rías de mí, profe —digo haciendo un mohín.

—Te repito, aceituna, que nunca me río de ti, sino contigo. Y ahora dime ¿cómo quieres hacer el amor nuestra última noche aquí?

Qué ha dicho, he oído bien. “Hacer el amor”, ya no habla de follar, ni de echar un polvo, creo que mi corazón bombea más fuerte. No puede ser amor, no puede ser.

Sin pensármelo dos veces, de un salto envuelvo su cintura con mis piernas y me abalanzo sobre él devorándole la boca. Se acabó el dar vueltas a las cosas que ya no puedo cambiar. Nosotros recorreremos nuestro propio camino, no sé si el viaje durará un día o quince, pero mientras espero, como ha dicho él antes, que siempre me tienda su mano para agarrarme. Pecaré de ingenua, de loca y de imbécil, pero ¿y si es verdad que el auténtico Alberto es el que está ahora mismo desnudándose sin soltarme de su cuerpo y usando la palabra amor?

Estoy completamente perdida. No sé qué hacer, necesito salir de dudas y creo que es un buen momento para ponerle a prueba.

Mi lengua empieza a lamer la suya, nuestras salivas se mezclan, en esta ocasión nos besamos de manera más lasciva. Fuego, deseo. Calor. Creo que he cogido a Alberto por sorpresa, quizás pensó que al mencionarme lo de “hacer el amor” le iba a pedir que me llevara a la cama o algo más romántico, pero es que realmente quiero hacerlo con él como si mañana no fuera a existir, quiero que me penetre fuerte y duro, quiero que no me vea como una muñeca, necesito descubrir al verdadero Alberto, el que quizás está escondido por miedo a asustarme. Quiero al auténtico, al real.

—Quiero que me lo hagas salvaje, quiero sentirte por todas las partes de mi cuerpo y quiero que me demuestres quién es realmente Alberto Vega —digo pegada a su boca mordiendo su labio inferior.

—Joder, Oli. No puedes decirme esas cosas y pretender que no te corresponda. Voy a follarte, aceituna, voy a follarte como me pides, porque me vuelves loco; pero solo voy a dejarte claro una cosita, aun así, que no se te olvide que yo te estaré haciendo el amor.

Mierda, mierda y mierda. Un punto para Alberto Vega, que me ha pillado a la primera. Se ha dado cuenta perfectamente de que sus palabras me han asustado y en vez de achantarse se ha tirado a la piscina. Así es casi imposible que ponga los pies en el suelo. Alberto, el profe, acaba de dar una lección a su novata alumna, Oliva.

Nos desnudamos del todo, en mitad de la alfombra, con mucha más impaciencia de la necesaria. Alberto recorre mi cuerpo con su lengua, sin pedir permiso, y eso a mí me excita más. Tira de mi barbilla hacia arriba y lame mi cuello, desde mi mentón hasta mis hombros. Vuelve a subir y pega su boca a mí oído, entonces me susurra:

—Voy a hacerte el amor salvajemente.

Sus palabras me suben la temperatura corporal unos cuantos grados. Creo que ardo. Con mi mano agarro su erección y empiezo a masturbarle. Gruñe. Gimo. No necesitamos calentarnos mucho más, o explotaremos sin tocarnos.

Cuando se mete mi pezón en la boca, lo chupa con fuerza, siento un poco de dolor al principio hasta que me acomodo a su intensidad, que es más fuerte que en ocasiones anteriores. Lo besa, lo succiona. Me revuelvo. No suelto su polla, que está cada vez más grande, muevo mi mano de arriba abajo, por toda su extensión. Gruñe. Sin dejar de comerme mete dos dedos de golpe en mi sexo, sin previo aviso. Me retuerzo de placer. Sin sacarlos, juega con ellos dentro de mí. Jadeamos. Parecemos dos animales en celo, nunca me había comportado así, pero con él me siento bien, me gusta y me enciende. Le agarro de la nuca y ejerzo presión sobre mi cuerpo, no quiero que se despegue. Después de satisfacerse con mis pechos, saca los dedos de mi interior y me los mete en la boca. Sus ojos azules ahora son como dos faros, brillan y echan chispas. Yo los chupo con fervor, probando mi propio sabor, y Alberto blasfema.

—¡Hostia, Oliva! ¡Apóyate en el sofá y agárrate! —me ordena colocándome con las rodillas apoyadas en los cojines y mis manos sujetando el respaldo.

—Quiero más, lo quiero todo —digo con impaciencia, y mis palabras provocan un bufido con su voz ronca.

—¡Joder, Oli! Claro que te lo voy a dar todo. Todo y más.

Con esta postura estoy totalmente expuesta para él. Se acerca, besa mi espalda y desciende un poco el ritmo de sus movimientos. Pasea su dedo por toda mi columna hasta que llega a mi trasero. Esta vez no se detiene, sigue con el descenso y posa su dedo índice en mi entrada. Me muero de excitación. Lo saca, noto como lo chupa, aunque no puedo verlo y lo vuelve a pegar. Me penetra con su polla mientras estimula mi trasero. Me tengo que agarrar fuerte al sofá porque ha conseguido hacer vibrar todo mi cuerpo. Su polla en mi vagina y su dedo cada vez más dentro de mi ano, no recuerdo una sensación semejante, placer llevado al infinito, otra vez. Alberto solo jadea, entrando y saliendo de mí. Rápido, fuerte, sin contemplaciones. Su pelvis choca contra mi trasero y su polla llega tan al fondo que nunca la había sentido ahí. Sus estocadas son salvajes, duras, profundas y, cuando mi trasero ya se ha acomodado a las caricias y está ávido de más, Alberto saca su dedo y comienza a tocarme el clítoris.

—Alberto... —protesto.

—Tu trasero por hoy ya ha tenido suficiente, aceituna.

Sus dedos en mi centro me encienden igual. Sus embestidas comienzan a ser frenéticas y el profe ha encontrado mi botón a la primera, voy a correrme. Dentro. Fuera. Dentro... Dentro. Un par de arremetidas más con esa fuerza y creo que voy a salir disparada del sofá. Me gusta y disfruto viendo que no se corta. Me empala a su antojo. Con una mano me agarra de la cadera y con la otra dibuja círculos que me catapultan hacia el clímax. Dentro, fuera, otra vez... Y un orgasmo escandaloso, lleno de gritos y jadeos inunda la planta baja.

—Joder, Oliva, no sabes cómo me han encendido tus palabras —dice recuperando el resuello—. ¿Me he pasado? —pregunta otra vez, asustado.

—No, profe, has estado perfecto— contesto con la voz entrecortada todavía. Mi respiración es un auténtico caos.

Alberto se deja caer encima de mi espalda y saca su pene de mi interior, con suavidad. Parte de su semen me baja por los muslos y con su propia camiseta, que está tirada a nuestro lado, me limpia con cuidado, me parece un gesto tan íntimo que me giro y le beso, suave, sin prisa, es sin duda un beso de amor.

Oliva, estás completamente jodida. Casi no me llega el aire a los pulmones.

Alberto me coge en brazos y me sube las escaleras para llevarme a la cama.

—Alberto, yo... —quiero decirle que siento haberme asustado con sus

palabras, que estoy muerta de miedo y que no sé por qué llevando tan poco tiempo juntos siento que mi corazón se desboca, pero me interrumpe.

—Shhh. Oli, solo dime si esto es real o todavía te estoy soñando.

—Es real, es una auténtica locura, pero real.

No decimos nada más, nos dormimos abrazados, como si nos hubieran pegado con pegamento.

El domingo nos sorprende madrugador, con el cuerpo y el alma llenos. Llenos de intimidad, de pasión y de melancolía. No voy a decir de amor, pero probablemente también.

Ayer experimenté tantos estados anímicos a lo largo del día que no sé cómo mi corazón fue capaz de soportarlo, hasta tuve una especie de ataque de celos, algo completamente desconocido para mí. Necesito aprender a gestionar mis propios sentimientos y a darme cuenta de que Alberto, además de su pasado, también tiene un presente distinto a cualquier chico normal, su profesión condiciona ese estatus del que él tanto huye y al que yo tengo que empezar a acostumbrarme.

La catarsis llegó cuando Alberto y yo hicimos el amor salvajemente, sí, ya no voy a negarlo, da igual la forma en la que nuestros cuerpos explodieron porque, como bien me dijo él, siempre haremos el amor.

Decido que quiero darme mi último baño en el mar y Alberto y yo nos vamos a hacer surf un rato, sin prisas, sin agobios. El ritmo frenético de la capital ya nos invadirá a partir de mañana.

—No me puedo creer que ya sea domingo —digo mientras dejamos las tablas en el garaje a nuestro regreso.

—Pues vamos a disfrutar las horas que nos quedan aquí —dice pegando sus labios a los míos con delicadeza.

Únicamente con las toallas cubriendo nuestros cuerpos subimos directos al baño del piso de arriba. Alberto enciende la ducha y nos metemos juntos. El agua caliente cae por nuestros cuerpos y nuestras manos temblorosas empiezan a recorrer todos nuestros rincones. Alberto me mira y me disfruta, como yo a él.

Le enjabono el pecho, jugando con su vello, sabiendo que le hago cosquillas; mientras, le muerdo el labio inferior y saboreo el salitre que aún

tiene impregnado en su boca, es una delicia para mi paladar. Él se deja hacer y solo enreda sus dedos en mi pelo. Primero le lavo yo a él, centímetro a centímetro. Cuando llego a su pene, noto que la erección me va a atravesar el vientre, entonces descendo lentamente y me coloco de rodillas en la ducha. Cojo el gel y me echo una pequeña cantidad en la mano. Alberto apoya su mano en los azulejos para darme mejor acceso. No decimos nada, solo se oyen nuestras respiraciones, cada vez más profundas por la excitación. Después de lavar su miembro, paseo mis dedos desde la base hasta la punta, jugando con mi pulgar sobre su glande. Levanto la vista y compruebo como ha cerrado los ojos. Me excito más. Su torso, su gesto masculino, su boca entreabierta respirando con dificultad. Sin esperar, meto su pene en mi boca y me deleito con su sabor a sexo y a gel. Mi lengua recorre con gusto toda su polla, después de pasearse por su hendidura le doy un pequeño mordisco al final.

—Oliva... —pronuncia mi nombre entre jadeos—, para o me correré.

—No pienso parar, así que adelante.

Continúo lamiendo, chupando, hasta el fondo, cada vez intento llegar un poco más profundo. En el movimiento siguiente, Alberto me advierte que ya no aguanta más e intenta tirar de mi cabeza hacia atrás para que me la saque de la boca. Con el dedo le indico que no y vuelvo atraparlo. Un par de movimientos después, un líquido caliente se mezcla con mi saliva y lamo todo su tronco para no dejar escapar ni una gota de él. A continuación me relamo y, cuando lo tengo todo, me lo trago.

—Joder, Oli. ¡Joderrrrr! —gruñe mientras me pone de pie junto a él y me come la boca. Me besa con admiración, con pasión y con ganas. Muchas ganas. Sin importarle mi sabor a él.

—Tu turno— digo con voz sexi y le pongo el bote de gel en la mano.

La sonrisa de Alberto al ver mi expresión consigue que mis pies vuelvan a despegarse del suelo, es difícil recordar si durante este fin de semana alguna vez han llegado a estar posados.

41- MADRID

Suena “Stars” de Simple Reds en mi móvil y me ajusto un poco los cascos en los oídos, hoy el metro va a reventar y me encanta escuchar la música muy alta y evadirme del runrún de los vagones. Es como si, a pesar de estar rodeada de gente, viajara sola. Yo en mi mundo. Todavía me quedan unas cuantas paradas para llegar a la más cercana a la agencia, así que voy a seguir disfrutando. Esta canción no la conocía; pero ayer, enzarzada con Alberto en una discusión sobre música, me dijo que me iba a mandar su lista de Spotify titulada “Canciones Imprescindibles”, y esta es una de ellas. Por la noche, antes de dormirme, ya había recibido el enlace en un *whatsapp*: “para que veas que no puedo dejar de pensar en ti”, me escribió junto con la lista.

El viaje de vuelta ayer hasta Madrid fue una especie de quiero y no quiero. Alberto condujo mucho más despacio de como lo hace normalmente, como si quisiera retrasar nuestra vuelta lo máximo posible. Me hizo gracia y se lo dije, entre risas me insinuó un par de veces que en el próximo cambio de sentido daría la vuelta y nos encerraríamos en su casa hasta que estuviéramos saciados el uno del otro. Tal y como estamos ahora mismo, dudo que ese día esté cerca. Saciarme de él es prácticamente imposible. Y por las cosas que él me dice, creo que tampoco va a saciarse de mí tan pronto.

Vaya, será mejor que no piense en todo el sexo que hemos tenido el fin de semana, porque corro el riesgo de sufrir fuertes pinchazos entre mis muslos y me veré obligada a cruzar las piernas, aquí, rodeada de extraños. Últimamente, si pienso en él, me ocurre mucho. Para resumir, el sexo con él ha sido increíble, agotador y prometedor. Quiero más y más.

Cuando llegamos al portal de casa de Sara, ya era de noche y estuvimos un buen rato en el coche, charlando, riéndonos, comiéndonos la boca, igualito que dos adolescentes despidiéndose antes de subir con sus papás. No pensé que cualquiera podía pasar y verme, fui una inconsciente total; pero cuando estoy con él, empieza a no preocuparme casi nada. Las ganas de disfrutar de nuestro momento vencen a la razón. Me dijo que me iba a echar muchísimo de menos y que, después del intensivo que habíamos tenido, no iba a poder conciliar el sueño sin mí.

Se fue a dormir a casa de Eduardo, de momento es provisional porque, si

consigue el papel para la serie, quiere encontrar un apartamento. Yo llegué a tiempo de cenar con Carlos y Marta, ya les he dicho que voy a empezar a buscar un sitio para irme a vivir sola. Marta me ha insistido que aquella es mi casa y que no tengo prisa, sé que puedo contar con ellos, pero yo también necesito empezar a afrontar mi vida. Si puede ser lejos del barrio, mejor.

Antes de dormirme llamé a Sara, me criticó por ser la peor amiga del mundo. Dice que mis escuetos *whatsapp* indicaban que estaba ocupadísima restregándome con mi profe. Más o menos por ahí van los tiros, la dije con tono indiferente, y entonces se mosqueó más. No conocer los detalles más morbosos la saca de sus casillas, parece nueva, ella ya sabe que no me gusta contar mi vida sexual, no sé por qué me insiste. A Ro le mandé un *whatsapp* para decirle que estaba de vuelta y que a ver si nos veíamos hoy. Creo que sí la voy a necesitar para ir de compras.

Ya no me acordaba de todo el bullicio de la ciudad, salgo del metro entre empujones y me tengo que hacer un hueco entre la gente para llegar a tiempo. La tranquilidad del fin de semana ya se ha esfumado.

Marga me recibe con una sonrisa, en esta ocasión se levanta de su escritorio y me da dos besos.

—Hola, Oliva, Eduardo no está, pero tengo aquí el contrato preparado para que lo firmes.

—Perfecto —digo risueña.

Me hace gracia que me mire como si fuera una niña pequeña. Ella rondará los cuarenta, tampoco es tan mayor. Espero que Alberto no le haya contado mi vida, porque parece realmente que me mira compadeciéndose de mí o algo parecido.

Después de firmar y de darle mis datos bancarios, me confirma que empiezo mañana. Estoy muy contenta, ha sido dicho y hecho.

Nos despedimos y cuando salgo por el portal llamo a Rocío.

—¡A despertarse, dormilona! —grito cuando descuelga.

—¡Jo! ¡Qué madrugadora! ¿Ya has terminado?

—Sí, así que sal de la cama y llévame de compras antes que me arrepienta y empiece mañana a trabajar con mi uniforme oficial de “vaquecami”.

—¿Vaquecami?

—Sí, vaqueros y camiseta.

—Joder, Oli, son las diez de la mañana, no tengo el oído preparado para un chiste tan malo.

—Venga, quedamos en el Zara de Gran Vía.

—Perfecto, vete para allá que no tardo mucho en llegar.

Por el camino mando un mensaje a Alberto, para que sepa que mañana empiezo a trabajar y desearle suerte para que consiga el papel.

Yo: Profe, ya firmé mi contrato, empiezo mañana. Te deseo mucha suerte.

Alberto: Gracias, aceituna, cuando termine te llamo, tenemos que buscar un piso.

¿Cómo? ¿Tenemos? No significará que está pensando en que vamos a compartir piso. O, peor aún, que vamos a vivir juntos, ya. Está loco, yo no puedo salir de una relación tan larga y de repente empezar a vivir con él, si apenas nos conocemos. Me imagino que haya sido una forma de hablar, él no puede querer algo así tampoco, no, definitivamente no.

—¡Amiga! —me saluda Ro al verme—. El profe te ha debido de chupar la sangre, porque estás pálida.

—No seas idiota.

Caminamos por toda la Gran Vía entrando en un montón de tiendas, Ro me elige mil modelitos y yo, como si fuera Julia Roberts en *Pretty Woman*, entro y salgo de los probadores, me estoy pillando una sudada de espanto con tanto quita y pon.

Le he dicho que no pienso gastarme un dineral, como está ella acostumbrada a hacer. Por supuesto, a ella se lo paga su papaíto, y que conste que no la estoy criticando, solo que su poder adquisitivo no tiene nada que ver con el mío. Ro es buena con los trapitos, así que se concentra y me elige un par de prendas básicas que me den juego si las combino bien. Un vestido azul marino que me puede servir con bastantes cosas, suelto, muy bonito. Una falda gris lápiz, que según ella me hace un culito fantástico (esta nena está loca). También un par de camisas, una blanca y la otra azulina. Una americana y un pantalón negro, un poco más formal. Por último, se empeña en que me compre unos zapatos de vestir; tienen un poco de tacón, pero creo que serán soportables. Al final, le hago caso y voy cargada de bolsas. Espero que con todo esto y lo mío tenga suficiente para afrontar mi nueva etapa profesional. No quiero ir hecha un adefesio a trabajar; viendo cómo van Eduardo y Marga de arreglados, no quiero desentonar.

Rocío me dice que me invita a comer a un sitio muy chulo que ponen hamburguesas de esas “gourmet”; es decir, de las que llevan tantas

mariconadas que casi no es una *burger* propiamente dicha, pero que están igualmente buenas.

—¿Qué tal con Alberto? —me pregunta cuando nos sentamos en la mesa.

—Muy bien. He estado muy a gusto con él.

Me gusta que Rocío filtre un poco más que Sara, la rubia solo quiere saber la parte morbosa y la morena todo lo relacionado con el amor y los sentimientos. Me río para mí, porque ahora mismo no sabría cómo contar a ninguna lo que quieren oír.

Le cuento a Rocío que si Alberto consigue el papel buscará un piso. Y menciono que ha dicho “tendremos”, en vez de “tendré”.

—Vamos a ver, Oli, puede que haya sido una forma de hablar, aunque también tienes que entenderlo. Está detrás de ti desde Cádiz, tiene treinta años y tú ya eres libre, no le veo cortejándote como si fueras su primer amor y dejándote en casa a las diez de la noche. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Vaya, ¿qué te has metido en su cabeza? —pregunto con sorna.

—No, pero yo lo veo así. Y tú ¿qué quieres?

Uf, es tan difícil resumir eso.

—Quiero empezar a trabajar, ganar mi dinero y vivir sola. Quiero vivir sola y comprobar cómo me siento. No puedo salir de vivir con Diego y empezar a vivir con Alberto. ¿Tan raro es?

—¡Claro que no, nena! Yo te entiendo, ahora tú sabrás la relación que empiezas a tener con Alberto y cómo lo vais a llevar. Espera a ver qué es lo que quiere proponerte y habla con él de lo que tú quieres.

—Sí, lo mejor será esperar, igual me estoy montando una película que solo existe en mi cabeza.

Regreso a casa de Sara por la tarde. Alberto todavía no me ha llamado y estoy algo preocupada. ¿Habrá conseguido el papel? Espero que sí, porque si él se vuelve a su casa, ¿cómo vamos a tener una relación a distancia? Joder, Oli, lo tuyo pasa del blanco al negro en cuestión de segundos. Estás asustada por si quiere vivir contigo y de repente tienes miedo por si se marcha de Madrid. En fin, en el término medio está la virtud.

Guardo mi ropa nueva en el armario y me doy cuenta de que me faltan un montón de cosas; zapatos, ropa interior, mi cofre. Está todo en casa de Diego y necesito echarle valor y quedar con Carmen para ir a buscarlo.

—Oli, voy a ver una peli en el salón. ¿Vienes? —me pregunta Carlos.

Seguro que Sarita lo ha amenazado obligándole a que me preste atención.

—Sí, ahora voy —contesto. Me vendrá bien para relajarme. En mitad de la

película, suena mi móvil, voy a cogerlo a toda velocidad pensando que es Alberto, pero en la pantalla veo que es Carmen. Mierda—. ¡Joder...! — maldigo ante la atenta mirada de Carlos. Le enseño el nombre de la madre de Diego en la pantalla.

—¡Cógelo, Oli! Queda con ella y saca tus cosas de allí, no lo retrases más. Yo te acompaño si quieres —me dice.

Respiro un par de veces seguidas y descuelgo.

—¿Sí?

—Oliva, ¡por fin me contestas! —me dice Carmen con un tono de voz bastante seco.

—Sí, es que he estado de viaje y he vuelto anoche.

Mierda, Oli, no te pongas nerviosa, estás dando más información de la que se merece.

—Tienes que volver a casa. Diego está muy triste y tenéis que arreglar las cosas, no vais a estar toda la vida enfadados, ¿no?

Joder, otra vez con la misma cantinela. Oli, ármate de valor, ahora o nunca.

—Mira, Carmen, Diego y yo hablaremos cuando sea sincero conmigo; mientras siga mintiéndome, es muy difícil que podamos conversar, además ese tema es entre él y yo.

—Bueno, ya sabes que yo no quiero meterme; pero solo te digo lo que veo, y él está muy mal. No puedes ignorarlo. —Resoplo, pero apartándome el teléfono de la boca para que no me oiga. Carlos, que sigue a mi lado, está escuchando casi toda la conversación y niega con la cabeza cuando ve mi gesto.

—Yo también pensaba llamarte, mañana empiezo en mi nuevo trabajo y necesito pasar por vuestra casa a recoger todas mis cosas y a despedirme de vosotros.

—¡Mira que eres cabezona, niña! ¿Sabe Rita que piensas irte de casa?

—Sí, ella ya sabe que quiero empezar a vivir por mi cuenta. De todas maneras, tengo veinticuatro años, así que creo que puedo tomar mis propias decisiones. Solo te pido que me digas a qué hora puedo ir y, por supuesto, me gustaría que Diego no estuviera delante.

—Está bien. Ya te darás cuenta de tu error. Puedes venir antes de las cuatro, Diego come en el club —dice cortante.

—Perfecto, pues entre las dos y las tres me paso. Hasta mañana.

Cuando cuelgo, Carlos se levanta y me abraza. Se queda así unos minutos y yo me siento un poco en casa entre sus brazos. Es el hermano de Sara, así

que, como dicen que los mellizos tienen esa conexión, es como si mi amiga la rubia me estuviera dando un abrazo reconfortante.

—Voy a empezar a preocuparme, me has dado más abrazos los últimos días que en toda tu vida.

—No te preocupes, pensaba pegarte un chicle en el pelo, pero se me han terminado.

Con su ironía, al menos ha conseguido sacarme una sonrisa.

42- MÁS LUZ Y MENOS SOMBRAS

ALBERTO

Ya es martes y no veo a Oli desde el domingo, dos días casi completos sin tenerla entre mis brazos y estoy como loco. Quiero besarla, olerla, comerla... Quiero todo lo que tenga que ver con ella ¿Qué me has hecho, Oliva? ¿Por qué estoy tan necesitado de ti?

El domingo después de despedirnos me fui a dormir a casa de Eduardo. Estaba enfadado conmigo porque no le había devuelto la llamada que me hizo el viernes. Tuve que confesar que ya sabía lo de Oli porque estábamos juntos cuando él la llamó. Os podéis imaginar cómo me puso. Cabrón creo que fue lo más suave que me llamó. Aparte de mi agente, sé que se preocupa por mí, como un buen amigo, así que estuvimos charlando durante la cena; por cierto, es un cocinero casi profesional, su cena podía haber sido servida en cualquier restaurante de moda de la capital. Le conté cómo Oliva ha conseguido en tan poco tiempo ilusionarme como un puto adolescente enfrentándose a su primer amor. La diferencia es que yo ya tengo treinta años, no es mi primer amor y he estado muchísimo tiempo desconectado de las relaciones amorosas, con mi vida de “solo sexo”, los sentimientos no formaban parte de la ecuación. En cambio ahora, ahora tengo la paciencia y la calma necesaria para dejarme llevar, para abrir mi corazón y para volver a amar. Vamos, un puto salto sin red, para ser más exacto.

Eduardo me ha dicho que no me precipite, si ella acaba de dejar una relación tan larga, necesitará un tiempo para confiar en alguien más. Puto sabio. Según él, Oliva ahora necesita más encontrarse a sí misma que un nuevo amor. Sé que va a necesitar tiempo y yo quiero dárselo, pero para mí es muy difícil guardar todo lo que siento en un cajón mientras espero, ella ha abierto de nuevo mi corazón y ahora mismo no puedo encerrar mis sentimientos. He estado muchos años sin sentir y ya no quiero seguir así.

Ayer tuve la reunión con la productora y el director de *casting*, estuve un montón de horas haciendo pruebas de cámara, leyendo los guiones, grabando alguna escena, repasando el perfil del personaje. Me esforcé muchísimo. Quería conseguir el papel protagonista y al final, después de una tensa espera,

el papel es mío. En esta ocasión es una serie policial, seré un inspector de asuntos internos que hará temblar a toda la comisaría, incluidas las mujeres. No me han dicho quien será la actriz protagonista, solo espero que por lo menos me caiga bien, es muy difícil a veces trabajar con alguna compañera, las hay muy divas, de esas que tienen el ego subido.

Acabé tan tarde que Oli ya estaba en la cama cuando la llamé. Le dije que el papel es mío, que ahora seré un policía de los buenos y ella, con esa timidez que está empezando a dejar a un lado, me dijo que prefiere que yo siga siendo su profe; aunque un día, cuando me apetezca, le puedo cachear a fondo y poner las esposas.

Su comentario hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Gruñí y blasfemé por no poder tocarla en ese momento y sus carcajadas llenaron la conversación.

Ella me contó que firmó su contrato y que se fue con Rocío de compras, sin gastar en exceso. Me encanta que me cuente su vida de forma tan natural. Antes de colgar y quedar en vernos hoy, me dijo que ha quedado en casa de Diego para recoger sus cosas. Os pareceré un imbécil; pero desde que me lo dijo no he parado de dar vueltas y vueltas a mi cabeza. ¿Y si los padres de Diego la convencen para que vuelva a su casa?, ¿o el mismo Diego le suplica que no lo abandone? Confío en que después de los días que hemos pasado juntos, y en como ella misma me ha contado que entre ellos hacía tiempo que no había amor, no vuelva a entrar en su círculo. Ahora que va a empezar a trabajar, sé que tiene que mirar hacia el futuro y emprender su propio camino, confío en que quiera tenerme a su lado en esta nueva etapa.

Al llegar a casa de Eduardo, celebramos mi papel protagonista tomándonos una buena botella de vino (él casi entera), a mí solo me dejó beber una copa y charlamos del nuevo proyecto. Me gusta verle feliz, al final en la serie tiene a un par de actores más de su agencia, las cosas le funcionan bien, no puede quejarse. Antes de dormir, me fumé un cigarro de los míos, en su terraza, mirando las luces de la capital.

—Alberto, tendrías que dejar esa mierda también —me recriminó al verme.

—Es solo uno y es más natural que el tabaco que te fumas tú —le contraataqué.

—¡Sí, claro!, esa es la excusa que ponéis los “Bob Marleys” como tú.

Me reí por su chiste malo y, después de un par de caladas más, lo apagué. No lo había pensado, pero mientras Oli ha estado conmigo, no he sentido la

necesidad de fumar. Aceituna me calma y la única sustancia psicotrópica que necesita mi cuerpo estando a su lado es ella.

Alberto, estás absolutamente colgado; pero no de la marihuana, sino de Oliva.

Oliva es capaz de hacer desaparecer mis sombras con la luz que desprende. Y eso que cuando la conocí su mirada en ocasiones se tornaba oscura, casi como la mía. Aun así, creo que ella tiene una capacidad innata para convertir lo oscuro y doloroso en brillo y luz. Su sonrisa, sus palabras, su inocencia, la forma con la que acepta su destino, lo dura que ha sido con ella la vida... En cambio, ella siempre tiene un momento para los demás, nunca se regodea en su pasado.

Estoy casi llegando al despacho de mi hermano. Una oficina con todo lujo de detalles en uno de los barrios más ricos de Madrid. Al principio, tenía de socio a un compañero de la facultad, durante los primeros años; después su socio se fue y se quedó solo. Ahora en vez de socio tienen a un par de empleados. Otro abogado experto en derecho de familia y su secretaria, además de algún chaval en prácticas que siempre le mandan de la universidad.

Su cartera de clientes es de buen nivel, en parte gracias al juez, que siempre le ha tenido en buena estima, así que puede decirse que el bufete le va muy bien. He quedado allí con él y una amiga suya, Sheila, que es agente inmobiliario. Necesito encontrar un apartamento para mi estancia en Madrid, y seguro que ella puede ayudarme.

Eduardo es un buen anfitrión, ordenado, limpio y buen cocinero, pero necesito mi propio espacio. Espero encontrar algo que me guste y que Oli esté dispuesta a compartir conmigo. Aunque todavía no le haya hecho la propuesta oficial, tengo miedo a que se piense que estoy loco. Y si lo piensa, será con toda la razón, por supuesto.

—Hola, ¿está mi hermano en su despacho? —pregunto a Mario, es su último becario y está sentado en una mesa en la recepción como un niño asustado. Tiene una cara de pardillo para enmarcar, creo que tantas horas de estudio en la universidad les hace perderse la esencia de la vida. A este, particularmente, parece que no le ha dado nunca el sol.

—Sí, pero está con Sheila, mejor espera a que le avise que...

No le dejo terminar la frase, si está con Sheila me están esperando, así que avanzo y entro en su despacho. Sin llamar.

—¡Hostias!... ¡Joder! —blasfemo al encontrarme a Sheila empotrada

contra un archivador, con la pierna izquierda enroscada en el cuerpo de mi hermano y comiéndole toda la boca. Mi hermano le agarra el muslo a una altura tan arriba que creo que está rozando sus bragas, o lo que lleve, si es que lleva algo.

—No me jodas, Alberto. ¿En el internado no te enseñaron a llamar a la puerta antes de entrar?

Mi hermano como siempre tan gracioso. Sabe que odio que mencione el internado; pero aun así él no para, es como si disfrutara recordármelo. Como a él no lo mandaron, siempre tiene que mencionarlo, como para marcar la diferencia entre su educación y la mía. Si estuviéramos solos, ya lo habría mandado a la mierda.

—No me toques los cojones. Si tanto os pica, id a casa —digo cabreado.

Mientras ambos se recomponen, yo me siento en la silla, vaya escena. Cualquiera diría que esto iba a ser una reunión de negocios.

—Bueno, creo que tengo dos apartamentos que te pueden encajar —me dice Sheila sacando unos papeles de su maletín. Noto que todavía respira con dificultad.

—No sé para que te vas a gastar el dinero en un alquiler estos meses —suelta Alejandro—. Te he dicho mil veces que te puedes quedar en mi casa.

—Gracias por mirar por mi economía o por la tuya, según se mire. Pero necesito intimidad.

—Tú sabrás. Si vas a la agencia, dile a Eduardo que me envíe el contrato de la serie nueva, quiero echarle un vistazo.

Qué gracioso, ahora parecen tan profesionales y hace un momento parecían dos salidos haciendo el guarro en cualquier discoteca.

Mi hermano es un auténtico gilipollas. Siempre le ha gustado tener a las tías de dos en dos, encima si son polos opuestos mejor. Una rubia y otra morena. Una modosita, otra guerrera. Alta, baja... ¿Lo habéis entendido, no?

Espero que Rocío no sea tan boba de caer en sus garras.

Sheila es alta y rubia, tiene un cuerpazo y lo sabe. Mi hermano para ella es un juguete más, porque sale a la calle y no le faltan admiradores. Además es inteligente y buena comercial, sabe vender y venderse, solo que no le vale cualquiera. Con su perfil profesional, me enseña sus dos mejores opciones. Como ha traído las llaves de los apartamentos, nos despedimos de Alejandro, que se excusa en que tiene un montón de cosas que atender para no acompañarme, ni falta que me hace, y con la misma salimos de su despacho.

Por el camino me abstengo de hacer ningún comentario del numerito

caliente de ambos. Y Sheila, ya en modo comercial activado, me va contando las maravillas de la zona, como si acabara de aterrizar en Madrid.

El primero que vemos es un piso muy grande, está cerca de la agencia y tiene garaje. Lo que pasa es que me sobra mucho espacio, es como para una familia numerosa. El segundo es bastante más pequeño, también con garaje, que es lo más difícil de encontrar, y con bastante luz porque es un octavo. Está recién reformado, todo en tonos blancos y líneas modernas. Me gusta más. Madrid no me vuelve loco, pero sé que es temporal. Digo a Sheila que me lo reserve hasta mañana, que iré a verlo con una amiga. Nos despedimos y me voy a la agencia. Quiero ver a Oli y contárselo.

Cuando llego, Marga ya está cerrando la puerta.

—Oliva se ha marchado hace cinco minutos —me dice nada más verme, así sin buenos días ni nada.

—Y tú qué sabes a quién vengo a buscar —la pico un poco.

—¡No, claro! Yo soy tonta y me chupo el dedo.

—Si yo venía a por ti, muñeca —digo sonriendo. Un día oí como Eduardo la llamaba así y casi me atraganto con mi propia saliva. Desde ese día, siempre que quiero vacilarle o hacerle rabiar se lo llamo.

La abrazo por detrás, cogiéndola por sorpresa, y le doy un beso en la mejilla. Recuerdo que Oli me dijo que al mediodía iba a casa de Diego, y me pongo nervioso de nuevo.

—¡Venga, zalamero! Vámonos a comer juntos, que odio comer sola. —Será mejor que yo también esté acompañado hasta que por fin vea a Oliva y me cuente cómo ha ido todo. Prefiero escuchar todos los cotilleos que me cuente Marga y no mis propios pensamientos negativos.

—Perfecto, muñeca. Yo tampoco quiero comer solo. —Y agarrados del brazo salimos por el portal riéndonos, huyendo de nuestra temida soledad.

43- CERRANDO UNA PUERTA, ABRIENDO UNA VENTANA

—¿Seguro que no quieres que suba contigo? —me pregunta Carlos mientras me ayuda a sacar dos maletas enormes del coche.

—No, mejor espérame aquí, no tardaré en bajar. Tengo que hacerlo sola. —Carlos trabaja en una galería de arte por las mañanas, no muy lejos de mi nuevo trabajo, y por las tardes da clases de pintura en el centro cívico del barrio, así que ayer insistió en que él me recogía en el trabajo y me traía hasta el barrio. No tengo mucho tiempo, porque tengo que volver a la agencia a las cuatro, así que no he podido negarme a que me hiciera ese favor. Mandé un mensaje a Sara anoche, contándole un poco cómo va todo, y me dijo que, si él no me llevaba, que le quitara las llaves de su coche, el Mini de la rubia. Ahora que ella no está, lo usa Carlos; pero ya le dije que no hacía falta, que su hermano se está comportando como un auténtico caballero.

“Estará redimiéndose de los años en los que nos trató fatal”, dijo ella descojonándose.

Llamo al timbre de la que fue mi casa y me abre Salva, las manos me sudan un poco, no es una situación muy agradable. Que no se me olvide devolver las llaves, es lo que voy pensando mientras subo en el ascensor.

—Hola —saludo cuando Salva me abre la puerta con un atisbo de sonrisa.

—Pasa, niña —me dice dándome dos besos.

Entro con las maletas y sale de la cocina Carmen, con gesto serio me dice un “hola” que más bien parece un “adiós”.

Voy directa a la que era mi habitación y empiezo a sacar todas mis cosas. Abro las maletas que he puesto encima de la cama y voy recogiendo. Estoy nerviosa, me tiemblan las manos; pero no paro, soy como un robot. Saco de los cajones y del armario mi ropa y mis cosas y las meto en la maleta, como una automática.

—Ya veo que estás decidida a abandonar a Diego —dice Carmen entrando en la habitación. Joder, me parece increíble que todavía piense que me voy sin motivo alguno. No se dará cuenta de que una decisión así no se toma a la ligera.

—Yo no abandono a nadie, Carmen. Diego y yo hace tiempo que no nos

queremos como una pareja. Y lo mejor es que cada uno emprenda su camino, por separado.

—No lo querrás tú, porque sabes, igual que todo el mundo, que él te adora y lo está pasando fatal. No puedo creer que después de tanto tiempo te dé igual.

Bufo, bufo sin poder disimular la rabia que siento por dentro.

—¡Qué me adora!, pues tiene una forma muy extraña de demostrarlo —digo intentando morderme la lengua. No me apetece decirle lo bien que lo pasa su hijo por ahí, ni dar más detalles de nuestra escasa intimidad.

—Carmen, no te metas en su relación. Ellos son los que tienen que hablar, no tú —interviene Salva.

—¡Claro! Cómo a ti te da igual ver a Diego destrozado, parece que hasta la defiendes a ella —contraataca a su marido. Yo sigo a lo mío, como si sus palabras no me afectaran, aunque lo hacen, saco y guardo, saco y guardo. Conteniendo la indignación. Mi móvil empieza a sonar, es el aviso de que he recibido un *whatsapp*, me imagino que sean las chicas o Alberto. No paro el ritmo, lo miraré luego.

Carmen y Salva han salido de la habitación, dejándome sola, y ya me quedan muy pocas cosas. Mi vida entera cabe en dos maletas y en mi cofre de madera, que por supuesto me llevo hoy mismo.

Echo un último vistazo para no dejarme nada, voy al baño y recojo un par de cosas de aseo que guardaba allí, con todo recogido voy hacia el pasillo. Mi móvil sigue con el *bip bip* y de repente entra una llamada. Suelto la maleta en la entrada y lo cojo. Menuda insistencia.

—¿Sí?

—¡Está subiendo! —me dice Carlos con la voz agitada.

—¿Quién? —digo despistada.

Y antes de que Carlos me pueda contestar, la puerta de la entrada se abre y entra Diego. ¡Joder, es una puta encerrona! No son ni las tres y su madre dijo que no volvería al mediodía. Cuelgo el teléfono cuando lo tengo delante de mí.

—¡Hola, pequeña! —me dice cabizbajo.

—Hola —contesto nerviosa.

Sus padres nos miran desde el salón y yo abro la puerta dispuesta a sacar las cosas al descansillo, sin entretenerme, pero él me detiene.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí?

—Diego, yo...

—¡Por favor, Oli! No puedes irte sin más. Vamos a arreglarlo. Si no quieres vivir en el piso nuevo, porque no te gusta, nos vamos a otro. Donde tú quieras. ¡Pequeña, no puedes dejarme!, te necesito, después de ocho años juntos, yo no puedo vivir sin ti. —Me quedo petrificada, escuchando a Diego hablar así. Con la voz suave, triste, apagado. Me coge de la mano y me lleva a su habitación, yo le sigo sin oponer resistencia. Será que no quiere que sus padres nos oigan. Ilusa de mí, pensé que quizás ahora es cuando me diría la verdad y me pediría perdón, aunque no tiene ningún sentido. Yo no pienso volver con él, ya no queda nada entre nosotros. Cuando cierra la puerta, continúa—: Peque, no te marches. Prometo que ahora voy a hacerte feliz. Dime que es lo que quieres y te lo daré.

—Diego, ya no tiene sentido. No hay forma de seguir así. Entre nosotros no hay amor. Si me hubieras querido como dices, no te habrías follado a otras.

—¡Joder, Oli! No sé cómo tengo que decírtelo. Nunca me he acostado con otras, nunca. Solo contigo.

—¡No, Diego! Joder, no quiero más mentiras. Lo nuestro se ha acabado, tienes que aceptarlo. Cuando te apetezca ser sincero, me llamas y quizás ese día podamos charlar como dos amigos que compartieron su vida; mientras tanto, déjame marchar.

Las palabras me salen solas, hablo con la voz pausada, un poco temblorosa, pero convencida de mi decisión. No quiero entrar en su círculo de nuevo. Él no es capaz de ser sincero y yo no quiero darle más oportunidades para serlo. No nos queremos y él solo se agarra a algo que fue, en un pasado, algo que ahora no existe. Ya no tiene sentido, sería agarrarnos a un clavo ardiendo y nos quemaríamos más.

Está claro que hace meses que solo estoy yo viéndonos caer.

—¡Peque, por favor! —me dice agarrándome de las dos manos sujetándome.

—¡Adiós, Diego!

Salgo de la habitación y voy hasta el salón, él me sigue como un perrito faldero. Es increíble que ahora se muestre así.

—¡Pequeña! Quédate en esta casa, aunque no estemos juntos. No tienes por qué irte. ¿Dónde vas a vivir mejor que aquí? —me dice con las lágrimas empezando a brotar de sus ojos.

Joder, nunca pensé que le vería llorar así.

—Me voy, Diego, voy a irme a vivir sola, lo necesito —digo para que me

oigan todos—. Muchas gracias por todo, habéis sido mi familia y os estoy muy agradecida —digo mirando a sus padres—. Espero que todo os vaya bien.

—Cuídate, Oliva. Ya sabes dónde estamos si nos necesitas —me dice Salva bastante emocionado.

Carmen no me dice nada y su silencio me duele un poco.

Dejo las llaves en el mueble de la entrada y saco todo al ascensor, Diego se queda en el quicio de la puerta, suplicándome.

—¡No te vayas, peque! Me matas si me dejas. ¡No puedo vivir sin ti!

Yo no quiero darme la vuelta para mirarlo, no sé por qué es tan cínico. Se está agarrando al aire.

—¡Entra, Diego! —le ordena su madre—. No se merece ni una lágrima tuya —apuntilla provocándome un pinchazo en el estómago.

En cuanto las puertas del ascensor se cierran, suelto un grito para liberar toda la tensión, probablemente lo hayan oído todos los vecinos, pero me da absolutamente igual.

—Joder, casi subo a buscarte, me estaba empezando a preocupar —me dice Carlos al verme salir por el portal—. ¿Estás bien?

—Ahora no, pero lo estaré enseguida.

Dejamos todas las cosas en casa a toda velocidad y, casi con el tiempo justo, Carlos me lleva de vuelta al trabajo.

No tengo ganas de llorar, pero si siento impotencia y rabia a partes iguales. Han intentado manipularme, una vez más. Ha sido muy desagradable tener que marcharme con Diego así. Nunca creí que se iba a poner a suplicarme, de esa manera, con esas frases tan manidas: “me muero sin ti”, “me matas si me dejas”. En cualquier otro momento de mi vida me hubiera dejado convencer; simplemente ahora no, ahora mismo lo tengo muy claro. No quiero seguir bajo su influencia, ni la de su madre. Quiero volar del nido. Quiero labrar mi propio futuro y quiero empezar a ser yo, Oliva Sanz. No Oli la novia de Diego, ni Oli la pobre huérfana que no tiene familia. A partir de hoy seré Oliva Sanz, exclusivamente.

Cuando me estoy bajando del coche, veo como llegan por la acera Alberto y Marga, vienen riéndose como dos niños. Cuando me ven, Alberto se acerca hasta mí.

—Hola, aceituna, cuántas ganas tenía de verte —me dice cogiéndome por

la cintura y acercando su cuerpo al mío. Sin tiempo de reacción me planta un beso en toda la boca, nada casto.

¡Coño! El pobre Carlos estará flipando. Cuando logro separar nuestras bocas, miro a Carlos que se está partiendo el culo.

—¡Vaya!, ahora entiendo por qué me decías que ibas a estar mejor.

—¡Idiota! —espeto—. Este es Alberto, un amigo.

—Hola —dice Carlos sacando su mano por la ventanilla. Y Alberto se la acerca para estrechársela.

—¡Hola! Tú debes de ser hermano de Sara, ¿no?

—¡Correcto! Ya veo que conoces a mi hermanísima.

—Pues sí. Es que te pareces mucho a ella.

—Es lo que les suele pasar a los mellizos —dice Carlos con su mejor sonrisa.

—Joder, vaya capullo que soy.

Ambos se ríen y nos despedimos.

—Te veo a la noche —le digo a Carlos dándole un beso en la mejilla. Él me guiña un ojo, gesto que me hace recordar a su querida hermana.

Marga ya ha subido a la agencia y yo casi llego tarde, así que me encamino al portal. Alberto me vuelve a estrechar entre sus brazos.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien, pero tengo que subir, no quiero llegar tarde.

—Está bien. Cuando acabes te vengo a buscar y me cuentas todo, yo también quiero decirte algo.

—Perfecto.

Nos volvemos a besar, ya en la mismísima puerta del portal, un beso con bastante lengua y bastante deseo contenido, no veo a Alberto desde el domingo y nuestras bocas están necesitadas de comerse. Cuando su lengua entra en mi boca provoca que todo mi cuerpo quiera más, es difícil conformarse con un simple beso.

Un carraspeo nos alerta del espectáculo que estamos dando. Joder, Oliva, tienes que controlarte un poco.

—Ejem... ¡Buenas tardes!

Mierda, es Eduardo. ¡Joder, Alberto, eres peligroso, muy peligroso! Para mí, para mi trabajo, para mi juicio, vamos, para mi mundo en general.

—¡Hola! ¡Buenas tardes! —dice Alberto descojonándose. Yo también he saludado, pero sin apenas voz.

—Luego te veo —digo alejándome del mal y entrando con Eduardo, mi

jefe.

—Hasta luego —dice Alberto despidiéndose de los dos.

La situación es algo embarazosa, pero agradezco que Eduardo no haga ningún comentario sobre el numerito que hemos montado. En cuanto entramos en la agencia, me pongo en modo profesional y deshecho de mi mente cualquier pensamiento que tenga que ver con mi profe, espero que el rojo de mis mejillas vaya desapareciendo.

Se puede decir que he cerrado una puerta y he abierto una ventana. Miedo me da, creo que la he abierto de par en par.

44- NO CORRAS TANTO

ALBERTO

Después de dar unos cuantos besos lascivos a Oli en el portal de la agencia, igual que un adolescente con las hormonas en ebullición, la he dejado trabajando. Joder, no he podido evitarlo, no la veía desde hacía dos días y las ganas han podido a la razón. Cuando nos ha pillado Eduardo, en plena faena, me he acordado de las palabras de mi hermano. Alejandro me ha advertido que guarde con Oli un poco las distancias en público, a no ser que quiera que nos persiga la prensa; pero al verla me olvidé por completo de que ya estamos en Madrid y que aquí, en plena calle, cualquiera me puede reconocer. Simplemente me dejé llevar, por ella, por cómo me vuelvo loco cuando la tengo cerca y por todo lo que siento en tan poco tiempo.

El resto de la tarde lo he pasado con mi hermana Lidia. Ha sido una experiencia peculiar, por llamarlo de algún modo, ya no me acordaba de lo locas que están las niñas a su edad. Me ha obligado a acompañarla de compras; según ella, todas sus amigas le habían dado calabazas y necesitaba comprarse ropa para la primera fiesta de la Uni, que se celebrará este viernes.

Como tenía que hacer tiempo hasta volver a la agencia a buscar a Oli, he accedido y ha sido como cumplir una penitencia. Primero, me ha llevado a todas las tiendas posibles de la ciudad, necesitaba encontrar un vestido, único y espectacular, por supuesto, solo le gustaban los que eran lo suficientemente cortos como para no dejar nada a la imaginación.

—Como te vea tu padre salir así, te pondrá escolta —le advertí al ver el que más le había gustado, una especie de camisa larga, porque con esa poca tela no llegaba a la definición de vestido.

—¡No seas idiota!, no pienso vestirme en casa, lo haré en la de Alejandro.
—Perfecto, pensé para mí. Si Alejandro la ve salir así, seguro que también le para los pies.

Después del vestido, tocaban los zapatos. Lidia es bastante alta y muy delgadita, como esté mucho tiempo subida a los tacones que ha elegido, sus tobillos correrán el riesgo de romperse. Con la mayoría de edad recién cumplida, cualquiera se atreve a replicarle, pues eso mismo hice yo: oír, ver y

callar.

Cuando ya no he podido reprimirme más es cuando me ha llevado a la sección de lencería de unos grandes almacenes. Para más coña, la dependienta era conocida de mi madre y Lidia se ha paseado conmigo del brazo por toda la sección, pavoneándose, como si yo fuera su trofeo, acaparando las miradas de todos los clientes.

Yo al principio solo me descojonaba, divertido por la situación; pero un par de señoras han empezado a mirarnos con mala cara, cuchicheando, sobre todo cuando han oído a mi hermanita soltar:

—Papito, te gusta este sujetador de encaje para esta noche.

Joder, casi la mato. Otro par de chicas se giraron a mirarnos y encima creo que me reconocieron. Sus caras de asombro han sido memorables.

Menuda cabrona, sabe que entre ella y yo hay tan buen rollo que no iba a decirle nada; pero se ha pasado un poco, todo hay que decirlo. Seguro que con Alejandro no hubiera dicho eso ni de coña. Aun así, intenté ponerme serio, pero de poco me sirvió. La ropa interior que eligió era más para enseñar que para llevar debajo. Sin duda, esta ha sido la última tarde que me engaña para que la acompañe de compras.

Vamos a ver, no me considero un retrógrado, ni un viejo prematuro, ni nada parecido, además, aunque sea mi hermana pequeña, yo no voy por ahí de súper protector, ni de ella, ni de nadie, creo que las mujeres saben defenderse solas; pero no sé, creo que hay ciertos límites y pensar en ella, en esa fiesta, donde todos estarán borrachos y quizás mucho más que eso, me exaspera un poco. Encima si ella va vestida así, suenan todas mis alarmas. Sé que mi hermana se sabe cuidar. A pesar de que parece que es una niña dulce, tiene muy mala uva. Solo espero que sepa poner a todos a raya si es necesario.

Cuando ya tenía el modelo ideal para “su primer fiestón”, palabras textuales de ella, fuimos a tomar una Coca-Cola.

—¿Dónde te vas a quedar ahora en Madrid? —me preguntó curiosa.

—Voy a alquilar un piso, mañana ya te doy la dirección.

—Guay, así podré quedarme algún día en tu casa, que Alejandro a veces es muy controlador.

Me reí de su comentario. La espabilada, para lo que le interesa, me prefiere a mí.

—No sé, quizás no viva solo —dije sorprendiéndola con mis palabras.

—¿En serio? No me puedo creer que vayas a vivir con Oli.

En realidad, le expliqué a Lidia que es lo que a mí me gustaría, pero que todavía no se lo había planteado a ella.

—¡Vaya, hermanito!, se me hace raro verte tan entusiasmado con una chica.

—Lo sé, también es todo nuevo para mí —dije tranquilo.

Tuve que contar a Lidia un poco de mi historia con Oli. Sin entrar en muchos detalles íntimos, le dije que ella había terminado una relación larga y que su vida no había sido fácil. Lidia, con su espíritu jovial y optimista, me dijo que seguro que ella me daba una oportunidad.

—Si su ex es un imbécil, estará deseando estar contigo, que eres un todo un amor —me dijo haciendo un mohín.

—Oye, listilla, no me hagas la pelota, que no pienso dejarte venir a mi casa para que te disfraces antes de salir.

Los dos nos reímos y salimos del bar cogidos del brazo, dándonos un montón de mimos. Lidia siempre ha sido muy cariñosa conmigo, desde pequeña. Se puede decir que después de mi abuela es la que más amor me profesa de toda la familia.

Oli está saliendo por el portal después de su jornada laboral cuando yo llego a buscarla.

—Hola, aceituna, ¿qué tal tu primer día de trabajo?

—Muy bien, profe. Aunque ahora mismo tengo tanta información en mi cabeza que no sé si podré procesarla adecuadamente.

Cuando me acerco a ella y le agarro de la cintura para darle un beso, por el rabillo del ojo veo a un fotógrafo entre dos coches, no sé cómo me doy cuenta, pero es que tengo un sexto sentido para encontrarlos. Conteniendo mi mala hostia, suelto a Oli como un resorte y me trago las ganas de darle ese beso. Antes de empezar a grabar la serie no puedo montar un numerito en plena calle, tengo que comportarme. Oli, al ver que he dejado de tocarla, me mira extrañada.

—Sígueme, aceituna, y métete en el coche.

—¿Pasa algo? —me pregunta sin entender nada.

—No tranquila, solo es un cuervo.

Oli con cara de sorpresa me sigue hasta donde he dejado el coche aparcado. Una vez dentro, arranco y salgo a toda velocidad entre el tráfico de Madrid. Oli me mira sin saber muy bien qué acaba de pasar. Cuando abandonamos la zona y paro en un semáforo, me giro, cojo su cara entre mis

manos y la beso como si el mundo se fuera a terminar en unos minutos.

—Joder, aceituna. Me moría de ganas de comerte la boca.

Oli me recibe gustosa y sonrío con mi comentario. Mientras avanzo por las calles de Madrid, sin rumbo fijo, le explico que había un fotógrafo agazapado entre dos coches. Ella cambia el gesto y abre mucho los ojos. Parece que tampoco es consciente de que estar conmigo en público implica que estemos en el punto de mira, sobre todo cuando empiecen a promocionar la nueva serie. Durante esa época es cuando más me persiguen los cuervos. Le cuento que yo hace años que los llamo así. Veo que reflexiona un poco con lo que le digo y arquea las cejas, espero que no se asuste y quiera salir despavorida.

—¿Te da miedo que nos puedan fotografiar? —me pregunta con cautela.

—A mí no, yo puedo soportarlo, pero no me gustaría que te persiguieran a ti. Y menos ahora, que estás empezando a trabajar en la agencia. A Eduardo no le gustaría tampoco. Lo siento, aceituna, pero creo que lo mejor es que en público de momento tengamos un poco de cuidado.

—Sí, yo también creo que es lo mejor.

—Oli, sabes que haría cualquier cosa para que no te hicieran daño, ¿verdad? Me muero de ganas de estar contigo, sin esconderme. Espero, aceituna, que nunca dudes de eso. ¿De acuerdo?

—Sí, profe. Tranquilo.

Para cambiar de tema, le propongo ir a cenar. Tengo un par de restaurantes que siempre visito cuando estoy en Madrid, los propietarios son buenos amigos de Eduardo y siempre procuran darme una mesa con la suficiente intimidad, para poder cenar a gusto sin que nadie me moleste mientras degusto sus platos. Llamo a uno y digo que en media hora estaremos allí. Conduzco por las calles de Madrid mientras suena en la radio la canción de Sia y Zayn Malik “Dusk Till Dawn”. Oli sube el volumen y canta, dice que le encanta este tema, está feliz y me contagia. Cuando termina, escucho como me pone al día con todo lo relacionado con su nuevo trabajo. Me hace gracia oír como habla de Eduardo y de todo lo que le ha intentado enseñar hoy. Ya sabía yo que al final mi agente iba a estar encantado de tener a una pupila tan aventajada como Oliva.

Al llegar al restaurante nos damos cuenta de que hay muy poca gente; aun así, acaparamos las miradas de los comensales al entrar, el propietario nos saluda, muy amablemente, le presento a Oli y nos sienta en la mesa de siempre, la del rincón más íntimo de todo el comedor. Me dice que puedo

estar tranquilo, que esta noche no hay muchas reservas. Pedimos un par de cervezas mientras leemos la carta. Oli se deja aconsejar por todo lo que propongo para cenar, ni siquiera pierde el tiempo en echar un vistazo al menú. Creo que está un poco nerviosa.

Charlamos y probamos todos los platos con gusto, parece que he acertado con la elección y disfruto viendo como cena con ganas. Me cuenta que al final ha estado con Diego, en su antigua casa, no profundiza mucho en lo que han hablado, pero si me dice que le ha suplicado que se quedara con él.

—Y tú ¿qué le has dicho? —pregunto con la saliva atascada en la garganta, tratando de disimular el acojono que tengo esperando su respuesta.

—Le he dicho que no tiene sentido. Que cuando quiera ser sincero conmigo, podremos hablar como amigos, pero que acepte que se ha acabado y que no voy a cambiar de opinión.

Por su gesto sé que está convencida, no muestra pena, ni dolor, más bien es como si se hubiera quitado una carga de encima y algo en mi interior comienza a dar palmas con su respuesta. No digo nada más.

Me encanta oír cómo canturrea cuando prueba el *brownie* de chocolate de postre.

—Umm... —oigo mientras lo saborea.

—¡Vaya, aceituna!, parece que te gusta el postre —le digo con una sonrisa de lo más pícara.

—Umm..., está delicioso —me repite chupando la cuchara con detenimiento.

Joder, es tan sumamente sensual verla pasar su lengua de esa manera por la cuchara que me enciende y nuestra mesa está libre de las miradas ahora, pero no deja de ser un sitio público.

—Aceituna, no seas mala, que ahora tengo que dejarte en casa y despedirme de ti, sin tocarte, como si fuéramos al instituto y tú mi primera novia —digo conteniendo un gruñido.

—¡Oh... pues va a ser una pena! —musita

—Joder, Oli. No juegues así conmigo —le digo intentando que no me provoque ni un segundo más.

—¡Está bien! Me comportaré como una alumna buena.

Y los dos nos reímos con su comentario.

—A propósito de lo de dejarte en casa. Mañana he quedado para ver un piso cerca de la agencia, ¿te recojo y vienes a verlo conmigo? Creo que te va a gustar.

Venga, Alberto, ya lo has dejado caer, tampoco es que hayas sido muy concreto con lo que quieres, quieres que lo vea nada más, quieres que le guste, o realmente lo que quieres es que viva contigo, pareces idiota.

—Perfecto, te acompaño. Yo también tengo que buscar un apartamento. En casa de Sara estoy muy bien, pero necesito salir del barrio y vivir sola.

Y zas, eso es lo que se llama “echarte un jarro de agua fría”. Tú dejando las cosas caer, hablando a medias tintas y ella con toda la sinceridad del mundo te acaba de decir que no quiere vivir contigo, aunque tú tampoco se lo has preguntado directamente. Acojonado es lo que estás.

Respiro e intento que las palabras salgan de mi boca sin parecer un capullo, me he quedado un poco bloqueado, quién me lo iba a decir a mí, a mis treinta.

—Oli, quizás no me has entendido. Me gustaría que si te gusta el piso vivieras conmigo. Juntos, tú y yo.

—Alberto, yo...

—Está bien, ahora debes de pensar que soy un puto loco o algo así ¿no? — la interrumpo nervioso al ver su cara de susto.

Oli esboza una leve sonrisa que me calma un poco.

—Alberto, creo que será mejor que cada uno tenga su espacio. Acabo de salir de una relación muy larga y me apetece vivir sola, la convivencia en mi caso no mejoró la relación, creo que más bien todo lo contrario y no quiero equivocarme. Contigo quiero hacerlo bien.

Mi cara de decepción le debe de dar pena. Hostias, Alberto, vas de mal en peor. No hay quien te entienda. No dejabas ni que las tías durmieran en tu cama después del sexo y ahora estás pidiendo a Oliva que viva contigo, si hace nada que la conoces. Lógico que piense que vas más rápido de lo que ella puede asimilar.

—¡Está bien! ¡Tranquila! Solo es que estoy un poco perdido, hacía mucho tiempo que no empezaba una relación. Olvida lo que te he dicho, iremos con calma —digo todo lo tranquilo que puedo, y le cojo la mano por encima de la mesa. Oli entrelaza sus dedos con los míos, mirando alrededor por si alguien puede vernos, siento su calor y una pequeña corriente eléctrica.

El trayecto de vuelta a casa lo hacemos un poco más callados que antes. Quizás la conversación nos ha dejado más tocados de lo que somos capaces de admitir.

Cuando llegamos y paro delante del portal de su amiga, sonrío al ver sus

ojillos, parece asustada y antes de que pueda decir que está preciosa, Oli se abalanza sobre mí y me come la boca con ansia. Mi alumna no deja de sorprenderme.

—¡Vaya, aceituna! Me gusta tu silencio si al final hablas así.

—Gracias, profe. Gracias por la cena, por traerme... —me dice volviendo a su papel de alumna inocente que sabe que me encanta.

Consigue con sus palabras relajarme y hacerme sonreír.

—¡No hay de qué! Aunque ahora mismo me encantaría llevarte a mi cama e invitarte a probar un montón de cosas más —digo provocándola, mientras meto mis manos por debajo de su camisa, lentamente asciendo y toco sus pechos por encima del sujetador. Sus pezones se ponen duros al instante y yo me limito a gruñir.

—Yo también quiero probar todo de ti —me dice con sus labios pegados a los míos, derrochando sensualidad.

La despedida es increíble. Un puto calentón a lo tonto metido en el coche. Cuando nuestras bocas se separan para despedirnos, Oli me muerde el labio inferior con descaro, dejando su excitación en el aire, menos mal que habíamos dicho que en público íbamos a tener cuidado.

—¡Adiós, profe! —dice provocándome otra vez.

—¡Adiós, aceituna! Vete ahora o te puedo asegurar que este mismo coche me sirve para meterme dentro de ti —gruño con más fuerza que antes.

Oli sale de mi coche y se va descojonando, yo espero a que entre en el portal y arranco.

La vuelta a casa de Eduardo, conduciendo solo, por las calles de Madrid, con el dolor de huevos que llevo, se me hace eterna.

Ay, Oliva, tengo un grave problema y es que contigo no quiero correr, simplemente vuelo.

45- PRIMERO LA CENA Y DESPUÉS EL POSTRE

Acabo de llegar de trabajar, es viernes y la semana se me ha pasado volando. Voy a darme una ducha, cambiarme de ropa y coger un par de cosas, porque hoy no volveré a dormir aquí.

Alberto pasará a buscarme en un rato y vamos a ir a cenar con su hermano Alejandro y con Ro. Alberto no está muy convencido de esta cita a cuatro, ya sabes que con su hermano no se lleva demasiado bien, pero mi amiga se ha puesto tan pesada que le he tenido que convencer. A Alberto le he prometido que, después de cenar con ellos, nos iremos pronto a casa, para tomar el postre a solas.

Desde que hemos vuelto de Gijón no hemos estado juntos; entre las sábanas, me refiero, y para ser sincera me muero de ganas de enredarme con él. Para la antigua Oli el sexo formaba parte de la relación, como algo intrínseco a la misma, sin muchas expectativas. En cambio, la versión renovada de Oli sí quiere sexo, con frecuencia, sexo del bueno. Con Alberto he descubierto un sexo diferente, sexo del que se disfruta con varios sentidos a la vez, de ese que siempre te deja con ganas de más. Ver para creer.

El martes acompañé a Alberto a ver su nuevo piso, está cerca de la agencia, en el centro. Es grande, tiene mucha luz, porque es un piso alto y está muy bien decorado, moderno y actual. Yo le dije que me gustaba bastante y él ha decidido quedárselo. Cuando me propuso vivir con él, el lunes durante nuestra cena, me sentí un poco desbordada; me parece que es muy pronto, acabo de romper con Diego y no quiero acelerarme con esta relación, a pesar de que me siento muy cómoda cuando estoy con él, en todos los sentidos. Sé que Alberto no tiene edad para empezar una relación desde el principio, con el cortejo y demás parafernalia; es más, creo que esa etapa ya la hemos superado, lo nuestro ha sido como un cursillo acelerado. Aun así, no nos conocemos lo suficiente y yo simplemente quiero dejar que las cosas fluyan. Necesito tener mi propia libertad. Me sorprendí a mí misma gratamente cuando le dije que quiero vivir sola, sin titubeos. Aunque le he tenido que repetir un millón de veces que eso no significa que no quiera estar con él, pero para todo hay un momento y ahora creo que necesito vivir el mío, a su

lado, por supuesto, pero siendo dueña de mi propia vida.

El miércoles se fue a Gijón a estar con su abuela un par de días, antes de empezar el rodaje y a coger unas cosas de su casa, así que no le he vuelto a ver. Me ha llamado todos los días y como idiotas hemos acabado hablando de todo lo que nos queremos hacer. Cuando apagaba la luz por las noches, mi cuerpo ardía.

Marta, la madre de Sara, me ha encontrado una buhardilla muy cerca de mi trabajo, es de una señora mayor que acaba de entrar en la residencia de ancianos donde trabaja ella. Petra, como me ha dicho que se llama, ha tenido que dejar la buhardilla donde ha vivido toda su vida, en el barrio de la Latina, porque no tenía ascensor y sus piernas ya no le permiten subir y bajar diariamente. He quedado en que mañana me paso por la residencia a conocerla, recoger las llaves y así ir a echar un vistazo. Está cerca de todo, me encanta el barrio, porque tiene mucha vida y el alquiler, al ser un quinto sin ascensor, es bastante asequible. Espero que no esté en muy mal estado y pueda quedármela.

Mientras me estoy desnudando para entrar al baño, suena mi móvil.

—¡Hola, petarda! —digo risueña. Es mi amiga Sarita.

—Hola, golfa. —¡Vaya!, por su tono de voz noto que ya se ha tomado unas cuantas pintas. Como dice el dicho “allá donde fueres haz lo que vieres”.

—¡Vaya!, alguien ya ha empezado a ir de pub en pub, ¿no? Ya veo que eres una inglesa más.

—Síiii, nena. Aquí las cañas son tamaño XXL —me dice alargando mucho las letras al hablar.

—Pues cuidado, que los ingleses son muy brutos, a ver si vas a tener que ponerlos a raya.

—Por aquí, Ru, no cruces... —le oigo decir en medio de nuestra conversación. Todas mis alarmas se encienden, Ru me suena tan familiar. ¡Hay que joderse!

—¿Con quién hablas, amiga? —le pregunto suspicaz.

—Con nadie, una amiga que he conocido aquí que se llama....

—¿Ru? —la interrumpo con la mosca detrás de la oreja—. No sabes mentir, y menos pedo, capulla. —Si mi instinto no me falla, Ru viene de Ruli, como muchos conocen en el barrio a su acompañante.

—¡Joder...!, sabía que tú me pillabas. Eres la más lista de las tres.

—Anda, pásale el teléfono.

—¡Hola, Oli! —contesta una voz masculina.

—¡Hola, Raúl!, ya veo que estás de visita en Londres. Haz el favor de cuidar a mi niña, ¿entendido? —digo lo más seria que puedo.

Alucinando estoy, el hermano de Diego en Londres, con mi amiga. No, si ya me pareció a mí que su reencuentro en el barrio había sido muy raro, la perra me lo ha ocultado.

—Tranquila, si ella se sabe cuidar solita—me dice con ironía—. Y tú ¿qué tal estás? —me pregunta con tono más suave.

—Yo bien, me imagino que la versión que te hayan contado en tu casa no sea la más ajustada a la realidad; pero, bueno, ya te contará Sara la mía.

—Para ser más exactos, ya me la ha contado y no es nada que no esperase. Sé lo que hay en mi casa, así que tranquila, él seguirá siendo mi hermano y tú mi amiga.

Oír sus palabras de comprensión me alegra un poco, por fin alguien de esa familia entiende que no todo es blanco o negro. Se vuelve a poner Sarita y la amenazo con que ella y yo ya hablaremos el lunes, viéndonos las caritas, aunque sea por Facetime. Cuando cuelgo me meto en la ducha con una sensación rara, no sé si alegrarme por ella o compadecer a Raúl, vaya pareja más extraña que hacen estos dos. Cuando se lo cuente a Rocío, va alucinar, siempre hemos pensado que nuestra amiga durante su estancia en Londres iba a probar todas las nacionalidades del campus universitario y, mira tú por dónde, va a estar con uno del barrio, increíble.

Me pongo mi vaquero favorito, pero esta vez me calzo los zapatos de salón que me hizo comprar Ro, con un poco de tacón dan al vaquero un aire más sofisticado. Después lo acompaño con una camiseta negra con una calavera de brillantes rojos en el pecho, es de Sara, por suerte para mí se la ha dejado aquí, y mi americana negra. Me gusta como queda el conjunto. Me dejo el pelo suelto y me pinto la raya en el ojo con un poco de rímel, como me ha enseñado Ro. Me miro en el espejo por última vez y me gusta esta nueva Oliva, la misma de siempre, pero en versión renovada. Alberto me manda un *whatsapp* diciéndome que está esperando abajo, en doble fila, y yo meto una muda y otra camiseta en una mochila pequeña, para tener ropa de cambio mañana, junto con mis Converse blancas.

Salgo del portal decidida a pasar un buen fin de semana y en cuanto pongo un pie en la calle me doy de bruces con Diego, que va hablando con Pablo, su amigo del alma.

—Hola, Oliva, ¿vas a salir? —me pregunta el listo de Pablo haciéndome un repaso de arriba abajo.

—Hola —contesto seca mientras trato de avanzar por la acera, sin dar más explicaciones de a dónde voy o a dónde dejo de ir.

Vaya mierda de suerte la mía, precisamente ahora me los tengo que encontrar. En doble fila veo aparcado el coche de Alberto, está mirando en mi dirección.

—Oli —dice Diego sujetándome del brazo—. Necesito hablar contigo.

—Diego, tengo prisa, he quedado con Rocío y llego tarde.

Que no vea a Alberto, que no vea a Alberto..., pienso para mí. Alberto sí que ha visto como Diego me tiene agarrada por el brazo y su gesto de sorpresa lo dice todo.

—Está bien, pero quiero hablar contigo. Te llamo y quedamos una tarde, tú y yo solos. ¡Por favor! —me suplica otra vez.

Yo solo quiero que me suelte y salir de allí, cada vez estoy más convencida de que tengo que dejar el barrio.

—¡Vale! Llámame y ya veré cuándo puedo —contesto rápido, solo quiero irme.

Diego me suelta y me escabullo entre los coches.

Sé que me van a ver entrar al coche de Alberto, porque el imbécil de Pablo está observando mis movimientos. Pero con paso decidido voy hasta el coche, abro la puerta y entro.

—Arranca —digo al sentarme, sin mirar a Alberto para que no me coma la boca aquí mismo.

—Ese era Diego, ¿no?

—Sí. Joder —contesto resoplando cuando ya nos hemos alejado. Alberto niega con la cabeza, pero no me dice nada, cosa que agradezco. Cuando se pone en rojo el primer semáforo, me mira y dice:

—Dame el beso ya, aceituna, o te llevo a casa ahora mismo y paso de esa puta cena. —Y yo riéndome por su comentario lo beso, lo beso fuerte y profundo, con ganas, liberando toda la tensión acumulada, la de toda la semana y la de hace un momento. No quiero hacer otra cosa durante el fin de semana que estar pegada a él, desnudos, piel con piel, comiéndonos la boca y devorándonos el uno al otro.

Rocío y Alejandro ya están sentados en la mesa, bebiendo una copa de vino blanco. Nos saludamos todos y noto como Alberto mira a todos los lados antes de sentarse.

—Tranquilo, no creo que nadie te aborde aquí, no es lugar para eso —le dice su hermano con tono cortante.

—Además somos cuatro, la atención se desviará un poco de vosotros —dice mi amiga Rocío. Parece que su amigo, *follaamigo* o lo que quiera que sea, la ha puesto al día de los inconvenientes de que nos vean juntos. Alberto tuerce el morro un poco y yo me concentro en la carta. Pedimos y enseguida empiezan a servirnos. Mientras cenamos, hablamos un poco de todo, de la nueva serie de Alberto, de las clases del máster de Ro y de mi curro nuevo. Alejandro se sorprende mucho al enterarse de que trabajo en la agencia. Está claro que su hermano no le había dicho nada, cosa que le extraña.

Mi amiga está muy zalamera con Alejandro y noto como Alberto está incómodo cuando ellos se besan o se toquetean. Su hermano siempre intenta hacerse el gracioso con sus comentarios, pero la única que se ríe es mi amiga, que lo mira como si fuera un príncipe y ella su princesa. Yo intento que Alberto se relaje, agarrando su mano por debajo del mantel o acariciando su rodilla con la mía; más que nada para que sepa que estoy aquí con él y que tengo las mismas ganas, o incluso más, de que termine esta cena y así poder marcharnos juntos.

Con los postres Ro propone que vayamos a un garito que han abierto nuevo a tomar una copa, pero Alberto y yo decimos a la vez:

—No, nosotros nos vamos a casa —nos miramos descojonándonos por nuestra respuesta conjunta y firme.

—Bueno, morena, pues nosotros seguiremos de fiesta, solos. Después también te puedo llevar a mi casa —dice Alejandro con tonito de chulo. Joder, el “morena” ha sonado de lo más raro. Mi amiga no se ha sorprendido, con lo que deduzco que ya se lo ha llamado más veces.

Pagan entre los dos hermanos la cuenta, a pesar de que Rocío y yo insistimos en pagar entre todos, y nos despedimos en la puerta del restaurante. Alberto me lleva a toda velocidad al coche y en menos de diez minutos estamos entrando por la puerta de su nueva casa, para ser viernes y Madrid, creo que ha conseguido nuevo récord.

Vaya, parece que la falsa calma que aparentábamos ha pasado a mejor vida.

46- POR FIN SOLOS

ALBERTO

Cierro la puerta de mi nuevo piso y tiro la mochila de Oli en mitad de la entrada. Espero que no tenga nada que pueda romperse, porque he sido cualquier cosa menos cuidadoso. La estrecho entre mis brazos y beso sus labios, con fervor e impaciencia. Saben a ella, a esa mezcla de olor a vainilla que suele desprender todo su cuerpo y algo más, hoy creo que tiene un toque de chocolate, por el postre que acaba de tomar. Me entra un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Quiero probar más.

He estado toda la cena aguantando las idioteces de mi hermano y observando los ojitos que le ponía Rocío mientras él hablaba, la pobre no sabe dónde se está metiendo. Tendré que decir a Oli que la ponga un poco en alerta, no me gustaría que el imbécil de mi hermano le partiera el corazón, se ve que Rocío está un poco verde tratando con tíos como Alejandro, de esos que con una sola mujer en su cama no se conforman.

Oliva de vez en cuando me tocaba por debajo de la mesa, acariciándome, o rozaba su pierna con la mía, levemente, de manera cómplice, intentando relajar mi tensión y yo, yo estaba contando los minutos para salir de allí y tenerla entre mis brazos de nuevo. Estos cinco días sin ella han sido un suplicio, necesito sentirla de nuevo, ya.

Sin soltarse de mi boca, Oli ha enroscado sus piernas en mi cintura y yo la tengo sujeta por el trasero. En esta posición podría empotrarla fácilmente contra la pared y estar dentro de ella en cero coma segundos; pero, ya que estrenamos piso, será mejor que la lleve a la cama, o si no creerá que soy un bruto.

—Oli, quiero estar dentro de ti, ya —digo con un gruñido seco y avanzo por el pasillo hasta mi nueva habitación, con ella en brazos.

—Yo también quiero sentirte, te he echado de menos, profe —me dice entre risas al ver mi ímpetu.

Joder, sus palabras son la dinamita que necesito para explotar. Somos dos locos necesitados. La poso en el suelo, al lado de la cama, y nos quitamos la

ropa a trompicones. Las manos quieren ir más rápido de lo físicamente posible. Sin duda estamos excitados y ansiosos, eso no se puede negar. Cuando estamos por fin desnudos, frente a frente, nos separamos unos segundos para mirarnos, intentando recuperar la calma. Oli recorre con su mirada cada centímetro de mi piel y yo, más caliente todavía, empiezo a pasear mi lengua por todo su cuerpo. Labios, cuello, hombros, con un descenso muy rápido y sin precedentes, no a paso lento como otras veces. Oliva suspira y noto como se la corta la respiración cada vez que bajo un poco más.

—Alberto... —gime con sus dedos enredando mi pelo.

Y con mi nombre saliendo de sus labios entro en ebullición. Antes de llegar a su sexo, me incorporo, la beso en la boca de nuevo y cogiéndola en brazos la tumbo sobre la cama. Desnuda, expectante, preciosa.

Sigo jugando con mi lengua, esta vez chupando sus pezones. Oli cierra los ojos y disfruta del momento. Primero uno, rosado y duro, manjar solo para mi boca. Lamo, chupo y antes de abandonarlo lo beso, soplando al final. Oli se estremece debajo de mi cuerpo, es muy reconfortante ver como disfruta de todas mis caricias. A continuación, sigo con el otro, con la misma técnica, como si se tratara de un ritual, ese que hace que Oli eche su cabeza más hacia atrás y cierre los ojos.

—¡Mírame. Me gusta ver cómo me miras cuando te disfruto.

—Y a mí me encanta mirarte cuando me comes de esa manera. —Y sin darme opción a seguir comiendo sus pezones, que me vuelven loco, en una maniobra rápida mueve su cuerpo y se gira, colocándose encima de mí.

Se inclina un poco para dejar sus pechos a la altura de mi boca otra vez, gesto que me sorprende gratamente, eso quiere decir que le gusta lo que estaba haciendo, y sin dudar agarra mi erección con su mano y se empala sobre ella.

—¡Joder! —mascullo entre dientes.

Su maniobra rápida me ha dejado descolocado. Se separa de mí y me monta con un ritmo devastador, quiere llevar el control y lo consigue. Sube y baja sobre mi erección y yo aprovecho para masajear su botón, con esta postura me da libre acceso a tocar su clítoris ya hinchado y a intentar que su orgasmo se multiplique por mil.

—Alberto... —gime bajito.

—Oli, no pares, no pares...

Verla tan entregada, subiendo y bajando sobre mi polla y disfrutando de

mis caricias me gusta, me gusta tanto como cuando la tengo debajo, encajada sobre mi cuerpo. Sé que le gusta esta postura y me parece perfecto. Nunca me han gustado las sumisas en la cama y con la imagen de ella, como una diosa, encima de mí, estoy encantado.

Oli y yo tenemos la capacidad de disfrutarlos sin restricciones. Sin dejar de masturbarla, posa sus manos en mi abdomen para apoyarse, mientras sigue subiendo y bajando, arriba, abajo, y yo estoy a punto de correrme, no creo que pueda aguantar mucho más. Excitado, cachondo y al borde del orgasmo.

—Oli, me voy a correr... Me voy a correr.

Su risa, acompañada de su ligero rubor me prenden. Deduzco que también está al límite. No paro de tocar su botón, haciendo círculos a su alrededor, y cada vez jadea más fuerte. No ralentiza el ritmo, está completamente entregada. Un movimiento más, dos, tres, cinco... Pierdo la cuenta. Y las convulsiones del orgasmo nos atraviesan a ambos, como una descarga eléctrica incontrolable. Gemimos. Gritamos.

—¡Joderrrr! —blasfemo.

Y Oli se tumba encima de mí, ahora es la sábana que cubre mi cuerpo. Exhausta y preciosa. La abrazo con fuerza y me doy cuenta de que podría vivir con ella encima, siempre.

—¿Te ha gustado, profe? —me pregunta con la voz más dulce y sensual que he escuchado en mi vida.

—¡Joder, Oli! No me ha gustado, me ha encantado —digo convencido, invadiendo su boca otra vez, pero ahora más pausado que antes.

Salgo de su interior a regañadientes y nos tumbamos de lado, desnudos, frente a frente. Con las prisas, no hemos abierto ni la cama.

—Eres un diamante en bruto, aceituna —digo pegando mi frente a la suya, con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Yo? —me pregunta inocentemente—. Pues todavía quiero aprender un montón de cosas.

—Perfecto, aquí está tu profesor para enseñarte.

Y las carcajadas invaden la habitación. Juntos abrimos la cama, uno por cada lado. Una vez dentro, desnudos, volvemos a enredarnos.

La noche terminó con los dos comiendo algo a las tantas de la madrugada,

porque después del esfuerzo físico nos entró el hambre otra vez. Oli, la segunda vez, dejó que yo estuviera encima y consiguió que follar definitivamente con ella se haya convertido en hacer el amor, como ya le anticipé en Salinas. Meterme dentro de ella sin ninguna barrera es entrar en otra dimensión. Mi corazón bombea tan rápido que me asusto. Y ella, ella ríe, me besa, me abraza y siempre quiere más. Me pide calma y me exige más, su contradicción también me tiene loco, como todo lo que tiene que ver con ella.

Estar por fin solos ha sido como un bálsamo, me llena, me calma y me completa. Espero que cuando comience el rodaje sigamos estando igual de bien. A pesar de que no quiere vivir en esta casa, no quiero que perdamos estos momentos de pura intimidad.

Después de nuestra ducha conjunta, sí, por la mañana también hemos conectado nuestros cuerpos, recreándonos un poco más de la cuenta. “Para no romper la dinámica del fin de semana”, me ha dicho poniendo cara de niña buena. Joder, cuando me mira así, soy incapaz de resistirme. Alberto, estás al borde del precipicio y te vas a caer, eso es seguro. Hemos comido lo poco que quedaba en la nevera y ahora vamos en el coche camino de la residencia de ancianos donde trabaja la madre de Sara.

Cuando meto el coche en la zona de aparcamiento, enseguida sale a recibirnos una señora rubia y menuda, Sara no puede negar que es su hija.

Después de las presentaciones y del repasito visual que me hace Marta, que es como se llama, nos lleva al jardín trasero y nos encontramos con la dueña de la buhardilla que quiere alquilar Oli.

—Hola, niña. ¿Qué tal? Yo soy Petra —nos dice risueña. Está sentada y hace el amago para levantarse, pero Marta la frena.

—¡Hola, señora Petra! ¡Encantada! Yo soy Oli y este es Alberto.

—¡Vaya, niña! ¡Menuda sorpresa!, si llego a saber que venías con el profesor, me habría puesto mis mejores galas.

—¡Encantado! —contesto yo descojonándome.

—De las piernas estoy fatal, por eso he tenido que salir de mi casa; pero de la cabeza, de la cabeza estoy perfecta. Anda, guapo, ayúdame y dame dos besos, no todos los días se besa a un actor tan guapo —dice con su tierno descaro.

—¡Por supuesto, yo la ayudo! —dice Oli ayudándola para que yo la plante dos besos, muy risueña también.

—Nada de tratarme de usted, niña. Que me haces mayor.

Todos nos reímos ante su vitalidad. Después de coger dos sillas, nos

sentamos a su lado. Nos cuenta dónde está la buhardilla, nos habla de sus vecinos, de que ha vivido allí más de cuarenta años y de lo feliz que fue en esa casa, su única hija vive en Sidney y ella ya no quiere salir de Madrid, por eso se ha mudado aquí. Oli la escucha entusiasmada. No me hace mucha gracia que Oli prefiera vivir sola a hacerlo conmigo, pero en cierto modo la entiendo y por suerte esa buhardilla no está muy lejos de mi casa. Le dice lo que pide de alquiler y que nos deja las llaves para que vayamos a verla. El único requisito que pide es que si al final se la queda vuelva de vez en cuando a visitarla, conmigo, por supuesto, para que le contemos cosas de su barrio y de paso yo le alegre la vista un rato.

Vaya con Petra, no quiere perderse ni una.

Nos despedimos de Marta y de ella y nos vamos directos a ver la buhardilla, Oli está muy emocionada y yo, bueno, no tanto como ella. Dejamos el coche en mi garaje, porque en su calle es imposible aparcar y como es el centro, y sábado, hay bastante gente, así que intentaré pasar desapercibido.

Caminamos a la par, pero me molesta no poder llevarla de la mano, ni besarla si me apetece, estoy deseando volver a casa y seguir disfrutando de ella, a solas.

Después de subir al quinto piso sin ascensor, creo que la emoción se le ha bajado un poco. Solo un poco.

—Vaya, creo que estoy mayor como la señora Petra para subir aquí —digo recobrando el aliento.

—Vamos, profe, que estás muy en forma.

—Si tú lo crees... —digo pegando mis labios a los suyos mientras abre la puerta. Joder, qué ganas tenía de besarla.

Al entrar está todo muy ordenado. Los muebles son viejos, pero están cuidados. En determinadas zonas casi me doy con la cabeza en las vigas de madera y es todo minúsculo; pero Oli sonrío mucho al verla, creo que le ha gustado.

—Es perfecta para mí. ¿Te gusta?

—Bueno..., la pregunta es ¿te gusta a ti? —pregunto asombrado al ver su entusiasmo, es como una caja de cerillas.

—¡Claro que me gusta! La señora Petra me ha dicho que puedo tirar todos los muebles; si la pongo a mi gusto, quedará perfecta. Y tiene una pequeña terraza, mira — me dice encantada.

Si como terraza se puede considerar un espacio exterior, con una silla de mimbre bastante maltrecha, cuatro macetas con unas cuantas plantas mustias, todo ello en menos de un metro cuadrado; pues sí, es terraza.

—Si tú lo dices —digo escéptico.

—¡Vamos, profe! Ya sabemos que tú vas a otro nivel, pero yo solo me puedo permitir algo así y me gusta mucho —dice con media sonrisa.

—Tú también podrías vivir conmigo, en ese otro nivel, si quisieras —suelto con cierto tono, sin filtro.

Soy idiota y mi comentario, insistiendo en algo que ella ya me ha dejado claro, ha estado fuera de lugar. Oli me mira seria. Joder, Alberto, esa no es la calma que te ha pedido, estás cagándola.

—Alberto, creo que ya te dije...

—¡Lo siento, perdóname! —la interrumpo—. No pienses que soy un gilipollas porque ahora puedo permitirme otras cosas, mi primer piso en Madrid era mucho peor que esta buhardilla. Solo soy un puto bocazas. Si a ti te gusta, estaré encantado de hacer ejercicio y subir las escaleras. No me hagas caso. —Y me acerco a ella, cogiendo su cara entre mis manos y la beso.

Oli no se aparta, pero noto como sigue un poco tensa.

—¡Perdona, aceituna! —repito con mis labios pegados a los suyos—. Mis ganas de ti me superan.

Joder, Alberto. No puedes avasallarla así o saldrá huyendo. Necesitas controlarte.

Y con mi frase, que había sido totalmente sincera, parece que Oliva se relaja un poco.

Apagamos las luces, salimos de su nuevo hogar y caminando por el barrio, un poco más callados de lo habitual, regresamos a mi casa de nuevo. Una vez dentro, volvemos a ser nosotros. Estar solos el resto del fin de semana es lo que más me apetece en el mundo, porque me gusta cuando somos, así, en plural.

47- NUEVO HOGAR, NUEVA VIDA

Estoy preparando unos platos con aceitunas y patatas fritas, de las de bolsa, todo muy básico, sacando unas cervezas de la nevera y colocándolo todo en mi nueva mesa de Ikea, en mi nuevo mini salón. Parece un cumpleaños infantil, solo falta la piñata, pero de momento, mi presupuesto no da para tirar la casa por la ventana. Claro, que la nota *gourmet* la pone Ro, que ha traído unos sándwiches de La Mallorquina, una famosa pastelería de Madrid, donde todo está buenísimo. Todavía no me creo que hoy sea la fiesta de inauguración de mi nuevo hogar, menos mal que mi círculo es muy reducido, porque en esta caja de cerillas, como la llama Alberto, no entraríamos más.

La semana ha sido movidita. El relax que tuve, después de pasarme todo el fin de semana en casa del profe, metida entre sus sábanas, debajo y encima de su escultural cuerpo, se esfumó el mismo lunes. Trabajo, mucho trabajo, un montón de cosas por aprender. Vaciar la buhardilla, tirar los muebles de la señora Petra, pintar a ratos las paredes e ir a comprar mis muebles nuevos. Alberto me acompañó durante las compras, ha sido graciosísimo ver como no me decidía con un montón de cosas, con una mano las cogía y con otra las soltaba. Él ha aguantado como un verdadero novio, de esos que sufren exasperados los vaivenes mentales de sus novias en lo que a temas de temas de decoración se refiere, y con esto no quiero decir que ya le considere mi novio, pero me hacía gracia ver como estaba a punto de la desesperación. Al final, aguantó estoicamente y cuando volvimos a casa se lo agradecí, a mi manera, como jamás hubiera creído; bueno..., pues eso... Que ya sé que me has entendido.

—Si esta es la recompensa, quiero ir de compras todos los días —me dijo socarrón.

Ayer, cuando me trajeron los muebles, con todo recién pintado y limpio, Alberto no pudo estar en casa para ayudarme. Ya han comenzado con las primeras reuniones de todo el equipo de la nueva serie y no se ha podido escaquear, así que tuve que buscar mano de obra barata y Carlos y Ro fueron “los elegidos”. Me han ayudado mucho; con el montaje de los muebles (esa parte sobre todo Carlos), con todos los detalles y con mi mudanza. Este

mediodía he traído las últimas cosas que tenía en casa de Sara y hoy será la primera noche que duerma aquí. Estoy ilusionada y feliz. He hecho unas fotos de todo el cambio de la buhardilla, cuando tenga un rato quiero ir a enseñarselas a la señora Petra, seguro que le gusta ver cómo he dejado su antiguo hogar. Los muebles blancos, aunque sean los más baratitos, dan mucha más luz a la buhardilla. En el salón he puesto un sofá no muy grande, verde azulado, para dar un toque de color, con unos cojines bastante llamativos de rayas y mi habitación, también en tonos blancos, ha quedado perfecta para mí. En primavera daré un aire fresco a la minúscula terraza, seguro que cuando apriete el calorcito me viene bien poder salir fuera alguna noche.

Alberto no ha visto el acabado final, así que me muero de ganas de dejarle con la boca abierta ante el cambio, sé que él está acostumbrado a que todo sea más sofisticado y caro, pero yo estoy muy orgullosa de como me ha quedado todo.

El sábado me enfade un poco con él, porque me volvió a insistir en que puedo vivir con él si quiero, no le gusta mucho mi nueva casa y sus comentarios me molestaron un poco. Sé que él quiere más, quiere dar un paso que todavía nos queda un poco grande, entiendo que quiera pasar tiempo conmigo, pero tampoco entiendo su impaciencia, nos estamos conociendo. Va a ser la primera vez que tenga mi propio espacio, yo solo quiero que él esté a mi lado, pero respetando mi decisión. El mosqueo me duró muy poco, primero porque me pidió perdón por haberme hablado así, varias veces, y después porque el resto del fin de semana se deshizo en atenciones; me cuida, me mimas, me alaba y me hace sentir especial.

Jodido Alberto, en muy poco tiempo se ha colado muy dentro de mí, en todos los sentidos.

Llaman al timbre y va a abrir Ro.

—¡Hola! —saludo eufórica al ver a mis primeros invitados.

Carlos y Marta son los primeros en llegar.

—¡Bueno... Bueno! Pues os ha quedado monísimo —dice Marta observando el acabado final.

La visita guiada es corta, enseño primero mi habitación, con la colcha de flores rosas y grises, de Zara Home, que ella me ha regalado por la inauguración; las nuevas pijadas que he colocado en el baño, que estaba bastante decente ya, porque la señora Petra hacía un par de años que había

quitado la bañera y había puesto un plato de ducha, por lo que no he tenido ni que pintarlo. La cocina y el salón con mi sofá nuevo, en el centro, que me encanta. Por último la terraza, que todavía no he tocado, y ¡listo!

—Esto es todo, ¿te gusta?

—¡Claro!, me parece que es perfecto para ti — dice mientras me da un abrazo de los que reconfortan.

—¡Oye!, yo también he ayudado a que quede así. Todos los muebles son obra mía. ¿Nadie me va a abrazar a mí? —pregunta Carlos como si fuera un niño pequeño.

—¡Venga!, que desde que no me pegas chicles en el pelo eres todo un amor. —Y soy yo la primera que paso a abrazarlo. Nos descojonamos y abrimos un par de cervezas.

Relatamos a Marta la tarde tan amena que pasamos ayer con las herramientas y cómo los exprimí al máximo para que todo quedara perfecto, Carlos se levanta a abrir cuando suena el timbre de nuevo, Ro está hablando por el móvil, será Alberto, que es quien falta.

—¡Perdona, me he debido de equivocar! —dice con guasa al ver a Carlos en la puerta y la buhardilla en este estado.

—¡Idiota! —digo, y me acerco hasta la puerta. Carlos nos deja solos en la entrada y Alberto me rodea con sus brazos por la cintura y me da un beso invasivo, con todo lengua y manos, sin importarnos que no estamos solos.

¡Vaya!, parece que estamos dando un poco el espectáculo.

—¡Joder, que la vas a ahogar! —protesta Ro pasándome el móvil—. Es Sara, que dice que te ha estado venga a llamar y no se lo coges.

Me pongo a hablar con Sarita en lo que Alberto pasa hasta la cocina y deja un par de botellas de sidra; de fondo oigo como Marta le dice que a ella le encanta y abren una.

—¡Capulla!, qué ganitas de haber estado ahí.

—Ya lo sé, pero en Londres estás muy bien, ¿no?

—Bueno, los ingleses son un poco raritos, pero hay mucho español en el campus e italianos.

—Sí, lo sé, y también hay mucho español que coge un vuelo desde Barcelona para estar contigo, ¿no? Esta semana he estado ocupadísima, pero ya sabes que tenemos una conversación pendiente.

—Sí, nena, pero ahora hablamos de ti, no de mí. —Le digo la pequeña comitiva que tengo en mi caja de cerillas y por supuesto se descojona con la

definición, nos despedimos como siempre, deseando vernos pronto. Cuando vuelvo al salón, están todos sentados en mi sofá; bueno, Alberto está en el suelo con un par de cojines debajo de su trasero. Se ve que está a gusto. Nos tomamos unas cervezas, picamos algo y hablamos del buen trabajo que hemos hecho con mi nueva casa. Yo me siento en el suelo, al lado de Alberto y disfruto de ver a la gente que quiero a mi lado, en un día tan importante para mí.

Cuando se han ido todos, Alberto recoge las cuatro cosas que han sobrado y yo voy a ponerme más cómoda. Como no hace frío, me coloco mi famosa camiseta y regreso al salón de esa guisa. Alberto, que está sentado en el sofá, descalzo y con un montón de folios en la mano, se ríe cuando me ve entrar. Me encanta tenerle aquí.

—Ven aquí, aceituna —me dice posando los folios en la mesa para a continuación colocarme a horcajadas encima de él—. ¿Estás contenta?

—Estoy muy contenta, profe. Ahora estoy esperando que me digas que te equivocaste y que esta caja de cerillas ha quedado de lujo.

—Ja, ja... —Se ríe metiendo sus manos por debajo de mi camiseta, deteniéndose en mis costados—. Está bien, lo reconozco, ha quedado muy bien.

—¿Y qué es lo que más te gusta? —pregunto posando mis manos sobre las tuyas mientras marco el descenso por mis costillas.

—Lo que más me gusta sin duda son tus peras, grandes, tersas, perfectas, junto a tus pezones que me vuelven loco.

—¡Capullo! —espeto, dándole un pequeño puñetazo en su bíceps de acero—. Me refiero a lo que más te gusta de la casa.

—Ah... Era eso... —dice haciéndose el tonto—; pues de la casa lo que más me gusta es como ha quedado el salón y en particular este sofá, creo que ha llegado el momento de estrenarlo como se merece.

Con sus dedos soltándose de mi agarre, me levanta y me dice que me tumbe. Yo obedezco, me relamo pensando en lo que viene a continuación. Alberto sigue sentado y para mi gusto con demasiada ropa, así que no adivino sus intenciones. Estira mis piernas para que descansen encima de sus muslos y posa sus manos en mi rodilla. Como a cámara lenta va ascendiendo por mis muslos, primero por el exterior, para repetir el proceso por la cara interna. Empiezo a sentir pequeños pinchazos de placer en mi vientre y me muerdo el labio.

—Tienes la piel de gallina, aceituna, ¿paro? —me pregunta con su sonrisa

más canalla.

—¡No, por favor!

Y aunque en mi interior no quería suplicar, creo que definitivamente mis palabras suenan a súplica.

—Perfecto, porque no creo que sea capaz de resistirme a tocar cada centímetro de tu piel, a intentar hacer que te hierva la sangre y a rozar contigo el mismísimo cielo cuando esté dentro de ti.

¿Cómo?... Sus palabras están sonando en mi interior, como si fueran la mejor melodía del mundo. Me prepara, me enciende y después me llena.

Baja mis bragas con delicadeza, unas de algodón con dibujos de fresas, nada provocativas, hasta que las saca por mis tobillos y así, tumbada solo con la camiseta, mi sexo queda totalmente al descubierto para él. Alberto me mira y sus ojos se tiñen de azul intenso, parece que el deseo se ha apoderado de los dos, porque me he excitado igual que él, admirando la delicadeza de su gesto.

No soy capaz de reconocerme, con cualquiera me hubiera muerto de la vergüenza, hasta con Diego, pero con él todo cobra otro sentido. Es como si mi cuerpo hubiera estado en el letargo de las sensaciones y de repente Alberto lo hubiera despertado. Lo quiero todo, con él lo quiero todo.

Me roza el sexo, con suaves toques, por encima del vello, lento, muy lento. Sus dedos me acarician como si fuera su guitarra y yo solo soy capaz de suplicar más con mi mirada, porque no puedo articular palabra.

—¿Impaciente?

—Mucho —respondo ahogando un gemido.

Alberto se quita la camiseta con una sola mano y se desabrocha el pantalón, me hace gracia observar que lleva puestos unos bóxers negros, eso es porque ha venido directamente desde el trabajo; si no, no los llevaría. Su otra mano sigue causando estragos en mi interior; ahora está empezando a abrirme para él, paseando sus dedos por todo mi sexo, provocándome. Mi propia humedad hace que la zona esté más que preparada y yo me impaciento por sentirle dentro de mí.

—Alberto...

—Disfruta, Oli, no tengas prisa, primero quiero que te corras entre mis dedos. ¡Vamos, aceituna, regálame tu orgasmo!

Y yo, como estoy tan caliente y tan ansiosa, lo único que hago es obedecer. Él sigue masturbándose y, cuando por fin centra su atención en mi abultado clítoris, me retuerzo entre sus dedos. Respiro con dificultad y no dejo de mirarlo, ni un segundo. Mi pecho sube y baja a consecuencia del aumento de

mi ritmo cardiaco. Está disfrutando tanto como yo al verme así. Levanto un poco mis caderas buscando más fricción y Alberto presiona en el punto exacto. Estoy a punto, no hay vuelta atrás.

—Alberto, me voy... —gruño cuando las convulsiones entran por mis pies y me atraviesan, quedándose unos segundos más en el mismísimo centro. El orgasmo es increíble y la cara de Alberto observando atento las reacciones de mi cuerpo también.

—Y ahora, ahora voy a meterme dentro de ti y no sé si seré capaz de salir algún día.

Incorporándose, se acaba de desnudar y en una embestida certera y rápida me penetra.

Ese fin de semana quedan inaugurados todos los rincones de mi caja de cerillas. Todos, sin excepción.

48- LONDRES

Es la primera vez en mis veinticuatro años de vida que salgo de España. Aparte de los nervios por viajar sola, a una ciudad tan grande como Londres y encima de noche, estoy ansiosa e impaciente, me muero de ganas de abrazar a mi amiga el día de su cumpleaños.

Hace casi dos meses que estoy trabajando, los mismos que hace que no la veo. Cuando cobré mi primer sueldo, lloré de felicidad, por fin todo el tiempo invertido y todo el esfuerzo de mi época de estudiante empezaba a dar sus frutos. Es un sueldo normal, sin grandes pretensiones, pero me permite pagar mis gastos y vivir sin pasar dificultades. En cuanto llegué a casa ese día, entré en internet y compré mi billete a Londres, con una compañía de esas de bajo coste, para estar con mi amiga este día tan importante. Desde pequeñas hemos celebrado siempre los cumpleaños juntas y este año no podía ser menos. Se lo dije a Ro por si venía conmigo, pero está muy liada con su máster y me dijo que este fin de semana tenía que preparar varios trabajos y que no le daría tiempo si venía conmigo.

Ahora estoy metida en el segundo tren que me ha mandado Sara coger para bajarme cerca de su residencia, espero que esté esperándome en la estación porque estamos en noviembre, es de noche cerrada y yo nunca me he orientado muy bien.

Tengo tantas ganas de abrazarla y de contarle un montón de cosas que me están pasando. que quiero verla ya. Mi vida, desde nuestro viaje a Cádiz a finales de agosto, ha sido un auténtico torbellino, lo que se dice “un no parar”; de sentir, de llorar, de reír, de trabajar, de amar; en definitiva... de vivir.

Creo que esta es mi parada, espero no haberme equivocado. Cojo mi pequeña maleta y me bajo del vagón. Hay bastante gente a pesar de la hora, casi son las once de la noche y la estación tiene mucho movimiento. No veo a Sara, me imagino que los nervios me están jugando una mala pasada, porque entre la multitud oigo perfectamente como me llama.

—¡Oli... Oli... Estoy aquí!

Me giro noventa grados y por el rabillo del ojo veo a mi amiga venir corriendo hacia mí. Mi rubia se abalanza sobre mí para abrazarme. Está más

delgada, lo noto a pesar del plumífero que lleva puesto, seguro que echa en falta mucho la comida de su madre, que mi Sarita para comer es un poco especial.

—Hola, amiga, creo que necesitas un par de cocidos madrileños, estás en los huesos.

—¡Calla, anda! No seas exagerada. Cómo se nota que has estado viviendo con mi madre. Venga, vamos, que vivo aquí cerquita.

Abrazadas tirando las dos de mi maleta, como si dentro fuera nuestra vida compartida, que perfectamente se podría decir así, salimos y ponemos rumbo a su residencia, caminando entre la niebla que hay hoy.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Sara cuando entramos en su habitación. No es muy grande, pero tiene lo necesario. Ella ha preferido pagar más y que sea individual y con baño. Menos mal, porque eso de tener que salir de la habitación a un baño comunitario es un incordio, sobre todo por la noche o a la hora de ducharse. No tiene grandes lujos, pero está acogedora, hasta tiene una especie de cocina americana, con un fuego, un microondas y una cafetera.

—No, me comí un bocadillo con Alberto en el aeropuerto antes de embarcar.

—Vale, pues entonces nos vamos al *pub* a tomar unas cervezas, aquí es lo único que beben; bueno y *bourbon* de vez en cuando.

—Perfecto.

El *pub* está muy cerca del campus y cuando entramos uno de los camareros saluda a mi amiga y nos busca una mesa, parece que a mi rubia ya la conocen por estos lugares, no esperaba menos de ella. Pedimos unas pintas y le canto el cumpleaños feliz lo primero, que con la emoción de volver a verla no le había felicitado aún.

—¡Y que cumplas muchos más, amiga! —Brindo con la cerveza en lo más alto.

—¡Y tú que lo veas!

Saco de mi bolso un paquete pequeño y le doy su regalo, comprado con mi primer sueldo. Mi amiga, al ver que el papel pone Tous, abre los ojos todo lo que puede.

—¡Estás loca!, te ha tenido que costar una pasta.

—¡Tú ábrelo y calla!

Cuando saca unos pendientes de plata con forma de media luna, se levanta a abrazarme de nuevo. Son pequeños, así que no ha sido tanta la inversión.

—Me encantan, nena. ¡Muchísimas gracias!

Después de la primera ronda, cae rápidamente la segunda, hablamos de sus clases, del máster, que le gusta mucho, y de como hay un profesor que la pone ojitos durante sus clases. Mi amiga Sara siempre abierta a probar cosas nuevas.

—A ver si solo vas a tener tú un profesor particular —se mofa—. Yo también quiero probar con uno. Por cierto, ¿qué tal con Alberto?

—Muy bien, nunca creí que pudiera tener tanta confianza y tanta intimidad con alguien después de Diego —confieso tranquila.

Podría haber admitido también que cada día estoy *más enamorada de él, pero aún es* pronto para confesiones tan grandes.

También le cuento que este último mes nos hemos visto menos, porque Alberto ha tenido jornadas de rodaje interminables. Que hay veces que yo me quedo a dormir en su piso y que otras se queda él en el mío, nos gusta alternar, pero que lo que más me gusta es quedarnos en casa, juntos, ajenos de las miradas. Le digo que en la calle todavía no somos una pareja al uso y que hay días que me gustaría poder besarlo en público, porque me empiezo a dar cuenta de que Alberto es el centro de atención de todas las tías con las que se cruza y a veces me molesta, más veces de las que deseo.

—Vaya, vaya... Mi amiga ahora es celosa —me dice burlándose de mí.

—No soy celosa, lo que pasa es que tengo ojos en la cara. Tú has visto a Alberto y ¿me has visto a mí?

—¡Ay, nena, no seas idiota! Ya sabemos que él está buenísimo, pero tú estás cañón. Mírate, eres preciosa y encima me encanta como vas ahora, sin perder tu esencia, pero más actual. Si hasta llevas la raya en el ojo pintada. La nueva Oli es la hostia.

Esa es mi Sarita, hace poco más de una hora que estamos juntas y ya se ha dado cuenta de todos los detalles, hasta ha conseguido sacarme los colores con sus piropos.

La tercera ronda entra enseguida y ya empezamos a hablar como cotorras.

—¿Qué tal con Raúl? —pregunto sin rodeos.

Cuando pasaron juntos aquel fin de semana, hablamos por Facetime una tarde y me contó un poco cómo es que él vino hasta aquí, sin entrar en muchos detalles. Tenía un amigo viviendo aquí y aprovechó para quedar con Sara, estuvieron juntos de fiesta, bebieron y acabaron follando en casa del amigo, después llegó el domingo y cada uno volvió a su vida otra vez.

—Pues no hay nada que contar, que me manda mensajes y me pide que

vaya a verlo a Barcelona. No sé, hemos estado juntos solo esa noche, bastante borrachos. Y ya sabes que las relaciones no son lo mío, y menos a distancia.

—Ya, si la teoría me la sé. Pero a ti te gusta, lo noté cuando estuvimos en el barrio y el tono de tus palabras ahora me lo confirma.

—No te hagas pajas mentales, nena, son las cervezas de aquí que se suben muy rápido a la cabeza.

— ¡Ja!, a otro perro con ese hueso, amiguita —replico.

Nos reímos y cambiamos de tema otra vez. Hablamos de Rocío y de como pienso que al final Alejandro le vacila para llevársela a la cama, y ella tan contenta. También le pongo al día con mi curro, le cuento entusiasmada cómo me gusta aprender todo de mi trabajo, le hablo de los actores con los que ya empiezo a tratar, algún cotilleo, de cómo Eduardo cada vez delega más cosas en mí y de que estoy empezando a estudiar las negociaciones para colaborar con una agencia hispano-americana, con sede en Los Ángeles. Si ese proyecto sale bien, se abrirá mucho el mercado para nuestros actores y actrices allí. Sara alucina al verme hablar así.

—Joder, Oli. No esperaba menos de ti, vas a llegar muy lejos, nena —me dice chocando nuestras cervezas.

El camarero pelirrojo nos trae un par de chupitos de *whisky*, tienen un color ambarino muy fuerte y huelen que echan para atrás. Nos dice que son una invitación de un par de tíos, como dos armarios empotrados, que hay al final de la barra. Creo que son jugadores de rugby del equipo de la universidad, así que nosotras nos miramos y decidimos aceptar, tampoco vamos a ser tan bordes como para devolvérselos. Levantamos los vasos a modo de agradecimiento y de un trago nos los bebemos.

— ¡Joderrrrr...! —decimos al unísono.

Como el alcohol ya fluye por mis venas, dejo lo mejor para el final.

—Ayer estuvo Diego en mi casa y todavía no se lo he dicho a Alberto.

—¿Cómo...? Será una broma, ¿no?

—No. —Y entonces le relato los hechos. Le cuento que salí del trabajo y estaba esperándome en la calle, apoyado en un BMW deportivo blanco, su coche nuevo. Me dijo que su madre se había enterado en la frutería de dónde estaba trabajando yo, porque Marta se lo había contado a la frutera.

—¡Vaya bocazas mi madre, joder! —me interrumpió, pero yo proseguí.

Le conté que me había estado mandando mensajes para que le diera una oportunidad para hablar conmigo, a solas, que Alberto sí que sabía que él quería quedar conmigo, pero que tampoco me había dicho nada al respecto

porque yo no me lo había planteado. Diego me dijo que le apetecía saber dónde vivía ahora y yo, pues como me pilló un poco de sorpresa, no le dije que no y me acompañó hasta casa.

—¿Quieres beber algo? —le dije cuando se sentó en mi sofá, ese que era el preferido de Alberto para hacerme el amor. Joder, era todo tan raro que me parecía irreal.

—Una Coca Cola, si tienes —contestó.

Se la serví, me descalcé y me senté en mi sofá lo más lejos posible de él. Entonces sin más introducción empezó a hablar.

—Joder, Oli. Cómo eres tan boba, ya ha intentado convencerte otra vez, ¿no? —me interrumpe Sara, que no podía mantener la boca cerrada.

—¡Que no, pesada!, déjame seguir —le corto.

Y sigo por donde lo había dejado:

Diego habló por fin.

—Oli, siento haberte engañado, es el error más grande que he cometido en mi vida —me dijo entre nervioso y triste, jugueteando con el vaso de Coca Cola en sus manos.

—Ya da igual, Diego. Está claro que nuestra relación ya no funcionaba. — Y se lo dije sin ningún rencor.

—Yo creo que sí funcionaba, solo quiero que sepas que nunca he follado con otras mientras estaba contigo, nunca. Es importante para mí que lo sepas.

—Joder, Diego, eso ¿qué significa?, que te enrollabas con otras, pero solo te la chupaban —y lo dije con tanta naturalidad que Diego me miró extrañado, probablemente la Oli que estaba sentada en el otro extremo del sofá era una auténtica desconocida para él.

—Sí, aunque no me creas, es así, te juro que es la verdad.

—Es bastante difícil de creer, ¿no te parece? Aun así, ya no tiene mucho sentido, pasó y no hay vuelta atrás.

—Yo solo quiero intentar arreglarlo, por eso quería decirte la verdad. Necesito que confíes en mí.

—¿Y qué piensas?, ¿qué porque solo se la hayas metido en la boca estás libre de pecado?

Sara me interrumpe otra vez:

—¡Joder, vaya hijo de puta y mamón! —añade Sara en medio de mi relato —. Vale, vale, ya me callo, continúa.

Y continúo:

—Lo siento, pequeña, fueron solo un par de veces, había bebido, estaba

con los amigos, no sé, una cosa llevó a la otra —se excusó.

—Vaya mierda de excusa. Y, si mal no recuerdo, a ti no te gustaba que yo te comiera la polla, pero sí que lo hicieran las demás, un concepto del amor un poco raro, ¿no?

—Oli, joder. Tú eras mi novia, no tenías por qué hacerlo, eso lo hacen las...

—¡Ah, no! Por ahí no paso —le corté y me levanté.

Tenía tantas ganas de decirle que cuando estás realmente bien con una persona no existen límites. Que yo en dos meses había descubierto que en el sexo, si es consentido, todo tiene cabida; las mamadas, los polvos rápidos, los lentos, los salvajes, cualquier rincón y cualquier momento es idóneo, sin excusas y sin pudor. Que a la nueva Oli le encantaba meterse la polla de Alberto en la boca y que él me comiera mí; pero me callé, evidentemente.

—¡Vaya con Dieguito!, encima de todo lo que he dicho antes, es un puto retrógrado. ¿Lo sabes, no? —dice Sara al escuchar mi relato.

—Sí lo sé, hasta ahora no había sido capaz de darme cuenta.

—Y ¿cómo acabó la tarde? —me pregunta mi amiga expectante.

—Pues acabó con él llorando por mí, suplicándome que empecemos de nuevo.

—Joder, con el machito, si al final se derrumbó y todo.

—Pues sí, nunca le había visto así y me dio hasta algo de pena.

—Sí, claro, después de pasear su polla por las bocas más exquisitas de Madrid, ¡no te jode!

—¡Qué bestia eres, amiga!

—Muy bestia, pero tengo toda la razón, es un cabrón de mierda que solo quiere tenerte en casa como hacían los hombres en el siglo pasado.

Después le narro que, cuando se calmó, se fue pidiendo perdón de nuevo e insistiendo en que quiere volver a verme, aunque solo sea como amigos, porque después de tantos años no quiere que esté fuera de su vida. Yo ya no me atreví a decirle que lo mejor es que no nos volviéramos a ver; al fin y al cabo, ha sido casi mi familia. En la puerta me dio dos besos y bajó cabizbajo los cinco pisos hasta el portal. Yo me senté en mi sofá con las rodillas abrazadas y pensé que nos habríamos ahorrado toda esta mierda de haber sido sinceros con nosotros mismos mucho antes.

Abrazadas y aguantando el equilibrio, a duras penas salimos la rubia y yo del *pub* y volvemos a la residencia; más borrachas, más amigas y con menos peso encima; al menos yo, que por fin me he quitado una carga que arrastraba

desde ayer.

Ahora solo tengo que volver a casa y contárselo a Alberto. Sé que soy idiota, porque no tiene sentido que no se lo haya contado ya.

49- CELOS

ALBERTO

Oli está a punto de aterrizar y la estoy esperando metido en el coche, en la terminal de llegadas del aeropuerto. Es domingo y muy temprano. El ritmo loco de toda la semana me está pasando factura, no quiero empezar a pensar que hoy es domingo y que mañana, a las siete de la mañana, vendrá el chófer de la productora para llevarme al rodaje. Encima, hemos empezado a rodar los exteriores, en un pueblo a las afueras de Madrid, y a esas horas hace un frío que me congela hasta las pelotas. Estoy cansado, pero feliz, la serie tiene buena pinta y me gusta mi papel. Al final la protagonista es Blanca, una actriz más joven que yo, con la que nunca había trabajado antes, es simpática y bastante normal; como todavía no es muy conocida, tiene los pies en el suelo y no va de diva, cosa que agradezco. Después del rodaje hay días en los que me propone ir a tomar algo o a repasar los guiones del día siguiente a su casa; pero yo siempre declino la invitación, porque lo único que me apetece al terminar de rodar es volver a casa y estar con Oli, me da igual en su buhardilla o en mi casa, lo importante es pasar el mayor tiempo posible juntos.

Oli vuelve de pasar el fin de semana en Londres con Sara. Como es incapaz de aceptar mi ayuda, se sacó unos billetes muy baratos, con una compañía de esas de bajo coste, por lo que su vuelo de vuelta ha salido de Londres a las seis de la mañana y está a punto de aterrizar, tiene que venir agotada, habrá ido al aeropuerto de madrugada. Como siempre dice mi abuela Rosa: lo barato es caro.

—Hola, aceituna. Tienes carita de cansada —digo cuando se mete al coche.

—Lo sé, estoy muerta.

Nos besamos, primero empezamos suave y enseguida la intensidad del momento se apodera de nuestros cuerpos, como dos idiotas estamos metidos en el coche moviendo nuestras lenguas desenfrenadamente, solo hace dos días que no nos vemos, cualquiera lo diría.

El claxon del coche de atrás nos sobresalta para que avancemos en la fila

cuando el semáforo se pone en verde. Nos reímos por el calentón.

Oli me cuenta que el viernes Sara y ella se emborracharon en un pub cerca de la residencia y que ayer, desde muy temprano, se dedicó a conocer Londres: el Big Ben, Buckingham Palace, Hyde Park, Picadilly...; me dice que le duelen tanto los pies que no sabe si podrá calzarse mañana para ir a trabajar.

—Mejor vamos a mi casa, porque así aparco, ¿te importa?

—Por mi perfecto, yo solo quiero meterme en la cama.

—Uy... Aceituna, eso ha sonado a proposición indecente ¿no?

—Para nada, no creo que mi cuerpo te sirva para mucho si no duermo un rato.

No son ni las diez de la mañana cuando nos desnudamos y nos metemos en mi cama, estamos a finales de noviembre y ya hace bastante frío. Oli se ha dejado la ropa interior puesta, pero yo me las ingenio para quitársela debajo del edredón con mis hábiles manos.

—Alberto... —gime al notar como mis dedos han soltado su sujetador y ahora mismo están masajeando sus peras. Le beso la nuca y absorbo su olor, es tan reconfortante, es estar en casa de nuevo. La había echado en falta, mucho.

Sí, lo sé, estoy jodidamente perdido cuando se trata de ella.

—¿Quieres que pare? —le pregunto arrimando mi erección a su trasero desnudo.

—No, ya sabes que no.

Y sin más dejo sus pechos para centrarme en su sexo, lo toco, lo humedezco, la abro para mí, la preparo y la beso: los hombros, la nuca, la espalda... Sin esperar mucho más, porque estoy muy excitado, la penetro, desde atrás meto mi polla en su sexo con un movimiento de cadera lento y Oli se agarra a la almohada al sentirme dentro de ella. Jadeamos, le digo un montón de cosas al oído; como todo lo que la he echado de menos, que me muero de ganas de estar dentro de ella, que quiero que se corra conmigo y hasta que no voy a tardar en llenarla. Mis palabras sucias, junto con las embestidas tortuosamente lentas y mis dedos tocándola, hacen que en menos de lo que teníamos pensado nos corramos, los dos. Juntos, acompasados, gimiendo suave. En definitiva, se puede decir que hemos hecho el amor.

—¡Vaya sorpresa, profe! —me dice Oli girándose para que nos miremos a la cara.

—¿Sorpresa?

—Sí, no sabía que Alberto Vega hacía la cucharita. —Y entonces empieza a besarme, mucho y muy bien, para después reírse en mi cara por mi expresión.

—Qué buen humor has traído de Londres, ¿no? Alberto Vega hace la cucharita y lo que haga falta con tal de estar dentro de ti, porque me vuelves loco, Oliva Sanz. Ahora descansa un poco, que te hace falta. —Oli me sonrío de nuevo y se da la vuelta. La vuelvo a abrazar por detrás y dejo que Morfeo nos atrape.

Tengo un oído muy fino, a pesar de haber caído en un sueño profundo después de haber hecho *la cucharita*, así que me despierto sobresaltado cuando oigo voces muy cerca, como susurros. Me levanto algo aturdido, me pongo el pantalón del pijama y salgo del cuarto, quizás sean los vecinos que están gritando o algo parecido. Oli sigue grogui.

—¡¡ Joder, Lidia!! ¿Qué coño haces aquí? —le medio grito cuando la veo dejando un paquete en la cocina.

—¡Hola, hijo! — me saluda mi madre, que viene desde el salón.

—Joder, no me lo puedo creer. ¿No sabéis llamar a la puta puerta? Te voy a quitar las llaves, hermanita.

—Tranqui, hermanito. Que hemos llamado, pero el timbre debe de estar roto porque no ha sonado. Y también te he llamado al móvil y nada. Mamá y yo hemos desayunado cerca de aquí y como es domingo hemos pensado subirte esas magdalenas de chocolate que te encantan para el desayuno —me dice mi hermana acercándose a darme un beso. Mi madre aprovecha que estoy cerca y me besa la mejilla también.

—Te he llamado unas cuantas veces para quedar y que me enseñaras el piso, pero nada, siempre me ignoras —me dice haciéndose la ofendida.

—Estoy muy liado con el rodaje, eso es todo.

—Alberto, ¿pasa algo? He oído voces —pregunta Oli asomándose por la cocina. Lleva los pelos revueltos como una loca, una loca preciosa, por supuesto, con mi camisa a medio abotonar. Menos mal que es un poco larga y la cubre el culo, porque me apuesto todo lo que tengo a que no lleva bragas y no deja de frotarse la cara con las manos. No puedo evitar reírme al ver como abre los ojos cuando se encuentra a mi madre y a mi hermana observándola de arriba abajo.

—Ahora entiendo lo ocupado que estás —dice mi madre con cierto tono.

—Perdón, no sabía que tenías visita. Iré a vestirme.

—Tranquila, ellas ya se van —digo conteniendo la risa.

—¡Hola, Oli!, te queda fenomenal la camisa de mi hermano —dice la capulla de Lidia, por si alguien no se había dado cuenta de que era mía—. Os hemos traído el desayuno.

—Muchas gracias —contesto con retintín—. Ahora que ya habéis dejado las magdalenas, podéis dejarnos solos, ¿por favor?

—Está bien, nos vamos, tortolitos —replica mi hermana—. Ya te llamo a la noche.

—¡Toma, Oliva! Esta es mi tarjeta, llama y pide cita en mi centro de belleza. Creo que te vendría bien un tratamiento completo, sobre todo para domar ese pelo —dice mi madre entregándole una tarjeta que yo intercepto. Oli me mira cortada.

—Gracias, pero Oli está perfecta así —contraataco mientras arrugo la tarjeta en su cara.

Mi hermana Lidia, que nota como se puede cortar la tensión entre los dos, se despide de Oli con un beso y empuja a mi madre hasta la puerta, ella siempre tiene que ir de reina, marcando las distancias, hay cosas que nunca cambiarán.

Cuando cierran la puerta, Oli me mira y yo a ella. Está preciosa así de natural. Y los dos nos reímos a carcajadas por la situación. Nos comemos las magdalenas con un café. Por cierto, están muy buenas. Después Oli se va a la ducha y yo cojo los guiones de mañana para repasar un poco.

Al móvil de Oli empiezan a entrar un montón de *whatsapp* y, como ella sigue en el baño, se lo digo.

—Oli, tú móvil no para de sonar.

—Mira a ver quién es, seguro que es Sara, se me ha olvidado decirle que llegué bien. —Me acerco a la mesita y recibe el último mensaje, no necesito desbloquear la pantalla para poder leerlo:

“Me encantó estar el jueves en tu nueva casa, espero que podamos quedar otra tarde”.

Joder, es del mamón de Diego. Acabo de sentir una punzada en el corazón.

—¿Era Sara? —pregunta Oli saliendo del baño, con la toalla anudada a la altura del pecho y el pelo empapado.

—¿Diego ha estado en tu buhardilla? —pregunto todavía con su móvil en mis manos. Ahora mismo estoy un poco zombi.

—Sí. Alberto, lo siento. ¡Mierda!, no sé por qué no te lo he contado.

—¡Coño, Oliva!, tengo treinta años, ¿sabes?, no voy a montarte numeritos de celos ni me voy a poner posesivo, las relaciones no funcionan así, al menos no para mí. No tienes que maquillar la verdad, sé encajar las cosas, sé que habéis estado juntos un montón de años y sé que él está como loco con tu marcha, yo tampoco sería capaz de olvidarte tan fácilmente. Pero no sabes lo que me joden las mentiras —digo enfadado, y me levanto de la cama para irme al salón.

—Alberto, por favor escúchame —dice mientras me sigue hasta el salón. Yo me limito a mirar por la ventana, no me doy la vuelta—. ¡Mírame, por favor! No pasó nada, él solo estaba esperándome a la salida del trabajo y me acompañó hasta casa. Subió porque quería hablar conmigo, me pidió perdón y me dijo que nunca se había follado a otras, que solo se la comían, fue una conversación ridícula, por eso no te lo dije.

—¡Joder..., no creo que pueda ser más patético! —me muevo nervioso mientras resoplo.

—Lo sé, es como el recurso del pataleo, no pasó nada más. Nos despedimos y se fue, eso es todo. Tenía que habértelo dicho, pero el jueves no nos vimos y el viernes en el aeropuerto tampoco me pareció buen lugar —dice acortando la distancia que nos separa y abrazándome por detrás. Su contacto, su olor, su piel aún un poco mojada... Todo me provoca un escalofrío, que Oli nota.

El silencio inunda el salón, nuestros cuerpos están unidos, pero mi mente está volando lejos de allí, a su casa, a esa tarde, a lo que hablaron..., empiezo a imaginármela con él y me doy bofetadas mentales por no poder controlar lo que siento en este instante.

Siento rabia, de los celos que me ha provocado, del nudo en el estómago, del malestar, sin quererlo. Intento controlarme, porque yo en la vida me he sentido así, ni tan siquiera cuando salía con María.

Alberto Vega no es un tío celoso, me repito para mí.

Para maquillar el asunto, puedo decir que no son realmente celos, sino mariposas encabronadas que se revuelven en mi estómago.

Mucho mejor, auto convencerme con esta definición sin duda es mucho mejor.

50- Y LLEGA LA NAVIDAD

La navidad no es mi época preferida del año, es fácil de entender, ¿no? En esta época todo el mundo se reúne en torno a grandes mesas, llenas de comida y con sillas abarrotadas de familia y yo, de eso, hace tiempo que carezco.

Tampoco soy de esas personas que odian todo lo que tenga que ver con este periodo. Las hay que no soportan escuchar villancicos, ni felicitar las fiestas, o incluso salir a comprar por el centro de la ciudad con toda esa gente abarrotando las tiendas. Yo no llego a esos extremos, pero podría decirse que para mí solo son unos días más. Intento no pensar mucho en que hubo un tiempo en que me sentí feliz sentada en una mesa, rodeada de montañas de comida y de mi gente.

Hoy tengo mi primera cena de empresa, Eduardo ha reservado en un restaurante en Gran Vía y, aparte de Marga, él y yo, irán unos cuantos actores y actrices que representa la agencia; no muchos, porque la mayoría en esta época están fuera de España, descansando sus cuerpos en destinos exóticos. Alberto será uno de los presentes y hemos quedado directamente allí, porque hoy era su último día de rodaje hasta enero y no sabía a qué hora iba a terminar.

Los dos primeros días después de enterarse de que Diego había estado en mi casa, y que yo se lo había ocultado, estuvo algo distante conmigo. Supongo que dudaría de mi sinceridad y trató de poner un poco de distancia entre los dos. Yo pensé que era lógico, que después de haber sufrido por amor en el pasado, no querría volver a sentirse así, aunque también me molestó que se le pasara por la cabeza, aunque solo fuera en su imaginación, que yo hubiera hecho algo más con Diego aparte de hablar.

Al tercer día entró en mi casa como un loco, besándome, abrazándome... Me devoró, literalmente, como si hiciera meses que no me veía. Me dijo convencido que no habrá sido mi primer amor, pero que tiene claro que va a ser mi mejor historia. Creo que en ese momento mi corazón bombeó tan rápido que casi se me sale del pecho. Alberto me dijo que, aunque trata de mantener a raya lo que siente por mí, es incapaz de conseguirlo.

Diego me manda *whatsapp* casi todas las semanas, a veces le contesto

diciéndole que tengo mucho trabajo y otras ni me molesto en contestarle, porque en la mayoría me pregunta cuándo puede verme, o se limita a decir que me echa muchísimo de menos y que así no puede vivir. Yo se lo cuento todo a Alberto, me dice que al final tendré que contarle que estoy saliendo con alguien si quiero que deje de insistirme. Por suerte, no ha vuelto a aparecer por mi trabajo, así que confío en que poco a poco vaya dándose cuenta de que no vamos a volver a estar juntos.

Mañana Alberto se irá a Gijón a pasar la Nochebuena con su abuela, me ha dicho que es su única tradición, el resto de su familia se han ido todos a esquiar a Francia. Alberto quiere que yo le acompañe, pero Sara llega mañana de Londres y me ha insistido para que lo celebre con ella y su familia.

—En Nochevieja te puedes ir con Alberto a perderte a algún lugar paradisíaco —me espetó, como si le tuviera que pedir permiso o algo así. La verdad es que, como ya he dicho, no me llaman mucho estas fiestas, por eso no me he planteado todavía qué haré el día que se acabe el año.

Me he puesto una minifalda de lentejuelas gris plateada, bastante brillante. Con medias negras muy tupidas. Como parte de arriba llevo un *body* negro, de esos con escote cruzado al pecho. Con el frío que hace, llevaré encima mi abrigo negro, que me tapaná un poco. No es que me vea mal al mirarme al espejo, en serio, me veo guapa. Es una cena especial; si no, nunca hubiera comprado este modelo, por mucho que Rocío me insistiera en que era perfecto para este evento, lo que pasa es que voy un poco llamativa y nunca me gustó ser el centro de atención. Me decido por llevar el pelo suelto y la raya negra en el ojo, que, a base de hacérmela todos los días, cada vez me queda mejor.

Al entrar en el restaurante, enseguida localizo la mesa en un reservado: “ante todo discreción”, esa es una de las frases más repetidas por Eduardo. Saludo a todos y me doy cuenta de que Alberto no ha llegado, así que tomo asiento entre Marga y Bruno, un actor de mi edad que empieza a ser el terror de las nenas. Después de aparecer en una serie juvenil, ahora le llaman para muchísimos proyectos. Es el típico guaperas con un ejército de fans quinceañeras que le persigue.

—Guau... Oli, estás guapísima —me dice Bruno cuando me pongo a su lado.

—Muchas gracias —contesto tímida.

—Estás increíble, yo sé de uno que va a babear cuando te vea —me dice

Marga más bajito para que nadie nos oiga.

Cuando el camarero trae las cartas, llega Alberto al comedor. Saluda a todos y se disculpa por haber llegado tarde. Está increíblemente guapo. Lleva unos vaqueros negros y una chaqueta que le queda encajada a su perfecto cuerpo, soy consciente de cómo le miran todas. Solo queda sitio entre Eduardo y Raquel, otra actriz joven y muy guapa, que sonrío mucho al verle. Antes de sentarse, me localiza y abre mucho los ojos, como con sorpresa. Tengo que contener la risa para que no se me escape una carcajada. Sé lo que se le ha pasado por la mente; sí, por la mente sucia esa que tiene y que cada día me contagia más a mí. Con este escote y sentada como estoy, sé que lo primero que ha pensado ha sido en mis peras. ¡Hombres!

Cenamos entre risas y anécdotas, por supuesto Bruno no para de piropearme; bueno, a mí, a Marga y a todas las chicas de la mesa, hasta a la pobre camarera que nos ha servido, creo que le tiemblan las rodillas cada vez que nos tiene que traer algo.

Eduardo mira a Alberto esperando a ver cómo reacciona y este, que se ve que está relajado y disfrutando, me guiña el ojo de vez en cuando, cómplice. Las botellas de vino desfilan como las de agua y creo que estoy bebiendo más de lo necesario. El ambiente de la cena cada vez se hace más festivo y con el postre cruzo la mirada con la de Alberto, que lo he pillado observándome. Relamo la cuchara con detenimiento, como he hecho otras veces. Noto como Alberto niega con la cabeza y pone los ojos en blanco. Joder, Oliva, menos mal que el resto de comensales está a lo suyo, porque no creo que sea el momento ni el lugar para calentar a tu profe.

Después de cenar, nos levantamos de la mesa y cuando vamos a salir del restaurante noto como Alberto me espera a que pase por su lado.

—Eres muy mala, aceituna, te pienso castigar —me dice muy cerca del oído para que nadie le oiga y, posando su mano en el final de mi espalda, me toca casi el culo.

—Estoy deseándolo...

Se empeñan en tomar una copa en una macro discoteca de esas de pijos, a la que por supuesto no he entrado en mi vida. Los gorilas de la puerta se hacen a un lado y Eduardo nos acomoda a todos en un reservado, pide un par de botellas de ron y de ginebra y la música machacona suena a tope. Hay un montón de gente. Alberto me pregunta si quiero beber algo y, como me he pasado con el vino, le digo que prefiero agua. Se va a la barra a pedirme un

botellín.

Marga y Raquel me cogen de la mano para que me suba con ellas en las escaleras del reservado para bailar “Work” de Rihanna y Drake, que ahora mismo ha pinchado el DJ. Me meten entre las dos y se pegan a mi cuerpo, las tres movemos las caderas al ritmo que marca la canción, con movimientos lentos, bajando el culo lo más exageradamente posible para deleite de todos nuestros compis que aplauden ante el espectáculo. Veo como Alberto ya tiene el botellín e intenta abrirse paso para volver al reservado mientras se descojona de nosotras, va apartando a la gente porque casi no puede avanzar. Antes de que llegue hasta mí, siento como una mano tira de mi muñeca y me separa de las chicas, bajándome un escalón de golpe.

—¿Qué coño estás haciendo, Oliva?

La voz de Diego gritándome en mitad de la canción, el bullicio, los vinos y el meneo que me ha metido, hacen que me tambalee un poco y me tiemblen las piernas.

—Encima estás borracha. Vamos, que te llevo a casa —espetea Diego mientras las chicas han parado de bailar y están increpándole para que me suelte.

—¡Suéltala!

—¡Joder, Diego! —grito recuperando el control y soltándome de su agarre —. ¿Qué se supone que haces?

—Déjala en paz, capullo —grita Raquel, llamando la atención de Eduardo y del resto, que ya están todos a mí alrededor. Menos Alberto, que todavía no ha conseguido llegar.

—¿Algún problema? ¿Quieres que llame a seguridad? —pregunta Eduardo con gesto serio.

—No, tranquilo. Está todo bien —digo intentando calmarme.

—¡Vaya!, ya veo cómo te defienden tus nuevos amiguitos. ¿A cuántos te estás follando? Porque con esas pintas pareces una...

Y entonces lo vi venir, su olor, su presencia, sus manos cerca de mi cuerpo... Por el rabillo del ojo vi venir lo inevitable.

—No se te ocurra terminar esa frase —dice Alberto interponiéndose entre Diego y yo con la mandíbula tensa, apartando a Diego con un pequeño empujón en el pecho.

—¡Alberto, por favor! —me meto entre ellos porque estoy viendo que se va a liar. Diego protesta e intenta pasar su brazo por encima de mi cuerpo para empujar a Alberto, pero un chico que debe de estar con él, me imagino

que compañero de equipo, le agarra. Mientras, Eduardo ha venido a apartar a Alberto.

—Alberto, no me jodas. Piensa un poco —le dice Eduardo apartándole hacia un lateral, tenía los puños apretados, conteniéndose.

La rabia se apodera de mí, tengo tantas ganas de gritar a Diego, de decirle que es un gilipollas machista y asqueroso, no sé cómo he podido estar tan ciega. Tampoco me ha gustado que Alberto se haya enfrentado a él, yo sola puedo mandarle a la mierda.

Me acerco a Alberto y le cojo de la mano, Diego ha desaparecido y lo mejor que podemos hacer nosotros es irnos también. Eduardo nos acompaña hasta la puerta y nos pide un taxi.

—Despide a los chicos de nuestra parte y discúlpame —digo con voz queda.

—Tranquila, todos hemos tenido a un capullo o capulla en nuestras vidas. Alberto entra al taxi sin decir ni una palabra.

Cuando entramos en mi casa, le cuento cómo ha sucedido todo, la parte que él se había perdido por estar en la barra pidiendo mi botellín. Alberto respira profundamente, intentando calmarse, sé que no le ha gustado nada verme en esa situación.

—Yo sola podía haberle mandado a la mierda —digo convencida.

—Lo sé, pero no iba a consentir que te llamara puta, y menos en tu cara. Oli, tienes que decirle la verdad, él sigue pensando que tiene una oportunidad contigo y por eso actúa así.

Resoplo un par de veces y me muevo nerviosa.

—No tengo por qué darle explicaciones de lo que hago con mi vida, por eso no se lo he dicho hasta ahora, pero creo que tienes razón, será mejor que le diga que salgo contigo.

Alberto entonces me envuelve en sus brazos y me besa, creo que los dos necesitamos liberar toda la tensión acumulada. No llegamos ni a la cama. Nos quitamos la ropa a la velocidad de la luz y en nuestro rincón favorito para hacer el amor, o sea mi sofá, Alberto me penetra con fuerza, sin contemplaciones. Al principio pienso que me va a partir en dos con su primera embestida, me recuerda a la vez que se lo pedí fuerte en su casa en Salinas. Me agarro al sofá, dispuesta a aguantar sus envites, y le recibo con gusto, abriéndome totalmente para él. Porque con él todo es placer. Cuando Alberto se entrega así, me gusta oír cómo maldice. Palabras sucias y mi

nombre. Combinación perfecta. Es un polvo salvaje, con muchos besos, con mucha lengua, manos, dedos... Embestidas rápidas, profundas y con movimientos bruscos. Su pelvis chocando contra mi trasero, dos, tres, cuatro veces, sonido piel contra piel. Embestidas duras y rápidas. A este ritmo es muy difícil contenerse. Está ahí. El orgasmo está ahí esperándonos. Después de estallar en mil pedazos, con una sacudida mágica que nos atraviesa de los pies a la cabeza, Alberto se vacía en mí y yo me siento llena. Nos quedamos los dos jadeantes, tumbados en el sofá, mientras las luces navideñas de la calle entran por la ventana y alumbran nuestros cuerpos desnudos.

Si nos sorprende así el amanecer, en esta misma posición, será porque la noche ha merecido la pena.

51- REGALO DE PAPÁ NOEL

Sara y yo acabamos de salir del cine, para nosotras es una tradición ir a ver una peli el día de Navidad, así que este 25 de diciembre de 2017 no podía ser menos. Rocío está con su familia en Sevilla, por lo tanto Sarita y yo hemos ido solas; palomitas, Coca Cola y a disfrutar.

—¿Sí?... Pues acabamos de salir del cine, si quieres tomamos una cerveza donde Lolo, perfecto.

—¿Quién era?

—Era Raúl. He quedado en el bar de Lolo para tomar una cerveza. ¡Venga, vamos!

—Yo paso, ¿qué quieres, que vea al imbécil de Diego después de lo del otro día? No tardará en llegar Alberto, así que le esperaré en mi casa.

—De eso nada. A ver si ahora te vas a tener que esconder de ese mamón. Dile a Alberto que cuando llegue te recoja en el barrio y listo. Sería perfecto que te viera con él y así ya se dé cuenta de que no tiene nada que hacer contigo.

El plan no me motiva mucho, pero mi amiga tiene parte de razón. Además tengo todas mis cosas en su casa. Ayer celebramos la Nochebuena en su casa, con toda su familia, y me quedé a dormir allí. Los Fernández son muy divertidos, solo hay que ver a mi amiga. Por lo menos, estando con ellos no me ha dado tiempo a sentirme sola.

—¡Hola, Raúl! —saludamos al llegar.

—¡Hola, chicas!

El bar de Lolo es uno de esos pocos sitios que no se ven afectados por los cambios estacionales, está siempre lleno de vecinos del barrio, con sus botellines de cerveza en la mano, charlando sobre cualquier tema sin importancia, da igual que sea 25 de diciembre que 20 de abril. Nada más sentarnos en la terraza, Lolo nos pone delante dos cañas bien tiradas; desde que puso estufas de esas de exterior, casi nadie quiere entrar dentro, más que nada porque es bastante pequeño.

Aviso a Alberto para que me recoja aquí, me dice que le falta una hora más o menos de camino. Intento meterme en la conversación de esta nueva parejita, pero no lo consigo. Estoy mirando hacia todos los lados, pendiente

por si aparece Diego.

Raúl y Sara hablan de cosas de su fin de semana en Londres; para haberlo hecho solo una vez, los veo muy compenetrados. Raúl la mira con ojitos de cordero degollado y yo siento otra vez que sobro, como aquel día de finales de verano.

—¿Para qué me hacéis venir? Se nota que estáis deseando estar solos.

— ¿Cómo? —pregunta mi amiga incrédula. Raúl solo se aguanta la carcajada mientras se atraganta con la cerveza.

Los miro negando con la cabeza y, cuando me voy a levantar para irme al baño aparece Diego con su amigo Pablo y otro chico que no conozco. Joder, esto ya lo sabía yo.

—Voy al baño —digo entrando al bar sin detenerme.

Diego me mira y baja la cabeza. Hay que joderse, ahora encima estará arrepentido.

En el baño vuelvo a preguntar a Alberto por dónde viene y me dice que en veinte minutos más o menos estará aquí. Cuando salgo, están en la terraza todos sentados juntos, es verdad que no había más sitio, pero, joder, ¿de quién ha sido la idea? Miro a Sara y me toco la cabeza preguntándole con el gesto si está loca.

—Sara, me voy a tu casa a por mis cosas— digo desde cierta distancia.

—Espera, que te acompaño.

Cuando cruzamos la calle le increpo:

—¿Qué coño hace Diego ahí sentado?

—Joder, se ha puesto a hablar con Raúl y se han sentado con nosotros. ¿Qué quieres que le dijera?, si el muy zorro parece un perrillo asustado y no me mira ni a la cara.

—Me parece patético.

En casa de Sara recojo todo, me despido de su familia, agradeciéndoles la hospitalidad y acompaño a Sara hasta el bar otra vez. Alberto tiene que estar a punto de llegar y me da absolutamente igual que Diego me vea irme con él, besarle, abrazarle o lo que surja.

—¡Toma! Estas son las llaves de mi buhardilla, hazme un favor y vete con Raúl para que podáis estar a solas. Yo puedo ir a casa de Alberto a dormir.

—¡Estás loca! No digas idioteces, solo estamos tomando unas cervezas, como amigos.

—Sí, lo que tú digas. Cógelas y lo único que te pido es que cambies las

sábanas después —sentencio mientras le pongo mis llaves en su mano. Ella niega con la cabeza, pero las coge.

En la terraza sigue el mismo panorama, solo que esta vez Diego se levanta y me aparta unos metros cuando llego a su lado, sin que me dé tiempo a sentarme.

—¿Puedo hablar contigo? —me pregunta taciturno.

—Después de tú comportamiento del otro día, no tendrías que volver a dirigirme la palabra.

—Lo siento, sé que me pasé; pero verte allí, así vestida, con todos mirándote, me dolió.

—Ya, pero es que no soy nada tuyo y, aunque lo fuera, te comportaste como un neandertal. Puedo reír, bailar y salir con quien me dé la gana ¿entiendes?, no tengo que rendir cuentas a nadie y menos a ti —digo envalentonada. Creo que es el momento para dar un paso más y dejarle las cosas claras.

Diego me mira con cara de extrañeza, no se imaginaba que le fuera a contestar así. Como los astros deben de estar alineados hoy, no sé si a favor o en mi contra, veo que Alberto deja el coche en doble fila y se baja a saludar a Sara. Me ve hablando con Diego, pero no se acerca.

—¿Qué hace ese imbécil aquí? —dice Diego cuando lo ve.

—Ha venido a buscarme a mí —respondo descargando todo el aire que estaba aguantando en mis pulmones, por no contestarle que el único imbécil que hay aquí ahora mismo es él.

Lo dejo en mitad de la acera, con la palabra en la boca, y veo como Pablo y el otro chico se levantan de la mesa, cuando Diego les hace un gesto con la cabeza para que muevan su culo de allí. Entran directos al bar. Veo los ojos de Diego inyectados en ira, espero que no sea tan tanto como para no darse cuenta de la situación, comprenderá que si me voy con Alberto es porque hay algo entre nosotros.

—¿Nos vamos? —pregunto al llegar al lado Alberto cogiéndole de la mano. Podía haberle besado, pero tampoco tengo por qué hacerlo delante de todos como si estuviera exhibiéndome.

—Sí, me muero de ganas de darte tu regalo —dice guiñándome un ojo delante de Raúl y Sara.

—¡Adiós, chicos! Recuerda, las sábanas limpias están en el segundo cajón de la cómoda.

—¡Vete a la mierda, capulla! —me dice Sara poniendo los ojos en blanco.

Raúl y Alberto, que no entienden nada, nos miran extrañados. Nos despedimos y nos metemos en el coche. *Sé que Diego está mirando desde la cristalera del bar y creo que ahora sí que es el momento de aclararle cómo va el tema.*

—¡Bésame! —ordeno a Alberto cuando todavía se está poniendo el cinturón de seguridad sin arrancar.

—Me moría de ganas de hacerlo, aunque sé que me estás usando para dejarle claro a tu ex que estás conmigo, aceituna —me dice mientras coge mi cara entre sus manos y me planta un beso de los que se alargan bastantes segundos, como si no nos quisiéramos soltar.

Cuando nuestras bocas se separan, consigo decir:

—Hay veces que una imagen vale más que mil palabras.

Por el camino le cuento toda la cena en casa de los Fernández, el menú, las risas. La película que hemos visto hoy, mi conversación con Diego y cómo le había ofrecido a Sara las llaves de mi casa por si quería ir a jugar a los médicos. Es tan fácil hablar con él, que no sé cómo fui tan tonta de no contarle lo de Diego la primera vez que fue a mi casa. Alberto es paciente y sabe escucharme, intercambiamos opiniones; pero nunca intenta imponer su razonamiento, creo que jamás había sentido tanta complicidad con nadie.

Pide *sushi* en lo que yo me quito la ropa. Aunque en mi bolsa llevo un pijama, prefiero coger una camiseta suya, siempre es un aliciente que huelan a él. Después él también se pone cómodo y deshace su maleta.

Abrimos un par de cervezas y cenamos en el salón; tirados en la alfombra vamos compartiendo la cena, unas veces me acerca él a la boca un trozo de *sashimi* y otras yo se lo paseo por los labios para luego llevármelo a mi boca, el juego cada vez se va haciendo más tonto y va subiendo de temperatura, sin querer o más bien queriendo, acabo tumbándolo boca arriba y poniendo un par de *makis* de salmón sobre sus abdominales, el frío, sus músculos tensos y las ganas que tenemos ambos, provocan que acabemos haciéndolo encima de la alfombra como dos animales.

—Vaya, entonces tú eras mi famoso regalo —digo respirando con dificultad, después de haber pasado mi lengua por cada centímetro de su piel.

—No, aceituna. El regalo viene con el postre, pero creo que tú hoy ya has cenado suficiente.

Golpeo su brazo y recojo la camiseta para ponérmela de nuevo. Alberto va hasta la cocina, desnudo, y trae un bote de helado de chocolate, una cuchara,

que ya viene chupando con descaro y un sobre blanco alargado.

—Este es tú regalo —me dice tendiéndome el helado.

—Vamos, profe. No seas malo —digo poniendo cara de niña buena.

—Vale, espero que te guste—Y ahora sí que me da el sobre.

Lo cojo, con las manos temblorosas, y muerta de expectación. Cuando lo abro y veo su contenido, solo puedo gritar.

—¡¡Nueva York!!

52- NUEVA YORK

Desde nuestra habitación en el Hotel Langham en la Quinta Avenida tenemos unas vistas increíbles al Empire State. Yo, todas las mañanas, al despertarme, me quedo embobada mirando a través de la gran ventana la inmensidad de esta ciudad, aquí es todo tan grande que es como si toda esa magnitud me hubiera atrapado desde que aterricé.

—Es nuestro quinto día aquí, aceituna. ¿Hasta cuándo vas a mirar embobada por la ventana? —me dice Alberto tumbado todavía en la cama.

—Hasta que me vaya, probablemente, es increíble, siempre soñé con estar un día aquí, todavía no me lo creo.

—Pues ya ves que, a veces, los sueños se cumplen.

—Mira, Alberto, ¡está nevando! —digo entusiasmada por la emoción, es como en las películas.

Alberto se levanta y me envuelve entre sus brazos, está completamente desnudo y me encanta sentir su piel, pasa sus manos alrededor de mi cintura y me estrecha con fuerza. Los copos de nieve caen en la calle, comenzando a dejar un manto blanco sobre las aceras.

—Vuelve a la cama conmigo —me susurra en el oído. Y tirando de mí consigue que me vuelva a tumbar con él. Mientras me cubre con el edredón y me abraza, noto como mi cuerpo se relaja sintiéndole tan pegado a mí, sé lo que va a venir a continuación y me estoy volviendo tan adicta a él que a veces me asusta.

Hoy termina este 2017 y, si me pongo a hacer balance, como se suele hacer siempre durante este día, ni en mis mejores sueños hubiera pensado que iba a vivir tantas cosas. Sobre todo teniendo en cuenta cómo ha cambiado mi vida en los últimos cuatro meses. Conocer a Alberto, terminar mi única relación sentimental, salir de casa de Diego, mi trabajo, mi nueva casa, mi independencia, estar con Alberto, disfrutar con Alberto, volverme loca por Alberto, mi viaje a Nueva York y, aunque no quiera reconocerlo, enamorarme de Alberto cada día un poco más. Por supuesto, esta última parte, de momento, me la guardo solo para mí.

Nuestros primeros días aquí han sido agotadores, hemos recorrido todos los sitios que hemos podido, muchas veces nos hemos movido en metro, pero

hemos intentado pasear lo máximo posible, así es como realmente se conocen las ciudades, a pie, mezclándote entre sus habitantes. No nos hemos perdido ni uno solo de los lugares más emblemáticos: Central Park, la Estatua de la libertad, Times Square, la Catedral de San Patricio, Harlem, Brooklyn, el Memorial y Museo 11-S, el MOMA... Cuando volvemos al hotel por las noches, los pies casi no nos responden, estamos tan cansados que hemos pedido que nos suban algo de cena a la habitación y, después de darnos un baño juntos, en la increíble bañera, por cierto, caemos rendidos en la cama. Así que casi todos los días nuestras sesiones de sexo han sido matutinas. Hacer el amor a plena luz del día con los ventanales sin cortinas en la planta 17, con las vistas de la ciudad a la altura de nuestros ojos, ha sido una experiencia increíble.

Por fin hemos estado como una pareja normal, hemos ido cogidos de la mano, besándonos en cada esquina, compartiendo abrazos en mitad de la calle, sentándonos en cualquier cafetería a charlar o simplemente a disfrutar de nuestros silencios, en compañía. En definitiva, disfrutando de poder mostrar nuestro amor en público. Alberto está encantado pasando desapercibido, y yo más, aunque el magnetismo que desprende con las féminas no ha perdido fuerza a pesar del cambio de continente.

No se lo digas, pero me gusta que lo miren así y pensar que con quien comparte su vida es conmigo.

Alberto empieza a besarme lentamente los labios, solo los roza un poco, como sin querer, mordiendo mi labio inferior antes de volver a repetir la misma operación. Después pasa a meterme la lengua con decisión, devorándome. Yo, que ya me he desnudado por completo, me relamo pensando en lo que viene a continuación y, cuando me voy a girar para ponerme a horcajadas sobre él, me lo impide.

—¡Ey, Oli!, no tengas prisa. Cuéntame por qué siempre quieres estar tú encima —me pregunta con sus ojos azules clavados en los míos y media sonrisa. Sí, esa que hace que mi cuerpo ya empiece a vibrar.

—No sé, me gusta —acaricio su barba con mis dedos y bajo la mirada, un poco cohibida.

—Vamos, dímelo. Es porque él no te dejaba estar encima, ¿verdad?

—Alberto...

—¡Venga Oli, cuéntamelo! Está claro que cuanta más información posea más te podré complacer.

Sus palabras me sacan una sonrisa, es verdad que desde que estoy con

Alberto el sexo se ha convertido en un auténtico placer, él siempre quiere verme disfrutar y su único objetivo es que todo lo que hagamos sea bueno para los dos. Le cuento, mirándole a los ojos de nuevo, que Diego siempre se ponía encima, que no me dejaba tocarme para terminar y que la mayoría de las veces yo no llegaba al orgasmo.

—¡Menudo imbécil! —sentencia—. El sexo es cosa de dos, Oli, si no con masturbarte a solas ya tendrías suficiente.

—Ahora lo sé —digo mientras bajo las manos por su pecho y agarro su polla con mi mano.

—Joder... Vamos a estar toda la mañana en la cama, dime ¿qué quieres hacer el último día del año?

Me excito al oír su voz ronca, sé lo que quiero hacer, hace tiempo que quiero; pero Alberto, de momento, no me ha complacido. *Sé que tiene las mismas ganas que yo, pero no sé por qué se contiene.* Espero que capte la indirecta sin tener que decírselo con palabras, porque creo que no me saldrían, llámalo vergüenza. Suelto su polla y beso sus labios de nuevo, esta vez con mayor fervor, entonces me giro y me pongo boca abajo, apoyando mis pechos contra el colchón, cogiendo la mano de Alberto y posándola en la separación de mis nalgas.

—¡Hostia, Oli!, me vuelves completamente loco. ¿Estás segura?

—Sí, estoy muy segura —digo levantando un poco mi trasero para quedarme a cuatro patas.

—¡No, no, aceituna! No hace falta que te pongas así, se puede hacer de otra manera. Déjame hacértelo bien, para que te quede un buen recuerdo. —Y se ríe, entre excitado y divertido.

Yo solo abro los ojos y respiro con profundidad, estoy excitada, caliente y nerviosa a la vez, quiero que Alberto se atreva a hacerme cualquier cosa que a los dos nos apetezca, así que me dejo guiar por sus movimientos.

Me gira pegando mi espalda al colchón otra vez, agarra mis tobillos y me apoya los pies también en el colchón. Separando mis rodillas, coloca una almohada debajo del final de mi espalda, levantando un poco mis caderas. Empiezo a respirar con dificultad y Alberto me besa con dulzura.

—Tranquila, tienes que sentir y disfrutar, de lo contrario nada de esto tiene sentido. Si te hago daño, dime que pare, ¿entendido?

—Entendido —contesto cogiendo más aire cuando Alberto mete un par de dedos en mi sexo a la vez que desciende con su boca por todo mi cuerpo, intento cerrar las piernas cuando mi vientre se contrae por la excitación.

—No cierres las piernas, Oli, relájate. —Y su voz vuelve a ser como un bálsamo.

Intento seguir sus órdenes, pero es muy difícil no moverse cuando ya estoy empezando a volverme loca. Alberto saca y mete sus dos dedos, esparciendo mi humedad, primero por los pliegues de mi sexo para después llevarlo a la entrada de mi trasero. Entierra su cabeza entre mis piernas y lame todo lo que encuentra a su paso. De arriba abajo, haciendo hincapié en mi clítoris varios segundos. Lo succiona con fuerza y sigue penetrándome con sus dedos. Me dejo llevar por el placer, que hace que ahora mismo todo mi mundo dé vueltas.

Sus dedos juegan conmigo, primero delante, después detrás. Su lengua y sus dedos hacen todo el trabajo preliminar y yo cierro los ojos intentando no correrme ya. Venga, Oli, no tengas prisa, me repito una y otra vez.

Cuando su lengua empieza a trazar círculos alrededor de mi entrada trasera, creo que enloquezco del todo, estoy tan húmeda y tan preparada que yo misma tiro de la cabeza de Alberto obligándole a que ejerza más presión.

—Alberto, por favor... —gimo.

—¡Joder, Oli! Está bien. Recuerda mandarme parar si te duele, ¿entendido?

—Joder, sí. Ya te he dicho que sí.

Alberto suspira conteniendo la risa por mis palabras de desesperación y empieza a jugar con un dedo en mi culo otra vez, después sigue repartiendo todos mis flujos y sin darme cuenta ya ha metido dos dedos, sigo muy excitada y levanto mis caderas pidiendo más. Alberto se pone de rodillas y me abre las piernas un poco más, esta vez coge mis tobillos y me estira las piernas apoyándolos en sus hombros, con su mano derecha agarra su erección y empieza a pasearla lentamente donde antes han estado sus dedos, ejerce una ligera presión metiendo solo la punta.

—No me aprietes todavía. ¡Mírame! —me ordena cuando ve que yo he cerrado los ojos al sentirla dentro por primera vez.

Con su mano haciendo tope, vuelve al punto de partida, esta vez el azul de sus ojos se torna muy oscuro, casi azul marino. La excitación y el deseo los ha teñido. Su erección empieza a deslizarse dentro de mí y tengo que agarrarme a las sábanas para aguantar tantas sensaciones. Siento una pizca de dolor que no sé describir cada vez que entra un poco más en mí. Un punto de dolor soportable, porque al mismo tiempo el placer lo inunda todo.

—Joder —gimo.

—¿Te duele?, ¿paro? —pregunta con miedo.

—¡No, no, sigue!, no pares ahora.

—Joder, Oli, es la hostia. Más bien la rehostia. Tócate. Tócate para mí.

Y yo deslizo mis dedos por mi clítoris, acompañando sus embestidas lentas, porque Alberto entra y sale de mí con movimientos suaves y acompasados, todavía no ha retirado su mano del todo. Controlando. Vibrando. Dentro. Fuera. Y los dos ardemos. Una vez que aparta su mano y casi la tengo dentro entera, mi cuerpo se amolda a ella y le pido más. Ya no hay vuelta atrás.

—¡Más fuerte, un poco más fuerte!

—Hostia, aceituna. Me matas...

Alberto, conteniendo un gruñido, acelera el ritmo y yo no dejo de tocarme. Alberto hace vibrar cada centímetro de mi piel y estoy a punto de correrme. Nuestras miradas nos avisan de que no falta nada para alcanzar el clímax, porque las palabras se quedan atascadas en la garganta ante tanta excitación. Una embestida más, dos, tres, cinco... Me sujeta de manera firme por las caderas mientras mis piernas siguen descansando en su cuerpo. Segundos después, solo puedo correrme con él, junto a él. Nuestros jadeos retumban en la habitación y los rascacielos de Nueva York son los únicos testigos de la conexión tan grande que sentimos en ese momento.

—Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...
¡Feliz 2018!

Alberto me coge en brazos después de nuestra particular cuenta atrás, con uvas incluidas, en medio de Times Square y, a pesar de que hay miles de personas a nuestro alrededor, para mí no existe nadie más en el mundo, solo él y yo. Los fuegos artificiales inundan el cielo de la Gran Manzana y los primeros acordes de “Perfect” cantados por la mismísima Beyonce junto a Ed Sheeran, en directo, delante de nuestros ojos, suenan ahora mismo. Jamás pensé estar aquí un día como hoy, y menos presenciar este espectáculo. Cuando se lo cuente a las chicas, van a alucinar. No tengo palabras para describir cómo me siento ahora mismo. Ya se me han olvidado las horas que llevamos de pie aquí, el cansancio, la multitud y hasta el frío que hace. Ahora solo estoy disfrutando de nuestro momento.

Alberto me besa suave, pasando sus manos por mi nuca y acercándose a él lo máximo posible. Todo mi cuerpo se estremece y, aunque pueda sonar como si fuera una niña enamorada y gilipollas, mis ojos se empiezan a llenar de lágrimas que intento no derramar.

—Ey, aceituna, ¿no estarás llorando? —me pregunta Alberto secándose con su pulgar las primeras lágrimas mientras bailamos en la oscuridad como dice la canción.

—No, es solo que me lloran los ojos por el frío —digo con la voz entrecortada por la emoción. Y mi excusa suena tan patética que Alberto me abraza más fuerte y besa mi mejilla para recoger la última lágrima que se resbala por ella.

—Oli, quiero que seas feliz, porque tu sonrisa ilumina mi alma y gracias a ti he vuelto a vivir. Te quiero.

Vaya, oír a Alberto decir que me quiere por primera vez delante de miles de personas desconocidas hace que me tiemblen las piernas. En este momento un ejército de bichos recorren mi estómago, no sé si serán mariposas o cualquier otro insecto, lo único que sé es el efecto de felicidad máxima que me producen.

—Alberto, yo...

Y sin poder decir nada más, me tapa la boca con un nuevo beso, invasivo y ávido. Estoy a punto de decirle que yo también le quiero, a pesar de que es una locura porque hace muy poco que estamos juntos, a pesar de que sé que me estoy lanzando a la piscina como nunca había hecho, a pesar de muchísimas cosas que pueden parecer absurdas; pero quizás él piensa que yo necesito más tiempo para hablar de sentimientos y no quiere escucharme. Probablemente será su manera de protegerse ante mí, dejando mi respuesta en el aire. Cuando nuestras bocas se separan, seguimos bailando en medio de todo el gentío, en silencio.

Hay veces que las palabras no son necesarias para definir los sentimientos, y en este instante lo que hay entre Alberto y yo es AMOR, en mayúsculas, aunque el miedo nos atenace a los dos y nos impida pronunciarlo.

53- CAMBIANDO MI SUERTE

ALBERTO

Me he levantado casi de madrugada dejando a Oli entre las sábanas de mi cama, está preciosa después del sexo, es como si se durmiera con una sonrisa permanente en la boca, que por supuesto me contagia. Su boca, su boca... En fin, su boca es una de mis partes favoritas de su cuerpo.

Creo que cada vez me cuesta más levantarme para ir al rodaje, sinceramente, eso significa que estoy completamente loco por ella. Yo estoy acostumbrado a que las victorias nunca pasen por mi lado, sí, como dice la canción de Leiva que canto tanto últimamente, estoy convencido, como dice su letra, que necesito acertar, aunque sea un rato. Y Oliva es mi único acierto en años, por eso la sensación que siento, cuando la tengo junto a mí, a veces me inquieta y me preocupa a partes iguales, y hace que me despierte en mitad de la noche solo para comprobar que sigue a mi lado.

Cada día estamos mejor que el anterior, incluso empezamos a mostrarnos un poco en público, no pienso esconder lo único bueno que tengo en mi vida, me dan igual los consejos de Alejandro o lo que piense Eduardo.

De momento, parece que la prensa me está dando un poco de tregua, saben que voy por la agencia bastante a menudo y que si se atrincheran cerca tienen posibilidades de fotografiarme; pero por ahora no he vuelto a ver a ningún cuervo rondándome, ojalá que sus objetivos cacen otras presas.

Oli y yo paseamos algún domingo pronto por El Retiro, cuando no hay mucha gente, cogidos de la mano, como una pareja más. Después vamos a ver un rato a la señora Petra; Oli ha cogido la costumbre de llevarla unos pasteles de su pastelería favorita del barrio y casi todos los domingos nos acercamos a la residencia, ella nos recibe entusiasmada, nos cuenta cómo ha ido su semana, nos pregunta por sus vecinas y presume de que un actor como yo la visite tan a menudo. Algún sábado vamos a la sesión golfa del cine más cercano y el resto de nuestro tiempo juntos estamos en su buhardilla o en mi casa: leyendo, escuchando música, compartiendo caricias, cenas, postres... En definitiva, amándonos.

Dejo la taza del café en el fregadero sin hacer ruido, no quiero despertarla. Antes de bajar a la calle, vuelvo a la habitación a dar un beso a mi aceituna.

—Te quiero, profe —me susurra Oli sin abrir los ojos, medio en sueños cuando la beso suave en los labios.

—Y yo te quiero a ti.

Sí, aunque tuve muchísimo miedo en Nueva York cuando se lo dije por primera vez y silencié su boca con un beso, por si su respuesta no iba a ser de mi agrado. Esa misma noche, al volver a la habitación y hacer el amor por primera vez en el año que daba comienzo, Oliva me lo dijo en cada embestida, sin guardarse nada.

“Te quiero, te quiero y te quiero...”. Y yo le repetía lo mismo a ella, con los ojos, con las manos, con los besos, con las palabras. Y nuestros “te quiero” inundaron la habitación del hotel, mientras nuestros cuerpos se fundían en uno, ese calor a su lado es increíble, jodidamente increíble.

—No sé si esto es real u otra vez te estoy soñando —repetí en varias ocasiones aquel día, igual que se lo dije en mi casa la primera vez que hicimos el amor.

Y entonces Oliva me pellizcó, como una cría jugando con su mejor amigo, riéndose de mi mueca de dolor y devolviéndome a la vida. Esa vida que antes de ella estaba en estado latente, esa vida que sin estar ella cerca era más que nada desolación. Y nos quedamos callados, porque nuestros silencios dicen un millón de cosas y porque en ese viaje descubrimos que a veces es suficiente sentir.

Saludo a Pepe, mi chófer, y me acomodo un poco en el asiento delantero. He dormido, pero estoy cansado, el rodaje está a punto de terminar, ya casi llevamos seis meses grabando y espero que con un par de semanas más terminemos y listo. Estamos casi en marzo y, como los días son más largos, para aprovechar la luz natural las jornadas de rodaje siguen siendo maratonianas.

Mi trabajo y Oliva han resultado ser mi mejor terapia, cada día alejo más a los fantasmas del pasado, hasta casi haberlos dejado guardados en un cajón. Mi madre a veces insiste en que quedemos, metiendo siempre en medio a mi hermano o a Lidia, para que hagan de catalizador entre nosotros; pero yo simplemente rehúso su invitación. Sé para lo que me quiere y para lo que me necesita; publicidad, la carrera de su marido, un favor... Y después de mucho tiempo empiezo a comprender que siempre será mi madre, pero que nuestra relación nunca llegará a más. Mi pecho ha dejado de sostener esa pena y es

liberador saber que por fin solo quiero concentrarme en mi propia felicidad y en mi momento.

Mi hermano Alejandro está cada vez más pendiente del Juez, está preparando el terreno para ser su asesor cuando deje la judicatura y ahora solo tiene esa obsesión, el poder le atrae desde hace años. He pedido a Oliva que por favor empiece ella a controlar mis finanzas. En principio no le pareció buena idea, ella siempre preocupada por los demás, me dijo que Alejandro se enfadaría por apartarle así de mis asuntos, pero he recibido un par de cartas de la Agencia Tributaria, solicitándome algún documento, y mi hermano solo me ha dicho que no me preocupara, que no tenía importancia. Yo no me he quedado muy convencido, por lo tanto necesito que sea ella quien me ayude con todos los temas fiscales y demás. Yo soy un completo desastre con los papeles. Al final, no le ha quedado más remedio que aceptar.

Sé que tiene un montón de trabajo cerrando la negociación con la agencia americana, pero también sé que ella es brillante y puede con eso y con más.

En confianza os diré que me da un poco de miedo pensar que Oli puede despegar en cualquier momento; le gusta su trabajo, se entrega al 100% y sé que no tardará en alcanzar nuevos objetivos, sí, de esos que le pueden hacer volar muy lejos de mí. Intento no pensarlo demasiado, pero es algo que está ahí, como flotando en el ambiente.

Llego al rodaje y comenzamos con la grabación. Repaso los guiones, hablo con mis compañeros e intento concentrarme, necesito hacer las menores tomas posibles. Es viernes y estoy pensando en pasar con Oli todo el fin de semana, juntos, devorándonos, sintiéndonos... Hoy tengo un par de escenas de esas un poco más complicadas; no por la acción, sino por la parte sexual. Blanca y yo solo nos conocemos de este rodaje y, aunque nos llevamos bien, no existe mucha complicidad entre nosotros, al menos no como tengo con alguna que otra actriz con la que ya he trabajado más veces. Ella está nerviosa y yo algo tenso.

Vienen a mi mente las mil preguntas que Oli me hizo ayer cuando le conté la parte del capítulo que iba a rodar, todavía se sonroja cuando me pregunta cosas relacionadas con las escenas de sexo, no con las nuestras, ahí ya se desinhibe completamente, sino con las de la ficción. Además está convencida de que Blanca quiere enrollarse conmigo, ya me lo ha dicho en más de una ocasión y yo solo le digo que se equivoca, no puede afirmar eso solo con lo que yo le cuento que hablamos, porque realmente nunca nos ha visto juntos.

Intentó aparentar que no le importaba, pero sé cómo se comporta cuando vamos por la calle y las chicas me miran, o cuando se acercan a pedirme un autógrafo, se tensa y se cohibe, como una niña vergonzosa, y ayer vi esa mirada en su rostro cuando le expliqué que íbamos a rodar una escena en una bañera, desnudos, simulando que follábamos en el agua.

—No estamos desnudos de cintura para abajo, llevamos ropa interior de color carne —le aclaré cuando vi como fruncía el entrecejo.

—No necesito más explicaciones —añadió, y a mí me dio la risa. Ver a Oli un poco celosa me hace gracia, no lo puedo evitar, y encima ella se mosquea más cuando ve que me río.

—¿Quieres venir al rodaje conmigo? —le pregunté—. Puedo decir a Eduardo si te deja acompañarme.

—¡Ni de coña! Además, tengo mucho trabajo —sentenció.

La regidora nos manda pasar dentro de la casa en la que estamos grabando ahora. Blanca y yo llevamos un albornoz puesto y nos los quitamos para meternos en el agua. Sus pechos desnudos no me dicen nada, para mí solo es trabajo. Intento concentrarme en el guion y transmitir a mi compañera que solo es una escena más.

—¡Corten! ¡Otra vez! —marca el director.

Ella ha estado tan agarrotada que parecía que la estaba forzando, nada que ver con lo que el guion quiere transmitir.

—¡Venga, Blanca! —la animo—. Piensa en otra cosa. Imagina que soy tu novio y que me deseas —le digo para destensar el ambiente.

—Joder, Alberto, ya sabes que no tengo novio. Aunque si quieres ser tú el mío, yo por mi encantada, así no tendría que imaginármelo.

Nota mental: Oli tenía razón; Alberto, eres idiota.

Medio sonrío por cortesía y seguimos grabando. Por fin, después de innumerables tomas, lo dan por válido.

Pepe me deja en la calle de la agencia, me despido de él hasta el lunes y voy directamente a buscar a Oli, me muero de ganas de verla, subo a la oficina porque estará a punto de terminar su jornada y no voy a esperar en el portal como un novio adolescente. Cuando entro, Marga me recibe con una mirada extraña y pone media sonrisa forzada, no sé, tengo un mal presentimiento, algo raro está pasando.

—Hola, pibón, ¿está Oli? —digo tratando de adivinar qué ocurre. Pienso

que quizás tenga esa cara porque ha discutido con Eduardo, estos dos pasan del amor al odio en cuestión de segundos. No tiene por qué tener nada que ver conmigo, ¿no?, vaya puto paranoico que soy.

—Sí, está con Eduardo reunida.

—Perfecto, pues la espero aquí —digo sentándome en una de las sillas de la recepción.

—Alberto, está con Eduardo y con...

Y antes de que Marga pueda darme más detalles de la famosa reunión, la puerta del despacho de Eduardo se abre y mis ojos tienen que pestañear varias veces para reconocer esa imagen en mi retina. Alucino.

Joder, no puede ser, es una puta pesadilla. ¿Ahora? Precisamente ahora tiene que aparecer ella, es como si estuviera viendo a un fantasma, o peor aún, a una muerta. No me lo puedo creer, es mi ex, es María.

Oli sale detrás de ella, nuestras miradas se cruzan y siento como se encoge un poco su corazón y mi estómago acaba de darse la vuelta.

Sin duda, presiento que mi suerte está a punto de volver a cambiar.

54- EXPLOSIÓN

El día no es que hubiera empezado muy bien que digamos. Alberto me dejó en la cama muy temprano para irse a grabar. Hoy le tocaban escenas de esas que me ponen nerviosa, pensarás que soy imbécil, sí, lo sé. Él es actor, es su trabajo y es ficción; pero si estuvieras con él todos los días, como yo, lo comprenderías mejor. Es un imán para el sexo femenino, sin importar raza, edad o religión. Él, desnudo, gimiendo en su oído, entregándose al personaje, simulando que la folla en una bañera, es jodidamente perturbador para cualquiera, por muy profesional que sea su compañera de escena, y a mi esta no me engaña. Por lo poco que me ha contado Alberto de ella, sé que está como loca por llevárselo a la cama, pero a la de verdad, no a la del rodaje. Alberto me invitó a que fuera con él, para que viera cómo se rodaba: pero ni loca, si ya me revuelve las tripas imaginármelo, como para presenciarlo en vivo y en directo, imposible.

Para mejorar mi buen humor, al levantarme me di cuenta de que había manchado todas las sábanas porque me había bajado la regla, así que después de meterme en la ducha, poner la lavadora y desayunar he venido a trabajar con cara de pocos amigos y un buen dolor de ovarios, menos mal que es viernes.

A pesar del lío de trabajo que tengo con lo de los americanos, y como Eduardo no ha aparecido en toda la mañana, he aprovechado para mirar un poco los papeles de Alberto. Ha recibido dos cartas de la Agencia Tributaria que me dan muy mala espina, creo que va a tener que pagar un par de multas de las gordas. Antes de ponerme en lo peor, me he puesto a investigar qué es lo que le reclaman y lo que tiene. Son varias sociedades en las que participan, más sus ingresos por el trabajo, la casa de Salinas y las cuentas bancarias. Leo un par de nombres de sociedades que me llaman la atención, creo que con anterioridad ya las había visto en algún sitio, probablemente aquí en la agencia. No me puedo creer que su propio hermano se la haya jugado; pero lo que empiezo a descubrir no pinta nada bien, así que, casi al mediodía y con la cabeza que me va a explotar, salgo a comer algo.

Hay días que, sin saber muy bien por qué, tienes el presentimiento de que el día solo puede empeorar, y eso es lo que me ha pasado a mí hoy, es una

sensación que flota en la atmósfera, sin poder evitarlo, y creo que no me he equivocado.

Cuando estoy procesando toda la información que he recabado en mi cabeza sobre las declaraciones que Alejandro ha presentado de su hermano, tomando una Coca Cola y un pincho de tortilla, empiezan a entrarme un montón de *whatsapp*. Al coger mi móvil pensando que será Alberto para preguntarme qué tal llevo el día, mi cara se descompone un poco al comprobar que son de Diego. Venga, un poco más de leña al fuego.

Abro el primero y es una foto de Alberto saliendo de un hotel con una pelirroja, van de la mano y ella sonríe. Es un pantallazo de una revista online de cotilleos, tendrá más de un año. Me cago en todo.

Después la siguiente imagen es Alberto en otra fiesta, con dos chicas casi pegadas a sus mejillas, otro recorte de prensa. Alberto con otra chica medio tumbada sobre él en un capó de un coche, Alberto comiéndole la boca a una rubia... Y así más de cinco. La última es Alberto con su coche contra la farola y el titular de mierda donde dice que entra en una clínica de rehabilitación. Menudo reportaje que me ha mandado el gilipollas. Por último, el texto:

Diego: No estarás saliendo con este tío de verdad, ¿no? No te das cuenta de que es un mujeriego y un drogadicto. No te reconozco, peque, tienes que tener cuidado. Llámame.

Joder, pues sí que ha perdido tiempo en su labor de investigación. No me lo puedo creer, y encima sigue llamándome “peque”. Y dice que lo llame, es imbécil. No sé si contestarle o ignorarlo. Dudo unos segundos.

¡Venga! ¡Prefiero ignorarlo!

Me pongo de más mala leche todavía, si eso es posible, y vuelvo a la oficina. ¿Qué más puede pasar hoy?

—Hola —digo a Marga, que ya está sentada en su mesa.

—Hola, guapa. Eduardo está esperándote.

Dejo mi bolso y mi abrigo y paso a su despacho.

—Hola, Eduardo. Lo de los americanos está casi listo, la semana que viene por videoconferencia podemos aclarar los dos últimos puntos y cerrar el acuerdo.

—Perfecto, si lo cerramos probablemente tengas que viajar con los cuatro actores el mes que viene.

—¿Yo? ¿A Los Ángeles? —pregunto conmovida.

—Pues claro, no los podemos mandar allí solos la primera vez.

Bueno, no todo podían ser malas noticias hoy. No me puedo creer que,

ironías de la vida, vaya a tener que viajar a la ciudad natal de mi “padre”. Cuando se lo cuente a Rita, va a alucinar, me muero de ganas de llamarla y darle la noticia.

—Oye, Eduardo, otra cosa. He estado mirando las finanzas de Alberto y tengo unas dudas sobre sus contratos.

—¿Qué pasa, sus temas financieros no los lleva Alejandro?

—Hasta ahora sí, pero ha recibido un par de notificaciones y quiere que yo lo mire a ver de qué se trata.

Eduardo me escucha atento en cuanto menciono la palabra mágica “notificación” y le pregunto todo sobre cómo funcionan los contratos de Alberto, tanto los de publicidad como los de actuación. Le hablo de las dos sociedades que me inquietan y me saca un par de carpetas con toda la información que le pido.

Joder, no puede ser, Eduardo se da cuenta casi al instante, como yo. Alejandro ha estado mintiendo a su hermano, hasta tal punto que ahora mismo Alberto está pagando el alquiler de su piso en Madrid a una sociedad que en parte es suya; vamos, que es como pagarse a uno mismo. Todo se resume en tres palabras: desvío de capitales.

Eduardo y yo nos quedamos inquietos, pero acordamos que se lo contaremos a Alberto después de conocer el importe de la multa y todos los detalles, principalmente para que no mate a su hermano hoy y para así poder presentarle una solución. Conociéndole, se agobiará mucho si no sabe cómo arreglar todo esto. Soy incapaz de imaginar cómo se lo va a tomar. Si él no tiene ya muy buena relación con su hermano, esto será la gota que colme el vaso. No me entra en la cabeza que alguien, sangre de tu sangre, te pueda engañar así.

Marga nos avisa de que se va a la tintorería a por un par de trajes de nuestro jefe y Eduardo y yo nos quedamos solos. Este recibe la llamada de una actriz en paro, que no para de insistirle para que le encuentre un papel, de lo que sea, y yo salgo a ocupar mi mesa de nuevo. Mando un *whatsapp* a Rocío diciéndole que tengo que verla. Necesito contarle todo lo que he descubierto de Alejandro y me tomo un *ibuprofeno* porque no creo que hoy pueda soportar más cosas.

Menuda ilusa.

Lllaman a la puerta y salgo a abrir.

—Hola —digo dejando entrar a una chica rubia, muy guapa, rondará los treinta, alta y con ojos claros. Viene acompañada por un señor canoso,

bastante mayor que ella.

—Hola, me gustaría ver a Eduardo.

—Sí, pasa, dime tu nombre y le aviso.

—Soy la señora Brooks —me dice con cierto acento raro. Su acompañante sonríe, pero no dice nada.

—Perfecto, ahora le aviso. —No me hace falta llegar al despacho de Eduardo porque este acaba de abrir su puerta al oírnos hablar. Su mirada, su gesto, su comportamiento..., algo no encaja con esta visita.

Ves como todavía el día tiene más sorpresas.

—¡Hola, Eduardo! Estás como siempre. No me mires así, que es como si hubieras visto un fantasma —dice ella acercándose a darle dos besos que él recibe tenso—. Este es mi marido Norman Brooks, copropietario de la CBX —les presenta.

—Encantado —dice Eduardo extendiendo su mano con cierto aire seco.

Pasan a su despacho de inmediato, está claro que la tal señora Brooks ya conoce a Eduardo y que *él no está muy feliz de verla. Yo me quedo haciendo mis cosas, es todo un poco extraño*. El marido es un vejstorio; pero, claro, dueño de una de las cadenas de televisión privadas más importantes de EEUU, me ha despejado bastantes dudas de por qué una chica tan mona está con un señor tan mayor; yo no podría ni por todo el oro del mundo, la verdad sea dicha.

Al cabo de un rato, Eduardo viene a buscarme, solo.

—Oliva, tienes que venir conmigo al despacho. No voy a decir que sabes inglés, así que habla solo en español, pero quiero que, cuando ella hable al marido en inglés, te enteres de todo lo que le dice, ¿entendido? Tú escucha bien lo que hablan entre ellos.

—Está bien, pero dime quién es. Te veo nervioso.

—Alguien que jamás pensé en volver a ver. Luego te lo explico, vamos.

Antes de abrir la puerta del despacho de Eduardo para salir todos tras la reunión improvisada que hemos mantenido, tengo un fuerte presentimiento, pero quizás solo esté loca. No sé, tal y como ha hablado con Eduardo la señora Brooks, las miradas que se han cruzado, cómo ha presentado el proyecto, una coproducción americana y europea, rodando una serie internacional, con varios actores españoles, exigiendo que Alberto sea un imprescindible para llevar a cabo el rodaje... Puede ser intuición o vete tú a saber, pero ella ha pronunciado su nombre de manera especial y Eduardo la

ha fulminado con la mirada cuando lo ha hecho, creo que ha tenido que existir algo entre mi profe y la rubia, algo importante. La forma de moverse de Eduardo, incómodo en su silla, su nerviosismo, lo cortante de sus comentarios, la cara de Marga cuando ha entrado con unos cafés y la ha visto allí sentada... ¿Y si es su ex? María creo que se llamaba. Si no me ha engañado, creo que solo tuvo una.

Al salir del despacho, Alberto está sentado en una de las sillas de la entrada, sus miradas se cruzan de repente y el color de los ojos de Alberto cambia. Creo que empiezan a disiparse todas mis dudas. Mi profe se queda paralizado y después me mira a mí. Se me encoge un poco el corazón y noto como a él le da un vuelco el estómago. Le conozco. Tiene que ser ella, sin duda, tiene que ser su ex.

—¡Hola, Alberto!, tú también parece que hubieras visto un fantasma — dice la rubia desplegando una sonrisa.

—No, yo solo he visto a una muerta, porque tú no llegas ni a fantasma.

María se queda a un par de pasos de él, un poco cortada, su marido le pregunta si está todo bien y ella le dice que sí. Alberto se mete en la sala de reuniones y yo voy a acompañarlo. Eduardo se encarga de despedir a la pareja en la puerta y cerrar.

—Alberto, ¿estás bien? —pregunto al ver su cara pálida. Intento acercarme a su cuerpo, pero él da dos pasos hacia atrás, rehuyendo de mi contacto.

—Eduardo, ¿qué cojones hace ella aquí? —grita, y noto cómo le tiemblan las manos.

—¡Tranquilízate!, no tenía ni puta idea de que iba a presentarse aquí.

Y en ese instante sé que la presencia de esa mujer ha provocado una explosión en el cuerpo y en la mente de Alberto.

Necesito averiguar por qué.

55- CONFESIONES

ALBERTO

Estoy fumando en la terraza de casa de Oli mi segundo porro de marihuana, el primero lo fumé al salir huyendo de la agencia, en mitad de la calle. Bajé sin esperar a que ellos vinieran conmigo, necesitaba salir de allí, rápido, porque me empezaba a costar respirar. Volver a ver a María, en persona, con todo lo que había pasado, seis años después de haberlo hecho por última vez, ha encendido una tecla en mi interior que tengo que apagar, como sea. La rabia, la ira, la frustración, el miedo... Todo se ha removido en mi estómago, haciendo un nudo enorme que tengo que deshacer. Es de noche y hace bastante frío, pero sé que tengo que relajarme, porque cuando entre en el salón tendré que enfrentarme a todo mi pasado. Oli no tiene la culpa de nada y está esperándome, ansiosa por conocer la historia.

—¡Alberto, por favor! Deja de fumar y entra conmigo —dice saliendo a la terraza solo con su súper camiseta y en bragas, como le gusta estar en casa. Me quita el pitillo de la boca con un gesto de desaprobación. La parecerá raro verme con él, porque hacía tiempo que no fumaba.

—Aceituna, estás loca, te vas a morir de frío, no salgas así—. Y la estrecho entre mis brazos, intentando dar calor a su cuerpo menudo.

Tengo que centrarme en ella de nuevo, no voy a consentir que María aparezca de la nada y joda mi relación con Oliva.

—¡Pues vamos para adentro! —me dice devolviéndome el porro, pero poniéndome cara de pena para que lo deje.

—Está bien —lo apago y entro.

Me siento en el sofá y la coloco en mi regazo, me encanta tenerla en esta postura. Oli pega su cara en mi pecho y nos tapamos con una manta, acurrucados.

—Te escucho —me dice sin perder la sonrisa.

Joder, es tan tierna y tan receptiva, consigue que mi corazón se haga más grande teniéndola conmigo, en este momento late mucho más rápido.

—Joder, Oli. Eres como mi cenicienta.

—¿Tu cenicienta?

—Sí, como dice Rulo en su canción. Me acaba de venir ahora mismo la letra a la cabeza. —Y se la tarareo un poco—: *Eres mi cenicienta, que nunca tiene prisa, una bala perdida hecha a mi medida, cuando me siento herido, me subes a un tejado y allí la vida es menos puta si estás a mi lado.*

—Me encantan tus conciertos privados, profe, pero ahora me gustaría conocer tu historia con ella. ¡Por favor!

—Está bien. —Y no alargo más la espera—. Como has supuesto, María es la chica con la que salía. Ya te conté que empezamos muy jóvenes, cuando estudiábamos juntos. Éramos dos niños locos, que nos encantaban las fiestas. Además los dos echábamos pestes de nuestras respectivas familias, por lo que congeniamos bastante bien. Al principio vivimos junto a otros estudiantes en un piso que parecía una ratonera y éramos felices: borracheras, juergas, drogas... Cuando nos agobiamos de todo eso, nos fuimos a vivir solos. Un tiempo después yo conseguí mi primer papel importante, en la serie de la sobremesa, y ella en cambio seguía buscando su papel soñado, hacía algo de teatro y algún anuncio pequeño, sin mucha relevancia. Yo pensé que estábamos bien, que nos queríamos y que después de seis años juntos seguiríamos así para siempre. Mis rodajes eran eternos y cuando volvía a casa ella me recibía como un perro, a veces me gritaba, otras discutíamos, después las aguas siempre volvían a su cauce. Yo la animaba a presentarse a más *castings*, a no tirar la toalla, porque de verdad que pensé que podríamos tener un futuro. —Oli sigue sobre mi regazo, escuchando atenta cada una de mis palabras, así que continúo—: Una noche, al volver del rodaje, se había marchado. Sin más. Se había llevado todas sus cosas y no me había dejado nada. Ni una nota, ni una carta... Se fue, sin despedirse. La llamé, salí a buscarla, conduje por todo Madrid, intenté hablar con amigos en común, por si sabían algo de ella, incluso llamé a su familia, con la que apenas tenía trato, a los hospitales... Nada. Imagínate cómo me sentí. No sabía si estaba viva o muerta, si tenía pensado abandonarme hacía mucho tiempo o había sido un acto impulsivo. Me quedé muy mal, Oli, muy mal.

—Imagino que tuvo que ser muy duro —me dice cruzando sus dedos con los míos, para recordarme que puedo contar con ella.

—Lo fue. Yo intenté seguir adelante con mi trabajo, pero cada día al volver a casa todo me recordaba a ella. Pasaron los días, las semanas, los meses y era como si se la hubiera tragado la tierra. Empecé a beber más y más, caí en una depresión y la duda de si podía estar muerta me fue ahogando, poco a poco. Eduardo fue el único que estuvo a mi lado, dándose

cuenta de que no estaba bien. —Oli suspira y quiere decir algo, pero yo continúo—: Eduardo me consiguió cita con un psicólogo amigo suyo y empecé en terapia. A veces parecía que estaba mejor, pero no. Una noche toqué fondo. Por suerte, Eduardo debió de notar algo extraño en mi voz cuando habló conmigo por teléfono y no quiso dejarme solo. En cuanto colgó, se acercó a mi piso. Me encontró en la cama, con más de media botella de *whisky* en el estómago y unas cuantas pastillas que empezaban a hacer su efecto.

Noto como Oliva se revuelve encima de mí, sé que se ha asustado con mis palabras. Oír que la persona con la que estás saliendo intentó suicidarse es poco alentador para continuar una relación, ¿no?

—¡Lo siento tanto, Alberto! —me dice cogiéndome la cara con sus manos y dándome un beso suave y profundo.

—Oli, si te cuento todo esto es para que entiendas que cuando la he visto hoy no me he puesto así porque sienta algo por ella. Lo que nosotros tenemos ahora es una relación sana y basada en el respeto. Lo que tuve con María, lo he comprendido mucho después, fue una relación tóxica, basada en los excesos y en la mentira. No te voy a negar que no la quisiera, sobre todo al principio, pero eso que supuse amor no tiene nada que ver a lo que siento ahora por ti. Lo nuestro es puro, sereno e increíble. Amarte me llena y me calma, a partes iguales.

Oliva asiente:

—Lo sé, Alberto. No tienes que preocuparte por nosotros. Y entonces ¿no la habías vuelto a ver hasta hoy? —me pregunta.

—No, en persona no la había vuelto a ver.

—Joder, ahora entiendo tu cara, realmente es como si hubieras visto un fantasma.

—Ya me has oído antes, para mí es más una muerta que un fantasma. El año pasado, un día de esos que me da el bajón, cuando está cerca el aniversario de la muerte de mi padre, estuve bebiendo mucho y, como no podía dormir, me puse a buscar los próximos estrenos de series americanas. Pues ahí, buceando por la red vi un tráiler de una serie que se iba a estrenar y allí, en una secuencia rápida, apareció María, imagínate cómo me quedé. Empecé a buscar más información y me topé con María Brooks; para mí, María Valdés. De ahí fui tirando del hilo y ya vi que estaba casada con uno de los dueños de la CBX, los papeles que había hecho en alguna serie y poco más. No se lo conté a nadie, ni siquiera a Eduardo. Me dio tanta rabia ver que

en estos años había sido incapaz de ponerse en contacto conmigo, aunque solo fuera para decirme que estaba bien, o para restregarme que le iba todo de puta madre, que cogí las llaves del coche y salí a conducir por la ciudad. Fue cuando acabé estrellándome contra la famosa farola. A partir de ese momento ya sabes mi historia, aceituna —y lo digo soltando todo el aire de mis pulmones, aliviado.

Ahora ya no hay vuelta atrás. Me preocupa que Oli se asuste por quien he sido.

—Me gusta que hayas sido sincero conmigo. Sé que será doloroso para ti recordarlo.

—Gracias, aceituna. Imagínate cómo me he sentido cuando la he visto salir del despacho de Eduardo. ¿Se puede saber qué cojones quiere ahora? —Y entonces Oli me cuenta todo lo que han hablado. Una serie internacional, rodada en Madrid y en Roma, con un acuerdo con seis actores españoles entre los que tengo que estar yo, como única condición. Abro tanto los ojos cuando me lo cuenta que hasta Oli sonrío.

—Eduardo me hizo pasar a la reunión para que escuchara lo que ella hablaba con su marido en inglés. No hay nada relevante, solo que él la dice a todo que sí, ella da las órdenes y él las acata. Lo que dejó muy claro es que, si tú no estás en la serie, no hay serie.

—Joder, pues lo siento mucho por el resto de compañeros, pero yo no voy a estar en esa serie con ella.

—Lo entiendo —me dice volviéndome a besar.

—Gracias, Oli, por ser mi cenicienta, por estar siempre a mi lado, escuchando mis mierdas y enseñándome lo que significa amar, con todas las letras, eres mi calma. Te quiero. —Y correspondo a su beso con más pausa de la que esperaba, porque me muero de ganas de estar dentro de ella—. Ahora vamos a cambiar de tema ya, por favor, no quiero volver a hablar de ella —le digo sentándola a horcajadas sobre mí y poniendo mi sonrisa más canalla.

—Alberto... —gime Oli en mi oído cuando meto mis manos por debajo de su camiseta.

—Oliva... —respondo paseando mi lengua por su cuello, suavemente, e intentando llegar con mis dedos al elástico de sus bragas. —Noto que se revuelve algo incómoda, intentando apartarme las manos. Espero que todo lo que le he contado esta noche no la haya hecho cambiar de opinión con respecto a mí—. *¿Qué te pasa, preciosa? Oli, yo te quiero. Te he contado todo porque no quiero que tengamos secretos, soy idiota, te he asustado,*

¿no? —pregunto un poco acojonado ante su reacción, me aterra perderla.

—Alberto, no es eso. Solo que..., que... Me ha bajado la regla hoy.

—¡Joder, aceituna! Me estabas empezando a acojonar. —Y *río como un crío mientras suspiro aliviado.*

—No sé qué te hace tanta gracia, has estado a punto de meter tus dedos, ahí —me dice señalando su entrepierna con las mejillas sonrojadas como si fuera lo peor del mundo. Me encanta su inocencia, no me puedo creer que esté incómoda por algo como eso. Tengo dos opciones: llevarla a la cama, para abrazarla y llenarla de mimos, porque sé lo sensibles que se ponen las chicas en días así. O saciar mis ganas de ella. Hoy, egoístamente, solo soy capaz de pensar en mí. En la necesidad que tengo de fundirme con ella y olvidarme de todos los recuerdos que han vuelto a mi jodido cerebro. Hoy necesito respirar a Oli, porque necesito que me traiga de vuelta, a nuestro mundo, al de los dos.

—Oli, ¿en serio no lo has hecho nunca teniendo la regla?, después de haber estado tanto tiempo con Diego.

—Pues no, ni me lo he planteado siquiera.

—Vamos —le digo levantándola del sofá y llevándola hasta el baño.

—Alberto, estás loco. —Entonces la beso, un beso fuerte, enredando mis manos en su melena y atrayéndola más hacia mí, con las ganas desbordadas. Mi erección se pega a su vientre y consigo que se olvide del tema principal de su incomodidad. Los besos nos encienden y empiezo a notar como se la agita la respiración. Abro la puerta del baño y entramos juntos. Oli ya está sacándose la camiseta por la cabeza, con sus pequeñas manos. En un movimiento rápido enciendo la ducha. Oli se separa unos centímetros de mí y niega con la cabeza, intentando recuperar el control.

—Venga aceituna, siempre hay una primera vez. ¿Te quito yo el *tampax* o te lo quitas tú?

—Me estás vacilando, ¿no? —me dice incrédula, tapándose los ojos con las manos muerta de vergüenza, pero enseguida abre los dedos para comprobar con una sonrisa pícaro que sigo aquí.

—Tienes un minuto. —Y sin darle tiempo a que me conteste cualquier impropiedad, salgo del baño y cierro la puerta. Me aguanto la risa, porque su cara es un poema.

Pasados unos segundos entro, dispuesto a decirle que está bien, que nos podemos ir a la cama a dormir abrazados, pero ella ya está metida en la ducha, al verme me guiña un ojo y yo me termino de calentar. Vaya, parece

que al final también tiene ganas de dejarse llevar. Me desnudo y entro con ella. El agua caliente destensa todos mis músculos, necesito estar dentro de ella y olvidarme del día de hoy, me da igual el resto de circunstancias, solo quiero sentirla. Nos besamos, bajo el chorro, nos tocamos, nos comemos con la mirada y con las manos. La giro y apoyo sus manos contra los azulejos, paseando mis dedos por toda su columna.

—Ábrete para mí, Oli —le digo bajito pegando mis labios a su nuca. Noto cómo su piel se eriza.

Oli solo asiente. Me gusta que hoy se deje guiar por mí, lo necesito, necesito saber que puedo mantener el control de mi mente y de mi cuerpo, dedicándome solo al placer de unir nuestros cuerpos.

Esta noche la expresión “hacer el amor” se queda corta para todo lo que hemos sentido.

Cuando terminamos, en el baño solo se respira intimidad, nuestra intimidad.

56- CARA A CARA

He pasado la última semana entre papeles y más papeles, descubrir cómo ha organizado Alejandro todo el entramado de empresas para evadir los impuestos de su hermano me ha costado mucho esfuerzo, sudor y alguna lágrima, pero por fin tenemos todas las pruebas para que no pueda negar nada. Además, hemos cerrado el acuerdo con la agencia de Los Ángeles, en un par de semanas tendré que viajar con el primer grupo de actores; cuando se lo conté a Rita, se emocionó muchísimo, incluso más que yo.

Menos mal que Alberto terminó el rodaje de su serie y se fue unos días a Gijón a estar con su abuela; si lo hubiese tenido a mi lado durante la investigación, no creo que hubiera sido capaz de ocultarle lo mal que me sentía; por él, por como su hermano ha sido capaz de hacerle algo así y por todo lo que se avecina. El fisco le ha puesto dos multas bastante altas y el saldo de sus cuentas no es suficiente para poder pagar la totalidad de la deuda, con lo que Eduardo y yo hemos tenido que negociar con ellos un pago aplazado. No le hemos querido decir nada hasta hoy, que le hemos citado en la agencia para contarle cómo ha sucedido todo y para que pueda enfrentarse a su hermano en nuestra presencia. Sabemos que Alberto siempre delega todos los temas legales en Alejandro y no queríamos contarle todo lo malo sin poder darle una solución; claro que, cuando le contemos la única manera que tiene de arreglarlo, no le va a gustar ni lo más mínimo. Me da algo de miedo su reacción.

Durante la semana, cuando hemos hablado por teléfono, he tratado de sonar entusiasmada con nuestro próximo viaje. Sí, digo nuestro, porque Alberto está convencido de que me va a acompañar a Los Ángeles.

Quedé con Rocío una tarde y le conté todo lo que he descubierto, se quedó helada. Me ha dicho que Alejandro le gusta, pero que está claro que no es oro todo lo que reluce. Espero que no me lo haya dicho con la boca pequeña y que no vuelva a caer en su red. Si él la llama para pasar el rato, confío en que sea fuerte y no ceda, porque las dos sabemos que solo la utiliza cuando le apetece, aunque ella a veces sueña que las cosas son diferentes entre los dos.

Hemos citado a Alejandro y a su madre en el despacho de Eduardo, antes de que llegue Alberto. Sí, ella también está implicada, no sé si consciente o

inconscientemente, pero su nombre figura en una de las sociedades donde ha desviado Alejandro el dinero. Después de que pongamos las cartas sobre la mesa y le obliguemos a liquidar las sociedades, tendremos que recoger los pedacitos de Alberto, que sin duda quedará muy tocado cuando se entere de todo. Es una mierda, lo sé, sentirte estafado por alguien tan cercano es una putada; pero es que, si hacemos la vista gorda y lo dejamos pasar, Alberto correrá el riesgo de tener más problemas legales, y eso sí que no lo vamos a consentir. Doy gracias por haber tenido el apoyo de Eduardo en todo esto, yo sola no hubiera sido capaz de enfrentarme a Alejandro.

Mientras llega Alberto a la agencia, Eduardo y yo recibimos a su familia.

—¿Por qué tenemos que reunirnos aquí? Ya la ha cagado mi hermanito otra vez y me necesitáis para ayudarlo, ¿no? —dice Alejandro sentándose junto a su madre en el despacho.

Joder, nunca he sido una persona visceral, pero este imbécil está a punto de conseguir que le diga cuatro cosas. Encima viene de salvador, como si siempre tuviera que arreglar los desaguisados de su hermano, ¡vaya hipócrita! Tranquila, Oli, piensa en Alberto y en que a partir de hoy te va a necesitar más que nunca, concéntrate en él.

—No te pases de listo —le corta Eduardo.

—Hola, Oliva —me saluda su madre haciéndome un repaso con la mirada.

Recuerdo que la última vez que nos vimos yo estaba medio desnuda en la cocina de Alberto, así que parece que ahora me escruta otra vez, como si no me reconociera vestida.

—Hola —digo con poco entusiasmo.

Sin más preámbulos, Eduardo toma la iniciativa y les expone cómo está la situación de Alberto. En un primer momento no les menciona que sabemos lo que ha pasado con el dinero y que tenemos pruebas de qué Alejandro ha estado robando a su propio hermano, esperamos que sea valiente y reconozca su error antes de que llegue Alberto. Eduardo solo les habla de las notificaciones, las multas y de cómo va a tener que pagar un pastizal los próximos meses. Su madre mira inquieta a Alejandro, intuyendo que están aquí porque él tiene algo que ver, y él se limita a decir que tampoco es para tanto, que su hermano puede hacerse cargo del pago fácilmente.

—¿Tú sabes cómo ha podido llegar a esta situación? —pregunta Eduardo dándole la oportunidad de confesar.

—No, no tengo ni idea. Yo he hecho sus declaraciones y están perfectas, no sé de dónde se han sacado que estaban mal declarados los ingresos.

—Ya está bien. ¡Joder! —digo alzando la voz. No hay nada peor que un listo que quiere hacerse el tonto.

Eduardo me mira y me pide calma, pero la presión me está matando y no puedo seguir aguantando esta farsa.

—Mira, Alejandro, la declaración de tu hermano está mal porque el dinero que ingresa no lo has declarado legalmente, lo coges y lo desvías a empresas “fantasma” —dice Eduardo harto también de tanta pantomima.

Alejandro se levanta ofendido. Le mostramos todas las pruebas que tenemos; los ingresos, los gastos, los saldos de las cuentas. El contrato de alquiler del piso, los registros de los accionistas... *Él blasfema, blasfema una y otra vez. Luego intenta negarlo todo, ante la cara de estupefacción de su madre, que solo pregunta si su firma también aparece en las sociedades.*

Y claro que está, está en la sociedad de inversión de la que Alejandro tiene el 60% de las acciones y Alberto y Candela el 40% restante; sociedad que tiene tres pisos en propiedad y dos garajes, uno de ellos donde ha estado viviendo Alberto los últimos meses. Los otros pisos están alquilados a un par de actores, por eso me sonaba a mí el nombre de la empresa. Pero encima hay un par de sociedades más, que ni siquiera tenían empleados, donde Alejandro ha estado mandando el dinero que ha ganado limpiamente su hermano trabajando y después lo ha estado sacando a su propia cuenta.

Después de ver que le tenemos bastante acorralado, se calma un poco y empieza a excusarse.

—Yo solo lo he hecho para que mi hermano pague menos impuestos, con el dinero que ha ganado le habrían acribillado —dice tratando de convencernos.

En ese instante Alberto entra por la puerta.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta con sorpresa al ver a Alejandro y a su madre allí.

—Alberto, ven y siéntate, por favor —le digo con mi voz calmada, intentado mantener el control. Un control aparente porque por dentro estoy hecha un manojo de nervios.

—Oli, dime qué coño hacen ellos aquí. —Él solo se dirige a mí, como si fuera la única de este despacho que puede decirle la verdad.

Y entonces, antes de que yo pueda empezar a hablar, Eduardo vuelve a tomar el mando para contarle el motivo de dicha reunión. Alberto no quiere sentarse y escucha nervioso cómo hemos descubierto todo el entramado de su hermano. Intento acercarme a él para tranquilizarle, pero se mueve pasándose

las manos por el pelo y jurando por todo el despacho, sin dejar de mover los pies. Su madre, cabizbaja, solo escucha y Alejandro intenta explicarse, pero nada de lo que dice suena muy convincente.

—¿En serio? ¿En serio que he estado pagando el alquiler de un piso que en parte es mío? —bufa Alberto cuando Eduardo llega a relatarle esa parte.

—¡Joder, Alberto!, era una forma de pagar menos impuestos. No lo he hecho con mala intención, lo he hecho por ti.

—¿Sin mala intención? ¿Por mí? Eres un puto cínico, Alejandro; y yo, yo un imbécil por haber confiado en ti. No puedo creer que me hayas hecho algo así. ¡Joder!, a tu propio hermano.

—Alberto, somos tu familia, cómo iba tu hermano a engañarte, sería la mejor opción que tenía, tienes que creerlo —interviene su madre para tratar de apaciguar las aguas, sin mucho éxito por cierto.

—¡Familia! Sí, una familia de mentirosos y manipuladores, eso es lo que sois vosotros —dice Alberto dándose por vencido e incluyéndola a ella.

Cuando Eduardo le habla de las empresas “fantasma” y del dinero que ha desaparecido de las cuentas, Alberto se sienta; por primera vez creo que las fuerzas empiezan a fallarle, hunde su cabeza entre sus rodillas y comienza a respirar con dificultad.

—¡Alberto, mírame! —digo acercándome con unos cuantos papeles. ¿Es esta tu firma? —le pregunto.

—Sí —afirma después de echarla un vistazo rápido.

—¿Y esta?

—Es la de mi madre. Yo no he firmado nada con ella. ¡Joder!, qué clase de broma de mal gusto es esta. No me lo puedo creer.

—Hijo, yo no tenía ni idea de lo que firmaba. Tienes que creerme —solloza Candela mirando a Alejandro. Eduardo y yo le decimos cómo está la situación, no puedo callarme más y ayudo a Eduardo con la exposición de los hechos, Alejandro se queda sin argumentos, se limita a mirar a su madre y su madre a él.

Entonces todo se precipita. Alberto se levanta y coge a su hermano por el pecho, levantándolo de la silla y empotrándolo contra la pared de la izquierda. Su madre intenta ponerse en medio y se lleva medio empujón que la hace tambalearse.

—¡Alberto, por favor! Alberto, ya no vale la pena —intento calmarle, mientras Eduardo le agarraba del brazo, separándolos.

—Eres un hijo de puta y no quiero volver a verte en mi puta vida,

¿entendido? —blasfema soltando a su hermano, que no ha puesto resistencia.

—Será mejor que salgas de aquí, en la sala de reuniones te diré lo que vas a hacer si no quieres que todo esto vea la luz. Si vas a dirigir la campaña del juez, no te conviene estar envuelto en un escándalo —dice Eduardo sacando a la madre y al hijo mayor de su despacho.

Cuando salen, Alberto da un puñetazo a la pared, lo que le provoca una pequeña hemorragia en los nudillos. Nunca le he visto así, es como si sus ojos azules lanzaran llamas.

—Alberto, para, por favor. ¡Mírame! —Le agarro antes de que se haga más daño, su cuerpo está muy rígido y pienso que no podré traerle de vuelta con mi contacto. Tiene la mirada completamente perdida, en un punto fijo, que no soy yo.

—¡Oli, déjame! No saldrá nada bueno de mi compañía —dice derrotado.

—No me digas tonterías, profe. Soy tu cenicienta, ¿recuerdas? —trato de hacerle sonreír sin demasiado éxito. Y cojo su cara entre mis manos. Necesito que entienda que estoy aquí, siempre, para él.

Eduardo entra de nuevo cuando estamos abrazados. Alberto tiene sus brazos alrededor de mi cuerpo, pero no siente mi calor. Me voy a buscar un botiquín para curarle la mano mientras Eduardo le cuenta lo que le ha hablado con Alejandro. En resumen, si quiere que nadie se entere de sus actos, tendrá que vender los inmuebles y liquidar las sociedades.

—El dinero que obtenga lo depositará en una cuenta tuya para devolverte lo que se ha llevado, con ello recuperarás lo de las multas.

—Joder, ¿cuánto dinero es? —pregunta Alberto.

—Bastante, y ahora viene la segunda parte —dice Eduardo mandando sentarse a su amigo otra vez—. Alberto, escucha. Hemos negociado el pago, pero no tienes suficiente, mientras tu hermano...

—No vuelvas a decir que ese bastardo es mi hermano, ¿entendido? —le corta. Yo me arrodillo a su lado y le empiezo a limpiar la herida, sigue muy tenso.

—Está bien, mientras Alejandro consigue vender todo y devolverte lo que te ha robado en los últimos años, necesitas dinero ahora para pagar la deuda y la única solución para conseguirlo es que aceptes el proyecto de la serie de María.

—¡Ni de coña! No me jodas, esa no puede ser la solución. No. Oli, dime que puedo hacer otra cosa, ¡por favor! Dime que me puedo ir contigo a Los Ángeles.

Al ver que yo me quedo callada, porque no soy capaz de pronunciar una palabra, se levanta, apartando mis manos de la suya, y sale huyendo de la oficina, sin poder retenerlo. Se va, sin mirar atrás, con portazo incluido que asusta hasta a Marga.

En ese mismo instante, Eduardo y yo nos miramos, dándonos cuenta de que, cada segundo que pase sin asimilarlo, se hundirá más.

57- EL PRINCIPIO DEL FIN

ALBERTO

No sé por qué tengo la manía cuando estoy enfadado de salir a conducir entre el tráfico de esta maldita ciudad. Las luces, los semáforos, los atascos, es como si estuviera recreando una escena de *Fast and Furious*; paro, acelero, quemo rueda, hago *zig zag* entre el resto de vehículos, en definitiva, intento quemar la adrenalina yendo a más velocidad de la permitida y ayudándome de todo mi autocontrol para no chocar.

Es de gilipollas, lo sé. Por lo menos, en esta ocasión no lo he hecho con el alcohol recorriendo mis venas.

Joder, es increíble lo sobrevalorada que está la palabra “familia”, en mi caso en particular, excepto por mi abuela y Lidia, es como si ese título que ostentaba mi hermano y mi madre haya desaparecido, de un plumazo, como si acabara de perder a todos sus miembros. Sí, no voy a negar que siempre he tenido una relación bastante distante con ellos; pero ahora, ahora ya se ha ido todo a la mierda, para siempre. Y me duele, me duele una vez más. Conocer que mi propio hermano ha estado estafando en mi nombre para su propio beneficio ha sido la gota que ha colmado el vaso y mi madre, no sé si siendo consciente o no, ahí ha estado también, involucrada como una impostora más, defendiéndolo hasta el último minuto. Sabía que Alejandro y yo no éramos uña y carne, siempre hemos sido polos opuestos, con nuestros más y nuestros menos; pero, joder, era mi sangre, yo confiaba en él. Siempre, casi a ciegas.

Mi móvil no ha parado de sonar desde que salí de la agencia huyendo de todo y de todos. No quiero cogerlo. No quiero hablar con nadie. No necesito que me compadezcan, solo necesito estar solo y asimilar que la puta vida me dio una bofetada, otra vez.

Regreso a casa después de bastantes horas perdido sin rumbo fijo. Eduardo está esperándome en el rellano de la escalera.

—Joder, Eduardo. No necesito que estés aquí.

—Abre y cállate —me ordena. Entramos y lo primero que hago es ir a la cocina, abro la nevera y saco una cerveza, tengo la boca seca y lo que menos

me apetece es beber agua.

—No deberías beber hoy —me dice Eduardo con gesto serio.

—No me toques los cojones, amigo.

Le ofrezco a él una, pero la rechaza. Pasamos al salón, en vez de sentarme, me pego al cristal de la ventana y observo las luces de la ciudad, absorto en mis pensamientos. Joder, me habría encantado coger el coche y haberme ido hasta mi casa, allí todo lo veo de manera distinta. Mañana me levantaré temprano, respiraría profundo desde mi terraza y me habría ido directo al agua. Mis músculos y mi cabeza se liberarían de la maldita tensión de hoy, sintiéndome menos pesado.

Echo en falta mi mar, para que purgue mis heridas y para que recupere mi cerebro. Fuerza y calma, como decía la madre de Oli, eso es lo que más necesito ahora mismo.

—Ahora, vas a escucharme —dice Eduardo ante mi gesto inexpresivo.

Resoplo un par de veces y me siento en el sofá. A ver si después de darme la charla me deja solo de una puta vez. Total, estoy acostumbrado a comerme mis propias mierdas.

—Tú dirás.

—Sé que es jodido lo que te ha pasado, no tiene ninguna justificación, pero no pienses que estás solo. Estoy yo, que siempre seré tu amigo y está Oliva; que, aunque te hayas portado como un niño esta tarde con ella, te quiere. Ha sido ella la que se ha preocupado por resolver todo este embrollo y quien ha querido plantar cara a tu familia.

Yo permanezco en silencio, no tengo mucho que decir al respecto.

Eduardo me cuenta que Oliva sabía todo lo que pasaba con mi hermano y ha estado ocultándomelo hasta tener una solución. Si firmo el contrato con la productora americana, para trabajar con María, podré pagar la deuda. Tendré que dejar este piso para que mi hermano lo venda y en unos meses todo habrá sido una puta pesadilla.

—Joder, tiene que haber otra manera. No puedo trabajar con ella —digo con un malestar en el cuerpo que no puedo ocultar.

—Si no cumples con los pagos, te embargarán tu casa de Salinas. Y me imagino que no quieras eso, los dos sabemos que esa casa es tu refugio. Venga, Alberto, es solo un puto trabajo.

—No me jodas, tú sabes cómo acabé la última vez que estuve con ella.

—Lo sé, pero ahora es distinto. No tienes veinticuatro años. Tú quieres a Oliva y ella te quiere a ti. Solo serán unos meses. No seas cabezón.

—¿Y Oli? Se va a marchar a Los Ángeles y no voy a poder ir con ella, probablemente la perderé a ella también.

—Ella se tiene que ir, pero piensa que en cuanto acabes de rodar podrás ir a buscarla con todo solucionado. ¡Venga, Alberto!, eres mayorcito, lo de María lo tienes superado, solo es un trabajo más.

Lo miro negando con la cabeza. Claro que lo tengo superado, no tengo ningún sentimiento hacia ella, excepto el de rechazo, sé que no es trigo limpio y no me gusta tenerla cerca de nuevo, aunque nadie lo entienda. Tengo miedo a que mi mente se vuelva débil de nuevo, a recordar todo lo que sufrí y a caer en el pozo de las lamentaciones, como siempre acabo haciendo; como con lo de mi padre, con lo de mi infancia, con lo de mi familia, como con todo...

Encima de enterarme de la putada que me ha hecho mi hermano, a eso le añadimos que la única solución que tengo es trabajar con ella. Parece que el Karma ese de los cojones me está devolviendo algo que debí de hacer muy malo, porque cuando mi vida empezaba a darme alegrías, ¡zasca!, se va todo a tomar por el culo. Es la hostia.

Antes de irse, Eduardo va a mi cocina y me pregunta por el cajón de las medicinas, lo vacía, coge todo el contenido y lo mete en una bolsa. Yo le miro incrédulo y me abro otra cerveza. No se me ha pasado por la cabeza repetir mi última experiencia de alcohol y pastillas, me jode bastante que él sí que lo haya recordado y que confíe tan poco en mí.

—Me voy, mañana llamaré a María para que me dé el contrato y echarle un vistazo. El rodaje empezará enseguida, en cuanto tenga los guiones te los traigo.

—No te he dicho que acepto.

—No hace falta que me lo digas. No te queda otra opción.

Cuando está saliendo por la puerta, llega Oliva. Joder, tiene los ojos algo rojos, seguro que ha estado llorando. No quiero que esté mal por mi culpa. No me apetece verter todas mis mierdas en ella. Eduardo no se extraña al verla, por lo que intuyo que ya sabía que estaba a punto de llegar.

—Ay que joderse, ahora tengo dos niñeras —digo con un tono lo suficientemente sarcástico para que los dos me oigan. Estoy enfadado y lo pago con los que menos se lo merecen.

—Alberto, yo...

—No le hagas ni puto caso, Oliva; ahora está insoportable, pero se le

pasará.

Se despiden en la puerta y yo cojo mi cerveza y vuelvo al salón. Oliva deja su bolso en mi habitación y viene con algodón y desinfectante para seguir curándome.

—Oli, no tienes por qué hacer esto. Lo sabes, ¿no?

—¿El qué exactamente?

—Venir aquí, preocuparte por mí. Todo lo que tengo alrededor acaba destruido, explota, desaparece... No quiero que mis fantasmas te atrapen, aceituna. Puedes irte a tu casa.

—Estar contigo es mi casa, espero que nunca se te olvide.

Y sus palabras me dejan a mí sin ellas. Oliva siempre dando todo para ayudar a los demás, aquí está de nuevo, mi cenicienta, poniendo su hombro para que yo me apoye. Sé que no puedo retenerla. Es mi luz, mi guía, mi calma... Mi todo, pero ahora es su momento y lo tiene que aprovechar.

Se va a ir a Los Ángeles y sé que solo será el primero de muchos vuelos, porque le encanta su trabajo, porque está comprometida con la agencia y con el resto de actores y porque sé que necesita continuar con su carrera y crecer, crecer mucho. Si la retengo, la acabaría perdiendo y nunca me lo perdonaría. Porque ella ya estuvo muchos años a la sombra de Diego y sería muy injusto que por todo lo que me ha pasado a mí ella se quedara sin volar, viviendo a la sombra de otro tío, otra vez. Ella se merece brillar y yo solo soy oscuridad.

Tengo que convencerla para que sea feliz, sin mirar atrás, sin pensar en mí.

Cuando acaba de dejarme la mano lo más decente posible, se va a cambiar de ropa, vuelve con su camiseta, enseñándome su hombro izquierdo y una medio sonrisa al ver mi expresión. Me acuerdo de la primera vez que la vi. El corazón se me para un poco, recordándolo, apenas han pasado ocho meses desde que ella reactivara mi vida de nuevo. Y ahora..., ahora estoy a punto de perderla.

—Alberto, sé que ya te ha dicho Eduardo lo del trabajo. Créeme cuando te digo que he buscado más soluciones, pero no he sido capaz de dar con ellas. El dinero de ese contrato te permite salir de esta situación, por favor, piénsalo.

—Tranquila, ya has hecho suficiente.

—Y aunque me vaya a Los Ángeles, no quiero perderte. Yo te quiero, profe, y necesito saber que estaremos separados solo temporalmente.

—Shh. Ven aquí —digo acercándola a mi cuerpo y abrazándola muy fuerte—. No pierdas un solo minuto en pensar en mí, ¿entendido? No voy a

consentir que te pierdas todo lo que tienes que vivir por un idiota como yo.

—Alberto, no digas tonterías. Yo te necesito y si me gusta mi vida ahora es porque tú estás conmigo.

—Joder, Oli, eres lo *único* que se salva de este puto mundo —digo mientras la beso como si no quisiera terminar nunca.

Ella enrosca sus piernas en mi cintura y me devuelve el beso con ansia. Enreda sus manos en mis rizos y tira de mí para que le devore la boca. Su olor a vainilla me recuerda que nadie olerá así cuando ella se marche, aspiro fuerte su olor, guardándomelo muy dentro. Un pinchazo en mi estómago me devuelve a la realidad de golpe.

Se va, Alberto. Se va.

Con el único propósito de quedarme con su recuerdo para siempre, la llevo al dormitorio, la poso a los pies de la cama y nos desnudamos lentamente. Paseo mis dedos por cada curva de su perfecta piel. Sus hombros, sus brazos, sus pechos, su cintura, sus muslos. Desciendo lentamente, memorizando cada centímetro de mi cenicienta.

Oliva cierra los ojos y se deja envolver solo por la sensación de nuestros dedos acariciándonos. Gime y suspira, estremeciéndose. Cuando ya nos hemos recorrido enteros, jadeamos fuertemente y nos tumbamos en la cama. Ella encima, como le gusta colocarse casi siempre. Yo me limito a observar cómo se pone a horcajadas sobre mí, agarra mi polla con sus manos menudas y se empala en una sola embestida. Suspira de nuevo, como si quisiera absorber todo el placer y gime cada vez que sube y baja sobre mi miembro, bajito, conteniendo gritos más locos.

Joder, es perfecta, increíblemente perfecta.

Estoy tan embobado mirándola que ella misma coge mis manos y se las posa encima de su pecho, buscando mis caricias también. En un movimiento lento echa la cabeza hacia atrás y disfruta de la sensación de llevar el control. Dejándose llevar. Me encanta verla tomar la iniciativa, es muy sexi verla vibrar así, encima de mi cuerpo. Sus movimientos siguen siendo lentos, recreándose en cada embestida, gozando. Alzo mis caderas cuando noto que la excitación máxima nos está alcanzando a ambos. Arriba, abajo, arriba, abajo. Un movimiento más rápido, dos, cuatro, seis y, con la imagen de Oli en lo más alto, alcanzamos el orgasmo. El puto placer nos atraviesa de un modo largo y pausado y me transporta a un lugar donde solo existimos ella y yo. Después se deja caer sobre mi cuerpo e invade mi boca con su lengua, conteniendo los gemidos en un baile que no quiero que acabe jamás.

El ambiente cargado de nostalgia nos invade a continuación, no quiero decir nada y Oliva tampoco. Solo quiero estar pegado a ella, escuchándola respirar, el máximo tiempo posible. Quiero quedarme con el recuerdo bueno, ese que en los últimos meses me ha hecho rozar el cielo, junto a ella.

El resto de la noche permanecemos desnudos, amándonos de nuevo y en silencio, porque las palabras se agolpan en nuestras gargantas y no quieren salir, o mejor dicho no pueden salir.

Oliva no es consciente de que le estoy diciendo adiós.

58- NO SE VA A DESPEDIR

Hacer la maleta con el corazón encogido y conteniendo las lágrimas es síntoma de que parte de mi cuerpo y mi mente no quieren coger mañana ese avión. Aun así, hay otra parte de mí que necesita emprender ese viaje. Una vez más, la vida y las circunstancias me empujan a mirar hacia delante, dejando atrás mi nueva casa, mi país y a él.

No he vuelto a estar con Alberto desde el día que supo toda la verdad sobre su hermano, hace dos semanas. Esa noche, en su piso, hicimos el amor, muchas veces; entre promesas que no hemos empezado a cumplir, como que siempre estaremos juntos, a pesar de la distancia y un aire cargado de nostalgia, de esa nostalgia que todavía no había llegado, pero que ya se respiraba en el ambiente.

Al día siguiente, Alberto recogió todas sus cosas y dejó el piso. Puso rumbo al norte y se marchó a su verdadera casa, su único refugio, el único lugar donde yo le he visto plenamente feliz.

Confió a Eduardo la negociación de su contrato con la CBX porque me dijo que no quería que yo tuviera que tratar con ella. A mí no me hubiera importado, pero para ser sincera he estado tan ocupada con los preparativos del viaje a Los Ángeles, que mejor que haya sido Eduardo el encargado, yo no he tenido tiempo ni tan siquiera de echarle un vistazo. Sé que tiene bastantes cláusulas un poco abusivas, porque he oído a Eduardo discutir casi todos los términos con ella; pero las circunstancias económicas de Alberto han sido cruciales para tener que tragar. Alberto no ha querido saber nada del tema, firmó el contrato que le mandaron por mensajería y recibió los guiones que empezó a estudiar.

La primera semana separados hablamos todas las noches. A ratos parecía relajado y aceptando las nuevas circunstancias; me hablaba de las mareas, de las horas que había estado haciendo surf, de lo que ha crecido Leo y de lo que hacía el resto del día; preparar su papel y estudiar los guiones. En ese momento es cuando su voz sonaba a millones de kilómetros de mí, lejana, perdida...

Yo le contaba todo lo relacionado con mi viaje, intentando hablar mucho para meterlo de lleno en la conversación; le hablaba de los preparativos, de

los actores que viajarán conmigo, de las ganas que tiene Rita de verme, incluso le hablé de la posibilidad de cruzarme con mi padre en cualquier rincón de la ciudad sin conocernos, pero él seguía ausente.

Alberto no es el mismo de los últimos meses. No ríe apenas, no me llama aceituna y parece que ha perdido el interés por enseñarme ese millón de cosas que yo estoy dispuesta a aprender siempre de él. Y a mí el corazón se me encogía un poco más cada vez que colgaba, porque nuestros “te quiero” se perdían en la distancia.

Esta semana ha vuelto a Madrid y yo me moría de ganas de verle y de sentirle a mi lado, pero en vez de venir a casa conmigo, se ha instalado en el piso de Eduardo y vivirá con él durante el rodaje.

Ni tan siquiera nos hemos llegado a ver. Pensé que estaríamos juntos estos últimos días, disfrutando de cada minuto que tuviéramos libre, para quedarnos con un buen recuerdo mientras estemos separados y que después él se quedaría en mi piso durante mi ausencia; pero el mismo lunes ya fue directamente a casa de mi jefe y esa misma tarde comenzó a rodar.

Eduardo me ha dicho que está rodando de noche, que llega a casa de madrugada y duerme durante el día. Aun así, no es excusa para que no haya sido capaz de venir a despedirse. Estoy completamente perdida, no sé si es su forma de romper conmigo, ignorándome o simplemente es que está tan hundido que le importa todo una mierda, incluida yo, y lo que hemos tenido hasta ahora.

Sé que Alberto es propenso a encerrarse en sí mismo, a que su mente se llene de sombras y a caer en la oscuridad, pero hemos estado tan bien juntos estos últimos meses que necesito creer que será capaz de salir de ahí, por él y por mí.

Le he llamado, pero siempre sale el buzón, así que hoy le he mandado un montón de *whatsapp*, pidiéndole por favor que no nos haga esto, que venga y me despida, que dé la cara, aunque sea para decirme que lo nuestro se acabó o que ya no quiere volver a verme, lo que sea. De momento no he obtenido respuesta.

Estoy tan desbordada por todo lo que siento por él, que he terminado mi último cuaderno y he tenido que comprar otro para mi viaje. He vuelto a escribir, mucho, todos los días. Plasmar todos mis sentimientos en un papel me ha servido para darme cuenta de que quiero a Alberto como nunca he querido a nadie, por eso duele mucho más.

Lllaman al timbre y me sobresalto. Mi corazón late muy fuerte esperando que sea él.

—Hola, nenita —dice Rocío cuando le abro la puerta—. ¿Y esa carita? —me dice al ver mi expresión.

—Nada, serán los nervios.

—Ya, ahora se llama así, ¿no? No me engañes. Alberto sigue sin dar señales de vida, por lo que veo.

—Sí —musito mientras pasamos al salón.

—Oli, pues vete a casa de Eduardo a verle. Dile que es un imbécil por no despedirse, no sé, haz algo, aunque sea para que te diga adiós a la cara.

—Está rodando y llega muy tarde. Todavía tengo la esperanza de que hoy me llame o se pase por aquí, si no lo hace será porque no quiere verme.

—Joder, nena, siento que te tengas que ir así de triste. Encima mañana es tu cumpleaños. ¡Venga!, saca unas cervezas y vamos a brindar por ese viaje y por que cuando estés allí lo verás todo de otra manera.

Agradezco que Rocío haya venido a despedirse; sin Sara aquí, y sin Alberto, me está costando mucho más de lo que pensaba dejar mi cudad.

Llamamos a Sara y con el manos libres tenemos una conversación a tres bandas, de esas de tarde de chicas, pero en la distancia, donde solo me dicen que Alberto está comportándose como idiota si deja que me vaya así, y que seguro que se va a arrepentir en cuanto me marche. Intentan animarme. Sara nos cuenta que se va el fin de semana a Barcelona a estar con Raúl, parece que por fin le va a dar una oportunidad a sus sentimientos, sí, esos de los que reniega continuamente. Y Ro nos pone al día de su avance con un compañero de clase, creo que Alejandro está fuera de su vida, por fin. Echaré en falta a mis amigas también; y, como estoy más sensible de lo normal, se lo digo un montón de veces.

—Perra, no estés triste, seguro que nada más llegar vas a empezar a tratar con actores mucho más buenorros que el profe, en cuatro días no te acordarás ni de cómo se llamaba —dice Sara descojonándose.

—Sí, probablemente... —contesto siguiéndole la corriente.

Después de colgar y de tomar unas cuantas cervezas, Rocío y yo nos fundimos en un abrazo larguísimo y se nos caen unas cuantas lagrimillas. No quiero llorar por la despedida, en principio solo estaré un par de meses, así que espero que cuando vuelva en pleno verano ya estemos las tres juntas de nuevo, para no sentirme tan sola.

Recojo todo lo que puedo y sigo mirando mi móvil cada dos minutos.

Tengo la tentación de volver a llamarlo, pero seguramente saltará el buzón otra vez. Así que llamo a Eduardo, por si ya estuviera en casa.

—Hola.

—Hola. Alberto no ha llegado, Oli. Lo siento.

—No pasa nada, era por intentarlo una última vez.

—Está mal, Oli, no voy a mentirte. Está costándole mucho levantarse cada día para ir a rodar. Me imagino que no quiera que le veas en ese estado, es muy burro cuando quiere.

—Ya, pero me voy con la sensación de que soy yo la que le abandono a él cuando más me necesita.

—Tranquila, está conmigo y seré su niño, no voy a dejarle caer.

—Está bien. —Suspiro con tristeza. Si no lo veo, dile que le quiero. —Y entonces cuelgo, porque al pronunciar esas palabras, aunque fuera a Eduardo, se me parte el corazón un poquito más.

Recojo todo y antes de acostarme, porque mañana tengo que estar muy pronto en el aeropuerto, bajo la basura, que me dé un poco el aire me vendrá bien antes de intentar dormir. Cuando pongo un pie en la calle, me encuentro de frente con Diego, la última persona a la que pensaba ver.

—Hola, Oli —me dice con media sonrisa.

—Hola, Diego —contesto sin muchas ganas—. ¿Qué haces aquí?

—Me he enterado de que te vas mañana y he venido a traerte tu regalo de cumpleaños.

Lo miro cansada, no sé a qué viene esto ahora, ni qué pretende. Si me quería felicitar, me podía haber mandado un *whatsapp*.

—No tenías por qué traerme nada —digo seca.

—Venga, Oli, ábrelo, no es nada del otro mundo y me apetecía verte por última vez. —Me da el paquete, lo abro y veo que es una guía de Los Ángeles. El detalle no está mal, pero creo que está un poco fuera de lugar que venga ahora. Lo único que me ha mandado en semanas ha sido toda la mierda que dice la prensa de Alberto.

—Gracias —digo con un tono un poco más suave.

—De nada. Espero que te vaya todo bien y da un beso a mi tía de mi parte —me dice mientras me da un abrazo que me coge un poco por sorpresa—. Fui un imbécil y te echo de menos —añade cerca de mi oído.

Me quedo tensa, rodeada por sus brazos como he estado tantas veces, pero sintiendo más frío que calor.

—Adiós, Diego —digo mientras me separo. Me voy hasta el contenedor y

lo veo meterse en su coche.

Yo no te echo en falta, Diego, me ha faltado decirle; aunque si él abriera los ojos un poco, ya se habría dado cuenta.

Subo a casa lentamente, arrastrando mis pies por cada escalón, como si quisiera ralentizar el reloj y alargar la noche para que Alberto tenga tiempo de aparecer por mi puerta. Para que me lleve en volandas a mi cama y me haga el amor, dejándome un bonito recuerdo.

Cuando me meto en la cama, miro el móvil por última vez, su última conexión ha sido hace una media hora, con lo cual sé que ha leído mis mensajes. Me enfado más con él, si eso es posible, y mis lágrimas empiezan a brotar descontroladamente.

¿De verdad, Alberto?, ¿de verdad que no te vas a despedir?

La mezcla de rabia, tristeza e impotencia me hace mandarle un último mensaje:

Gracias, ahora ya sé cómo te sentiste cuando ella desapareció y te abandonó.

Y después apago la luz y sigo llorando a gusto.

59- ADIÓSS, OLI, ADIÓS

ALBERTO

La semana se me ha hecho eterna y cada día es peor que el anterior. Y mira que es muy difícil superar un día de mierda; pues eso, que los míos sí se superan, pero con creces.

La semana pasada, aunque estaba hecho una auténtica mierda; después de todo lo que ha pasado con mi familia, de haber tenido que dejar a Oli en Madrid y de empezar a hacerme a la idea de que tengo que trabajar con María, estuve mal, pero por lo menos estaba en casa. Mis rutinas, mi mar, mi guitarra, todas esas cosas me hacen estar un poco más cómodo, a pesar de todo lo que está cociéndose a fuego lento en mi interior. Oli y yo hablamos durante esa semana, ella me contaba todos los preparativos de su viaje, los actores con los que irá, sus ganas de ver a Rita, está emocionada con su viaje y lo entiendo. Y yo le contaba cuánto ha crecido Leo, el tamaño de las olas o lo que me gustaría volver a tenerla en mi cama, solo para mí, como la primera vez. El resto de las horas estaba estudiando mi nuevo papel y ahí todo se volvía más gris.

Me conozco, son muchos años con las tripas revueltas por un montón de cosas y con la mente sin parar de girar, en bucle. Yo mismo noto cuando las sombras van apagando poco a poco mi luz y sé que lo mejor para el resto del mundo, que no tiene la culpa de que yo sea un débil, es mantenerse alejado de mí.

Por eso, todavía no he sido capaz de volver a ver a Oli desde mi regreso a Madrid. La quiero, la quiero como jamás pensé que podría querer, porque ella es mi luz, mi calma, mi vida. Porque ella es mi razón. Por eso mismo, no puedo ser un egoísta y privarla de todos los momentos que tiene por vivir. Si me ve en este estado sé que se plantearía ese viaje, lo sé y no quiero que mire atrás, por nada en el mundo y mucho menos por mí.

La echo de menos, todos los días; sus labios, su boca, su sonrisa, sus silencios a mi lado, la forma en la que me mira cuando la toco, sus ojos brillosos cuando la provoco y cómo se deja llevar cuando lo necesito. Estoy jodido y solo es el principio.

Me he instalado en casa de Eduardo. Preferiría estar solo, para llorar mis penas a gusto, sin dar explicaciones a nadie, para beber y fumar todo lo que me apetezca también. Porque, no voy a mentir, una vez que empiezo a dejarme caer, me gusta hacerlo con todo, sin medida. Soy un hombre de excesos, con todo lo que eso significa. Pero no quiero gastarme el dinero en un hotel mientras tenga que pagar la multa, así que he accedido a tener niño, al menos mientras esté rodando en Madrid.

Trabajar con María está siendo extraño e insoportable; vamos, lo que imaginé en un principio. Es raro compartir tiempo con una persona que creías conocer y que aparece de la nada, de repente, como si fuera otra. A mí no me engaña y, por mucha fachada que intente aparentar delante de todos, si rascas un poco sigue siendo la misma.

Su manera de expresarse, su mirada, a veces perdida, sus continuos cambios de humor, que solo soporta su marido, supongo que será porque la recompensa le merece la pena. Es irónico, porque hubo un tiempo en el que yo también los soporté. Para más coña, viene con aires de superioridad, traídos desde el mismísimo Hollywood, y ahora encima se ha pasado al otro lado y dirige ella algún capítulo. Joder, quién la ha visto y quién la ve. Estar a sus órdenes es como morir en vida, porque sé que la única razón que la ha traído hasta aquí es tocarme los cojones y ha dado la puta casualidad de que ha llegado en el momento justo, porque si no fuera por la deuda no habría aceptado este trabajo ni de coña; pero ahora, ahora estoy metido de lleno en la serie, bajo su mando, y no puedo rechazarlo ni en broma.

Me jode porque me gusta actuar, me gusta meterme en cada nuevo papel y vivir otra vida, lo único que espero es que pueda soportar la presión y no acabe odiando mi profesión.

Hace mucho tiempo que dejé de odiar a María, su comportamiento me demostró la clase de persona que era y lo poco que me quiso, dejándome abandonado como un perro, y encima sin decirme adiós. La había olvidado y dejé de preocuparme por ella, pero creo que aun así, después de tantos años, me merezco una puta explicación de por qué se comportó así conmigo. Aunque ahora mismo no me apetece pedírsela.

Raquel y Miguel, mis compañeros, se dan cuenta al igual que yo de que me exige mil veces más perfección en cada puta escena que a cualquier otro actor, parece que está examinándome continuamente, buscando la excusa perfecta para llamarme fracasado delante de todo el mundo, como si quisiera demostrar que estoy actuando por un golpe de suerte, no porque tenga

talento. Lo peor, que solo llevamos rodando cinco días. A este ritmo, cuando vayamos a Roma no creo que queden más que pedacitos de mí.

Oli me ha estado llamando toda la semana, pero entre que rodaba de noche, medio dormía de día y lo mal que me siento, no he sido capaz de coger el teléfono y despedirme como es debido de ella.

Hoy ya me ha mandado muchos mensajes, pidiéndome que vaya a verla y nos despedamos como la pareja que somos. Entiendo que esté sufriendo. Así que, aunque me cueste, tendré que aparentar que estoy bien, forzar una sonrisa, pasar por su casa, contener mi dolor y decirle adiós.

El rodaje hoy termina antes, María tenía ganas de acabar porque creo que iba a asistir a un evento con su marido, todos hemos aplaudido cuando ha dicho que mañana más. Así que conduzco hasta casa de Oli, perdido entre las luces de la ciudad. Cuando llego, me quedo aparcado en la calle, un poco alejado del portal. Estoy metido en el coche mirando como un gilipollas la luz que sale de su salón. Respiro profundo un par de veces mientras en mi interior debato sobre lo que tengo que hacer. Estoy entre llamar a su puerta y decirle que siento haberme comportado como un capullo durante esta semana o quedarme aquí plantado, a cierta distancia, esperando a que mañana temprano salga por su portal con su maleta y poder verla por última vez, para almacenar su recuerdo.

Es tarde y me imagino que esté a punto de irse a dormir. Mi corazón se congela cuando veo acercarse por la acera a Diego, su ex. ¿Qué cojones hace él aquí? ¿Habrá quedado con ella? Mis dudas se disipan cuando veo a Oli poner un pie en la calle. Se sorprende tanto como yo al ver a Diego ahí plantado. Este lleva un paquete en la mano. Se ve que sigue loco por ella, solo hay que fijarse en como la mira, no entiendo cómo no supo valorarla cuando la tuvo a su lado. Oli lleva una bolsa de basura, que habrá bajado a tirar. Observo como hablan un poco y él le entrega lo que tiene en las manos. Oli lo coge y lo abre, desde aquí no veo bien de qué se trata, aunque parece por el tamaño un libro. Después se abrazan durante unos segundos. Joder, un puto escalofrío me atraviesa el cuerpo y un pinchazo se anida en mi pecho. Me quedo agazapado en el asiento porque no quiero que me vean.

Yo quiero calentar su piel, yo quiero rodearla con mis brazos y yo quiero estar dentro de ella y volver a sentir, porque cuando estoy dentro de ella me encuentro. No me gusta que sea él quien la toca; aun así, no tengo el valor suficiente para salir del coche.

Unos segundos después se despiden y Oliva se acerca hasta el contenedor a

tirar la bolsa. Respiro aliviado porque él no ha subido a su casa. Si los hubiera visto entrar juntos, me habría roto un poco más. Soy un imbécil, lo sé. Yo le estoy negando nuestro adiós, como un gilipollas cobarde, aunque sé que en el fondo será lo mejor para ella, alejarse de mí, pero tampoco quiero que se lo de otro.

Entra en el portal de nuevo y me quedo con esa última imagen de ella, de mi amor.

Golpeo el volante con fuerza.

¡Mierda! Una voz en mi interior me dice que tengo que subir.

Y otra me dice lo contrario.

Joder, Alberto. Déjala ir, déjala volar. Ella se merece todo lo bueno y tú ahora mismo no estás dentro de esos parámetros. Tú solo eres la peor sombra de ti mismo y no le vas a aportar nada. Es su momento, no el tuyo.

Tienes que marcharte, aceituna.

Mi móvil vibra y veo que es un *whatsapp* de ella:

Oliva: Gracias, ahora ya sé cómo te sentiste cuando ella desapareció y te abandonó.

Lo sé, soy un cobarde de mierda, por no presentarme en su casa, decirle que me quedaré vacío cuando se marche y que ojalá pase todo tan rápido que sin darnos apenas cuenta ya estemos juntos de nuevo y hayamos olvidado esta puta pesadilla.

Lo siento, Oli, lo siento tanto. Todo se ha precipitado para mal. Mañana yo tendría que subirme a ese avión contigo y disfrutar de otro país a tu lado, apoyarte y disfrutarte a partes iguales. No puedo subir a tu casa, amor. Entiéndeme.

No puedo verte y decirte adiós, porque si lo hago me destrozaré un poco más y mañana no seré capaz de levantarme. Y necesito ese trabajo. Necesito alejarte de mí o te arrastraré al pozo conmigo.

Con la pena atravesándome la garganta, le envío un último mensaje, espero que algún día no me odie.

“Sueña grande y vuela lejos, Oli. Sin mirar atrás. Sin pensar en mí”.

60- LOS ÁNGELES

Hace un calor asfixiante y la humedad me está matando. En Madrid aguanto temperaturas mucho más altas, ahora rondaremos los treinta grados, que tampoco es para tanto; pero aquí, con el índice de humedad tan alto, me cuesta mucho más soportar este calor. Aun así, como casi todas las tardes, voy caminando por el Paseo Marítimo Ocean Drive desde Venice Beach, donde vivo, hasta el muelle de Santa Mónica.

Hace tres semanas que estoy aquí, no me creo cómo ha pasado el tiempo tan rápido, será porque mis días son agotadores y cuando me quiero parar a pensar un poco ya estoy tumbada en mi sofá.

Mis días acaban con mi portátil encima de mis piernas, viendo algún capítulo de alguna serie, de los miles que tengo pendientes; pero la mayoría de las noches me quedo dormida sin ver el final, así que a la noche siguiente tengo que empezar poniendo las partes que me he perdido el día anterior. Otras veces me quedo grogui en la cama mientras escribo todos mis pensamientos, y entonces amanezco al día siguiente con mi cuaderno pegado en un ojo y el bolígrafo manchando la almohada, un completo desastre. Está claro que mi cuerpo pulsa el botón de apagado cuando nota que no lo voy a pulsar yo, es como si fuera automático.

La primera semana me quedé en casa de Rita, nos pusimos al día de todo, me orientó un poco para que pudiera moverme por la ciudad sola y disfruté con ella de paseos y charlas interminables, sobre mí, sobre mi trabajo y sobre Alberto (pronunciar su nombre me abre un agujero en el pecho que va a ser difícil de cerrar). Me dijo que me quedara con ella el tiempo que fuera necesario, pero yo necesitaba tener mi espacio, ese que había dejado atrás en Madrid y que tan feliz me había hecho. Ella, además, vive en un distrito del centro y Los Ángeles es una “ciudad locura”, como la he bautizado yo. El tráfico es mucho peor que en Madrid, hay millones de coches, atascos imposibles de soportar y muchísima gente por sus calles, de cualquier parte del mundo. Y todo eso, en conjunto, me parece abrumador. Por eso decidí buscar un apartamento cerca de la playa, alejada de allí. La agencia no está muy lejos de mi casa, aunque no me importa madrugar un poco más cuando tengo que ir hasta allí, que no son todos los días, porque muchos trabajo

desde casa. Otros días acompaño a los actores a los *castings* o a hacer gestiones de un sitio a otro, así que despertarme por las mañanas y tener el Océano Pacífico tan cerca me da sensación de libertad.

Robert y Susan son los propietarios de la agencia, son hermanos y me han acogido muy bien. Ellos nacieron en Miami, de padre cubano y madre puertorriqueña, por lo que se sienten más hispanos que estadounidenses. Tienen en su cartera a un montón de actores de diferentes países; Colombia, Argentina, México, Chile..., y estaban deseando que llegáramos nosotros. Lo español está en auge, así que los cuatro actores a los que he acompañado en este primer viaje ya tienen algún proyecto entre manos. Estoy muy orgullosa de haberles encontrado a todos algo, además tan rápido.

Bruno ha sido el que más fuerte ha empezado, en el primer *casting* que hizo, nada más llegar, ya le eligieron para hacer de “Doctor Macizo” (español, por supuesto), en una serie de esas de médicos que tanto gustan a las damas.

Como me dice Eduardo: “Si ellos ganan, ganamos nosotros”.

Con Eduardo me envió *emails* constantemente, estudiamos las mejores opciones para cada uno de los chicos, le cuento cómo funcionan aquí; los contratos, las comisiones, los impuestos... Y entre los dos nos ponemos al día de cómo van las cosas a este y al otro lado del charco. Aunque los primeros días evité hablar de él, porque me dolía mucho recordarle y sobre todo porque estaba muy enfadada con su manera de gestionar nuestro adiós, enseguida comencé a preguntar a Eduardo por Alberto, porque necesito que al menos me diga que está bien, que se cuida y que cada día después del rodaje vuelve a casa, sano y salvo. No puedo evitarlo.

Eduardo se ha convertido en su sombra, no lo acompaña a los rodajes, pero casi, está muy pendiente de él, a pesar de que Alberto se mosquea por tenerlo de niñera. Él siempre ha sido un espíritu solitario. No está bien, por mucho que Eduardo trate de maquillar el asunto diciéndome que, aunque está triste, se levanta todas las mañanas y avanza. No soy tonta y deduzco por sus palabras que le está costando un triunfo que siga trabajando y no se rinda, además sé que su humor es de perros; bebe, fuma y Eduardo teme que la semana que viene, cuando se marche a Roma para seguir rodando y esté sin vigilancia, todo se precipite.

Yo no he vuelto a hablar con él. Su último mensaje, diciéndome que volara lejos, que no mirara atrás y que no pensara en él, como si eso fuera así de

fácil, me dejó bastante claro que me estaba echando de su vida. He estado tentada a llamarle, todos los días y pedirle explicaciones, incluso a suplicarle para que no me aparte de su lado, pero él ya decidió por los dos; con esa manera de despedirse, sin dar la cara, sin darme el último beso, sin promesas de amor. Estoy enfadada con él, mucho; por su cobardía, por huir de mí, por no ser capaz de afrontar la realidad sin apartarme de su lado.

Me sentí muy dolida con sus palabras vacías en la pantalla de mi móvil. Alberto tiró la toalla al primer revés y me dejó sola, a mi suerte.

Cuando llegué al día siguiente al aeropuerto, tenía la esperanza de que hubiera recapacitado y estuviese allí; pero nada, en su lugar estaba Eduardo, para despedirnos a todos. Me entregó un paquete de su parte, que guardé en la maleta y dejé varios días sin abrir, no era capaz ni de acercarme al envoltorio. Cuando estuve sola en mi nuevo apartamento, una tarde reuní el valor suficiente para abrirlo y con ello, de alguna manera, abrí un poco la puerta a la esperanza.

Era una caja de cartón pequeña, en su interior encontré: un bote de cera para tablas de surf *sexwax*, un collar, de esos de cuero negro, en donde colgaba una tabla de surf en miniatura, con quilla incluida. Es de madera clara y con nuestras iniciales grabadas por detrás. Una foto mía; donde estoy asomada en la terraza de su casa en Salinas, mirando al mar, la primera y única vez que fui. Y por último, una memoria USB que pinché en mi portátil con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Los primeros acordes de su guitarra con su voz de fondo me hicieron tambalearme, sonaba tan puro, tan él. En el fondo, después de sacar todo, había una carta que decía:

“¡¡¡Feliz cumpleaños!!! Sé que pensarás que soy un cobarde de mierda, y tienes toda la razón. No tengo excusa por no haberte despedido, aceituna. Pero hoy es tu 25 cumpleaños y solo quiero recordarte lo bonito. Los Ángeles es la meca del surf, Oli, vas al mejor lugar del mundo para que encuentres ese equilibrio entre la fuerza y la calma. Espero que cuando llegues busques a un nuevo profesor y sigas con tus clases, cualquiera querrá tener a una alumna tan lista como tú. Te iba a haber comprado una tabla; pero si se la hubiera dado a Eduardo para que te la llevase al aeropuerto, me habría mandado a la mierda, así que por lo menos te he cogido la cera para que cuides de una que te compres allí. Cuídala igual que tú has cuidado de mí todo este tiempo. El collar lo he hecho yo, espero que te guste y que cuando lo lledes puesto en el cuello te acuerdes de que fui yo quien te dio tu

primera clase. La foto es para que nunca dejes de mirar al mar y busques la felicidad, cada día, en cualquier rincón, porque te aseguro que estará esperándote. Y en la memoria te he grabado un par de canciones más, de las que no podré volver a cantar si no es en un concierto privado para ti, porque mi voz no vale nada si tú no la escuchas. Y también te he metido las canciones que más me gustan de The Beach Boys, no puedes estar en California sin escucharlos, espero que te guste la selección.

Sé feliz, Oli, porque te lo mereces todo y más.

Pensaré en ti.

Alberto”.

Y esa tarde no conseguí dejar de llorar, porque a pesar de estar enfadada con él, sé que quiero a Alberto como no he querido a nadie en mi vida.

Porque Alberto me hace sentir, con todas las letras. Alberto en sí mismo es un mar de sensaciones, que mi cuerpo y mi mente anhelan. Es el tacto que enciende mi piel sin apenas rozarme. Es un olor a salitre que me transporta a tiempos felices. Es un sonido de guitarra y voz rasgada que me seca la garganta. Alberto son unos ojos azules que me atraviesan el alma. Es una boca que me devora y alimenta mi alma. Alberto es mi AMOR, en mayúsculas. Él es la tranquilidad de los silencios que lo dicen todo, él es el placer puro hecho persona, él es sexo sin fronteras, él es intimidad, él es mi todo y sin duda alguna es mi equilibrio entre la fuerza y la calma, no tengo que buscar más, lo sé, lo encontré. Solo necesita darse cuenta.

“Pensaré en ti”, me escribió, y yo me aferré a esas tres palabras, deseando que más pronto que tarde su llamada entre en mi móvil y esta vez sea para siempre.

Si ahora me ha dejado marchar, para volar lejos, confío en que sea él quien muy pronto me busque de nuevo.

He llegado hasta el muelle de Santa Mónica; aunque no hayas estado aquí nunca, te sonará, porque es el muelle de madera que sale en miles de películas. Sí, el que tiene el parque de atracciones justo al lado. Siempre está abarrotado de turistas, pero me gusta venir hasta aquí porque la puesta de sol es increíble. Me relaja y me destensa después de trabajar.

En mi Ipod suena “Surfin USA” de The Beach Boys. Sí, lo sé, el masoquismo nunca fue lo mío; pero ahora, ahora me toca pasar esta etapa, es una de las canciones que Alberto eligió para mí y me gusta. La vuelta a casa la hago corriendo, necesito quemar parte de la frustración que siento. Así

llego muy sudada y exhausta, perfecto para darme una ducha e intentar dormir.

—Hola, Kate —saludo a mi vecina, que entra por la puerta.

—Hola, Oli —me dice en un español raro—. Mañana te veo a las siete.

—¡Perfecto! Hasta mañana.

El destino parece que me tenía reservada una vecina que ni escogida a dedo. Mañana madrugo, porque siguiendo los consejos de Alberto hago surf casi todas las mañanas, lo único que en vez de profesor tengo una profesora. Sí, es Kate, y dio la bendita casualidad de que, además de mi vecina, es profesora en una escuela de surf aquí cerca, así que en cuanto la vi un par de días salir con su tabla temprano no pude contenerme y empecé a hablar con ella. Esa misma semana ya estaba bajo sus órdenes.

Salgo de la ducha y enciendo mi Mac, regalo de Eduardo antes de venirme, a esta hora suelo conectarme a través de Facetime con Sara y me hace mucha ilusión poder ver su cara a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

En lo que me preparo algo para cenar, sale el aviso de que ya está en línea.

—¡Hola, nena! —me dice sonriente.

—Hola, rubia, ¿dónde estás? *Porque ese fondo no es tu habitación.*

—Joder, ¿ahora trabajas para el FBI? No, no estoy en casa, listilla. — Como estamos en junio, Sara ya terminó su máster y hace unos días volvió a su casa a Madrid, por eso me extraña esa pared que intuyo de fondo, no la tengo ubicada. Una cara conocida se pega a mi amiga y veo los ojillos brillosos de Raúl—. Guau..., estás en Barcelona, perra.

—Hola, Oli, ¿qué tal estás?

—No tan bien como vosotros, pero voy tirando.

Sara y Raúl han seguido viéndose estos meses, por fin mi amiga ha dejado de negar que solo son amigos que follan de vez en cuando y parece que se podría decir que está empezando a aceptar que tienen una relación, aunque ella odia llamarlo así. Es muy raro ver que sale con el que iba a ser mi cuñado y ahora no, porque está Raúl, pero cuando hablamos a solas, le vacilo mucho con su futura suegra, la mismísima Carmen. Ella reniega constantemente y me dice que Raúl no está influenciado por su madre como Diego, eso es verdad, pero no deja de ser su madre, también le digo que en la boda no me siente con su cuñado.

Nos ponemos al día, charlamos un poco de todo, de que se quedará unos

días con Raúl, porque en Madrid no tiene nada que hacer y allí por lo menos hay playa, aunque él de momento no tiene vacaciones. Yo le cuento todo lo que hago aquí. Saca el tema de Alberto y le digo que solo sé lo que me cuenta Eduardo.

—Oli, Alberto te quiere, solo está pasando por un bache, pero seguro que cuando acabe de grabar va a buscarte; ha sido un capullo, pero recapacitará. ¿Quieres que le llame yo y le pregunté qué tal está?

—No, se pensaría que solo es para controlarle. No sé, Sara, me da miedo que cuando termine el rodaje esté tan hundido que no se conozca ni a él mismo, y por consiguiente se haya olvidado de lo nuestro. —Sara escucha mis palabras y trata de animarme. Es muy duro saber que una persona te necesita y que estás tan lejos. Hay noches que pienso que no tenía que haber venido, que él me necesitaba a su lado, pero también pienso que fue él quien me apartó; dejó de llamarme, de verme, me obligó a volar. Quizás porque necesitaba su espacio o porque no quiso arrastrarme con él. Ahora ya solo me queda esperar y confiar en que no se dejará caer del todo. Ojalá que siga acordándose de mí y que mantenga una pequeña llama viva en su corazón que le haga aguantar el tiempo que dure ese rodaje. Sin darme cuenta, estoy aceptando poco a poco que tengo que respetar su decisión de alejarme, aunque me duela.

—Está bien, pero no puedes estar pensando en él todo el día, Oli. Tienes que disfrutar de esta oportunidad. Seguro que hay millones de tíos buenos delante de tus ojos. Y por favor, come algo más que estás muy delgada.

—Ja, ja, ja. Claro, y lo dices tú que estás gordísima, ¿no?

—No te metas con mi rubia, Oli, que está perfecta —interviene Raúl agarrándole la cara y plantándole un beso de película delante de mi cara de estupefacción.

—Joder, no tenía ninguna necesidad de ver eso, capullos. Será mejor que sigáis en la intimidad. Chaooo...

—Chao, nenita. Cuídate.

Joder, Sara mostrando amor delante de mis ojos, nunca pensé que llegaría ese día.

Cuando termino de cenar, mando un *email* a Rocío, que está de vacaciones con sus padres en Grecia; le pregunto por si algún griego multimillonario le ha robado el corazón y le digo que disfrute a tope.

Después me meto en la cama, agotada, un día más.

Cojo mi cuaderno y escribo sobre cómo me siento, lo mucho que le echo

en falta y la necesidad que tengo de su contacto. Imagino sus manos recorriéndome entera y cierro los ojos cuando me estremezco con su recuerdo. Estar entre sus brazos, un ratito largo, oyendo nuestras respiraciones, es una de las cosas que más me apetecería ahora mismo. Como no debe de ser lo suficientemente tortuoso este torbellino de sentimientos, me pongo los cascos y escucho en bucle las dos canciones que me grabó. Ahora sí que soy el masoquismo hecho persona.

La voz de Alberto se acompasa con mis latidos y es lo último que escucho antes de dormirme.

61- AL BORDE DEL PRECIPICIO

ALBERTO

No creo que sea capaz de aguantar mucho más este ritmo de destrucción que me he auto impuesto. Castigo mi cuerpo con alcohol y porros para lograr que mi mente salga de esta espiral en la que se ha sumergido, pero cada día que pasa es más difícil. Soy más dependiente y pierdo con facilidad el control. Pensé que esa etapa de mi vida estaba superada después del accidente, pero no. El cúmulo de circunstancias negativas que he vivido en los últimos tiempos me ha demostrado que sigo sin estar preparado para afrontar ningún contratiempo, no soy capaz ni de entenderme a mí mismo. Y lo peor de todo es que tiendo a aislarme en mi propio mundo, sin dejar entrar a nadie.

Hace unos días que llegamos a Roma y aquí las cosas cada vez se ponen un poco más insoportables. He estado renegando de la vigilancia a la que me ha sometido Eduardo mientras he estado rodando en Madrid; pero en el fondo, muy en el fondo, agradecía que al llegar a casa me estuviera esperando siempre con un plato de comida o con una charla antes de dormir. Creo que él era consciente de que me incomodaba su presencia, con su interrogatorio diario, sus consejos y sus advertencias. Aun así, no me ha dejado solo ni un día y con mi carácter de mierda creedme que no le habría faltado razón si me hubiera mandado a tomar por el culo. No se lo he dicho porque entre él y yo no tenemos esa clase de muestras de cariño, ni hablamos de muñecas, pero ha demostrado, una vez más, que es mucho más que mi representante/amigo.

Sé que habla con Oli casi a diario y que ella siempre le pregunta por mí. Es otro tema con el que hemos chocado bastante Eduardo y yo, además de por cómo estoy gestionando mi rencor hacia mi familia, claro. Él insiste en que soy gilipollas, por apartarla de mi lado sin tan siquiera haberme despedido. Es verdad que lo he hecho tremendamente mal con ella, como un puto cobarde, pero conozco a Oli lo suficiente para saber su reacción; no podía arrastrarla a una relación en la que ella lo dejara todo por mi culpa y tampoco me apetecía que ella se marchara con la sensación de que seguíamos estando juntos, porque sé que sufriría más.

La mandé un regalo por su cumpleaños con una carta, donde le decía que viviera su momento y que fuera feliz. Espero que le haya servido para darse cuenta de que nunca he dejado de amarla, solo que es lo mejor para ella estar lejos de mí.

Pienso en ella cada minuto del día, incluso cuando estoy tan tocado que no me apetece ni levantarme. Aun así, sigo convencido de que he hecho lo mejor para ella. Yo no quería ser su carga, por eso la dejé volar, en libertad. He estado tentado a llamarla, cada noche, pero al final he sustituido ese deseo de escuchar su voz por escribir en mi cuaderno de música, ese donde de vez en cuando escribo acordes, notas o letras que se me vienen a la cabeza para posibles canciones.

He cogido la insana costumbre de escribir una frase para ella cada día, y digo insana porque el pecho se me rompe en dos cada vez que cierro los ojos después de guardar el cuaderno y la imagino pegada a mí. Con sus labios curvados cuando me sonreía, sus manos menudas tocándome y su olor a vainilla.

Ahora estoy solo, en una fría habitación de un hotel en Vía Veneto, una de las calles más famosas de Roma y a punto de meterme en la cama, más borracho que sobrio y muerto por dentro. De fondo suena “Vía de escape” de Rayden, que parece que fue escrita para mi momento actual. Canta junto a Bely y hago mías cada una de sus palabras; *cada vez estoy más cerca de estar más lejos de mí...* Me quito la camiseta y el pantalón y entonces llaman a la puerta. Intentando parecer más sereno de lo que realmente estoy, me acerco medio desnudo a abrir, no sé quién coño será a estas horas.

—¡Joder, hueles a destilería!

—¿Qué cojones haces aquí, María? —pregunto cogiendo mi camiseta de la silla y volviéndomela a poner.

—Te dije que tenías que estar a las ocho abajo para el pase de texto. Has sido el único que no ha bajado. Y no hace falta que te vistas, te he visto desnudo muchas veces —me dice con insolencia.

—Joder, se me ha pasado. Tranquila, mañana madrugaré más y lo repaso.

—No pienso consentir una falta más, Alberto. Estás empezando a cansarme.

—Vaya, así que yo te canso. ¿Y tú? ¿Sabes lo que me haces tú a mí? Aparte de tocarme los cojones en cada secuencia, tratarme como un mierda y chillarme constantemente.

—Mira, Alberto, no tengo por qué aguantar tus gilipolleces de actor

frustrado. Has firmado un contrato y hay una cláusula muy clarita que dice que si lo incumples tendrás que indemnizar a la productora, he oído que necesitas el dinero, así que no te conviene cagarla. Te recomiendo que te des una ducha y descanses. Mañana a las siete te quiero ver abajo y, a ser posible, no desayunes con alcohol —me espeta mirándome con desprecio.

—Ya me explicarás algún día por qué coño querías trabajar conmigo. ¿Para humillarme? Porque no tengo ni puta idea de por qué era imprescindible que yo actuara en tu puta serie —digo gritando descontrolado y separándome de ella. Y ahí está la conversación pendiente que me estaba dando vueltas en la cabeza. No sé a qué coño ha vuelto María a mi vida, ni por qué ese empeño en rodar la serie conmigo. Seis putos años ha tenido para dar señales de vida y ha sido incapaz. Por qué precisamente ahora quiere tenerme cerca. Juro que no me lo explico. Fue ella la que un día desapareció, sin más.

—No seas tan creído, nene. Es todo cuestión de mercado. Me guste o no, eres uno de los actores más relevantes de nuestro país, y eso es bueno para la serie, cuestión de números. —Y su forma de llamarme *nene*, como hacía cuando estábamos juntos, me desagrada todavía más.

El *whisky* corre por mis venas y la cabeza me empieza a doler. Sé que esta conversación sería mejor mantenerla sobrio, pero ya no puedo parar.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser nene —contesto ofendido—. Y si de verdad solo es cuestión de números, ¿por qué coño me tratas con tanto desprecio? Igual te has olvidado de que un día desapareciste de mi vida y nunca más supe de ti. ¡Joder!

—¡Oh, pobrecito! Que se quedó solo. Te trato así porque quiero, porque yo soy la jefa ahora y tú un simple empleado. ¡Acéptalo! Ya no soy la pobre imbécil que dejabas en casa mientras tú te ibas a rodar. Mira qué vueltas da la vida, nene. Ahora yo tengo poder y manejo miles de cosas que no se te pasarían por la cabeza. Sí, un día me fui de tu vida y desaparecí. ¿Quieres saber por qué?, porque estar a tu lado era morir en vida. Fue alejarme de ti y empezar a vivir, Alberto, a vivir.

Estoy intentando asimilar sus palabras, que me han hecho un agujero en el pecho; pero no por ella, sé que habla desde el odio y el rencor, sino por Oli. Su recuerdo sentada en mi regazo acaba de venir a mi mente, la puedo sentir a mi lado. Yo creo que éramos felices, no quiero dudar de nuestro amor.

¿Será verdad que estar a mi lado es morir en vida? ¿Se sintió así Oli alguna vez?

María ha conseguido que la incertidumbre se apodere de mí. Me paso las manos por el pelo tirando fuerte de él, estoy enfadado y dolido a partes iguales. Ha conseguido hacerme daño y lo peor de todo es que me observa con detenimiento, regodeándose en mi estado.

—¡Sal de aquí! —digo intentando controlarme.

—Mañana a las siete, ni un minuto más tarde —sentencia.

Y cuando cierro de un portazo, golpeo con mi frente la puerta.

—Joder, joder, joder —grito yo solo.

Y yo que pensé que María alguna vez me quiso. Durante los primeros meses estuve soñando con que no tardaría en llamarme o en volver. A veces, haces daño a las personas sin tan siquiera darte cuenta. ¿Será verdad que estuvo tan mal conmigo? No sé, éramos dos locos, con caracteres parecidos y ansiosos por comernos el mundo; pero yo nunca pensé que ella se estaba consumiendo a mi lado, como me ha dicho, es verdad que su carrera como actriz no despegó como la mía, pero no creí que eso le afectara tanto. Si hubiera sido al contrario, a mí no me habría importado.

Me tumbo encima de la cama sin abrirla y miro hacia el techo; entre el alcohol y el efecto del último porro que me he fumado, estoy entre flotando y cardiaco. Vamos, una puta contradicción, que es lo que soy últimamente.

Me encantaría coger el teléfono y escuchar la voz de Oli, pero ¿qué le voy a decir? Que siento ser un mamón, que la necesito más que nunca, aunque eso signifique que tenga que renunciar a su trabajo y a su vida. Me encantaría preguntarle si a mi lado se sentía pequeña o grande. Desecho ese impulso y cojo mi cuaderno, será mejor opción.

“Día 45: Oliva, no puedo pronunciar en alto tu nombre porque me cuesta respirar, por eso no te llamo y prefiero escribirte, aunque jamás llegues a leer mis palabras. Ahora solo me queda el recuerdo de cómo me gustaba cuando éramos, así, en plural”.

No sé a qué hora me quedo grogui, pero la noche transcurre en un estado de duermevela salpicado con un par de pesadillas.

Ha sido una noche jodida, para que voy a mentir.

Me ducho, me visto y estoy en recepción antes de lo previsto, no quiero cabrear más a su majestad la reina de la CBX, ya me dejó ayer bastante clarito quién manda.

—¡Vaya, Alberto! No tienes buena cara —me dice Raquel, que también

está rodando en Roma conmigo.

—Gracias por tu sinceridad, compañera —respondo intentando sonar despreocupado.

—Venga, vamos a tomar un café triple a ver si espabilamos antes de que baje todo el equipo —me anima, y cogiéndome del brazo nos acercamos a la cafetería.

Ojalá la cafeína del café me dé la energía necesaria para afrontar otro día de mierda, aunque lo dudo.

62- NO ESTOY PARA FIESTAS

Estoy intentando atarme la cremallera trasera del impresionante vestido de Elie Saab que me han dejado, cuando suena el timbre de mi apartamento. Joder, el vestido es precioso, pero soy incapaz de atármelo sola. Lleva una cremallera diminuta y una trabilla casi invisible, o me sudan las manos o es que mis dedos están más torpes de lo normal.

Voy con el vestido a medio poner y abro la puerta a Bruno, tratando de mantener mi pecho a cubierto, porque no es ese el recibimiento que pienso hacerle.

Esta semana ha recibido una invitación de última hora para una fiesta exclusiva de la cadena de televisión de su serie. No ha querido ir solo porque todavía no confía mucho en sus conocimientos de inglés; una cosa es aprenderse los guiones de memoria, y otra es mantener conversaciones fluidas sobre cualquier tema. Así que, aunque no esté yo para muchas fiestas, he aceptado acompañarlo. Por suerte, Susan me llevó a una tienda preciosa de Rodeo Drive, donde han sido tan amables de cederme el vestidazo que llevo y unas sandalias a juego. Me parece increíble que simplemente por ir con ella y decir el evento al que tenía que asistir me hayan prestado todo el conjunto. Ni con tres sueldos sería capaz de pagar todo lo que llevo puesto. El vestido es una joya, en color gris plata con cuerpo de pedrería, tiene un escote en V tan pronunciado que casi me llega al ombligo y la falda es de seda, con mucha caída. Me encanta.

—Guau..., estás increíble, Oli —dice Bruno guiñándome un ojo cuando me ve en la puerta.

—Por favor, ayúdame a subirme la cremallera o llegaremos tarde —le pido mientras pasamos al salón.

El sonido de la conexión de Facetime nos interrumpe. Es Sara, que espera impaciente para verme con el modelo antes de salir, acepto y la pantalla se abre. El grito de mi amiga creo que despierta a todo el vecindario.

—¡Hostias! ¿Quién eres tú y dónde está mi amiga?

Aparto las manos de Bruno, que ya había terminado su función, pero todavía no se había despegado del final de mi espalda y me siento delante del Mac.

—¡Joder, estás loca! No grites así.

—Espera, no te sientes y date una vuelta, nena. Joder, estás para follarte.

—¡Me cago en la puta...! —bufa Bruno atragantándose con su propia saliva—. Oli, te cojo una cerveza que tengo la garganta seca —me anuncia yéndose a la cocina.

—Sara, quieres dejar de ser tan bestia —digo sentándome delante de la pantalla otra vez.

—Si quieres te lo digo en plan finolis. Estás preciosa, Oliva Sanz.

—¡Vaya bombón! —dice Ro pegándose a Sara para que pueda ver sus caras juntas en la pantalla.

—Muchas gracias, nenas. Ahora no me puedo entretener más porque llegaremos tarde.

—Está bien, pero que se ponga delante de la cámara tu acompañante, que queremos decirle un par de cosas.

—Joder, no sé para qué os he dicho nada.

Bruno, que las ha oído perfectamente, ya está enfrente del ordenador pavoneándose delante de mis amigas. Resoplo con fuerza. Qué más quiere él para alimentar su ego.

—¡Uf!, vaya... Vaya con Bruno García, el macizo, no me extraña que tengas a todas las mujeres loquitas por tus huesos —dice Sara mientras Bruno se sienta y les sonrío como si las conociera de toda la vida.

—Hola, chicas. Encantado de conoceros. ¡Vaya ojazos que tienes, morena!

—Muchas gracias. Y tú un culito que me encantaría catar —deja caer Ro con cara de inocente.

—¿Perdón? Hay más gente aquí —interrumpo, porque creo que la conversación está empezando a desviarse.

—Pues ya sabes...

—Rocío, soy Rocío. Pero todos me llaman Ro —se apresura a aclarar mi amiga. Y ahí siguen ellos, con el cortejo, como si Sara y yo nos hubiéramos volatilizado.

—Perfecto, Ro, como te iba a decir, puedes venir a ver a tu amiga a Los Ángeles y nos conocemos en persona, así me catas todo lo que quieras, que el cibersexo es más impersonal.

—Ja, ja, ja. Coño con el rompedor de bragas juvenil, no pierde el tiempo —interviene Sara descojonándose.

Rocío asiente encantada, poniéndole ojitos, y yo me levanto a coger mi bolso, lo mejor es salir de casa, cuanto antes.

—Pasadlo de puta madre, ¿entendido? Y tú, Brunito, quiero tus manos alejadas de mi Oli, que es mucha mujer para ti. ¿Te ha quedado claro?

—Claro no, clarísimo —contesta Bruno aguantado la risa.

Después de cuatro improperios más que nos sueltan, les decimos adiós, por fin.

Enfrente de mi casa está aparcada una limusina blanca, el chófer nos espera de pie para abrirnos la puerta. Casi me tengo que frotar los ojos para asimilar todo lo que tengo ante mí. Vamos, Oli, que esto es real.

—¡Vaya, no sabía que iríamos en una limusina! —digo a Bruno mientras me acomodo en el asiento trasero.

—Yo tampoco. Solo me dijeron que me recogerían, no imaginé que se trataba de esto.

La fiesta se celebra en un club exclusivo de Los Ángeles. Como ya estamos en verano, hace muy buena temperatura y han organizado todo en una terraza enorme, decorada como un jardín tropical.

Bruno me da su brazo para que le agarre al bajar de la limusina, me confiesa que está nervioso y que no le deje solo, porque no quiere meter la pata con sus compañeros ni con sus jefes. Me río por dentro, él siempre aparenta comerse el mundo y ahora está como un flan. Flashes, cámaras de televisión y una nube de periodistas nos recibe en la improvisada alfombra roja, con un *photocall* con el logo de la cadena enorme en la puerta. Suelto a Bruno para que pose él solo; él es el actor, no yo. Le guiño un ojo para que se tranquilice y consigo sacarle su mejor sonrisa. Después coge su móvil y nos hacemos juntos un *selfie*, dice que hay que inmortalizar este momento porque es “un puto sueño hecho realidad”, y la verdad es que un poco sí. Enseguida sube la foto a sus redes sociales y golpeo su brazo con mi puño cuando de título pone “De fiesta con la jefa”. De vez en cuando le gusta llamarme así, porque sabe que me molesta, hay días que lo mataría con mis propias manos, pero debajo de esa fachada de chulo y creído es buena persona.

Una vez dentro, nos empezamos a mover como dos pececillos asustados. Él porque busca nervioso a algún compañero de reparto y yo porque estoy alucinando. Pasan cerca de mí actores y actrices que ya empiezo a conocer, gracias al montón de series que me he empezado a tragar. Mi falta de conocimiento de este mundillo me ha hecho ponerme las pilas a marchas forzadas, así que ahora tengo mucho más control sobre el gremio.

Bruno y yo nos acercamos a la barra y enseguida localizo a Susan y a su

hermano. Parece que mi acompañante ya está un poco más relajado después de su primera copa y se separa de mí en cuanto ve a un par de compañeras de reparto, irá a desplegar sus armas de seducción, imagino.

—Estás muy guapa, Oli, te queda genial —me dice Susan.

Y yo me toco el vestido como si no me creyera que esté sobre mi cuerpo.

—Todo gracias a ti, por supuesto.

—Ten cuidado, que los actores son grandes seductores —me advierte Robert riéndose.

Si él supiera...

Cogemos unas copas, las alzamos y brindamos por la noche.

La música suena de fondo y yo parezco una paleta recién salida de un pueblo perdido de la montaña. No paro de mirar en todas las direcciones, tratando de no perderme nada. Susan me va diciendo quién es quién dentro de la cadena y, claro, cuando algún actor muy famoso se cruza con nosotras, se ríe de mí al ver mi cara de asombro.

Hoy estoy más torpe de lo normal y casi me choco con el actor buenorro de Anatomía de Grey. Sí, ese que es morenito con ojos azules, creo que en la serie se llama Jackson.

—Este es...

—Jesse Williams de Anatomía de Grey —me aclara Susan dándome un golpe en la espalda para que no me atragante con mi copa.

Él se medio disculpa por el choque y nos sonrío.

Debo de estar para foto.

Todo fluye bien, me está gustando estar aquí y ver en vivo y en directo todo este mundillo tan nuevo para mí. Bruno de vez en cuando se acerca y charla con nosotras o me presenta a alguna compañera. Está claro que, después de esos minutos iniciales de incertidumbre, ya está en su salsa.

Un directivo de la cadena sube a un pequeño escenario y pronuncia una especie de discurso de agradecimiento. Es como la fiesta de verano cerrando la temporada de series, por el parón vacacional; aunque sigan grabando, por supuesto. La mayoría de las series volverán en otoño con sus nuevas temporadas.

Entonces, antes de bajarse del escenario presenta al mismísimo Ricky Martin. Susan grita como una loca y todos los asistentes empiezan a aplaudir. Ricky saluda y comienza a sonar la música. Podía haber empezado con cualquier tema de su seguro extenso repertorio, que desconozco, porque no es que sea yo muy fan de él, pero justamente la primera canción que empieza a

cantar me provoca un pinchazo en mi lastimado corazón. Se trata de “Tu Recuerdo”, que yo sí conocía, porque hizo un dueto muy famoso con La Mari, la cantante de Chambao.

Bruno se acerca a mí y decide que es hora de hacerme un poco de caso.

—Baila conmigo, Oli. Que para eso soy tu acompañante.

Me quiero negar, pero tampoco tiene mucho sentido hacerle ese feo a él, que no tiene la culpa de que mi mente esté volando a miles de kilómetros de aquí.

Posa su mano en mi cintura y nos balanceamos al ritmo de la canción, suave y lenta.

Tu recuerdo sigue aquí, como aguacero de mayo, rompe fuerte sobre mí...

Y así, palabra por palabra. El agujero se hace más grande y un dolor punzante se abre paso en mi pecho...

Quema y moja por igual, y ya no sé qué pensar, si tu recuerdo me hace bien o me hace mal...

Alberto, Alberto, Alberto inunda toda la fiesta. Ahora mismo está más presente que nunca en mi recuerdo; sus manos, su mirada, su cuerpo, su olor, su voz. Todas las sensaciones vuelven de repente, atravesándome de arriba abajo, secando mi garganta y concentrando todas las lágrimas en mis ojos, a punto de desbordarse. Bruno lleva el compás y yo solo soy un cuerpo inerte que me dejo llevar. Bruno me susurra cosas al oído, pero yo soy incapaz de escuchar.

Alberto ha invadido mi mente y mi cuerpo y me está costando muchísimo volver al aquí y ahora.

La canción termina y me separo de Bruno, como si quemara.

—¿Estás bien? Te has quedado un poco pálida.

—Sí, voy un momento al baño, enseguida vuelvo.

Me escabullo entre el gentío y consigo llegar al aseo. Las lágrimas están a punto de salir y no quiero que nadie me vea en este estado. Intento controlar el llanto, pero los primeros segundos es imposible. Espero no parecer un oso panda.

Cuando me calmo un poco, me seco con un pañuelo que tengo en el bolso y me retoco un poco el maquillaje.

Respira Oli, respira.

Alberto, te necesito, te necesito más de lo que nunca imaginé, me da igual que estés lejos porque yo te siento muy cerca. Quiero verte, tocarte, sentirte. Y si no hago algo al respecto, sé que me voy a arrepentir el resto de mi vida.

Antes de salir del aseo, mi móvil empieza a sonar. El estómago me da un vuelco ante la posibilidad de que fuera mi profe el que por fin me llamara, como si al haber estado recordándole durante gran parte de la noche le hubiera invocado o algo parecido.

Pero al ver la pantalla, todo se detiene.

No es Alberto, es Raquel, y en ese mismo momento sé que no voy a recibir buenas noticias.

ALBERTO

Es de noche y voy corriendo arrastrando a María de la mano por una calle estrecha, muy cerca de la Fontana de Trevi, en el primer portal a la izquierda la empotro contra la puerta de madera y la estrecho entre mis brazos, cubriéndola con todo mi cuerpo. Su boca se queda a escasos centímetros de la mía, y cuando voy a terminar de invadir su espacio metiéndole la lengua para darnos un beso apasionado, *oímos*:

—¡Corten! Otra toma más —nos dice Peter sacando la claqueta.

Vaya, me he ahorrado compartir fluidos con ella. Solo de momento, porque parece ser que repetiremos la toma otra vez hasta alcanzar el clímax.

Sí, ahora la reina de la CBX también actúa y como no podía ser de otra manera ha tenido que presionar a los guionistas para que su personaje y el mío se enrollen. No sé si porque quiere recordar el pasado o para echarme algo más en cara, como ha seguido haciendo desde que le pregunté qué coño le pasaba conmigo. Hoy dirige Charlie y ella solo interpreta, por fin terminé de rodar los capítulos en los que ella dirigía; aunque, si lo pienso fríamente, no sé qué será peor.

Rodar en Roma está resultando bastante complicado. Al tratarse de una ciudad con tantísimo patrimonio histórico protegido, hay que pedir muchos permisos para rodar en exteriores, las autoridades suelen tardar más de lo esperado en aceptar y se está retrasando el rodaje varios días; me muero de alegría, como podéis suponer.

Además hay que añadir que Roma es una ciudad plagada de turistas y para rodar con un poco de silencio y tranquilidad en la calle casi siempre lo tenemos que hacer de madrugada, bien después de media noche o casi al amanecer. Ahora son casi las dos y aun así hay un montón de curiosos merodeando alrededor del set de rodaje. En esta secuencia, los únicos actores son dos americanos, que hacen de malos; es decir, los que nos persiguen, y María y yo. Por eso, solo hay un grupo reducido de técnicos, cámaras y el director; el resto del equipo está en el hotel descansando, junto a los actores que tendrán que rodar sus secuencias por la mañana.

Volvemos a acercarnos, esta vez continuamos desde el plano en el que la empotro en el portal, a ver si con un poco de suerte le doy el puto beso y seguimos. Me muero de ganas de fumarme un cigarrito de los míos. Mi boca vuelve a quedar pegada a la suya y ella con los ojos cerrados recibe mi lengua. Tengo al cámara casi rozando mi oreja, a este paso se le verá hasta la campanilla.

Es la primera vez que nos besamos después de seis años y, si os estáis preguntado qué siento, os puedo asegurar que nada. Bueno, para no mentir os diré que hasta un poco de asco. Porque ella ahora mismo para mí es como cualquier otra actriz con la que he tenido que grabar escenas de este tipo, con la diferencia de que con ella compartí muchos besos en el pasado, pero mi lengua ya no la guarda en su memoria. El beso ha sido muy mecánico, sin pasión y sin ganas. He intentado disimular todo lo que he podido para no tenerlo que repetir.

Cuando mandan cortar y dicen que la toma es buena, suspiro aliviado. Me aparto un poco y saco mi pitillera del bolsillo, la primera calada me sabe de puta madre, suelto el humo y paseo un poco, libero toda la tensión que tenía acumulada.

—¡Joder, ya estás fumando!

—¿No hemos acabado ya?, pues fumo lo que me da la puta gana —digo sin ganas de pelear más.

—No, no hemos acabado. Vamos a ir a rodar al piso porque Charlie quiere que lo hagamos con la ventana abierta y que se vea que es de noche.

—Joder, ¿no iba a ser de día?

—Pues parece ser que no, lo quiere de noche.

—Perfecto, pues entonces me tendré que fumar otro.

—¿Qué pasa, Alberto?, ¿no eres capaz de rodar escenas de sexo conmigo? ¿Te pones nervioso? Pues creo que siempre se nos dio muy bien esa parte. Mejor que bien, diría yo —me dice intentando picarme para que entre al trapo.

—Es solo una escena, María, ruedo millones de esas al año, no va a ser especial —y lo digo mirándola con desgana, como hago todo últimamente. Sin la chispa necesaria para que las cosas salgan bien.

Hablar de la escena de sexo que estoy a punto de rodar con ella no me excita ni me intimida lo más mínimo. Joder, Alberto, si ya te ha dado algo de asco meterle la lengua para el beso, espera a que la veas desnuda encima de ti.

Cuando vi esa parte del guion, cambiada a última hora, como lo de nuestra relación ficticia, que parece que está metida con calzador en la trama, ya me mosqueé bastante y fui a pedir explicaciones, que por supuesto María no quiso darme. Además, su marido, “el huevón”, como le hemos bautizado Raquel y yo, solo sonrió cuando le pregunté. Parece que ha venido solo a complacer a su mujercita, lo demás le importa una mierda, como si al final la serie resulta ser infumable. Parece que disfruta viendo cómo me trata su mujer y después cómo le meto la lengua. Por exigencias del guion, obviamente.

La relación de esos dos es más rara de lo que aparentaba en un principio, creí que está basada en los ceros que tiene él en la cuenta corriente y en el estatus que le proporciona, pero ahora creo que también hay una especie de acuerdo tácito entre los dos y que tienen un matrimonio abierto de esos, porque no me creo que María solo se tire “al huevón”. Es más, la imagino fácilmente montándose con cualquiera y a él mirando; porque, aunque no sé su edad, no le veo yo preparado para complacer a su mujer con muchos asaltos; y para ella, si no ha cambiado, el sexo siempre ha sido una necesidad.

El piso donde rodamos los interiores está cerca de la Basílica de Santa María Maggiori, en uno de esos edificios elegantes y muy antiguos. Con el ascensor con rejas metálicas y escaleras enormes. La habitación tiene techos muy altos, una cama con un cabecero de forja negro, sábanas de seda grises y una ventana doble con contraventanas blancas exteriores. De fondo, ahora mismo, se divisa la luna y la cúpula de la Basílica.

De camino me he fumado otro porro, lo necesitaba y se puede decir ahora mismo que estoy cualquier cosa menos nervioso. Creo que corro el peligro de empezar a descojonarme por la situación más que a ponerme tenso. Como vamos a grabar casi en penumbra, me va a dar un poco igual que María se siente a horcajadas sobre mí, con un tanga de esos minúsculos que parece un hilo dental y los pechos al aire.

Entramos y voy al baño un momento. Me echo un poco de agua para despejarme, son más de las tres de la madrugada y estoy cansado, para que negarlo. Me han dado un albornoz y el *bóxer beige*; sí, ese tan sexi. Cuando salgo, me maquillan un poco la cara, sobre todo corrigiéndome las ojeras que ya arrastro hace días, aunque en la oscuridad poco se va a ver. María ya está semi desnuda, pero envuelta en el albornoz también. Nos dan los guiones y los leemos un par de veces, es un poco absurdo porque, excepto gemidos y un

par de frases, tampoco tiene mucha sustancia la secuencia. Más bien son los movimientos los que habría que repasar, pero con ella me voy a ahorrar eso de interactuar con mi compañera. Normalmente con otras actrices, antes de rodar este tipo de escenas, les pregunto cómo se sienten más cómodas, dónde es mejor colocar las manos o si tienen cosquillas en algún sitio determinado, para evitar esa zona. Con María paso, directamente paso. Intentaré rodar lo más mecánicamente posible, como el beso de antes y sin que parezca forzado, quiero salir de aquí cuanto antes.

Por cómo me mira de arriba abajo cuando me quito el albornoz y espero a los pies de la cama, que es desde donde parte esta secuencia, no creo que ella esté cohibida o nerviosa, más bien ansiosa. Joder, solo le falta relamerse.

No me lo puedo creer, el puto huevón acaba de entrar en la habitación también. ¿De dónde ha salido? Me saluda levantando la mano y se coloca detrás del director. Es surrealista.

Alberto, venga, concéntrate un poco, es mejor grabar una toma que no cincuenta. Me digo para interiorizar lo que tengo que hacer.

La marihuana hace su efecto y empiezo a descojonarme solo, cuando María antes de quitarse el albornoz se ha acercado a su marido y le ha dado un beso en la boca. Joder, qué asco, y eso qué significa, ¿qué cuando me bese a mí me comeré sus babas?

Céntrate, Alberto, céntrate.

María me mira negando con la cabeza ante mi actitud y contengo la risa para concentrarme de nuevo. Los del equipo me miran sin más, ignorando el porqué de mis carcajadas. Se quita el albornoz y se pega a mí. Estamos de pie, sin apenas rozarnos y mirándonos a los ojos. No me va a intimidar.

—Acción

Venga, que empiece el baile.

Una toma, otra y otra. Ella encima de mí, botando con sus pechos cerca de mi boca, yo con las manos en su cadera, acompañando sus movimientos y fingiendo jadeos y gemidos, todo de lo más natural, rodeados de unas cuatro o cinco personas, incluido su marido. Ella se entrega al 100%, yo no llego al 50. Menos mal que la escena es de sexo, pero no de ese muy explícito. Ya sabéis que los americanos son muy retrógrados, y si no, enseguida tendrían que censurar esas partes y estropearían la serie, así que no han querido arriesgar. Al final acabamos con un par de frases de amor y comiéndonos la boca, otra vez. Pura ficción.

El director manda salir a todos y nos dejan a solas mientras nos vestimos.

Me giro hacia la ventana mientras me subo los vaqueros y María me agarra por detrás, cogiéndome por sorpresa; *aún* desnuda, pega sus pechos a mi espalda.

—¿Qué coño haces? ¡Suéltame! —digo zafándome de su agarre.

—Dime que no te apetece recordar los viejos tiempos. Rodando has estado muy tenso. Puedo ayudarte con eso, si quieres. Siempre se nos dio muy bien follar juntos.

—Estás enferma. No he estado tenso, he estado apático, que es diferente. Porque no me pones una mierda, ni siquiera un poquito, me das bastante asco, siendo sincero.

—¿Estás seguro? —dice ya frente a mí, agarrándome la polla por encima del *bóxer* mientras me ato los vaqueros.

—Estoy más que seguro —digo apartando su mano de mi paquete—. Si quieres le preguntamos a tu marido a ver qué le parecen a él tus ganas de follarme —espeto poniéndome la camiseta y alejándome de ella.

—A él le encantaría mirar.

—Joder, eres más patética de lo que pensaba.

Y antes de calzarme, salgo de la habitación con las playeras en la mano, digo un adiós rápido y no espero ni al ascensor, bajo por las escaleras como si me persiguiera el diablo.

Deambulo por las calles de Roma, sintiendo una mezcla de asco y vergüenza. Después de los días que me ha hecho pasar María, todavía tiene el descaro de querer sexo conmigo. Joder, está como una puta cabra y, como ya intuía, su marido es consciente de todo. No he sentido nada cuando hemos grabado, y menos cuando se ha pegado a mí después. Es un cuerpo desnudo, sin más.

Son más de las cuatro de la madrugada de un viernes cualquiera. Bueno ya es sábado; no hay apenas gente, pero ya se sabe que los borrachos y los yonquis tienen una especie de radar para encontrar los antros que todavía sirven sus vicios. Tendría que irme al hotel, ducharme, quitarme la sensación de suciedad y meterme en la cama; pero como sigo siendo un débil, me voy a enterrar mis penas en alcohol, un día más.

Cuando vuelvo al hotel, ya está amaneciendo, los barrenderos están limpiando las calles y me choco sin querer contra una farola, dándome un golpe en la frente, con tan mala suerte que es cerca de la ceja y empiezo a sangrar. Me lo limpio con un pañuelo como puedo e intentando mantener el equilibrio llego hasta la entrada del hotel.

Raquel sale del ascensor en ese momento y me ve llegar bastante perjudicado, Miguel viene con ella, porque tienen que ir a grabar ahora, así que ellos están despiertos y lúcidos, igualitos que yo (entiéndase el sarcasmo).

—Vaya, alguien todavía no se ha acostado, por lo que veo —me dice Raquel con gesto medio serio.

—Así que de fiestón, ¿no? —añade Miguel—. Pues entonces igual que estos dos en Los Ángeles. Mira qué guapos.

Y aunque me cuesta enfocar la imagen un poco, veo la foto de Bruno pegado a Oli, con su brazo por encima de su hombro y con una sonrisa de oreja a oreja. Ella está preciosa. Automáticamente me cambia el semblante, me froto la cara para intentar visualizar la dirección del ascensor y noto como Raquel mira a Miguel, intentado decirle que la ha cagado enseñándome la mierda de la foto. Raquel y yo hemos tenido algunas conversaciones en el set de rodaje, compratiendo un café en esos tiempos muertos entre secuencia y secuencia. Sabe mi historia con Oli, casi al completo, y sabe lo jodido que estoy sin ella. Miguel le devuelve la mirada extrañado, sin entender nada. No le culpo.

Sin decir más, intento que mis pies caminen lo más recto posible para llegar al ascensor, pero el Karma me debe de estar jodiendo de nuevo, porque un botones se cruza en mi camino y sin poder esquivarlo acabo tirado en mitad del *hall*, con el corazón en pedazos, borracho, fumado y viéndolo todo negro.

64- CAMBIANDO EL CUENTO

Casi veinticuatro horas de vuelo, con escala incluida en Filadelfia, dan para pensar mucho y no siempre bien.

He salido de Los Ángeles tan rápido que voy repasando mentalmente mis últimas horas, para que no se pierdan mis ideas entre maletas y aeropuertos.

Mientras yo estaba disfrutando de la noche en una fiesta increíble en Los Ángeles, rodeada de actores y actrices, en Roma ya había amanecido. Raquel me llamó justo después de dejar a Alberto medio grogui, en la cama de su habitación del hotel, con una borrachera de las épicas, sí, de esas que al día siguiente te duele hasta el alma, con un pequeño corte en la ceja y con la rodilla hinchada por su última caída en el mismísimo *hall*.

Raquel estaba asustada, me dijo que nunca lo había visto tan mal, que aunque todos sabían que bebía, a veces más de lo necesario, siempre había estado en un estado más o menos aceptable, pero en esa ocasión había sobrepasado su propio límite. Me dijo que no sabía a quién llamar, pero que después de compartir charlas con él y conocer por encima un poco nuestra relación, creyó que me gustaría saber cómo estaba empezando a tocar fondo.

Salí de la fiesta casi sin despedirme, Bruno quiso acompañarme, pero me negué. Necesitaba estar sola y pensar rápido. Llegué a casa, me quité el vestido y todo el maquillaje y me di una ducha. El agua destensó un poco mis músculos e hizo brotar mis lágrimas.

Saber que Alberto estaba tan mal, tan lejos de mí y solo, me encogió el cuerpo y el alma. Me sentí una imbécil por no haberme dado cuenta antes, pero ya se sabe que hay veces que nos empeñamos en no querer ver lo que se cuece en nuestro interior. Y yo de repente comprendí que Alberto estaba dentro de mí, que corría por mis venas toda su esencia y que, si quería tener una vida plena y feliz, no existía ninguna posibilidad de obtener esa felicidad si no era con él a mi lado.

¿De qué me sirve seguir enfadada con él?, ¿para qué voy a esperar como una princesa de cuento a que venga mi príncipe a rescatarme? Es prácticamente imposible ansiar ese final cuando al otro lado del charco está él, metido en un pozo del que le va a resultar muy difícil salir y dejando que el alcohol mate sus penas.

Cuando me calmé y tuve clara mi decisión, llamé a Eduardo.

—Eduardo, me ha llamado Raquel.

—¡No me jodas! ¿Dime que no está en una puta cama de hospital con las venas destrozadas?

—No, de momento no, por eso necesito unos días para ir a Roma. No puedo dejarle solo —dije todo de carrerilla porque necesitaba soltarlo.

El aire salió de mis pulmones a toda velocidad.

—Está bien. Espero que le hagas entrar en razón y que madure de una puta vez. Al final se está comportando como un crío pequeño con una pataleta.

—Por el trabajo no te preocupes, dejaré a Susan al cargo y espero regresar muy pronto.

Eduardo me dijo que estuviese tranquila, Alberto es para él más que un amigo y teme por su salud física y mental igual que yo.

Miré un vuelo y cogí el primero que salía de aquí. Necesitaba llegar a Roma cuanto antes.

Intenté conectarme con Sara, porque necesitaba hablar con ella, aunque sabía lo que me iba a decir. Quería contarle que no iba a seguir fingiendo que podía hacer mi vida sin él, como si nada le estuviera pasando. No lo conseguí, así que me puse a hacer la maleta.

Esa noche me costó mucho conciliar el sueño, cada minuto que pasaba se me hacía eterno y no paré de dar vueltas a todo como una noria. Imágenes de Alberto se mezclaron entre sueños y realidad. Me costaba respirar.

Durante la escala, por fin conseguí hablar con Sara por teléfono. Como supuse, me advirtió del peligro de salir corriendo y dejar mi vida.

—Nena, no puedes dejar tu vida para volver a estar a la sombra de otro tío. Lo sabes, ¿no? Ningún tío se merece que lo dejes todo por él, ni tan siquiera tu profe.

—Joder, Sara, no se trata de eso. No pienso abandonar mi carrera por él, solo estoy intentado hacer lo que me dicta el corazón. No puedo ser feliz si él está así, no puedo.

—Está bien, pero no puedes ir salvando siempre a todos, Oli, algún día tendrás que pensar en ti, solo en ti. —Con la misma, me despedí y colgué porque ya estaba embarcando de nuevo.

No sé por qué Sara me sigue viendo como la niña huérfana y desvalida que empezó a vivir en casa de Diego con quince años. Sí, esa que enseguida se metió de lleno en una relación que me condenó a vivir la vida de él y no la mía. Será porque hemos estado separadas durante casi un año y no ha notado

que la nueva Oliva nada tiene que ver con la anterior. Sé lo que quiero y lo tengo muy claro, pero soy así, con todas mis circunstancias, no puedo mirar a otro lado cuando él está sufriendo.

No voy salvando vidas como ella dice, pero no estoy dispuesta a perder ni una más. Durante estas últimas semanas ha sido muy bonito imaginar cómo Alberto terminaría de grabar y me llamaría, o vendría a buscarme a Los Ángeles. En mi cabeza la escena era perfecta, me diría que fue idiota por haberme dejado marchar y me juraría amor eterno. Entonces el final del cuento sería como marca el guion, con su “y comieron perdices”.

Pero me he dado cuenta de que hay veces que es necesario cambiar el guion del cuento, y esta ocasión es una de ellas.

Son casi las once de la noche cuando aterrizo en el aeropuerto de Fiumicino. Cojo un taxi y mando a Raquel un *whatsapp* para que me diga cuál es la habitación de Alberto. Ella me dice que está con él en el bar del hotel, que ha intentado convencerle para que se fuera a descansar, pero se ha negado, así que ha preferido esperar con él hasta que yo llegue.

Pensé en haberle llamado por teléfono y haber intentado hacerle entrar en razón con respecto a su actitud, pero probablemente no me habría ni contestado, así que lo mejor es presentarme sin que me espere y afrontar la situación.

Estoy nerviosa, es Alberto, mi profe, mi guía, mi amor, pero ahora también es un hombre enfermo, un alma oscura que no quiere ver la luz, y eso es completamente nuevo para mí, yo nunca me he enfrentado a nada parecido.

Pago al taxista y cojo mi maleta, entro en el hotel y veo el bar, que está a la derecha. Camino con paso lento pero decidido, al final de la barra veo a Alberto, con un vaso de *whisky* en la mano y de espaldas a la puerta. Raquel se da cuenta de mi llegada y le deja solo, acercándose a mi encuentro. El pulso se me acelera. La camiseta que lleva puesta no le marca los músculos de la espalda como cuando lo vi por última vez, está más delgado, cabizbajo y pensativo.

—Hola, Oli —me saluda Raquel dándome dos besos en la entrada.

—Hola. Muchas gracias por avisarme. ¿Cómo está hoy?

—Bueno, no está tan borracho como el otro día, pero tampoco sobrio. Por eso no he querido dejarle solo.

—Vale, muchas gracias, de verdad.

—No hay de qué.

Y aquí estoy, afrontando nuestro reencuentro después de casi sesenta días sin vernos y en unas circunstancias que nunca imaginé. Me acerco por su espalda y me coloco a su lado, donde antes estaba sentada Raquel, el camarero me mira alzando la cabeza y, antes de que me pregunte qué voy a tomar, respondo segura.

—Ponme lo mismo que él.

Entonces Alberto, que sigue con la mirada fija en su vaso, al escuchar mi voz levanta la cabeza y me mira a los ojos arrugando las cejas y pestañeando varias veces. Su gesto muestra extrañeza y, aunque me mira con desdén, noto como le tiemblan las manos, por lo que se aferra al vaso con más fuerza.

Me habría abalanzado sobre él en ese mismo instante, pero en el fondo siento rabia al verle así. De repente recuerdo que no fue capaz de despedirse de mí y aguanto las ganas de soltar toda mi frustración en este momento. Intento pensar con la mente fría y estudio su reacción ante mi presencia.

—Joder, Luigi. Este *whisky* debe de tener psicotrópicos porque creo que tengo alucinaciones —dice mirando al camarero, que me pone media sonrisa—. ¿Desde cuándo bebes *whisky*, Oliva?

Y ahí está su voz, su voz rasgada de nuevo, con un tono distante y cansado, nada que ver con el tono entre dulce y canalla que empleaba conmigo. Oírle después de dos meses y tenerlo cara a cara me provoca un escalofrío, como si la electricidad hubiera vuelto a mi cuerpo, intento controlarme para que no se dé cuenta.

—Es mi primera y última copa. Si quieres brindamos, porque también será la última tuya. Así que saboréala, porque no vas a volver a probarlo.

—Ja, ja, ja. ¿Qué, has venido desde Los Ángeles solo para prohibirme beber? Demasiadas molestias ¿Y tu novio Bruno? ¿Él también ha venido contigo? — me pregunta insolente.

—¿En serio? En serio, Alberto, que eso es lo primero que me vas a decir después de casi dos meses sin hablar conmigo.

—¿Qué haces aquí, aceituna? —me pregunta esta vez un poco más derrotado. Y escuchar salir de sus labios mi apelativo cariñoso, empleando otro tono distinto, me da una chispa de esperanza. La desgana con la que me ha mirado al principio me ha hecho contener la respiración. Pero no pienso amilanarme, sé que voy a tener que luchar con todas mis fuerzas para que vuelva a ser el Alberto que yo conocí, el verdadero; el que disfruta teniéndome en su regazo, el que está feliz con nuestros silencios y el que

desea seguir enseñándome un montón de cosas. Estoy dispuesta a recuperarlo, al precio que sea, por eso he venido hasta aquí.

—He venido a salvar al príncipe, ¿no decías que yo soy tu cenicienta? Pues en esta versión nueva del cuento es la cenicienta quien salva al príncipe.

—Mi cenicienta no sabe que aquí —y se señala la cabeza con el dedo índice— no hay nada que salvar.

Mi cuerpo no puede resistirse a acortar la distancia que me separa de él.

—Tu cenicienta no tiene prisa.

Choco mi vaso con el suyo y me bebo de un trago el *whisky*, alzo las cejas invitándole a él a hacer lo mismo. Joder, me raspa la garganta y me quema el estómago, pero me da el valor suficiente para sacarlo de allí. Alberto no bebe más y deja su vaso en la barra. Arrastra un poco los pies al andar, pero aún así va caminando a mi lado, no me resisto más y cojo su mano. Sentir su tacto de nuevo me hace temblar, aunque disimulo como puedo, creo que él también se ha estremecido con el contacto.

Tiro de él y de mi maleta hasta recepción, donde dejo mis datos y me registro en su habitación. En el ascensor Alberto no me dice ni media palabra, me imagino que esté muerto de vergüenza y yo, que quiero demostrar que sigo enfadada y dolida todavía con él, intento hacerme la dura, pero me está costando muchísimo esfuerzo no abrazar su cuerpo. Necesito tocarlo y besarlo como si mañana no fuera a existir.

Llegamos a su habitación y sigo centrada en mi objetivo, que no es otro que empezar a juntar los pedacitos de Alberto que me he encontrado. Hay veces que el amor consiste en eso, en juntar los retales que encuentras para obtener un todo.

—No deberías estar aquí, Oli, no ves que soy un puto trapo.

Ignoro sus palabras y sigo con el objetivo que me he marcado.

—¿Dónde está tu pitillera?

—En mi bolsillo ¿Por qué?

—Dámela.

—Oli...

—Alberto, fúmame el último porro si quieres, en lo que te preparo el baño. Porque apestas, y dame toda la marihuana que tengas, porque se acabó —digo alzando la voz, él me mira incrédulo, la verdad es que no me reconozco ni yo.

Las infinitas horas de vuelo me han servido para leer un poco sobre cómo hay que afrontar las adicciones; bueno, esas adicciones que no son graves, al

menos no lo parecen tanto, y que normalmente hasta están bien vistas por la sociedad. Alberto en más de una ocasión me dijo que él no era alcohólico, y puede que no lo sea, pero ahora mismo se está comportando como tal.

—No necesito una puta niñera, Oli. No tienes por qué dejar tu vida y venir a salvarme, no merezco que malgastes tu tiempo conmigo. No valgo una mierda. Y te repito una vez más que no soy un puto alcohólico y mucho menos un yonqui.

—¿Has terminado de escupir idioteces?

—¡Joder...! —bufa.

—Pues ya está —digo cogiendo una bolsa y vaciando el contenido del minibar. Acto seguido saco todos los porros de la pitillera que había dejado encima de la mesita.

—¿Hay algo más?

—¡No! —me dice cortante. Sin decir una palabra más, me voy al baño y empiezo a llenar la bañera. Alberto se sienta en el borde de la cama desatándose las zapatillas. Regreso y me pongo a deshacer mi maleta. Hago como que le ignoro, pero me mata verlo así.

—¡Oli, lo siento! ¡Mierda! Siento que me tengas que ver así. ¿Podrás perdonarme, aceituna? —me dice cuando por fin se va deshaciendo de la coraza y empieza a derrumbarse.

Quería seguir con mi plan de mantener la distancia, pero parece tan vulnerable que me acerco y le poso la mano en la nuca. Alberto se pone de pie y me estrecha entre sus brazos. Joder, su contacto me quema, me quema más que el *whisky* que me he tomado hace unos minutos. La memoria de mi piel recuerda cada sensación con su roce y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Le he echado tanto de menos.

—¡No llores, Oliva! ¡Por favor, no llores! —Y me limpia con su pulgar un par de lágrimas.

Esto no estaba planeado, no quiero derrumbarme delante de él, necesito que vea que he venido a tomar el mando, no a ser una cría asustada por las circunstancias.

—¡Métete en la bañera! —le ordeno cansada, separándome de él porque no puedo dejar que crea que todo está arreglado.

—¡Por favor, Oli! No me dejes solo —me suplica.

—Alberto, no voy a dejarte solo. Pero tienes que ponerte bien.

Sin más dramas, sin más dudas, sin más palabras. Solo gestos.

Pequeños gestos, ilusiones gigantes. Como un día me confesó él.

Nos desnudamos y nos metemos en la bañera; juntos, pero a la vez separados. Como la primera vez que estuvimos en el hotel en Madrid. Con ese simple gesto, sin dejarlo solo, sin querer pero queriendo, sumergidos en el agua caliente y rodeados de espuma, ahogaremos nuestras penas disfrazadas de confesiones.

65- CONSTANCIA

Como intuí ayer, en la bañera salieron a la luz todos los sentimientos que nos habíamos guardado los dos últimos meses; amor, rabia, decepción, miedos y reproches; pero sin gritos ni dramas, solo lo dejamos fluir.

A Alberto se le empezó a pasar el efecto del alcohol, poco a poco, y entonces se animó a soltar todo lo que ha estado arrastrando. Me habló de por qué fue un cobarde conmigo, de lo mal que gestionó lo de su familia y de cómo ha sufrido y padecido a su ex cada día de rodaje. Yo escuché paciente sus disculpas y me puse en su pellejo. Los seres humanos somos impredecibles y nos comportamos de formas muy diferentes ante una misma situación. Él intentó refugiarse en su propio interior y entró en su propio bucle de auto destrucción. Le confesé que me dolió mucho que no confiara en mí y que me alejara de su lado, sin preguntarme siquiera. Además de su cobardía por mandarme una carta a través de Eduardo que me partió el pecho en dos.

Cuando dos personas se quieren, no se dejan marchar. Esa fue la frase que más le repetí.

Le advertí que, si sigue encerrándose en sí mismo, llegará un día que ni tan siquiera yo pueda entrar.

Me contó sus días rodando, su conversación con María cargada de reproches, en la cual le echó en cara todos sus males y su miedo a no ser bueno para nadie. Estábamos juntos en el agua, que cada vez estaba más tibia, mirándonos a los ojos, pero a cierta distancia, cada uno apoyado en un extremo de la bañera, sin rozarnos. Alberto se tapaba la cara con las manos mientras me hablaba, intentando esconderse de mí. No pude resistirme y fui cediendo, poco a poco. Le mandé acercarse y apoyar su cabeza entre mis pechos y lo rodeé con mis piernas. En esa posición, Alberto cerró los ojos y soltó el aire de sus pulmones, como si por fin se sintiera en casa de nuevo. Noté como un par de lágrimas empezaban a brotar de sus ojos azules y continuó hablando; de las escenas de sexo con María, bastante forzadas en la trama, del asco que le produjo cuando ella le propuso follar y de cómo su marido está al tanto de todo. Elevó su cabeza para mirarme a los ojos, buscando mi reacción, y yo disimulé como pude, pero por primera vez tuve

miedo de sus palabras, la duda estaba ahí, pululando en mi cabeza. No me podía imaginar a Alberto estando con nadie que no fuera yo.

—No ha pasado nada, Oli. Ni con ella ni con nadie —me confesó.

Yo no pude decir nada; solo relajar la mandíbula, que se me había empezado a tensar.

Con la voz más rasgada que nunca, me contó que estuvo delante de mi casa mi última noche en Madrid. Que me vio con Diego y que fue tan cobarde que no pudo bajarse del coche, pero que sintió alivio cuando Diego se alejó de mí. Me pareció increíble que hubiera estado tan cerca de mí sin yo enterarme. Me confesó que todos los días se ha acordaba de mí, sin excepción.

Después me relató como vio mi foto con Bruno en esa fiesta, que estábamos riéndonos y él tenía su brazo por encima de mis hombros, ese contacto y mi sonrisa le partieron en dos. Dedujo que estábamos juntos y le dolió.

—El alcohol y los porros han debido de afectarte más de lo que pensaba. ¿En serio me ves capaz de salir con Bruno? Precisamente con alguien como él. No me lo puedo creer —dije ofendida.

—No sé, estaba bastante borracho. Vi tu sonrisa y solo pensé que no era yo quien te hacía sonreír, y eso me mató —dijo con tristeza.

—No eras tú quien lo hacía porque decidiste dejarme volar ¿recuerdas?

—¡Joder, Oli! Pensé que era lo mejor para ti. ¿No me ves? No ves en lo que me he convertido —se lamentó—. Tienes que perdonarme, porque sé que decidí por los dos y no tenía derecho a hacerlo.

Y ahí estaban los reproches. No pude cerrar la boca, porque tenía que hacerle ver que con sus acciones también me había hecho daño, mucho.

El agua pasó de tibia a fría y Alberto empezó a tiritar. Estaba cansado y dolorido, probablemente por fuera y por dentro. Y yo no quería seguir discutiendo, porque estaba agotada del viaje también. Nos secamos, cada uno por su lado, y nos metimos directamente en la cama, desnudos. Rememorando aquella noche de hotel, que ahora me parece tan lejana. No hubo besos, ni sexo, ni ningún contacto, excepto mis manos alrededor de su cintura, reposando tímidamente en su abdomen, con el único fin de intentar descansar.

Alberto no es tonto y creo que intuyó que antes de hacer el amor conmigo tengo que volver a poder confiar en él. Además estaba agotado, tenía los ojos rojos y arrastraba demasiado peso aún sobre sus espaldas, peso que probablemente todavía no es capaz de soltar.

Él respiraba profundo y yo, como una idiota, disfrutaba con el compás de sus latidos a mi lado, otra vez, sin dejar de marcar la distancia.

Quiero ir paso a paso y tengo que ser firme, pero no voy a mentir, estar de nuevo pegados, sentir su piel, su calor, su olor. En definitiva, sentirle a él, es una de las mejores sensaciones de mi vida y mi cuerpo anhela todo lo que viene después de ese primer contacto.

Ya ha amanecido y Alberto se levanta de sopetón, asustándome un poco.

— ¿Qué hora es? —me pregunta.

Miro mi móvil, que está en la mesita al lado de la cama.

—Las siete y media.

—¡Joder, llego tarde! A las ocho nos vamos a rodar.

—Tranquilo, tú hoy no vas a ningún sitio. Ya me encargo yo. Vuelve a la cama.

—Oli, ayer ya falté al rodaje. Si no voy hoy, me denunciará por incumplimiento de contrato y encima tendré que indemnizar a la productora.

—Alberto, de María ya me encargo yo. Por favor, descansa que ahora vuelvo —digo tranquila mientras me levanto de la cama.

—Está bien, tú sabrás. Solo me gustaría aclarar una cosita, si no vamos a hacer el amor, no me vuelvas a hacer pasar por la tortura de dormir contigo en bolas, como cuando nos conocimos, ¡por favor! —Y me hace un mohín en toda regla.

Y yo, sin decir nada más, me voy hasta el armario a coger mi ropa, escondiendo un principio de sonrisa. ¡Vaya!, parece que mi profe empieza a recuperar su humor, creo que eso es una buena señal.

Cuando llego a la recepción, ya está todo el equipo esperando para salir y María empieza a impacientarse porque no ve a Alberto.

—¿Dónde está? —me dice con cara de pocos amigos cuando me ve aparecer. Soy toda una sorpresa para ella.

—Está enfermo y en tres días no podrá ir a rodar.

—¡Y una mierda! Lo que está es pegado a una botella. Ayer ya faltó. Voy a buscarle.

—No vas a ir a ningún sitio. Puedes seguir rodando las demás escenas, sin él —digo con total tranquilidad—. Solo serán tres días.

—Aquí las órdenes las doy yo y la cláusula quinta dice...

—Cuando alguien redacta un contrato —la interrumpí— tiene que mirar

todas las cláusulas, y veo que tú a la décima no llegaste. Espera que te la voy a leer... —Y empecé con la lectura de la misma, que no dice nada del otro mundo—. Un actor puede faltar al rodaje hasta cinco días por indisposición, sin necesidad de baja médica.

María arruga la frente y me coge del brazo apartándome del resto del equipo.

—¡Tiene hasta el viernes! Como el viernes no venga a rodar, me encargaré yo personalmente de hundir su carrera. ¿Entendido?

—¿El viernes a qué hora? —pregunto con insolencia.

—A las siete de la mañana en el *hall*.

—Allí estaremos. Ah, y otra cosita, si no te quieres llevar un susto el viernes, será mejor que leas ya la penúltima cláusula.

Y me giro para coger el ascensor, escuchando de fondo como bufaba.

Joder, qué bien me he quedado soltando todo a esa zorra, y me reservo lo mejor para el final.

La cláusula que la he mandado leer, que seguro que no conoce, dice que si se rueda fuera de España, el representante del actor, en este caso yo, puede acompañar a su representado a todos los rodajes y hacer las veces de su asistente personal.

Gracias, Eduardo, por colar este punto en las negociaciones.

—¿Qué ha dicho María? —me pregunta Alberto cuando entro en la habitación de nuevo.

Está lavándose los dientes, lleva un pantalón gris de algodón reposando estratégicamente en su cadera y dejando al descubierto el principio de esa *v* mágica que me vuelve loca. Y para tensarme un poco más, no lleva camiseta. Trago con cierta dificultad ante su imagen. Oliva, no. Tienes que conseguir que te haga caso y el sexo lo complicaría todo.

—Nada que no me esperara. ¿Tienes ropa de deporte aquí? —pregunto cambiando de tema y desviando la mirada.

—Sí, un pantalón corto y unas deportivas.

—¡Pues pónitelo!

—Pues yo prefería que nos desnudáramos y volviéramos a la cama, si no voy a ir a rodar.

Vaya, parece que mi profe cada vez está más cerca.

—No tengo ninguna prisa, ya te lo he dicho. Si tú *sí* la tienes, ya sabes, obedece. —Abro un cajón del armario, busco y le doy su ropa para que se

vista. Yo entro al baño, me cambio y pido que nos suban el desayuno a la habitación. Alberto casi no tiene apetito, pero le obligo a comerse todo, igual que a un niño chico. Le doy una pastilla para el dolor de cabeza y comenzamos la rutina. Nos subimos al último piso, donde está el gimnasio, y le obligo a sudar durante más de dos horas todo el alcohol y todas las sustancias que ha ingerido en los últimos días.

En eso va a consentir su vida hasta el viernes, que vuelva a trabajar. Comer, hacer ejercicio y dormir. Necesito que poco a poco se vaya sintiendo más fuerte.

Los días pasan y ya estamos a jueves.

El primer día, después de comer, Alberto se echó la siesta y estaba tan exhausto que no se despertó hasta la mañana siguiente. Creo que su cuerpo necesitaba desconectar de todo y por fin lo logró.

El segundo fue parecido. Alberto ha perdido su buena condición física y, aunque sé que en cuatro días no va a recuperarla, necesito que entienda que lo principal es que él se sienta bien, con energía para empezar a mirar al mundo de frente.

Mientras él dormía, yo he aprovechado para adelantar trabajo, hablar con Eduardo y con Susan y ponerme al día para que no se me escape nada. A veces me quedo observando a Alberto cuando está plácidamente dormido; sigue siendo muy guapo, a pesar de que está más delgado. Y al verlo así, tan relajado, me entran unas ganas tremendas de desnudarme, meterme en la cama con él y sentirle dentro de mí de nuevo, pero al segundo desecho esos pensamientos, porque creo que las cosas empiezan a ir mejor entre los dos. Hay que sanar la herida antes de vendarla.

Hemos seguido durmiendo desnudos. Sí, soy mala, lo sé. No me he compadecido de él ni tan siquiera un poquito, así que cada día ha blasfemado un poco más por la tortura que le supone no poder tocarme. Me dice que no está seguro de si podrá aguantar tanto tiempo como el verano pasado. Ha intentado darme pena, con esa cara que pone como si no hubiera roto un plato; pero al final yo le he ignorado y hemos cambiado de tema. Le he animado a que me hable de cómo se siente y de lo que le asusta. Me da igual si es acerca de su familia, de su niñez, de su trabajo... Yo solo me limito a

escuchar, porque sé que tiene que sacarse todo lo que lleva dentro.

Alberto me obedece en todo y, a pesar de las sesiones de ejercicio a las que le he estado sometiendo (ahora me llama la teniente O'Neil, por la disciplina que le impongo), he notado que a menudo algo se revuelve en su interior, su mente echa en falta un par de caladas de sus cigarrillos especiales y probablemente un par de cervezas también. En ese instante, le noto ausente o más nervioso de lo normal. Él también es consciente, entonces coge su cuaderno, donde escribe un montón de notas y acordes, se sienta en la cama con su guitarra y se pone a tocar pequeños fragmentos de posibles canciones. Tener las manos ocupadas en algo le sirve de terapia y mata su ansiedad.

—Oli, ¿tú ya habías estado en Roma? —me pregunta ahora clavando sus ojos azules en mis piernas desnudas.

Alberto, no me mires así o no podré contenerme más.

—No, esta es la primera vez —le contesto.

Alberto se acaba de despertar de la siesta, con sus rizos revueltos y esa mirada que me quiere decir un montón de cosas, mañana es viernes y volverá a trabajar. Tengo miedo por él. Espero que volver a estar con María después de cinco días no le haga perder la aparente calma que ha mostrado hasta ahora.

—Y llevas cuatro días encerrada conmigo en este hotel. ¡Estás loca, cenicienta! —Y otra vez tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no comerle la boca.

—¿Te apetece que salgamos a pasear? —pregunto algo tímida, en realidad me da pánico sacarle de esta burbuja que hemos creado.

—Me encantaría salir contigo, aceituna.

—Está bien, pues vístete y en cuanto envíe un par de *emails* nos vamos.

El paseo por Roma es increíble, desde el hotel vamos andando hasta la Plaza de España, que como es julio está abarrotada de turistas, haciendo fotos y tomando cervezas en las terrazas cercanas. Alberto me lleva cogida de la mano y, por primera vez desde que he llegado, veo como sus ojos han recuperado su azul especial, ese que solo demuestra cuando está feliz. Son las seis de la tarde y camino entre el gentío, admirando todo lo que encuentro a nuestro paso. La plaza del Popolo, la Vía del Corso, donde están las tiendas de las firmas más importantes, ya sabes que a mí la moda no me enloquece, pero he de reconocer que la concentración de las grandes firmas en la misma

calle con esos escaparates tan impresionantes ha captado mi atención. En una tarde es imposible ver toda Roma, pero caminamos rápido para disfrutar lo máximo posible, Alberto es mi guía y disfruto a su lado. Los pies me duelen de tanto andar y casi a la hora de cenar terminamos sentados en una terraza de un restaurante muy pequeñito en el Trastévere. Los músicos callejeros amenizan la velada y Alberto y yo, por primera vez desde que estoy aquí, hablamos de nosotros.

—Me parece un puto sueño tenerte aquí conmigo, Oli.

—Recuerda que fuiste tú quien me apartó —digo algo enfadada todavía.

—¡Lo siento, aceituna! Fue un error que no volveré a cometer; pero puedes dejar de reprochármelo, ¡por favor! —Y bajando la mirada se detiene en mi boca, limpiándome un poco de helado de chocolate con su pulgar. *¡Ay, Alberto, Alberto, Alberto! Aquí estás, desplegando todas tus armas de seducción conmigo.* Y yo, a pesar de llevar un vestidito de tela ligera, ardo con su pequeño gesto, por dentro y por fuera. Sin darme cuenta cruzo las piernas, intentando frenar el impulso que se empieza a anidar en mí, aunque no creo que pueda resistirme mucho más a sus encantos.

—¿Puedo ya comerte la boca o todavía estoy en cuarentena? —me pregunta con su sonrisa perfecta.

—¡Idiota! —le digo cogiendo la cuenta y saliendo escopetada detrás del camarero.

Alberto niega con la cabeza por mi plantón, pero aun así sonrío y esa curva hacia arriba me ablanda un poco más por dentro. Necesito que seamos los de antes; Alberto y Oli, Oli y Alberto.

Volvemos al hotel en un taxi, conteniendo las ganas, que como siempre a su lado se acumulan, no se quitan y entramos en la recepción cogidos de la mano, como una pareja más. Nada más llegar al *hall*, nos encontramos con María de frente, todo no podía salir bien.

—¡Vaya!, parece que ya estás recuperado, ¿no? —nos dice con gesto despectivo—. Si para dejar de beber solo necesitabas follar, habérmelo dicho, yo también te hubiera servido.

Alberto se tensa, lo noto por cómo me aprieta la mano, pero yo acaricio sus nudillos con mi pulgar, intentando infundirle tranquilidad, no quiero que entre al trapo con ella, así que hablo yo.

—Lo dudo mucho, tú más bien estás acostumbrada a follar con cadáveres y Alberto es pura vida —digo con toda la intención del mundo, señalando a su

marido, que está hablando con alguien de producción a unos pasos de nosotros.

Alberto se aguanta la carcajada y María se queda blanca como la nieve. Es la primera vez que hablo a alguien en este tono, y no voy a mentirte, me siento de lujo parando los pies a esta diva de medio pelo.

Alberto pasa por delante de ella para ir al ascensor, sin mirarla, pero yo todavía me acerco un poco más y le susurro al oído:

—Otra cosita, voy a ser la sombra de Alberto hasta que termine el rodaje, y como después de que digan la palabra “corten” en alguna escena le pongas un solo dedo encima, te aseguro que te meto una demanda por acoso que no olvidarás. Ya sabemos todos lo sensible que está el gremio con estos temas.

—¡Zorra! —me dice entre dientes.

—Y tú más —respondo dándome la vuelta y entrando al ascensor con mi profe.

Antes de que la puerta del ascensor se cierre, Alberto coge mi cara entre sus manos y acopla su cuerpo al mío, invadiendo todo mi espacio.

—¡Joder, Oliva! Ha sido la hostia. Te quiero, cenicienta. Te quiero.

Y sin tiempo de reacción me devora la boca, con un beso largo, profundo, lascivo y con toda la lengua. ¿Quién se resiste ahora? Yo no.

66- ARDE ROMA

ALBERTO

Cinco días sin comerle la boca. Cinco putos días sin poder disfrutar del sabor de sus labios. Lo he intentado, de verdad. He intentado hacer las cosas bien, darle su espacio, tomarme las cosas con calma, porque sé que lo había hecho todo mal con ella y sé que estaba dolida conmigo. Además estaba a punto de tocar fondo, y mi cuerpo y mi mente estaban empezando a no soportar más dolor.

Levantar la vista de mi vaso de *whisky* y ver cómo me estaba mirando Oliva me acabó de romper. El corazón se me paró durante unos segundos en ese momento porque nunca imaginé encontrarme con ella aquí. Además, el estómago me dio un vuelco, de la vergüenza que sentí de mí mismo en ese instante. Yo era todo oscuridad y ella luz.

Oliva ha regresado a mi vida como un ciclón, con su habitual calma, pero con la fuerza necesaria para hacerse cargo de mi situación y tirar de mí. Es jodidamente especial; es pura, tierna, sensible y luchadora. Y no creo que haya hombre más afortunado en este mundo que yo, porque la tengo a mi lado y puedo disfrutar de todo lo que me da.

Mientras recorro con mi lengua toda su boca, poso mis manos en sus caderas y la atraigo más hacia mí. No voy a poder parar, ahora que ya he empezado.

Presenciar cómo ha puesto en su lugar a María y cómo ha tomado las riendas de la situación, me ha puesto cachondo; sonará fatal, pero así ha sido, por eso no he podido resistirme más. Necesito hacer el amor con ella, otra vez, no una, sino mil veces más. La he echado tanto de menos que hasta mi piel duele.

Las puertas del ascensor se abren y sigo sin abandonar la boca de Oli, es como que si nuestras lenguas se soltaran quizás la perdiera de repente, o algo parecido, estoy nervioso por este reencuentro. No sé describir cómo me siento. Ella enrosca sus piernas a mi cintura y en esa posición cargo con ella hasta la puerta de la habitación.

Los encargados de revisar las cámaras de seguridad de este pasillo tienen

que estar disfrutando del espectáculo que estamos ofreciendo, porque con este vestido de flores tan corto que lleva seguro que le están viendo parte del culo. No me importa. Ellos miran, pero yo disfruto más. A duras penas atino a meter la tarjeta para abrir la puerta. Y cuando lo consigo, directamente paso y cierro con el pie, con una patada floja. Sigo sin soltarla y en un segundo nos dejamos caer en la cama. Abrazados.

—Oli, no puedo parar. Te he echado tanto de menos que me voy a morir si no te tengo entera, sin límites. Si no quieres que siga, dímelo ya.

Mi aceituna solo se limita a reírse y a sacarme la camiseta por la cabeza. Entre besos me dice un “sigue, por favor” que suena a súplica y yo continúo quitándole la ropa, con las manos impacientes por el deseo que no soy capaz de contener.

Oli agarra el botón de mi pantalón y en un gesto rápido me deja completamente desnudo. Agarra mi erección y yo gruño al sentir su mano alrededor de mi polla. Me he masturbado en estos dos meses, no voy a mentir, pero su mano ahí colocada es infinitamente mejor que la mía.

—Oli, lo siento, pero esto va a ser muy rápido.

—Alberto, me da igual rápido o lento, solo quiero sentirte dentro. Ya.

Y ahí están, brotando todas las ganas, todo el deseo, todos los sentimientos acumulados. Con el vestido a medio desabrochar, sus pechos desbordados por la copa del sujetador y las bragas colgando aún de un tobillo, guio mi erección hasta su entrada y en un movimiento rápido la penetro.

—¡Alberto! —gime en mi oído.

—¿Te he hecho daño? —pregunto jadeando, pero sin parar de embestirla. Es de locos, lo sé, es como si un instinto primario me hubiera invadido de repente y sea más una necesidad física que sensorial.

—Deja de preocuparte y no pares —me ordena clavando las yemas de sus dedos en mi culo, ejerciendo más presión.

—Oli. ¡Joder!, te quiero, te quiero y te quiero.

Y las palabras pasan a ser secundarias, porque nuestros cuerpos hablan por nosotros. Entro y salgo de ella una y otra vez. Hundo mi nariz en su cuello y aspiro su olor, quedándome en esa postura, como si pudiera detener el tiempo. Oliva gime en mi oído y pronuncia mi nombre y yo entro y salgo de ella con tanta necesidad que no soy capaz de ocuparme de su placer; aunque, por como jadea y se arquea más para recibirme, estoy seguro de que también disfruta. No soy capaz de aguantar más de seis embestidas cuando un orgasmo descontrolado me atraviesa el cuerpo. Correrme dentro de ella me

devuelve a la vida, de repente, como si hubiera resucitado.

—¡Hostia! ¡Qué desastre, aceituna! ¡Qué desastre!

Y dejo caer mi peso sobre su cuerpo. Estamos empapados en sudor y con una sonrisa de oreja a oreja. Ambos nos reímos.

—¡Vaya, profe! Creí recordar que tenías más aguante.

—Muy graciosa. Deja que vaya al baño y en cuanto me recupere te demuestro todo lo que aguanto.

—Aquí te espero —me dice desafiándome. Necesito darme una ducha rápida y quitarme esta sensación de cavernícola. He fantaseado muchas veces con mi reencuentro con Oli, ni por asomo lo imaginé así.

Después de la ducha y de despejarme un poco, me doy cuenta de que es bastante tarde y que mañana madrugo para rodar. María, después de todo este tiempo junto a Oli, había desaparecido por completo de mi cabeza y la sensación es tan liberadora que me acongojo. Hasta me han entrado ganas de volver al trabajo y por fin acabar con este proyecto, para poder irme a mi casa, a hacer surf y a disfrutar de Oliva todos los días.

Cuando salgo del baño, abro la ventana, no sé si fuera hace mucho calor o es el que desprendemos Oli y yo. Parece que hoy Roma arde.

Solo está dada la luz de la lámpara pequeña, Oliva está apoyada en el cabecero y sostiene entre sus manos mi cuaderno. Me quedo observándola a unos pasos de distancia y me doy cuenta de que las lágrimas caen por sus mejillas, está llorando.

—Oli. No llores, amor. No soporto verte llorar.

—¡Alberto! —dice entre sollozos—. Has escrito para mí todos los días.

—Sí, cenicienta. Todos.

Y me acerco hasta sentarme en el borde de la cama, a su lado.

—Has sido un imbécil y un idiota —me dice dándome golpes en el pecho con la palma de su mano mientras el llanto empieza a ser descontrolado.

—No, Oli. No me hagas esto, ¡por favor! Me mata verte llorar.

La abrazo, la abrazo todo lo fuerte que puedo y dejo que se derrumbe encima de mi pecho. Quiero consolarla, quiero que sepa que he aprendido de mis errores y que estamos juntos en todo, para siempre. Me meto en la cama a su lado y se acomoda en mi regazo, en esa postura que tanto me gusta.

—¡Léemelo! —me ordena.

—¿Estás segura?

—Sí, quiero que me leas todo lo que no has sido capaz de decirme.

—Está bien, pero deja de llorar, amor. Te prometo que no volveré a dejarte ir.

Y entonces, con la voz rota porque todos los sentimientos se me están atragantando, empiezo a leer mis notas:

Día 1: Si hay un premio a la cobardía es para mí. Oliva, ya te echo de menos y tú ni tan siquiera lo sabes.

Día 4: Mi casa huele a mar y a ti, porque aunque solo estuviste una vez no he dejado que nadie abriera las ventanas para conservar tu olor para siempre.

Día 8: Estoy en Madrid, aceituna, pero no puedo verte, duele.

Día 12: Te he visto, agazapado en mi coche como un puto cobarde. Él te abrazaba e imaginé que eran mis brazos. Vuela alto, amor. Vuela sin mí.

Día 22: He oído tu voz a través del móvil de Eduardo. Joder, lo que daría por escucharte en persona. Perdóname, amor, sigo siendo un cobarde.

Día 38: Y sin ti ya no vivo, Oli, porque las horas pasan y me matan tus recuerdos.

Día 45: Oliva, no puedo pronunciar en alto tu nombre porque me cuesta respirar. Por eso no te llamo y prefiero escribirte, aunque jamás llegues a leer mis palabras. Ahora solo me queda el recuerdo de cómo me gustaba cuando éramos, así, en plural.

Día 59: Bebo, bebo y vuelvo a beber. Pero ni el alcohol ni los fantasmas te sacan de mi interior. No sé cuánto tiempo podré soportarlo.

Poso mi cuaderno en la mesita de nuevo y Oliva se separa de mi pecho. Coge mi cara entre sus manos y me besa, suave y lento. Tiene los ojos algo rojos de llorar y yo paso mis pulgares por sus párpados.

—¿Me sigues queriendo, Oliva? —pregunto dudando de su reacción.

—Nunca he dejado de quererte, Alberto. Y ahora calla porque voy a hacerte el amor.

— Pues sí que ha cambiado el cuento, cenicienta —digo tratando de sacarle una sonrisa.

Oliva me manda tumbarme y asume el control. Se coloca encima de mí y comienza a pasear su lengua por todo mi cuerpo. Labios, cuello, hombros, abdomen... Lengua y besos, besos y lengua. Y así desciende lentamente provocando un millón de sensaciones en mí. Quiero tocarla, pero me lo impide. Ella es la que me acaricia y yo le cedo el control. Blasfemo cuando se acerca a mi erección y lame mi polla desde la punta hasta la base, una, dos,

cuatro veces, es una tortura deliciosa. Cuando se la mete en la boca, enredo mis dedos en su pelo, pero sin ejercer presión, dejo que sea ella quien marque el ritmo, yo ahora solo disfruto estando completamente a su merced. Oliva se recrea y se excita a la vez. Yo vibro debajo de ella.

—Para, Oli, para o me correré en tu dulce boca —le advierto para que pare o seré igual de rápido que antes. —Ella se da cuenta y se incorpora. Sentándose a horcajadas sobre mí y metiéndose mi erección sin aviso previo, con muchas ganas. Cierra los ojos, absorbiendo el placer—. Déjame tocarte —digo como pidiéndole permiso.

Ella sin abrir los ojos coge mi mano y la posa sobre su sexo. Está empapada y mis dedos se resbalan. Su humedad. Mis dedos. Erotismo puro. Cierro yo también los ojos y solo me dejo guiar por su tacto y por las sensaciones.

Jadeamos y nos sentimos como hacía mucho tiempo. Piel con piel. Sexo con sexo. Placer, puro placer. La vibración aumenta y el clímax está a punto de alcanzarnos. Es increíble el lenguaje de dos cuerpos amándose.

Voy a llenarla, voy a llenarla por completo y quiero que ella se corra entre mis dedos. Necesito ver como estalla en mil pedazos cuando el orgasmo le atraviese el cuerpo, como a mí.

—¡Mírame, Oli! Quiero que ambos veamos nuestra conexión. Te he echado tanto de menos que necesito grabarte de nuevo en mi memoria.

Oli me obedece y pega sus manos a mi pecho, para ayudarse con los últimos movimientos. Sus ojos están fijos en los míos y creo que nos ha llegado el momento de la explosión. Hago un par de círculos más sobre su clítoris y ella bota con más lentitud sobre mí. Y ahí está, profundo, largo, jodidamente increíble. Se acerca a mi boca y ahogamos los gritos entre sacudida y sacudida. No hay nada comparable a sentirla así, entregada, controladora y a la vez desbocada.

Volvemos a estar sudados y pegajosos. Olemos a sexo, a nosotros, a pasión, pero me quiero dormir con esta sensación de calma, así que Oli se coloca a mi lado y enroscamos nuestras piernas en una maraña de carne y huesos. Fundidos y exhaustos.

No decimos nada porque no hace falta.

Y así pegados, nos dormimos, respirando nuestro amor.

67- ÚLTIMA PARADA

Esta semana que he estado con Alberto ha sido tan alucinante, en tantos aspectos: sexo, charlas, rodaje, más charlas, más sexo. ¿Os he mencionado el sexo ya? Bueno, pues eso, que nuestras sesiones me han dejado tan abstraída la mayor parte del tiempo que no he sido capaz de hacer nada más que relajarme y disfrutar.

Y ahora, cuando apenas faltan dos horas para que nos recoja el taxi y no lleve al aeropuerto, me entran las prisas. Menos mal que ninguno de los dos ha traído mucha ropa, por lo que espero que no me lleve mucho tiempo guardar todo. Claro que lo principal es que empiece a concentrarme un poco en la tarea que tengo que llevar a cabo, porque los recuerdos de sus manos por toda mi piel enseguida me hacen olvidarme de mi objetivo.

Por fin terminó ayer de grabar. Ha sido una última semana bastante dura de trabajo, pero no me he separado de él ni un segundo, como ya anuncié a María a mi llegada. Ella, en fin, creo que por fin se ha dado cuenta de que, si su objetivo era vengarse de Alberto, no lo ha conseguido. Y si por el contrario ha montado todo este numerito para que la echara un polvo y recordar tiempos pasados, mucho peor, porque Alberto no ha caído en ninguna de sus trampas. A pesar de que en un par de ocasiones ha estado a punto de desquiciarle por completo. He tenido que tragarme escenas con ellos casi desnudos, besos y alguna que otra de acción. Es la primera vez que estoy en un rodaje, y encima con Alberto de protagonista, no voy a decir que lo he pasado bien, porque sería mentir. Lo único que me motivaba a seguir anclada en cada escena era que él me buscaba todo el tiempo con la mirada, me hacía sentir especial y por supuesto me necesitaba a su lado.

Acaba de bajar a despedirse del equipo, yo le he dicho que me encargaba de recoger y que bajaré enseguida. Ya sé que él ha estado más bien encerrado en sí mismo durante estos dos meses de rodaje; pero ahí abajo hay compañeros que se merecen una despedida cordial, como Raquel, por ejemplo.

Alberto y yo regresamos hoy a España, aunque solo será una parada técnica de dos días. Él se piensa que iremos a Madrid y de allí el lunes partiremos a Los Ángeles, pero he sacado los billetes para ir a Asturias.

Quiero que antes de irnos esté en su casa, con su abuela, su hermana, a la que conseguí avisar hace dos días y sus amigos. Necesita saber que, a pesar de que parte de su familia está excluida de su vida, por los motivos que ya conoces, tiene bastante gente que se preocupa por él y le quiere.

El viernes pasado, después de volver de rodar muy tarde, pedimos que nos subieran la cena a la habitación porque Alberto estaba agotado. Al acostarnos en la cama, echaban en la televisión *Vacaciones en Roma*; lo sé, es un películón que nos encanta a los dos y entre escena y escena no sé por qué terminamos hablando de qué íbamos a hacer a partir de ese momento.

Alberto y yo habíamos hablado mucho de sentimientos desde que llegué; de lo que nos duele, de lo que no podemos volver a repetir, de los que nos gusta, pero en ningún momento habíamos hablado de nuestro futuro.

Yo di por hecho que él sabía que yo tenía que volver a Los Ángeles y él dio por hecho que había vuelto para quedarme a su lado, daba igual dónde.

—Cuando estemos en mi casa voy a ponerte una película en blanco y negro cada noche y después te haré el amor, como ahora —me dijo pasando su lengua por mis labios.

—Alberto, tengo que volver a Los Ángeles, tengo trabajo allí.

Habíamos estado tan bien dentro de nuestra propia burbuja que se nos había olvidado hacer planes, planes de cómo íbamos a compartir nuestras vidas, juntos. Porque esa premisa es la única que teníamos clara. No íbamos a volver a separarnos.

—Está bien, cenicienta. Dime qué quieres que haga y lo haré.

—Alberto, quiero que vayas conmigo a Los Ángeles, quiero que vivamos allí juntos un tiempo. Lo de la deuda está arreglado y vas a tener tiempo para estar tranquilo. No quiero separarme de ti. —Y posé mis manos en su pecho desnudo. Alberto posó sus manos sobre las mías y tardó un par de segundos en responderme.

—Iré contigo al fin del mundo, Oli.

Y entonces mordió mis labios, con deseo, con amor y con comprensión.

He recorrido miles de kilómetros para rescatar a mi príncipe, no pienso volverme sin él.

El botones recoge las dos maletas y la guitarra de Alberto, que ya viaja con él a todas partes. Salgo del ascensor y le veo, está sonriendo mientras habla con Raquel. Todavía hay trasiego de más gente de la productora, y por supuesto al fondo, sentada sobre el regazo de su marido, veo a María.

Me acerco hasta él y saludo a Raquel. Alberto me agarra por la cintura y besa mi sien, su gesto le delata, como si estuviese esperando mi llegada para marcharse. Sé que tiene que decir adiós a todos y, aunque sea de manera fría y distante, a ella también.

—Gracias por todo, Raquel; cuando quieras, vete a vernos a Los Ángeles —le digo dándole un par de besos. Alberto también se despide y me coge la mano para salir a por un taxi que nos espera en la puerta. Al pasar por el *hall* delante de María, esta se levanta y nos corta el paso.

—La promoción de la serie está prevista para el año que viene, recuerda que por contrato estás obligado a hacerla. Cuando se vaya a acercar la fecha, avisaré a Eduardo para que te lo comunique.

—No hace falta —le interrumpo—. Avísame a mí, porque yo soy quien manejo su agenda. —Y le tiendo mi tarjeta con aire despectivo. —Nos encantará viajar contigo.

Y entonces con mi sonrisa más falsa le guiño un ojo como si fuéramos amigas.

—Te acabaré jodiendo la vida —me dice cuando ve que nos empezamos a alejar hacia la puerta, abrazados.

Alberto se gira para mirarla con una sonrisa de oreja a oreja, por fin está dejando atrás sus miedos cuando la tiene cerca, y me alegro mucho por él. Ya es hora de ignorar lo malo y quedarse solo con lo bueno, mi lema.

—Adiós, María.

Y con esas dos palabras, que pueden parecer insignificantes para cualquiera, pero que para mí significan tantas cosas, nos marchamos de Roma.

Acabamos de aterrizar en el aeropuerto de Asturias, Alberto todavía no se puede creer que haya organizado todo a sus espaldas para pasar un par de días en su casa. Mañana es 30 de julio y es su cumpleaños, día que odia especialmente. Nunca me había mencionado que no le gusta celebrarlo, y menos que ese día prefiere estar solo y hacer más o menos lo de siempre, surf, tocar un poco, leer algún guion pendiente, nada especial. Toda esta información la sé por Lidia, su hermana, que cuando conseguí contactar con ella para que estuviera presente me dijo que si estaba loca, que su hermano se

mosqueará y que nunca lo ha visto feliz ese día. Pero a mí a cabezona no me gana nadie; así que, haciendo caso omiso a sus consejos, he decidido montar esta reunión de todos sus seres queridos. Necesito que sea consciente de que hay gente que le quiere y que le va a echar mucho de menos cuando se marche el lunes conmigo. Al final, hasta he conseguido que Eduardo venga mañana a comer con nosotros. Creo que cuando los vea a todos va a alucinar.

Las únicas que no estarán son mis amigas, porque las muy capullas ayer partieron rumbo a El Palmar, como el año pasado, con la única diferencia de que esta vez yo no voy con ellas. Las echaré en falta y espero que ellas a mí un poco también.

—Mira, ahí está Tony —me dice Alberto saliendo a abrazar a su amigo, que ha venido a recogernos para llevarnos a casa.

El abrazo que se dan es eterno y con muchas palmadas en la espalda, de esas que hacen daño vistas desde fuera, pero que reconfortan cuando las recibes.

—¡Hola! —digo cuando ya se han separado.

Tony nos pone al día de los avances de Leo y de como Noe ya está trabajando a jornada completa y se reparten todas las tareas. Después se ponen a hablar de mareas, de olas y de las jóvenes promesas del pueblo que están empezando a ganar varios campeonatos de surf por toda España.

Yo voy detrás observando cómo este Alberto es la versión que más se aproxima a mi Alberto; relajado, de vuelta de todo, tranquilo y centrado en los pequeños detalles de la vida. Se ha quitado algo del peso que arrastraba cuando lo encontré pegado a su vaso de *whisky*, y me encanta verlo feliz.

—Mañana a las siete al agua y después necesito que me acompañes a llevar un encargo con la furgoneta, yo solo no puedo descargarlo, ¿vale? —le pregunta Tony al dejarnos en la puerta de casa.

—Perfecto.

—Gracias por ir a buscarnos —le digo guiñándole un ojo.

Le ha quedado fenomenal la coartada para mañana mantener alejado a Alberto de casa.

Alberto abre la puerta y pasamos, la casa está limpia y ordenada, gracias a que Mónica sigue teniéndola perfecta en su ausencia. Al entrar es como si un millón de recuerdos volvieran todos a la vez a mi mente. Solo estuve aquí un fin de semana, hace bastantes meses, pero fue la primera vez que Alberto y yo hicimos el amor y fue especial e intenso. Cada rincón de esta casa está

lleno de él, de mi profe, de mi amor, y me encanta.

Si pudieras ver la cara de Alberto cuando posa las llaves en la cómoda de la entrada y suspira con alivio, lo entenderías. Su manera de comportarse me hace comprender que verdaderamente este es su refugio, su hogar, y por tanto, a partir de este momento, también el mío.

Dejamos las cosas en la planta de abajo y cenamos algo. Mónica ha vuelto a dejar en el horno canelones, como la primera vez, y los dos nos reímos con el recuerdo. Como es tarde y estamos muy cansados, los devoramos antes de meternos en la cama.

—Oli, me encanta tenerte aquí otra vez, he soñado tantas veces con volver a tenerte en esta cama. ¿Crees que algún día podremos pasar aquí una temporada larga? —me pregunta pegando sus labios a los míos mientras nos desnudamos para meternos entre las sábanas.

—Espero que sí, porque en pocos sitios te he visto tan feliz.

—Aceituna, yo soy feliz siempre que estés a mi lado.

—Lo sé, pero si estás conmigo y aquí, lo eres el doble.

Mis palabras le hacen gracia y aunque, repito, estamos agotados del viaje, hacemos el amor, en su cama, como nuestra primera vez y dejo que lleve él el control, igual que aquella noche, porque me encanta dejarle hacerlo cuando sé que lo necesita.

Y esta noche, lo necesita.

68- OLI ENCUENTRA EL MAR

ALBERTO

A las siete me despierto enredado entre las sábanas y las piernas de Oliva. Todavía me parece increíble tenerla en mi cama, otra vez. Con su pelo revuelto sobre la almohada, sus manos menudas pegadas a mi pecho y su perfecta boca curvada hacia arriba. Duerme plácidamente y no quiero despertarla, así que me intento despegar de ella haciendo el menor ruido posible.

Llegamos ayer y el lunes nos iremos a Los Ángeles, ha sido una sorpresa que Oli me tenía preparada, yo pensé que nos quedaríamos en Madrid hasta que voláramos de nuevo. Es poco tiempo, lo sé, pero Oli es consciente de que me encanta venir a mi casa, por eso me imagino que haya maquinado todo esto para complacerme.

—¡Felicidades, abuelo! —me dice Tony, que ya está esperándome en la puerta de mi garaje con su tabla.

—¡Coño! Es verdad, ya ni me acordaba de que hoy soy un año más viejo. De todas maneras, ya sabes que este día no es muy especial para mí.

—Lo sé, pero que tú seas un raro de cojones no quiere decir que yo también lo sea. Así que por eso te felicito. ¡Mamón!

—Gracias, tú sí que sabes tratarme bien, capullo.

Y entre risas y payasadas bajamos a la playa y nos metemos en el agua. Menuda sensación más reconfortante. Hacía mucho tiempo que no estaba en contacto con el mar y lo había echado mucho de menos. Me meto hasta la mejor zona para esperar las olas. Hace un día impresionante, y eso que solo está empezando a amanecer. Saludo a unos cuantos asiduos más y me enfrento al mar. Tony me deja mi espacio, porque sabe que tengo un mono de la hostia y ahora mismo soy como un verdadero yonqui; de las olas, claro. La primera ola la dejo pasar, estoy embobado contemplando su vaivén, como si por fin pudiera ser yo después de meses siendo mi propia sombra. La siguiente ola la cojo y tras ella una buena serie. Salgo, entro, me subo en mi tabla y cabalgo cada ola que puedo, mi cuerpo se siente libre de nuevo. Después remo y entro otra vez. Sin tregua. La mar y yo. Así se me pasa el

tiempo volando. Cuando los primeros turistas, que abarrotan ya el pueblo en esta época, desembarcan en la playa, Tony y yo nos salimos del agua.

—Vaya, a la tarde no vas a poder moverte —me dice Tony al ver cómo lo he dado todo encima de mi tabla.

—Uf, lo necesitaba tanto, que me habría quedado mil horas ahí.

—Ya, pero como eres un amigo cojonudo, me vas a ayudar con lo del curro.

—¡Qué sí, pesado! Me cambio y voy a tu casa a buscarte.

Oli sigue dormida, así que me ducho en el baño de abajo, me pongo un pantalón corto y una camiseta y me voy a ayudar a mi amigo.

El encargo es un letrero enorme para un bar de otro pueblo. Lo hemos cargado en la furgoneta y lo hemos llevado hasta allí. Al final hemos tenido que ayudar al dueño a colocarlo y hemos tardado toda la mañana. Ya es mediodía y, aunque no sea yo de celebrar mi cumpleaños, me apetece llegar a casa y comer con Oli, que ya me ha preguntado dos o tres veces a qué hora llego.

—Oli, ya he vuelto. ¡Humm..., qué bien huele!

Y suelto las llaves en la cómoda de la entrada. La casa está en completo silencio, por lo que supongo que Oli igual está en el piso de arriba. Voy al salón y veo la mesa grande puesta, con su mantel, sus copas y platos para un montón de gente. No puede ser. La cristalera que da al jardín delantero está abierta y veo a Oli con Leo en brazos y más gente que no distingo desde aquí. Ellos no sé si me han oído, pero me ignoran. A medida que avanzo, alucino más. Ahora ya veo a mi abuela, a Lidia, a Eduardo, a Noe. ¡Joder!

—¿Se puede saber qué hacéis todos aquí? —digo mientras suena el timbre de la puerta.

—Nada, han venido a comer con nosotros —dice Oli como si fuera lo más normal del mundo esta reunión.

Se acerca con el pequeño Leo en brazos, me da un beso y se marcha a abrir la puerta, apuesto a que es el idiota de Tony, que ha hecho todo este papelón para no entrar conmigo.

—Hermanito, ¡feliz no cumpleaños! —me dice Lidia lanzándose sobre mí.

—¡Ven aquí y dame un beso! —ordena mi abuela—. Estás más delgado y vete tú a saber qué mierdas vas a comer ahora en Hollywood —espeta mientras me abraza fuerte.

Joder, me parece increíble que Oli los haya juntado a todos aquí.

Eduardo también me abraza y me da una especie de colleja mientras me susurra:

—A ver si ya dejas de cagarla y maduras. —Noe también me da un par de besos y se aparta a besar a su marido

Odio celebrar mi cumpleaños, pero tenerlos a todos aquí es una grata sorpresa que no esperaba.

Tony entra con Oli y no puedo evitar pegarle una especie de puñetazo en el brazo.

—¡Eres un capullo!

—Lo sé, pero te he usado de mano de obra barata y me ha encantado descojonarme por dentro con tu inocencia.

Oli deja a Leo con su padre y yo solamente la abrazo.

—Gracias, aceituna. Cada día me sorprendes más. Te quiero.

—Yo te quiero más y solo quiero verte sonreír, ¡feliz no cumpleaños!

La abuela ha ayudado a Oli a hacer marmita, uno de mis platos favoritos, y puedo decir que les ha quedado buenísimo. Me han ido contando cómo trazaron el plan para que yo fuera el único idiota que se sorprendiera. Lo han bautizado como mi “no cumpleaños”, conocedores de la alergia que me da este día; aunque viendo lo bien que me ha sentado estar rodeado de mi gente, quizás empiece a planteármelo para años venideros.

Oli está feliz, seguro que ella también ha echado en falta sentarse a comer en una mesa rodeada de gente y, por lo que parece, le gusta cocinar para nuestros invitados. No hay tarta, porque eso sería demasiado para mí, no me veo soplando treinta y una velas, pero si hay un *brownie* de chocolate negro con helado de chocolate blanco, que hace a Oli cantar en cuanto se mete la primera cucharada a la boca y yo, ante esa imagen tan erótica, me tengo que recolocar la polla en el pantalón, sí, delante de todos. Verla comer chocolate y lamer la cuchara con esa devoción provoca ese efecto en mí, es inevitable y a ella le encanta provocarme. El postre lo ha traído Noe y mi aceituna se lo ha agradecido sirviéndose una segunda ración. Tendré que mirar para otro lado.

Nos ponemos al día de cómo han ido las cosas. Hablo un poco con Eduardo de cómo fue el rodaje en Roma, aunque Oli lo tiene muy informado de todo. Después mi abuela nos da un millón de consejos para que nos queramos y nos respetemos, mientras Oli y yo escuchamos como si fuera el sermón de un cura el día de la boda, y también cuenta bastantes anécdotas de otros cumpleaños míos pasados, haciéndome sonrojar.

Después de comer, Lidia se tumba conmigo en una de las hamacas del jardín y me abraza durante un buen rato.

—Alberto, mamá me ha dicho que te felicite. Dice que lo siente mucho...

—Shh, no sigas, por favor —la interrumpo—. A mí solo me importa que tú estés aquí, ¿entendido?

—Está bien, pero prométeme que un día, aunque sea muy lejano, intentarás perdonarlos.

—Quizás uno muy, muy lejano... —contesto revolviéndole el pelo para que no se preocupe por cosas que no tienen solución.

La tarde avanza y Oli se ha metido en casa para hablar con sus amigas, que la han llamado por teléfono hace unos minutos, son las únicas que faltan en esta reunión y seguro que las está echando de menos.

Tony y Noe se van los primeros, mañana nos llevará al aeropuerto y allí ya nos despediremos. Eduardo se va a Gijón con mi abuela y Lidia, dice que prefiere volverse a Madrid en tren esta noche. Es hora de las despedidas.

—Sé bueno y cuida de Oli, es mi mejor trabajadora, ¿entendido? —me dice dándome otro abrazo.

—Lo haré.

Oli también se despide de él y después de mi abuela y de Lidia.

—Oli, gracias por la comida. Cuida de mi niño y no dejes que se ponga la coraza de nuevo —dice mi abuela conteniendo unas lagrimillas.

—Abuela... No tardaremos en volver —digo dándole un beso enorme.

—Lo sé, es solo que se me ha metido algo en el ojo.

Ella como siempre tan suya.

Lidia nos abraza a los dos juntos y nos amenaza con que se presentará en Los Ángeles muy pronto.

Cuando cierro la puerta, apoyo mi frente en la madera unos segundos, sé que quiero estar con Oli, donde ella esté, pero también sé que voy a echar en falta mi hogar.

Está empezando a anochecer y, mientras yo recojo todas las cosas del jardín, Oli se ha subido ya a la habitación para ponerse ropa más cómoda. Cuando termino y subo, la veo pegada a la barandilla en la terraza con la mirada perdida en el horizonte. Lleva puesta su camiseta sexi, esa que conozco desde la primera vez que la vi, me encanta ver como asoman sus braguitas de gatos por debajo.

Esa es mi aceituna, jodidamente sexi así de natural.

Me quedo en el quicio de la ventana, observando su silueta, está con las manos apoyadas en la barandilla de cristal mirando al mar. La noche está clara, porque como el cielo está tan despejado la iluminan miles de estrellas. Noto como respira, profundamente, y entonces la oigo hablar sola, porque no se ha dado cuenta de que estoy aquí.

—Ya está. Me parece que lo he conseguido. Creo que por fin he encontrado la famosa felicidad, esa de la que tú me hablabas siempre.

Me quedo quieto, sin hacer ruido. No quiero que se asuste con mi presencia, ni que se sienta incómoda cuando se dé cuenta de que la he oído hablar al aire.

Ella se gira, como si mi olor me hubiera delatado, se da cuenta de que no está sola. Al verme, medio sonrío.

—¡Qué horror! Pensarás que estoy loca.

—Por supuesto que no. —Y entonces recorro la distancia que nos separa y me coloco a su espalda, encajándola en mi cuerpo. Mi barbilla reposa en su hombro y nos quedamos quietos, mirando el mar.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente. ¿Hablabas con ella?

—Sí. Hacía muchísimo tiempo que no lo hacía en voz alta, pensarás que es una locura, pero es que estar aquí, delante de este mar, que tan especial fue para ella, me hace sentirme mucho más cerca. Como si el vínculo entre las dos se estrechara.

—No, Oli. No es una locura. Es más, tú eres con diferencia la más cuerda de los dos. ¿Cómo se llamaba?

—Elisa.

—Está bien —carraspeo—. Hola, Elisa, solo quiero presentarme —digo posando mis manos sobre las de Oli, que se agarran con fuerza al cristal—. Soy Alberto y te prometo que voy a cuidar de Oli todos los días del resto de mi vida, como hiciste tú.

Oli se ríe, pero entrecruza sus dedos con los míos esperando a que continúe.

—Y quiero darte las gracias por haber sido tan valiente y haber tenido a Oliva, porque ella es lo mejor que me ha pasado en la vida y juntos hemos encontrado el ansiado equilibrio entre la fuerza y la calma. Como ella te estaba diciendo antes, por fin hemos encontrado el mar.

EPÍLOGO

Casi año y medio después...

Subir a un quinto sin ascensor con dos maletas más grandes que mi cuerpo está resultando ser una misión imposible.

—De verdad que sigo pensando que has tirado tu dinero —me comenta Alberto cuando llegamos al último escalón todavía con la respiración algo cortada por el esfuerzo.

—Si en el fondo te encanta este sitio tanto como a mí. Te trae muy buenos recuerdos —digo melosa.

—Sí... Recuerdos, recuerdos que pienso rememorar hoy mismo —y emplea su voz pausada en la última palabra, entonces me aprisiona contra la puerta y me impide meter la llave en la cerradura, quiero protestar, pero besa salvajemente mi nuca, provocándome un escalofrío que me recorre entera. Cuando me quejo como una niña pequeña, por fin entramos en casa.

Hoy volvemos de una mini gira por Europa, hemos pasado unos días locos, promocionando el estreno de la serie que Alberto rodó hace más de un año para la CBX. Si te estás preguntando si hemos estado con María, su ex, la respuesta es sí, pero ya no es tan fiera como antes. La vida la ha puesto en su sitio. Su marido la ha cambiado por una cría de veinte años, con la que se pasea colgado del brazo y babeando. En fin, que María está forrada tras la separación, pero más sola que la una. Hasta algo de lástima nos ha dado.

Hemos estado en Londres, París y Roma, y ahora acabamos de aterrizar en Madrid para pasar unos días antes de irnos a Salinas, donde disfrutaremos del resto de las vacaciones de Navidad, Alberto está como loco por volver a su refugio. Aún no hemos decidido si estaremos aquí un par de meses, si nos quedaremos más tiempo, (Alberto está pendiente de un proyecto teatral que le hace especial ilusión), o si volveremos a Los Ángeles; lo que sea pero juntos, sin duda.

Las quejas mientras subíamos a casa se deben a que, hace casi un año, compré la buhardilla a la señora Petra. Me llamó un día y me dijo que, como nunca iba a volver a vivir aquí, prefería deshacerse de ella, y a mí me encantó la idea de tener algo mío, por lo que no dejé pasar la oportunidad. Gano

dinero suficiente para poder pagarla y me pareció buena idea quedarme con el que fue mi primer hogar cuando me independicé, porque le tengo un cariño muy especial. Alberto insistió para que compráramos algo más grande en Madrid, si es lo que yo quería, con ascensor y más metros, algo que fuera de los dos, claro, pero yo quería tener mi propio sitio, como él tiene el suyo.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme, ¿me acompañas? —me pregunta muy solícito con su sonrisa más provocadora.

—No. Voy a preparar la cena, que los chicos no tardarán en llegar.

Rocío se ha ocupado de llenar mi nevera, se quedó con una copia de mis llaves y ha sido ella la encargada de que todo esté limpio y perfecto mientras Alberto y yo hemos estado viviendo en Los Ángeles. No lo entiendas mal, se ha encargado de que alguien del servicio de sus padres venga de vez en cuando y lo tenga todo reluciente. No la imagino yo a ella con el paño del polvo en la mano, aunque la compra sí la ha hecho ella; por internet, por supuesto.

Los primeros meses en Los Ángeles fueron bastante duros, cuando rescaté a Alberto en Roma y dijimos que íbamos a estar juntos, creí que empezaba a darse cuenta de que tenía que mirar hacia adelante y olvidar el pasado; pero él todavía arrastraba algunos de sus fantasmas. Había días en los que estaba muy irascible y otros en los que directamente no estaba. Hacía un gran esfuerzo por no ponerse de mal humor conmigo, pero lo que fuera que estaba dando vueltas en su mente no le dejaba avanzar. Sé que si nos hubiéramos quedado en Salinas se habría recuperado antes, pero tampoco podía tenerlo aislado del mundo para siempre.

De nuevo tuve que crear una rutina, aunque fuera lejos de su casa para que empezara a sentirse bien, primero consigo mismo y después con el resto del mundo. Una vez más, el mar fue su mejor medicina. Madrugábamos para ir a hacer surf. Juntos. Cuando volvíamos yo me iba a trabajar y a él lo dejaba con su guitarra y sus clases de perfeccionamiento de inglés. La mayoría de las tardes que yo no estaba en casa también se iba a correr hasta el muelle de Santa Mónica, y al regresar se volvía a meter al agua, lo necesita, es su mejor adicción.

Al principio no le busqué trabajo y él estaba impaciente porque se sentía un inútil todo el día sin hacer nada productivo, pero conseguí hacerle entender que tenía que concentrarse en el presente y olvidar el pasado para poder avanzar.

Me dolía mucho ver como su herida era tan grande que ni yo la podía

sanar.

Un día, cuando volví a casa después de trabajar, me había preparado la cena; canelones (hechos por él), con la consiguiente guasa, sin duda se han convertido en nuestro plato favorito. Velas, música, es como si me recibiera un nuevo Alberto, ese que necesitaba estar en paz consigo mismo para poder hacerme feliz. Ese día me prometió que había comprendido el concepto. Quería vivir cada segundo del día pensando en lo bueno que está por llegar, y yo lo comí a besos, por haber entendido de una vez por todas que solo tenemos una vida y necesitamos vivir, no sobrevivir.

No veo a las chicas desde hace un montón de tiempo. En realidad, a Rocío no hace tanto, porque en primavera fue a visitarnos y se quedó con nosotros casi dos meses. Al final le gustó todo de la ciudad; el bullicio, las fiestas, el clima, la farándula, los actores. Para ser más precisa, el actor, en concreto, Bruno, sí, el terror de las nenas.

Es que mi Ro tiene un ojo clínico para los hombres que no falla. A punto estuvo de alquilarse un apartamento y quedarse, pero su padre la reclamó para un trabajo en el banco y al final cedió y regresó.

A Sara no la veo desde las navidades pasadas, hace ya un año. Alberto y yo estuvimos unos pocos días aquí, yo firmé la compra de la buhardilla y él liquidó por fin todas las sociedades y las propiedades que tenía con su hermano.

Alberto y Alejandro se vieron durante un rato, su hermano le pidió disculpas y su madre le suplicó que no actuara como si no existieran. Hay veces que ignorar a las personas es lo que más efecto causa. Esa herida aún está abierta para él y no puedo culparle, así que yo me limito a estar a su lado y a intentar que el tiempo cicatrice su dolor. Aunque sé que ya no le duele tanto, los años y el mar terminarán de sanarla.

Lo mejor de todo es que ya acepta que no siempre las cosas suceden como nos gustaría.

El juez ha desaparecido de la vida pública, intuimos que su carrera política no marcha como pensaba y confiamos en que al final actúe el Karma.

Sara vive en Barcelona con Raúl, sí, yo todavía no me lo creo. Mi Sara, la que nunca creyó en las relaciones serias, pues ahí está, con la más seria de toda su vida. Consiguió un trabajo allí y viven juntos desde entonces. Está feliz, alejada del barrio y junto a él, así que yo me alegro por ellos.

Estoy sacando la comida del frigorífico y colocándola en los platos cuando

oigo a Alberto salir del baño.

—Pon algo de música —grito, aunque en esta casa está todo tan pegado que no hace falta desgañitarse.

Alberto conecta su Ipod al altavoz y los primeros acordes de “I am your man”, de Seal, flotan en el ambiente. Sigo concentrada en partir el queso, pero puedo notar la presencia de Alberto a mi espalda, su olor ha entrado ya por mis fosas nasales. ¡Dios, su colonia!, esa mezcla sensual de cítricos con dulce que me vuelve loca y, aunque no le veo la cara, puedo adivinar que mi marido, ahora mismo, luce su sonrisa más canalla (inciso: lo sé, he dicho mi marido, es un notición y una locura, luego ya te lo cuento con más detalles).

—Oliva...

—Alberto...

Y me giro para verle. Lleva puesto solo su pantalón vaquero pitillo y luce su espectacular torso, porque no se ha puesto todavía la camiseta. No pestañeo y mis ojos saltan de su abdomen a su paquete, porque sé perfectamente que debajo de ese vaquero está su polla, apretada contra los botones.

Mi profe sigue sin usar ropa interior y me encanta. Me relamo mentalmente y un poco por fuera también, porque Alberto se da cuenta.

—¿Te gusta lo que ves o lo que imaginas?

—¿Qué te crees, que eres Jamie Dornan en *Cincuenta sombras de Grey* y puedes ir paseándote por ahí con ese vaquerito?

—El *Jamie* ese es un actorucho comparado conmigo. Si yo hubiera rodado *Cincuenta Sombras de Vega*...

Y me sale una carcajada sincera por su chiste malo y también me sale mi vena más celosa y desconocida, esa que solo me saca él.

—Tranquilo, machote. Nunca vas a rodar nada parecido a una peli casi porno como esa. Lo sabes, ¿no?

—Vaya, vaya... Oliva, ¿y cómo estás tan segura de eso? —dice susurrando en mi oído con su paquete muy pegado a mi vientre.

—Porque soy tu representante y yo filtro tus trabajos, profe. —Y sin pensar nada más coloco mi mano en su bragueta, comprobando lo duro que está ya.

La canción sigue sonando y Alberto me coge por el culo y me balancea, al ritmo lento de la misma. Me abraza y nos devoramos la boca, así de pegados bailamos. De un impulso me sienta sobre la mesa de la cocina. Creo que estarán a punto de llegar nuestros invitados y no quiero que nos pillen con las

manos en la masa, pero es tan difícil frenar las ganas..., que por cierto siguen acumulándose.

—Alberto, están a punto de venir —comento con falsa cordura.

—Me da igual, está sonando nuestra canción y las promesas son las promesas.

Ahora es cuando te lo explico. Esta fue la primera canción que bailamos Alberto y yo en Hawái, cuando nos casamos hace ya tres meses, en una playa de Maui. La ceremonia fue en el mar, subidos en nuestras tablas, con los collares de flores puestos. Los dos solos, rodeados de más surfistas desconocidos, sobre todo locales. Alberto la bautizó como el tema elegido para abrir nuestro baile nupcial, que tuvo lugar en una villa de lujo que teníamos alquilada frente a la playa. Cenamos los dos solos en la terraza y después del postre llegó el baile. Alberto quiso repetir todos los pasos como si fuera una ceremonia convencional, aunque estábamos solos él y yo, bajo un cielo cargado de estrellas. En ese instante me hizo prometer que siempre que sonara este tema, da igual la hora o el lugar, bailaríamos y haríamos el amor, como ese mágico día. Y yo no puedo negarme, porque el bobo de él casi la pone a diario desde esa noche y me parece irresistible.

Intento desabrochar los botones de su pantalón y él ya está tirando de mis medias, me las va a acabar rompiendo. Sus manos no me dan tregua. Consigo dejar al descubierto su erección y me muerdo el labio. Ahora tengo la falda arrugada en la cintura y Alberto gruñe al ver que llevo un *body* de algodón negro, con corchetes en la parte inferior.

—¿Quién es tu hombre, cenicienta?

—Tú, Alberto Vega, mi hombre eres tú —contesto riéndome porque me lo pregunta cada vez que suena nuestro tema. Y al oír mi respuesta, se desata la bestia.

Estoy muy excitada agarrando entre mis dedos su polla, pero él ha decidido tomarse su tiempo, ese que no tenemos.

—Alberto, van a llegar y te vas a quedar a medias.

—Pues que esperen en la puerta.

Y entonces me abre las piernas y se agacha. Comienza a besarme la cara interna de mi muslo derecho, con extremada suavidad. Me arqueo para él y me manda agarrarme al borde de la mesa, que como todo en esta casa no es muy grande. Besa, lame y chupa todo el recorrido y yo vibro.

Coge el final de mi *body* y lo aparta por ambos lados, sin desabrochármelo,

lo que provoca que mis jadeos salgan con más fuerza, porque me ha colocado toda la tela justo en el centro, entre mis pliegues. Su lengua recorre mi piel y se detiene justo en la ingle, rozando mi pubis. Repite la misma tortuosa acción con el muslo contrario y se detiene de nuevo, no puedo soportarlo más.

—Alberto, joder... —me quejo y enredo mis dedos en su pelo, tirando de su cabeza hacia mi sexo para que deje el calentamiento previo.

—¡Joder, Oli, cuánta impaciencia! —dice entre dientes, para acto seguido soltar los corchetes con su boca, de un certero tirón, y dejar por fin mi sexo al descubierto.

—Mejor, así mucho mejor —digo cuando empiezo a sentir la lengua de Alberto adentrarse en mí.

Sigue devorándome durante unos segundos, con pausa, saboreando mi placer, pero no tenemos tiempo y sí mucha necesidad. Tiro de sus rizos para que se incorpore y lo primero que hace es comerme la boca, me encanta que comparta conmigo mi propio sabor. Alberto gruñe por la excitación y sin pensárselo más me penetra con fuerza. Me agarro a sus hombros y recibo cada estocada, vibrando, conteniendo las ganas de gritar, porque Alberto se entrega siempre, con él nunca hay sexo a medias, es todo o nada.

—Tócate, tócate y córrete junto a mí.

Y yo obedezco, porque con él es fácil dejarse llevar, porque le encanta que disfrute, sin límites, sin complejos. Su pelvis choca con mis dedos y noto más fricción. Una embestida, dos... Cuatro. Estamos a punto de estallar, lo presiento. Alberto sigue paseando su lengua por mis labios, ahora de manera más sutil y el ritmo de sus embestidas está disminuyendo, como si quisiera alargar el momento. Yo sigo tocándome, mis dedos, índice y corazón, dibujan deliciosos círculos en mi clítoris mientras contemplo ese par de ojos azules, que han recuperado su particular brillo.

—Vamos, profe. No pares. Me corro... —le aviso cuando noto que no ya no puedo esperar más.

—Vamos, aceituna. Hagámoslo.

Y otra vez aumenta el ritmo de las penetraciones. Más fuerte, más profundo. Dentro. Fuera. Una, dos, tres.... Pego mi boca a su hombro y le clavo los dientes cuando un orgasmo demoledor me atraviesa. Jadeo y gimo, y gimo, y gimo. Gimo muy fuerte, ahogando un grito en su piel.

—Joder, joder, joder... —dice Alberto echando la cabeza hacia atrás y llenándome por completo en tres espasmos espaciados. Gime y gruñe a partes

iguales.

Antes de salir por completo de mí, suena el timbre.

—¡Mierda!, te lo he dicho, están aquí, ¿y si nos han escuchado?

—Pues nada, habremos sido música para sus oídos —dice descojonándose. Y le empujo para que se aparte. Me coloco la falda y las medias como puedo y me peino un poco; pero ¿a quién quiero engañar?, llevo la palabra sexo marcada en la frente.

—Hola —me saluda Lidia al entrar, dándome un par de botellas de vino, no viene sola, Carlos, el hermano de Sara, entra con ella.

—Hola, chicos, ¿ya os conocíais? —pregunto dándoles dos besos.

—No, hemos ido los dos a llamar al timbre a la vez, pero nos ha abierto una señora —me dice Carlos.

Pasan al salón y me acerco a la cocina para traer las cosas, ni rastro de mi marido, que estará acicalándose de nuevo.

El timbre vuelve a sonar y esta vez son Sara, Raúl y Ro.

—Zorri, dame un abrazo —dice mi amiga abalanzándose sobre mí.

Raúl también me besa y Rocío hace lo mismo, por fin Alberto hace acto de presencia, nos miramos y nos reímos cómplices, ajenos a la conversación general.

Todo son besos, abrazos y palmadas en la espalda, mezclados con algún insulto que nos suelta mi amiga por no haber venido antes.

Me encanta tenerlos a todos aquí, aunque tengamos que estar sentados con cojines por el suelo, alrededor de la mesa de centro, y casi no nos podemos revolver.

—¡Toma! Esto es para vosotros —nos dice Sara dándonos un paquete con un montón de revistas del corazón.

—Joder, ¿en serio? —pregunta Alberto sorprendido

—Creo que con todo este material podéis hacer el álbum de fotos de vuestra boda, sí, esa a la que no nos invitasteis...

—Mi hermano fue un gilipollas, pero nosotros no tenemos la culpa —dice Raúl disculpándose.

Cuando Alberto y yo nos casamos, mandamos unas cuantas fotos a las chicas para que las vieran y nos pusieran verdes por haberlo hecho sin ellas. Yo también se las mandé a Rita y, ya se sabe, tanto *whatsapp* en circulación pues puede provocar que al final lleguen a manos no deseadas. Rita, por error, las compartió en un chat con la familia y Diego, si Diego, mi ex, pensó que lo mejor era filtrarlas a la prensa, no sé si por despecho o por venganza.

De ahí que mis amigas guardaran todas las revistas que salieron a la semana siguiente.

—Espero que su hijo no haya salido así —digo convencida.

Sí, Diego ha sido padre hace un par de días, pero no por voluntad propia, sino porque dejó embarazada a una modelo con la que supuestamente solo estuvo una noche. Ella, al ver que él no le hacía ni caso, le puso una demanda de paternidad. Vamos, que él sí que ha sido portada de revista, pero por méritos propios, no como nosotros que lo fuimos gracias a él. El equipo consiguió el ascenso a primera y ya se sabe que los jugadores de fútbol también son carnaza para la prensa rosa. A este sí que el Karma se lo ha devuelto con creces. Diego está destacando más por sus fiestas en la noche madrileña que por su fútbol, así que los cuervos le persiguen a diario. Habría pagado por ver la cara de su mamá cuando se enteró de que iba a ser abuela.

La noche continúa entre risas y brindis. Alberto apenas prueba el alcohol, solo en ocasiones muy especiales y nunca pasa de una o dos copas de vino o un par de cervezas. Como me repitió mil veces, no es un alcohólico, y sé que no lo echa en falta, pero me gusta que sea consciente de que a veces es mejor no descontrolarse, así que me enorgullece que sepa dónde están sus límites. Nos ponemos un poco al día de todo y disfrutamos de estar las tres juntas, compartiendo anécdotas con los demás.

Lidia y Carlos son los primeros en marcharse, supuestamente han quedado con sus amigos y me ha parecido ver como se intercambiaban los números de teléfono, han estado muy compenetrados toda la noche, aunque sean polos opuestos.

Rocío, Sara y Raúl acaban con todas las reservas de alcohol de mi hogar. Y cuando ya les sale la risa floja, deciden marcharse a sus casas. Alberto y yo los despedimos desde la terraza envueltos en una manta, están de lo más cómico tratando de parar un taxi. Cuando lo consiguen, entramos en el salón de nuevo.

Alberto me ayuda a recoger los restos de la cena y se sienta en el sofá mientras yo me quito la ropa y me pongo mi famosa camiseta. Bueno, hoy es una suya que he cogido prestada hace un tiempo y ya no pienso devolvérsela.

—Ven aquí y siéntate conmigo —dice atrapándome cuando paso a su lado. Me coloco en su regazo y él sonrío feliz, le encanta tenerme así.

Pego mi oído a su pecho y sus latidos me mecen. Alberto enreda sus dedos en mi melena y levanta mi barbilla para besarme. Nuestras miradas dicen tantas cosas que no necesitamos más que una pregunta y una respuesta para mantener este estado de felicidad.

—¿Eres feliz, profe?

—Inmensamente, Oli, como el mar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Llegado a este punto, son infinitas las gracias que tengo que dar, espero no olvidarme de nadie.

Gracias en primer lugar a María, por tu tiempo y dedicación. Sé que sufres y padeces todo el proceso de edición conmigo y que probablemente te vuelva loca la mayor parte de los días, muchas gracias por apoyarme y por hacerme sentir especial. Y gracias también a Gonzalo, que de algún modo acabamos implicándolo en dicho proceso y siempre está dispuesto a ayudar.

Gracias a César, por seguir apoyándome en esta aventura.

Gracias a Raquel de Millones de Libros, por ser objetiva con mis libros y por escuchar todas mis dudas. Gracias por confiar en esta historia como la que más.

Gracias a todas las *bookstagrammers* que han dado una oportunidad a la Bilogía de Lía. Romanticaadicta, El librero de Valentina, Dreamsofmon, Ana en su mundo, El cajón de mis libros, Lecturas SPD, Noe Devora Libros. Gracias por vuestro apoyo en redes y compartir vuestra opinión con el resto de lectoras. Vuestras reseñas son muy importantes para mí.

Gracias a todas las que formáis parte del club de fans de Lacadelo en Facebook. Estoy muy orgullosa de la buena base de lectoras que he hecho, y es todo gracias a vuestro apoyo incondicional.

Y por último, mil gracias a todas y cada una de vosotras, que ahora sostenéis mi libro en vuestras manos. Espero que hayáis disfrutado de la lectura. Muchas gracias por dar una oportunidad a mi nueva historia. Espero que os haya hecho sentir.

Mil gracias, de corazón.

Table of Contents

ÍNDICE

1- VACACIONES

2- VAMOS A PONERNOS AL DÍA

3- FIESTA NO, FIESTÓN

4- CAPULLO Y ENGREÍDO

5- ACTUAR SIN PENSAR

6- FUERZA Y CONTROL

7- MENOS LIBROS Y MÁS TELEVISIÓN

8- DE CENA

9- SOLO ES UNA NOCHE

10- A LA MAÑANA SIGUIENTE

11- LA OLA PERFECTA

12- TOMAR CONCIENCIA

13- LA PUESTA DE SOL

14- DEJAR QUE LAS COSAS FLUYAN

15- VOLVER A SENTIR

16- ALUMNA Y PROFESOR

17- MIS FANTASMAS

18- TE ESCUCHO

19- ME VOY

20- EL ÚLTIMO DÍA

21- LA ÚLTIMA NOCHE

22- VIAJE DE VUELTA

23- EL CIEGO QUE NO QUIERE VER

24- PASANDO LOS DÍAS

25- FELIZ CUMPLEAÑOS, MADRE

26- ME QUEDO O ME VOY

27- Y LLEGÓ EL DÍA

28- BENDITA COINCIDENCIA

29- BOFETADA DE REALIDAD

30- MENTIRAS Y MÁS MENTIRAS

31- APRENDIENDO A RECORRER EL CAMINO

32- TE ECHAREMOS EN FALTA, RUBIA

33- COMO UN CRÍO

34- NUESTRA PRIMERA VEZ
35- NO QUIERO PARAR
36- YO QUIERO QUE TODOS LOS VIERNES SEAN ASÍ
37- SEXO DULCE
38- CONTROLANDO MI CORAZÓN
39- NUESTROS PASADOS
40- PONER LOS PIES EN EL SUELO, O NO
41- MADRID
42- MÁS LUZ Y MENOS SOMBRAS
43- CERRANDO UNA PUERTA, ABRIENDO UNA VENTANA
44- NO CORRAS TANTO
45- PRIMERO LA CENA Y DESPUÉS EL POSTRE
46- POR FIN SOLOS
47- NUEVO HOGAR, NUEVA VIDA
48- LONDRES
49- CELOS
50- Y LLEGA LA NAVIDAD
51- REGALO DE PAPÁ NOEL
52- NUEVA YORK
53- CAMBIANDO MI SUERTE
54- EXPLOSIÓN
55- CONFESIONES
56- CARA A CARA
57- EL PRINCIPIO DEL FIN
58- NO SE VA A DESPEDIR
59- ADIÓS, OLI, ADIÓS
60- LOS ÁNGELES
61- AL BORDE DEL PRECIPICIO
62- NO ESTOY PARA FIESTAS
63- ASCO
64- CAMBIANDO EL CUENTO
65- CONSTANCIA
66- ARDE ROMA
67- ÚLTIMA PARADA
68- OLI ENCUENTRA EL MAR
EPÍLOGO